

La apasionante historia de una mujer inconformista
en el Madrid previo a la II República

MARÍA REIG

P A P E L

— Y —

T I N T A



SUMA
de letras

María Reig

Papel y tinta



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

EL IMPARCIAL
 DIARIO DIARIO
 FUNDADO POR D. JOAQUÍN GARCÍA Y ARTEAGA
 POR FIN LLEGO LA PAZ!
Ayer a las once de la mañana acabó la guerra
 Las terribles condiciones del armisticio

UN COMPLETO GRAVÍSIMO
Barcelona sin luz, sin agua y sin tranvías
 Numerosas industrias paralizadas por falta de fluido.--La vida de la ciudad, suspendida

ESPERANDO EL DISCURSO DEL GENERAL BERENGUER
 Cada día el ejército político, está pendiente de un discurso que marcará la paz o el triunfo de general Berenguer. Para hoy se esperaba un discurso que se celebraría en la ciudad, pero al día siguiente, con el ejército político suspendido, se suspendió el discurso. El general Berenguer, al día siguiente, se suspendió el discurso. El general Berenguer, al día siguiente, se suspendió el discurso.

A las doce del día, nuestras tropas han desembarcado felizmente en la bahía de Alhucemas
 Y HERRA HUYA DISPONER HAN COMENZADO LA MARCHA SIN GRAN RESISTENCIA

GENERAL DE MADRID
anarquista asesina á Canalejas

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA
HA TERMINADO LA GUERRA
 TEXTO INTEGRO DEL ARMISTICIO IMPUESTO A LOS ALEMANES

UNA JORNADA DOLOROSA
La columna del comandante general de Melilla a punto de ser copada por los moros
Suicidio del general Fernández Silvestre



SE ACABÓ LA GUERRA
FIRMADO EL ARMISTICIO
SE SUSPENDEN LAS HOSTILIDADES
ORDEN DEL MARISCAL FOGGI A LOS COMANDANTES GENERALES ALIADOS



A LA LLEGADA DEL TREN A CORDOBA SE DE RELACION DETALLADA DE LOS OBJETOS



La Duma y el pueblo derriban a Nicolás II para acelerar la victoria sobre los imperios centrales.

La segunda revolución rusa.

El zar y su familia han sido derribados por el pueblo ruso. El zar Nicolás II y su familia han sido derribados por el pueblo ruso. El zar Nicolás II y su familia han sido derribados por el pueblo ruso.



El zar y su familia han sido derribados por el pueblo ruso. El zar Nicolás II y su familia han sido derribados por el pueblo ruso. El zar Nicolás II y su familia han sido derribados por el pueblo ruso.

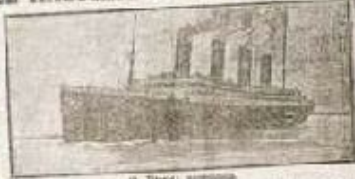


La reunión del consejo de ministros.

que truen las ondas

El campo de España

EL NAUFRAGIO DEL "TITANIC"



El Titanic naufragado.

Las investigaciones... El Titanic naufragado... Las investigaciones...

EPISODIO GRAVÍSIMO EN LA GUERRA DE MARRUECOS

Otra traición de los moros adictos a España

El Gobierno llama a S. M. para celebrar en Madrid Consejo de Ministros

Muerte gloriosa del general Fernández Silvestre

Momentos de estupor



El rey llega a Madrid... Momentos de estupor... El rey llega a Madrid...

EL METROPOLITANO ALFONSO XIII

Rey inauguró ayer la línea Puerta del Sol-Cuatro Caminos

En poco de historia... Rey inauguró ayer la línea Puerta del Sol-Cuatro Caminos...



Excelsión e iluminación... Rey inauguró ayer la línea Puerta del Sol-Cuatro Caminos...

Desembarco de las tropas españolas en la bahía de Alhucemas

En la operación hubo cincuenta bajas y se tomaron al enemigo diez cañones, siete ametralladoras, bastante material y algunos prisioneros.



Hay se ha inaugurado el túnel de Somport

UN GRAN ESPANTOSO

SCUBRE EL ESPANTOSO CRIMEN Y CANTIDAD ROBADOS



En el coche correo del expre de Andalucía... SCUBRE EL ESPANTOSO CRIMEN Y CANTIDAD ROBADOS...

UN GRAN ESPANTOSO

En el coche correo del expre de Andalucía

Doble asesinato y robo

En la Oficina de Inspección y Comisaría de Perseverencia... En el coche correo del expre de Andalucía...

Hay se ha inaugurado el túnel de Somport



*A todas esas personas maravillosas que,
más allá de apostar por sus propios sueños,
creen en los de los demás.*

Primera parte
Elisa

Capítulo 1

Mi historia no es un relato de héroes y princesas que se esconde detrás de las cubiertas cuidadosamente elaboradas de una novela de caballerías. Tampoco fui nunca nadie de quien quisiera sentirme orgullosa. Es la historia de alguien que sobrevivió. Que sobrevivió cometiendo todos los pecados imaginables por los que, estoy segura, arderé en los infiernos por la eternidad. Pero no quisiera adelantarme. Al cerrar los ojos no puedo más que viajar en silencio, sin molestar a nadie, a donde mi mente me dice que comenzó todo, aunque sea una burda mentira. A esos ápices de consciencia que, como si de un tesoro se tratara, aparecen tímidos en los recovecos de un pensamiento aún demasiado pueril e inexperto como para discernir cuál de todos fue el primero.

En mi caso, creo que fue un tejido basto y seco. Una tela rugosa que se agolpaba contra la piel de mi brazo, haciéndome daño. Sin embargo, estaba demasiado asustada como para que aquellos pequeños escozores me importasen. Al tiempo que pestañeaba y miraba alrededor, con ansias por identificar el lugar donde me encontraba, el balanceo conseguía apaciguarme hasta hacerme dormir. Olía a humedad. La lluvia me arrullaba en aquel sueño que suponía mucho más que un mero momento de descanso, suponía un trance sin retorno hacia una vida nueva. Hacia donde comienzan la mayoría de mis recuerdos. De tanto en tanto, escuchaba a los caballos relinchar, nerviosos, cansados. El cochero los azuzaba y seguíamos la marcha. El repiqueteo de las espuelas sobre la tierra mojada me indicaba que aquel viaje no había cesado. Pero, de pronto, un «so», seguido de una frenada algo tosca, me sacó de mis sueños fingidos y me comunicó, en un susurro inventado, que debía abrir los ojos.

La lluvia siguió repicando contra el pescante, ya vacío. La robusta e improvisada manta de arpillera protegía mi menudo cuerpo de un frío que había calado en mis huesos. Estaba aterrada. Y, sobre todo, estaba sola. Un

estruendo procedente de una puerta abierta, con fuerza y sin paciencia, proporcionó una débil iluminación en el interior de la cabina del carruaje, donde me hallaba tumbada.

—Vamos, don Santiago, sáquela de ahí —ordenó una voz ronca y potente.

—Sí, señora —respondió un hombre, servicial.

Noté cómo me cogían en brazos, procurando que la tela, en la que estaba envuelta, no nos abandonase en el trasiego. La lluvia nos acompañó en aquellos torpes pasos que dimos hasta llegar a un porche, tras unas escaleras. Cerré de nuevo los ojos y oí a lo lejos una conversación sobre escaleras, habitaciones y secretos.

—Déjela ahí, don Santiago. Le estoy muy agradecida por esta noche —añadió cuando ya estábamos a salvo en una alcoba templada.

—Siempre es un placer poder ayudarla, señora. La niña no traía equipaje así que esto es todo.

—No se preocupe, aquí no necesitaré nada de lo que pudiera traer. Recuerde que he confiado en usted para esta empresa y nadie más puede saber lo que ha ocurrido hoy. ¿Promete guardar el secreto?

—No lo dude, señora. Se irá conmigo a la tumba.

La luz de la mañana me llevó de regreso a la realidad. Moví primero mis piernas delgadas. Advertí cómo la suavidad había ocupado el lugar de la rugosidad, de lo áspero, y la comodidad de unas sábanas de lino me arropaba, dejando atrás las molestas rozaduras de horas antes.

El sol iluminaba aquella estancia. Y no reconocía ninguno de sus rincones. Estaba tumbada en una cama en la que bien podrían haber cabido cuatro niños más como yo; en sus extremos, dos mesillas de madera oscura con tallas hermosas en sus patas y esquinas, sobre las que descansaba una imagen de la Virgen y un jarrón con una pequeña florecilla de color lila. Su olor dulce de lavanda me acariciaba. Opté por seguir inspeccionando y hallé una mesa grande de madera custodiada por una silla. Detrás de ella, una puerta secundaria. En la pared contraria a la puerta de entrada, había una cómoda vacía: erguida triste mirando a todos los demás muebles, con compañía de más. Me giré para vislumbrar con mayor detalle aquellas ventanas abrazadas por grandes cortinas de estampado rosáceo. Me incorporé tímidamente y, tras dudar un par de segundos, caminé descalza hacia aquella cristalera que me reveló lo lejos que estaba de donde vivía.

Una calle soleada, adornada por el alboroto de viandantes animados, se

adivinaba por detrás del alféizar. Los edificios, engalanados y elegantes, me daban los buenos días mientras los pequeños comercios, en los bajos, saludaban a los peatones que, con suerte, se decidían a entrar para adquirir alguno de sus productos. Una voz detrás de la puerta me sobresaltó y regresé a mi lugar de origen en aquella mañana. Me tapé, pues temía que el haberme levantado fuera motivo de castigo. Unos zapatos repicaban contra el suelo de madera y se acercaban anunciando que faltaban pocos segundos para que la puerta se abriera. Me asomé por encima de las sábanas. Quería ser testigo de la entrada de aquella persona para saber qué hacía yo allí, en esa gran ciudad.

Una mujer, alta y corpulenta, se adentró en la habitación. Llevaba un largo vestido de color negro que ocultaba desde la barbilla hasta los tobillos y debajo del cual apenas asomaban unas botas de cordones del mismo color. Las mangas y el cuello tenían delicados bordados que conjugaban, a la perfección, con los rizos oscuros de un cabello recogido en un sobrio moño. Sus facciones eran serias y duras. Me impresionó la parquedad con la que me miró y me instó a incorporarme. Era ese tipo de frialdad de alguien a quien no le gustan los niños ni ha desarrollado la calidez para tratar con ellos.

—Vamos, niña. Llevas durmiendo doce horas y en esta casa no se admiten marmotas —dijo, con visible falta de ternura.

Hice caso a pesar de que, a duras penas, conocía su identidad. Tan solo que su áspera voz era la misma que me había recibido la noche anterior.

—Ahora te vas a ir con doña Pilar, que te va a lavar de arriba abajo para desparasitarte entera. A saber dónde debías de estar viviendo hasta ahora..., pobre niña. Después quiero que te reúnas conmigo en el vestíbulo. Tenemos una conversación pendiente.

Otra mujer, algo más menuda que ella y de facciones dulces, se asomó por el umbral y me saludó con una agradable sonrisa. Era doña Pilar, su sirvienta. Asentí miedosa a todas las órdenes que aquella señora me daba, sin saber si existía otra alternativa. Cuando abandonó la estancia, tomó el relevo doña Pilar, mucho más considerada en sus gestos. Me cogió de la mano y me invitó a acompañarla por aquella otra puerta, escondida tras el escritorio, asombrosa pieza de ebanistería. Me quitó la ropa. Me metió en la bañera gigante, llena de agua tibia, y me frotó, con una mezcla perfecta de brío y delicadeza, una pastilla de jabón por todo el cuerpo y el cabello. Miré fijamente el agua opaca y caliente hasta que la doncella terminó con el ritual en el que se me había obligado a participar. No recordaba haber estado nunca

antes en una bañera de esas dimensiones y, mucho menos, con un agua tan limpia y templada. Tuve un fugaz pensamiento que pasó por beber un poco de aquella maravilla, pero el jabón que caía por mi rostro y la tornaba en un líquido espumoso me hizo abandonar la idea.

Tras aquel instante de remojo, doña Pilar me sacó en volandas de la bañera y me secó con sumo cuidado. Me vistió, ahora con ropas limpias y sedosas. Peinó mi cabello largo y retiró parte del flequillo con una bonita horquilla. Volvió a tomarme de la mano y me guio, de nuevo, hasta la habitación, sin decir una sola palabra. Salimos por la puerta grande del cuarto, que daba a un pasillo rectangular desde el que podíamos ver el piso de abajo.

—¿Ves, pequeña? Ahí está el vestíbulo. Baja por las escaleras y espera a tu tía ahí.

Dócil, cual animal desorientado y perdido, seguí sus indicaciones una por una. Me acerqué cuidadosamente a las escaleras y, agarrándome a una barandilla algo alta para mí, bajé cada uno de los veinticinco escalones que componían aquella estructura de madera de nogal. El crujido de mis botas cesó cuando alcancé el parqué del vestíbulo, cubierto por una gran alfombra de estampado floral. Me quedé quieta en el punto exacto en el que doña Pilar me había señalado que debía esperar a mi tía. Pero ¿quién era esa mujer?

Cada vez más confusa, eché un vistazo a aquel enorme *hall*. El pórtico de la entrada me vigilaba, tras la espalda, mientras yo descubría cada uno de los rincones de aquella bella estancia. En las paredes, colgaban tapices de escenas en las que reyes guerreaban contra enemigos invisibles. Varios maceteros, plateados y marmolados, contenían exóticas plantas que parecían sacadas de otro mundo. Palmeras se llamaban. Al fondo, la escalera por la que había llegado hasta allí. Y alrededor, alternándose con los tapices, nuevas puertas de madera oscura, cerradas a cal y canto por si tanta hermosura se escapaba.

—Veo que ya pareces una niña normal —dijo aquel enronquecido timbre, que apareció de golpe por la puerta que me quedaba a la izquierda.

—Sí, señora —respondí, temerosa y avergonzada.

—Eso está bien. —Me pareció entrever una diminuta sonrisa, pero fue un simulacro.

—Disculpe, señora, pero... ¿dónde estoy? ¿Dónde está padre?

—Elisa, tu padre está en casa. Ha cometido graves errores y ahora debe pagarlos. No tiene dinero suficiente para mantener a una chiquilla indefensa

como tú, así que mi infinita compasión ha tenido a bien aceptar que vengas a vivir conmigo.

—Pero... ¿y Juan? ¿Y José Luis? —pregunté sin comprender nada.

—Tus hermanos van a ayudarlo. Ellos son hombres y pueden aguantar mejor los envites del destino. Ahora tu padre necesita manos que traigan dinero a casa y no preocupaciones, que es lo único que podías darle. Por ello ha tomado la decisión de mandarte a vivir conmigo, para que me haga cargo de ti. Sí, se ha quitado un buen peso de encima —murmuró—. Con un poco de suerte, conseguiré convertirte en una mujercita decente, digna de desposarse con un buen hombre.

—Pero...

—Vamos, niña, deja de decir «pero», «pero». La vida es complicada a veces y no pretendo que lo entiendas ahora, pero en el futuro verás que esta es la decisión acertada y que nada bueno te esperaba al lado de tu padre y de tus hermanos. No hay lugar allí para una chiquilla. Ahora es tiempo de olvidar.

El nudo de la garganta me asfixiaba lentamente. Tuve ganas de llorar, pero no me permití hacerlo. Mi mente, absorta por sus palabras, bloqueó cualquier señal de cobardía.

—¡No quiero quedarme aquí! ¡Quiero ir con padre! —grité.

Corrí hacia el pórtico de entrada. Luché con toda mi energía por abrirlo. Al ver que no lo conseguía, comencé, ahora sí, a llorar con fuerza. Me zarandeaba con la escasa potencia con la que una niña de siete años puede hacerlo. Aquella mujer me observó en mi lucha, interna y externa, durante unos minutos. Me dejé caer sobre las piernas hasta quedar sentada en el suelo al lado de la majestuosa puerta. Mi llanto no cesó, pero nadie vino a consolarme.

—Puedes llorar todo lo que quieras, niña, pero eso no cambiará nada. Te quedarás aquí con tu madrina.

Fueron las únicas palabras de aliento que escuché, de lejos, mientras me afanaba a aquella ilusión de salida. Pasé allí sentada el primer día, creyendo que, de ese modo, se apiadaría de mí y me dejaría ir. Pero estaba equivocada. Vi cómo entraban y salían las doncellas, perfectamente uniformadas con cofias y vestidos negros. Recibí al lechero y al cartero, que me miraron extrañados mientras yo les pedía, con ojos llorosos, que me llevaran en sus carros hasta mi hogar. Más tarde, una mujer, que parecía muy amiga de mi

madrina, nos visitó e intentó bromear acerca de mi estado.

A ratos recordaba mi hogar, en Fuente de Cantos, humilde y sin grandes comodidades, aunque coqueto y resultón tiempo atrás, y me echaba de nuevo a llorar. También venían a mi mente las casas, a veces blancas, a veces cobrizas, que se alineaban ordenadas en las calles, en las que solía jugar. Pensaba en Juan, siempre tan preocupado por José Luis y por mí. Recordaba la llanura extremeña y los campos color dorado. El olor de los caballos y sus particulares sonidos. El viento cálido del verano y nuestros juegos bajo el sol. Aparecía entonces padre, siempre con su barba, su boina y su risa. Sin percatarme, enfrascada en un huracán de furia y tristeza, me adormecí sobre la bonita alfombra.

Al día siguiente, la rutina comenzó otra vez. Doña Pilar me sacó de la cama, en la que yo me escondía, mientras esperaba a que Juan apareciese por la puerta. Me imaginaba que vendría con la armadura que le hizo padre el verano anterior, con restos de hojalata que encontramos en el río. Y aquella lanza hecha con un enorme palo de los terrenos del señor Ramírez. Entonces, cruzaría el vestíbulo, más grande y heroico que aquellos que lo observarían atónitos desde los tapices, y llegaría hasta mi nuevo cuarto.

A esas jornadas les siguieron noches tristes en las que apenas podía contar las horas que habían pasado desde que me había levantado. Doña Pilar me lavaba, me vestía y me bajaba al vestíbulo. Allí, esperaba a mi madrina, que me preguntaba si tenía intención de hablar aquella mañana. Mi negativa, en forma de un silencio insolente, la cargaba de razones para mandarme de vuelta a la alcoba, pues no había sitio ni comida para niñas maleducadas en aquella casa.

Durante las primeras semanas, comí diariamente un trozo de pan duro y un vaso de leche. No sentía un gran pesar por ello, puesto que no recordaba grandes manjares en mi vida. La pobreza de la que me habían arrancado me había otorgado la fuerza para resistir en esa afrenta en contra de mi nueva tutora.

Con el fin de los brotes de las flores del jardín, preludio de un caluroso verano, mi madrina terminó cediendo y dio permiso a doña Pilar para que incluyera un plato más en la salita, estancia en la que se servían desayunos, guisos, fruta y panecillos frescos. Su motivación estaba más vinculada a su moralidad y a su intención de mantenerme viva que a un ablandamiento real de su gélido corazón. Yo, por mi parte, mantuve mi silencio. Aguardé un día

tras otro a que mi padre y mis hermanos regresaran. Lo hacía en secreto, sin contar a nadie mis deseos por miedo a que se evaporaran.

Una tarde de julio, mientras escudriñaba el plano y blanco techo de mi cuarto, tumbada en la enorme cama en la que habitaba, escuché unas risas. Curiosa, presté atención. Detecté que su procedencia estaba en el exterior de la casona. Aburrida de mirar a todos lados de mi habitación, imaginándome que los muebles podían comprender mi pesar y cobraban vida por las noches, caminé hasta la ventana y observé a unos niños jugando y riendo en la calle. Hacía sol y cantaban una cancioncilla mientras daban vueltas en un círculo sellado por sus manos entrelazadas. Repetía, en voz baja, aquella melodía alegre.

—Si quisieras, podrías bajar a jugar con ellos también. —Mi madrina había entrado en el cuarto—. Son chiquillos del barrio, como tú, y seguro que no les vendría nada mal una nueva amiga para jugar al escondite, a la pelota, a la comba...

—¿La comba? —pregunté extrañada.

—Sí, es un juego muy divertido. Les diré que te enseñen. —Asentí con la cabeza—. Elisa —continuó mientras se acercaba a mí con suma cautela—. Sé que echas de menos a tu padre y a tus hermanos, pero ellos no podían ayudarte y por eso te enviaron a Madrid. Aquí podrás jugar con otros niños, vestir preciosos vestidos, aprender a coser e incluso a leer. Comerás todos los días. Y cuando seas adulta, tendrás una familia y viajarás con tu esposo para ser una mujer de mundo. Pero, para que yo pueda ayudarte, tienes que empezar a hablar.

Dudé un instante. Seguí mirando a aquellos niños que jugaban divertidos. Y caí en la cuenta de que, en aquellos días grises, nadie había venido a buscarme. En aquel concreto instante, con el vacío del abandono aprisionando mis esperanzas de volver a casa, comencé a aceptar que, lejos de lo que yo anhelara, tenía un nuevo hogar. Un par de días después de aquella conversación, mi ligero cambio de actitud hacia la resignación se materializó con mis primeras frases, ya no fingía ser muda. Doña Pilar me abrazó fuerte cuando decidí musitar un imprevisto «gracias».

No fue sencillo adaptarme a aquella nueva realidad en la que el aseo, los peinados y las reglas eran menester del día a día. Si lo conseguí, fue gracias a

doña Pilar, encargada de guiarme en aquellos primeros pasos. Las horas interminables en una casona de puertas secretas me hicieron imaginar sin cesar qué habría tras ellas. Cada mañana, a las nueve en punto, mi madrina salía de la que se situaba a la izquierda de la entrada principal y comenzábamos el repaso de normas que se debían cumplir en esa casa:

—No se debe entrar en esta sala y menos aún cuando yo no esté. Esta norma es mucho más firme, si cabe, los jueves por la noche, ¿entendido? Bajo ningún concepto puedes bajar al sótano, pues es donde vive el servicio y no es sitio para la señorita de la casa. Arriba solo puedes entrar a tus aposentos y nunca a los míos. ¿Ha quedado todo claro?

Manuela Montero no era una mujer a la que le gustara dejar las cosas al azar. Tenerme allí, como nueva habitante de aquella casona enorme de tres plantas, le hacía poner reglas donde jamás las había habido. Le exasperaba la idea de que pudiera inmiscuirme en sus asuntos, en su calma, en su privacidad. Y lo hacía notorio en cada una de sus interacciones conmigo. Si había otros motivos, no lo descubrí hasta que fui adulta.

La casa respiraba una suerte de tristeza causada por la temprana muerte del marido de mi madrina. El señor Roberto Ribadesella había fallecido hacía diez años en la guerra de Cuba, donde había marchado a luchar de forma voluntaria, llevado por un amor patriótico que no había logrado plasmar en los múltiples negocios que regentaba en la capital. Mi madrina se había quedado viuda con apenas veinticinco años, siéndole legados todos los asuntos de su esposo, entre los que se encontraba la propiedad de varias de las parcelas que habían pasado a formar parte del reciente ensanche de Salamanca, donde estaba la casona. Mi madrina, lejos de sumirse en la pena, se construyó una armadura infranqueable bajo la cual subsistía. Ella, hermana de mi padre, no había tenido una vida fácil. Con apenas nueve años la habían mandado interna a un colegio de señoritas en Sevilla, donde la rigidez fue la base de su educación. Algo que mantendría conmigo durante toda su vida. A los quince años, ya casi como una mujer, regresó a Badajoz y su padre ya había decidido prometerla con un importante comerciante de familia rica de Madrid, el señor Ribadesella, algo mayor que ella. Un mes después, contrajeron matrimonio y se trasladaron a su nueva residencia en el número 20 de la calle Villanueva de Madrid, un palacete que había mandado construir el padre del señor Ribadesella en el año 1865 y que había regalado a la pareja como presente de bodas. La revalorización del suelo, con los planes ideados

por Castro, había llegado por sorpresa a los, ya adinerados, Ribadesella, en una urbanización que había comenzado a mediados del siglo pasado y que no cesaría hasta 1931.

Lo cierto es que aquel palacete podía presumir de ser uno de los edificios más bellos de la calle. En los números 18 y 16 se hallaban dos construcciones muy similares y quedarían para la historia como «los tres gemelos». No obstante, la casa de mi madrina, o el palacete Ribadesella, como lo acostumbraban a llamar los vecinos de la Villa, destacaba por las enredaderas de jazmín que abrazaban la verja que lo separaba de la vía. Aquellas flores perfumaban la calle y se ganaban los piropos de todos aquellos que se detenían a aspirar sus bondades. Tras la valla de metal oscuro, rematada con retorcidas formas que evocaban los capiteles corintios, se encontraba un pequeño jardín de rosales, margaritas y azucenas. El pórtico central, de oscura madera de nogal. Al entrar, el magnífico vestíbulo era una simple muestra de todos los rincones que encerraba aquella casa de tres pisos. Abajo, prohibidos para mí, los cuartos del servicio —doña Pilar, el mayordomo don Severiano, las doncellas...—, la plancha, el lavadero y la bodega. En la planta baja, los salones de visitas, la salita, el gabinete, la cocina y la sala prohibida. Arriba, el comedor, los dormitorios con sus tocadores y sus retretes, invento moderno que mi madrina había incorporado en los últimos años. También, la sala de lectura donde me ganaría el derecho a entrar poco a poco. Desde sus ventanas, aquellas que las estanterías llenas de libros no alcanzaban a cubrir, se podía ver el jardín trasero. Allí, un pequeño balancín de metal esperaba solitario a que algún niño jugase con él. Muy cerca, un roble vigilaba atento aquel elegante hogar, oasis en la inmensidad del Madrid de 1908, plagado de contrastes.

—Niña, ponte la chaqueta. Hoy vamos a ir a la modista. Necesitas más ropa, ese vestido ya te está pequeño. Y no olvides el sombrero de paja que te compré. Una muchacha decente siempre lleva sombrero.

Mi madrina me daba órdenes la mayor parte del tiempo. Me subí al carruaje que me había llevado hasta allí hacía un par de meses. El olor a humedad se había disipado y ahora lucía esbelto en su negror. Un hombre menudo de pelo canoso sostenía la puertecilla de la cabina. Era don Santiago, el cochero.

—Ea —espetó, una vez nos hubimos acomodado en el interior.

Avanzamos por la calle Villanueva hasta salir al paseo de Recoletos que se

convirtió, en pocos segundos, en el paseo del Prado, por cortesía de la diosa Cibele. Desde la puertecilla, observé a la gente que caminaba por aquel enorme bulevar. Un grupo de barrenderos, ataviados con oscuros uniformes, se esforzaba por limpiar el suelo. Hombres que parloteaban en voz alta y, de sopetón, una bocina procedente de alguno de los pocos coches de motor que se veían por allí. Las calles y el movimiento incesante de aquellos tozudos caballos nos llevaron hasta la Puerta del Sol, pasando por Neptuno y los imponentes leones que guardaban la entrada de las Cortes. Recuerdo esa primera imagen de la Puerta del Sol, un lugar rebosante de vida, en el que los ruidos de los tranvías se entrelazaban con los murmullos de los viandantes. Y después, la voz de una mujer vendiendo botijos. Allá otro que vendía gallinas. Paseantes silenciosos que leían el periódico al margen del curso de la realidad. Cruzamos aquella plaza, custodiada por edificios robustos, y subimos por la calle de Carretas, pasando por delante de la botillería Pombo. Giramos en la plazuela de la Aduana Vieja hasta la plaza de la Santa Cruz. Allí nos apeamos del carruaje. Mi madrina me cogió de la mano y me hizo seguir sus pasos. Antes de llamar a la puerta, la presencia de una mujer de apariencia desaliñada pareció incomodarla.

—Óyeme, este no es lugar para señoritas de bien. Aquí solo puedes venir con mi autorización expresa. Recuérdalo siempre —me indicó.

Entramos al portal, frío y algo oscuro. Subimos por las escaleras de madera hasta llegar a un rellano. Mi madrina dio dos golpes a una puerta. Una mujer elegante y sonriente nos abrió.

—¡Señora Montero! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué la trae por aquí? Pase, pase.

—Buenas tardes, doña Alicia —saludó amable mi madrina.

Pasamos a una sala exquisitamente decorada con tapices, alfombras, consolas con candiles y candelabros hermosos.

—Siéntense, por favor —nos ofreció doña Alicia.

—No se preocupe, no tenemos mucho tiempo. Ella es Elisa, mi sobrina. Se trasladó a la ciudad hace poco y necesita buenos vestidos. Quiero que le haga cinco de paseo, dos camisones y tres de domingo.

—De acuerdo, por supuesto —asintió la modista.

—Si me disculpa, yo tengo que ir a encargarme de unos asuntos. Volveré en dos horas. ¿Es tiempo suficiente para tomar las medidas?

—Sí, por supuesto, claro que sí, señora Montero. Pero ¿quiere usted ver las telas para escoger cuáles quiere para la niña?

—Me fío de su criterio, doña Alicia. Hace años que no veo más que negro en mis vestidos. Volveré a las seis. —Me miró fijamente—. Compórtate como es debido.

Asentí, como en tantas otras ocasiones. Doña Alicia esperó a que mi madrina nos abandonase para arquear las cejas y regalarme una sonrisa de fingida tranquilidad.

—¿Te gusta el color azul? —me preguntó, pretendiendo involucrarme en su decisión.

—Sí —dije, sin criterio alguno.

—Perfecto. Vas a quedar preciosa, criatura. ¡Dolores! ¡Mari Paz! Venid. —Dos jovencitas salieron escopeteadas desde dentro del taller—. Tenemos una clienta muy especial. Es Elisa. Quiero que saquéis el lino de color beis, la lana y la gasa azul. También traed algo de voile de algodón rosa. —Se giró y me miró—. Vas a quedar estupenda, criatura. Aquí le hemos hecho vestidos hasta a la mismísima reina Victoria Eugenia.

El movimiento de telas, medidas, anotaciones, vueltas y suaves órdenes para tomarme la talla de todas y cada una de mis extremidades se asemejó a un bonito juego de baile en el que aquellas tres mujeres estaban al servicio de mi nueva vestimenta. Me sonreían, conscientes de que, por mi timidez y reparo a pronunciar palabra, no debía de recibir grandes muestras de cariño.

Pude estrenar uno de mis recién confeccionados atuendos de domingo la primera vez que mi madrina decidió llevarme a la misa de la iglesia de San José. Allí acudían los feligreses a confesar sus pecados al padre Cristóbal y a pedir por la salud y el bienestar de su familia. También, al margen de la liturgia, se confirmaba así asistencia a los nada improvisados corrillos que se formaban una vez que el último amén había quedado suspendido en el aire y los aromas urbanos tomaban el relevo al incienso y la cera derretida. Precisamente en los aledaños de la iglesia, conocí a la familia Salamanca-Trillo.

Los señores Salamanca-Trillo eran un matrimonio ejemplar y de los amigos más antiguos que mi madrina tenía en la capital. También ellos contaban con algunas de las parcelas afectadas por los ensanches proyectados en el siglo pasado; no obstante, su verdadera hazaña era una empresa zapatera. Decían que elaboraban los zapatos más modernos y de calidad de toda Castilla. Don Tomás Salamanca-Trillo era un hombre moreno de espeso bigote, siempre debidamente ataviado. Doña María Elena Gonsálvez era

delgada, castaña y con una cara demasiado huesuda como para llamarse bella en aquellos años. La familia la completaban Candela y Tomás José, un par de años mayores que yo. Los cabellos claros de Candela, heredados de su madre, lograban extasiarme, mientras que las travesuras de Tomás José lo convirtieron en alguien con quien temí hablar durante mucho tiempo.

Doña María Elena y mi madrina tomaron la decisión de que Candela y yo nos hiciéramos amigas. Y, pese a que tardamos varias tardes en entendernos, terminamos por serlo. Los lunes por la tarde, acudíamos a su casa a hacerles una visita. Los miércoles eran ellos los que venían a merendar. La casona se llenaba de risas y chillidos, causados por las trastadas de Tomás José. Candela traía siempre a su muñeca. La llamaba Ernestina. Tenía una linda carita de porcelana y un vestido de color blancuzco. La peinábamos y jugábamos a acunarla en el balancín del jardín trasero. Después, sin previo aviso, cambiábamos de parecer y jugábamos al escondite. Momento en el que su hermano nos torturaba con amenazas de dejarnos encerradas en algún armario y «tirar la llave». Con el paso de los meses, mi madrina también optó por comprarme una muñeca para que pudiera integrarme mejor entre mis nuevas amistades. El día que encontré a Paquita en mi cama no pude creer lo que veían mis ojos. Era para mí. La abracé con todas mis fuerzas y me prometí a mí misma cuidarla siempre.

Cuando las hojas secas del otoño convirtieron las aceras en pavimento crujiente, ya articulaba frases enteras y comencé a tener mis primeras lecciones. Aprendí a dar mis primeras puntadas, no sin agujerearme algún dedo que otro. También recibí, por parte de la señorita Rebeca, mi primera clase de piano. Todo ello se entremezclaba con las duras sesiones de buenos modales que me perseguían, fuera a donde fuese: «Los codos fuera de la mesa». «No puedes soltarte de mi mano cuando vayamos de paseo». «Si quieres ser una mujer de provecho debes hablar correctamente, vocalizando cada palabra, niña». «La verdad está sobrevalorada». «Debes decir que tu padre está llevando a cabo importantes empresas en Extremadura, no lledes la contraria a tu madrina, niña. En esta vida, hay que jugar con la verdad para que nadie pueda señalarte, no lo olvides». Y así, sin apenas darme cuenta, fue pasando el tiempo.

A lo largo del primer año que pasé en el palacete Ribadesella, me dediqué a grabar en mi mente todas las prohibiciones que gobernaron mi vida desde aquella noche de 1908. Debía repetirlas cada mañana, en mi reunión de las nueve con mi madrina. Asumí la mayoría, convencida de que aquella ristra de normas era mi nuevo paternóster, pero había una que despertaba mi curiosidad: ¿qué sucedía cada jueves por la noche en la sala prohibida para que estuviera todavía más restringido mi acceso a ella? La figura de mi madrina me generaba una mezcla de miedo y curiosidad. Durante mi niñez, me caractericé por ser una chiquilla callada, observadora, pero mi mente iba a otra velocidad. Tejía razonamientos imposibles sobre una vida oculta de doña Manuela, sobre monstruos, brujas o secretos. Y quizá siempre hubo algo de lo último.

Adquirí la extraña costumbre de observarla atentamente durante el almuerzo y la cena. Analizaba cada bocado de solomillo, cada espárrago, cada trago de vino dulce. Después, contemplaba, en silencio, cómo escogía uno de los cinco periódicos que, sin orden ni concierto, hacía comprar a doña Pilar: *La Correspondencia de España*, el *Heraldo de Madrid*, el *ABC*, *El Liberal* y *El Imparcial*.

Mi madrina me había enseñado a leer, pero aún tenía grandes dificultades para lograrlo con soltura. Ignorando mi falta de destreza, trataba de identificar las palabras de la contraportada, haciendo que, sin saberlo, mi tía compartiese su lectura conmigo. «Viernes 2 de julio de 1909. *Heraldo de Madrid*», leí para mis adentros. Intenté, sin éxito, hallar alguna pista que me revelase por qué era tan interesante aquel pliego de papel tintado. Ella, que se había percatado de mis empeños, se quedó pensativa un instante y me ofreció uno de los periódicos para que yo también me uniera a aquella actividad.

Asentí alegre, viendo esa oportunidad como el perfecto avance para mis pesquisas. Por entonces, ni ella ni yo sabíamos lo que acabábamos de iniciar. Y es que, como en tantos otros asuntos, mi madrina me daba una de cal y otra de arena. Encarnaba, a la perfección, esa doble moral por la cual no se me permitía bajar más de una hora a jugar con los chiquillos de la calle —lo que me había pasado factura en muchos ratos de soledad—, pero sí leer diarios donde los odios, las pasiones, las realidades, las maldades, las historias más enrevesadas y las verdades más punzantes se daban cita, a través de aquellos manchones de tinta tomados por letras. Quiero pensar que, en muchas ocasiones, no calibró con medida justa qué tipo de recursos ponía a mi

disposición y que tampoco tenía por qué saber hasta qué punto aquellas bocanadas de libertad suponían verdadero oxígeno para mí.

La salita era una estancia modesta, sin grandes lujos, decorada con una sobriedad que bien contrastaba con la del exuberante vestíbulo. Allí pasaba algunas horas con mi madrina, sobre todo en nuestras sesiones de lectura, en las que me obligaba a leer, en voz alta, fragmentos de conocidas obras, como las de Francisco de Quevedo, Gustavo Adolfo Bécquer o Benito Pérez Galdós. Huelga decir que no entendía ni la mitad de los versos y prosas de estos afamados escritores, pero eran un buen entrenamiento para declinar en público los más complejos y sentidos textos. No obstante, aquella tarde me concedió el honor de leer para mí sola, sin público ni críticas. Poco sabía de mi voz interna repitiendo, sin hablar, las palabras que encontraban mis ojos. Me gustó esa sensación. Comencé a leer la tercera página del *ABC* que tenía en mis manos: «En las luchas políticas, el pueblo español ha consumido años y años de actividad...».

Mis elucubraciones sobre los misterios que rodeaban a mi madrina no me impedían dedicar mi tiempo a otros menesteres como ayudar a doña Pilar a hacer galletas en la cocina o desternillarme con los divertidos diálogos que protagonizaba junto a don Severiano. El mayordomo era un hombre de humor ácido y palabras justas, aunque a mí siempre me trataba con una ternura que había reservado toda la vida. Fue precisamente una de sus regañinas la responsable de que me encontrara allí, al pie de las escaleras, en plena noche. Tras varios días intentando llevar a cabo mi plan sin éxito, me decidí a contravenir el arsenal de normas con las que lidiaba a diario y me colé en la cocina, dejando atrás el terror que me producían los tapices del vestíbulo. Sabía a ciencia cierta que mi madrina no se encontraba en la casa y que doña Pilar, don Severiano y las doncellas dormían ya. Y hacían bien porque me disponía a comprobar si sus alabanzas acerca de los deliciosos mojicones de la chocolatería Doña Mariquita estaban justificadas. Según había asegurado don Severiano, doña Pilar guardaba un paquetito de aquellos dulces en el cuarto estante de la despensa, justo detrás de los garbanzos. «¿Cómo sabe usted eso? ¿No habrá cogido? Esos dulces me los pago yo con mi dinero. ¡No coja ni un pellizco a no ser que quiera pagarlo caro!», había dicho la veterana empleada sin percatarse de que la futura ladrona se encontraba removiendo la masa de las galletas, con gesto distraído. Al principio, no consideré como valiosa aquella información, pero la soledad y

el aburrimiento hicieron mella en mi moral y despertaron mis tripas, hambrientas de azúcar.

Caminé hasta la despensa, notando el frío de las baldosas bajo mis pies descalzos y culpables. Alcancé el tarro de garbanzos y lo aparté. Ahí estaba. Abrí con cuidado el paquete y cogí una miaja. Sin embargo, cuando lo hice, el sonido fue mucho más fuerte de lo que esperaba. Me sobresalté. Miré a los lados. Nada. La cocina seguía oscura, no me habían descubierto. Entonces, caí en la cuenta de que aquel estruendo había venido de fuera, de la puerta principal. Luché por masticar sin hacer ningún tipo de sonido. Comencé a percibir unas voces al fondo, discutiendo.

—Pase dentro. Espero que no nos hayan visto.

—No quiero que esté en mi casa más de lo necesario —replicó mi madrina enfadada.

Otra puerta se cerró. Rápidamente me olvidé del dulce y me aproximé lo más que pude a la pared. Sí, procedía de la sala prohibida. Y podía comprender, casi a la perfección, lo que decían. Me agaché, buscando alguna especie de recoveco que me diera la solución del rompecabezas. Y ahí estaba, una trampilla dorada entre el suelo y la primera balda. Me tiré sobre las baldosas color caldera e ignoré que alguien pudiese entrar en cualquier momento. Me arrastré y abrí la puertecita metálica con cuidado. Desde allí, estirada, pude contemplar, por primera vez, aquella sala. Era una habitación repleta de estanterías que se comían las paredes a bocados, con libros y adornos antiguos. En el centro, mirando a la ventana que daba a la parte delantera del jardín, un escritorio precioso en el que reposaban papeles y una desgastada máquina de escribir. La discusión de mi madrina con aquella mujer desconocida me arrancó de mi momento de investigación visual.

—No consiento que se presente de este modo en la puerta de mi casa y encima me chantajee —replicó mi madrina.

—Lo hago porque necesito que me haga este favor.

—Señora Casals, le recuerdo que el hecho de que su marido y mi difunto esposo fueran amigos no nos convirtió nunca en allegadas. ¿Por qué he de ayudarla yo ahora?

—Porque usted es la única mujer que conozco en la capital que lo haría sin juzgarme y sin hacer más preguntas que las necesarias. Todos sabemos que no es la viuda apenada y fría que pretende con su traje de luto y que, en el fondo, sabe que la vida nunca ha sido blanca o negra. Y, menos aún, si

tenemos en cuenta la información que corre por Madrid en estos días... Recuerde que yo podría contar lo que vi en cualquier momento.

—Calle, doña Eulalia, haga el favor —le ordenó.

Vi cómo se quedaba pensativa. Miraba al horizonte, buscando una suerte de señal que le dijera qué debía responder en aquel instante. Yo, asustada, no dejaba de preguntarme por los rumores que habían empezado a circular por la ciudad.

—Está bien. Lo haré. Pero solo porque creo que debe de estar realmente desesperada para venir aquí a pedírmelo con amenazas.

—Ella se lo agradecerá, de veras —contestó doña Eulalia con un brillo de felicidad en los ojos—. Me pondré en contacto con usted para comunicarle los pasos que debemos seguir.

—Escúcheme una última cosa. No quiero ningún tipo de vínculo con bandidos y terroristas, ¿me ha entendido? Si no, me ocuparé de que manden a su marido de embajador a Tombuctú. No soy la única con secretos en esta ciudad.

La mujer asintió, presa de sus necesidades y del miedo que le daba que mi madrina cambiara de opinión. Pero no lo hizo. La acompañó a la puerta con desgana, momento en el que yo aproveché para salir disparada hacia las escaleras y entrar como un rayo en mi habitación. Me tapé con las sábanas y recé, recé hasta que no pude más por que mi madrina no me hubiera visto. Opiné que aquello era más importante que pedir perdón por lo de los mojicones. Al fin y al cabo, ¿se acordaría Dios de aquel pequeño detalle con la de conjeturas y secretos que corrían por Madrid acerca de Manuela Montero?

Para Elisa de Beethoven era mi canción preferida en las sesiones que tenía los jueves con la señorita Rebeca. Ella me contó que la composición la había creado para una mujer cuya identidad se desconocía. Así que, por este motivo, todas las Elisas podían sentirse receptoras de aquellas armónicas notas. Mi cabello, cada vez más largo, dibujaba bucles imperfectos que quedaban sujetos en una trenza y mi tez había palidecido en el último año. «Eso es la ciudad, niña, que te sienta bien», decía mi madrina.

Tras las tareas, salí a jugar con Macarena, Diego, Beatriz, Paloma y

Guillermo, los otros niños de mi calle. El calor del verano no impedía que jugásemos «al pase misí, pase misá» durante un buen rato, hasta que doña Pilar reclamaba mi presencia y las puertas de la casona volvían a cerrarse. Aquel día, no obstante, no me importó aquella vuelta sin remedio a una soledad sin niños ni juegos. Las ganas de fisgonear volvieron a aparecer cuando recordé qué día era. 29 de julio, sí. Pero lo que más me importaba era que volvía a ser jueves y, en aquella ocasión, tras mi hallazgo a principios de semana, no se me iba a escapar la oportunidad de descubrir qué hacía mi madrina en la sala prohibida.

Por la noche, luché con todas mis fuerzas por no quedarme dormida. De fondo, comenzó a oírse el barullo de varias personas. Aparté de golpe las sábanas y me incorporé, ansiosa por demostrar, por una vez, que podía saltarme las asfixiantes normas de la casa sin salir mal parada por ello. Cogí la vela que doña Pilar dejaba sobre la cómoda para espantar a los monstruos de la noche y bajé aquellos veinticinco escalones. Los murmullos estaban cada vez más cerca. En el momento en que alcancé el vestíbulo, y casi sin que tuviera tiempo de percatarme, la puerta del despacho de mi madrina se abrió y ella salió decidida. Conseguí llegar hasta la cocina, a hurtadillas.

Me quedé allí, congelada, pero entonces escuché cómo se abría la puerta principal y mi tía daba la bienvenida a alguien. Era un hombre de mentón afilado y cabello repeinado. Avanzaron hacia el despacho y entraron. Opté por abandonar mi posición y dirigirme hacia la despensa. Todo seguía igual. Me agaché y corrí con suavidad la trampilla. ¡No había sido un sueño! ¡Podía ver qué ocurría allí! Me aproximé algo más, si cabe, para poder contemplar con mayor exhaustividad todo el espacio y sus asistentes.

Había varios hombres, solo acompañados por tres mujeres —incluida mi madrina—. Comenzaron a charlar animadamente. Había uno, algo regordete y simpático, que soltaba comentarios jocosos a diestro y siniestro, algo que a los demás no parecía importunarlos. Alababan su destreza para la rima. Entonces, otro, de espeso bigote y pelo ondulado, intervino con mayor seriedad, aportando algún que otro argumento que el resto juzgó de lo más interesante. Alguien que no alcanzaba a ver se unió a la conversación. Se acercó un poco más al grupo y entonces lo reconocí. ¡Era don Tomás! Miré con mayor atención. Estaba el hombre de la cara alargada, que había entrado cuando me hallaba en el vestíbulo. A su lado, el de espeso bigote y pelo ondulado. Muy cerca, dos hombres muy parecidos que portaban bigotes

chiquitos y una mirada que destapaba, sin remedio, que tenían algún tipo de vinculación familiar. Después el hombre de cara redonda, el simpático, y a su lado una mujer corpulenta de ojos amables y con una sonrisa que denotaba grandes aventuras vividas. Por algún motivo, me detuve en ella un buen rato, obligándome a encontrar la razón por la que me resultaba tan interesante. Más allá, otra mujer, elegante y exquisita en sus modales, de cabellos rojizos y dientes resplandecientes. También un hombre de pelo plateado y porte de gran fortuna. Sentado en uno de los sillones, se encontraba el último de todos, con lentes y un acento que me resultaba conocido, cercano, sureño.

Sus voces se entrelazaban. Reían e hidrataban sus aportaciones con vasos llenos de un líquido que todavía no conocía. Me quedé allí hasta que la reunión terminó. Me intrigaba la oculta identidad de todos aquellos adultos: ¿quiénes eran? ¿Qué hacían allí? ¿Por qué conversaban con nocturnidad y misterio? Cuando me aseguré de que mi madrina despedía al último asistente, corrí rauda hacia mi alcoba. Me refugié entre las sábanas y me quedé dormida entre nuevas palabras que revoloteaban en mi cabeza: objetividad, Maura, educación, libertad, versos, visigodos, modernidad...

Tras más de una semana de tranquilidad, sin abandonar mi cama más que para espiar el jueves qué diantres hacía aquel grupo de adultos reunido en el despacho de mi madrina, el misterio en torno a Manuela Montero volvió a intensificarse. Dormía plácidamente, acompañada por el ligero aroma a lavanda. Un sueño sobre Juan, José Luis y una comba me mantuvo entretenida durante varias horas hasta que un ruido me hizo regresar, de pronto, a la habitación de Madrid. Los truenos rugían en el cielo y las gotas taladraban la ventana con ímpetu de tormenta.

—¡Éntrenlo! ¡Éntrenlo! —vociferó mi madrina.

El estruendo originado por la puerta principal abriéndose y dejando pasar todo el ruido del aguacero de afuera me pilló desprevenida. Me apeé de un salto de la cama y corrí hacia las escaleras. Desde allí, vislumbré lo que estaba sucediendo. Cogida a dos de los barrotes que sostenían aquella barandilla maciza, vi cómo mi madrina, don Severiano, doña Pilar, don Santiago, un hombre de cabello blanco y la mujer que había visitado a mi madrina días atrás sostenían nerviosos dos paraguas y una camilla. Achiné

mis ojos para enfocar qué portaban.

—Se ha abierto la herida —observó la mujer desconocida.

—Por ahí, por ahí, por las escaleras. Lo bajaremos al sótano —ordenó mi madrina.

En la camilla, reposaba un cuerpo menudo, algo más grande que el mío. Había sangre y el herido gemía de dolor.

—Pobre muchacho... —se lamentó doña Pilar, muy considerada siempre con la angustia ajena.

—Don Severiano, llame al doctor Rueda —indicó mi madrina.

Desaparecieron, entonces, por las escaleras del sótano. Me quedé allí un rato, pero apenas se escuchaba nada. Regresé a mi cuarto, intrigada por lo que estaría sucediendo dos pisos más abajo.

Cuando amaneció, doña Pilar actuó con normalidad, sin hacerme ningún tipo de comentario. No obstante, la notaba exhausta, adormilada. Me dejó diez minutos a remojo y estuvo cinco frotándome el mismo brazo con la pastilla de jabón. Pero no me quejé, no dije una sola palabra. Después, durante el desayuno, miraba al horizonte mientras esperaba a que yo me terminara la leche. A las nueve en punto, me dejó en el vestíbulo y se fue farfullando alguna clase de oración extraña, apiadándose de algo. Me quedé ahí quieta, mirando fijamente las escaleras del sótano. ¿Quién habría llegado?

—Elisa, buenos días —me saludó mi madrina, fresca como una lechuga.

—Buen día, madrina —respondí educada.

—¿Te has lavado?

—Sí.

—¿Rezaste la oración de la mañana?

—Sí.

—¿Has desayunado?

—Sí.

—Bien. Recordemos las normas entonces.

—Esa sala es de usted y no puedo entrar, menos aún si es jueves noche. Las dos salas de la derecha y el gabinete son para las visitas y tampoco debo entrar. La cocina es donde doña Pilar prepara la comida y no es sitio para una señorita. En la salita solo debo entrar cuando doña Pilar me avise de que está preparada la mesa o para nuestras sesiones de lectura. Y el sótano... —me detuve por un momento—, al sótano tampoco puedo bajar.

—Correcto, niña. Estos días está especialmente prohibido bajar al sótano,

¿entendido? No puedes bajar ni preguntar nada. No lo hagas aunque oigas voces, gritos, llantos o risas. Si lo haces, no podrás volver a salir a la calle a jugar. Y Dios sabe que cumpliré la amenaza.

Tras uno de esos odiosos dictados y una labor de costura con la que me llevaba peleando tres meses, llegó el momento del juego al aire libre. Aquella tarde, Macarena me contó un millar de historias increíbles sobre su abuelo, al que le había partido un rayo en una ocasión y había sobrevivido. Según relataba, en noches de tormenta, como la del día anterior, le dolía el sitio exacto donde había impactado. Atónita, decidí que debía conocer a aquel hombre algún día. Después, jugamos a la Tarara. Al llegar las seis, doña Pilar me llamó y entré a la casona.

Después de un rato, la curiosidad originada por tantas y tantas normas volvió a aflorar en mí. Dejé a Paquita en la cama pues no me podía acompañar en aquella investigación. Me aseguré, conforme bajaba las escaleras, de que todo el mundo estuviese con sus labores de la tarde. Doña Pilar canturreaba en la cocina. Don Severiano regaba las plantas del jardín. Las doncellas andaban ocupadas limpiando el salón de invitados. Y mi madrina, como de costumbre, no se encontraba en la casona. Siempre marchaba a atender sus compromisos sociales a media mañana y, en ocasiones, no regresaba hasta la hora de cenar, salvo si precisaba algún cambio de vestuario.

Bajé, por vez primera en mi vida, las escaleras del sótano. La temperatura era más fresca. También la luz era menor. Mis palpitaciones estaban revolucionadas, pero debía saber qué estaba sucediendo allí. Encontré dos puertas abiertas de par en par: la bodega y el lavadero. Por el otro lado, se abría un pasillo no muy amplio. Allí se veían, entre las puertas entornadas, los modestos dormitorios de nuestro servicio, residentes que no merecían las mismas comodidades que nosotras. Al fondo, una puerta cerrada a cal y canto. Con sutileza, me aproximé y agarré el picaporte. Lo giré, no sin temer qué podría encontrarme. El crujido al abrirla me inquietó. Ante mí surgió una habitación alargada en la que solo había un armario, un retrete y un catre. Avancé con sumo cuidado y lo vi. Era un niño. Dormía. Tenía el torso vendado y en la cara aún le quedaban algunos restos de sangre seca. Portaba ropas ajadas y sucias. Su cabello, de color castaño claro, lucía enmarañado y mojado. Por algún motivo que solo la insensatez de un menor puede llegar a comprender, mi mano comenzó a recorrer toda su cara. Dibujé sus facciones

casi como si buscara comprobar que era real, que era humano. Me quedé extasiada ante los pequeños rasguños de su cuello y sus manos. Jamás había visto a alguien tan malherido y mi mente no terminaba de entender por qué aquel niño, que apenas sería unos años mayor que yo, era tan peligroso para mí. Un ruido agudo a mi espalda me sobresaltó de tal forma que salí corriendo del sótano.

Regresé junto a Paquita. Mientras volvía a mi inocente juego, en el que mi muñeca caía enferma y le construía una venda para cuidarla —parecida a la del niño herido—, barajaba la infinidad de opciones que mi cabeza era capaz de tejer: ¿quién era?

A la hora de la cena, mi madrina y doña Pilar hablaron de una nueva visita del médico por la mañana.

—El chico ha tenido mucha suerte. Al parecer, la herida se infectó en el camino, después de que lo operaran para extraerle la bala —contaba mi madrina entre susurros—. Lo que no entiendo es cómo logró sobrevivir al viaje...

—El Señor lo ha bendecido. Ahora solo queda esperar. ¿No sabemos su nombre o de dónde viene, doña Manuela?

—No, ni debemos saberlo. Esto es un favor que he de hacerles a unos amigos de mi difunto marido, pero no diremos nombres ni preguntaremos nada al chico. No quiero que nos identifiquen con lo que quiera que le haya sucedido.

Manuela Montero estaba lejos de ser una buena samaritana. Dar cobijo a aquel niño era el precio a pagar por mantener a buen recaudo sus secretos. A las diez de la mañana del día siguiente, el doctor Rueda llamó a la puerta para reconocer al muchacho. Doña Pilar me hizo entrar a base de pequeños empujones a la salita y me sugirió que echara un vistazo a los periódicos, algo que lograba abstraerme durante horas. Sin embargo, alcancé a escuchar una pincelada sutil del diagnóstico: «Ya está consciente. Prueben a darle un poco de caldo de gallina para comer».

Con aquella información rondándome la cabeza, decidí aventurarme una vez más al sótano. Todo estaba igual que el día anterior: la puerta cerrada, la luz tenue y un suave olor a rancio proveniente de la bodega. También mi temor. El chirrido de las bisagras unido al murmullo de las castigadas astillas anunció mi entrada. Asomé la cabeza. Me colé en el interior del cuartucho, absorta al contemplar la escasez de bienestar que se había reservado para

aquel misterioso huésped. Mis botitas negras avanzaron prudentes por la estancia hasta que volvieron a encontrarse al lado del catre. Si no hubiera sido por el dictamen del doctor Rueda y por los suaves movimientos de su pecho al respirar, hubiera jurado que estaba muerto. Pero no era así y sus ojos pronto me lo revelaron. Entre dormido y despierto, farfulló:

—¿Mamá? Mamá... Mamá, vete. Mamá, no..., no vuelvas. ¡Mamá!

El corazón casi se me paró. Aquella pesadilla le hizo revolverse entre las sábanas en un intento por zafarse de sus fantasmas. De golpe, se despertó mientras recuperaba un aliento perdido en sus sueños. Yo me había atrincherado contra las puertas del único armario que había en la habitación. Temí que alguien hubiera escuchado sus gritos, así que opté por dirigirme a la salida, antes de que se diera cuenta de que tenía compañía. Pero justo en el momento en el que alcancé el pomo, su voz debilitada me detuvo.

—¿Quién eres?

Tragué saliva al tiempo que me giraba lentamente. Nos contemplamos un par de segundos.

—¿Dónde estoy?

Di un paso al frente, decidida a mostrar mi valentía.

—En Madrid.

Ruidos lejanos provenientes de la planta principal me recordaron que podían descubrirme y castigarme.

—Bueno, me tengo que ir. Adiós.

—Espera —me pidió—. ¿Vives aquí?

Dudé un instante y asentí con la cabeza.

—Pero no me dejan bajar —añadí.

Lo contemplé. Su cara ya estaba limpia. Tenía unos ojos claros, algo apenados, y una nariz pequeña. Su cabello había perdido el aspecto desaseado. La venda seguía abrazando todo su tronco dando muestra de la gravedad de su estado.

Un par de días más tarde, escuché que doña Pilar le decía a la señorita Roberta, una de las doncellas, que el chico ya podía comer con normalidad. Decidí entonces robar un par de mojicones de la despensa y bajar al sótano. Me acerqué a su cama y me senté. Extendí mi mano, ofreciéndole las

magdalenas que había conseguido para él, con el firme objetivo de ganarme su amistad. Sin embargo, se habían deformado al aprisionarlas en mis pequeñas palmas. Sin darle muchas vueltas, aceptó mi presente y lo saboreó sin remilgos.

—Son de la chocolatería Doña Mariquita, la mejor de todo Madrid —expliqué, repitiendo las palabras que escuchaba de boca de doña Pilar.

—Qué ricas están.

—Puedo bajarte más si quieres. Se supone que no puedo coger, pero doña Pilar no se da cuenta.

—No diré nada —me prometió mientras masticaba el último trozo—. Aunque, desde que llegué, aquí solo viene una mujer con uniforme y el médico. Y apenas me dirigen la palabra...

En un momento de desvergonzado fisgoneo, toqué una de sus piernas como si mi dedo fuera una afilada aguja.

—¿Notas esto?

—¡Au! Sí, sí, lo noto. No sé si has visto que tengo la venda en la tripa y no en las piernas.

—Solo estaba comprobando que no se te habían atrofiado de no usarlas. ¿Quién te disparó? ¿Fue un soldado?

—No recuerdo muy bien... Todo son sombras, gritos... Es como si lo hubiera olvidado por completo y fuera incapaz de saber cómo he llegado hasta aquí. ¿A ti te ha pasado alguna vez?

—Un poco... Alguna vez —me quedé pensativa—. ¿Y no recuerdas dónde está tu casa?

—Sí, aunque eso importa poco ahora.

—¿Y dónde está?

—En Barcelona.

Barcelona. Había leído aquella palabra en varios titulares de los periódicos. Algo debía de estar sucediendo.

Cada tarde de aquel verano bajé al sótano. Decidí, al verlo impedido y solo, que yo me encargaría de cuidarlo en su estancia en la casona. Y él pareció aceptar mi compañía de buena gana. Solía sentarme en la cama o en el suelo, según la ocasión, y parloteábamos de todo lo que pasaba por nuestra tierna mente de chiquillos. Le enseñé a jugar al cordel. Al principio, siempre era yo la que le explicaba qué pasos debía seguir, pero después se convirtió en un gran experto y la competición se inició en toda su crudeza. Repetíamos

aquellas formas geométricas usando los dedos como postes. Eran triángulos, cuadrados, estrellas y pirámides contruidos con la sola sujeción de unas pequeñas manitas de niños. También jugábamos a las adivinanzas y a batallas navales que solo nosotros comprendíamos. Robaba mojicones de la despensa o galletas de cuencos que se alejaban, por un segundo, de la supervisión de doña Pilar. Descubrí que las meriendas proscritas sabían mucho mejor que las que me servían en la salita. Mientras dejábamos que los dulces se hicieran con el control de nuestros paladares, reíamos con cuentos que inventábamos sobre la marcha, dejando nuestras vidas al margen. Mis preferidos eran los que versaban en torno al mar. Aquel muchacho siempre me narraba días enteros en la playa. Yo lo contemplaba extasiada, imaginando cómo sería correr por la arena cálida y mojada; notar la sequedad en la piel a causa de la sal, el escozor en los ojos, la frescura en los pulmones.

—Padre siempre me decía que un día nadaría hasta alcanzar la isla de Cerdeña. ¿Lo puedes creer? ¡Cerdeña! Eso debe de estar en otro continente distinto.

—¿Eso en qué mar está?

—En el Mediterráneo, creo. Si no, ¿cómo podría llegar hasta ella nadando?

—En los mapas hay mucho azul, quizá no importa en qué mar estés. Puede que sea posible llegar a nado hasta el fin del mundo.

—¿Tú crees que existe? El fin del mundo, digo.

—Yo creo que hay cuatro fines del mundo.

—¿Cómo es eso?

—¡Uno por cada esquina del mapa! —Y me eché a reír. Él me siguió divertido. Luego, se quejó. Me asusté—. ¿Aún te duele?

—Un poco, a veces.

—¿Puedo verla?

—¿Estás segura? Mira que las niñas suelen llorar con la sangre.

—Eso no es verdad —rechisté, ofendida por mi adjudicada falta de osadía.

—Como quieras...

Se abrió la venda, con sumo cuidado, soltando pequeños sollozos por un dolor desconocido para mí. Yo lo observaba segura de que no iba a impresionarme. Levantó aquella gasa ensangrentada y vi aquel boquete en su costado. Mis pupilas se dilataron ante aquel descubrimiento. Era una herida grave en la carne de una persona. Mi dedo, insolente, se inmiscuyó en los alrededores de la lesión.

—¿Te duele?

—Sí... —respondió molesto.

—Si quieres ser un soldado, tienes que aprender a resistir estas heridas —opiné.

—Tampoco me duele tanto —mintió, orgulloso.

—Doña Pilar, ponga a la niña el vestido de domingo. Nos vamos a la iglesia y después asistiremos al almuerzo en casa de los señores Salamanca-Trillo.

Me había pillado por sorpresa. Sabía que cada domingo debíamos ir, pero aquella semana se me había olvidado por completo. Mi primer pensamiento fue de total fastidio. Sabía que era importante acudir a la iglesia y atender a las amistades, pero aquella tarde mi amigo del sótano y yo íbamos a hacer el torneo definitivo de cordel. La mañana transcurrió entre saludos a desconocidos —que cada vez eran más conocidos— y oraciones. Candelita me enseñó la muñeca que le habían comprado. Tomás José hizo lo propio amenazando a la reciente adquisición de su hermana a la que había llamado: Ernestina Dos. Correteamos por la calle.

De pronto, cuando los niños ya nos cansamos de jugar, un matrimonio se acercó donde mi madrina y los señores Salamanca-Trillo cotorreaban. Fue la primera vez que vi al señor Rodríguez de Aranda y a la señora Cristina Ribadesella, prima hermana de don Roberto. Mi madrina parecía conocerlos bien. Los saludó afable y les preguntó por un millar de cuestiones. Don Ernesto Rodríguez de Aranda era un hombre de cara simpática y dientes blancos con un solo detalle en dorado en su colmillo. Ella, una mujer no demasiado alta y de caderas anchas, tenía mirada bondadosa y modales envidiables. La serenidad impregnaba cada una de sus palabras contrarrestando la intensidad con la que su esposo conversaba. Tiempo después, supe que el señor Rodríguez de Aranda era un importante empresario que había creado, allá por el año 1902, el diario matutino *El Demócrata de Madrid*. De tendencia ligeramente conservadora, competía con el *ABC*, el *Heraldo*, *El Liberal*, *El Imparcial* e, incluso, *El Globo*. No era comparable la estructura ni el tamaño de su redacción, pero se le conocía por ser el que más bellas crónicas escribía con una envidiable oferta de firmas ilustres. El periódico de don Ernesto era una buena muestra de la prensa de

información que se estaba empezando a consolidar en el país, tras años de prensa política, muy popular en el ya casi obsoleto siglo XIX.

—Quedan entonces todos invitados a la fiesta —afirmó don Ernesto mientras se despedían.

Era también sabido, en los círculos de empresarios, burgueses e intelectuales, que el matrimonio Rodríguez de Aranda, que por un capricho del destino no había podido tener descendencia, era amigo de fiestas, reuniones y celebraciones. Encontraba cualquier pretexto para convidar a todos sus allegados —fingidos y francos— y complacerlos con su magnánima hospitalidad. Pero las fiestas aún no eran un lugar en el que fuera bienvenida, así que me limitaba, como con tantas otras cosas, a imaginármelas.

—Esta es Paquita.

—¿Es tu muñeca?

—Sí. Desde que Candela tiene a Ernestina Dos ya no es la más bonita de todas, pero a mí me sigue pareciendo la mejor.

Tumbé a Paquita a su lado. Ya podía incorporarse por completo y la herida estaba casi cerrada. Volvió a hablarme del mar.

—¿Prometes que iremos algún día a Barcelona? ¿Prometes que nadaremos hasta Cerdeña?

—Te lo prometo —afirmó.

—¿Podrá venir Paquita?

—No, se la tragarían las olas. Es demasiado pequeña. Aunque también tú lo eres.

—No es verdad.

Me cogió la mano y la puso contra la suya.

—¿Lo ves?

Era cierto que era una niña menudita, pero también era verdad que mi amigo exageraba. Miré nuestras manos. Las colocamos una al lado de la otra. Las líneas de nuestras palmas eran tan distintas... ¿Para qué servirían aquellos pliegues de la piel, aquellas pequeñas rayas que formaban dibujos extraños y misteriosos? Inmersa en aquella reflexión, aproximé nuestras manos de tal forma que quedaran una a continuación de la otra. Una A

perfecta estaba impresa. Cuando el tragaluz me indicó que el sol había bajado, me marché. Me despedí desde la puerta, deseándole un feliz día hasta que nos volviéramos a ver. Subí las escaleras canturreando. Ya en mi habitación, mi madrina irrumpió de golpe.

—¿Dónde has estado? Te he buscado por toda la casa —dijo.

—En el balancín, madrina —mentí una vez más.

Al margen de mis escauceos, el estío se fue asentando con fuerza en la capital. La gente se bañaba en las fuentes y mi madrina me llevaba, si me portaba bien —o al menos, lo parecía—, a dar un paseo por el parque del Retiro y a tomar un helado. En ocasiones, nos acompañaban Candelita y su madre, pero jamás se me ocurrió compartir con ella mi secreto. Las mujeres se engalanaban con vestidos más ligeros y algunas hablaban de las maravillas del mar como remedio para calmar los sofocos del ardor de agosto.

Visitar el sótano se fue haciendo cada vez más complicado. Doña Pilar siempre me entretenía, por lo que empecé a sospechar que sabía de mis visitas. Mi madrina estaba más exigente con mis deberes, que se prolongaban toda la mañana, pero su constante ausencia me tranquilizaba. Escuchaba cómo el doctor visitaba a mi amigo y cómo los comentarios acerca de una inminente recuperación eran cada vez más constantes en los susurros de mi madrina y doña Pilar. Sin embargo, me las apañaba para seguir bajándole dulces. También le regalé mi cordel para que practicara. Las tardes en que lograba liberarme de la vigilancia de mis mayores nos entreteníamos con todo tipo de distracciones. Era como tener otro hermano, como prolongar la diversión más allá de las seis, sin que nada ocurriera por ello. Nos inventábamos mundos imaginarios y pasábamos horas viviendo en ellos.

Aquella noche de tormenta, la casa me pareció de lo más tenebrosa. Sabía que mi madrina no se encontraba allí y que estaba sola en la última planta de la casona. Los truenos me asustaban, me hacían dar vueltas de peonza en una cama que se hacía grande por momentos. Espantada, cogí a Paquita y salí de la estancia. Descendí lo más rápido que pude aquellos dos pisos, con los ojos entornados para no descubrir ningún fantasma. En el sótano aumenté mi precaución y anduve a hurtadillas hasta la última habitación. Abrí la puerta, que casi me delató con su chirrido molesto. Cerré. Desde allí, recurrí a la última carta de mi baraja para no morir de miedo entre los rayos y relámpagos que alumbraban la casa.

—¿Estás despierto? —No obtuve respuesta. Me acerqué un poco más—.

¿Estás despierto?

Tan solo emitió un gruñido. Fui hasta al lado de su cama y le di dos toques en el brazo.

—¿Estás despierto?

—¿Qué quieres?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Llueve.

—¿Te da miedo la lluvia?

—Es que estoy sola y... ¿Podemos quedarnos un rato Paquita y yo hasta que pare de tronar?

Me miró con cara somnolienta y bostezó.

—Está bien.

—Genial —exclamé contenta y me tumbé a su lado.

Cerró de nuevo los ojos.

—Pero no te duermas —objeté.

—¿Qué quieres? —repitió, agotado por mi intensidad.

—¿Jugamos a contar historias?

—Está bien... —cedió perezoso—. Pero solo un rato.

No me acuerdo en qué instante dejé de sentir aquel terror que mantenía mis ojos abiertos de par en par. Su relato, vago y cansado, me arrulló como una nana y, abrazada a Paquita, logré descansar. La luz vaporosa de la madrugada fue lo que me alertó de que algo no iba bien. Desorientada, comencé a escuchar unas voces a lo lejos. El griterío se acercaba conforme iba retornando mi consciencia.

—Tenemos que sacarlo de Madrid ya.

Mi amigo también se sobresaltó.

—¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí? Te quedaste dormida... Te van a castigar.

Le chisté para que se callara. Oímos cómo los pasos se acercaban acompañados de voces conocidas y no tan conocidas. Ambos supimos que, cualquiera que fuera el motivo, aquellos pasos nerviosos se dirigían al cuarto.

—Corre, métete en el armario —exclamó.

Di un brinco y me metí allí. Entonces caí en la cuenta de que no sabría cómo encontrarlo de nuevo. Jamás me había dado su nombre. Abrí una vez más la puerta del armario ante su atónita expresión:

—No me has dicho cómo te llamas para preguntar por ti cuando vaya a Barcelona.

Dudó un momento, un instante que se extendió como un largo minuto para mí. Los pasos cada vez estaban más próximos. Cerré la puerta para protegerme.

—Pedro..., Pedro Liébana. —susurró—Espera. Yo tampoco sé el tuyo.

Estaba a punto de decir mi nombre con orgullo, de decir que era Elisa Montero, pero la puerta se abrió de golpe y solo yo escuché mi respuesta. Varias personas que no alcancé a ver con claridad se acercaron a Pedro y lo cubrieron con una manta. Él se quejaba, enfadado y desesperado.

—¿Adónde me lleváis? ¡Socorro! ¡Ayuda!

Quise salir de aquel guardarropa y defenderlo, pero eran demasiados y estaba bloqueada.

—Te lo explicaremos, muchacho. No te preocupes —decía el mismo hombre que lo había traído la noche que llegó malherido a la casona.

Mi madrina presenciaba la escena como un testigo ocular que no aspiraba a mancharse las manos con ningún movimiento. Mi amigo desapareció escoltado y abandonó el cuarto donde habíamos sido compañeros de juegos durante varias semanas. Cuando el silencio regresó, mi madrina echó un último vistazo a la estancia.

—Desinfectelo todo, Pilar. Y luego cierre de nuevo este cuarto.

La tensión invalidó, por un segundo, mi control sobre mi respiración. Mi madrina oyó aquel sonido. Se alarmó. Miró por todos los rincones del cuartucho hasta dar con el armario. Se acercó tranquila, sin prisas ni aspavientos, y se quedó parada frente al mueble. Luché por no respirar durante el minuto en el que retó a mis pulmones, pues ignoraba que yo estaba ahí, agazapada tras las puertas de madera de pino. De pronto, algo se tornó más relevante en su camino y se alejó del guardarropa. Paquita seguía en la cama descansando. Mi madrina se aproximó con una templanza desconocida y agarró mi muñeca. Estaba segura de que aquello supondría un enorme castigo. Ella, que desconocía que yo seguía allí escondida, dio por finalizada su batida y se fue. Entonces, el peso de la pérdida, de la incomprensión y de la tristeza volvió a alojarse sobre mis hombros. Estaba sola otra vez.

Capítulo 2

Los años siguientes pasaron con normalidad sin más huéspedes inesperados en la casa. Poco a poco, me fui convirtiendo en una joven respetable y de buenos modales, enfrascada en una rutina diaria que me alejó de las aventuras en contra de las normas de mi madrina. No me penalizó por desobedecerla y no evitar el sótano, pero se volvió más dura y férrea conmigo. En mis días, se alternaban las tareas con la visita diaria a misa, que mi madrina empezó a ver como obligada desde que estalló la guerra en Europa. «Hay mucho por lo que pedir, niña. No son tiempos para desatender la llamada del Señor», me explicó.

Las noticias acerca de la contienda salpicaban mi lectura cotidiana de periódicos. Las informaciones sobre los avances franceses, alemanes o ingleses impregnaban las portadas, y los titulares eran las píldoras de actualidad por las que conocíamos de qué modo iba avanzando el conflicto. En la calle, las conversaciones se volvieron más controvertidas, comentando qué bando debía ganar y qué le esperaba a Europa después de todo aquello. Si bien los primeros años fueron de desconcierto, a medida que se alargó, el hastío se asentó en las ambiciosas palabras de aquellos que pretendían firmar la paz en sus debates de café. Unos años antes a estos acontecimientos, también pilló por sorpresa el hundimiento del gran buque insignia de la compañía White-Star-Line. Mi madrina había comenzado a enseñarme a usar la máquina de escribir y debía copiar algunos artículos. Un párrafo acerca del siniestro en *La Correspondencia de España* fue mi primer intento con aquel artilugio de teclas y tinta: «Como los *icebergs* y los *icefields* son casi siempre muy poco resistentes, preguntarse muchas personas cómo una masa semejante a la del *Titanic* fue a estrellarse contra un bloque de hielo...», comenzaba.

A aquel quehacer se le sumaban otros que me habían acompañado durante mi infancia: la labor, el piano, la lectura en voz alta, la escritura a mano, el

baile, un canto medianamente afinado, revisión de modales constante y las clases de francés con el señor Cousineau, a las que regalaba toda mi indiferencia. Las jornadas las completaban las visitas a los conocidos, previo ofrecimiento protocolario, y los paseos de la mañana por Recoletos.

Además, a mis andanzas se había sumado una nueva amiga: Benedetta de Lucca. Su padre, Giancarlo de Lucca, un reconocido comerciante de telas italiano, y ella habían llegado a la ciudad en 1910 desde Florencia. Se habían instalado en un palacete en la calle Hermosilla, cerca de nuestra casa. El señor De Lucca era un hombre alto, de tez morena y de semblante serio, causado por la temprana muerte de su mujer, Elisabetta. Los miedos originados por tal inesperada pérdida se traducían en una sobreprotección desmedida hacia su hija menor. Los tres mayores se encontraban en Roma, Londres y París, por lo que era como si fuera la única descendiente de aquel hombre sagaz en sus negocios y tremendamente inseguro con su familia. Benedetta era tímida y reservada, pero una perfecta aliada en ratos de esparcimiento, así como en los primeros sueños de juventud que se hospedaron en nuestras mentes. Tenía un espeso cabello liso de color negro y sus cejas, gruesas, daban personalidad a sus suaves facciones.

Si bien es cierto que Candelita siguió siendo una buena amiga, no podía compararse esa amistad con la complicidad que terminé teniendo con Benedetta, más ágil y despierta en todo lo que implicaba divagar sobre cualquier asunto. Incluso inventamos un lenguaje secreto con las manos, imposible de descifrar por los mayores, para aquellos momentos en que quisiéramos contarnos secretos.

Al cumplir los diecisiete años, llegó la ocasión de nuestra entrada en sociedad a través de nuestra puesta de largo. Candela ya había hecho lo propio algunos años antes. En aquellos meses de preparativos, mi madrina se volvió de lo más maniática y meticulosa. Todos los caprichos que no me había concedido a lo largo de mi infancia se disipaban cuando se trataba de mi puesta de largo. Como mi tutora, ella debía encargarse de todo y ser la anfitriona perfecta. Quizá fuera una ocasión para demostrar a todas sus amistades lo espléndida que podía ser con aquella muchacha huérfana de madre y con un padre demasiado ocupado, con sus ficticios negocios, para educar a su hija, a la que ella había aceptado acoger cuando apenas contaba con siete años. Con mi madrina, nunca sabía cuál era el motivo real que impulsaba sus acciones, en ocasiones, permisivas de más y, en otras,

asfixiantes cual mordaza. Su comportamiento me desconcertaba y todavía más desde aquel día...

Las reuniones de los jueves se habían mantenido durante todos aquellos años. Y terminé por descubrir cuál era el motivo por el que se reunían en la casona: era una tertulia literaria. Con el tiempo, comencé a darme cuenta, gracias a mis lecturas y a mi hábil interpretación de los coloquios de los adultos, de que aquellas personas, que semana tras semana visitaban nuestra casa, eran personalidades del mundo de la literatura, el arte e incluso de la filosofía. Descubrí que el señor Arniches, aquel de la cara alargada, era un importante comediógrafo con más de veinte obras publicadas. También que el hombre regordete de ocurrencia fácil y chistosa se hacía llamar Gómez de la Serna, aunque nunca recordaba bien su nombre. Mi madrina siempre hablaba de él con templada admiración, debido a sus grandes aportaciones a la literatura a pesar de su juventud. Sin embargo, aquel hombre había dejado de frecuentar nuestra casa en los últimos años. Tampoco asistían siempre aquellos dos hermanos apellidados Romero de Torres, ambos vinculados a las Bellas Artes (don Julio, como pintor, y don Enrique, como escritor e ilustrador), pero era habitual que nos visitaran una vez al mes. Eran miembros más o menos fijos, el periodista don Luis Bello, siempre reflexivo, y el hombre de gafas, el filósofo don Manuel García Morente, serio y agudo en sus aportaciones. También acudían a la cita semanal don Tomás Salamanca-Trillo, el señor Rodríguez de Aranda —que se había convertido en un tío para mí— y los señores Ballester, propietarios de una importante bodega en La Rioja, a los que había visto, pero no reconocido, en aquel primer espionaje a través de la trampilla.

No obstante, quien más curiosidad despertaba en mí era la última de las asistentes. Decían de ella cosas terribles en la capital: que había abandonado a su marido. Pero también que era una mujer inteligente que había logrado comenzar una nueva vida en Madrid con su hija. Se llamaba Carmen de Burgos, aunque muchos se referían a ella como Colombine, pseudónimo con el que firmaba sus crónicas en el *Diario Universal*. De doña Carmen contaban que había estado en la misma guerra de Marruecos. Aquello me fascinaba. Mis tardes entre diarios habían provocado que desarrollase una suerte de deslumbramiento hacia aquellos hombres que escribían en ellos, dedicados a opinar sobre cualquier pequeño aspecto de la realidad: desde la economía hasta el teatro pasando por la política, los toros o la música.

Desconocía, tras todos aquellos años en los que mis ojos repasaron aquellas páginas pobladas de actualidad, que había mujeres que también realizaban aquella tarea. No es que mi madrina fuera el ideal de señora tradicional, pero era dueña de su casa y no se planteaba transgredir las normas de la época que la confinaban a dedicar sus días a visitas y tertulias y a delegar la administración de los negocios, de su difunto esposo, en manos masculinas. Conocer las andanzas de la misteriosa Colombine me llevó a observarla con detenimiento en sus visitas a nuestra casa, tratando de destapar el secreto de su mirada, llena de vivencias y experiencias.

—Necesitamos que la sociedad se revitalice. No podemos quedarnos en la fosa en la que nos metimos hace dos décadas. —Así había comenzado el debate aquella velada.

—Estoy de acuerdo con usted, don Tomás, pero ¿qué podemos hacer sin una educación férrea que reconstruya este apaleado país? —opinó don Luis Bello.

—El cirujano de hierro de Costa sería preciso y no pasaría todo esto que está sucediendo —intervino el señor con lentes.

—A veces me pregunto: ¿cambiaría algo? ¿No hemos tenido ya bastantes experimentos políticos, señor García Morente? No ha funcionado nada: ni república, ni monarquía, ni este monstruo creado por Cánovas que nos ha endosado a personajes como Maura, al parecer, por la eternidad —juzgó don Amancio Ballester ante la atenta mirada de su esposa, doña Concepción Segarra.

—Bueno, no hemos venido aquí a hablar de política, señores —interrumpió mi madrina algo contrariada.

La conversación cambió de rumbo y regresó a sus orígenes, más cercanos a las pinceladas, los versos y las representaciones teatrales de un tal Marquina. Enfrascada en aquel éxtasis de opiniones, estornudé inoportunamente. «¡Achís!». En aquel instante, mi madrina se encontraba haciendo un monólogo acerca de la última obra del escritor don Juan Ramón Jiménez. Se detuvo un momento. Fugaz y previsoramente, me alejé de la trampilla, pero mi madrina logró verme. Cayó en la cuenta de que había un asistente no convidado a su tertulia, pero, tras un momento, prosiguió con su disertación. A menudo creí que todas aquellas ocasiones en que, esperando un vendaval de acusaciones y reprimendas, apenas me dirigía una mirada malhumorada, pasarían factura en el momento menos previsible. Pero así era mi madrina,

abrupta e inflexible en sus amenazas y normas, mas inexplicablemente condescendiente en mi puntual insubordinación.

Durante aquellos meses, no era extraño que Benedetta y yo soñásemos despiertas con la vida que nos esperaba tras nuestra puesta de largo. A tales ilusiones contribuía doña Pilar, quien adoraba contarnos historias sobre su juventud. Sobre verbenas y horchatas con mozos que después habían desaparecido en Marruecos, junto a sus promesas de amor eterno. También relatos sobre príncipes y bailarinas, como la de Anita Delgado y el maharajá de Kapurthala, quienes se habían conocido en un sitio maravilloso llamado el Gran Kursaal.

—Ojalá podamos ir pronto a alguna fiesta y que algún sultán se enamore de mí. Y que sea rico y apuesto y guapo y bueno y listo... —dijo Benedetta en voz alta en nombre de las dos.

—Sí, claro, hija. Si eso pasara todos los días, aquí iba a estar yo —respondió doña Pilar y comenzó a reírse al tiempo que abandonaba el gabinete donde mi amiga y yo dedicábamos horas a imaginar el futuro.

La estación primaveral había hecho florecer todo nuestro jardín, que alcanzaba a ver desde aquella estancia, decorada con gusto en estilo rococó y pensada para impresionar a nuestros invitados. En apenas un mes seríamos dos mujercitas. Alrededor de la mesa de café central, con un tablero marmolado grisáceo, se disponían varias sillas con el mismo tapizado, que conjuntaba a la perfección con las cortinas. Estas colgaban con desenvoltura, vistiendo las enormes ventanas que daban al jardín trasero y a aquel anciano roble. Las azucenas y los rosales estaban más bellos que ninguno de los anteriores años. Don Severiano andaba todo el día quejándose de la cantidad de polen que debía tragar en cada ronda de riego. Pese a su seriedad, había continuado siendo alguien afable conmigo, que me esperaba con una breve y premeditada sonrisa, incluso en los días más tristes. Y no eran muchos, pues podría decirse que vivía feliz en aquella casona en medio del ensanche de Salamanca, que había seguido creciendo y donde grandes empresarios habían ocupado sus viviendas. La cercanía al parque del Retiro nos servía de oxígeno y los millares de comercios, que abrían sus puertas cada amanecer, daban alegría a aquellas anchas calles.

Por mi parte, había aprendido a residir allí, a olvidarme de dónde venía. La ausencia de misivas de padre y mis hermanos me habían convencido de que no pensaban en mí tanto como yo en ellos. Además, la total prohibición de Manuela Montero de que mencionara a mi familia colaboró en aquel irremediable tránsito hacia el olvido y la resignación.

Por otro lado, en aquel tiempo había ido descubriendo que había tareas que se me daban bien. El piano siguió siendo una de mis ocupaciones preferidas, atreviéndome con obras de Mozart o de Johann Sebastian Bach. Resbalar mis finos dedos por las teclas de color marfil me relajaba, y escuchar las melodías, perfectamente engranadas, que salían del instrumento, era la recompensa a horas y horas de ensayo disciplinado. Pese a que amaba mis ratos más musicales, había encontrado en la escritura mi verdadera pasión. Cuando apenas tenía once años, había comenzado un diario. En él, volcaba todas mis inquietudes, mis dudas, mis reflexiones. Era un confidente que no había conseguido hallar en ninguna persona de carne y hueso, ni siquiera en mi querida Benedetta. La lírica y la prosa se alternaban en las páginas raídas de aquellos pequeños cuadernos en los que me inventaba vidas, mundos e incluso sensaciones que jamás había experimentado. Era una especie de arma todopoderosa con la que podía crear y destruir con el simple trazo de mi pluma. En el último año, casi como una terapia secreta que ni siquiera yo entendía como tal, había tomado por costumbre escribir en él justo antes de acostarme. En ocasiones, eran apenas dos renglones bajo los que escondía mi frustración o indiferencia. Otros días, las palabras salían a borbotones, y casi tenía que canalizar mi energía ante el torrente de inspiración que torturaba a mi mano, siempre dispuesta a escribir la siguiente palabra, la próxima coma hasta el punto final.

—Date la vuelta, preciosa —me indicó doña Alicia.

Habíamos acudido para una de las últimas pruebas del vestido que llevaría en mi puesta de largo. Estaba hecho con tafetán de color beis con una cobertura en rejilla de color lila, que tenía toques más oscuros y otros brillantes. Las mangas eran cortas y dejaban los brazos al aire, formando un escote que, según decía doña Alicia, se llamaba Reina Ana. Formaba una especie de corazón entre las mangas, el cuello y el pecho que resultaba

«moderno pero recatado».

—¿Te gusta? —me preguntó la modista.

—Es increíble, doña Alicia. Usted sí que sabe bien cómo hacer maravillas con las telas.

—Uy, hija, qué encanto. Di que la percha también hace mucho. Aún me parece ayer cuando viniste a hacerte tus primeros vestidos...

—Sí, yo también lo recuerdo bien —respondí alegre.

Y sin saber muy bien por qué, doña Alicia pareció emocionarse.

—Voy a decirle a Mari Paz que te prepare un chocolate mientras esperas a tu tía —musitó mientras se limpiaba una pequeña lagrimita.

Me sonrojé, pero opté por respetar aquel momento de debilidad y seguí mirándome en aquel enorme espejo, contoneándome con el vestido que me acompañaría en una noche tan importante. Mi madrina apareció de pronto. Portaba una caja en sus manos, delicadamente envuelta. Me contempló por un segundo.

—Estás favorecida, Elisa —aseguró—. Me recuerdas a mí cuando tenía tu edad. —Sonreí agradecida—. Me ha dado tiempo de pasar por Les Petites Suisses para comprarte unos zapatos. Es preciso que te pruebes todo el conjunto por si hay que rematar el largo. Sé que ahora se ha puesto de moda esa estupidez de enseñar los tobillos pero ni la apruebo ni la pagaré con mi dinero —sentenció.

Me probé los zapatos, en color marfil, con un tacón grueso pero delicado. Cubrían todo mi empeine con bonitos detalles brillantes que combinaban a la perfección con el vestido. Repetimos todo el ritual, asegurando que cada hilo, pespunte y corte estuviesen precisamente realizados y que mi madrina pudiese dar el último permiso para rematar aquella pieza digna de una marquesa. Mientras me cambiaba de ropa y mi madrina me esperaba, mirando desde la ventana a los paseantes de la plaza, me lanzó una pregunta para la que yo había confeccionado, cuidadosamente, una atrevida respuesta.

—Bueno, niña, ¿has pensado ya qué quieres de regalo?

Coloqué con suma cautela el inacabado traje en la butaca que había para tal cometido y comencé a vestirme con el que había llevado de casa, mucho menos elegante.

—Sí, madrina. Ya lo he pensado.

—¿Y bien? ¿Quieres acaso que lo adivine?

—No, no, madrina, por supuesto que no. Verá, es que no es un regalo al

uso, creo yo..., pero tiene que prometer que no se va a enfadar y que lo pensará.

—Vamos, niña, no tengo todo el día. ¿De qué se trata para que tenga yo que ofuscarme por ello?

—No quiero regalos materiales. Solo... me gustaría... Es que verá, madrina, yo adoro escribir y como don Ernesto tiene un periódico, pues he pensado que quizá usted me dejaría ayudar, voluntariamente. Así podría escribir para su diario, como doña Carmen de Burgos hace en el *Universal*.

No me respondió. Dejé de vestirme por un segundo y esperé algún tipo de reacción.

—Ni hablar.

Me asomé tras el probador.

—Pero ¿por qué, madrina?

—Elisa, no vas a escribir para ningún diario. No es ocupación para una señorita como tú y lo será menos cuando tengas pretendientes. Debes aprender algo de hacerte mujer y es que, cada vez, los pájaros deben revolotear más lejos de tu cabeza.

—Pero, madrina, atenderé mis obligaciones y solo sería por un tiempo...

—He dicho que no.

Y ahí terminó aquella justa en la que a mí me habían abatido de mi caballo en el primero de todos los asaltos.

Con la venida de los primeros días de calor, mi ansiada fiesta arribó. La casona lucía más linda que nunca. Lazos habían cubierto las barandillas de las escaleras y el vestíbulo parecía más imponente que cualquier otro día. Mi madrina había mandado traer más palmeras para aumentar la decoración del espacio y, en la entrada, don Severiano pedía el nombre, con una sonrisa, a los elegantes asistentes. La banda de música comenzó a tocar desde bien temprano para que ningún invitado entrase sin el fondo celestial del sonido del violín, tal y como había ordenado mi madrina. Don Santiago se encargaba de aparcar los coches de aquellos que, poco amantes del paseo, habían traído sus bonitos carruajes o vehículos hasta nuestra casa. Las copas de *champagne* francés y de zumos de todos los sabores imaginables danzaban de un lado a otro del salón. Los invitados conversaban sobre temas baladíes a la espera de

que yo hiciera mi aparición. Mi madrina disfrutaba, mientras tanto, de los halagos que todos le dedicaban a su esmero y a su altruismo con su «querida sobrina». Mas, allí, sentada frente al tocador, era doña Pilar quien peinaba mis cabellos largos y oscuros. Poco a poco, aquel recogido iba tomando la forma indicada. Entonces, una pregunta vino a mí de golpe y sin éter. ¿Me parecería a mi madre? Jamás había visto una sola imagen de ella y su rostro era desconocido para mí. Aquello logró apenarme por unos segundos, instantes en los que doña Pilar terminó.

—Estoy segura de que vas a ser la debutante más bonita de todo Madrid, Elisa.

Su afirmación llegó como una tierna caricia en un momento en que la vulnerabilidad me había tomado presa. Escuchaba la música a lo lejos, debía apresurarme. Sonreí, devolviéndole, con aquel gesto, una ínfima parte de todo el cariño que ella me concedía día tras día. Ella también sonrió.

—Venga, todos te están esperando.

Salí de mi cuarto con los nervios a flor de piel. A medida que fui avanzando, conseguí controlar mi emoción para lucir serena. Todos los asistentes, que esperaban mi aparición por las escaleras desde el vestíbulo, comenzaron a aplaudir. Dibujé una sonrisa, forzada e histérica, mientras rezaba por no caerme de bruces en aquellos veinticinco escalones. De pronto recordé cuántas aventuras había vivido subiendo y bajando aquellas escaleras cuando era niña. Absorta en aquellos pensamientos, que me trasladaban a un pasado no tan lejano, apenas caí en la cuenta de que había logrado cautivar la atención completa de dos de los invitados. Veintitrés, veinticuatro y veinticinco.

Anduve más relajada por el suelo liso del vestíbulo hasta reunirme con mi madrina, quien me abrazó de un modo bastante parecido al cariño y, después, me instó a poner la mejor de mis sonrisas y a mirar al fotógrafo. Por lo visto, Manuela Montero no había reparado en gastos con mi fiesta y la expresión de su rostro bien se asemejaba a la satisfacción.

Después, los saludos, agradecimientos y felicitaciones fueron tomando el testigo hasta que olvidé con quién había hablado y de qué tema. Benedetta y Candela me esperaban en el salón de invitados, vestidas con sus mejores galas y aprovechando la ocasión para intercambiar miradas con alguno de los prometedores jóvenes que mi madrina había invitado para que me conocieran. Poco después, el señor Rodríguez de Aranda y su mujer, doña

Cristina, se acercaron para presentarme sus felicitaciones. Me entregaron una cajita en la que había un bonito colgante con una esmeralda incrustada. Les di un beso a los dos y me fui, reclamada por la banda de música, que había dejado de tocar para dar paso a la interpretación que llevaba ensayando varios meses con la señorita Rebeca.

El público fue dejando que el silencio lo abrazara lentamente. Mientras me colocaba delante del piano, se oían aún algunos comentarios y susurros de aquellos que preferían agotar la conversación antes de que caducase con la primera nota de mi actuación. El «mi» con el que comencé la interpretación les arrebató de la boca sus últimas palabras, entrando en aquella jaula acústica que se creaba cada vez que *Para Elisa* salía a raudales de aquel piano. Era una melodía dramática y compleja, con instantes de enorme calma y otros compuestos por la más retorcida de las frustraciones y la más honda de las angustias. Mis ojos, cerrados, se entregaban a la partitura ofreciendo mis dedos como canal de comunicación de aquella historia, enfrascada para siempre en la rectitud blanquinegra de un pentagrama. Qué representación gráfica más poco acorde con su realidad sonora, adquirida gracias a la maña de unas manos diestras en algún instrumento musical. El nervio, la calma y después aquel fragmento que todos conocían y con el que viajaban a algún instante pasado de su vida. El nervio, la calma. El nervio, la calma. Y aquel fa final. La ovación ensordeció a un auditorio concentrado en aquella pieza del maestro Beethoven. La banda de música, aleccionada como estaba por la rigidez de mi madrina, continuó con su repertorio enseguida.

—¡Qué maravilla, Elisa!

—Qué representación más hermosa.

—Una interpretación estupenda.

—Tienes un don al piano, niña.

Regresé con Benedetta, quien me expresó su fascinación por aquella habilidad que yo tenía.

—Habrás dejado boquiabierto a un millar de pretendientes —afirmó convencida.

—No digas tonterías, Benedetta.

—Vamos, no seas humilde. Aquel chico que está al lado de Tomás José Salamanca-Trillo no deja de mirarte.

—¿Qué inventas? No es cierto... —Me sonrojé.

—Si lo ignoras, creerá que eres boba o algo así. Tenlo por seguro.

—Tampoco eso es cierto —dije enfurruñándome cual chiquilla.

—Tienes que hacerte la interesante. Finge que hablas conmigo de algo muy, muy importante y míralo de reajo con disimulo.

—Como sea una patraña, me las pagarás.

—Confía en mí.

Así lo hice. Actué con soltura al tiempo que echaba un vistazo al supuesto joven que no me quitaba los ojos de encima. Y allí estaba. Ambos sonreían para tantear si accederíamos a que se acercaran a nosotras. El hermano de Candela se había convertido en un hombrecito más o menos resultón, con mandíbula marcada y cabello peinado siempre hacia atrás. A su lado, un muchacho un poco más bajo, con nariz prominente y cara simpática. Esperamos unos minutos a que se aproximaran a nosotras, coquetas y conscientes de nuestros encantos. Los dos avanzaron. Una suerte de adrenalina desconocida me recorrió todo el cuerpo, desde aquellos zapatos color marfil —incómodos hasta la saciedad— hasta mi delicado peinado. Respiré hondo.

—Hola, Elisa —me saludó Tomás José.

Conté hasta tres para ser capaz de controlar el *vibrato* de mi negada voz.

—Buenas tardes, Tomás José.

—Hola, Benedetta.

—Hola —saludó ella con una sonrisa.

—Os presento a mi buen amigo Enrique Mújica. Ellas son la señorita Elisa Montero, la homenajeadá, y la señorita Benedetta de Lucca —se explicó.

—Encantada —dijimos las dos al unísono.

Contemplé a aquel simpático joven, por un momento, y atendí al modo en que me contaba, con una mirada, lo mucho que le había gustado.

—Espectacular —espetó.

Arqueeé las cejas.

—La actuación de piano, me refiero —añadió, desasosegado.

—Muchas gracias. He tenido algún fallo que otro, pero creo que nadie se ha percatado, por suerte.

—Puede estar tranquila, no creo ni que lo hayan percibido los músicos.

—Gracias de nuevo. ¿Promete guardarme el secreto?

—¿Cuál? —preguntó torpemente.

—El de mis errores —subrayé, convencida de que no había lugar a confusión.

—Oh, sí, disculpe. Menudo zoquete. Yo. No usted.

Sonreí. Entretanto, Benedetta y Tomás José se habían entregado a la danza, intercambiando sonrisas que auguraban una más que prometedora relación.

—Señorita Elisa, ¿cree que, a lo mejor, a usted le podría apetecer bailar?

—Por supuesto —respondí, segura.

—Conmigo, me refería —concretó, titubeante.

—Por supuesto —repetí y dejé que tomara mi mano.

Recuerdo aquella irracional alegría por dar mis primeros pasos en compañía masculina. Había ensayado muchísimas veces la ocasión en la que algún pretendiente me sacase a bailar y a duras penas podía creerme que el día hubiera llegado. Enrique Mújica no era, ni por asomo, un gran bailarín, carencia que mis pies sufrieron en cada vuelta. No obstante, aguanté el tipo durante las tres o cuatro piezas en las que sus brazos me hicieron presa de sus pisotones. Era un muchacho agradable que tenía ocurrencias acerca de todo lo que pasaba por su lado. Me hizo reír durante aquel rato hasta que escogí hacerme un poco la interesante y me marché a charlar con otros invitados.

—Lo cierto es que tras la revolución de los rusos y la interminable contienda, cada vez hacen más falta periódicos como el suyo, don Ernesto.

—Agradezco el cumplido, don Giancarlo. La verdad es que parece mentira la cantidad de información que llega todos los días desde Europa.

Poder estar en aquellos coloquios era, sin lugar a dudas, uno de los aspectos que más me gustaban de ser mayor.

—Aunque no esté la economía para echar cohetes, nunca vienen mal un par de manos más en estos tiempos —añadió.

Aquella frase actuó como una suerte de mecha encendida que conectaba con kilogramos enteros de una pólvora guardada para el momento idóneo.

—Yo podría —afirmé.

Todos se me quedaron mirando mientras sostenían sus copas de *champagne*. La música seguía sonando.

—Elisa... —me amenazó mi madrina.

—No, espere, madrina. Puedo explicárselo a don Ernesto. ¿A que usted quiere oír mi propuesta?

Mi madrina me taladraba con sus ojos oscuros, al tiempo que esperaba que mis divagaciones fueran tomadas por sandeces de chiquilla por el resto del grupo.

—Tengo debilidad por esta criatura. Dime, Elisa, ¿qué has pensado?

—Usted dice que quiere un par de manos más. Y yo tengo tiempo libre entre mis tareas de la mañana y la hora de comer. Podría ir allí y ayudar. Sería solo temporalmente, por supuesto.

—Jovencita, ¿cuántas veces tengo que decirte que seas educada y no digas patochadas en voz alta?

—No, aguarde, doña Manuela. La niña tiene razón. No hay nada de malo en que venga a ayudar a la señora Idiazábal con las tareas de secretariado — opinó don Ernesto.

—Pero, don Ernesto, un periódico no es lugar para una mujer y menos aún para una chiquilla —intervino don Giancarlo.

—No puedo estar más de acuerdo —aseguró mi madrina.

—Pero, madrina, sé leer y también sé taquigrafía. Usted me enseñó. ¿Acaso no sería una buena forma de seguir practicando mis labores siendo benevolente con el prójimo?

El giro de mi argumento dejó a mi madrina desarmada. Detestaba la idea de que yo trabajara o algo similar. Me había educado para ser una mujer de bien, culta, resuelta e inteligente, no una secretaria en una redacción. Aunque, por otro lado, mis ansias amordazadas habían crecido conjuntamente con todos los recursos que ella misma había puesto a mi disposición: los periódicos, la lectura, la antigua máquina de escribir del señor Ribadesella, su inacción al ver que espiaba sus tertulias... Y entonces, por un nuevo capricho del destino o de la compleja y enmarañada mente de mi madrina, accedió. Di un brinco de alegría, controlando mis modales para no parecer una demente, y abracé con fuerza a don Ernesto. Mi madrina seguía seria, dudando si cambiar de opinión en apenas un suspiro, pero si algo caracterizaba a Manuela Montero, era que siempre había sido mujer de palabra.

Lentamente, y después de catar los deliciosos entremeses, el sonido del violín fue dando paso a las despedidas. Algunas, tempranas, fueron decoradas con excusas amables hacia mi madrina. Otras, tardías, se aceleraron con educación y sutileza. Poco sabía yo, al ver marchar al último de todos los invitados, que aquella noche, como decía, dos miradas se habían clavado en mí. Una había quedado descubierta con facilidad, víctima del entusiasmo pueril del señorito Enrique, pero la otra aún estaba por revelarse y, sin quererlo, marcaría el sendero de mi vida.

El verano de 1918 fue un periodo de inéditas experiencias e insólitos descubrimientos. De pronto, era alguien con nombre propio a la que se dirigían con respeto y diligencia. Aunque, por otra parte, había entrado en la vertiginosa espiral del qué dirán y de los juicios gratuitos de todo aquel que gustase comentar. No sin apuros, me fui acostumbrando a cuidar la imagen que daba a los demás, pues, como bien decía mi madrina, «en la vida te juzgarán por lo que hagas, no por lo que pretendas hacer». Sin embargo, todo me parecía más sencillo gracias a mi andanza en el periódico de don Ernesto. Mi madrina, poco cómoda con aquella elección, me repitió en más de un millar de ocasiones que «bajo ningún concepto debía abandonar mis obligaciones» y que si así era, «me pasaría encerrada en mi alcoba un mes entero». Dadas las circunstancias y las ganas de pasear y rondar que tenía, no imaginaba un peor castigo en pleno mes de julio. Ordenó que don Santiago me llevara y me recogiera puntualmente de mis «horas de voluntariado», que era como ella prefería llamar a aquella colaboración. Con tal pretexto, acordó con don Ernesto que no me pagaría por mis servicios, pues aquello no podía tener ningún tipo de cariz que lo acercase a la idea misma de «trabajo».

A las diez de la mañana, una vez había visitado la iglesia y había completado todas las labores, bien acicalada, bajé las escaleras de la entrada hasta llegar al carruaje. Allí me esperaba don Santiago, sosteniendo la puertecilla abierta. Por la ventana, dejé pasar a los árboles, dije adiós a los señoriales edificios y abandoné las charlas que sobresalían por encima del ruido de las ruedas y las espuelas. En pocos minutos, llegamos a la calle Velázquez, donde estaba la redacción de *El Demócrata*. Un bloque de edificios, de más o menos reciente construcción, albergaba los secretos de aquel diario matutino de ocho páginas.

Un hombre uniformado me dio los buenos días sin poder ocultar su perplejidad. Me preguntó a qué planta me dirigía y, con un hilo de voz, me apresuré a decir: «A la segunda, señor». Llamó al ascensor, un enorme trasto de hierro que anunciaba sus viajes gracias al chirrido de las cadenas que actuaban como una polea mágica conectando todo el edificio. Una vez alcancé el rellano indicado, el vocerío me sorprendió. Por algún motivo que no entraba en mis planes, me asusté. Me volví un instante, dispuesta a coger el ascensor de vuelta a casa para esconderme debajo de las sábanas hasta que todo el mundo se olvidara de mi nombre. Pero después vislumbré aquella

casona en la que había estado encerrada, sin aras de lograr ningún tipo de proeza, durante diez años, viendo tras el cristal las vidas de los demás. Era mi momento, la oportunidad de demostrar que podía hacer algo más que seguir las retorcidas normas de Manuela Montero. Cogí la aldaba negra y llamé a la puerta.

—Hola, preciosa, ¿se te ha perdido algo por aquí?

Abrí los ojos como platos. Me quedé muda. ¿Me habría equivocado?

—¡López! ¡Haga el favor! —le reprendió alguien por detrás.

Al ver a don Ernesto acudir en mi busca, sonreí relajada.

—Elisa, querida. Pasa, pasa, que este truhan no te contraríe.

—Buenos días, don Ernesto —saludé.

Ante mí apareció una escena que no había contemplado con anterioridad. Una sala alargada, llena de escritorios y papeles, surgió tras el señor Rodríguez de Aranda y su empleado, López. Varios hombres escribían concentrados con veteranas máquinas de escribir. Otros paseaban, nerviosos, sin un rumbo fijo. Las ventanas coronaban la pared derecha del espacio, aportando toda la luz que el sol veraniego nos había concedido aquella mañana. El repiqueteo de las teclas se entrelazaba con los murmullos y las quejas vanas de los empleados. Olía a puro, a papel y a tinta. Observé con detenimiento a aquellos ilustres periodistas que se escondían tras las firmas, tras los pretéritos y los sustantivos que narraban la realidad al resto de la ciudad. Ninguno tenía aspecto de erudito ni de gran pensador, pero todos se aferraban, con una fe incierta, a sus textos, construyéndolos ladrillo a ladrillo.

—Déjame que te presente. Este que te ha importunado es don Ramón López, una de nuestras más consolidadas firmas en las crónicas de Sociedad.

—Un placer conocerla, señorita Elisa. Disculpe mi torpeza —se presentó arrepentido.

—No se preocupe, no tiene importancia.

—Aquel de allá es Isidro Fernández y, a su lado, Augusto Morales. Al fondo, están los muchachos de las linotipias, Gonzalo y Lorenzo, que trabajan abajo, en el taller.

—¿Llevan mucho tiempo con usted aquí? Trabajando en el periódico, me refiero.

—Todos desde el principio. A esos dos los he visto crecer e ir perdiendo todos sus dientes. Con ellos no tratarás mucho —me aseguró—. Y aquel muchacho agazapado tras el telégrafo es Simón Recuero, nuestro aprendiz.

Tras intercambiar un par de frases de cortesía, seguimos con la ruta hacia los despachos. Dos mesas enfrentadas en una suerte de zaguán, al que se accedía por una enorme puerta situada en la pared izquierda de la redacción, custodiaban el paso de quien aspirara a reunirse con el director. Su despacho se encontraba al final de aquella salita de paso junto con otra puertecilla, más modesta, tras la que trabajaba el señor Alberto Villarroy, el contable.

—Y aquí será donde tú nos ayudes. —Don Ernesto señaló una de las dos mesas encaradas—. Bueno, más concretamente a la señora Carmen Idiazábal, mi secretaria.

Entonces caí en la cuenta de que, tras el escritorio contrario al que sería el mío, una mujer ordenaba una pila de informes. Su mirada contenía un misterio que pasaba desapercibido para todo aquel que enseguida resbalase, hipnotizado por su belleza desgastada, hasta sus labios carmesí. Se levantó, sin prisas, y se contoneó vanidosa hasta llegar a donde la esperábamos.

—Encantada. Tú debes de ser Elisa, ¿no es así?

—Así es, señora Idiazábal. Mucho gusto en conocerla. Prometo que le seré útil y haré lo que me pida —dije voluntariosa.

—Qué encanto —exclamó, con un ligero tono cargado de falsa cordialidad.

La señora Idiazábal puso los ojos en blanco, molesta con la nueva faena que se le había pedido, y se encendió un cigarrillo. Me ofreció y, ante mi negativa y mi mueca de asombro, inició una ristra de normas, órdenes, procedimientos y tareas que fui incapaz de retener. Después, me hizo sentar en mi sitio y ordenar como un centenar de periódicos, por fecha, para la hemeroteca. Con el paso de las semanas, fui controlando mi torpeza y doña Carmen se acostumbró a mí.

Aquel jueves acudí a mi cita en la despensa. La tertulia comenzaba a las once y media, sin excepción. Los invitados se servían vasos de vodka que utilizaban para crear silencios expectantes, en medio de una buena frase. Aunque había muchas cuestiones que aún no comprendía de aquellas charlas improvisadas en casa de mi madrina, lentamente fui dando forma a todas las críticas y reflexiones que captaban mis oídos. Antonio Maura, que parecía ser el presidente reiterativo en aquellos años, había vuelto al poder unos meses

atrás, tras más breves gobiernos de José Canalejas, asesinado seis años antes —episodio que mantuvo a doña Pilar rezando en voz alta durante dos días seguidos—, y Eduardo Dato, que correría la misma suerte un poco más adelante. Un gobierno pactado, en apenas unas horas, como reacción a la huelga general acaecida hacía unos meses. La sociedad española estaba cada vez más colapsada en aquel sistema turnista en que el supuesto poder popular era una mera treta para mantenerla callada. El surgimiento de la CNT y del Partido Socialista, con el señor Pablo Iglesias a la cabeza, se vio impulsado por la revolución que había estallado en Rusia. De ese modo, engrosaron la amalgama de partidos que no podían aspirar a ninguna silla en el Congreso de los Diputados y que cada vez aglutinaba más frustración y rabia hacia el poder vigente. Mientras tanto, el caciquismo, el hambre y el analfabetismo eran los tres grandes artífices de la vida en el campo o de aquellos menos afortunados de la ciudad. Así, aquellos debates tomaban tintes políticos, sin pretenderlo, cuando reclamaban la modernización de una sociedad que a duras penas sabía lo que esa palabra significaba. Y, entretanto, la guerra de Marruecos seguía aniquilando a los jóvenes, sepultados como perros en la arena del desierto.

—¿Acaso no cree que los hombres no somos completamente libres en ninguna de nuestras facetas, don Luis? —se aventuró a preguntar don Amancio Ballester.

—Así es. Somos consecuencia de todo aquello que nos rodea, de la genética social que nos es dada —respondió don Luis Bello.

—¿Y qué esperanzas habríamos tenido de evolucionar, de construir las catedrales que se han erigido y de conquistar los territorios que hemos alcanzado? —añadió el otro.

—Porque, en ocasiones, esa cuerda frágil que nos rodea cede y nos permite explorar nuevos senderos. Pero es poco probable que podamos hacerlo sin que el entorno sea el propicio.

—Apoyo totalmente sus palabras, don Luis —sentenció don Enrique Romero de Torres—. Mire a nuestro alrededor. Allá por Lavapiés, donde ni un solo chiquillo sabría escribir su nombre; aquí, donde bebemos en finos vasos de cristalería francesa. ¿No es un ejemplo más de que es nuestro sino el que marca hasta dónde tomamos nuestras decisiones?

El debate en torno al determinismo social, tan en boga en aquellos tiempos, mantuvo a todas aquellas mentes privilegiadas entretenidas durante más de

media hora. Eso sí, sin llegar a ningún acuerdo entre sus defensores y sus detractores.

—Yo también creo que los estamentos son algo anticuado en nuestra sociedad... —intervino don Tomás Salamanca-Trillo.

—No hablamos de estamentos. Hablamos de clases. Muchas veces igual de asfixiantes —concretó don Luis.

—Habla usted como uno de esos comunistas —señaló el otro.

—Creo que están todos influidos por el señor Ortega y Gasset —apuntó don Amancio.

—Y bien que hacen —brindó el señor García Morente.

Me divertían aquellas discusiones que, sin serlo, protagonizaban un cruce de acusaciones y réplicas a base de buenos modales y palabras galantemente seleccionadas. Observaba sus muecas, de orgullo y desaprobación a partes iguales, y cómo reaccionaban a los argumentos del contrario. Era una especie de baile invisible por el que todos debían pasar, aportando juicios que serían analizados con la cautela y elegancia de aquellos intelectuales y dinamitados por el burdo ser humano que controlaba sus lenguas. Entonces, y mientras esperaba la reacción del señor Luis Bello, un carraspeo nervioso me llamó desde la cocina. Me levanté, veloz, y me quedé de pie en la despensa, contemplando la expresión de desagrado de mi madrina. Dio un paso al frente, tanteando de reajo la trampilla por la que llevaba años siendo cómplice de sus conversaciones. Retrocedí, creyendo que si me aproximaba a ella, me agarraría del pescuezo. Dio otro paso adelante hasta situarse tan cerca de mí que su aliento, cálido y pesado, amenazaba mi respiración.

—Fuera de aquí.

Tardé un microsegundo en reaccionar, lo que comportó un «¡largo!» para enfatizar la orden que me acababa de dar. Corrí, dejando el corazón en ralentí y moviendo las piernas lo más que pude para alcanzar mi habitación. Jamás comprendí aquel repentino desplante, cuando tanto ella como yo sabíamos que me había concedido la licencia de espiarlos desde hacía unos meses. Pienso que, quizá, mi presencia en el periódico, única libertad que pretendía darme, hacía incómoda mi intromisión.

Desde mi escritorio en la redacción, observaba los días pasar y la dinámica

convulsa dentro de aquellas cuatro paredes. Había pocos que trabajaran allí día a día, pues parte de los artículos de *El Demócrata* estaban firmados por colaboradores, que escribían para un diario y otro sin diferencia. Era común que aquellos que pasaban a dejar sus manuscritos o los mandaban por correo apareciesen en las páginas de *El Imparcial*, *El Debate* o *La Vanguardia* al día siguiente. Solo unos pocos, empleados humildes entregados a la poco reconocida labor del periodista, andaban de aquí para allá cubriendo los actos más importantes de la capital para redactar las crónicas que Madrid leería por la mañana. Entre ellos, cautivaba mi atención Isidro Fernández, poeta y literato frustrado, que había encontrado en la prosa de actualidad su manera de pagarse una residencia en la ciudad. «Dice que tiene una novela a punto de terminar, pero así lleva desde 1903 y nada», me contó López, conocido por sus enredos de faldas fuera del matrimonio. Augusto Morales, sin embargo, era el más resuelto de todos. Se había ganado la simpatía de don Ernesto con grandes dosis de fingida adulación, pero si por algo le tenía estima era por su amplia agenda de contactos. Su olfato periodístico le hacía enterarse de todos los chismes antes, incluso, de que estos hubieran ocurrido. Aunque también tenía sus despistes.

—¡*La Corres!* ¡*El Heraldo!* ¡*El ABC!* ¡*El Imparcial!* ¡Todos! ¡Todos menos nosotros se han hecho eco de las palabras del señor Dato desmintiendo la noticia del hundimiento de dos barcos españoles más en nuestro litoral!

La reprimenda casi hizo que se tambalearan los cimientos de aquel edificio. Yo revisaba el correo, al tiempo que cotilleaba aquella escena. No, no era un asunto baladí. La publicación —sin pasar por la censura previa— de un rumor que señalaba que aparte del buque *Atxeri-Mendi*, dos barcos más de la marina española habían sido torpedeados y hundidos por fuerzas extranjeras, había generado que se suspendieran las garantías constitucionales de la prensa. La guerra europea continuaba, también los miedos y las tensiones internacionales, y el Gobierno acusaba a los periodistas responsables de la difusión de aquella falsa noticia de atentar contra los intereses de la patria, generando alarmismo en la opinión pública.

—Leo el *ABC*: «Interrogado el señor Dato —que recibió a los *reporters* en su despacho oficial, pues no se tomó asueto—, comenzó por lamentar la actitud de algunos periódicos, que no vacilan en publicar noticias cuya finalidad es solamente el producir alarma en la opinión. Pueden ustedes añadir —dijo— que la noticia es inexacta. Como es natural, el Gobierno, por

su intervención en las líneas telegráficas y telefónicas, habría de ser el primero en tener noticias de esos incidentes y yo les aseguro que no tenemos telegrama alguno que confirme esos rumores. Antes al contrario, hemos comprobado que se trata de un rumor falso».

—Si lo mira desde esta perspectiva, don Ernesto, es una no noticia. Porque dicen que lo publicado anteriormente no era tal, sino que era de otro modo — se defendió Fernández.

—Con lo mal que se explica no sé cómo dejo que escriba en mi periódico, Fernández. —Hizo una pausa dramática—. ¿Cómo? ¿Cómo es posible que ninguno de ustedes, maldita panda de bribones, moviera su culo al despacho del señor ministro de Estado?

—No sé cómo ha podido suceder, señor. Se supone que una de mis fuentes me ha de informar de todo este tipo de corrillos políticos... —explicó Morales.

—Pues dígame a su fuente que puede dedicarse a otros menesteres a partir de hoy. ¡Es que ni una mísera mención! ¡Ni siquiera sale el nombre de Dato en todo el periódico! Pero usted, Fernández, debió de quedarse a gusto con su reflexión, en casi una página, de las vacaciones en San Sebastián de la familia real. ¡Seguramente los periódicos donostiarras sí hayan sacado el desmentido de los torpedeamientos! ¡Panda de ineptos!

El teléfono sonó de pronto. Simón, el encargado de atenderlo, lo agarró con firmeza y escuchó con atención. Colgó.

—Va a dar comienzo el Consejo de Ministros en media hora —espetó.

—¡Lárguense! ¡Vamos! ¡Vamos! Quiero un titular esplendoroso que corone nuestro diario mañana y no dormirán hasta que lo logremos.

Morales y Fernández salieron pitando de la redacción, seguidos por el aprendiz, que aún no se había recuperado de la llamada. Asistí a aquella riña deseando, con todas mis fuerzas, poder ser yo la que corriera, la que arribase al Congreso de los Diputados y, salvando las distancias con los leones que custodiaban sus puertas, ser la que hiciera aquellas preguntas al señor Eduardo Dato. Ser la que escuchara su discurso político antes que cualquier otra persona, antes de convertirse en noticia, en letra, en impresión, en lectura, en conversación. Cuando solo fuera un puñado de verdades y mentiras, maquilladas con talante político, y dado de golpe a un grupo selecto de plumillas, dispuesto a hacer magia con sus palabras. Pero mi sitio estaba junto a Carmen Idiazábal, quien había atendido poco a la disputa. Levantó

sus ojos azabaches y me miró por encima de la máquina de escribir.

—No te importunes, niña. Pasa muy a menudo —me indicó.

Asentí sin poder manifestar lo que realmente recorría mi cuerpo. Sin poder levantarme, sentarme a su lado y comenzar a hacerle un sinfín de preguntas acerca de todo lo que había visto en sus años como secretaria. Sobre el día que comenzó la guerra, sobre la huelga, sobre Marruecos, sobre los Estados Unidos, sobre la Semana Trágica... Regresé a mis quehaceres tras el simpático y siempre alegre saludo del señor Villarroy, que salía a hacer una visita al banco.

Fue a comienzos del otoño de 1918 cuando conocí a Catalina Folch. Benedetta me había propuesto, días atrás, acudir al cine con Enrique Mújica y Tomás José, con quien ella quería pasar más ratos a solas. Al principio, algo reacia a tener que compartir momentos con el señorito Enrique, me negué. Sospechaba que tenía interés en cortejarme y, aunque me halagaba su interés y me resultaba gracioso, yo no sentía lo mismo. Después decidí concederle ese favor a mi amiga a riesgo de tener que dar explicaciones a mi pretendiente.

Al salir por la puerta, el señorito Enrique, Benedetta y Tomás José me esperaban afuera sonrientes.

—¡Vamos, tardona! —me gritaron, gesto que hizo que me apresurara.

Me subí al landó que el señor Salamanca-Trillo había puesto a disposición de Tomás José para hacernos más llevadera la velada. Al principio, Benedetta, algo tímida, medía sus palabras con precisión y respondía a golpe de monosílabo a todo lo que el otro le preguntaba. Yo, por mi parte, seguía pasándomelo bien con el señorito Enrique, pese a que sus reiterados intentos por cazar mi mano no terminaban de cautivarme.

El carruaje volteó la plaza de la Independencia, donde la Puerta de Alcalá nos contemplaba, enjuiciando el interés —o desinterés— desmedido. Allí, como afluentes de un río imaginario, desembocaban la calle Serrano, la calle Alfonso XII y la interminable calle Alcalá. Por ella avanzamos, encontrándonos a nuestro paso las pesadas y molestas obras de aquel enorme edificio que habría de terminar de hacer desaparecer los jardines del Buen Retiro, aún presentes en la memoria de muchos madrileños. Con la simple

intención de pavonearnos en nuestro coqueto carruaje descapotado, pasamos presumidos por el Salón del Prado hasta la glorieta de Atocha. Desde allí, y viendo a lo lejos la imponente estación de Mediodía, enfilamos la calle Atocha hasta llegar al cine Ideal, donde acudíamos a ver el estreno de *Mariucha*, un «precioso cinedrama», según había leído aquella mañana en el *ABC*.

El negro y elegante landó nos dejó un par de manzanas antes para aprovechar a pasear hasta el cinema. Entre los que entraban y salían no todos eran personas adineradas: gentes más modestas se entremezclaban en aquellas calles, formando una mezcolanza que solo Madrid podía absorber con entereza. Tras comprar las entradas en las taquillas, pasamos a la sala, donde no tardamos en encontrar nuestros asientos. Enrique Mújica me hacía preguntas absurdas con la firme intención de arrancarme una de esas carcajadas que, a fin de cuentas, era de lo poco que podía ofrecerle con sinceridad. En medio de mi lucha entre mantener las distancias y ceder a sus modestos encantos, alguien tocó mi brazo.

—Disculpe —comenzó aquella voz.

Me giré, desconcertada por aquella inesperada interrupción.

—Disculpe, es que creo que están en mi asiento —dijo señalando su tique.

Miré el papel, sostenido por unos guantes color granate que precedían a esos dos largos brazos. Tras ellos, un vestido oscuro y fino, creado para revelar las escasas curvas de su desgarbada figura. En su cabello, un bonito sombrero rodeado con un lazo de color marrón del que sobresalía inquieto algún mechón castaño. Sus facciones eran exóticas, a la vez que atrayentes, pese a que no parecía ser consciente de ello ni tener pretensiones de demostrarlo. Aquella señorita esperó mi reacción tardía.

—Por supuesto. Dígame qué número le han asignado.

—El ocho —contestó.

Mi asiento era el número siete. Enrique Mújica, despreocupado hasta ese instante, miró entonces su entrada y observó que en ella ponía un doce.

—Vamos, no fastidies —farfulló.

Educado y sin pretender que nadie asumiera el lugar que le había sido asignado en taquilla, en el mismo extremo de la fila, se levantó y dejó su sitio libre. Ella se acomodó en el número ocho. Se quitó el sombrero y los guantes.

—Espero no haberles arruinado la tarde —se disculpó.

—No se preocupe, es mejor así —reconocí.

—Prometo que no lo he hecho a propósito. Mis amigas tienen estos asientos y si no, estaría yo allá sola, en la esquina.

Me daba la ligera sensación de que poco le hubiera importado el haber visto la película en el número doce, pero, por algún extraño motivo, sabía que me estaba haciendo un favor.

—De veras, no tiene importancia.

—¿Es la primera vez que viene? —se interesó.

—Oh, sí..., a este cine sí. Solo he ido otra vez en mi vida, pero fue hace años.

—Yo iba millones de veces en Barcelona, pero desde que estoy en Madrid apenas he ido al cine en un par de ocasiones.

—¿Es usted de allí, de Barcelona?

—Sí, claro, por supuesto. ¡Qué maleducada soy! Me llamo Catalina Folch.

Me extendió la mano para que yo, dándole mi nombre, la estrechara sellando así aquella atípica presentación.

—Yo soy Elisa Montero, encantada.

Benedetta seguía hipnotizada en su conversación con Tomás José, y el señorito Enrique miraba al horizonte preguntándose qué habría hecho mal en otra vida para merecer tal castigo. Notaba cómo, de refilón, buscaba mis ojos, dedicados por completo a mi charla con Catalina y a la presentación de sus amigas. Al inicio de la película, aminoraron las conversaciones para dar paso a la música y los aplausos. Al terminar, y con el peso de la noche pisándonos los talones, nos volvimos a reunir todos en la salida. La señorita Folch se despidió con un movimiento suave de mano, otra vez cubierta por un guante granate. Nosotros cuatro regresamos al estiloso carruaje que nos llevó de vuelta a casa. Con los fotogramas todavía acariciando mis párpados, me despedí, dejando atrás los coqueteos correspondidos y los no correspondidos y desaparecí en el interior de la casona.

La figura de la señorita Folch me había cautivado sin darme demasiada cuenta. Me había gustado la forma en la que se movía entre la gente sin importarle lo que los demás pensarán de ella. Su presencia en aquella noche de cine se fue difuminando en mi mente, pero por alguna razón, que solo el destino sería capaz de discernir, la casualidad buscó que nos hiciéramos amigas.

—Vamos, niña, tenemos que llevar las dos máquinas de escribir a arreglar. Coge esa de ahí con cuidado y métela en la maleta. —Doña Carmen Idiazábal adoraba darme órdenes en su pequeña parcela de autoridad.

—Sí, doña Carmen. Ahora mismo.

Me las apañé como pude, con grandes dificultades debido al peso de aquel armatoste con teclas, ante la mirada burlona de López y otros redactores.

—¿Necesitas ayuda, bonita? —me preguntó uno de ellos, mientras disfrutaba del espectáculo entre calada y calada de su cigarro.

—No, muchas gracias.

Trabajar en un ambiente rodeada de hombres me había hecho desarrollar una suerte de orgullo por el cual me era imposible aceptar su ayuda. Era una especie de pugna por demostrar a todos ellos, que sonreían de forma faltona ante mis escenas de novata, que era capaz de aprender sola. Después de unos minutos, enfrascada en mi lucha silenciosa contra la máquina de escribir, logré meterla en su maletín y me dirigí, digna y brava, hacia la puerta.

La señora Idiazábal no dejó de meterme prisa mientras correteábamos entre los viandantes, ya provistos de chaquetas recién desempolvadas de sus roperos, y los carros, que dominaban el oscuro e irregular arcén. Entre el jaleo de aquel martes de principios de octubre podían casi adivinarse un millar de oficios distintos. Los albañiles que trabajaban en el paseo de la Castellana, que, por otra parte, parecía no rendirse nunca en la construcción de más y más palacetes y edificios; el panadero del horno que había en la calle Juan Bravo; los comercios casi de todas las clases en la calle del Cisne, con sus simpáticos tenderos; los chóferes que abrían la puerta de los carruajes a las elegantes damas que acudían a la iglesia; los policías que miraban, con altura equina, a todos los paseantes en busca de algún que otro delincuente... Madrid respiraba vida, frescura, congestión. Entretanto, mis brazos habían pasado a abrazar el maletín mientras rezaba por que un traspíe no terminara de romper aquella reliquia.

—¿Queda mucho, doña Carmen? —pregunté, en mi primer gesto de debilidad.

—No, niña, y si aligeras un poquito el paso, quedará menos. Ahora por Fortuny, luego Almagro y en Caracas está la tienda.

Resoplé resignada y proseguí con aquella tortura. Los «vamos» y los «venga, niña» actuaban de freno en mis piernas y de losa en mi fuerza de

voluntad. A punto estuve de lanzarle el maletín en una ensoñación que disfruté en el más malicioso de los silencios. De pronto, y mientras contaba los minutos para alcanzar mi ansiado destino, alguien me llamó la atención desde la otra acera. Tardé un poco en reaccionar y percatarme de que era la señorita Catalina Folch la que movía su mano delicadamente, mientras se disponía a cruzar la calle.

—Buenos días, señorita Folch —dije al fin.

—Buenos días, Elisa. Al principio no estaba segura de que fueras tú, pero no olvido una cara —me explicó.

Me quedé algo desconcertada por las confianzas tomadas por aquella chica alta y risueña de cabellos claros. Sin embargo, se me contagió pronto su entusiasmo y familiaridad. Pedí a doña Carmen, que había avanzado varios metros más, que me diera un momento ante su mueca de desagrado.

—¿Adónde vas tan cargada? —se interesó.

Lancé una mirada curiosa al grupo de chicas que la esperaban al otro lado de la calle. Parecían más ligeras y despreocupadas que las jóvenes con las que solía conversar y coincidir en los bailes. De todas ellas, Catalina Folch era el mayor exponente en una ecuación de la que yo, por lo pronto, no me sentía parte.

—Estoy acompañando a la señora Idiazábal a llevar estas máquinas de escribir a la tienda porque están rotas. Son de algunos de los redactores del periódico y no pueden trabajar bien si no funcionan como debieran. Según dicen, son como instrumentos musicales que en vez de sonidos crean literatura —le relaté.

—Entonces ¿trabajas en un periódico? ¿De veras? —contestó con un gesto de inesperada admiración.

—Bueno, ayudo a la señora Idiazábal con las tareas de secretariado. Es una especie de voluntariado. —Me detuve—. Sí, algo así.

—Me parece terriblemente interesante —admitió.

Era la primera vez en toda mi vida que alguien reaccionaba de aquel modo ante mi empeño por estar en el periódico. Al saber que era en *El Demócrata de Madrid*, donde pasaba aquellas horas de «servicio a la comunidad», no pudo contener sus ganas de preguntarme acerca de sus periodistas y de cómo era el día a día en una redacción. Su entusiasmo se me presentó como una bocanada de aire fresco y energía, que tiñó de orgullo y sinceridad las palabras que escogí para contarle cómo habían sido aquellos primeros meses.

Un grito histérico de doña Carmen me devolvió a la realidad y apresuró el fin de aquella agradable conversación. No obstante, tuvimos tiempo suficiente para programar nuestro próximo encuentro.

—Me hospedo en la Residencia de Señoritas de doña María de Maeztu. Está en esta misma calle, unas manzanas más arriba, en el número 30 —me señaló—. Puedes venir el jueves por la tarde a tomar un té, si te apetece. Y así podemos proseguir con la conversación —dijo mirando a una doña Carmen de paciencia marchitada.

—Me parece perfecto. ¿Podría venir una buena amiga mía? Estoy segura de que también disfrutará de la charla.

—Por supuesto. Os espero a las dos el jueves a las cinco.

Benedetta pronto se sumó a mi opinión acerca de Catalina, aunque no sintiera la misma curiosidad por las atípicas costumbres de aquella chica. Comenzamos a quedar las tres de forma continuada y una amistad llena de novedosos planes y frescos temas de conversación se fue fraguando a fuego lento. Era bastante común que la visitásemos en la Residencia de Señoritas, un lugar que, por otra parte, me tenía impresionada. Las jóvenes que se alojaban allí eran tanto estudiantes de cursos de cultura general como de la Escuela Normal e incluso muchas de ellas asistían a la Universidad Central como alumnas. Catalina estudiaba en la prestigiosa Escuela Superior de Magisterio para convertirse en profesora algún día. No dejaba de fascinarme la libertad con la que todas aquellas mujeres podían estudiar sus carreras sin ser juzgadas. La mayoría procedía de familias modestas, de clase media, que mandaban a sus hijas a la capital para que pudieran labrarse un futuro digno.

Catalina, por ejemplo, había tenido la suerte de nacer en una familia con claras convicciones progresistas, en lo que a la ocupación de la mujer se refería. Ella, según nos contaba, nunca había dudado de que pudiera ejercer una profesión en el futuro. Su familia vivía desde hacía varias décadas en Barcelona, desde donde ella se había trasladado en 1916 para comenzar sus estudios en Magisterio. Madrid había terminado por proporcionarle una suerte de independencia, solo al alcance de unas pocas mujeres por entonces, así como la consolidación de unos ideales que, aunque alentados por sus progenitores, se aferraban y evolucionaban a pasos agigantados en la mente y

las convicciones de la joven Catalina. Aun con todas las diferencias que existían entre ella, Benedetta y yo, nos divertíamos juntas y, finalmente, entró a formar parte de nuestras vidas. Una de las personas a las que, por supuesto, menos agradaba mi nueva amistad era a mi madrina. Y quizá por eso yo me obstiné por ser cada vez más íntima de Catalina.

Uno de los días en los que más agradecí haber conseguido mi puesto como segunda secretaria «voluntaria» en el periódico fue el 12 de noviembre de aquel año. La guerra europea había terminado. Después de cuatro años recibiendo noticias de un frente que parecía no tener fin, los periódicos podían titular con el cese de la contienda. «El fin de la Tragedia», anunciaba *El Liberal*; «Ha terminado la Guerra», sentenció *La Correspondencia de España*; «Foch impone con su espada las bases del armisticio», relataba el *Heraldo* a los madrileños. Mientras tanto, *El Demócrata* lo hacía con un solemne «La paz llega a un duro precio». Fue idea de Fernández, que agotaba la inspiración que le dejaba su supuesta novela en ciernes en aquellos titulares que, después, daban los buenos días a las gentes de la capital.

Apenas recordábamos cómo era la vida antes de la contienda, pero nos acostumbramos, rápidamente, a cambiar las conversaciones acerca de los ataques por las de las negociaciones. Todo el mundo pareció ver en Alemania al verdadero culpable de la sangría de aquellos años, que había pasado factura a miles de familias sobre las que pesaban no solo la cifra de bajas, sino también la de heridos y lisiados. En España, meros espectadores de la tragedia, nos aferramos a la promesa en balde de que aquello no se volvería a repetir. El cruce de misivas y cables, que desde primera hora llegaban de parte de la agencia Fabra, intensificaba el nervio de todos los redactores que, sin desatender los asuntos nacionales, se entregaban a las novedades que proporcionaba la situación internacional.

Entre los gritos de lado a lado de la redacción, las reprimendas histéricas que les daba don Ernesto, las carrerillas que se pegaba Simón para atender todas las fuentes de información instaladas en el modesto pero prolífero periódico y las órdenes, sin fin, de doña Carmen me di cuenta de que las guerras no terminaban de golpe. Después de los primeros pañuelos blancos, de las primeras declaraciones de paz, de las firmas sobre un papel que no conoce de pólvora ni de espadas, comienza una ardua tarea por sellar con palabras lo que no se logró asfixiando al enemigo. Uno corre con menos suerte y debe callar, debe olvidar por lo que luchó y murió durante los cuatro

años de batallas incesantes y debe asumir que nada valió la pena y acatar las órdenes del que aniquiló a su gente. Otro, por su parte, tiene el poder, lo ha logrado gracias a su visión estratégica, a su arte guerreando, a su capacidad de lucha o puede que al azar... Entonces, sus bajas son importantes y patrióticas. Son necesarias. Son dignas. Y pueden lograr lo que buscaban, pero ¿qué buscaban? ¿Sabían eso los que quedaron inertes en el fango de las trincheras? Cuando ya había pasado un mes del fin de la guerra, aún los periódicos salían cada mañana salpicados con palabras que no dejaban que olvidáramos la contienda: aliados, Wilson, Gran Guerra, victoria, desenlace, naciones...

En medio de toda aquella convulsión, que yo veía cada día en el periódico, sumada a la inestable situación que vivíamos por aquel entonces en España, 1919 nos alcanzó. Aquellas Navidades pasaron entre cenas, misas y bailes en los que mi madrina, cada vez, se ponía más insistente con lo de encontrar a algún muchacho que quedara embelesado con mis encantos. Sin embargo, yo prefería emplear mi tiempo con Benedetta y Catalina, que cada vez nos frecuentaba con mayor asiduidad. No podría decirse que tuviéramos grandes libertades por aquel entonces, pero lo poco que teníamos lo aprovechábamos al máximo. De aquella época recuerdo largos momentos de carcajadas a los que se añadía la emoción de cruzar cada día la puerta de la redacción, esperando que un milagro hiciera que, por fin, se me permitiera escribir. Pero la realidad era bien distinta. Mi madrina se presentaba como un ojo más complicado de esquivar, pese a que apenas estaba en el palacete. No dejaba de repetirme que mi primera obligación era terminar de convertirme en una mujer de provecho, digna de ser desposada con un hombre de referencia en la ciudad. Y aquello hacía que la aborreciese.

—Es definitivo: Tomás José no tiene interés en mí —se quejaba Benedetta.

Paseábamos por la calle del Arenal, abrigadas para combatir el frío de febrero.

—Mi humilde opinión es que debes intentar que se te note menos tu anhelo por conseguir sus miradas... Él tiene que creer que eres una mujer difícil de alcanzar —intervino Catalina.

—Comparto totalmente tu opinión —aseguré.

—¿Y es eso cierto? —preguntó la otra incrédula.

—Mira, Benedetta, en esta vida no importa tanto lo que seas sino lo que parezcas. Si él cree que eres una mujer intrigante, se enamorará de ti. Si no, verá siempre a la chiquilla con la que solía jugar de pequeño.

—Así es como me ve cuando me mira. Como la niña de apenas diez años que conoció...

—Pues solo tú puedes hacer que eso cambie —señalé—. De todos modos, aún me cuesta creer que Tomás José pueda parecerte apuesto. A mí solía darme miedo. No quieras saber qué diantres hacía con nuestras muñecas.

—No lo sé. No es solo que sea apuesto, sino que es ocurrente, fuerte, inteligente... ¿Quién no querría un esposo así?

Catalina tosió para dejar muestra de que ella era una de las personas que no querrían tener un esposo como Tomás José. Y, a menudo, yo pensaba que ni siquiera buscaba un marido. Personalmente, aun con todos mis reparos a la presión que mi madrina ejercía sobre mí, soñaba con que un hombre, algún día, decidiera casarse conmigo. Pero Catalina era distinta. En muchos aspectos y en ese también. Era como si la normalidad fuera pura vulgaridad para sus ojos rasgados de color claro.

Después de aquel agradable rato al aire libre, Benedetta nos invitó a merendar a su casa. Una de las doncellas, ataviada con un uniforme impoluto, nos sirvió un poco de leche en tacitas de porcelana china, al tiempo que otra colocaba una bandeja plateada con pastas inglesas en el centro de la mesita de café. Catalina, poco amiga de las formalidades, agarró una de ellas y la mordió.

—Deliciosa —afirmó—. Bueno, y cuéntanos, ¿cómo van las cosas en el periódico?

—Pues lo cierto es que estos días la redacción ha sido una absoluta algarabía. No dejan de llegar noticias de la huelga de Barcelona. El pobre Fernández no da abasto con tanta información y Simón no se separa del teléfono.

—Mis padres dicen que el ambiente está realmente tenso. Las tropas han tomado la ciudad y están intentando negociar con la compañía eléctrica.

—Debe de ser aterradora la oscuridad con la que deben vivir por las noches. De pronto, ni una sola luz —opiné.

—Bueno, tienen candiles para iluminar, pero bien es verdad que mi madre me ha asegurado en su última carta que lo mejor es no salir a la calle.

—En ocasiones me da la sensación de que el mundo se ha vuelto loco. Las manifestaciones en Granada, la huelga en Barcelona, las negociaciones de la guerra, el bolchevismo allá en Rusia... —relaté.

—Eso te pasa por trabajar de secretaria en *El Demócrata*. Esos asuntos no son para que alguien como tú los oiga día tras día, Elisa. Al final te volverás una desequilibrada —afirmó convencida Benedetta.

—No hagas ni caso —susurró Catalina—. Bueno, vayamos al tema importante, ¿cómo van los preparativos?

Benedetta hizo una mueca. Uno de los grandes acontecimientos sociales del año 1919 iba a ser la boda del señor Giancarlo de Lucca con la señorita Carmen Bernardo. Un enlace que poco entusiasmaba a la joven Benedetta, quien se había acostumbrado a ser el ojito derecho de su padre y también el izquierdo. Don Giancarlo había conocido a la señorita Bernardo en un baile benéfico que se había celebrado el otoño anterior en el hotel Ritz y al que habían asistido hasta el mismísimo Alfonso XIII y la reina. Según aseguraron, a partir de entonces, «había sido un amor a primera vista». Y es que enseguida comenzaron a estar en relaciones y, a los escasos tres meses, don Giancarlo pidió su mano.

Benedetta parecía ser la única que no disfrutaba de la buena nueva. El resto de los allegados de la feliz pareja estaban entusiasmados con todo lo que ello conllevaba: flamantes vestidos, pomposas joyas, una oportunidad para dejarse ver en sociedad y presumir, convenientes amistades, renovados chismes, originales regalos, etcétera. Un evento social del que se llevaba hablando durante varios meses y para el que, por lo tanto, había que estar preparado. Y mi madrina, por supuesto, no era excepción. Habíamos vuelto a incrementar nuestras visitas a doña Alicia, que preparaba nuestros vestidos con el esmero y dedicación a los que nos tenía acostumbradas.

Estaba organizando algunos documentos que doña Carmen me había dejado sobre la mesa, antes de irse a hacer unos recados, para entregárselos al señor Villarroy. De pronto, alguien tocó la puerta. Era la señora Cristina Ribadesella. Había acudido a ver a don Ernesto y de paso, haciendo gala de sus distinguidos modales, saludó a todos los empleados. López, Morales, Fernández y Simón se volvieron de golpe y sopetón más formales que nunca.

Lejos quedaban los comentarios burlones, las bofetadas bienintencionadas, las discusiones con el cigarrillo en la boca o los gritos de lado a lado de la redacción dando órdenes al paciente Simón. Digna de ser la consorte de algún importante marqués, doña Cristina se paró delante de cada uno de ellos y les preguntó por sus familias, sus proyectos o su próxima novela, en el caso de Fernández. Tras esto se acercó, más brevemente, a los muchachos de linotipias, que habían subido para saludarla, y después pasó a donde la señora Idiazábal y yo la esperábamos. Primero se dirigió a mí y, sonriendo con ternura, cogió mi mano.

—Elisa, bonita, ¿cómo te están tratando por aquí?

—Muy bien, doña Cristina. Lo cierto es que no me puedo quejar. Todos aquí son muy considerados conmigo.

—Eso espero... Dios sabe que no terminamos de comprender el porqué de tus desvelos con el periódico, pero si estás bien, es lo que importa.

—Lo sé, doña Cristina. Pero de veras que me encanta poder estar aquí todos los días.

Se acercó con sigilo a mi oreja.

—Creo que a eso lo llaman vocación —susurró y me lanzó una última sonrisa.

Doña Cristina compartió con el resto de amigos de mi madrina la convicción inicial de que aquellas ganas de estar en la redacción tenían fecha de caducidad. No obstante, mi tesón en el cometido que me había autoimpuesto a mí misma le hacía creer que, quizá, no era un capricho pasajero. Aun así, era demasiado prudente como para decir una sola palabra en voz alta. La verdad era que la conexión y compenetración de los señores Rodríguez de Aranda generaba un clima agradable y cálido alrededor. Me encantaba el afecto que se transmitían en cada una de sus palabras, en sus miradas, sus gestos, sus silencios. Me pregunté, por un momento, si sabrían qué nuevos misterios tenían ocupada a mi madrina en los últimos meses. Sobres, cerrados con precisión por un remitente desconocido, provocaban extrañas sonrisas en Manuela Montero, espectáculo grotesco para quienes, como yo, sabíamos de lo complicado de arrancar uno de aquellos ejemplares de los labios de la enigmática viuda de Ribadesella.

Aquella misma tarde, había acordado con Catalina visitarla en la residencia. Era un edificio bajo, de tres plantas, con varias chimeneas que despuntaban sobre el tejado. Las alargadas ventanas decoraban los claros

muros, conectando así las habitaciones y salones con el exterior. Alrededor, un jardín con algunos arbolillos aquí y allá y una valla rodeándolo. Al adentrarme en el amplio parterre, que separaba el vallado de la puerta principal, fui descubriendo a algunas chicas jugando al *lawn tennis* divertidas. Otras paseaban y aprovechaban los rayos del sol primaveral que abril nos estaba proporcionando. Seguí avanzando. Antes de alcanzar la entrada, adiviné a Catalina sentada en las escaleras, leyendo uno de tantos libros que engullía cada semana. Una de sus compañeras la avisó de que había llegado y enseguida vino en mi busca. Pasamos al interior de aquel edificio. Allí residían muchas chicas como Catalina, estudiantes pioneras en Madrid. También en los hoteles localizados en los números 24, 26 y 28 de la misma calle y en los números 1 y 3 de la calle Rafael Calvo.

La Residencia de Señoritas apenas tenía cuatro años de vida. Había abierto sus puertas en 1915, cinco años más tarde que la Residencia de Estudiantes masculina. De hecho, fue el traslado del grupo de estudiantes varones a la calle Pinar, cerca de María de Molina, lo que permitió que aquellos hotelitos de la calle Fortuny quedasen destinados a las jóvenes que habrían de trasladarse, a partir de aquel año, para estudiar en Madrid. Doña María de Maeztu, una pedagoga respetada y hermana del escritor don Ramiro de Maeztu, era la directora. Contaban de ella que había llegado a la enseñanza a una edad temprana cuando hubo de ayudar, en Bilbao, a su madre a regir una escuela de señoritas y, por lo que me había dicho Catalina, era una guía excepcional. Su interés por cada una de las alumnas, que por entonces superaban las ochenta, la convertía en la madre ausente de aquellas jóvenes en la capital.

En el recibidor, muchachas de diversas edades entraban y salían por las puertas o bajaban por las escaleras. Algunas de las mayores, me había fijado, llevaban el pelo corto. Fue algo que me impresionó. Sabía que era una moda que había comenzado en otros países, pero era la primera vez que lo observaba en persona.

—Señorita Folch, señorita Folch —dijo una mujer que salía de uno de los cuartos—. Recuerde que la directora quiere verla en su despacho mañana a las tres.

—Sí, doña Eulalia, lo sé. Lo he apuntado —respondió Catalina.

—¿Trae compañía? —preguntó.

—Sí, es la señorita Elisa Montero. Viene a tomar el té. Ya se lo comenté a

doña María.

—Muy bien, muy bien. Siempre es positiva una cabeza más para pensar y debatir. Ande, vayan las dos.

—Es doña Eulalia Lapresta, la mano derecha de doña María, podría decirse —me susurró a modo de breve explicación.

No había muchas chicas de fuera que se inmiscuyeran, como yo, en aquellos foros de media tarde en los que se comentaban todo tipo de temas. Catalina había hablado con la directora, doña María de Maeztu, para informarse de si era oportuno que fuera en alguna ocasión. Ella, partidaria de la curiosidad de las jóvenes y la diversidad de puntos de vista, no pudo oponerse a mi esporádica asistencia. Pasamos al salón de té, una estancia de grandes ventanas con cortinas hasta el suelo de parqué, en la que se repartían sillones tapizados, sillas de mimbre y bancos de madera con mullidos cojines, a partes iguales. Algunas chicas ya se habían sentado cuando cruzamos el umbral y otras daban tumbos, sin sentido, por la amplia habitación. Conté unas siete en total. Catalina era amiga de muchas de ellas. Fuera más o menos estrecha su relación, ella se mostraba encantadora con todas sus compañeras. Así que a mí me aceptaron sin más remilgos en sus coloquios, en los que yo al principio no intervenía en exceso. No obstante, me gustaba contemplar el intercambio de pareceres que llevaban a cabo, al abrigo de su taza de té. Me recordaba a las tertulias de mi madrina, un episodio que no osé comentar con nadie durante aquellos años.

Tras coger asiento e intercambiar algunas palabras con el resto de las muchachas, llegó la última de todas. Una vez se hubo acomodado, iniciaron una conversación conjunta acerca de la inminente visita de doña Marie Curie a España. Al parecer, iba a participar en el I Congreso Nacional de Medicina que tendría lugar en el Teatro Real. Algunas de las presentes se quejaban de la ausencia de estudiantes femeninas en la Facultad de Medicina de la Universidad Central. Y es que, pese a que todas ellas podían presumir de ser bachilleres y universitarias, la Medicina quedaba lejos de sus prometedoras carreras. De hecho, en aquellos años, el número de mujeres matriculadas en la universidad apenas superaba la treintena.

—Seguro que pronto admiten a señoritas en la Facultad de Medicina. Tiempo al tiempo —auguró la señorita María Sánchez Arbós, compañera de Catalina en la Escuela Superior de Magisterio.

—Pues yo creo que deberíamos hacer una queja formal. Es indignante que

sigamos estando excluidas de algunos estudios —comentó otra.

—No querría llevarles la contraria a ninguna de las dos, pero si ni siquiera podemos ir a clase de anatomía... ¿Acaso podríamos ser médicos en esta vida?

—Pues yo estoy de acuerdo con la señorita Huici. Deberíamos hacer algo —intervino Catalina.

—Además, señorita Kent, tenga presente que la propia Marie Curie es una mujer. Y ahora da conferencias por el mundo.

—Sí, pero es francesa. Y Francia y España tienen poco o nada que ver, doña Teresa.

—¿Nos ve usted, señorita Folch, muy dispares? —preguntó la señorita Kent.

—En efecto. Veo a nuestra España atrasada en muchísimos asuntos. Quizá sea por el Gobierno inepto que tenemos o por nuestro carácter retrógrado, por el miedo enquistado de la pérdida de las colonias de nuestros padres.

—En mi opinión, el Gobierno está haciendo todo lo que puede. Peor sería que los bolcheviques nos controlaran —opinó doña Teresa Suances, otra de las compañeras de Catalina.

—Pues algunos dicen que no sería tan horrible. No hay que dejarse embaucar por lo que dicen los periódicos.

—¡Justo en eso tenemos a la persona perfecta para ilustrarnos! ¿A que sí, Elisa? Ella colabora en *El Demócrata de Madrid* —explicó Catalina.

—¿Es eso cierto? ¿Y puede firmar sus propios artículos? —se interesó doña Matilde Huici.

—Sí. Bueno, no lo de los artículos. Solo puedo hacer labores de secretariado, pero veo cómo trabajan los redactores. Y es cierto que los periódicos, a veces, retuercen las palabras hasta dar lugar a sinsentidos, pero también es verdad que las informaciones que llegan acerca del bolchevismo no son más esperanzadoras que las que se ven retratadas en muchos diarios. Aun así, recuerdo que López, uno de nuestros redactores, aseguró un día que, en España, la mitad de lo que se escribe es literatura al servicio del plumilla que la crea. Además, no es ningún secreto que los diarios reciben órdenes por parte del Gobierno de no tratar ciertos asuntos delicados o censurados. Él mismo afirma que es preciso leer más de un periódico para tener toda la información —respondí.

—Eso sí que es un desafío. Hay que darse con un canto en los dientes de

que la gente sepa leer. Si a eso le sumas que lean un periódico..., pero dos...
—me contestó Catalina.

—Quizá sean personas como nosotras las que deban comenzar con tal costumbre para así, algún día, transmitirla a nuestros hijos. Un periódico es una puerta a una realidad mucho más compleja y extensa de lo que nuestros ojos son capaces de abarcar en un día. Debemos convertirlos en una herramienta de educación y decisión, pero ello implica que alguien tome la determinación de incluirlos en su rutina, igual que aprendimos a lavarnos.

Se quedaron mirándome, convencidas por mis palabras.

—Deberían dejarle escribir —espetó la señorita Suances.

—Es cierto —añadieron las demás.

—Quizá tengamos a la nueva Carmen de Burgos delante de nosotras, señoritas. No olviden que la traje yo —bromeó Catalina.

Sí, tenían razón. Era justo que me dejasen escribir, publicar, redactar. Pero aquella posibilidad se me escapaba de las manos cada vez que intentaba sugerírsela a don Ernesto o a mi madrina. Eran tercos como mulas y yo, en definitiva, también padecía de la misma dolencia. Poder compartir mis inquietudes y opiniones en aquel distendido ambiente me proporcionó una reconfortante sensación. Por aquel entonces, ninguna lo sabíamos, pues el futuro quedaba aún velado por el presente que nos daba de respirar, pero, entre las chicas allí sentadas, se encontraban grandes promesas que brillarían durante la década que nos acechaba a la vuelta de la esquina.

Capítulo 3

Los días previos al enlace, mi madrina estaba pletórica. Tanto que hasta parecía que fuera ella la homenajeadada. Su efusividad la alternaba con una manía controladora que me instaba a comportarme de forma espléndida a cada segundo. De hecho, me pidió que me ausentara de mis labores en el periódico para poder atender los últimos detalles. A mí se me antojaba innecesario, pero acepté de mala gana para no comprometer mi trabajo allí. Durante aquellas jornadas previas a la boda, asistíamos a San José, a la misa de la mañana, donde mi madrina presumía de ser una de las invitadas al evento y me presentaba con fervor. En aquellos breves diálogos, se limitaba a decir mi nombre, mi edad y la cantidad de pretendientes que tenía. Y es que su actitud en pro de tratarme como ganado fresco no había cesado desde mi puesta de largo, casi un año atrás. No obstante, su alegría constante me hizo plantearme si aquellas cartas que leía a escondidas no eran de algún pretendiente dispuesto a ser engullido por las fauces de doña Manuela. Justo en la vertiente contraria del humor se hallaba mi querida Benedetta. Contaba las horas que quedaban para el enlace con obstinación y amargura. Catalina y yo intentábamos que reaccionase y reprimir sus ganas de huir de la ciudad.

Sin más preámbulos que los necesarios, la ceremonia se llevó a cabo a las doce del mediodía del 26 de abril de 1919 en Los Jerónimos, como ya lo hubieran hecho años antes los reyes. Y es que aquella boda tenía tintes monárquicos. No se habían limitado a servir un *lunch* o un té en el Ritz, sino que al almuerzo le seguiría un baile, cerrado con la partida de los novios a Tánger, destino de su viaje de bodas. Así se generaba una enorme expectación no solo por el renombre y los contactos de la familia Bernardo, vinculados al Partido Conservador desde tiempos de Francisco Silvela, sino también por la proyección internacional originada por la procedencia del novio y sus amistades a lo largo y ancho del globo.

Por la escalinata principal se sucedieron, con puntualidad británica, todos

los convidados. Los hombres eran los perfectos baluartes, en traje de chaqueta y bombín, de los extraordinarios vestidos que portaban las damas. Algunas habían apostado por el cuello en V; otras, como era mi caso, llevábamos el corte imperio que tanto se había popularizado en aquellos años; y también había mujeres con trajes de cortes helenos o toques orientales, tan en boga algunos años atrás gracias a Poiret. Encajes, faldas de tubo, mangas vaporosas, tocados con plumas, sombreros sensacionales con flores frescas como decoración, gargantillas que quitaban el aliento, tobillos indiscretos que ya comenzaban a enseñarse sin ningún tipo de decoro, sombrillas elegantes... Los coches no paraban de escupir nuevos asistentes que, inmediatamente después de salir del vehículo, eran admirados por los lugareños que se habían topado, casi por casualidad, con aquel animado asueto.

—Don Santiago, pare justo en la entrada. Es preciso que se nos vea llegar —le ordenó mi madrina al chófer.

Las escaleras resplandecientes marcaban un camino invisible hacia el altar en el que los novios se jurarían amor eterno ante el Señor. Cogí mi falda, como mi madrina me había indicado que debía hacer, y comencé a subir los escalones. El azul y el coral de las telas aumentaban su vivacidad con el sol. Mi madrina, fiel al negro, saludaba ya a algunos conocidos que la esperaban al final de los peldaños. Su expresión era altiva, orgullosa y algo arrogante. Yo la seguía, dos pasos más atrás, recogiendo lo que quedaba de humildad y naturalidad en aquella masa de aire.

Cuando entramos en la iglesia, vi a Catalina sentada junto a Enrique Mújica. Había acudido con la familia de Benedetta, como invitada ex profeso de la hija del novio, pero se había sentado con los Mújica al no haber sitio suficiente en el banco familiar, invadido por los Bernardo. Los saludé a ambos con un beso afectuoso en la mejilla, aunque los ojos del señorito Enrique me pidieron mucho más en apenas dos décimas de segundo. Me ruboricé. Mi madrina enseguida reclamó mi presencia en el sitio que se nos había asignado, junto con los señores Ballester y dos señoras que rozaban los cien años. La aparición de la novia fue uno de los momentos estelares de la jornada. Su sedoso y blanco vestido, que habría costado un riñón a sus felices padres, tenía perlas incrustadas y bonitos bordados en el escote cuadrado y en las mangas. La falda caía con gracia hasta los tobillos y se fundía, por detrás, con su velo, recogido con un broche dorado en uno de los lados de la cabeza. Pese a que pocos soportásemos a aquella joven, que había resultado ser algo

arrogante, nadie podía negar su belleza. La madre, doña Petra Loscertales, lloraba sin cesar, al tiempo que el sacerdote iniciaba el casamiento.

El intercambio de arras y el amén del sacerdote anunciaron el final de la ceremonia, que trajo consigo el repliegue, cuales tropas, de todos los concurrentes. Fuimos saliendo de forma ordenada y nos dirigimos, tal y como se nos había indicado, al hotel Ritz, a solo un par de calles de distancia. Las columnas marmóreas del *hall* me cautivaron y la escalera, que se retorció hacia la primera planta, removió mi infantil inquietud por visitar espacios que estaban fuera de mi alcance. Para el convite se había reservado el imponente salón Alfonso XIII, desde donde se accedía al jardín en el que se habría de servir un pequeño tentempié hasta que los novios arribasen. La orquesta ambientaba ambos espacios, proporcionando una serenidad palpable en la atmósfera a todo aquel que se adentraba en aquella maravilla de estancia, digna de cualquier palacio real.

Los novios aparecieron por la puerta. Todo el mundo comenzó a aplaudir ante el rubor fingido de una esposa pletórica y un marido desbordado por tanta atención. Iniciaron su ronda de saluciones hasta que el fin de las mismas nos llevó a ir sentándonos en nuestras correspondientes mesas. Por suerte, Benedetta había sugerido que Catalina se pusiera en la misma mesa que nos asignaron a mi madrina, a la familia Salamanca-Trillo y a mí. Con ella era mucho más fácil soportar los discursos de mi madrina y los alardes de Candelita, recientemente prometida, y cuyo futuro esposo, don Miguel Uribe, también nos acompañaba.

—Elisa me ha dicho que está estudiando Enseñanza, señorita Folch — inició mi madrina.

—Sí, es mi segundo año. Estoy cursándola en la Escuela Superior de Magisterio.

—¿Quiere ser profesora toda su vida?

—Esa es mi intención. Aunque me parece muy precipitado saber, con precisión, qué quiero hacer durante toda mi vida cuando solo tengo veintiún años —señaló mi amiga.

—Disculpa que me entrometa, pero en eso tengo que llevarte la contraria. Yo tengo casi tu misma edad y estoy convencida de que quiero pasar el resto de mi vida con mi querido Miguel —musitó Candelita y lanzó una mirada a su amado.

—No es tan raro, ¿no? —comentó mi madrina.

—Tiene razón. Quizá sea yo la extravagante. Prometo que le haré saber mi decisión cuando por fin la tome.

Me reí por lo bajo. Después de infinitos platos de pavo, pescado, cremas templadas de verduras, *soufflés*, cordero..., siguió un tranquilo momento de baile en el que las distintas parejas se lanzaron a mover los pies al son de la música. Catalina y yo nos reagrupamos en uno de los rincones de la sala, mientras admirábamos a las damas extranjeras contonear sus faldas por todo el salón. De pronto, un muchacho bastante apuesto se acercó a nosotras e invitó a la imperturbable Catalina a unirse a aquella explosión de colores y movimientos. Justo en ese momento, don Ernesto pasó por mi lado y me saludó con afecto. Minutos después, fue reclamado por unos conocidos. Entonces, Enrique Mújica halló el momento propicio para acercarse y pedirme un baile. Me miraba fijamente, luchando por arrancarme una sonrisa tierna que, en realidad, solo llegaba por lástima, no por sinceridad.

—Está preciosa, señorita Elisa —me dijo de golpe.

—Muchas gracias.

Empecé a mirar a los lados en busca de algo de margen para que el señorito Enrique se diera cuenta de que aquellos cumplidos me incomodaban. Me observaba con dulzura, tratando de arañar sonrisas y contestaciones amables. Yo, sin embargo, solo le concedí aquel simulacro de cortejo por espacio de cuatro minutos. Ver a Benedetta bebiendo una copa tras otra de *champagne* se me antojó como el mejor de los pretextos para dar por terminado aquel baile, sin más despedidas que el aire que dejó mi huida entre los dos.

—Benedetta, ¿qué estás haciendo?

—Beber... Tengo sed —respondió malhumorada.

—¿Qué ha sucedido?

—¿Suceder? Muchas cosas. Mi padre se ha casado con una arpía. Esa es la primera. La segunda es que Tomás José apenas me ha dirigido la palabra. Y mira con quién está bailando: con la señorita Trinidad Gabaldón. ¿Hay algo más hiriente y humillante? ¡Si engulle como un obrero y ni siquiera es capaz de cerrar la boca cuando mastica! ¡Y quiere ser actriz! ¿Te lo puedes creer? ¿Es que el mundo se está volviendo loco?

La señorita Trinidad era la hija del señor Hernando Gabaldón y de doña Eugenia Abad, unos recientes y advenedizos conocidos que habían comenzado a frecuentar los bailes y las cenas a los que acudía con mi

madrina. Eran «nuevos ricos», como ella los llamaba con ese tono faltón que adoraba emplear siempre que alguien no cumplía con sus parámetros de normalidad. Los Gabaldón se habían trasladado a la capital desde Sevilla hacía escasos meses y generaban afecto y desprecio a partes iguales.

—Benedetta, estás muy disgustada y lo comprendo, pero así solo vas a empeorar la situación. Tienes que intentar relajarte. Vamos a sentarnos.

La acompañé a una de las sillas de tapizado celeste que había repartidas alrededor. Se sentó, derrotada.

—La señorita Trinidad Gabaldón no es mejor que tú. Tu cerrazón por Tomás José no puede hacerte sentir así de miserable —opiné.

—Hace tiempo que solo me siento de este modo...

—Pues no tiene sentido alguno. Eres una mujer increíble, Benedetta. Te conozco y sé que lograrás grandes proezas si eres capaz de sobreponerte a los retos que ahora el Señor te ha puesto en el camino. Eres fuerte.

—Tienes una gran habilidad para hacerme sentir bien, Elisa.

—Por supuesto, porque somos amigas y te quiero.

Nos abrazamos. Había logrado que sonriera un poco. Mi cometido se mantuvo con comentarios jocosos acerca de algunos de los invitados. Aquel que había bebido más de la cuenta y buscaba su monóculo por debajo de una mesa. La mujer que se había puesto un traje más propio del siglo pasado. Otra a la que se le había descolocado una peineta y parecía, según la mirabas, que tuviera cornamenta.

—Escúchame, Elisa. ¿No es esa tu madrina? —me señaló.

Miré hacia donde mi amiga me indicó y la vi. Hablaba con un caballero, algo más alto que ella. Tenía el cabello negro y liso, peinado con esmero, e iba vestido con un impecable traje de chaqueta. Me fijé mejor. Daba por seguro que era un poco más joven que ella.

—Debe de ser él... El hombre con el que intercambia correspondencia. Quizá se ven a escondidas —susurré.

—¿Con el señor De las Heras y Rosales? —se extrañó Benedetta.

—Sí, con él.

—No lo creo. Es uno de los solteros más cotizados de la capital. Su familia es dueña de la Banca de Crédito Rosales.

—Bueno, mi madrina aún está de buen ver. Y supongo que es una mujer agradable cuando se lo propone.

—Espera, espera. Vienen hacia aquí.

—¿Hacia aquí? Quizá quiera presentármelo... ¡Qué emocionante!

Me giré de forma resuelta y los vi. Él tenía una nariz puntiaguda y un mentón pronunciado que le hacía atractivo. Mi madrina, no obstante, mantenía la expresión engreída en su rostro. ¿Ni siquiera el amor iba a ablandarla? Me levanté de la silla y me despedí de Benedetta, que decidió marcharse al tocador.

—Elisa.

—¿Sí, madrina?

—Te presento a don Francisco de las Heras y Rosales, un buen amigo de la familia.

—Encantada, don Francisco.

—El placer es mío, señorita Elisa —respondió, al tiempo que cogió mi mano para besarla.

—Ya que es modesto y él no lo dirá, don Francisco es copropietario de la Banca de Crédito Rosales junto a su hermano, don Luis.

—Sí, he tenido oportunidad de escuchar algunas referencias.

—Espero que hayan sido todas buenas. No soportaría que una joven como usted tuviera una mala opinión sobre mí.

—No se preocupe. Su fama, por lo que a mí respecta, está intacta —bromeé.

—Bueno, creo que la señora Cristina Ribadesella me andaba buscando. Los dejo a solas —indicó mi madrina y se marchó.

En aquel punto, mi confusión había atrapado a mi consciencia. Solo había una razón para que mi madrina hubiera decidido marcharse así, con un pretexto tan facilón: aquel elegante hombre no era pretendiente de mi madrina, era mío.

—¿Me concede este baile? —me preguntó con una templanza desconocida para mí.

—Sí, por supuesto.

No supe negarme. No pude negarme. Mientras comenzábamos a desplazarnos por aquel salón, notaba las miradas de algunos asistentes. Los cuchicheos se fueron sumando. Yo no entendía muy bien el porqué del asombro, pero me inquietaron durante el tiempo que estuve cerca de don Francisco.

—Creí que nunca iba a poder conocerla directamente —me confesó.

—¿De veras? Desconocía que hubiera personas ansiosas por conocerme...

Pero es curioso que siendo buen amigo de mi madrina, no hayamos coincidido.

—Sí, bueno... He de admitir que si dijera que no hemos coincidido, estaría mintiendo.

—¿Es eso cierto? ¿No me diga que ya nos conocíamos y ha sido toda culpa de mi torpeza? —pregunté preocupada.

—No, no se apure... Hemos estado en la misma fiesta, pero no hubo momento de presentarnos. Acudí a su puesta de largo el mayo pasado.

—No puedo creerlo. En realidad, apenas conocía a un tercio de los invitados. Disculpe mi falta de memoria.

—No se alarme, es normal. Soy consciente de que no causé la misma impresión que usted tuvo en mí.

Miré a los lados en un gesto nervioso. Lo observé de nuevo, tratando de encontrar algún punto que me encandilase.

—Agradezco sus halagos, don Francisco. Es usted muy amable, de verdad —acerté a decir.

Sus brazos, firmes, me sostenían y me hacían revolotear por el salón al ritmo de aquel vals. Veía pasar a otras parejas a mi lado, embriagadas por aquel momento de intimidad musical, mientras mis ojos verdosos luchaban por hallar la salida a aquella embarazosa situación. Nunca había sentido el deseo de alguien de una forma tan clara, dicho de forma certera para asegurarse de que comprendía el modo en que se había encaprichado de mí. Mi acompañante notó el bochorno que comenzaba a plasmarse en mis mejillas, sinceras y poco comedidas, y optó, con una educación inmejorable, por invitarme al jardín a tomar el aire.

—Me encantan las noches como esta. Son calmadas, sosegadas y llenas de contrastes a su vez —dijo.

—Es cierto. Es una pena que la primavera no pueda durar más.

—Permítame el atrevimiento, pero con flores como usted me da la sensación de que la primavera no encontraría fin.

—Usted se ha propuesto hacer que me ruborice y lo está consiguiendo, don Francisco.

—Disculpe si la estoy incomodando. Es que con usted me da la impresión de que no puedo más que decir lo que me viene a la mente, ser sincero por completo. Esto puede traer graves consecuencias y si me pide que pare, lo haré.

—No se preocupe. No me importunan sus lisonjas —respondí—. Y, dígame, ¿hace mucho que conoce a mi madrina?

—Pues bastantes años. En realidad, quien más la ha tratado es mi madre. Pero apostaría por que la familia Ribadesella y los Rosales siempre han tenido un trato insuperable. Aún recuerdo cuando nos enteramos de la muerte de don Roberto. Una gran pérdida —lamentó.

—Sí... Yo no llegué a conocerlo, pero me han hablado muy bien del difunto esposo de mi madrina. Debió de ser un gran hombre.

—Era ambicioso. Algunos dicen que fue eso lo que le llevó a la guerra de Cuba, inclusive la propia señora Montero. Quiero decir, su madrina.

—¿Usted lo conoció? —me interesé.

—Sí, don Roberto tenía varias de sus cuentas en nuestro banco y solía comer con mi padre muchos domingos. Cuando yo iba por la mañana a ayudar en la oficina, me unía a su almuerzo. Tampoco lo recuerdo de muchas ocasiones más.

—Pues ya lo trató más que yo.

—¿Cómo es eso? ¿No nació usted en Madrid, señorita Elisa?

—No... Es una historia larga de contar —afirmé y bajé la vista demostrando mi pesadumbre para con esa conversación.

—No padezca. Venga de donde venga, ya parece una señorita más de la burguesía madrileña.

—Gracias, don Francisco. Es usted muy amable.

—Es amiga de la señorita Benedetta de Lucca, ¿no es así?

Su pregunta vino acompañada de una señalización con un movimiento de cabeza. Estaba bailando con uno de los jóvenes que habían acudido a la fiesta. Sonreí.

—Sí, somos buenas amigas —respondí.

—Su padre es un gran comerciante. Parece mentira que dos grandes fortunas, como la de De Lucca y la de los Bernardo, hayan quedado enlazadas hoy.

—¿No es el matrimonio la mayoría de las veces una transacción, un mercadeo?

—Aplaudo su realismo, señorita Elisa.

—Ya sabe lo que dicen, la juventud de hoy es hija del regeneracionismo y la revolución. Quizá sea eso, que por fin somos realistas ante lo que tenemos.

—Y eso es lo que más me fascina de usted, su frescura y su lozanía.

Nos miramos a los ojos con las notas musicales de fondo, arrullándonos en aquel peculiar descubrimiento. Sobre todo para mí. Él parecía haberme hallado hacía mucho, mucho tiempo, entre las sombras de quien ve, pero no es visto.

—¡Venga, niña! ¡Arriba! ¡Arriba!

El sonido de las cortinas despegándose y abriéndose de par en par, por cortesía de mi madrina, me sacó de un sueño extraño y grotesco. Casi se lo hubiera agradecido, de no ser por su siguiente movimiento: destaparme sin piedad. Me acurruqué, pretendiendo que mi camisón fuera suficiente para resguardarme del frío. Me desperecé contrariada por su ácida insistencia. Gruñí.

—En media hora te espero en la salita. Tenemos mucho de lo que hablar. ¡Vamos!

Mis ojos estaban pegados. Oía, como por arte de magia, los vales aún en mi cabeza. Me quedé sentada al borde de la cama, deseando que volviera a ser de noche para poder dormir. Cuando estaba a punto de soñar otra vez, un toque en la puerta me sacó de aquel duermevela.

—Vamos, Elisa, que tu tía te va a bajar de los pelos como te encuentre dormida —me azuzó doña Pilar.

Me aseo y peiné mi larga melena ondulada con parsimonia. Me vestí con desgana con uno de aquellos vestidos que mi madrina había mandado hacer «para labores menores», entre las que se encontraba, por supuesto, acudir al periódico. Aún bostezando por las escaleras, conseguí alcanzar el *hall* con más o menos dignidad. Don Severiano me saludó cariñoso, conocedor del garbo con el que mi madrina me había despertado aquella mañana de domingo. Después abrí la puerta de la salita. Allí estaba, sentada en una de las cabeceras de la mesa, como siempre. Ni siquiera se giró para darme los buenos días, lo consideraba más que cumplimentado con sus gritos de primera hora. Yo, sin embargo, fui algo más deferente y le di un beso en la mejilla, tras musitar un suave «buenos días, madrina». Me senté en mi sitio, donde el zumo, la leche y la fruta me esperaban. Bebí un sorbo. Mi madrina dejó de leer el periódico que tenía en sus manos y me miró, esbozando la mayor sonrisa que su boca había dibujado en años.

—Dime, ¿qué te pareció don Francisco?

Abrí los ojos, extrañada por la intensidad con la que formuló aquella pregunta.

—Muy educado.

—¿Y?

—Y amable.

—¿Y?

—Y... ¿mayor?

—¡Vamos, niña! ¿De verdad no eres capaz de describirlo con mejores adjetivos? Te he educado para que seas capaz de expresarte con más de tres palabras —exclamó irritada.

—¿Cómo quiere que lo defina con mayor exactitud? Si apenas lo conozco...

—Tengo la ligera impresión, por tu indiferencia, de que no eres consciente de lo que sucedió ayer. Voy a achacarlo a tu inocencia de niña, pero atiéndeme: don Francisco de las Heras y Rosales pertenece a una de las familias más ricas y de mejor abolengo de la capital. No todas las jovencitas de la ciudad pueden vanagloriarse de que alguien como él se haya fijado, de una forma caprichosa e infantil por otro lado, en ellas.

—Madrina, disculpe mi ignorancia, pero ¿en qué me afecta a mí eso si yo no he quedado fascinada por sus encantos?

—Elisa, voy a tener paciencia contigo porque no es tema para tratar en cinco minutos, pero necesito que comprendas la relevancia de la coyuntura. Don Francisco quedó deslumbrado contigo el día de tu puesta de largo. No puedo decir que no lo invitara deseando que aquello pasara, pero también era realista. Tú eres una niña inmadura, pero, al parecer, él ha visto en ti aspectos que yo no había siquiera imaginado. Desde entonces, paciente y educado, me ha ido enviando cartas en las que me confesaba su interés en volver a coincidir contigo, esta vez de un modo más formal y directo. Intenté que asistiera a alguna de nuestras fiestas, pero este año ha estado ocupado con los asuntos del banco. Como verás, es una suerte que haya podido acudir a la boda de don Giancarlo y doña Carmen. Y tú... ¿lo describes con tres palabras?

Me quedé pensativa unos segundos. La avalancha de información, que salía a borbotones de boca de mi madrina, seguía pareciéndome increíble y surrealista. ¿Cómo podía ser eso? ¿Acaso yo podía tener tal poder sobre un

hombre de fortuna como don Francisco? Mi madrina prosiguió con la sarta de alabanzas combinada, gracias a su destreza en el arte de la crítica, con grandes dosis de desprecio hacia mi comportamiento. Bebí otro sorbo.

Él era un hombre de treinta y siete años, mientras yo estaba a punto de cumplir dieciocho. No es que fuera algo extraño el emparejarse con varones más avanzados en edad, pero nunca había contemplado aquella opción. Bebí otro sorbo. ¡Qué equivocada estaba al creer que mi madrina ponía cara de enamorada al recibir el correo! En realidad, eran cartas de don Francisco declarando sus intenciones conmigo. Poco sabía entonces que si había hallado parecido en la sonrisa de Manuela Montero y la de Carmen Bernardo, no era porque ambas expresaran amor, sino porque las dos reflejaban la proximidad de un excelente cierre de negocios.

Las teclas de la máquina de escribir me desafiaban, inmóviles. El color marfil que las decoraba me parecía la más acertada de todas las tonalidades. Era plano, sin información, igual que el papel que estaba enrollado, dispuesto a ser modificado, a perder su anonimato para comenzar a ser un informe, un poema, una nota, una factura, un montón de letras desorganizadas, una novela o una carta. El canturreo de la señora Idiazábal entrando en nuestra sección de la oficina me despertó de aquella reflexión. Movía su trasero al son del repiqueteo de las máquinas de escribir de la redacción, alegre, al tiempo que se atusaba el pelo. Llevaba un traje *trotteur* de color marrón. Se colocó en su sitio y repasó sus labios con aquel *rouge* intenso. Su cabeza debía de andar por otros lares porque ni siquiera reparó en mi presencia.

—Buenos días, doña Carmen —dije.

—Ay, buenos días, querida. ¿Ya ha llegado el correo? —preguntó sin dejar de mirarse en un pequeño espejo que portaba en su carterita.

—Sí, llegó hace un rato. Ya lo he repartido.

—¿Y los artículos para hoy? Tengo entendido que don Pío Baroja publica en el diario de mañana.

—Sí, también han llegado. Los he dejado en la mesa de don Ernesto para que los revise todos cuando vuelva de su reunión con don Graciano Atienza.

—De acuerdo. ¿Y pasó el mensajero de la agencia Fabra?

—Según me ha dicho el señorito Gonzalo, sí. Yo aún no había llegado.

Dijo que regresaría de nuevo a las cinco, como siempre —expliqué para su tranquilidad.

—Muy bien. En ese caso está todo en orden, ¿no es así?

—Así es, doña Carmen.

—Pues ponte a ordenar las facturas de este mes para dárselas al señor Villarroy esta tarde.

Las tareas administrativas me entretenían, pero estaban lejos de parecerme interesantes. Aun con todo, las realizaba todo lo diligentemente que podía para ver si así, me encargaban nuevos deberes. La señora Idiazábal volvió a ausentarse de su puesto de trabajo durante otro rato, así que me quedé a solas con aquel puñado de recibos. Repasar aquellas pruebas de los gastos del periódico era una fuente de información sin igual para conocer las andanzas de casi cualquier redactor. Por supuesto, el que más pesetas gastaba era López. Entre las facturas que él había ido dejando en mi escritorio, se encontraban conceptos más que justificados y otros que distaban mucho de estar a cargo de la empresa como, por ejemplo, los cargos en tabernas, los sobornos a fuentes orales que se resistían o las visitas a los burdeles de la calle La Ruda. Mientras revisaba los últimos papeles, comencé a atender a un diálogo que sobresalía, airado, por encima del armónico teclear y los carraspeos que inundaban la redacción.

—La gente no habla de otro tema. El matrimonio de doña Carmen Bernardo y el señor Giancarlo de Lucca ha sido el evento de la primavera ¡y quizá del año!

—Mi mujer no deja de contarme cuentos. Me pone la cabeza como un bombo. Ya está empezando a correr la voz de que la Carmen Bernardo se casó preñada y por eso se han dado tanta prisa.

—¡No diga disparates, Morales! Esa gente no se acuesta si no ha firmado el acta de casamiento antes. La verdad es que los Bernardo quieren empezar a hacer negocios en Italia y por eso se han juntado esos dos —explicó Fernández.

—Fuera como fuere, tenemos que sacar algo sobre el enlace en la página de Sociedad —aseguró López.

—¿Y cómo lo harás? Si no dejaron entrar a mentecatos como tú a una fiesta tan refinada —bromeó Morales.

—¡Pues está claro que no fui! A mí esos círculos no me resultan atrayentes. Le diré a Simón que investigue quién fue para darle unas cuantas

perras por contarnos qué tal discurrió la velada. Por cierto, ¿dónde está ese granuja? Hace un rato que no lo veo.

—¡Simón! —gritó Morales—. ¡Simón!

—Maldito gandul. Le voy a repasar yo la cartilla cuando lo vea...

Decidida, me levanté de mi silla y, sigilosa, me acerqué a donde debatían. Me miraron sorprendidos y esperaron a que yo justificase mi presencia.

—Me ha parecido escuchar que hablaban acerca de la boda de don Giancarlo y doña Carmen —comencé.

Al ser consciente de la cercanía con que los nombraba, López esbozó una mueca de enorme interés en lo que podía aportarles.

—Sí, de eso estábamos hablando, señorita Elisa —afirmó Fernández.

—Yo puedo ayudarlos, asistí como invitada. Pero no hace falta que me paguen...

López, pletórico, me preparó una silla para que me acomodara.

—Soy todo oídos. Quiero que me cuente lo que vio, lo que sintió, lo que oyó, lo que pasó y lo que no. Y yo le iré dando forma.

—Está bien. ¿Comienzo ya?

—Cuando esté lista, señorita Elisa.

—Bien, bueno, como usted ya sabe, el pasado sábado tuvo lugar el enlace de don Giancarlo de Lucca con doña Carmen Bernardo. Todo el mundo hablaba del evento desde hacía meses. Y es que no solo unió a dos de las principales fortunas de la capital, sino que también puso cita al encuentro de muchas personalidades del mundo de la banca, la empresa, la política y la cultura...

Continué con mi relato, mencionando algunas anécdotas de la velada. Describí con la exigida exactitud el menú, el olor del *champagne*, las partituras escogidas para el baile, los atuendos y abalorios que las invitadas habían seleccionado. Me gustó aquella sensación de volver a repasar las vivencias para darles forma, para hacerlas un poco menos fugaces de lo que eran. Fue como escribir en el aire, a golpe de oralidad, pero con ese mismo procedimiento por el cual mis reflexiones quedaban plasmadas en mi diario cada noche. López tecleó el punto final del texto y, agotado por la energía con la que había tenido que seguir mi narración, se recostó en la silla.

—¡Perfecto! —exclamó—. Ha hecho un gran trabajo, señorita Elisa. Ahora solo hay que revisarlo y estará listo.

—¿Seguro, don Ramón? Quizá me he extendido demasiado en detalles sin

importancia.

—No quitaría ni una coma. Se lo digo todo con que, prácticamente, he copiado una a una sus palabras.

Abrí los ojos como platos. López me entregó el papel mecanografiado y lo cogí sin titubear. Comencé a leer: «El pasado sábado, día 26 de abril, tuvo lugar el enlace de don Giancarlo de Lucca con doña Carmen Bernardo. Todo el mundo hablaba del evento desde hacía meses. Y es que no solo unió...». Increíble. ¿Mis palabras iban a salir publicadas en el periódico? Mi corazón empezaba a acelerarse. Mi valedor le dio poca importancia al enorme regalo que me acababa de hacer. Para él era común, pero no comprendía hasta qué punto era significativo para mí el poder compartir un texto de mi autoría.

A la mañana siguiente, indiqué a doña Pilar que debía comprar también *El Demócrata* junto con el resto de gacetas que reclamaba mi madrina todos los días. A la hora del almuerzo, entré cual relámpago en la salita y me afané por coger el ejemplar. Mi madrina me miró extrañada, pero ignoró mi entusiasmo. Abrí la página de Sociedad y ahí estaba. Releyéndolo había comprobado que López le había dado su toque personal en algunas frases, pero en esencia aquel texto era mío. Era mío y estaba allí, a la vista de cualquier madrileño que hubiese decidido comprar *El Demócrata* aquella mañana de martes. Mi única pega fue la dosis de realidad que vino de la mano de la firma de don Ramón López al final de la crónica. Podía ser mío en mi mente, en mi consciencia, en mi memoria..., pero jamás lo sería de cara a los demás. Aun así, no permití que aquel vacío se hiciese con el control de un feliz momento. Lo utilicé para repetirme, con más fuerza que nunca, que no cesaría en mi empresa: quería convertirme en periodista, costara lo que costase. Mi decisión quedó confirmada con los comentarios que escuché, los días siguientes, acerca de la detallada crónica que había publicado *El Demócrata* sobre el evento. Incluso mi madrina quedó fascinada por el cuidado de los pormenores que habían caracterizado la velada, afirmando que había sido necesario vivirlo para poder relatarlo con tanta claridad. Don Ernesto, por su parte, felicitó a López por su artículo: «No sé cómo demonios ha conseguido saber todos esos datos sobre la boda del señor De Lucca, pero Madrid se ha convertido en invitado de honor del enlace gracias a usted». «Ni se lo imaginaría», espetó López y me guiñó un ojo.

Los meses que sucedieron a aquel dulce instante alternaron los cambios y la calma a partes iguales. Don Francisco no reparó en obsequios para demostrarme que sus palabras eran sinceras y que, en efecto, buscaba conquistar mi corazón. Mi madrina me presionaba para que viera en él todas las bondades que ella había identificado desde el primer momento y me obligaba a valorar los presentes de mi pretendiente con cartas de agradecimiento. Por un lado, me sentía halagada al tener a alguien que se tomara tantas molestias por mí. Por otro, continuaba sin hallar la verdadera utilidad a sus propuestas, por muy jugosas que fueran desde el punto de vista más materialista. A mi total confusión en ese asunto se sumaban las opiniones de mis amigas. Benedetta me señalaba lo importante de aquella oportunidad y la buena fama que don Francisco tenía en la ciudad. Candelita, por supuesto, capturada por una envidia que tampoco terminaba yo de entender, me acusaba de menospreciar al que era, con mucha seguridad, el soltero más codiciado de todos. Y en medio de todo aquello, la única que parecía comprenderme era la atípica Catalina, que me repetía que lo correcto no era, ni por asomo, lo que creyera la mayoría. Tenía razón. No obstante, he de admitir que, con el tiempo, se fue haciendo más difícil resistirse a tantos comentarios positivos, a tantos sueños de grandeza, a tantas posibilidades encapsuladas en una promesa mantenida a base de ramos de rosas frescas por la mañana y cajas de bombones de las mejores confiterías antes del crepúsculo.

Con aquella terrible indecisión, 1919 transcurrió entre fiestas y reuniones muy distintas a las que acostumbrábamos a ir Benedetta y yo. Junto con Catalina, iniciamos un periodo de exploración en el que tan pronto merendábamos en el fabuloso salón de té del Viena Capellanes de la céntrica calle Arenal como acudíamos a los bailes del *music-hall* del Palace hotel o a los que, al caer la tarde, se daban en el Club Parisiana. Desde la Puerta del Sol salían coches directos que cogíamos, puntualmente, hacia aquel local ubicado cerca del parque del Oeste.

La Parisiana era un lugar que mezclaba a la perfección la intelectualidad y el burdo disfrute de teatros, música, juegos y cupletistas. Sus jardines formaban una suerte de oasis que rodeaba el chalé donde se encontraban el restaurante y los salones, un edificio que, decían, no tenía nada que envidiar al Casino de San Sebastián. Los bailes, cada vez más animados, eran una

diversión sin precedentes con la que me sentía libre. Allí, tanto podías hablar con un estudiante de Medicina, como con un aspirante a pintor, como tomar un té al lado de una famosa actriz. Todo era posible. Asistir a nuevos destinos de ocio, sin la mirada de mi madrina en el cogote, fue proporcionándome el espacio necesario para ir encontrando mi sitio en muchos aspectos de mi vida. Fue entonces cuando, con la inestimable ayuda de Catalina, Benedetta y yo aprendimos a fumar.

Por entonces, el jazz había comenzado a colarse en las partituras de las orquestas. Las trompetas y las melodías rítmicas habían secuestrado las piernas de los bailarines más adelantados, que se habían iniciado en el foxtrot y que, años después, lo harían con el charlestón.

En España ya se veía a algunas jóvenes que, como nuestra amiga, se comportaban de un modo más relajado y alejado de los convencionalismos que nos oprimían de forma asfixiante durante aquellos años. Buena muestra de aquello fue el cambio de estilismo que Catalina llevó a cabo tras el verano, cortando su cabello por debajo de las orejas. Los cambios empezaron a notarse lentamente. Los vestidos dejaban ver el tobillo y la parte final de la pierna, los sombreros eran más pequeños, los pechos desaparecieron en sostenes que nos aplanaban la figura para facilitar nuestra comodidad. También en septiembre, se inauguró el metropolitano tras años de irritantes obras. Aunque, por aquellos tiempos, Madrid se asemejaba a un sinfín de andamios, demoliciones, reconstrucciones y ruidos insoportables. Todo parecía estar en construcción, todo estaba a punto de reinventarse; no solo los edificios, sino también nosotros, habitantes anónimos, nuestros coches, nuestras casas, nuestras familias e incluso nuestras ideologías.

Y todo aquello fue sucediendo ante mis ojos, tras el escritorio que tenía asignado en el periódico. No obstante, y pese a que la sociedad pudiera estar empezando a evolucionar en algunos sentidos, mi principal yugo se hallaba mucho más cerca: mi madrina y don Ernesto. Ninguno de los dos veía apropiadas aquellas nuevas actitudes de las mujeres. Y, mucho menos, con la oferta de don Francisco sobre la mesa.

Me seguía resultando irónico que Manuela Montero, rodeada de misterio, juzgara con tanta celeridad mis actos y aspiraciones. Y es que durante el otoño de 1919 ocurrió algo extraño. Cenábamos en la salita, cuando una atropellada doña Pilar susurró algo al oído de mi madrina con la clara intención de dejarme fuera de sus conspiraciones. Su gesto se transformó. Se

levantó y abandonó la estancia. Una conversación fuera de tono picó mi curiosidad. Un portazo dio vía libre a mis pretensiones. Salí con sigilo al vestíbulo y me metí en la cocina, vacía. Me encerré en la despensa y pegué mi oreja a la trampa sin abrirla.

—¿Quién ha dejado esta carta, don Santiago?

—No lo sé, doña Manuela. La he encontrado sobre el pescante hace unos minutos. Tan pronto como he visto que estaba dirigida a usted, he avisado a doña Pilar. ¿Acaso se trata de...?

—¡Cállese, incauto! Déjeme sola...

El silencio que gobernó aquellos minutos en los que Manuela Montero reflexionó sobre el mensaje que le había entregado el cochero se evaporó con el estruendo de un objeto de cristal rompiéndose en mil pedazos, lanzado por la ira de aquella enigmática mujer.

Con la llegada del mes de diciembre, condicionada por las pretensiones de un más que zalamero don Francisco y por el poder que aún mi madrina tenía sobre mí, me vi obligada a asistir a la gala que la Banca de Crédito Rosales dio con motivo de la Navidad. Al entrar en el majestuoso Casino, dos eficientes empleados cogieron nuestros abrigos. Mi madrina se abanicaba tanteando si habría alguien conocido a su alrededor. No me daba la sensación. Aquella fiesta se celebraba para socios del Casino y clientes de la Banca de Crédito Rosales. Nosotras solo podíamos presumir de ser lo segundo, gracias a las millonarias cuentas del difunto señor Ribadesella. En lo que al Casino respectaba, jamás habíamos pisado aquel suelo de parque claro. Por la escalera, subimos al Salón Real donde la aduladora invitación, que nos había mandado, nos citaba. Los mármoles azulados y de color marfil, unidos a la explosión artística que había en sus paredes, me embriagaron sin previo aviso. Un cuarteto de cuerda amenizaba el baile de los asistentes. Mi madrina, en un gesto que la retrató como menos distinguida de lo que pretendía hacer creer al resto, me dio un golpe seco con su abanico.

—Niña, ahí está —me susurró.

—¡Au! De acuerdo, madrina, está bien, ya lo he visto.

—Déjate ver —me ordenó—. Espera. —Sus manos regordetas pellizcaron, sin permiso, mis mejillas—. Ya está.

—Viene hacia aquí, madrina. No me presione, se lo ruego —pedí.

—Sonríe —dictaminó, desoyendo mi petición.

Aguardé, con toda la serenidad que me quedaba, a que don Francisco llegase a donde nos encontrábamos. Llevaba aquel impoluto esmoquin y su cabellera repeinada. Era, sin duda, un hombre apuesto, pero distaba mucho de ser un donjuán. Para mí quizá era su semblante serio y seguro lo que mayor atractivo le confería.

—Doña Manuela, qué alegría verla —saludó y le dio un beso en la mano —. Señorita Elisa, no sabe la dicha que siento al tenerla hoy aquí —me indicó.

—Muchas gracias, don Francisco.

—Es tan amable. La verdad es que es un placer contar con amistades como usted y su familia —destacó mi madrina.

—Hablando de mi familia. Mi madre está deseando charlar con usted y conocer a la señorita Elisa. Si les parece, podemos pasar a la galería, nos está esperando allí —explicó.

—Por supuesto, don Francisco.

Cogí su brazo, en un acto reflejo ante su constante cercanía, y nos dirigimos a la galería. Entre la multitud de invitados y el sinfín de tocados que mis ojos abarcaban con cada pestañeo, llegamos a donde se encontraba la madre de don Francisco.

—Doña Asunción, qué gusto poder verla al fin. No soy capaz de recordar la última vez que pudimos disfrutar de una taza de té juntas —dijo emocionada mi madrina.

—Doña Manuela, qué alegría. La he tenido en mis pensamientos todo este tiempo. Justo hace un par de semanas le dije a mi hijo que pensaba convidarla a casa para poder ponernos al día.

—Madre, permítame que le presente a la sobrina de doña Manuela, la señorita Elisa —intervino don Francisco.

—Así que tú eres la famosa Elisa. Me resulta imposible contar las ocasiones en las que he oído hablar de ti, joven. Me alegra poder conocerte.

—Se lo agradezco, doña Asunción. Es un honor conocerla a usted también.

—Qué educada —opinó fríamente.

La señora Asunción Rosales era la única hija de uno de los banqueros más importantes de Madrid durante el siglo XIX, que había creado el Banco de Crédito Rosales. Su familia, además, podía presumir de ser de las pocas que

habían salido airoso de los negocios coloniales al anticiparse a la crisis. Heredera del patrimonio familiar por derecho, contrajo matrimonio con don Luis de las Heras, perteneciente a otra de las mayores fortunas de la capital, con quien tuvo dos hijos: don Luis y don Francisco. Sin embargo, una enfermedad se había llevado al señor De las Heras, dejando a doña Asunción sola con sus dos retoños, quienes pronto tomarían las riendas del negocio familiar. Don Francisco me propuso un nuevo baile para retomar el que ya habíamos comenzado en la boda de don Giancarlo. Sin grandes vacilaciones, me lancé a sus brazos e iniciamos una danza que sirvió de pretexto para conversar.

—Por un momento creí que no iban a venir —admitió.

—¿Por qué pensó eso? —pregunté, simulando que no encontraba motivos para aquellas suposiciones.

—Bueno, entiendo que, para una señorita como usted, un evento así pueda incomodarla. Máxime si no me conoce mucho...

—Pudiera ser, pero me encuentro perfectamente. Lo único que ha logrado abrumarme en la velada de hoy han sido las pinturas. Parece que la misma sala sea una obra de arte.

—Si se fija en los lienzos que ve en el techo, son de don Emilio Sala y don Cecilio Pla. Lo cierto es que yo también quedé impresionado cuando los vi por primera vez.

—Me resulta inexplicable cómo pueden realizarse tan bellos dibujos. Haría lo que fuera por ser capaz de hacerlos —le conté.

—Doy por seguro que lo conseguiría si se lo propusiera —respondió.

Sonreí ante sus palabras. Quizá no era tan mala idea ser la novia de don Francisco. Quizá él me permitiría escribir y realizar todos aquellos sueños que tenía. Quizá si fuera suya, dejaría de ser de mi madrina.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —me aventuré.

—Por supuesto, la que usted quiera.

—¿Por qué sus apellidos están unidos?

Se rio.

—Verá, mi abuelo, don Hilario Rosales, puso como condición, para que mi madre se casara con mi padre, que sus apellidos quedaran unidos en la descendencia que tuvieran. No podía concebir que el Banco de Crédito Rosales perteneciese a un heredero que no portase su apellido. Ya sabe, cuestiones de tener solo un hijo y que este sea una mujer.

—Es curiosa la importancia que damos a los apellidos y a nuestro origen. ¿No cree, don Francisco?

—En efecto. Aunque, en el fondo, no puedo más que comprender a mi difunto abuelo. Debe de ser un orgullo poder dejar algo para la posteridad, más allá de tus vástagos. Poner un sello en algo que luego se repetirá con el paso de una generación a otra, recordándote de vez en cuando y haciéndote inmortal.

—La inmortalidad está sobrevalorada —señalé divertida—. Pero entiendo lo que dice. ¿Y en qué desearía dejar su huella? Si no es indiscreción...

Don Francisco vaciló un momento. Disfrutaba con aquellos instantes de interés desmedido por mi parte hacia sus pensamientos y sus emociones. Nunca habíamos compartido confesiones tan personales ni una conversación tan distendida, pues nuestros bailes en la boda de don Giancarlo habían tenido, como oxígeno, una tensión incontrolable ante la noticia de sus desvelos por mí. Contemplé alrededor un segundo y me percaté de que muchos de los asistentes nos lanzaban miradas furtivas, intentando descodificar el tipo de relación que existía entre don Francisco y yo. Su porte elegante, maduro y atractivo, enfundado en un traje hecho con las mejores telas, su cabello fuerte y oscuro, sobre el que se avecinaban las primeras tonalidades grisáceas, y sus ojos cautivados por los míos. Por otro lado, mi figura esbelta y menuda, cuyas curvas daban forma a aquel vestido rosa pastel que había escogido para la ocasión, y mi juventud, que se descifraba en mis gestos y la inocencia de mis palabras. La combinación era un tanto inesperada para todos aquellos que decían conocer a don Francisco, pero yo, con cada paso de baile, estaba más segura de que sus brazos me iban haciendo suya.

Pasamos el resto de la noche bailando y conversando sobre temas variados. Paseamos por el salón mientras me contaba los chismes de las familias que habían convidado a la fiesta, clientes habituales del banco. Se burlaba de sus poses engreídas haciéndome conocedora de sus miserias. Con cada frase que intercambiábamos, me convencía más de que aquel hombre era la solución a todos mis problemas. El paso de los minutos me hizo darme cuenta de que debía hacerle saber que le correspondía, de que tenía que seducirlo de algún modo para que no se escapara la oportunidad que se me había presentado. Don Francisco era un hombre de negocios, había estudiado en la Escuela Comercial y tenía mucha cultura y experiencia. Todo ello lo convertía en el

perfecto pretendiente para comprender mis motivaciones más profundas. Más allá de su bondad y su formación, don Francisco estaba enamorado de mí y aquello era lo máspreciado y poderoso con lo que nunca había tratado. E iba a aprovecharlo.

Terminé aquella frase en mi diario. El invierno me hacía estar más reflexiva de lo habitual. En los últimos días, el recuerdo ambiguo de mi padre y mis hermanos había ocupado mi mente por completo. Pese a la ausencia de correspondencia, no podía terminar de creer que jamás hubieran pensado en mí. Era un sentimiento que a veces resurgía, cuando ya casi parecía haber pasado una vida entera desde la última vez que los había visto. Sin embargo, en el momento en que esto sucedía, mi madrina me reiteraba su negativa a que siquiera los recordara. ¿Cómo hacer eso? ¿No eran mi sangre? ¿Nuestra? ¿Acaso no era normal que muriese por volver a escuchar sus voces? Voces que ahora ya serían otras, habiendo desaparecido las que yo conocía en el transcurrir de un tiempo que no tiene piedad. Los extrañaba, por muy irracional que pudiera ser. Pero mis dudas se convertían en cenizas ante los reproches y amenazas de mi madrina: «Óyeme niña, tu amado padre y esos dos mocosos que tenías por hermanos no repararon ni una sola vez en que tú estabas aquí. ¿Has abierto tú esa puerta para dejarlos pasar?». Sin poder evitarlo, Manuela Montero era la encarnación de mi existencia errante, alejada de mis orígenes. Mis escasos momentos de nostalgia lograban enervarla, creyéndome una desagradecida, y su intransigencia hacía que me alejara todavía más del supuesto cariño que debía sentir por quien me había dado un futuro digno.

Cerré el diario. Fui al tocador, donde me terminé de colocar el cabello por detrás de la oreja y me puse mi sombrero. Puse un poco de color en mis mejillas y bajé las escaleras. Crucé el *hall* y salí por la enorme puerta de la casona. Don Santiago no estaba, como de costumbre. Desde hacía un tiempo, cada vez que tenía que llevarme al periódico de buena mañana, se ausentaba durante largo rato. Al principio pensé que se habría olvidado de nuestra cita rutinaria, pero, después, reparé en que siempre llegaba diez minutos tarde y lo hacía girando, a pie, por la esquina de Claudio Coello.

Al entrar en la redacción, López y Fernández andaban enfrascados en una

animada conversación. Simón atendía una llamada de teléfono. Doña Carmen ya estaba sentada en su sitio y releía algún documento con escasa atención. Colgué mi abrigo, me quité el sombrero y los guantes y los dejé en mi perchero. Acto seguido, me puse a faenar.

—Así que con don Francisco de las Heras y Rosales... Sabía que eras lista, pequeña Elisa, pero no tanto —me susurró la señora Idiazábal.

Apenas había visto a don Francisco un par de veces más desde la fiesta de Navidad en el Casino, pero apostaba por que tanto él como mi madrina habían dado buena cuenta de ello. Suspiré y omití cualquier explicación. Entonces, don Ernesto salió airado de su despacho seguido del señor Villarroy, que me saludó amigablemente como siempre, y Morales.

—¡López! ¡Fernández! ¡Pónganse a trabajar de una santa vez! —gritó malhumorado.

—¿Qué tripa se le ha roto, don Ernesto? —preguntó el descarado de López.

—¿Tripa? ¿Tripa? ¡Muchas tripas! El señor Villarroy acaba de informarme de que llevamos más de seis meses seguidos reduciendo nuestros beneficios.

—¿Seis meses? Pero ¿no cerró un trato con aquel comerciante de píldoras crecepelo? —se extrañó Fernández.

—Sí, y con el de las pastillas para la tos, el de la sidra, el de la sombrerería..., pero al parecer los madrileños prefieren leer el *Heraldo*, *El Sol*, *La Corres* o el *ABC*.

—Pues no entiendo por qué... —se quejó López.

—Es fácil, cabeza hueca. Necesitamos un fotógrafo. El *ABC* tiene páginas enteras con instantáneas de todo lo que sucede. Y un ilustrador para que nos haga esas viñetas tan graciosas que tiene *La Corres* —apostilló Fernández, retratándose como uno de los infieles que compraba el diario competidor.

—¿Un fotógrafo? Pero ¿qué se cree que somos? ¿Un panfleto para mujeres? —observó el redactor de Sociedad.

—Exacto. Lo que necesito es que se pongan manos a la obra y que hagan las mejores crónicas de la capital. Desde hace tres meses tenemos menos colaboradores que de costumbre, así que necesito calidad. ¿Me están escuchando? ¡Ca-li-dad! —les ordenó.

—Sí, don Ernesto —respondieron.

—Veamos, Morales, ¿qué tiene para hoy?

—Pues pensaba redactar un artículo con el tema del próximo

nombramiento del señor Deschanel como presidente de la República Francesa. Y luego está lo del tabaco...

—Encárguese de ambos asuntos. Venga, ya, a trabajar. ¿Fernández?

—Yo mañana me iré al Congreso para sonsacar información a los parlamentarios.

—Primero vaya al Senado. ¿De acuerdo? Y quiero algo más que el orden del día que sacan el resto de periódicos. ¡Deme noticias frescas!

—Sí, señor, así lo haré.

—¿Y usted, López?

—Yo tengo algún tema de toreros y puedo dejarme caer por el Frontón a ver qué se cuece en los partidos de hoy.

—Pues quiero saber hasta de qué color son las enaguas de la última dama que asista, ¿entendido? Estoy exhausto de sus crónicas vacías que podría escribir mi esposa desde nuestra casa.

—¿Se siguen llevando las enaguas? —preguntó Morales mientras recibía una mirada cargada de odio de los ojos oscuros de don Ernesto.

Aquella riña dejó a la redacción en un solemne silencio que duró todo el día. El periódico no pasaba por su mejor momento, pero don Ernesto se resistía a invertir en cambios o a contratar a más personal. Su dependencia de firmas externas lo había hecho débil y aquella vulnerabilidad se estaba dejando ver tras la fuga de colaboradores, acaecida unos meses atrás después de la huelga de la prensa. Sus redactores habían caído en una suerte de desidia y acomodamiento que hacía los textos poco o nada interesantes. Se limitaban a escribir con desgana y se escaqueaban, en gran parte de las ocasiones, de asistir a los eventos que debían cubrir por «ahorrar tiempo y esfuerzo». Además, el surgimiento de periódicos más modernos como *El Sol* así como la presión ejercida por el trust habían disminuido su poder en el mapa de la prensa. Entre aquel ambiente sepulcral, solo trastocado por el ruido de los empleados que salían o regresaban de cubrir alguna noticia y las miradas de doña Carmen, fue pasando todo el día.

Al terminar mi jornada, salí a gran velocidad, rezando por que don Santiago llegase puntual. Aquella noche de enero iba a asistir, por vez primera, a la ópera. Don Francisco me había invitado a acompañarlo a ver *Salomé*, una obra con música de Richard Strauss que habían estrenado aquella misma semana en el Teatro Real. Por suerte, solo hube de esperar un par de minutos hasta que vi aparecer el landó.

Acudir a la ópera se convirtió, entonces, en el momento más estiloso que había vivido. Las damas iban con sus mejores galas, a juego con la magnificencia del teatro. Nuestras localidades, en uno de los palcos, eran de las que mejores vistas tenían. Desde allí observamos la retorcida historia de la princesa Salomé, Herodes, Narraboth y Jochanaan. Cuando terminó, aplaudí. Aplaudí intentando devolver, en aquellas palmadas, todas las sensaciones que habían evocado en mí. Don Francisco me miró, orgulloso de haber acertado al convidarme a la ópera. Salimos, charlando sobre las primeras impresiones compartidas.

—¿Quiere dar un paseo, señorita Elisa? —me propuso y accedí sin miramientos.

Anduvimos por la plaza de Oriente, observados por los antiguos reyes que, erguidos en sus columnas, eran testigos del ir y venir de las gentes de la capital. Aquella plazuela era de mis preferidas desde pequeña. Recordaba más de una ocasión en la que don Ernesto y doña Cristina me habían llevado a dar de comer a las palomas. Desde aquellas primeras ocasiones en las que pude corretear por ella, me había deslumbrado cómo el Palacio Real y el Teatro Real custodiaban, desde sendos extremos, aquel paseo de figuras monárquicas y fuentes gloriosas. La noche era fría, aunque no gélida. Moví los dedos dentro de mi guante, pero, entonces, caí en la cuenta de que había dado mi brazo a don Francisco, que lo sujetaba con ternura y fuerza a partes iguales.

—Agradezco mucho que me haya traído, don Francisco. Lo cierto es que jamás había asistido a un espectáculo parecido —confesé.

—No debe darme las gracias, señorita Elisa. No lo hago para que me las dé.

—Lo sé, don Francisco. Pero de veras que le estoy muy agradecida. Es usted muy bueno conmigo.

—Ojalá pudiera llevarla a la Ópera de Viena. Quedaría impresionada. La llevaría a tantos lugares, señorita Elisa...

Miraba al suelo escoltando a mis pies, vigilando que siguieran con aquel paso firme que, sin embargo, era el más vulnerable de todos. Aunque accedía a los favores de don Francisco porque me atraía lo que podía aportar a mi vida, su manera de tratarme me convencía, sin darme cuenta, de que mi lugar estaba a su lado. Cuando estábamos a solas, sentía algo muy similar a lo que describían como amor. Era una emoción cálida, cómoda y segura.

Continuamos con nuestro paseo, al tiempo que oía todos los planes que don Francisco tenía preparados para mí, para los dos. Me gustaba escucharlo.

—Entiendo que quizá la violente que se lo diga, pero todas mis atenciones, desde hace ya un tiempo, son para usted.

Habíamos llegado hasta la baranda que daba a los jardines de Sabatini. La luna llena contemplaba aquel intercambio de miradas que logró entumecerme, confundirme. Hacía mucho tiempo que no sentía el sincero aprecio de alguien de un modo tan intenso. Respiré hondo.

—No me violenta, don Francisco. —Noté cómo la expresión de su rostro cambió—. Me pregunto si no soy más que un capricho transitorio.

—¿Cómo puede pensar eso, querida? Por supuesto que no lo es.

—Temo que solo me quiera para satisfacer sus antojos.

—Escúcheme, señorita Elisa. Puedo asegurarle que no es una ocurrencia pasajera lo que siento por usted. —Me cogió de las manos—. Le prometo que si..., si usted accede a ser mía, nunca le faltará de nada. Será la mujer más feliz del mundo y podrá hacer lo que le plazca, siempre y cuando no deje de amarme nunca —me explicó.

Tomé aquellas frases como una garantía simbólica de lo que podría ser mi vida con él. Don Francisco me quería más allá de los convencionalismos y aquello me daba mucho margen para lograr convencerlo de mis aspiraciones. Su oferta no tenía parangón. Era la solución que precisaba para deshacerme de los nudos que me ataban a mi madrina desde que tenía uso de razón. Era el fin de las reglas, de las normas, de las prohibiciones. Seguramente, con la paciencia debida, don Francisco sería mi esposo y podría dedicarme al periódico mientras él trabajaba en el banco. Un relámpago de adrenalina recorrió mi cuerpo. Apreté sus manos. Don Francisco comprendió muy bien lo que mi sonrisa significaba y no dejó pasar la oportunidad de acercarse, con cautela, y besarme.

De aquel bonito e indeciso modo comenzó mi noviazgo con don Francisco. Durante los primeros días, mi madrina estuvo de buen humor. Era paciente conmigo e incluso cariñosa. Yo, por mi parte, mantenía la misma actitud, inmune a sus cambios de genio, pero consciente de que había hallado la fórmula mágica para sortear las manías e incongruentes decisiones de mi

madrina que me acompañaban desde los siete años. Desde aquel día de enero de 1920, todo estaba sujeto a la opinión de don Francisco, al menos, los temas menores. Si a mi enamorado le parecía bien, mi madrina aceptaba. Si don Francisco dudaba, mi madrina se negaba. Con los días, aprendí a ser más elocuente para conseguir la respuesta que ansiaba. Pese a todo, seguía sintiéndome sola en una guerra que debía batir en contra de mí misma, de mi familia y, finalmente, del mundo en el que vivía. Además, mi rutina también se modificó en parte. Comencé a asistir a distinguidas fiestas junto con don Francisco —o Francisco, como gustaba que le llamase a partir de entonces—, acudíamos al hipódromo a ver las carreras de caballos o a participar en las yincanas que se organizaban, también al teatro a ver el *ballet* o las zarzuelas, a los restaurantes más exquisitos o a dar largos paseos por el Retiro.

Sin embargo, pronto me di cuenta de que don Francisco era un hombre de negocios, con todo lo que ello conllevaba. Sus viajes lo alejaban de Madrid algunas semanas, pues él y su hermano, don Luis, planeaban la expansión del Banco de Crédito Rosales por otros países de Europa. Al parecer, la crisis de la posguerra iba a abrir nuevas oportunidades de negocio y debían aprovecharlo. Así, era común que visitasen a posibles socios en Londres, París, Viena o Zúrich. También a aquello me acostumbré sin demora. No obstante, sus constantes viajes fueron el pretexto perfecto para lograr convencerlo de ampliar mis horas de trabajo en el periódico. Él, enternecido por mi supuesto aburrimiento y mi triste soledad, accedió a que también fuera por las tardes. Mi madrina, como era de esperar, me dio su permiso a regañadientes, rezando por que aquella estúpida idea de trabajar se disipara de mi mente más pronto que tarde.

Orgullosa de mi capacidad para embaucar a Francisco, también aprovechaba aquellas semanas en las que estaba fuera de la ciudad para deleitarme con los encuentros con Benedetta y Catalina. Así las cosas, vivía en un mundo intermedio entre el compromiso de una mujer emparejada y la libertad de una jovencita sin obligaciones. En aquella segunda parcela, seguí sintiéndome atraída por las charlas de Catalina y las otras chicas que residían con ella. A menudo, inventándome cualquier pretexto para no ser cuestionada en exceso, asistía a aquellos tés en el salón de la calle Fortuny número 30. Otras tardes, íbamos a algún café y debatíamos sobre cualquier tema, donde se unían también algunos estudiantes de la residencia masculina. En aquellos meses, recuerdo que me leí el libro de Margarita Nelken, *La condición social*

de la mujer en España. Su estado actual, su posible desarrollo. Un ensayo que me regaló la propia Catalina y que me hizo reflexionar, de un modo profundo, acerca de la opresión ejercida sobre la mujer. Una píldora más, en mi conciencia, sobre la realidad que me tocaba vivir aunque, por entonces, no terminaba de ser totalmente consciente de ello.

A decir verdad, la única persona con la que compartía mis pensamientos sin censura era Catalina. Tomábamos un chocolate en San Ginés mientras esperábamos a Benedetta, que había tenido que quedarse con la señora Bernardo, a punto de dar a luz a su primer hijo con don Giancarlo. La puse al día de los últimos chismes del periódico que contaban como protagonistas a doña Carmen y Simón, ya que según algunos eran amantes. No sabía si aquellas informaciones eran ciertas, pero rechazaba con firmeza la actitud de aquellos dos prófugos del racionalismo y la moralidad que, en teoría, retozaban en la redacción cuando todos nos marchábamos. De las contadas palabras que doña Carmen había pronunciado con respecto a su pasado, había deducido que había enviudado joven, pero jamás habría acertado en que tenía interés en el aprendiz.

Abandonamos las conjeturas de portería, entre sorbo y sorbo de chocolate, y nos adentramos en cuestiones más profundas como las relaciones románticas. Catalina defendía que el amor era algo que no podía surgir con el tiempo. No en su totalidad.

—Apuesto a que lees muchas novelas y folletines, querida Catalina. Eso no sucede en la vida real —afirmé—. Además, cuando planeas casarte, tener un buen marido, procurarte un buen futuro, es preciso usar la cabeza, no solo los impulsos.

—¿Y cuál es ese futuro que tanto ansías, Elisa? —me preguntó.

—Es sencillo, no pido mucho. Tener una bonita familia, una casa, un marido que me ame y quizá... poder escribir algún día en el periódico.

—¿Por qué «quizá»?

—Es complicado, Catalina. Yo no puedo vivir como tú lo haces. Primero debo dar gusto a mi familia. Casándome con Francisco podré ser más libre y a lo mejor...

—No entiendo por qué has de esperar a casarte. Puedes escribir cuando tú quieras. Solo tienes que encontrar un tema que te inspire y después dejarlo en la mesa de don Ernesto.

—No puedo..., ya te lo dije, tengo prohibido escribir para el periódico.

Don Ernesto me devolvería mi artículo en un santiamén. Y mi madrina montaría en cólera y Francisco...

—Está bien, está bien, tranquila. Pero, por lo que me contaste, aquella crónica sobre el enlace de los De Lucca fue todo un éxito. ¿Acaso vas a perder la oportunidad de hacer algo que se te da bien?

Agaché la vista. No quería reconocer que así era, pero no tenía el valor suficiente como para ponerme en contra de aquellos que me habían cuidado y me cuidaban.

—Si fuera otra persona..., pero Elisa Montero no ha nacido para ser periodista —asegué apenada.

Catalina se puso misteriosa y se acercó a mí con cautela, controlando que seguíamos solas con pequeños vistazos a los lados.

—Nadie tiene por qué saber que Elisa Montero es quien está detrás de esas crónicas, querida. No serás la primera ni la última que firme con un pseudónimo...

Me mordí el labio y contemplé aquella posibilidad durante unos segundos.

—No digas sandeces, Catalina. No puedo hacer eso, no escribo tan bien. Y ni siquiera tengo tiempo de redactar. Ojalá pudiera, de veras, pero es una locura —concluí.

—Tienes razón. No puedes hacerlo. —La miré extrañada por su crudeza—. No puedes hacerlo hasta que pierdas el miedo a tu madrina y a todos los que esperan algo de ti.

Capítulo 4

Peinaba mi cabello, observándome en el espejo del tocador, cómplice de mis pensamientos sin saberlo. Desde mi conversación con Catalina, había tomado la determinación de centrar todos mis desvelos, mi energía, mis horas en mi halagüeña relación con Francisco. Soñaba despierta con unir nuestros nombres, con un porvenir dichoso sellado con arras y banquetes. Sin embargo, con el paso de los meses, todo lo que luchaba por posponer, las ansias que peleaba por reprimir, fueron aflorando en mí. Me sentía amordazada por un mundo, por una vida, que a duras penas me hacía sentir libre. Necesitaba una bocanada de aire fresco, contravenir las reglas grabadas sobre mi piel por cortesía de Manuela Montero. Las últimas semanas había estado más pensativa de lo normal. Notaba cómo crecía más y más en mí aquella inquietud por obtener respuestas que me desbloquearan, por avanzar en la dirección correcta.

Acaricié el pelo ondulado que caía, sin vértigo, por mi espalda. Ya me había vestido con el camisón y estaba sola. Respiré hondo. Agarré las tijeras de doña Pilar, que había encontrado en la cocina. Volví a recorrer con la yema de los dedos mi largo cabello, siempre ataviado con peinetas, con horquillas y moños que me apretaban. Era suave, delicado. Lancé una última mirada a la melena y corté. El crujido me sorprendió. Un largo mechón cayó al suelo, despegándose de mí para siempre. Pero no me detuve, proseguí con mi plan, cortando todo el cabello, dejándolo justo por debajo de las orejas.

Cuando hube terminado, ya no parecía una chiquilla, una joven inocente, sino que me asemejaba a las mujeres que veía en los cafés más modernos, a las compañeras de Catalina, a las extranjeras que visitaban la ciudad con sus reinventados estilismos de posguerra. Moví la cabeza, tratando de colocar mi melena *bob*, que era como se le llamaba, del modo más favorecedor. ¿Le agradaría a Francisco?

En medio de mis elucubraciones, el chirrido de la puerta abriéndose me

sobresaltó. Mi madrina estaba allí, de pie, con el rostro desencajado. Me levanté del taburete, dejando las tijeras en la repisa, junto con mi cepillo y todos aquellos ajuares que ya no podría usar. Después de un instante de tensa quietud, Manuela Montero reaccionó. Se acercó a mí y me pegó una bofetada. Puse mi mano en mi rostro, sosteniendo el dolor causado por su ira. Estaba asustada. Mi madrina podía haber sido dura, inflexible, poco cariñosa, y, en definitiva, una mujer difícil, pero, aun con todo, jamás me había tocado. Mis ojos se humedecieron, presos de la cólera que recorría mis venas, como un huracán de sentimientos y reproches.

—Pareces una burda cupletista. ¿Cómo has podido hacer algo así? ¿Sabes quién lleva el pelo así? ¡Las busconas y las rameras de los lupanares!

—Pues quizá es el modo en que siempre debí llevarlo.

—Elisa, no me provoques. Dios sabe que he tenido paciencia contigo, pero tengo mis límites. No quiero imaginar lo que va a pensar don Francisco cuando te vea. Haría bien en romper relaciones contigo. ¡No eres más que una cría estúpida!

El desprecio en sus gestos y sus palabras me hacían más daño que la bofetada que me había propinado.

—Es lo que usted querría, ¿verdad? Para demostrar que tiene razón una vez más. Para probar que no puedo hacer nada más, en esta vida, que estar aquí encerrada con usted y sus absurdas normas.

—Agradecida tienes que estar de que te haya dejado vivir en mi casa durante todos estos años. Pero ¿cómo vas a estarlo? Crees que mereces todos tus caprichos por el mero hecho de existir.

—Usted jamás quiso que viniera y me lo ha hecho pagar con cada retorcida regla que me ha impuesto. Pues lo siento, madrina, siento que se haya tenido que hacer cargo de mí, que haya tenido que perder su tiempo conmigo por culpa de mi padre. Y puede que me parezca más a él de lo que le gustaría. Necesito libertad, oxígeno.

—No seas ingenua. Tu padre no necesitó nunca libertad. Necesitó dinero. Tú has tenido la enorme suerte de que yo haya sido bondadosa durante este tiempo y te haya educado. Ahora tienes que ser agradecida y dejar de hacer sandeces. Porque como estropees tu futuro compromiso con don Francisco... —me amenazó y volvió a levantar la mano.

—¡Déjeme! ¡Déjeme en paz! —grité y salí corriendo.

Agarré una chaqueta y, sin darme la vuelta, crucé el umbral de la enorme

puerta que separaba aquella casa de la calle. De fondo, se escuchaban los chillidos histéricos de mi tía, que me ordenaba que regresara de forma inmediata. Estaba lloviendo a cántaros, pero no me importó. Comencé a correr por la calle de Serrano hacia el norte. Algunos paseantes me miraban extrañados por debajo de sus paraguas. Los comercios estaban cerrados y allá donde por las mañanas todo era alegría y color, ahora estaba apagado, silenciado, recogido. Notaba cómo el agua estaba calando en la ropa y en el pelo. Aquellas gotas de lluvia se mezclaban con las lágrimas de tristeza, de furia y de frustración.

Continué con mi huida hacia ninguna parte. O eso era lo que creía. Mis pies, más sabios y conscientes de lo que yo podía presumir, me condujeron por las oscuras calles de Madrid. Cuando descubrí mi destino, me quedé durante un rato en la acera y contemplé las grandes ventanas del edificio de la residencia de Catalina. No sabía si acudir en busca de su ayuda o regresar a casa y dejar aquello en una mera anécdota. Opté por lo primero. Me colé por la verja y caminé con sumo cuidado por el jardín. Sabía qué ventana era la de Catalina, así que cogí una piedra que encontré en el suelo e intenté dar en su cristal. Hicieron falta varias tentativas hasta que, por fin, la abrió. Se asomó contrariada, pero al verme allí, empapada, cerró velozmente y bajó para abrirme la puerta de la entrada.

El cuarto de mi amiga era bastante sencillo, sin grandes adornos, lo justo para dormir y estudiar. No obstante, era bien sabido que en aquella casa de estudiantes no faltaban las comodidades. Era un sitio acogedor, provisto de todo lo necesario para que las jovencitas más prometedoras de nuestra generación cursasen sus estudios con todo aquello que pudieran precisar. Por otro lado, era *vox populi* que no se trataba de una morada sin normas. Los horarios estaban para cumplirse y las reglas debían ser respetadas por cualquiera de sus residentes, que eran educadas, también allí, como toda señorita de bien. Mi visita no habría sido acogida con gusto por las superiores, así que me cuidé de controlar mis gemidos y lloros hasta que no hubimos entrado en la habitación y cerrado la puerta. Me senté en un silloncito que había en uno de los rincones del cuarto. Me figuré que ahí sería donde mi amiga empleaba horas y horas en devorar todos aquellos escritos que, después, me contaba. La única luz que alumbraba mi impotencia era la de la mesilla de al lado de su cama.

—Intenta relajarte... ¿Qué ha ocurrido?

No respondí. Solo tuvo que mirarme mejor y observar cómo mi cabello, empapado, ya no era aquel que solía caracterizarme, largo y con suaves ondas oscuras. Ahora lucía corto, distinto.

—Oh, entiendo...

Respetó aquel momento de íntima tristeza compartida y me echó una manta de cuadros por encima. Frotó mis brazos para templarme. Yo ni siquiera había reparado en la temperatura, me sentía congelada, pero en mi interior. No podía aguantar la idea de tener que volver a aquella casona y ver la cara a mi madrina, que siempre salía victoriosa de todo. Con el paso de los minutos, fui entrando en calor y mi respiración dejó de ir desacompañada a causa de mis gimoteos. Mi amiga, paciente, esperó a que la calma se hiciera con el control de la situación. Colocó uno de los mechones que caían por mi cara por detrás de la oreja.

—Yo creo que te queda muy bien —opinó.

Sonreí.

—Gracias, amiga. Disculpa que haya aparecido de este modo en medio de la noche.

—No debes preocuparte por eso, Elisa. Me imagino que no habrá sido sencillo para ti tener que venir hasta aquí. ¿Te ha hecho algo tu madrina?

—Nada que no me haya hecho saber todos los días de mi vida desde que llegué a Madrid. Al principio pensé que su indiferencia era porque estaba disgustada por el contratiempo de tener que cuidarme. Después, que me portaba demasiado mal. También que no era agradecida. Pero me he dado cuenta de que es incapaz de quererme. Hay algo que se lo impide, aunque no sé qué es.

—Elisa, en ocasiones, las personas no saben bien cómo reaccionar ante situaciones inesperadas. Puede que tu tía no haya sabido quererte.

—Si solo fuera eso, Catalina. Su desprecio cuando me habla, su manera de tratarme como si fuera una mercancía a la que endosar al mejor postor. Estaba obsesionada con que encontrara pretendiente y ahora que tiene lo que quería, no soporta la idea de que pueda estropearlo.

—Tu madrina es una mujer complicada, pero tienes que ser más fuerte que todo eso. Debes sobreponerte a sus desplantes. Elisa, es tu vida, no la suya. Sé más inteligente que ella. Convéncela de que cumples sus normas, pero libérate.

—Suenas sencillo, pero es muy difícil. Llevo todos estos años tratando de

sortear, como mejor puedo, sus límites de cemento. No sé si soy capaz de seguir haciéndolo por más tiempo... —confesé sollozando.

—Pues claro que eres capaz. Mírate. ¡Te has cortado el pelo! Jamás te imaginé haciendo algo así. En tu interior hay muchas pretensiones oprimidas que quieren salir, pero debes hallar el modo de hacerlo, de ser valiente.

—Ahora me arrepiento. ¿Y si Francisco reacciona igual que mi tía?

—Don Francisco bebe los vientos por ti. Le encantará. Estoy segura de que podrías quedarte sin un pelo en la cabeza y te seguiría adorando como a una diosa del Olimpo.

Me reí.

—No digas tonterías, Catalina. Aunque es cierto que Francisco es más bondadoso que mi madrina. Ojalá encontraras a un hombre así.

Catalina retiró su mirada.

—Elisa, no es mi prioridad. No mentí cuando hablé con tu tía en la boda del padre de Benedetta. Quiero ser profesora, de momento. Ayudar a los niños que tienen todo por aprender. Un matrimonio equivocado me alejaría de todo eso..., y no quiero correr ese riesgo.

—A veces la vida es demasiado compleja, ¿verdad?

—Todo lo compleja que queramos hacerla. Al final, nuestras decisiones marcan nuestro destino. Nadie más. Si quieres llevar el pelo corto, córtatelo. Si quieres escribir, escribe. Si quieres estudiar, estudia. Si quieres encontrar respuestas, ve a buscarlas.

Callé un momento, dando el espacio necesario a las palabras de Catalina, asimilándolas en mi cabeza. Estaba en lo cierto. Las respuestas no iban a llegar a mi puerta ni se iban a revelar en sueños.

El sol de la mañana nos despertó con dulzura. Al abrir los ojos supe que debía irme, que aquella suerte de refugio no podía esconderme por más rato. La lluvia había dejado el jardín empapado y embarrado. Ya se escuchaba el trajín de las otras chicas, saliendo a desayunar, corriendo por el pasillo y conversando de temas cuyo sentido se perdía al tratar de escucharlos al otro lado de la pared. Esperamos a que la paz regresara para salir. Catalina se ofreció a acompañarme hasta mi casa, en el tranvía, antes de ir a clase. Madrid había amanecido algo entumecido. En el ir y venir de los coches y las gentes se notaba como si la resaca de la tormenta hubiera calado en huesos, engranajes y motores. Me despedí de mi amiga, casi sintiendo que me quedaba sola ante un peligro incierto que yo misma había generado. Entré en

la casa, temblorosa, con mi camisón y aquella chaqueta sucia, con mi cabello encrespado por la lluvia de la noche, con mis ojos aún guardando las lágrimas que no habían podido brotar. Don Severiano me contempló, asombrado.

—Pero, señorita Elisa, ¿no estaba usted...? ¿Usted no está arriba durmiendo?

Antes de poder alcanzar el primer escalón, alguien me chistó desde la salita. Retrocedí y me asomé. Mi madrina estaba allí, leyendo el *ABC* sin inmutarse. Ni siquiera consideró necesario ladearse, así que continuó dándome la espalda cuando me dijo:

—Haz el favor de ir a lavarte. Por lo menos que no puedan decir que no eres una muchacha limpia.

Obvié cualquier tipo de contestación, mi desprecio iría en forma de silencios.

El tiempo siguió su curso con la serenidad esperada. No obstante, aquella noche en la que me escapé a la residencia de Catalina fue un punto de inflexión en mi relación con mi madrina. Y es que mientras mi vínculo con Francisco se afianzaba con el paso de los meses, mi trato con Manuela Montero se hizo cada vez más frío. Manteníamos la compostura mínima, pero yo ya no me fiaba de ella y ella, por su parte, ya no guardaba ningún tipo de gesto cariñoso conmigo —de los pocos que podía tener con anterioridad, claro está—. Aquella situación me hacía repetirme, con mayor aplomo que nunca, que Francisco era la llave que me alejaría de ella.

A él le encantó aquel corte de pelo que mantuve durante casi toda mi juventud. «Pareces una mujer parisina, estás hermosa. Como siempre». La escasa importancia dada a ese hecho que, por otro lado, había llevado a mi madrina a explotar conmigo, me dio una útil información acerca de cómo se tomaba mi novio ese tipo de cuestiones. A él no le molestaba que estuviera en el periódico, jamás me hacía ningún comentario peyorativo al respecto —ni positivo—; tampoco decía nada sobre que quedara con Benedetta, Catalina y sus amigas —aunque nunca tuvo una relación muy estrecha con la segunda— ni sobre que quisiera vestir como ellas. Me entendía y me cuidaba, ensalzando mis virtudes y obviando todos esos defectos que yo me afanaba por esconder. Él seguía atendiendo sus negocios, pero cuando estaba en la

ciudad, salíamos por la noche, acudíamos a bailes y nos besábamos con esa certeza que proporciona una relación consolidada. Mi círculo de amistades se fue ampliando con él, aunque era común que acudiésemos a algunos lugares en compañía de don Ernesto y su esposa, doña Cristina; los señores Ballester, don Tomás y doña María Elena, y mi madrina, con quienes Francisco tenía una grata relación.

Sin embargo, todos aquellos planes y mi halagüeña relación con Francisco seguían sin proporcionarme la felicidad de un modo completo. Hacerme más adulta y mis constantes tensiones con mi madrina me habían hecho extrañar más de la cuenta mi antiguo hogar. Me moría de ganas por saber algo de Juan y José Luis... y de padre. Por muy sabandija que pudiera haber sido en su vida. La negativa de mi tía a hablar del tema y la ausencia de información me encaminaban, una y otra vez, a una única solución. Pero no fue hasta el otoño de 1921 cuando encontré las fuerzas suficientes para hacerlo. Necesitaba ausentarme algunos días para llevar a cabo mis planes. En eso, como en tantas otras cuestiones, me ayudó Catalina. No fue sencillo convencer a mi madrina de que me permitiera acompañar a mi amiga a Barcelona para visitar a su familia. Sin embargo, como siempre, la intervención de Francisco fue decisiva. Él no podía ir en contra de mis tiernas miradas y de mis dulces súplicas, así que tras una persuasiva y efectiva charla con la intransigente Manuela Montero, obtuve el permiso para hacer aquel supuesto viaje que, en realidad, era una patraña. No obstante, precisaba datos más concretos sobre mi destino real. Y solo una persona podía ayudarme. Alguien que me había llevado hasta Madrid una noche lluviosa, envuelta en una manta de arpillera. Alguien que conocía el camino de ida y vuelta hasta mi casa en Fuente de Cantos, donde me había recogido trece años atrás.

Aquel día, me arreglé con normalidad, cogí los bultos que había preparado con doña Pilar y salí a la puerta. Justo enfrente del número 16, identifiqué el vehículo que había contratado gracias a la financiación de Catalina. Mi amiga sacó la cabeza por la ventanilla para hacer más creíble mi coartada. Pero antes de dirigirme allí, hice una breve parada. Me acerqué a don Santiago que, una vez más, había llegado más tarde de su hora.

—Buenos días, don Santiago.

—Buenos días, señorita Elisa. ¿Se marcha ya a Barcelona con la señorita Folch?

Miré a los lados.

—No voy a ir a Barcelona, don Santiago. Y necesito que usted me diga la dirección exacta a la que debo dirigirme —le indiqué en voz baja, cogiendo uno de los estribos que sujetaba el cochero.

—¿A qué se refiere? No entiendo... —respondió extrañado.

—Usted lo sabe bien. Una vez me sacó de allí y ahora quiero que me diga cómo llegar. Lo necesito.

—No me pida eso...

—Don Santiago, no me obligue a decirle a mi madrina que se dedica a apostar a los caballos en horario de trabajo. He cubierto sus ausencias y retrasos todos estos años, pero puedo dejar de hacerlo en cualquier momento.

Vio en mi mirada la desesperación que me estaba llevando a actuar de aquel modo. Titubeó durante un par de segundos. No tenía mucho tiempo. Mi parada frente al landó de la familia Ribadesella podía verse como sospechosa si no me alejaba con premura. Nuestro chófer miró al cielo tratando de que Dios, o alguna deidad particular, le proporcionara la respuesta oportuna para tan comprometido favor. Había jurado a mi madrina que le guardaría un secreto. Un secreto que podría estar en peligro si accedía a mi petición. Valoró un poco más la coyuntura y escogió ayudarme.

Satisfecha y alegre, me subí al coche en el que me esperaba Catalina, dejando que los vagos recuerdos del conductor de la familia me llevaran a mi ansiado destino en forma de indicaciones que trasladé al chófer que habíamos contratado. El automóvil arrancó, pero antes de iniciar el trayecto, paramos enfrente de la residencia.

—Prometo devolverte hasta la última peseta... —le prometí.

—Eso es lo de menos, Elisa. ¿Estás segura de lo que vas a hacer? —confirmó.

—Sí, necesito hacerlo, Catalina. Necesito descubrir si están bien. Solo así sabré mejor quién soy. Como me dijiste una vez: «Si necesitas respuestas, ve a buscarlas».

—De acuerdo —afirmó dubitativa—. Siento no poder acompañarte, pero, ya sabes, no puedo faltar a las clases.

—Descuida, amiga. Todo irá bien.

—Por favor, si hay cualquier contratiempo o precisas ayuda, no dudes en telefonarme.

—Gracias, Catalina. No te preocupes.

Nos despedimos con un cálido abrazo.

Abandonar Madrid me conmovió. No recordaba haber estado fuera de la ciudad, salvo en las ocasiones que fui a la casa de la sierra de los señores Rodríguez de Aranda cuando era más pequeña. Los caminos tomaron la forma de carreteras apañadas, que fueron desapareciendo a medida que nos dirigíamos al sur. Mi cabeza se dedicó a simular distintos escenarios mientras miraba por la ventanilla. La primera opción era pensar que mi padre se asombraría, pero después me abrazaría y me suplicaría que no me volviese a ir. Con la segunda, barajaba la idea de que no me reconocieran y que tuviera que dar explicaciones: «Soy yo, padre: Elisita». También me planteaba la posibilidad de que se hubieran mudado a otro lugar o que alguno de mis hermanos hubiera fallecido a causa de las gripes del 18. Pero la alternativa más dolorosa de todas era que me despreciaran y me rechazaran.

El paisaje se fue modificando con el girar de las ruedas del vehículo. Los tonos amarillentos que había dejado el verano en Castilla se fueron tornando en colores verdosos, que teñían las dehesas que brotaban a sendos lados del camino. Las encinas y los alcornoques nos saludaban con sus espesas copas plagadas de bellotas. El cielo nos comunicaba el paso del tiempo con el rondar del sol de este a oeste y formaba figuras con las nubes que me distraían. Conforme nos fuimos alejando de la capital, la realidad se fue transfigurando de un modo para el cual no me había preparado. Mis días de bailes y galas poco tenían que ver con los carromatos que observaba por el camino, con las mujeres transportando botijos llenos de agua o marchando a lavar la ropa al río, con los niños vestidos con harapos y sus padres empujando carretillas sin aliento. Los pueblos de Toledo, y más tarde de Cáceres y Badajoz, en los que paramos o hicimos noche eran muy diferentes a las estampas a las que estaba acostumbrada. No obstante, aquel coche siguió avanzando, dejándolos atrás, rodando hacia el sur, pisando las dudas con los neumáticos y abriendo camino a nuevos senderos.

—Señorita —me susurró alguien.

Me había quedado dormida. Abrí los ojos.

—Señorita, ya hemos llegado —me dijo el cochero.

Me incorporé nerviosa. Me coloqué mi capelina y me froté los ojos para invitarlos a enfocar el paisaje de alrededor. Era una calle de casas blancas. Similar a mis recuerdos, pero algo más pequeña, todo parecía haberse reducido con los años. O quizá yo había crecido. Me asomé por la ventanilla y vi nuestra casa, la arenisca sobre la que solía jugar y donde correteaban las

gallinas. Algunas viviendas parecían abandonadas a su suerte e incluso la de mi familia daba la sensación de estar desocupada. El corazón me había comenzado a latir con fuerza desmesurada y mis miedos capturaron a mis orejas, haciendo que subieran de temperatura súbitamente.

—Según las señas que me dio usted, es aquella casa —me indicó—. ¿Quiere que llame a la puerta?

—No, está bien. Esperemos a que entre o salga alguien para cerciorarnos de que sigue perteneciendo a mi familia —le indiqué.

—Está bien, señorita, ¿le importa que me acerque a la taberna? Necesito, ya sabe..., y pegar un trago de algo.

—Sí, no se preocupe. Aguardaré aquí.

—Si algún malnacido se acerca al carro, grite.

—Descuide, lo haré.

Durante el rato en el que el chófer se ausentó, nadie cruzó el umbral. Se escuchaban voces que se asemejaban a murmullos desde fuera. Un impulso casi me hizo salir del vehículo y encarar mis temores, llamar a la puerta, pero el paso de un grupo de personas, con burros y trastos, me hizo cambiar de opinión. Sus rostros reflejaban cansancio, hambre y hastío. Llevaban ropajes ajados y sus pieles eran morenas, como la mía cuando había llegado a la capital. Incluso los chiquillos cargaban todo tipo de cacharos mientras correteaban divertidos en un juego imaginario que solo ellos comprendían. La presencia del moderno automóvil destacaba en aquella vía. Todos me miraban extrañados, intentando adivinar la identidad del ocupante, así como el motivo que habría llevado a alguien, con tal apariencia, por aquellos lares. El conductor regresó sin tener muy claro cuánto tiempo le haría permanecer allí. Seguramente era el servicio más extraño para el que le habían contratado nunca. Se sentó y comenzó a fumar un cigarrillo.

Tras una nueva espera, sin ningún movimiento en la casa, otro conjunto de individuos apareció, borroso, en el horizonte. Me afané en analizarlos con detenimiento, tras la cobarde ventanilla del coche. Algunos hombres iban tomando distintas direcciones al arribar al pueblo, despidiéndose con desgana de aquella jornada de trabajo. Todos ellos compartían el cansancio, el sudor de la faena en el campo sobre sus frentes, la frustración de quien labra mucho, pero recoge algo irrisorio.

Un hombre alto y moreno se separó del grupo y se dirigió a la puerta. Sus cabellos eran ondulados y sus ropas, una suma de prendas marchitas por la

acidez de la tierra y por heridas ya cicatrizadas. Parecía agotado, pese a que su figura denotase una enorme fortaleza física que hallaba su contraste en una cara que dejaba patente que no comía bien desde hacía tiempo. Esa cara... El corazón me palpó de forma acelerada. Intentaba mantener la calma. Era Juan. Era mi hermano. Pero del muchacho que recordaba solo quedaban ligeros rasgos faciales, ocultos por su barba oscura. Una mujer menuda salió a recibirlo. Lo besó con ternura. Llevaba un niño en brazos que no dejaba de llorar y gritar. Él le entregó algo en la mano que parecía el jornal. Ella, con semblante de preocupación, probablemente al descubrir las míseras perras, se dirigió de nuevo al interior de la vivienda. Juan, mi hermano, cogió al bebé para tranquilizarlo. Miraba hacia el horizonte al tiempo que mecía a su hijo con suavidad. Reparó, por un instante, en mi vehículo, quizá sorprendido por aquella inesperada presencia. Dio un paso al frente. Rápida, me escondí para que no me viera hasta que observé cómo, rendido, se iba hacia la puerta y desaparecía en el interior de mi antiguo hogar. Me quedé pensativa un momento. La miseria que había contemplado en todas aquellas gentes, en las caras anónimas que me había cruzado, era también la forma de vida de mis hermanos. No tenía derecho a irrumpir en sus vidas de aquel modo, con aquel vestido que doña Alicia me había cosido con las mejores telas, con aquellas medias de seda y aquella vida llena de opciones que a ellos se les había negado. Me odiarían. Estaba segura de que no me aceptarían. No así. Me asomé por la ventanilla y ordené al cochero que diéramos media vuelta.

Emprendimos el camino de regreso a Madrid con la esperanza de que la luz del día nos diera algo de tregua. Sin embargo, pronto nos detuvimos para descansar. Solo era una niña caprichosa que se había creído con el privilegio de llegar allí y exigir un amor del que no era merecedora. Aunque no hubiera sido mi decisión, sabía que no podría decirles, mirándoles a los ojos, que deseaba no haberme ido de allí. Daba gracias a Dios por haber sido la elegida para desquitarme de los piojos, del sudor del campo, del hambre, de la pobreza... Y aquel sentimiento me hizo sentir aún más mezquina. Apenas recuerdo las horas en las que, callada, estuve en el coche o en alcobas ajenas que subsistían en las márgenes del camino, en posadas sin nombre.

Cuando por fin llegamos al número 20 de la calle Villanueva, volví a sentirme en casa, aliviada. Don Santiago me analizó preocupado desde el landó. Pese a la imprudencia de mi actuación, no volvió a preguntarme por aquello, no curioseó acerca de lo que habían visto mis ojos. No le convenía.

Aunque supongo que también creyó, al ver mi gesto desencajado y agotado, que el choque con la realidad habría sido suficiente. Subí las escaleras de la entrada, derrotada. Mi madrina no se encontraba en la casona, como de costumbre. Doña Pilar, por su parte, se sorprendió por mi repentina vuelta. De mala gana, le indiqué que se nos había estropeado el coche a mitad de camino y habíamos tenido que regresar antes de tiempo. Tras esto, me encerré en mi cuarto. Me quité la capelina, los guantes, las medias, el vestido..., todo. Y aun sin todos aquellos adornos, no lograba sentirme próxima a la realidad que había contemplado. Me puse el camisón y me acerqué a Paquita, mi muñeca. La cogí y me recosté en la cama. Ella había sido mi verdadera infancia y era una peripecia absurda pretender hallar otra memoria distinta a esa.

En las semanas que siguieron a aquel escarceo, del que nadie supo, me volví más curiosa que nunca sobre el tema del campo. En la redacción, preguntaba a López y los demás. También intentaba sonsacar información a Francisco, que no comprendía mi interés por esos asuntos, o a don Ernesto, siempre bien informado. En una cena en nuestra casa, interrogué a los señores Ballester acerca de las condiciones de trabajo en las tierras que poseían en La Rioja, ante la mirada asesina de mi madrina, que no entendía por qué debía importunarlos con esas cuestiones. De todas aquellas conversaciones y pesquisas, extraje datos que me conmovieron. Al parecer, el salario no llegaba a las cinco pesetas en el caso de los hombres. Las mujeres, menos resistentes y, al parecer, menos útiles, tenían un jornal muy inferior. Todos ellos charlaban del enorme problema del hambre que azotaba los campos, sobre todo en Andalucía, tierra de latifundios, pero ninguno parecía estar dispuesto a encontrar una solución. «El problema de los campesinos es que todo lo solventan con huelgas y motines..., destruyendo cultivos...», sentenció don Amancio Ballester. De la población de esas tierras, casi el 70 por ciento no sabía ni leer ni escribir. No es que en la ciudad no hubiera penurias, pero me sobrecogía la idea de que aquellas familias, como la de Juan, estuvieran destinadas a trabajar de sol a sol, sin ningún tipo de comodidad ni servicios básicos ni futuro. También me preguntaba por el paradero del pequeño y travieso José Luis. Y de padre, quizá viejo y agotado.

«Las contradicciones en el Gobierno están aniquilando la capacidad de producción agrícola. Legislan sin pensar. Ahora pongo aranceles, ahora los quito..., y así siempre», me explicó Morales, docto en leyes y corrillos políticos. Todos aquellos datos, recogidos de aquí y de allá, fueron tomando forma de relato en mi cabeza.

Aquella noche iba a comenzar a plasmarlo en mi diario, pero tomé otra determinación. Sabía que la máquina de escribir del señor Ribadesella estaba en la sala de lectura, pues la había dejado allí para practicar mejor la mecanografía, aunque el periódico me había dado una notable soltura. Cogí una vela y salí de mi cuarto. Me deslicé por la galería hasta llegar a la sala contigua. Dejé la vela en la mesa para que me proporcionara la luz necesaria en mi tarea. Me mordí el labio y entrecerré los ojos, escogiendo el modo preciso en el que iniciar aquel escrito.

El transcurrir del tren

Así lo titulé. Acto seguido, todas aquellas reflexiones e indagaciones comenzaron a surgir de un modo misterioso, encajándose con coherencia y sentido. En ocasiones, repasaba y optaba por modificar alguna palabra. Entonces, volvía a comenzar desde el principio. Tenía todo mi ser volcado en la tarea, concentrado en relatar mis conclusiones sobre aquel problema que había secuestrado a España durante siglos. Sobre las diferencias. Sobre los contrastes. Sobre, ¿por qué no?, mi familia. Aquellas líneas decían mucho más de lo que parecía a simple vista. El sonido último de la máquina de escribir me llevó a agarrar la hoja de papel. La liberé y la leí con detenimiento. En el punto final encontré la satisfacción que necesitaba. Había logrado dibujar, en aquellos párrafos, mis frustraciones más profundas y mis hallazgos en relación a la enorme injusticia de las distinciones por sexo o clase social.

La conversación con Catalina acerca de estar lista para dar un paso hacia mi mayor anhelo, ser redactora, no me había abandonado en aquel año y medio. Un millar de veces había intentado dar el paso, pero siempre me echaba atrás. Con la visita a Fuente de Cantos a la espalda, fui consciente de que era el momento de mirar al futuro, pues el pasado no presentaba grandes expectativas para mí. Me acordé de lo que me dijo sobre firmar con un pseudónimo aquel día en San Ginés. De ese modo, nadie sabría que era yo.

Volví a poner el papel en la máquina de escribir. Pensé en hacer algún tipo de juego de palabras con mi nombre, pero me parecía demasiado arriesgado. Entonces, mis dedos teclearon con fuerza la decisión que aún no había tomado mi mente: Pedro Liébana. Era el nombre de aquel muchacho que había estado escondido en casa el año siguiente de llegar a Madrid. Un niño del que solo yo sabía el nombre. Me había acordado en numerosas ocasiones de él. Sin embargo, nada importaban ya nuestros juegos en el sótano. Un día, tiempo después de que se marchara, escuché a mi madrina decir a doña Pilar que, tras estar en nuestra casa, la infección en la herida se había extendido y no había logrado sobrevivir al viaje de vuelta con su familia. Después, le hizo jurar que nunca mencionaría ese asunto a nadie. Me estremecí al pensar en aquella dramática historia. Firmar con su nombre sería una buena forma de honrar nuestra corta pero intensa amistad.

Al día siguiente, sentada en mi escritorio de la redacción, esperé paciente a que llegasen los artículos de los colaboradores. Yo me encargaba de juntarlos y llevarlos al despacho de don Ernesto, así que metí mi artículo entre el resto de papeles. Ni el primero ni el último, para que no llamase su atención. Sabía que el director hacía la revisión a última hora de la tarde y que no regalaba a aquella tarea más que una lectura vaga y cansada. La señora Idiazábal ordenaba unos documentos.

—Niña, ¿no vas a darle los artículos a don Ernesto? Es para hoy —me espetó, sin dejar de mirar hacia abajo.

Me levanté de golpe y me dirigí, sin más rodeos, al despacho de don Ernesto. Como todos los días, pasé en silencio y coloqué las crónicas sobre su mesa.

—Elisa, un momento —me dijo.

—¿Sí, don Ernesto? —pregunté temerosa de ser descubierta.

—Mañana por la noche, vamos a dar una cena en casa por el cumpleaños de mi esposa. Algo sencillo. Nos complacería mucho que vinieras con don Francisco. Y díselo también a la señorita Folch. Es una muchacha muy agradable.

—Por supuesto. Se lo diré a ambos. Estoy segura de que estarán encantados de asistir, al igual que yo —contesté apurada.

—Perfecto. Y otra cosa...

—¿Sí?

—Mmm... No, nada. Se me ha olvidado. Puedes irte.

—De acuerdo, don Ernesto. Y muchas gracias por la invitación.

Regresé a mi sitio sin poder apartar de mí el miedo a que el director saliera, de sopetón, del despacho para preguntar por ese tal Pedro Liébana. Mi mejor baza era confiar en lo despistado que era don Ernesto en aquel tipo de labores rutinarias. Aun así, preparaba en silencio alguna explicación por si se percataba de que una de las firmas era desconocida para él. Pero no sucedió nada.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, no pude correr más en acicalarme y arreglarme. Llegué a la salita, antes incluso que mi madrina, y me hice con *El Demócrata* de aquel 9 de noviembre de 1921. Hacía poco, había conseguido que se sumara a la lista de periódicos que debía comprar doña Pilar. Lo abrí. En sus páginas aún quedaban resquicios del suceso de Annual, un episodio más de la interminable guerra de Marruecos que nos había sobrecogido a todos. Había ocurrido en julio, en una verdadera maniobra de crueldad de las tribus rifeñas, lideradas por Abd-el-Krim. Un asedio de diez días que había dejado más muertos que prisioneros. Todos habíamos asumido que las batallas eran lo que eran, pero en aquella tragedia había demasiados cabos sueltos, demasiado odio y muchas bajas de los jóvenes a los que se estaba llevando al frente desde hacía tiempo: sin recursos, hambrientos y sin experiencia militar. Aun habiendo pasado casi cuatro meses de aquello, las noticias se sumaban y las críticas sobre la precariedad de las tropas españolas allá en el norte de África, así como sobre una posible negligencia por parte de los altos cargos —concretamente del general Silvestre e incluso del rey— se escuchaban con más y más fuerza. Morales era el encargado de llevar aquel tema del que apenas llegaban datos claros. La única realidad era que la masacre se había cobrado la vida de hasta tres mil combatientes más los rehenes, de los que poco se sabía por el momento. Pasé, con mimo, las páginas centradas en ese tema y las que anunciaban las últimas decisiones del Gobierno. En aquella cuestión, también 1921 había sido un año complicado. En marzo, unos anarquistas habían matado al presidente don Eduardo Dato. Doña Pilar volvió a rezar entre susurros, cada cinco minutos, pidiendo a Dios que «el mundo dejara de volverse loco». Ante tal contratiempo, don Manuel Allendesalazar tomó el

relevo del Ejecutivo hasta agosto, momento en que Maura regresó al poder. Aquellos vaivenes no suponían ninguna garantía de estabilidad en nuestro país, que subsistía supeditado a los constantes cambios legislativos e ideológicos.

Mis ojos repasaron todas aquellas líneas y entonces lo vi: «El transcurrir del tren». ¡Era mi crónica! Don Ernesto la había colocado justo en la última página de temas políticos, junto a un artículo de Fernández. Sonreí. Mi madrina entró en la salita y me dio los buenos días de mala gana. Cogió el primer diario que encontró y comenzó a leerlo mientras se bebía su té de la mañana.

Aquel día en el periódico me sentí diferente. Había logrado colar uno de mis artículos, formar parte de ese sistema de letras, firmas y publicaciones al que pertenecían el resto. Aun con mi enorme excitación, seguía algo preocupada por si el director salía a hacer alguna pregunta.

Por la noche, Francisco nos vino a recoger a mi madrina y a mí para dirigirnos juntos a la cena a la que nos habían invitado don Ernesto y doña Cristina. En realidad, apenas había distancia entre nuestras viviendas, pero poder subirse al Panhard negro de Francisco era siempre un placer. Uno de los detalles que más me agradaban de mi novio era la capacidad que tenía para distraer a Manuela Montero. Enseguida se hacía con su atención y le procuraba todas aquellas lisonjas que ella esperaba escuchar. «Es usted un encanto, don Francisco», repetía ella, una y otra vez. Esto me daba el margen suficiente para abstraerme de los diálogos, para no percibir la presión de tener que simular que me interesaba cualquier aspecto relacionado con mi tía.

La casa de los señores Rodríguez de Aranda estaba situada en la calle de Lista. Era un palacete situado a pocos metros del de los señores March. Ambos compartían el estilo arquitectónico, aunque el de don Ernesto era algo menos pretencioso y un poco más reducido en tamaño. Los tejados de pizarra le conferían ese aire señorial que estaba adquiriendo el ensanche de Salamanca. El interior estaba decorado en estilo neorrococó con un gusto excepcional donde todo parecía maridar a la perfección. Las cortinas, los tapizados en las sillas, el mármol de las mesitas, la madera tallada del canterano de la salita, el chifonier de la entrada, todo. Guiados por la doncella que nos había abierto la puerta, llegamos al comedor. Las lámparas de araña, que colgaban de los techos altos y blancos, contemplaban desde arriba la larga mesa imperial, donde la vajilla de porcelana y la cubertería de plata

italiana esperaban ser usadas por los futuros comensales. La idea de «sencillez» de don Ernesto no era exactamente fiel a la definición misma del vocablo. Había reunido a varios amigos que, en un intento fallido de campechanía, se habían quedado en casi veinte invitados.

Saludamos y felicitamos a doña Cristina, que estaba resplandeciente con unos pendientes de diamantes que don Ernesto le había regalado aquella misma mañana. Cuando llegó el último de los asistentes, nos sentamos. Enseguida, el servicio fue sacando todos los manjares contenidos en el menú de cumpleaños de la señora Ribadesella. Catalina aún se quedaba impresionada con aquel flujo de platos, doncellas, gracias y «por favores». Aunque venía de buena familia, los señores Folch no se relacionaban con gente tan pudiente ni de gustos tan aristocráticos. En secreto, se burlaba de las manías absurdas que observaba en algunos de nuestros conocidos.

—Díganos, don Francisco, ¿cómo van sus planes de ampliación del negocio? —se interesó doña María Elena.

—Pues lo cierto es que hemos visitado a algunos posibles socios en Londres que nos pueden dar grandes sorpresas. Pero este tipo de gestiones suelen ser lentas. Al ser el banco de nuestra familia, ni mi hermano ni yo queremos ser imprudentes a la hora de tomar decisiones que atañan a su futuro.

—La verdad es que me resulta sentimental que hayan querido hacerse cargo del negocio familiar y estén buscando opciones para reforzarlo —opinó mi madrina.

—Bueno, doña Manuela, era lo propio. Usted conoció a mi padre, él también trabajó en el banco aun no siendo el heredero directo. ¿Qué podríamos haber hecho Luis y yo sino ocuparnos de ello incluso con más dedicación?

—Tiene toda la razón, las empresas familiares deben conservarse —indicó doña Concepción Segarra.

—Entiendo, entonces, que los futuros hijos de usted y la señorita Elisa serán los que mantengan el Banco de Crédito Rosales una nueva generación —planteó don Tomás.

Aquella suposición me sonó lejana, incierta y extraña. No era que no hubiera pensado en el hecho de ser madre, pero ¿tan pronto? ¿Estaría preparada para ello?

—Por supuesto. Nuestros muchachos serán los próximos —afirmó

Francisco, sin mirarme.

—Van a formar una familia deliciosa —señaló doña María Elena—. Puede estar orgullosa, doña Manuela. En menos que canta un gallo, lo mismo es abuela. Y he de decir que es maravilloso. Tomás y yo aún no podemos creernos que tengamos al pequeño Miguel entre nosotros.

—Es cierto, ¿cómo se encuentra Candela? —dije, agradeciendo el desvío en el coloquio sobre mi futura maternidad.

—Está hermosa. El embarazo le sentó bien, pero dar a luz le ha dado un brillo diferente en la mirada. El pequeño Miguel es un bebé precioso. Aunque qué puedo decir yo... —me respondió.

—¿Se imaginan? Pronto añadiremos bebés y niños correteando por aquí. Es fantástico —comentó doña Cristina, emocionada.

—Por cierto, he oído que ha comenzado a trabajar en una escuela, señorita Folch —recordó don Ernesto—. ¿Cómo le va?

—Sí, en efecto, don Ernesto. Aparte de ayudar en el Instituto-Escuela, estoy trabajando en el Centro Reformista del Distrito de la Inclusa, una pequeña escuela en uno de los barrios más deprimidos de la ciudad. La experiencia está siendo increíble y reveladora a partes iguales. Las niñas apenas saben contar hasta diez y nunca han leído un cuento por sí mismas. Allí les enseñamos a hacerlo y sus miradas de entusiasmo consiguen conquistarme día a día.

—Debe de ser una labor preciosa, señorita Folch —juzgó doña María Elena.

—Yo nunca le he encontrado el atractivo a educar a los hijos de los demás. Esas tareas se enseñan en casa de cada uno —remarcó mi madrina.

—El problema es que en casa de esos niños nadie les puede enseñar... Sus padres ni siquiera sabrían escribir sus nombres en un papel. En la escuela intentamos que aprendan algo útil hasta que tengan que ponerse a trabajar en la fábrica o en un taller —contó Catalina.

—Si van a trabajar allí, ¿para qué necesitan leer? —preguntó don Amancio.

—Para poder ser útiles, para informarse, para saber, y en el caso de los hombres, para decidir a quién votar sin dejarse embaucar por caciques y prestamistas. No creo que saber leer les pueda traer nada malo.

—He aquí el verdadero mal endémico de nuestra sociedad. Que todos esos analfabetos puedan votar. El malnacido de Sagasta no debió modificar lo que

estaba bien estipulado... Si no tienes propiedades y no tienes formación, no debes inmiscuirte en asuntos que no te competen. Así nos va... —dijo Francisco.

—Disculpe que le contradiga, don Francisco, pero si no se les dan los recursos para ser personas instruidas, solo estamos sesgando el voto a merced de quienes quieren controlar el país. En virtud del poderoso, del que puede escoger..., y así, solo se genera una espiral, sin retorno, por la que nadie puede progresar, solo caer más y más bajo —discutió Catalina.

—Es bien sabido que para que haya personas ricas, debe haber gente pobre, jovencita. Pronto lo descubrirá —aventuró doña María Elena.

En medio de aquel tenso debate, el teléfono comenzó a sonar. Don Ernesto, que, al igual que yo, no había querido intervenir en aquel cruce de opiniones, se levantó para atender la llamada. En su ausencia, continuó el templado litigio entre mi amiga y mi futuro prometido. No sabía que Francisco tuviera aquellas ideas trasnochadas acerca de los derechos, pero, por aquel entonces, preferí no darle importancia. Doña Cristina, dispuesta a no dejar las riendas de su cumpleaños a aquellos dos acalorados participantes de la conversación, nos comenzó a preguntar por Benedetta. Ella, doña Carmen, don Giancarlo y el pequeño Nicola habían viajado a Florencia para que la familia del señor De Lucca conociera al chiquillo. Don Ernesto regresó, acelerado por la charla que acababa de tener. Se sentó, pensativo, en la mesa.

—¿Está todo bien, querido? —le preguntó doña Cristina.

—Sí, todo bien. Es que hoy ha ocurrido algo extrañísimo. Desde por la mañana, el teléfono no ha dejado de sonar.

—¿Y eso por qué? ¿Ha ocurrido algo? —se interesó don Tomás.

—Me han llamado de varios diarios, algunos colaboradores y amigos. Después, en el café, también me han hecho el mismo comentario. Me han dado la enhorabuena por una de las crónicas que ha salido hoy en *El Demócrata*. Al principio pensaba que se trataba de algún artículo de los que escribe Fernández en sus días buenos, pero después me han dicho el nombre del articulista y no lo he reconocido. Al llegar a la redacción, he cogido uno de los ejemplares y he podido comprobar lo que me decían. —Se quedó callado un segundo—. Vas a tener razón con lo de que cada vez veo peor, querida Cristina. Ayer lo debí de tener en mis manos y ni me percaté de que era una firma nueva.

De golpe, me atraganté con el agua que estaba bebiendo.

—Siempre tan despistado... —murmuró su esposa con ternura.

—¿De quién se trata? —se interesó mi madrina.

—Un tal... Pedro Liébana.

Escuchaba mis latidos en las orejas, en primera línea. Casi había olvidado aquel tema.

—No lo conozco —respondió don Amancio, bastante habitual en círculos intelectuales diversos.

—Sí, disculpe, don Ernesto. No se lo habíamos comentado. Ha sido culpa nuestra. Don Pedro Liébana es un buen amigo de los padres de Catalina.

Catalina me miró como si se me hubiera desenroscado una tuerca en el cerebro. Intentaba que le diera más información con la mirada, pero todos me observaban y debía ser eficiente y verosímil. Con tal de que fuera mi cómplice, aun sin más datos que los que me iba inventando sobre la marcha, le propiné una patada por debajo de la mesa.

—¡Au! Por supuesto, sí, olvidé decírselo, don Ernesto.

—Catalina vino ayer al periódico y me dejó la crónica del señor Liébana para que se la diera a usted. Es un prometedor articulista de Barcelona y quiere participar de forma habitual en *El Demócrata*, si le parece bien. La última vez que la familia de Catalina vino a Madrid les hablé de su periódico y me sugirieron que sería un excelente colaborador.

—Eso mismo iba a decir yo. Sí, eso, eso dijeron mis padres —sentenció mi amiga, confundida.

—Les comenté que podía mandar algún escrito para que usted lo valorara, así que ellos se lo transmitieron y, bueno, él se lo hizo llegar a Catalina. Espero que no sea ningún contratiempo...

—¿Cómo no me va a parecer bien? Los lectores y la competencia están fascinados con su crónica. Y debo decir que yo también he quedado embelesado con ella —contestó entusiasmado.

—Y ¿de qué trata, don Ernesto? No nos deje en ascuas a los que no hemos tenido ocasión de leerla —pidió Francisco.

—Es una impecable crítica a la cuestión del campo utilizando como hilo conductor un viaje en tren. Es sentida y a su vez interesante. Pero tiene una manera de opinar un tanto ácida en el trasfondo de las líneas. Todos los que se han puesto en contacto conmigo han acertado en decir que hacía tiempo que el periódico no contaba con artículos de esa calidad.

Tenía ganas de gritar de alegría, de subirme a la silla y saltar. Pero Elisa

Montero no había escrito aquel exitoso artículo y debía comportarme como tal.

—No veo el momento de poder leerlo —confesó doña Cristina.

—Fantástico, fabuloso. ¿Y cómo dice que lo conocieron sus padres, señorita Folch? —curioseó don Ernesto.

Mi cómplice arqueó las cejas en un burdo intento por ganar algo de tiempo. Se aclaró la voz, tras pegar un trago a la copa del vino de las bodegas de los Ballester que se había descorchado para la ocasión.

—Del Ateneo. Mi padre es socio y el señor Liébana también. Coincidieron en una de las reuniones y se hicieron amigos —contestó en un excelente ejemplo de improvisación.

—Interesante... Desconocía que su padre se moviese por esos círculos —dijo pensativo don Ernesto.

—Por supuesto, le puedo asegurar que es alguien de confianza. No le hubiera dejado su crónica en el periódico si no creyera que puede ser una firma sólida para su plantilla —remató Catalina—. De hecho, aunque de momento solo ha participado en periódicos locales, *La Vanguardia* se ha interesado en él. Es cuestión de tiempo que lo incluyan en su equipo de redacción.

—De ninguna manera. Tiene que seguir escribiendo para *El Demócrata*. ¿Tiene usted sus señas para poder ponerme en contacto con él?

Catalina dudó un instante, así que salí en su rescate. A fin de cuentas era mi embuste.

—No, bueno, según me comentó Catalina, es un hombre sin residencia fija. Nunca se sabe muy bien dónde va a estar. Va allí donde está la actualidad. Quizá en Barcelona o en Córdoba o en Madrid o en Casablanca. Imposible saberlo...

—No obstante, al ser mi padre un buen amigo suyo, puede darme a mí la carta que quiera hacerle llegar y yo se la enviaré a mi padre. Haré lo mismo con la contestación, si le parece bien. Creo que es el modo más sencillo de que puedan establecer este primer contacto —propuso mi amiga interrumpiéndome.

—Bueno, preferiría poder reunirme con él en persona o telefonarlo, pero si me dice que no hay otra forma... Está bien. Mañana venga a la redacción a primera hora y le entregaré la misiva.

—Estos periodistas románticos, siempre dando tumbos por el mundo. ¿No

es emocionante? —opinó doña Concepción.

—Son los nuevos literatos, pero su novela se escribe día a día —comentó don Tomás.

—Es una profesión muy dura, don Ernesto. Sin estabilidad, siempre al filo de la noticia. No es un mundo al que yo quisiera pertenecer —juzgó mi madrina.

—Hay que ver cómo cambian las opiniones con el tiempo... —señaló don Ernesto, con el consiguiente codazo de doña Cristina.

Me detuve un momento en aquel instante. Los secretos sobre mi madrina siempre habían revoloteado en nuestra casa. Yo apenas conocía nada de su vida ni de parte de sus amistades, menos aún cuando era niña. Sin embargo, algo me decía que Manuela Montero no era todo lo que aparentaba ser y que en aquella cara redondeada con ojos pequeños y en aquellos rizos amontonados en su perenne moño se escondían incógnitas que nunca nadie había osado despejar.

—Disculpad, ¿que habéis hecho qué? —exclamó Benedetta.

Acompañábamos a nuestra amiga, recién llegada de Italia, a llevar a reparar un reloj que le había regalado su abuelo a la relojería Carlos Coppel, en la calle Fuencarral. Por el camino, e intentando no dramatizar demasiado, le explicamos la existencia de aquel redactor imaginario, amigo íntimo del señor Folch. Le expliqué que siempre había querido escribir, pero que ni mi madrina ni don Ernesto ni Francisco lo apoyarían por el momento. Aquello iba a servir para demostrarles que podía hacerlo. Benedetta dudó del éxito de aquel plan que habíamos elaborado en su ausencia y temió las posibles repercusiones si mi tía llegaba a enterarse.

—Con un poco de suerte, para entonces, ya seré la esposa de don Francisco de las Heras y Rosales —respondí.

Les pedí a ambas que juraran su silencio. Catalina, emocionada, me prometió *ipso facto* que así sería, pero Benedetta titubeó un instante.

—De acuerdo, no diré nada. Pero luego no quiero que me digas que no te advertí de los riesgos que conlleva toda esta farsa que habéis montado entre las dos.

—Relájate, Benedetta. No es para tanto. Además, te informo de que,

oficialmente, el articulista Pedro Liébana va a recibir un salario de cien pesetas por sus servicios a *El Demócrata* —le contó Catalina.

—¿De veras?

—Sí, mi primer sueldo. Es increíble lo rápido que funciona todo cuando tienes identidad masculina —opiné.

Y era cierto. Gracias a aquellos primeros ahorros, pude devolver el dinero que me había prestado Catalina para mi secreto viaje a Fuente de Cantos. El pretexto de la amistad entre Pedro Liébana y señor Folch nos sirvió para que don Ernesto me entregara los cheques que Catalina debía enviar a su padre con el sueldo del primero. Lógicamente, aquellos sobres no viajaban más allá de debajo de mi colchón. Para las comunicaciones entre el director y su nuevo colaborador, Pedro Liébana recomendó en su primera carta que sería él quien se pondría en contacto con el director de forma constante para mantenerle actualizado de su situación.

Caminábamos por la calle de Alcalá, con sus cafés en los bajos de imponentes edificios. No era raro ver, por aquellas terrazas, a don Ramón del Valle-Inclán y a otros famosos autores, fumando y bebiendo de tazas prestadas, simbólico agarre al mundo real. Eran alrededor de las seis de la tarde de aquel soleado pero gélido sábado de noviembre.

—Lo que no te he preguntado, Elisa, es el porqué de ese nombre. ¿Quién es Pedro Liébana? —indagó Catalina.

—Bueno, es alguien que conocí una vez, hace mucho, mucho tiempo. Un buen recuerdo de cuando era niña... Pero él murió muy joven. Creo que es una especie de conmemoración a un chiquillo que no pudo apenas vivir. Quizá, juntos, tengamos un gran porvenir —les conté.

—Estoy segura de que ese nombre te traerá suerte. Esto no ha hecho más que empezar.

A partir de aquel momento, mis días pasaban entre los requerimientos de mi madrina, mis jornadas en el periódico, mis compromisos con Francisco — cuando no estaba de viaje— y mis noches en vela escribiendo con la antigua máquina del señor Ribadesella. El nuevo colaborador de *El Demócrata* había firmado un contrato por el que se comprometía a entregar un artículo cada tres días. Para mi sorpresa, la firma de Pedro Liébana se hizo, rápidamente, un hueco en el periódico. No podía decirse que López, Morales, Fernández y Simón le tuvieran en gran estima, puesto que su valor residía en la pérdida creciente de creatividad y dedicación de aquellos cuatro. No obstante, eran

los primeros en reconocer que había sido un buen reclutamiento en las horas más bajas del diario, en peligro de perder anunciantes en los últimos meses. Con todo, las críticas negativas también llegaron. Algunos señalaban mis crónicas como demasiado literarias, poco prácticas y nada realistas. Podía ser. Pero era innegable que me dejaba la piel en cada uno de mis artículos. En aquellos primeros meses, escribí acerca de la educación, de las nuevas reformas del Gobierno, de teatro, de cine e incluso más adelante me atreví con el caso Annual cuando se publicó el expediente Picasso en abril de 1922, un tema que tenía secuestrada mi curiosidad. ¿Había podido ser un error de los altos cargos del Ejército, ocultado para mantener la poca buena prensa que le quedaba a Alfonso XIII? Aquellos escritos me obligaban a leer más, a estar informada, a investigar... Era un desafío constante que me permitía crecer, saber y opinar. Devoré las obras del señor Ortega y Gasset, descubrí a don Eugenio D'Ors e historiadores como don Américo Castro. Leí con atención los artículos costumbristas de don Pedro de Répide sobre la ciudad de Madrid, los de don Luis de Oteyza, los de la ya veterana Colombine o los de las firmas más laureadas como las de Azorín, don Pío Baroja o del controvertido don Miguel de Unamuno. Todos ellos me servían de mentores inconscientes, me marcaban los pasos que debía seguir en aquella fina línea que me separaba del más rotundo de los fracasos.

Con toda aquella avalancha de actividades ni siquiera había encontrado tiempo de plasmar mis inquietudes en mi diario. Cuando lo abrí, me di cuenta de que la última página narraba mi determinación de ir a Fuente de Cantos. Me estremecí. Regresar, aunque fuera en una especie de retorcida ensoñación, a aquella calle de tierra y deterioradas viviendas, me entristeció. Por propio egoísmo, o en un afán altruista que solo yo podía explicar, había cerrado aquel capítulo de mi vida. Tan solo, de vez en cuando, sobresalía en alguna conversación con Francisco, quien ansiaba conocer más acerca de una niñez que yo iba borrando con cada vivencia presente. En el fondo, me avergonzaba de mi origen. Me había percatado al pisar aquella paupérrima villa con tanta miseria enquistada en sus habitantes, moribundos de deseos, deseosos de muerte. Porque aquella vida no era tal, era una supervivencia indigna que a nadie más le importaba. Escuchar historias sobre la infancia de mi pretendiente, de la mano de él y de la señora Rosales, que nació rodeado de chequeras, billetes y porvenires plenos de felicidad, me impedía compartir lo que yo había experimentado en mis primeros años. Sorteaba sus preguntas,

con maña, hasta que caía atrapada en un callejón sin salida del que solo lograba escapar con patrañas y mentiras. En otras ocasiones, allá estaba mi madrina para destacar la falta total de educación con la que había llegado a su casa, pero sin hacer mención a los fantasmas de la familia puesto que salpicaban al apellido que, muy a su pesar, compartíamos las dos. Y es que aunque Manuela Montero lo negara, en sus cada vez más habituales encuentros con doña Asunción, se comportaba como si debiera demostrar que nuestro abolengo era igual o más destacado que el de mi futuro prometido.

El Retiro estaba más bello que nunca en primavera. Los jardines recogían todas las esencias florales y vegetales que habían dormitado durante el invierno. La gente acompañaba el ánimo con refrigerios variados, comprados en algún aguaducho, al son de la banda de música. Aquel día, acudimos al homenaje que la banda municipal daba a don Jerónimo Giménez y el maestro don Tomás Bretón en el templete de música. Por allí pasaban numerosos músicos que amenizaban la *soirée* a los madrileños. Me gustaban aquellas melodías amables que guardaban esa pizca decimonónica, presente en las partituras populares de aquellos dos artistas. Con el fin de cada actuación, aplaudíamos a la espera de que una inédita dosis de viento y cuerda, mágicamente ensamblados en una comunión artística, nos dejase atónitos. Catalina simulaba que tocaba un violín imaginario. Las demás nos reíamos hasta ser regañadas por alguna pareja que solo admitía el sonido que exhalaban los instrumentos de la orquesta.

—Ojalá supiera tocar el violín —nos contó Catalina—. Mi máximo don es ponerme el pie en el cogote.

—No creo que eso tenga muchas aplicaciones en la vida —opiné.

—Bueno, hace poco leí que «vivimos oprimidos por nuestro ser en potencia, que esclaviza a nuestro ser en acto aun cuando creemos que no lo está haciendo» —me respondió burlona—. ¿De quién era aquel artículo? ¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo. ¡Pedro Liébana!

—¡Chsss! —chistó la mujer que se sentaba delante de nosotras.

—Pedro Liébana, *madame*. Si no lo ha leído, se lo recomiendo —le susurró la irreverente de Catalina.

—Muy aguda —dije sarcásticamente.

—Nuestra querida Catalina es su mayor lectora. Y he de reconocer que, por primera vez, yo también leo el periódico —admitió Benedetta y se colocó su *cloche* de color verde.

—Tenemos que ser testigos del éxito de nuestro querido Pedro. ¿Quién mejor que nosotras para leer sus populares crónicas? —opinó Catalina.

—Y es cierto cuando decís que son conocidas. No bromeo cuando digo que en la universidad ya he escuchado a varios compañeros comentar sus artículos —intervino la señorita Henderson, con un delicado acento norteamericano.

La señorita Agnes Henderson era una de las últimas incorporaciones en nuestras reuniones. Era una de las becadas por la Junta de Ampliación de Estudios para estudiar durante dos años en España y hospedarse en la Residencia de María de Maeztu. Había llegado en enero desde Northampton, en Massachusetts, donde estudiaba Derecho en el prestigioso Smith College, una universidad, según nos contó, exclusivamente para mujeres. La señorita Henderson procedía de Filadelfia, donde su familia estaba afincada desde que emigró de Escocia a mediados del siglo XIX. Desde su llegada, sus relatos acerca de la realidad en los Estados Unidos y su carácter desenfadado nos habían engatusado a todas, especialmente a Catalina. Entre las singularidades que nos tenían anonadadas estaba el hecho de que, por ejemplo, la señorita Agnes conducía. Y practicaba con un coche en propiedad, para más inri. No imaginaba poder tener acceso a ese placer ni a sostener las riendas de mi destino con tal firmeza. Al parecer, le habían dado el antiguo Ford T de su padre para que se distrajera, pero aquella dulce muchacha de ojos oceánicos había convertido el automóvil en su mejor compañero.

A raíz de nuestros coloquios, fui consciente de la bipolaridad moral que caracterizaba la maquinaria estadounidense. Por un lado, tenían una veterana Constitución que les reconocía amplios derechos y libertades, pero, por otro, esa misma carta magna prohibía y censuraba, como la recientemente aprobada Ley Seca. La señorita Agnes nos había relatado que se debía al terrible problema del alcoholismo que azotaba el país con desgarradora fuerza, pero ella misma lo presentaba como una solución «demasiado extrema». Como venía señalando, a esas férreas normas se sumaba la creciente libertad en los modales y las formas. Allí, las mujeres denominadas *flappers* —a las que yo sospechaba que terminaría perteneciendo la señorita Henderson— pasaban los días y las noches al margen de la rectitud

protocolaria tradicional. Fumaban, vestían con ropajes más propios de los hombres, acudían a salones de baile solas y reivindicaban una posteridad alejada del matrimonio y la descendencia. Para mí, era toda una provocación que, no obstante, hacía mía en mi soledad, sin jueces testigos. Y es que en los Estados Unidos cualquier cosa era posible y la señorita Henderson encarnaba ese ser en potencia que me asfixiaba, aun cuando escribía en su contra —en aquel artículo recitado por Catalina— como Pedro Liébana.

Incluso nos había asegurado que allí las mujeres podían votar desde hacía dos años. Tiempo atrás, aquello no me habría importado pues, como toda mujer, me consideraba inculta e inexperta en esos asuntos. Siempre parecía que los hombres sabían más, pero que Dios les hubiera dado voces más roncacas y potentes no significaba que estas tuvieran que silenciar las nuestras, pacientes y certeras. Me resultaba excitante la posibilidad de poder formar parte de esa entelequia por la que podría dar mi opinión más allá de la teoría, por la que se me permitiría participar en la decisión común de los ciudadanos. Pero aquello era una utopía. En España, no se nos formaba ni educaba como para ser capaces de intervenir en la vida pública de ese modo.

El periódico estaba revolucionado aquella mañana. López se había ido a Barcelona para cubrir la Exposición Internacional del Automóvil, que celebraba en aquellos días sus primeras jornadas en la Ciudad Condal. Los asuntos en la redacción habían mejorado en los últimos meses, por lo que, de forma puntual, don Ernesto permitía costear viajes de prensa como aquel. Mal estaba incidir en que la aparición de Pedro Liébana había tenido bastante que ver con la recuperación de *El Demócrata*. No es que las ventas dependieran de los artículos que yo escribía de forma encubierta, pero la presencia de un nuevo periodista de éxito había generado que los redactores veteranos volvieran de su estancia en la luna de Valencia. Aun así, López seguía siendo López y aunque sus crónicas no defraudaban, los cables que nos llegaban desde Barcelona eran bastante escuetos y dejaban patente la alternancia de sus labores periodísticas con ratos de esparcimiento que su mujer y don Ernesto desaprobarían.

Con todo, el director de *El Demócrata* llevaba meses sin salir de su despacho, con un enfado de mil demonios, escupiendo reproches y críticas

por debajo de su bigote. Lo había sustituido por una insistencia preocupante por conocer al virtuoso señor Liébana. Como sabía que yo era buena amiga de Catalina, siempre andaba dejándome recados para ella, intentando una y otra vez hacerse con algún modo de conversar con él directamente. Yo, presa del pánico, comenzaba a sudar mientras tejía una nueva excusa para maquillar la realidad. No obstante, con el paso del tiempo, me di cuenta de que la paciencia del señor Rodríguez de Aranda se estaba marchitando. De poco le servían las extensas cartas que le escribía por las noches, simulando que era aquel redactor con alma aventurera, relatando historias que jamás habían ocurrido en lugares en los que nunca había estado.

—Elisa, ¿podrías darle esta nota a la señorita Folch de mi parte? —me pidió don Ernesto a su paso por delante de mi escritorio—. Dígame que me corre algo de prisa, así que sería oportuno que se lo comunicara a su padre con un cable.

—Por supuesto, don Ernesto. ¿Ha sucedido algo con el señor Liébana? —respondí, haciendo gala de mis dotes interpretativas.

—No, nada nuevo. Solo quiero cerrar una cita con él —me explicó.

—¿Aún no ha logrado coincidir con él? —Alcé una ceja en un conato por reprimir mi terror.

—No. Y estoy empezando a hartarme de su esquividad. Debería ser un poco más considerado con quién paga su nómina a fin de mes.

—Bueno, don Ernesto, usted ya sabe que estos reporteros siempre andan de aquí para allá.

—Sí, pero el señor Liébana escribe crónicas sobre asuntos de la capital de un modo tan visual que dudo que no haya pisado Madrid en todo este tiempo. ¿Acaso no tiene teléfono o dos piernas para venir a visitarnos?

—Tenga paciencia; al final, él cumple siempre con los plazos y los tiempos. Y es más profesional que muchos de los que vienen aquí diariamente. ¿No es así?

—Sí, eso es cierto... En fin, tú dale mi carta a la señorita Folch, ¿de acuerdo?

—No lo dude, don Ernesto. Así lo haré.

Al final de mi jornada, tras dejar a un agobiado Simón transcribiendo lo que López le dictaba por teléfono acerca de aquella feria de coches de motor, bajé veloz por las escaleras. Sin apenas saludar a don Santiago, me metí en el landó y abrí la nota que don Ernesto me había entregado. Comencé a leer.

Estimado señor Liébana:

Le informo de que la semana del 5 de junio, con motivo del final de la II Exposición Internacional del Automóvil, estaré en Barcelona para reunirme con algunos posibles anunciantes. Según me comunicó en una de sus cartas, usted tenía intención de regresar a Barcelona a finales del mes de mayo. Me preguntaba si podríamos, entonces, tener una reunión distendida para conocerlo personalmente. Quedo a la espera de su confirmación para cerrar el encuentro.

Le saluda afectuosamente,
Don Ernesto Rodríguez de Aranda.

Era cierto que, hacía unas semanas, había indicado que regresaría a Barcelona, desconociendo por completo que don Ernesto viajaría allí.

—Don Santiago, cambio de planes. Lléveme al 30 de la calle Fortuny.

Cuando llegamos delante de la residencia de Catalina, abrí la puerta con convicción y, antes de bajarme, le pedí:

—Deme un par de horas y vuelva a por mí.

Don Santiago, discreto como siempre con mis peticiones sin sentido, asintió y se marchó. Avancé por el coqueto jardín, que coronaba aquella zona de la residencia donde algunas muchachas paseaban y leían bajo los últimos rayos de sol del día. Saludé a la señorita Henderson, que charlaba con otras compañeras, sentada en las escaleras, y pregunté por Catalina. Me indicaron que estaba en su cuarto. Al llegar a su habitación, di dos suaves golpecitos en su puerta y, enseguida, me abrió.

—Elisa, ¿qué haces aquí?

—Tenemos un problema —dije con tono misterioso mientras entraba sin permiso.

—¿De qué se trata?

Extendí la mano con la carta apesada entre los dedos. La cogió y leyó. Después me miró esperando que alguna solución tomase forma con mi siguiente frase.

—Esto es insostenible, Catalina. Van a terminar descubriendo todo —lamenté abrumada.

—Bueno, sabíamos que esto no iba a ser fácil. ¿Acaso es justo rendirse

cuando llegan las dificultades? ¿Cuándo has dejado de luchar ante la adversidad desde que llegaste a Madrid?

No respondí. En el fondo, sabía que me había dejado vencer en muchos frentes, pero preferí callar.

—Es sencillo. Don Ernesto necesita alguna prueba de que Pedro Liébana existe y se la vamos a dar.

—¿Cómo, Catalina? ¡No existe! ¡No es real! ¡Es un maldito personaje inventado que terminará por hacerme desaparecer!

—¿Quieres tranquilizarte? Ahora mismo tienes toda la razón, Pedro Liébana no es nadie. Con esta actitud, no. Pero cuando logras tomar las riendas de tu destino, Pedro existe en ti, es una parte de tu personalidad que nadie ha dejado que exteriorices. Es la parte menos legítima de ti misma, lo que la sociedad no admite. Pedro eres tú, Elisa. Y tienes que darle una pequeña muestra a don Ernesto de que Pedro existe si no quieres renunciar a él, si no quieres renunciar a ti.

Me quedé extasiada mirando todos aquellos libros que mi amiga almacenaba en su estantería de madera de pino. Ella sí que era digna de aquellas palabras, pero yo tan solo era una chiquilla que había tenido la suerte de caer en las manos de una de las mujeres más influyentes de la capital, aunque fuera terriblemente fría. Tan solo era una niña muerta de miedo ante su propia artimaña. Cogió mi mano, que sudaba por el miedo y la tensión.

—No puedo permitir que me descubran, Catalina. Esto es demasiado importante para mí.

—Lo sé. Y no lo van a hacer. Debemos demostrar que somos más inteligentes que los convencionalismos del mundo en que vivimos.

—Y ¿qué propones?

—Es sencillo. Don Ernesto y Pedro Liébana no pueden coincidir en Barcelona.

—De ningún modo... —enfaticé.

—De acuerdo. ¿Recuerdas dónde le indicaste que estarías antes de tu regreso?

—Sí, voy anotando todos los movimientos para no caer en incoherencias. Pedro ha estado en Lisboa unas semanas por un reportaje que está haciendo acerca de la primera travesía en avión por el Atlántico Sur. Le conté que iba a entrevistar a las familias y compañeros de los dos oficiales a bordo.

—¿De veras? ¿Y cómo conseguirás escribir esos reportajes si no has

estado allí?

—Si no puedo obtener información desde Madrid, le digo que aún no he podido terminarlo o que me ha fallado alguna fuente clave. La cuestión es mantener entretenido a don Ernesto para que no sospeche.

—Está bien, ya solventaremos eso más adelante. Ahora lo importante es que Pedro Liébana no haya salido de Lisboa. No va a regresar a Barcelona. ¿Entendido?

—¿Y no pensará que es extraño?

—No, porque ahí es donde interviene un nuevo componente en toda esta historia. Vas a llamarlo por teléfono y se lo dirás personalmente —me indicó Catalina, concentrada.

—¿Yo? Pero ¡si reconocerá mi voz! No puedo hacer eso, es imposible que funcione.

—Elisa, ¿quieres seguir escribiendo o prefieres pasarte los días encerrada en la casa de tu madrina?

Medité un instante.

—¿Y qué debo decirle?

Cuando salí de la residencia, tenía toda la información dando tumbos por mi cabeza. Al día siguiente, me esperaba un importante cometido y no había lugar para titubeos.

Durante la cena, mi madrina comentó y criticó un millar de detalles que se conocían sobre la boda de la señorita Trinidad Gabaldón con Tomás José Salamanca-Trillo, también acerca del último viaje de los señores Ballester y me comunicó que, pronto, visitaríamos a doña Alicia para que me confeccionase un nuevo vestido. Sus opiniones flotaron por la sala de estar sin que nadie recogiese el testigo de sus ácidos juicios. Cuando terminamos, me retiré a mi cuarto en busca de una soledad necesaria en aquellas horas. Me tumbé en la cama y releí la nota de don Ernesto. Lo que de verdad deseaba hacer, con todas mis fuerzas, era decirle a todo el mundo que aquel prometedor articulista no era nadie más que yo. Sí, Elisa Montero. Pero no sucedió así.

Aquel viernes trascurrió deprisa, casi volando, entre los encargos que me hacían doña Carmen y don Alberto Villarroy. Don Ernesto se pasó toda la

tarde recibiendo a vendedores de máquinas de escribir, pues quería renovar las que había en la redacción. De fondo, se oían las discusiones telefónicas entre López y Simón:

—Neumático, chico, te he dicho neumático, no reumático —se escuchaba gritar desesperado al pobre López.

—Pues hable usted más claro, don Ramón. No se le oye bien con este trasto —se quejaba el otro.

—Simón, hijo, no hace falta que grites, te va a terminar por escuchar sin ayuda del auricular —le pidió Morales.

—Perdone —respondió el aprendiz—, deletréeme eso de «neumático», don Ramón, pero despacio, que se aturulla.

—¿Que me aturullo? ¿Yo? ¡Si llevo una hora para dictarte dos párrafos! Maldito botarate.

—Vaya par... Está claro que no pueden vivir el uno sin el otro —señaló Morales.

—Un poquito de silencio, por favor. Se me está ocurriendo una idea para mi novela —intervino Fernández.

—Fernández, cuando dices novela, ¿quieres decir trilogía, en realidad? Porque con tanta idea que apuntas no sé cómo no has publicado una serie entera de libros.

—Cállate, Morales. Que se me escapa la inspiración.

Me reí, cómplice de esas riñas infantiles que caracterizaban a aquellos redactores. Cuando hube finalizado mis labores de secretariado, regresé a casa de mi madrina. Por allí solo se encontraban doña Pilar y don Severiano, cumplimentando sus respectivas obligaciones. Me fui a mi habitación, donde ensayé un millar de veces lo que debía decir. A las siete y media en punto, sonó el timbre de la puerta. Nerviosa, cogí mi sombrero y bajé las escaleras para reunirme con Catalina.

—Señorita Folch, cuánto tiempo, ¿qué tal le va? —le decía doña Pilar mientras yo arribaba al vestíbulo.

—Es cierto, doña Pilar. Muy bien, algo agobiada por los exámenes, pero muy bien —respondía mi amiga.

—Esta mañana en el metropolitano he visto a una mujer que era igual a doña Pilar. Casi saludo por error —me contaba alegre Catalina ya en la calle.

—¿Cómo puedes estar tan relajada? —pregunté.

—Vamos, Elisa. No te va a reconocer... Si te pones nerviosa, cometerás

errores. Y eso lo complicará todo.

—No puedo hacerlo, me conoce desde hace muchos años. Sabrá que soy yo —dije mientras frenaba mis pasos y hacía el amago de dar media vuelta.

—Elisa Montero, deja de comportarte como una cría —me pidió mi amiga—. Si te sientes más cómoda, llamaré yo...

—No, no, esto es responsabilidad mía. Bastante te he implicado ya. Telefonaré yo.

Al llegar al locutorio de la central telefónica que se había inaugurado en la calle Hermosilla casi cinco años atrás, mi corazón inició un bucle de latidos que casi logró que me desmayase. Era un edificio imponente, con enormes ventanales y una robusta barandilla coronando su azotea. En el interior, sonidos y timbres acompañaban a las charlas que algunos parroquianos estaban manteniendo, gracias a aquel singular invento, el teléfono. Catalina, creyendo que así me tranquilizaría, comenzó a relatarme la historia de una buena amiga de su madre que había trabajado como telefonista durante los últimos años, hasta que la tuberculosis la había matado. «Bonita historia», pensé. Nos acercamos a uno de los teléfonos y abrí el papel donde tenía apuntado el código de casa de los señores Rodríguez de Aranda. Catalina me detuvo un momento, puso su mano en mi barbilla y me instó a que me relajara. «Va a salir bien», me aseguró. Sonreí forzosamente y me dispuse a llamar, colocando el micrófono, cubierto por un pañuelo, cerca de la boca. Mis labios color carmín habían modulado trescientos tipos de tono de voz hasta dar con el que debía utilizar para resultar creíble. Miré una última vez a mi amiga y, entonces, don Ernesto descolgó su teléfono.

—¿Sí? ¿Dígame?

—Buenas noches, ¿hablo con don Ernesto Rodríguez de Aranda? —pregunté con una voz ronca y grave.

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Buenas noches, don Ernesto. Habla con Pedro Liébana —contesté y tosí.

—¡Don Pedro! ¡Qué sorpresa! Es un placer poder conversar con usted por vez primera. ¿Cómo se encuentra?

—El placer es mío, don Ernesto. Siento que haya sido tan complicado dar conmigo estos meses atrás, pero, ya sabe, al estar de un lado a otro cubriendo historias —recité de memoria.

—No se preocupe. Los que trabajamos en el gremio periodístico sabemos cómo funciona esto. Lo importante es que podamos charlar de una vez por

todas. Justo ayer le entregué una carta a la señorita Folch para anunciarle que me dispongo a viajar a Barcelona. De hecho, en un par de días tomo el tren. ¿Cree que podremos fijar una reunión para conocernos personalmente la semana del 5 de junio?

—¿No me diga? Menudo contratiempo... Pues lo cierto es que voy a tener que quedarme unos días más en Portugal debido a una gripe que me está haciendo pasar en cama la mitad de los días.

—¿De veras? Pero ¿se encuentra usted bien?

—Sí, sí, solo estoy algo debilitado por las fiebres, pero mi intención es regresar cuanto antes. No obstante, para no condicionar su apretada agenda, le propongo que, al llegar a Barcelona, volvamos a hablar para fijar un posible encuentro, quizá en Madrid —expliqué, luchando porque el tono de mi voz no cambiara.

—Estupendo, así lo haremos, don Pedro. De todos modos, me alegra haber podido hablar al fin con usted. Me sentía algo incómodo teniendo a alguien en plantilla con el que ni siquiera había tenido una conversación.

—Lo entiendo, don Ernesto. Tiene toda la razón. Yo me sentiría igual. Aunque he de pedirle paciencia con mis circunstancias. En cuanto tenga una residencia estable, todo será más sencillo, delo por seguro.

—Eso espero, hijo, es más difícil dar con usted que con don Cristóbal Colón.

—Le doy mi palabra.

—Recupérese pronto y espero su llamada la próxima semana.

—De acuerdo, don Ernesto. Muchas gracias, ha sido un placer.

—El placer ha sido mío. Un saludo. Buenas noches.

—Buenas noches. Adiós.

Colgué. Catalina había escuchado todo aquel diálogo que nosotras mismas habíamos confeccionado la noche anterior. ¡Lo habíamos logrado! Don Ernesto no había dudado de mis palabras ni de la identidad de su interlocutor. La cita en Barcelona se había esfumado y, con ella, todos los problemas que conllevaba. En cuanto a nuestra propuesta de fijar una reunión en Madrid, habíamos procurado darnos el suficiente margen para hallar a algún muchacho que se hiciera pasar por Pedro Liébana.

Llevaba algunos días sintiendo que necesitaba consejo y consuelo espiritual acerca de mis últimas andanzas. Las mentiras y el resentimiento se habían asentado en mi vida, convirtiéndose en compañeros más habituales de lo que la buena moral prescribía. Sin embargo, eran mis herramientas de supervivencia por el momento, pese a que no me sintiera, en absoluto, orgullosa de emplearlas. Aproveché aquella mañana de sábado de principios de julio, algo fresca para el mes en el que nos encontrábamos, para ir a la iglesia de San José, donde siempre había acudido junto con mi madrina. Abrí sus puertas, dejando que el olor a cera y humedad calara en mis huesos. Enseguida localicé al padre Cristóbal, que releía su homilía desde el rosáceo y marmolado púlpito. Esperé a que terminara, dejándome llevar por la suntuosidad del templo. Las figuras de los arcos, las imágenes decorando las paredes y aquel techo abovedado de detalles dorados y altura próxima a la divinidad me cautivaron lentamente. Mis ojos siempre se mostraban incapaces de recorrer todos los rincones de aquella iglesia. Era como si detrás de cada esquina hubiera más secretos artísticos y arquitectónicos por desvelar, como si el rompecabezas de la propia existencia humana se hallara oculto tras cada uno de los frescos, de las pechinas, de las arcadas de medio punto, de las lámparas, de las esculturas y de las capillas que custodiaban el altar mayor. El padre Cristóbal bajó del púlpito y se acercó a donde yo aguardaba.

—Señorita Elisa, buenos días. Qué extraño verla aquí tan temprano un sábado.

—Buenos días, padre. He venido a confesarme. No sé si tendrá usted un ratito...

—Por supuesto, joven. Siempre es buen momento para aproximarse al Señor.

Caminamos hasta uno de los confesionarios mientras el padre Cristóbal me preguntaba por Francisco y por su ausencia el último domingo. Le expliqué que estaba en un viaje de negocios, pero que estaba segura de que nos acompañaría durante la próxima misa. Me acomodé y esperé a que me diera la señal para iniciar aquel examen de conciencia.

—Verá, padre, últimamente noto que he cambiado mucho. No me reconozco en algunas de mis acciones —comencé en voz baja.

—¿Se refiere a un cambio a mejor o a peor?

—Es lo que no sé... ¿Cree usted que es malo querer olvidar el pasado y

luchar por un futuro distinto al que está establecido?

—Señorita Elisa, olvidar, al igual que huir, nunca es apropiado. Porque, al hacerlo, estamos evitando enfrentarnos a lo que tememos. Jesucristo no evitó sus temores, los encaró con valentía. Y es en él en quien debe inspirarse.

—Lo sé, padre. Pero a veces duele demasiado y también lastima a los demás. Durante mucho tiempo creí que debía regresar con mi familia a Fuente de Cantos, que debía, por lo menos, visitarlos... Pero hace poco tiempo descubrí que eso solo les haría mal, que me odiarían por haber tenido más opciones que ellos. No quiero que me rechacen, no soportaría que no me quisieran, pero puedo tolerar que me olviden.

—Y de nuevo el olvido, señorita Elisa. Borrar a las personas y las acciones no es el camino correcto. Es el más sencillo, pero no el correcto.

—¿Y de qué me sirve hacer siempre lo correcto? Al final, me veo cumpliendo los designios que otros han marcado para mí.

—Quizá las personas que le rodean están ayudándola a que no se equivoque, gracias a su experiencia.

El padre Cristóbal era buen amigo de mi madrina. Al parecer, casi medio Madrid lograba hallar la simpatía en aquella mujer, algo que a mí no dejaba de asombrarme. Su estrecha relación frenó la exhaustividad de mi relato para no comprometer mis secretos.

—Pero hay ocasiones en que uno sabe algo, en que uno siente de forma intensa que debe dar un paso importante, aunque parezca que caerá al vacío sin remedio. ¿Qué se hace entonces con ese presentimiento, con ese deseo?

—Señorita Elisa, si siguiéramos todos los impulsos que nos dicta nuestro cuerpo, todas esas corazonadas, nos habríamos quedado estancados en el hedonismo. Su fuerza interior es muy grande, pero debe saber bien hacia dónde dirigirla. Y me temo que si ello le ha traído hasta el confesionario, no debe de estar muy orgullosa de sus actos impulsivos.

—No se confunda, padre. No he venido por arrepentimiento, he acudido en busca de consejo. No me gustaría que pensara que me dedico a contravenir las normas —mentí, fingiéndome ofendida.

—Y no lo creo, señorita Elisa. Estoy seguro de que sabrá cuál es el sendero del Señor y no se alejará de él.

Tras un rato de oración para redimirme de todos los pecados de obra y pensamiento que había cometido en los últimos tiempos, me dispuse a marcharme. Antes de cruzar el umbral, recibí una última reprimenda del

padre Cristóbal:

—Y por cierto, señorita Elisa, a ver si en las próximas ocasiones, la señorita Benedetta y usted están más atentas a la homilía. No sé qué se traen entre manos, pero siempre andan distraídas.

—¿Te ha dicho eso el padre Cristóbal? ¡Qué vergüenza! —respondió Benedetta.

Estábamos sentadas en el café Regina, donde era habitual ver a artistas, intelectuales y toreros. Aquel lugar se había puesto bastante de moda entre nuestras amistades, pero Benedetta y yo jamás habíamos ido allí a tomar el té. Catalina y la señorita Henderson se habían empeñado en llevarnos. Benedetta aceptaba de buen gusto las propuestas de Catalina, sobre todo si servían para sacar de quicio a su padre, pero las supuestas originalidades de la señorita Henderson aún la desconcertaban.

—Es magnífico este café. En Estados Unidos no tenemos terrazas tan agradables. *Of course* en New York hay algunas, pero no en Pennsylvania... Hace demasiado frío. Me gusta la temperatura de Madrid —comentó la señorita Agnes.

—Me encantaría poder ir allí, viajar por los Estados Unidos visitando Nueva York, Washington y ¡Hollywood! Conocer a Rodolfo Valentino, a Charles Chaplin o Buster Keaton —dije emocionada.

—Ya sabéis que podéis venir a mi casa cuando deseéis —nos invitó la señorita Henderson.

—Te tomo la palabra, querida Agnes. No dudes de que iré a visitarte —aseguró Catalina.

—Pues a mí los Estados Unidos no me generan ningún tipo de interés. En Italia tenemos mucha más riqueza artística e intelectual —espetó Benedetta.

—Y ese es otro lugar que moriría por ver con mis propios ojos —afirmé mientras daba un sorbo a mi té.

—Pues tienes suerte de tener una buena amiga que puede enseñártelo —señaló la señorita Agnes para enterrar el hacha de guerra con Benedetta.

—Por supuesto —añadió la otra.

Nuestra charla quedó interrumpida por el paso de un pequeño grupo de chicos que saludaron a Catalina y a la señorita Henderson. Continuaron la

marcha, animados, comentando algún tipo de ocurrencia que los mantenía entretenidos en su paseo.

—Son compañeros de la Residencia de Estudiantes —nos explicó Catalina.

Por entonces, sus identidades aún estaban ocultas en sueños que no se habían tornado realidad, sus nombres eran solo nombres, sus caras eran desconocidas y todas sus obras estaban aún por escribir, pintar, filmar, pensar. Tiempo después, pronunciar Luis Buñuel o Federico García Lorca no sería un conjunto de letras vacías, sino sellos, marcas de una intelectualidad surrealista, de una generación dorada, de una poesía rota por una cruda realidad que se acercaría con el tiempo. Pero aquella tarde de julio, solo fueron caras sonrientes que se alejaron hasta perder la definición que les confirió su cercanía a su paso por la terraza y que quedó arrebatada por el fluir de su camino hacia la Puerta del Sol.

—En nuestra última excursión al Escorial, el señorito Buñuel me comentó que le gusta escribir. Me dijo que ha publicado algunos cuentos y poesías en revistas literarias. Tengo que hacerme con una para ver si es tan bueno como dicen sus amigos —contó la señorita Agnes.

—Qué distinta es su vida a la nuestra —opiné, dirigiéndome a Benedetta.

—Sí, son hombres. ¿Qué esperabas?

—Os equivocáis, las mujeres también podemos hacer lo que nos propongamos. Los tiempos están cambiando —dijo Catalina.

—No estoy tan segura de ello —respondí, algo preocupada por los desvelos que me estaba originando el escribir bajo un pseudónimo.

—Estoy de acuerdo con Catalina. Desde hace más de cincuenta años, si no más, las mujeres hemos sido capaces de romper barreras. Mirad *Joan of Arc*. Cinco siglos atrás y se la sigue recordando.

—Esos son cuentos para dormir, señorita Henderson —objetó Benedetta.

—No, hablo de verdad. Hay numerosos casos de mujeres que lucharon por hacer lo que querían. El último que se conoce es el de la británica Mrs. Dorothy Lawrence. No mucha gente conoce la historia, pero Mrs. Lawrence publicó un escrito, hace un par de años o tres, en el que contaba cómo se hizo pasar por soldado durante la Gran Guerra. Ella se creó una identidad nueva. Se llamaba..., ahora no recuerdo bien el nombre... Era *something like* Phillips..., Scott..., ¡Smith! Se hacía llamar Mr. Smith para poder acompañar a las tropas a las trincheras y ser reportera de guerra.

—Dudo que esa aventura terminase bien —valoró Benedetta.

—Suenan a que la mataron —me aventuré a decir.

—No, no, *darling*. Ella está viva. Al principio, creyeron que era una espía y la encerraron en un convento, pero la liberaron. Censuraron su libro, como podréis imaginar, pero ha logrado que hoy, aquí en Madrid, estemos hablando sobre su historia —juzgó la señorita Agnes.

—Sería increíble poder conocerla —pensé en voz alta.

—De todos modos, ahora que lo pienso, no es preciso irse muy lejos para hallar a mujeres que se hicieron pasar por hombres. La misma doña Concepción Arenal tuvo que usar ropas masculinas para poder asistir a la universidad —añadió Catalina.

—Definitivamente hay mujeres que no conocen los límites —murmuró Benedetta, incrédula.

En el camino de vuelta a casa con Benedetta, en el coche de los señores De Lucca, atendí a lo que la calle me contaba. Observé a los hombres, caminando en solitario por las aceras ardientes de la ciudad. Me fijé en la libertad que los envolvía. Las pesquisas de Catalina y mías, con puntual ayuda de Benedetta, para descubrir a un actor que se hiciera pasar por Pedro Liébana, habían sido infructuosas. Los intérpretes que podíamos permitirnos eran incapaces de comprender su cometido y mezclaban, en su intento por parecer eruditos, vocablos propios de tiempos de Pepe Botella con otros de la jerga del Madrid más humilde. Además, otro de los inconvenientes era que yo me negaba a dar más información de la exclusivamente precisa por miedo a que se fueran de la lengua. Así, durante unas semanas más, volvimos a la técnica de escabullirnos mediante cartas tardías y conversaciones telefónicas que conseguían apaciguar las dudas de don Ernesto por el momento. Pero aquella situación era inestable y si no actuábamos con rapidez, corríamos el riesgo de que nos estallase cual cargamento de pólvora. En mitad de mi tanteo, opté por hacer cómplice a mi amiga de una idea incipiente mediante nuestro código de signos.

—No, no, Elisa. Es una locura —respondió ella.

Desoí su advertencia, aunque no me precipité en mi decisión. En los siguientes días, me dediqué a observar, con detenimiento, a todos los hombres que me rodeaban, que no eran pocos. Cambié mis parloteos con doña Pilar por entrevistas en profundidad al paciente don Severiano, al que perseguía por toda la casona. En la redacción, comencé a aproximarme un poco más a Simón, menos astuto que el resto de periodistas. Francisco

también se volvió víctima de mis investigaciones. En nuestras reuniones, cenas y bailes analizaba de forma detallada el modo en el que se movía, conversaba, reía, fumaba, bebía, bailaba.

No se podía decir que mi relación con él no fuera viento en popa. Todas nuestras amistades repetían la buena pareja que hacíamos y yo, en silencio, me iba convenciendo de que mi temple tendría sus frutos. Francisco combinaba a la perfección dos facetas: por un lado, la de hombre de negocios, por la que debíamos separarnos en los festejos aunque yo lo mirara, de soslayo, siempre que tenía ocasión; por otro, la de hombre enamorado que me agasajaba, una y otra vez, y me hacía cómplice de sus desvelos por mí y mi juvenil atractivo. Y es que, aunque eran muchas las mujeres que osaban acercarse a él para intentar captar su atención, Francisco solo tenía ojos para mí, algo que me aseguraba en nuestros escasos ratos de intimidad. Esa situación me hacía sentir poderosa, única, exclusiva. Ser su esposa solo acrecentaría esos sentimientos.

Estaba transcribiendo un manuscrito que nos había mandado uno de los colaboradores para publicar en la próxima edición de *El Demócrata*. Las letras se iban ordenando con maña en el folio. Había perfeccionado mi mecanografía gracias a la cantidad de artículos que tenía que entregar en nombre de Pedro Liébana. En medio de un ensimismamiento que solo lograba proporcionarme la escritura, también en mis confesiones nocturnas a mi diario, don Ernesto salió de pronto de su despacho.

—Elisa, querida, ¿podrías pedirle a la señorita Folch el teléfono del señor Liébana? Ayer llamé a centralita para que me facilitasen su número de Barcelona, porque se me olvidó comentarle un asunto, y la telefonista, una muchacha toledana la mar de simpática, no encontró ni rastro de él.

Empalidecí.

—Eso es que llama desde alguna cabina —dijo doña Carmen.

—Sí, sí, es probable. Pero ayer me dijo que se encontraba ya en su casa de Barcelona, que me telefoneaba desde allí. El pobre muchacho lleva un mes de mil demonios —nos contó don Ernesto.

—De todos modos, se lo pediré, don Ernesto. A ver si Catalina nos puede aclarar las dudas —propuse, lamentando lo bocazas que había sido.

—Perfecto. Tráemelo al despacho cuando te hagas con él, si es que tiene teléfono en su casa.

—Sí, don Ernesto.

La imagen de aquella jovencita toledana intentando hallar el número inexistente de aquel personaje inventado me desconcentró por completo. A duras penas pude completar, de un modo digno, aquel texto. No podía continuar así. Me asomé para repasar, uno por uno, a todos los redactores. Imité sus poses y gestos en mis pensamientos y me colé entre aquellas mesas y sillas, creyéndome una más en el periódico, mimetizándome con aquellos escritores, literatos de caducidad diaria. Pedro Liébana tenía que comenzar a hacerse real.

Aquella tarde, me reuní con Benedetta y Catalina en casa. Cerramos la puerta de mi habitación a cal y canto, aprovechando la ausencia de mi madrina durante varias horas. Doña Pilar, que insistió en que merendásemos «a la fresca en el jardín», se convenció de que preferíamos ensayar nuestra actuación coral para la próxima misa de la Paloma. No era lo más habitual el recibir a las visitas en mi alcoba, pero para aquella empresa necesitábamos grandes dosis de intimidad. Mis amigas habían traído material para trabajar mi identidad masculina. Benedetta había conseguido ropas de su hermano Andrea, que había dejado olvidadas en su última visita a la ciudad.

—No las echará de menos, es un desastre —aseguró mi amiga—, aunque sigo pensando que esto es un error —añadió.

Catalina me defendió:

—Pues yo creo que es una magnífica idea. Situaciones desesperadas exigen medidas urgentes y ahora mismo no tenemos opción para el miedo o la indecisión —opinó.

Ella, por otro lado, había comprado una peluca, un bigote falso y unas lentes que, con suerte, tapparían gran parte de mi rostro para hacerme irreconocible ante don Ernesto. Me desnudé por completo, apartando mi ropa interior femenina y enfundándome en los calzones, que esperaba hubieran sido desinfectados por la doncella de los De Lucca. Mis pechos, que debían desaparecer, quedaron ocultos tras las bandas *velpeau* que había conseguido Catalina.

—Au, me haces daño —me quejé, ante la firmeza con la que mi amiga daba la vuelta a mi torso.

—Lo siento, pero no puede notarse nada, Elisa.

Cuando mi feminidad casi se había evaporado en su totalidad, me puse los ásperos pantalones y apreté el cinturón al máximo. Después la camisa y el chaleco. Con la corbata me ayudó Catalina, quien solía ayudar a su padre de

pequeña. Yo jamás había visto al mío con una. La chaqueta, de anchas solapas, completó el conjunto, además de los calcetines que se asomaban por debajo del pantalón. Acto seguido, llegamos al cabello. Mi corta melena se ocultó bajo la peluca, aunque enseguida me di cuenta de que el picor no sería mi aliado en aquella aventura. Tras colocarme el bigote postizo y las lentes, me contemplé en el espejo de pie de mi habitación. Catalina y Benedetta admiraron orgullosas el resultado de su trabajo.

—Dios santísimo, no pareces tú —exclamó Benedetta.

—Pedro Liébana, bienvenido a Madrid —dijo Catalina.

Seguía allí de pie. Sin embargo, no me sentía parte de la imagen que reflejaba mi espejo. Era una persona nueva, distinta, un hombre joven con semblante triste, que me miraba a los ojos, esperando que le diera vida con mi primera palabra. Me coloqué mejor el bigote, posponiendo un poco más mi reacción sonora, y respiré hondo.

—Es increíble —opiné.

—¿Cómo te sientes, Elisa? —preguntó Benedetta.

—Extraña —contesté—. Habéis hecho una magnífica labor.

Una lágrima resbaló por mi mejilla hasta quedar atrapada en aquellos cabellos artificiales que decoraban mi labio superior.

—¿Qué te ocurre? —se preocupó Catalina y ambas se acercaron.

Sin añadir nada más, las abracé. Me sentía dichosa por tener como amigas a dos mujeres como ellas, que me querían y aceptaban como era, con mis miedos, mis deseos y mis locuras.

—De acuerdo, Elisa. Ahora que tenemos lo de fuera, es importante que practiquemos tu modo de actuar. Es preciso que comprendas que eres un hombre y que eso supone regirse por otras normas.

—Entendido.

—El primer paso es la forma de caminar. Tiene que ser decidida y masculina.

Asentí, nada convencida de mis capacidades para imitar los movimientos varoniles. Aun así, nos pusimos a practicar cómo ocultar la forma en la que había caminado desde que era niña. Los «ponte recta», «cierra las piernas», «tienes que flotar», «muévete con elegancia» que había clamado mi madrina desde que llegué a Madrid, ahora se habían convertido en los «encórvate un poco», «abre un poco las piernas», «tienes que dar pasos firmes», «muévete con chulería» de Catalina. Poco a poco, fui perfeccionando mi estilo,

aunando todos aquellos matices que había detectado en mis observaciones a Francisco, don Severiano, don Ernesto, Morales, López, Simón..., etcétera. Cuando hubimos zanjado el tema de los andares, nos pusimos manos a la obra con el tono de voz. Catalina me recordó que, según habíamos acordado, Pedro Liébana tenía una voz grave y algo rasgada.

—No puedes modificar su voz, es la única seña distintiva que don Ernesto tiene de Liébana —me indicó.

—Hola, buenos días, don Ernesto. ¿Cómo está usted? —probé.

—Necesito un tono más grave.

—Sí, Elisa. Así parece un eunuco —intervino Benedetta.

—Hola, buenos días, don Ernesto. ¿Cómo está usted?

—No sesees tanto. En Barcelona no seseamos así —se quejó Catalina.

—Hola, buenos días, don Ernesto. ¿Cómo está usted?

—Mejor... Yo rasgaría un poco más la voz. Así será más difícil que te reconozcan —dijo Benedetta.

—Hola, buenos días, don Ernesto. ¿Cómo está usted?

—Muy bien. Ahora tienes que intentar que los gestos te acompañen. Pedro Liébana es un hombre seguro, de mundo, pero su juventud también lo condiciona. Así que debes ser resuelto, pero aprovechar tu propia dulzura.

—Eso es muy complicado, Catalina —opiné.

—Venga, prueba.

Pasamos las horas allí recluidas, ensayando la personalidad, la historia, las muecas, los gestos e incluso los silencios de aquel personaje que habíamos creado entre las tres. El plan era sencillo: aprovecharía mi estancia de unos días en la capital para visitar a don Ernesto y a mis compañeros en *El Demócrata*. De ese modo, el director del periódico quedaría satisfecho y yo podría mantener con vida a mi *alter ego* periodístico. Para ello, Elisa no podía acudir al periódico la mañana en la que Pedro Liébana visitara a don Ernesto, una treta con la que Benedetta me iba a ayudar. Se haría pasar por mí y se quedaría en mi cama hasta que yo llegase, simulando un fuerte dolor de estómago que yo comunicaría a primera hora a mi madrina. Así, podría responder a doña Pilar o a mi madrina si me ofrecían leche o caldo durante el día. Éramos conscientes de que nuestra estratagema tenía puntos débiles, pero con nuestros recursos era el único modo de lograr mi propósito.

Segunda parte
Pedro Liébana

Capítulo 5

A las seis y media de la mañana, abrí los ojos. No podía conciliar el sueño. El teléfono del locutorio resonaba por toda la casona. «¿Por qué nadie coge el teléfono?», pensé. Pero no podía ser. En la casa no teníamos teléfono. Me incorporé, confundida, para tratar de adivinar de dónde procedía aquel fastidioso timbre. Me puse el batín y las zapatillas. Hacía frío. Me entregué a la oscuridad de una noche en calma que, sin embargo, se iluminaba de pronto por algún que otro relámpago. Fui bajando las escaleras hasta el vestíbulo, aquellos veinticinco peldaños, y contemplé lo que me rodeaba. Se escuchaban voces en el despacho de mi madrina, una disputa. Todo era demasiado familiar, pero... ¿aquel teléfono? Entonces, caí en la cuenta de que tampoco se encontraba en aquel piso. El sótano. No bajaba desde hacía años, desde que tuve que esconderme en aquel armario para evitar que me cazaran en mis visitas al niño herido. El timbre seguía sonando, ahora con más fuerza que nunca. Al fondo del todo, aquella puerta, umbral de buenos recuerdos y tristeza a partes iguales. Paré. El ruido procedía de dentro. Me aventuré por el estrecho pasillo, perdiendo en el tránsito mi capacidad para respirar y mi osadía. Estaba asustada. Abrí la puerta con cuidado, oyendo cómo rechinaba, hasta que vi todo el cuartucho. Era más pequeño de lo que lo recordaba. Pero, espera... La cama estaba ocupada. Arqueeé las cejas y empecé a respirar entrecortadamente. Me aproximé, pero temía despertar a quien fuera que durmiese. Fijé la vista un poco más. El gesto de terror en mi cara se acrecentó al percatarme de que quien yacía allí era yo. Yo, con apenas siete años, soñando plácidamente. Recordaba aquellas trenzas que solía llevar, mi pelo con ondulaciones, mis mejillas sonrosadas, mis manitas finas... Entonces, un último timbre sonó más cerca que antes, justo detrás de mí. El sobresalto hizo que me girara, hallando la cara del niño, de Pedro Liébana, a quien había robado el nombre.

—¡No! —exclamé.

Miré a los lados. Estaba sola. Y en mi cuarto. El sudor corría por mi frente. Me quedé extasiada, tratando de recuperar el control sobre mis pulmones y, ya de paso, de mi corazón. Había sido una pesadilla.

—Es normal que te haya sucedido eso, Elisa. Es la presión —me tranquilizó Benedetta cuando llegó para cubrirme.

—¿Te ha visto alguien?

—No, no me ha visto nadie.

—Perfecto. Recuerda, doña Pilar suele venir cada dos horas cuando estoy enferma. Lo importante es que no se acerque a la cama, no puede ver tu rostro. Invéntate cualquier excusa, pero que no se aproxime.

—De acuerdo. Pero ¿y tu madrina? Es la que más me preocupa.

—Mi madrina suele estar fuera todo el día, pero hoy vendrá a comer a la casona. Normalmente suele llegar a las dos y media. Intentaré llegar antes, pero si no, tendrás que ser más convincente con ella, no se va a contentar con cualquier evasiva.

—Tú llega antes, Elisa. Por favor. No me veo capacitada para sortear el afán inquisitorio de doña Manuela.

—Lo haré, no te preocupes.

Se acercó y me colocó la corbata.

—Muy apuesto, don Pedro —contestó alegre.

Sonreí, aunque mis dudas me aprisionaban el gástrico y dificultaban mi serenidad. Lancé una última mirada a aquel joven que habitaba en mi espejo. No quedaba ni un ápice de mis curvas, habían quedado enterradas bajo las bandas *velpeau*, los calzones, la camisa, el chaleco y el traje de chaqueta de *tweed* marrón de Andrea de Lucca. También se había evaporado la elegancia con la que me gustaba pasear, diseñada por la aguja de doña Alicia; ahora mi figura estaba compuesta por ropas de tejidos rugosos y patrones rectos. Mis mejillas apenas sobresalían entre el vello facial y mis manos se perdían en grandes bolsillos con solapa que guardaban a buen recaudo mi cobardía y mi identidad. Los demás verían a un joven, pero yo todavía me sentía desnuda, con mi piel perdida entre costuras masculinas.

Me coloqué el bombín de fieltro grisáceo y me dirigí a la puerta. Abrí con suma cautela y me asomé. No había nadie. Debía llegar hasta la sala de lectura. Desde allí, bajaría por la enredadera de la pared trasera de la casona hasta dar al jardín, a la zona del balcón, donde nunca paseaba nadie y que, además, quedaba oculta de la calle y de las principales salas de la vivienda.

Benedetta me dio un último abrazo y me deseó suerte. Cerré. A hurtadillas, rogando al cielo que nadie fuera testigo de aquellos pasos, fui avanzando hasta la sala contigua y tuve cuidado de que nadie me pescara por la indiscreta galería. Me colé, jugándole un pulso a la suerte, sin mirar si alguien se había percatado de mi presencia. Cuando me vi en aquella biblioteca, escoltada por todas aquellas estanterías plagadas de historias, sabiduría y polvo, respiré hondo. Ya estaba dentro. Recuperé el aliento en un segundo y fijé la vista en la ventana por la que debía salir. En mi imaginación, la distancia hasta el suelo del jardín no era tanta... Fruncí el ceño, tratando de tejer una nueva vía de evacuación. Nada. Sacudí mis brazos, cubiertos por aquellas capas de ropa masculina, me sequé el sudor de la frente, causado por la peluca, y me decidí a bajar. No obstante, en el exacto instante en que apartaba la espesa cortina para disponerme a huir, alguien abrió la puerta. Me envolví en el cortinaje, rezando para no ser descubierta. Me quedé inmóvil, oculta tras aquella pesada tela brocada. Un suave ruidito, acolchado y a veces mudo, acompañaba unas pisadas que acariciaban el suelo. «Cuando clava mi moreno sus ojazos en los míos, *to* mi cuerpo se me enciende y se me pierde el *sentío...*», comenzó a cantar de sopetón.

Era doña Pilar. Limpiaba con un trapo las estanterías y los muebles, mientras deleitaba a un auditorio imaginario con un recital que a mí, por lo pronto, me estaba dejando sin habla. Movía su trasero por la estancia, creyéndose la nueva diva de la zarzuela y, en una vuelta, casi se estampa contra una silla. Las carcajadas se acumulaban tras las comisuras de mis labios. Doña Pilar continuaba, ajena a que su público era, en esta ocasión, más real que lo que su mente era capaz de idear.

Su entusiasmo fue en aumento con el avance de la canción hasta el *ay* final, totalmente fuera de los dominios del pentagrama, y que terminó con un aullido de don Severiano: «¡Cállese de una vez, por Dios, doña Pilar, me está deshaciendo los tímpanos, mujer!». Ella, digna y ofendida, terminó: «Y así se ven en el mundo, las desgracias que se ven» y, como si fuera el broche a su función, cerró la puerta de la sala de lectura y se marchó. Sacudí la cabeza, devolviéndome a la realidad. Menuda era doña Pilar. Siempre tan alegre. En el fondo, lamentaba tener que dejarla al margen de aquel secreto cuando jamás me había fallado, pero no podía arriesgarme a que su lealtad a mi madrina me destapase ni me perdonaría comprometer su empleo.

Abrí la ventana. Los metros hasta el césped se me antojaban el doble de los

dibujados en mi memoria. «Está bien, Elisa. Tú puedes», me repetí en un silencio que solo yo escuchaba. Pasé al otro lado, más cerca del abismo en todos los sentidos. Fijé uno de los pies en uno de los nudos de la enredadera y fui bajando, ayudándome de las irregularidades del muro. Notaba cómo la incertidumbre de mis pasos asfixiaba las posibilidades de salir ilesa de aquella brillante idea que había tenido. Controlé mis temores y fui agarrando, con determinación, cada relieve, esperanza renovada que me concedía el continuar bajando. Tuve un ligero traspie en el tramo intermedio, pero alcancé el ansiado suelo. Me dieron unas ganas terribles de besarlo. Totalmente pegada a la pared, recorrí el jardín hasta dar con la enorme puerta de entrada, allá donde Francisco me daba las buenas noches con «te quiero» interrumpidos por la luna. Crucé como un relámpago la verja, dejando atrás las posibilidades de que alguien me identificara.

Cuando hube llegado a la calle Villanueva, a su acera, inicié mi recorrido hasta el periódico. Entonces, una sensación extraña me invadió. Volteé la cabeza hacia ambos lados. Nada. Caminaba, sí. Como siempre antes. Un pie delante y otro detrás. Las piernas más separadas, no hacía falta que fuera recta, con aire varonil, pero el resto era igual. O no. Andaba sola. Y no ocurría nada. Nadie me miraba sorprendido; mi madrina no me recriminaba la indecencia por la espalda; no era a causa de una huida inesperada, como aquella noche en la que corté mis cabellos; no debía pedir disculpas ni sentir miedo. Di una vuelta entera. Andaba sola. Y, por muy disparatado que pudiera parecer, no, no ocurría nada. Proseguí, ahora más consciente que nunca de mi nueva identidad. Aun con todo, seguía sintiendo una suerte de intimidación al mirar de frente a los hombres o mostrarme demasiado expuesta. Sentía miedo ante aquella novedosa situación. Las bocinas alocadas de los coches de motor se entremezclaban con el repiqueteo de las espuelas. Las doncellas hacían los recados de la mañana, agarrando con fiereza sus cestas de mimbre, a la caza de productos a buen precio en los que gastar el parné y los hombres de negocios fumaban puros en los cafés que, desde las encrucijadas en chaflán, divisaban cada esquina de la calle Velázquez. Los árboles funcionaban como sombrillas naturales para proteger a las damas del sol, que cuchicheaban los últimos chismes y compartían sus adquisiciones más recientes en las exquisitas tiendas de la avenida del Conde de Peñalver. Y yo, en medio de todo aquel gentío, desconocido habitante de la ciudad al que nunca habían visto. Moverme por aquellas avenidas fue sencillo, no era

un gran reto. Fue la confrontación con el portal de *El Demócrata* lo que cortó mis alas y elevó el grado de mis titubeos. El portero, don Casimiro, me observó de un modo similar a la primera vez que llegué a la redacción, con indiferencia y un punto de molestia. Obvié preguntarle por el piso, respetando su paz matutina, así que le indiqué que me dirigía a la segunda planta y me encaminé al ascensor, a la espera de que él presionara el botón. Al intentar cerrar la puertecilla, alguien frenó su acto. Alcé la vista, pasmada, y vi cómo López entraba también. Reconoció la planta a la que me dirigía y, ni corto ni perezoso, se interesó por mi persona.

—¿Va a *El Demócrata*? —preguntó con ligera sorpresa.

Primera prueba. «Respira hondo, Elisa, respira. Voz ronca, voz ronca».

—Sí, en efecto. Allí me dirijo —respondí escuetamente.

—Ramón López, redactor de asuntos de sociedad. Un placer. —Se presentó con una mezcla confusa de amabilidad y brusquedad.

—Oh, encantado. Quiero decir, un placer también. Usted es el de las crónicas taurinas, ¿no?

—El mismo. Aunque también escribo sobre asuntos teatrales y otros divertimentos. Usted ya sabe... A veces los temas le escogen a uno, no uno a los temas.

—Por supuesto —respondí.

—¿Y usted es? —trató de averiguar.

—Oh, por supuesto, eh..., Pedro, Pedro Liébana.

—¿Que me cuelguen! ¿Es eso cierto?

Un golpe en la espalda, con nula delicadeza, enfatizó el asombro de López.

—Lo es, lo es —dije encorvándome por miedo a recibir otro cate.

—Verá qué alegría en la redacción. Don Ernesto se va a quedar a cuadros.

Abrió la puertecilla y salimos al descansillo, al tiempo que él me contaba cómo, en la redacción, habían hecho una porra para ver cuánto tardaba don Ernesto en despedirme si no aparecía por allí.

—¡Compañeros! ¡Compañeros! Se ha hecho de rogar, pero aquí está. Os presento al señor Pedro Liébana —vociferó.

Aquel conjunto de hombres, los mismos con los que día a día compartía horas y riñas de don Ernesto, me contempló de una forma extraña, distinta. Interrumpieron sus noticias, pidieron permiso a sus reportajes, hicieron un inciso en su prosa y comenzaron a aplaudir con arrojo. La emoción se palpaba en el ambiente o, al menos, yo así lo notaba.

Era una sensación surrealista, inexplicable con palabras. Todos me felicitaban por mi labor de aquellos meses, sin saber que había estado muy cerca en todo momento. El ruido y las risas, las preguntas a las que respondía de forma abrupta, sobresaltaron al director que enseguida salió a la redacción para ver:

—¿Qué diantres está pasando?!

Morales asomó su cabecita de cuatro cabellos mal colocados y le informó:

—Es don Pedro Liébana, don Ernesto.

La cara del señor Rodríguez de Aranda se transformó. Dibujó una amplia sonrisa y se aproximó hasta donde yo me encontraba, inmersa en un círculo humano que no dejaba de lanzarme cuestiones acerca de mis últimas andanzas. Me daba cuenta de que, con mi misterio, había generado que se crearan grandes expectativas acerca de don Pedro Liébana en aquel periódico. Algunos estaban convencidos de que había visitado la Indochina en mi último viaje y otros me interrogaban sobre un supuesto trayecto en avión que había realizado. Don Ernesto, poco amigo de las aglomeraciones y menos en su oficina, los instó a que volvieran a sus sitios. Después se presentó, orgulloso y satisfecho, esperando escuchar mi nombre para corroborar que aquello no era una broma de mal gusto.

—Pase, pase a mi despacho, señor Liébana, por favor —me indicó.

Doña Carmen aguardaba, desde su sitio, a que alguien le explicara qué estaba sucediendo. Sin embargo, don Ernesto ignoró a su secretaria y me hizo entrar en su oficina.

—Tome asiento, por favor. Le serviré un *whisky*.

¿*Whisky*? ¿A las once y media de la mañana? Sonreí y asentí, ahorrando voz para otro momento.

—Disculpe el desorden y a esos mentecatos de ahí fuera. Desconocía que al final fuese a venir a Madrid.

—Sí, bueno..., el caso es que estaba en mi casa, en Barcelona, y me di cuenta de que tenía usted toda la razón. Por mucho que yo tenga una agenda apretada, y estoy seguro de que usted también, es una... patochada —probé a decir—... no conocernos en persona. Y tampoco la redacción, a mis compañeros.

—Muy buen criterio. Tenga —dijo acercándose el vaso—. Entre usted y yo, no quería presionarlo, pero sí estaba empezando a desconcertarme esta absurda situación. Me alegra que haya decidido hacernos una visita.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —respondí y di un sorbo.

Aquel líquido destilado arañó mi garganta, teniendo que controlar la tos, consecuencia de mi total inexperiencia con aquel tipo de bebida.

—Es *whisky* del bueno, hijo, es normal que su paladar se sorprenda — bromeó don Ernesto.

¿Paladar? ¿Sorprenda? Hubiera cambiado aquellos dos vocablos por «esófago» y «queme».

—Bueno, cuénteme. ¿Cuáles son sus planes ahora que está en la capital?

Me aclaré la voz, en medio de mi lucha por no perder el control.

—Pues veré, he pensado quedarme unos días por aquí. Ha sido un largo viaje. Así podré cerrar unos asuntos y algunos artículos que tengo en mente. Lo cierto es que llegué ayer por la noche y casi no he tenido tiempo de organizarme. Quería presentarme, en primer lugar —le conté.

—Seguro que sabe bien cómo aprovechar el viaje. De hecho, no me diga más. Venga mañana a cenar a mi casa. Mi esposa y yo hemos invitado a algunos amigos y será un placer poder contar con usted.

O bien el *whisky* había secuestrado mi oído, o don Ernesto me acababa de proponer ir a cenar con sus amistades —y por ende, las mías—.

—Ehm...

—Venga, no sea tímido. No acepto un «no» por respuesta. Seguro que sabe bien cómo entretener a las damas con sus aventuras —comentó en tono jocoso.

—Se lo agradezco, don Ernesto, pero...

Su gesto me comunicó que no iba a permitirme una negativa.

—... será un honor.

—Estupendo. Y ahora, dígame. ¿Qué fue de aquel reportaje que iba a hacer sobre los pilotos portugueses? ¿Alguna novedad?

Sus sorbos a su vaso eran admirables. Su nuez subía y bajaba sin inmutarse.

—Bueno, como le comenté, iba a entrevistar a algunos compañeros del oficial Gago Coutinho, pero mi principal fuente tuvo que irse a Angola para dar apoyo en la colonia. Así que he parado el artículo hasta nuevo aviso. Lo cierto es que me parecía una estupidez seguir adelante sin contar con esa aportación. Ya sabe, un buen periodista tiene que saber dónde está el límite entre una buena y una mala historia. —La emoción de lo convincente de mi relato ficticio me empujó a pegar un nuevo trago a mi vaso, olvidando sus

inmediatas repercusiones.

—Y eso es lo que más me gusta de usted. Tiene un criterio excelente para escoger las historias. Aún sigo extasiado con su disertación acerca del vacío de poder que existe en nuestro país y esa comparación con las salas de baile.

—Se lo agradezco, don Ernesto. Aunque escribo desinteresadamente para los lectores, siempre reconfortan las buenas palabras sobre el trabajo de uno.

—Y usted tiene que estar más que satisfecho. No por ello voy a tratarlo de un modo diferente que al resto de los redactores. Allí fuera hay grandes periodistas que llevan más de quince años dando forma a la tinta en las páginas de este diario, pero usted ha logrado que vuelvan a creer en que el trabajo bien hecho da sus frutos. Usted ha permitido que se escuche de nuevo a *El Demócrata* en las charlas de los cafés, como fuente de referencia en los temas nacionales. Y no puedo más que sentirme complacido.

—Le prometo que contribuiré, en lo que pueda, a que esto siga así. Me siento muy afortunada, es decir, afortunado de poder formar parte de su plantilla.

Dejé, con cuidado, el vaso en su escritorio mientras escuchaba a don Ernesto contarme historias que ya me había relatado con anterioridad. Cómo fundó *El Demócrata de Madrid*, las dificultades del principio, las épocas doradas con la guerra y las grandes firmas, la crisis tras la huelga del 19 y sus sueños de grandeza para aquella cabecera matutina. Tras ese obligado adoctrinamiento, me enseñó toda la redacción. Al paso, me fue presentando a todos los periodistas, siempre escoltados por doña Carmen, que, por alguna razón que no llegaba a comprender, me miraba de un modo extraño. Era como si estuviera coqueteando conmigo. Escogí desdeñar sus atenciones para ser capaz, al día siguiente, de dirigirle la palabra como Elisa Montero. Entretanto, López, interesado en destapar los secretos de aquel redactor barcelonés bajo el que me escondía, me lanzó una pregunta para la que no supe elaborar una respuesta:

—Menudo tostón, desde la controversia con la corrida de la Prensa, a principios de mes, no he tenido artículos de gran calado..., y de eso ya hace tres semanas. ¡Por cierto, señor Liébana! Dadas las circunstancias, me veo obligado a hacerle una pregunta... ¿Usted de quién es partidario: de la Asociación o del Sindicato?

Ciertamente aquello era actualidad en estado puro y es que, desde hacía años, la prensa vivía dividida en dos sectores ideológicos: los partidarios de

la Asociación de la Prensa, presidida por entonces por el señor Francos Rodríguez, algo más conservadora, y los afines al Sindicato Español de Periodistas, de tendencia más progresista. El *Demócrata de Madrid*, de corriente conservadora, optó por posicionarse a favor de la Asociación de Prensa, aunque todos sabíamos que el joven Simón se había afiliado al sindicato, tras la huelga de 1919. En medio de mis dudas, a sabiendas de que no podía probar mi suscripción a ninguna de las dos formaciones, el reloj de la entrada me señaló que era la hora de marcharse. La aguja marcaba las dos de la tarde. Sorteé, con desparpajo, una invitación a comer de Morales, que siempre gustaba relacionarse estrechamente con todo ser viviente vinculado a don Ernesto, y me escabullí, jurando y perjurando al director que me presentaría en su casa, al día siguiente, a las nueve y media en punto.

Supuestamente recuperada de mi indisposición, aquella misma tarde del 28 de julio de 1922, después de mi cita con Francisco en La Parisiana —donde pasó media hora parlotando con uno de sus clientes, un tal Mariano Sánchez Rexach—, me reuní con Catalina y Benedetta en casa de los señores De Lucca. La cara de pánico de ambas al anunciarles la noticia de la cena poco ayudó a que yo viera con optimismo aquel nuevo reto.

—Pero, Elisa, allí estará muy seguramente doña Manuela. Y yo y mi padre y doña Cristina y los señores Ballester y quizá hasta los Salamanca-Trillo. ¿Cómo vas a conseguir que todos te crean? —me respondió Benedetta.

—¿Qué otra cosa podía hacer, Benedetta? Tendríais que haber visto la cara de don Ernesto. Noté como si mi negativa fuera mi sentencia de muerte.

—De acuerdo, tranquilizaos las dos. Va a lograr que todos vean solo y exclusivamente a Pedro Liébana, porque tú la vas a ayudar, Benedetta.

—Sí, ya tenía claro que me iba a tocar hacerlo, gracias. Aunque con mi experiencia de hoy, creo que ya he tenido suficiente.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ha sucedido? —se extrañó Catalina.

—Pues que el magnífico don Pedro ha llegado a las dos y veinte, cuando me prometió que lo haría antes. He tenido que gruñir, sí, me oís bien, gruñir a doña Pilar para que no me descubriera. Después, me he metido debajo de la cama simulando vértigos para que no me diera el caldito a cucharaditas. Esto me ha llevado a pasar toda la mañana, mientras ella se paseaba como un

señorito, tumbada en el suelo. Pero, para más inri, doña Manuela casi entra en el cuarto. Menos mal que, justo en ese momento, nuestra querida Elisa ha aparecido.

—Muy bien, Benedetta —contestó Catalina—. Eres una amiga estupenda.

—Lo siento y... gracias —le dije yo, avergonzada.

—Desde un principio os avisé de que este plan vuestro era una insensatez.

—Lo sabemos, Benedetta. Pero, de nuevo, no podemos tambalearnos ahora. Necesitamos ser cautas y dar los pasos precisos. En primer lugar, aprovecharemos el malestar de estómago y los vértigos como pretexto para que Elisa no vaya a la cena, aludiendo a un nuevo brote de una incipiente gripe. En segundo lugar, irás allí como Pedro Liébana y convencerás a todos los presentes. Si hay algo que juega en tu contra, es que ellos te conocen bien, pero podemos convertirlo en tu mayor fortaleza. Sabes cuáles son los puntos débiles de cada uno, así que tienes ventaja a la hora de despistarlos.

—Tienes razón, Catalina. —Me giré hacia Benedetta—. Tiene razón.

—Aunque lo más importante de todo, Elisa, es que vas a ir a un lugar al que has ido en numerosas ocasiones, pero siendo otra persona distinta. Recuerda que no puedes fumar como una mujer, ahora de nada sirve lo que os enseñé a las dos hace unos años. Al terminar la cena, deberás acompañar a los hombres y tendrás que mostrarte caballeroso con las damas que asistan.

Sus observaciones parecían obviedades cuando salieron de su boca aquella tarde en el cuarto de Benedetta, pero, al día siguiente, todo cobró un retorcido sentido.

Doña Pilar, servicial como siempre, me dio un beso de buenas noches y me deseó felices sueños. Me había metido en la cama nada más salir del periódico, alegando un extraño malestar. Mi madrina me tocó la frente y concluyó:

—La tontería nunca da temperatura. ¡Qué casualidad!

Harta de tener que lidiar conmigo, se marchó a la casa de los Rodríguez de Aranda para no ser impuntual y dejó encargado que no me dieran de cenar. Cuando me cercioré de que nadie rondaba mi puerta, me destapé. Me vestí con apremio, borrando con cada prenda un poco de mi identidad para regalársela a aquel afamado periodista. Con las lentes di por finalizada la transformación y me dirigí a la puerta. Mi primera opción era probar a salir por la puerta de entrada para, así, reducir las posibilidades de siniestramme contra el césped. Me quité los zapatos, nada cómplices del silencio que

necesitaba para conseguir escaparme sin testigos. Fui descendiendo por las escaleras, tanteando entre los barrotes dónde se encontrarían doña Pilar y don Severiano. La palabrería, refugiada tras la puerta de la cocina, me dio permiso para avanzar por el vestíbulo, vigilada por los tapices que tanto me habían impresionado de pequeña.

—Guárdelo en la fresquera, don Severiano —se escuchaba a doña Pilar.

Agarré con firmeza el picaporte y me deslicé hacia el exterior. Resoplé. Bajé a galope las escaleras de la entrada y me fundí con la calle, libertad urbana que me proporcionaba un oxígeno desconocido. Me puse los *oxford* del hermano de Benedetta, saltando y avanzando, y me dirigí a la calle de Lista. Los nervios se fueron adueñando de mí al irme acercando a mi destino, al igual que me había sucedido el día anterior. El sudor de mi frente me inquietaba. ¿Qué imagen iba a dar? Tenía que conseguir relajarme. La oscuridad, entretanto, me incomodaba. Me sentía desprotegida, como si las sombras fueran a atacarme por la espalda con un puñal. Miraba a todos los lados, nada acostumbrada a deambular por el barrio sin ningún tipo de escolta o compañía. Cuando vi la fachada del edificio de los señores Rodríguez de Aranda, sentí una suerte de alivio momentáneo. Me abalancé hacia la puerta y llamé al timbre.

—¡Don Pedro! ¡Qué alegría! —exclamó don Ernesto cuando me vio aparecer, guiada por su doncella, en el maravilloso salón donde siempre celebraban sus conocidas reuniones.

—Buenas noches, don Ernesto —respondí, sin aliento.

—Amigos, atiendan. Les comentaba hace unos segundos que la velada de hoy no es una cena cualquiera. Pues bien, quiero presentarles al joven Pedro Liébana, una de las promesas periodísticas más interesantes de nuestro país y que, gracias a una casualidad del destino, forma parte de mi amado periódico.

El salón se llenó de aplausos y no faltaron los de mi madrina. Verla recibirme así me pareció esperpéntico.

—Gracias, no es necesario, don Ernesto —dije, algo abrumada.

—Claro que lo es. Es mi invitado de honor esta noche.

Uno por uno, me fue presentando a todos los asistentes. En realidad, ya nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. Primero nos acercamos a doña Cristina, después a los señores Salamanca-Trillo, al matrimonio Ballester y a los De Lucca. Al ver a Benedetta con aquella mueca de indignación por tener que compartir cena con su madrastra, caí en la cuenta de que, vestida como

don Pedro, tenía un nuevo modo de ayudarla. Así que me acerqué a ella, tomé su mano y manifesté mi admiración por su belleza. Don Giancarlo me atravesó el cogote con la mirada. Creo que deseó que me esfumara en aquel mismo instante. Proseguimos con los señores Gabaldón hasta reunirnos con la enigmática Manuela Montero.

—Así que usted es el señor Pedro Liébana..., interesante. Espero que la fama no enturbie su prosa —comentó con desgana.

—Eso espero yo también, doña Manuela.

—Que no le confunda su sobriedad, es una gran mujer. Es una pena que su sobrina, la señorita Elisa, no haya podido acompañarnos. Al parecer lleva un par de días incubando una fuerte gripe. Pobre muchacha... Ella es una gran admiradora suya —añadió don Ernesto.

—Sí, una lástima. Pero es mejor que repose si no está bien de salud. Ya habrá tiempo de conocernos.

Con la sensación de vértigo aún en la boca del estómago, tomamos asiento en torno a la enorme mesa imperial. Me las ingenié para ponerme al lado de Benedetta, algo que, atendiendo a sus gestos, no contentó demasiado a don Giancarlo.

—¿Y cuándo ha de llegar el presidente argentino a España? —se interesó don Tomás.

—La semana próxima, el lunes 1 o el martes 2, según tengo entendido —respondió don Ernesto—. Quiero que algunos de mis redactores hagan un especial sobre la visita. Con un poco de suerte, el *ABC* no nos pisará todas las noticias...

—La verdad es que me parece muy beneficioso para nuestro país el tener este tipo de relaciones con nuestras antiguas colonias —valoró el señor Gabaldón.

—Estoy de acuerdo, don Hernando. Ello demuestra que, poco a poco, vamos avanzando y nos despojamos de nuestras vestiduras de viejo imperio colonial trasnochado. No puedo negar que me encantaría que siguiéramos siendo aquella España poderosa de tiempos de los Reyes Católicos o Carlos V, pero de nada sirve que se nos enquistase el negativismo decimonónico —intervino don Amancio.

—Dicen que es un hombre muy cultivado y que estudió en Europa —comentó doña Cristina, dando un giro al coloquio.

—Sí, era embajador en Francia cuando ganó las elecciones. ¡Ni siquiera ha

tomado posesión del cargo todavía! Estos argentinos se toman los asuntos de gobierno con tranquilidad... —señaló, de nuevo, el señor Gabaldón.

—No es que nosotros seamos el mejor ejemplo, don Hernando. La verdad es que si ponemos en valor nuestra coyuntura política, saldríamos perdiendo en todas las batallas posibles —apuntó el cabal don Ernesto.

—Pero es solo una coyuntura, como usted bien reseña. Ello lleva implícito el concepto de temporalidad, amigo mío. Así es que terminará por conducirnos a una situación más favorable, estoy seguro —respondió don Hernando, que hacía bailar su tenedor con aquel trozo de pavo ensartado al son de sus divagaciones.

—Se casó con una cantante portuguesa. La señora Regina..., Regina algo más. Nadie apostaba por ellos, pero al final han tenido un matrimonio dichoso —contó, entonces, doña María Elena.

—Debe de ser complicado estar casada con un diplomático, con un presidente. No imagino la de calamidades que hubieron de pasar para lograr estar juntos... No es que se pueda decir que su combinación sea muy común... —opinó doña Eugenia.

—Pamplinas. Seguramente la mitad de lo que se oye es mera palabrería para hacernos creer que el doctor Alvear tiene una vida fascinante —se quejó don Tomás.

—Si la tal Regina cree que es complejo ser esposa de un diplomático, debería probar a vivir con el dueño de un periódico —bromeó doña Cristina —. Refunfuña cada día más.

—Querida, soy un hombre de negocios, un intrépido de la actualidad —contestó él.

—En fin, yo creo que no quiere decir nada que el presidente Alvear venga a presentar sus respetos a don Alfonso XIII si antes no barremos nuestra propia casa. En apenas dos años hemos tenido cuatro presidentes distintos. ¡Es una necesidad! —volvió don Amancio.

—¿Ya cuatro, querido? —preguntó doña Concepción Segarra, algo desubicada.

—Sí..., cuatro.

—Aún no termino de creerme lo del asesinato de Dato. Pobre miserable... —opinó mi madrina.

—Es que no hay derecho, entre que la mitad son unos bribones y al resto nos los asesinan los anarquistas... Al final, este obrerismo incipiente no va a

traer más que conflicto..., conflicto y desolación a España —espetó don Amancio.

Benedetta comenzó a decirme, gracias a nuestro lenguaje secreto, las enormes ganas que tenía de que doña Carmen Bernardo se atragantara, para que dejase de pavonearse de aquella forma en la que solo ella lo hacía: altiva, orgullosa, soberbia. Conseguí no reírme, máxime teniendo en cuenta que los cauces de la conversación nos habían llevado a hablar de terrorismo y asesinatos. En algún momento, no sé cuándo, todos me observaron con atención. Alguien había dejado una cuestión en el aire, a mí dirigida, y yo debía ampararla, corresponderla. Sacudí la cabeza, arqueé las cejas y bebí un sorbo del sabroso Rioja que nos habían servido.

—¿Qué piensa usted de la investigación que se está realizando sobre el caso de Annual? —me repitió don Giancarlo.

Mis ojos realizaron un movimiento transversal, pretendiendo cazar alguna señal de ayuda. Me aclaré la voz y aflojé la corbata de mi cuello. Tantas veces había oído aquellos parloteos en aquella misma silla... Y, sin embargo, era la primera ocasión en la que pedían mi opinión, mi punto de vista. De hecho, yo tenía uno. Elisa lo tenía. No habían sido pocos los periódicos que había devorado siguiendo todas las filtraciones que, en goteo, salpicaban la vida diaria de los españoles, abriendo las puertas al despiadado desierto en el que perecieron todos aquellos soldados, hacía ya un año. La gravedad del asunto había generado que se encomendase al general Juan Picasso, familiar del célebre pintor, una investigación que le llevó a entrevistar a más de setenta personas para discernir qué había ocurrido concretamente en Marruecos. El informe final fue presentado en abril de 1922 —apenas tres meses atrás— ante las Cortes, vapuleadas desde hacía años por la ineficiencia política, por la inestabilidad. Así, había puesto sobre la mesa la agria realidad de la corrupción que nos venía acompañando desde hacía mucho tiempo.

—Pues veré, don Giancarlo, creo que ni nuestro Gobierno ni los políticos que se hacinan en sus bancadas parlamentarias ni el Ejército poseen el tiempo, y considero que tampoco la opinión pública tiene la paciencia, para que esto sea una mera treta para sacar de su trono al rey. He escuchado los rumores que revolotean por todo el país, pero de nada sirve vendarse los ojos y hacer como que no ha ocurrido nada. Está claro que la guerra tiene normas que se escapan a la lógica, pero, en aquella tierra yerma, se cometieron errores. Y el buscarlos para subsanarlos y hacer pagar por ellos no me parece

sino el mejor de los basamentos para una sociedad justa.

—Creer que los altos cargos del Ejército tuvieron algo que ver no es más que una teoría conspiratoria infundada, don Pedro —señaló don Amancio Ballester.

—Pensar que no debe entonces investigarse es de ingenuos —respondí.

—En realidad, tengo que dar la razón al señor Liébana, don Amancio. Las averiguaciones sirven, precisamente, para apartar los chismes, desenmascararlos. De otro modo, no seríamos capaces de determinar quién tiene razón —opinó don Tomás.

—Un asunto así es lo que menos conviene ahora, cuando tenemos a los radicales desestabilizando los cimientos de la patria —espetó don Hernando.

También me interrogaron por mis numerosos viajes, aquellos que me habían impedido dejarme ver por Madrid con anterioridad. Ahí, me empleé a fondo con la invención, esquivando, con habilidad, cualquier pregunta que me llevara a especificar demasiado para evitar así posibles fallos. Cuando terminamos de cenar, las damas se quedaron sentadas y yo hube de acompañar a los hombres a una sala más pequeña. Nunca antes había cruzado aquella línea invisible que nos separaba y diferenciaba tras la copiosa comida. El cuarto de fumadores era una estancia con paredes adornadas con detalles dorados y cómodos sillones. Una mesa de café sostenía un juego de cristalería en el que pude distinguir una botella de licor y varios vasitos. Enseguida, busqué un asiento, pues de pie era cuando me sentía más vulnerable. Mi estatura y volumen corporal no destacaba como mujer, pero sí me hacía ser un joven enjuto que distaba mucho de alguien robusto y vigoroso. Me re Coloqué con disimulo el bigote, cada vez menos estable debido al calor y al movimiento de la mandíbula y el mentón al masticar.

—La cuestión es que, si le soy sincero, don Pedro, su cara me resulta familiar —me dijo don Tomás mientras se servía una copa.

—¿Familiar? Oh, bueno, no sé. Quizá hayamos coincidido en algún viaje. ¿Va mucho por Barcelona? —pregunté, tan nerviosa que podía escuchar el palpito de mi corazón en las orejas.

—No, no demasiado, la verdad. Será que se parece a alguien. No me haga caso.

—Tenga, don Pedro. Coja uno —me ofreció don Ernesto.

Nuevamente, el gesto del señor Rodríguez de Aranda me confirmó que no había opción a una negativa. La caja de puros me acechaba, buscando en mí

una reacción que estaba tardando en llegar. Escogí uno, sosteniendo entre mi índice y mi pulgar uno de esos cilindros marrones maravillosamente presentados con una etiqueta que los propulsaba, con sencillez y elegancia, al mundo de las *delicatessen*. Lo analicé. No debía de ser muy dispar a los cigarrillos que fumaba, de vez en cuando, con Catalina y Benedetta. Don Ernesto encendió una cerilla y prendió la mecha que permitió que todo aquel humo, aquel sabor aromático y seco, impregnase mi garganta. Un torbellino plomizo me recorrió la tráquea, a lo que mi inexperto cuerpo quiso responder con un ataque de tos sin precedentes. Pero logré contenerme. No así mis ojos, que parecían cataratas sin fin, escupiendo lágrimas de vergüenza en cascada. Tras comentar las últimas novedades familiares, entre las que se incluyó la firme intención del padre de Benedetta de buscarle un marido «a su medida», la conversación se centró en los negocios del uno y el otro. Don Ernesto intentaba convencer a don Tomás de que pusiera un anuncio en *El Demócrata* y don Amancio pretendía que don Giancarlo y don Hernando invirtieran en la exportación de sus vinos a otros países del viejo continente. Yo atendía, absorbiendo todo lo que podía de su comportamiento, sus ademanes, sus reflexiones desde ese otro lado de la puerta. En realidad, aquellas charlas poco se diferenciaban de las que teníamos las mujeres. Cada uno hablaba de un tema, pero era similar la danza de intervenciones y la carente trascendencia de las mismas.

De vuelta hacia la casona, me deleité con aquellos pasos solitarios que Pedro Liébana me había concedido. Era extraño estar por aquellas calles de ventanales brillantes sin nadie con quien hablar, pero, por alguna razón, me gustaba. Reflexioné, apabullada, acerca de todo lo que acababa de suceder ante mis ojos y caí en la cuenta, del modo más realista posible, de la cantidad de aspectos que se nos negaban a las mujeres en aquella sociedad en la que vivíamos. Ser hombre era distinto, era fácil en muchos aspectos, más complejo en otros. Era un inusitado mundo que me había encantado visitar. Tal y como tenía previsto, accedí al interior de mi cuarto —esta vez, por la ventana de la sala de lectura— antes de que mi madrina llegara. Me desvestí y guardé todos aquellos detalles que me convertían en mi *alter ego* masculino en un arcón que había al lado de mi tocador. Saqué todo lo que contenía para esconder, al fondo, el traje del hermano de Benedetta, la peluca, el bigote, las lentes... Me quedé quieta, sosteniendo la última de las prendas. Daba por seguro que el padre Cristóbal no se refería a aquello cuando me instó a seguir

los pasos del Señor en mi encrucijada existencial. Estaba convencida de que en algún momento, más pronto que tarde, pagaría por mis mentiras y embustes. Pero aquella noche de julio, con el viento cálido de Madrid aún acariciando mis mejillas cual fugaz recuerdo que se torna perenne en un segundo, no me importaba en absoluto. Peiné mi enmarañado cabello, me vestí con ropa de noche y me preparé para interpretar el papel más difícil de todos: yo misma.

Los últimos meses del año 1922 pasaron rápido, de forma vertiginosa. Que Pedro Liébana se personase en la redacción e incluso en la casa de don Ernesto dio tregua a las sospechas y tiranteces del director del periódico. Nos carteábamos con gran asiduidad, como antes, pero ahora sí creía mis palabras cuando le aseguraba que le visitaría. Y así lo hice en un par de ocasiones. En aquella primera experiencia vistiéndome de hombre, había descubierto que aquel disfraz tenía grandes ventajas. Por un lado, aseguraba mi continuidad en el periódico y, por otra, me permitía cubrir informaciones a las que como Elisa no hubiera podido acceder.

Ese fue el caso de la comparecencia a finales de octubre del general Barrera, subsecretario de Guerra por aquel entonces, para tratar algunos de los temas más candentes de la actualidad. Entre las preguntas que le hicieron los redactores presentes estaban incluidas aquellas que se referían a los giros en las operaciones en la guerra de Marruecos, las sospechas de un posible pacto entre Abd-el-Krim y Al-Raisuni —bandido con el que el Gobierno español había cerrado un acuerdo de colaboración—, la visita del general Picasso y el conde de Romanones al presidente, etcétera. En definitiva, en aquellos días, las cuestiones militares acaparaban las páginas de los diarios y casi se convirtió en una obsesión para todos el saber qué estaba sucediendo en el Ejército, antaño institución respetada. Un comentario de Morales, afirmando que no podría acudir, me impulsó a enfundarme en los pantalones y dirigirme al ministerio. Sin embargo, aquella mañana, viví en primera fila la voraz capacidad de los políticos para eludir cualquier aspecto incómodo, sin sentir un ápice de vergüenza al responder a los representantes de los ciudadanos en aquella sala que «no sabía nada de nada» de todo aquello por lo que se le interpelaba. Sí es cierto que dio algunas pinceladas acerca de los

últimos movimientos de tropas de Sevilla a Ceuta y la repatriación de unos veinte mil soldados, pero nada digno de llenar más que unas pocas líneas. De hecho, la mayoría de los periódicos apenas hicieron mención a aquello y yo opté por plasmarlo en forma de crítica —siempre moderada, al conservador estilo de *El Demócrata*— acerca de las tretas diplomáticas y las medias verdades. No fue, en ningún caso, uno de mis mejores artículos, pero moverme entre los periodistas que cubrían asuntos bélicos, parlotando como uno más, terminó por ser una de las experiencias más emocionantes de los últimos meses. Y así, la firma de Liébana siguió tomando una fuerza que ni siquiera yo era capaz de creerme.

El hecho de que mi madrina fuera una mujer con una agenda digna de una primera dama me facilitaba los cambios de identidad. La soledad de la que siempre me había quejado fue entonces mi salvoconducto para proceder con mis planes sin más ojos que esquivar que los de una inocente doña Pilar.

Por otro lado, cada vez me sentía más cómoda en compañía de Catalina y de la señorita Agnes. Se había convertido casi en una medicina para mí compartir largos ratos con ellas en la Residencia de Señoritas o en algún café para conversar de todo y de nada. Sin buscarlo, me sentía totalmente comprendida por ellas, que no juzgaban mis deseos. Su asistencia a clases y a la universidad era una ventana al conocimiento que se materializaba en libros o textos que me recomendaban, con excelente criterio. A ello se le sumaba la cantidad de historias que brotaban de los labios carmín de la señorita Henderson, relatos de otro universo, de otra sociedad, de otro país. Me dejaba atónita su capacidad para tener una formada opinión sobre temas tan engorrosos como la Gran Guerra o la actitud aislacionista de los Estados Unidos, propugnada por su entonces presidente, el señor Warren Harding. Todo ello se enlazaba con sonrisas, caladas elegantes a su cigarro con boquilla y el movimiento de sus manos, cubiertas por delicados guantes, que enfatizaban sus conclusiones. Catalina vivía maravillada por aquella joven. Y no puedo negar que yo también caí en su influjo, pero ellas dos lograron tener una estrecha amistad. Quizá porque solo ellas se entendían completamente, tan intelectuales, luchadoras en la sombra, ambiciosas incansables a la espera de surcar los mares del futuro. Ambas soñaban con viajar a África, Latinoamérica e incluso ¡Asia! Una locura absoluta. Francisco se reía de mí cuando le narraba (algunas de) las ocurrencias de aquellas dos prometedoras mujeres. «Es encantador verte recorriendo todos esos lugares con la mente,

querida», me decía.

Benedetta, por su parte, seguía sin hallarle la simpatía a la señorita Agnes, lo que se sumaba a la enorme cantidad de compromisos que tenía con doña Carmen, su padre y el pequeño Nicola. A pesar de que había aparcado, poco a poco, la rebeldía de años atrás, cada vez era más huraña con su progenitor. Y eso que desconocía por completo las intenciones de este de prometerla a la fuerza.

Distraídos como estábamos, no vimos llegar el inicio del mes de diciembre de 1922, momento en que se produjo la dimisión del presidente Sánchez Guerra —tras un bochornoso episodio en el hemiciclo en el que llovieron las acusaciones e insultos, a diestro y siniestro— y al que sustituyó el señor García Prieto al frente del Ejecutivo. Nuevamente, la guerra de Marruecos tambaleaba la estabilidad del Gobierno y, por ende, la del país. Con todo, nos preparábamos para vivir unas fiestas navideñas que se asomaban a la vuelta de la esquina. Francisco estaba más boyante de lo normal puesto que acababan de cerrar un importante acuerdo con los ingleses para iniciar los trámites de expansión en Liverpool y Mánchester. Aun así, las horas que permanecía en la oficina rodeado de papeles se habían duplicado. De tanto en tanto, salía de allí, sosteniendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, pero consiguiendo resultar tan encantador como siempre. Recuerdo que era 15 de diciembre. Francisco me había citado en la puerta de la casona. Cuando doña Pilar me avisó de que debía bajar, me retoqué una última vez los labios. Mi vestido de color dorado que dejaba al descubierto un trozo considerable de mis piernas, cubiertas con aquellas preciosas medias de seda, era una obra maestra que doña Alicia y sus modistas me habían confeccionado para aquel invierno. Atusé mi corto cabello y terminé de abrocharme la gargantilla que decoraba mi cuello. Al llegar al vestíbulo, me di cuenta de que Francisco no estaba. En su lugar, su cochero aguardaba a que yo diera por zanjado mi acicalamiento y tuviera a bien salir y subirme en el coche.

—Buenas noches, don José Carlos. ¿Cómo es que Francisco no lo acompaña?

—Buenas noches, señorita Elisa. Don Francisco ha tenido que quedarse en el banco terminando de cerrar unos asuntos. Me ha indicado que la lleve allí. Después irán a cenar.

Asentí, obediente. Doña Pilar me ayudó a ponerme el abrigo de piel y el

cloche con detalles brillantes. Me despedí de ella y seguí los pasos de don José Carlos. Era un hombre bastante callado que me inquietaba cuando estábamos solos. Acostumbrada al bueno de don Santiago, que me trataba con dulzura, no tenía claro qué tipo de conversación entablar con él. De este modo, la mayor parte de las ocasiones, mantenía el silencio y me dedicaba a mirar por la ventanilla como distracción. Él, por su parte, se concentraba en su trabajo, al tiempo que me vigilaba por el retrovisor, buscando algún tipo de irregularidad en mi conducta. Con los frenos, finalizábamos aquellos mudos trayectos que se enlazaban con su presta atención en abrirme la puerta.

El Banco de Crédito Rosales estaba situado en plena calle Alcalá, donde compartía presencia con inmuebles de reseñables bancos y aseguradoras, como el palacio de la Equitativa. El edificio había sido inaugurado a principios de siglo y su majestuosidad se dejaba ver en cada una de sus esquinas. Una vez dentro, caminé por la moqueta color granate y subí las escaleras para llegar a la zona de las oficinas. El primer piso estaba reservado a las ventanillas de atención al público y las gestiones menores. Un lugar que se abarrotaba por las mañanas, lleno de filas de personas con sus cartillas, pero que aquella noche de viernes estaba cerrado a cal y canto, sin un atisbo de luz. No me entretuve demasiado en mi recorrido pues la soledad de aquel enorme espacio me desagradaba. En la segunda planta ya se veía con algo de claridad, consecuencia de las lámparas encendidas de algunas salas. Qué distinto era el banco a la redacción. La opulencia de los escritorios, de las cajas registradoras, de las máquinas de escribir, de las plumas que reposaban en las mesas e incluso de los percheros donde los trabajadores abandonaban sus abrigos contrastaba con la sencillez de la oficina de *El Demócrata*, donde lo máspreciado era lo que no se podía ver, lo que se obraba dentro de las mentes de sus redactores. Cuando ya casi había llegado al despacho de Francisco, el último de todos, don Luis salió algo contrariado. Paré, intentando no irrumpir en aquella discusión que se marchitaba con su despedida.

—Buenas noches, doña Elisa —me saludó, con aquella extraña sonrisa que siempre me regalaba.

—Buenas noches, don Luis.

Me repasó de arriba abajo sacudiendo la cabeza, manifestación visual de un pensamiento del que solo él era conocedor. El hermano de Francisco era algo mayor que él. No se le conocía novia ni intenciones de tenerla. Su

rechazo al matrimonio era algo que declaraba en numerosas ocasiones, afirmando que era una institución hecha para hombres débiles. Y la vulnerabilidad no caracterizaba a don Luis, que era sagaz en los negocios, un águila de los contratos y acuerdos, mas con una única flaqueza: la opinión de su madre. Sin darle más importancia, abrí la puerta.

—¿¿Qué quieres ahora?! —exclamó Francisco, airado.

—Hola, querido, soy yo, Elisa.

—¿Elisa! ¿Querida! Discúlpame, discúlpame. Pensé que eras el truhan de mi hermano. Estás hermosa, estás hermosa —dijo mientras se acercaba a mí y me besaba.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada, querida. Son asuntos de negocios. No debes preocuparte.

Francisco me acarició el cuello con ternura. Lo besé.

—No tardaré. Espérame aquí mientras voy a buscar un par de documentos. Cuando vuelva, iremos a cenar —me informó.

—De acuerdo.

El despacho de Francisco era amplio aunque no por ello dejaba de ser acogedor. Sus paredes blancas estaban rematadas con bonitos zócalos y las adornaban cuadros de los más destacados artistas. Uno de ellos, concretamente, era un retrato de familia en el que se podía distinguir a un pequeño Francisco de apenas doce años. También había estanterías con libros de contabilidad y adornos que, muy seguramente, habría heredado de su difunto padre. En la parte más cercana a la ventana, se hallaba el escritorio de madera maciza con tallas preciosas que evocaban motivos florales hasta sus patas. Desde allí tomaba todas aquellas decisiones que le convertían en el hombre poderoso que era. En la zona más próxima a la puerta, había un par de coquetos sillones con una mesita en la que los periódicos del día estaban amontonados. «El heroísmo de un obrero salva muchas vidas», leí, en un susurro, en la portada de *El Globo*. Pero lo que más me encandilaba de toda aquella estancia era el enorme mapa que se extendía por una de las paredes. Me acerqué, curiosa, y viajé por los cinco continentes. Francisco había marcado, con una pequeña señal, los lugares a los que había ido, quizá como esquema para dirigir sus próximos tratos. Fui saltando, con mis dedos, de una marca a otra. Qué poca distancia había de un país a otro. Ojalá fuera posible dar un brinco y aparecer en los antípodas. Mi paseo por Francia fue seguido de una fugaz visita a Suiza, después Italia y, espera, ¿ahí se encontraba

Cerdeña? Observé aquella alargada isla y repasé con la yema del dedo índice la línea que la separaba de Barcelona. Qué ilusos podíamos ser de niños, imaginando que era posible nadar todos aquellos kilómetros sin morir ahogado.

—Querida, ¿estás lista?

Aquel recuerdo me había desorientado.

—Sí, sí, por supuesto. Cuando tú quieras.

Ya de nuevo en el automóvil, Francisco tomó mi mano y la apretó con fuerza. Noté que estaba orgulloso y satisfecho. Le sonreí, cómplice de su felicidad. El trayecto fue breve. Cogida de su brazo, subí los escalones y crucé el umbral, empapándonos del desfile de elegancia que entraba y salía del Palace hotel. El *jazz* había conquistado todas las fiestas desde hacía un tiempo, no siendo pocas las ocasiones en las que numerosas bandas deleitaban a los comensales de los más distinguidos restaurantes con el alegre sonido de las trompetas. Uno de los mozos del hotel nos abrió la puerta del exultante salón Medinaceli. Alcé la vista, repasando todas aquellas mesas de animados clientes. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que había muchos rostros conocidos. El corazón me empezó a latir con fuerza, todos me miraban y mi piel se iba volviendo colorada por momentos. Los murmullos se fueron apagando. A duras penas pude identificar a mi madrina, sentada al lado de doña Asunción y don Luis, a Benedetta, a Catalina, a doña Cristina... Busqué algún tipo de explicación en mi acompañante, que me respondió con una amplia sonrisa.

—Elisa, querida. Como habrás visto, he reunido aquí a todos nuestros seres queridos para hacerlos partícipes de este importante momento. Hace meses que pedí tu mano a doña Manuela, pero los negocios han retrasado todo. Hoy, aquí, con todos estos testigos, quiero hacer oficial nuestro compromiso.

Sacó de su chaqueta un anillo de oro con un diamante incrustado y lo puso en mi dedo anular. La emoción me impidió decir nada. Todos comenzaron a aplaudir. Confusa, le di un beso. Era muy feliz. Todo daba vueltas, pero ante mí, siempre él, sonriente y confiado en lo que acababa de proponerme.

—Seré la mejor esposa del mundo, Francisco. Lo prometo.

—Estoy seguro de ello, amor mío. —Me cogió de la mano—. Venga, no hagamos esperar a nuestros invitados.

Las felicitaciones se iban sucediendo. Mi madrina me estrechó entre sus brazos, visiblemente conmovida. Sentí, por primera vez en mucho tiempo,

su abrazo sincero y sus palabras cariñosas cuando me comunicó que estaba orgullosa de mí. Doña Asunción y don Luis me dieron la bienvenida a la familia, aunque aún no fuéramos marido y mujer. Después, vinieron las buenas palabras de don Ernesto y doña Cristina, la enhorabuena de los De Lucca, los Ballester, los Salamanca-Trillo, los Gabaldón, también de don Joaquín Rosales, primo segundo de Francisco, y de los Vázquez, buenos amigos de la familia De las Heras y Rosales. Incluso hubo caras desconocidas que afirmaron alegrarse por la buena nueva y me dedicaron amables deseos. Cuando pude sentarme a cenar, al lado de mi prometido, casi no tenía apetito. Los nervios se habían hecho con mis ganas de comer. Miraba alrededor, disfrutando de aquella cena celebrada en mi honor. Hacía ya dos años que Francisco y yo estábamos en relaciones y, pese a que sabía que aquella petición llegaría, hacía tiempo que me había rendido ante la espera. Aquella noche, mis suposiciones sobre una vida en común, una realidad alejada de mi madrina, habían tomado un cariz distinto, más real. Estaba segura de que nos esperaba un gran porvenir juntos y que, con suerte, podría convencerlo de que me dejara escribir para abandonar las conjuras que me generaba don Pedro Liébana. Cuando la tarta de queso y frambuesas fue servida, Catalina y Benedetta no pudieron reprimirse y se acercaron a donde yo me encontraba, aún abrumada por todo lo acontecido. Ambas me abrazaron a la vez.

—Estamos muy felices por ti, Elisa —aseguró Benedetta.

—Me alegro de que, a pesar de todo, don Francisco sepa cómo tratarte —me susurró Catalina.

—¿A pesar de todo? —pregunté.

—No le hagas caso, solo dice sandeces esta muchacha —respondió Benedetta sonrojada.

—Benedetta y sus modales. Bueno, hemos de irnos, pero queríamos trasladarte nuestras felicitaciones. Disfruta de tu velada, Elisa —me deseó Catalina.

—Niñas, creo que deberíais volver a vuestro asiento —indicó una malhumorada doña Asunción.

—Por supuesto, *madame*. Ahora mismo nos retiramos.

—Señorita Folch, cuánto tiempo sin verla —exclamó mi madrina con una total ausencia de entusiasmo.

—Doña Manuela, ¿qué tal está usted?

—Endiabladamente bien. ¿Y usted? ¿Sigue con esa vocación suya de ser

maestra?

—En efecto, señora. Y, de hecho, creo estar lográndolo paso a paso.

—Qué encantador... —juzgó mi madrina.

Ante el desconcierto de doña Asunción, que no comprendía por qué seguían aquellas dos muchachas fuera de su sitio charlando con ella, mi madrina optó por integrarla en la conversación.

—La niña, doña Asunción, es maestra —le contó.

—Ah, ya veo —espetó esta, conclusión acompañada de una mirada despectiva que recorrió de arriba abajo a mi amiga.

—No todas las jovencitas tienen la suerte de encontrar un marido tan apuesto y bueno como don Francisco —apuntó mi tía.

—Madrina, por favor —le pedí, avergonzada.

—No te preocupes Elisa, no me ofende en absoluto. Sobre todo viniendo de dos mujeres con un reconocido sentido del humor y una innegable simpatía como las presentes. Saluden de mi parte a esos maridos que tanto valor les confieren y tan superiores las hacen con respecto a mí.

A Benedetta casi se le atraganta el primer aperitivo, y eso que hacía rato que lo había engullido. Yo abrí los ojos como platos. Y Catalina..., Catalina movió con gracia su vestido de terciopelo granate y se marchó a su sitio.

—Qué insolente y maleducada... Mencionar en vano a nuestros difuntos esposos... ¡Qué desfachatez! —ladró doña Asunción.

—Ruego la disculpen las dos. Seguramente se haya expresado mal —intenté decir.

Benedetta se escurrió entre las sillas para evitar ser quien recibiera la reprimenda ante la huida de la responsable. Ambas sabíamos que Catalina no había tenido un *lapsus* al construir aquella frase. Tener fallos en la comunicación no era propio de ella. Aunque en el exterior reprobaba su conducta, en mi interior había sentido una suerte de retorcida satisfacción al dar su merecido a aquellas dos urracas amargadas. Como única respuesta a su incredulidad acerca del supuesto error de mi amiga, esboqué una sonrisa y comí un poco de tarta. Francisco, que continuaba con la disputa con su hermano entre murmullos, regresó en ese momento a la escena, evitando preguntar el porqué de la mueca de su madre. Cogió mi mano.

—¿Te gusta? —se interesó por el anillo que había escogido.

—Es maravilloso, Francisco.

—Lleva meses en mi escritorio de la oficina, cogiendo polvo. Pero quería

que nuestro compromiso se anunciara de forma inolvidable. No soportaría ver esos ojos decepcionados.

—¿De veras? Así que lo tenías planeado desde hace tiempo.

—Sí, querida.

—¿Y cómo lograste convocarlos a todos?

—Eso son detalles que prefiero no desvelar. No le quites magia a la sorpresa, amor mío —me respondió mientras se levantaba y me tendía la mano—. ¿Bailamos?

Accedí, ilusionada. Lo seguí hasta el centro del espacio de la sala que había quedado para bailar. La orquesta se preparó y de aquel conjunto armónico de instrumentos comenzó a tejerse una melodía conocida. Era la primera canción que Francisco y yo bailamos juntos en la boda de don Giancarlo y doña Carmen. El *Vals de las flores* de Tchaikovsky. Nos movimos con gracia al son de la música, dejando a nuestro paso los comentarios de los asistentes. «Qué bonita pareja», «Seguro que son muy felices», «Esa niña ha tenido mucha suerte», «No les doy ni dos años. Se nota que ella le tiene embrujado. Parece un quinceañero este Francisco». Cuando la pieza avanzó lo suficiente, algunos invitados se atrevieron a acompañarnos, permitiendo que nos diluyéramos entre la danzarina multitud para recuperar nuestra intimidad.

—Me casaría contigo mañana, querida —me dijo, admirando mi rostro.

—Hagámoslo. Nada nos lo impide. Doña Pilar me contó una vez que su mejor amiga se casó de un día para otro con el amor de su vida. Fueron al párroco de la familia y los convirtió en marido y mujer —le conté emocionada.

—Eso es lo que más me entenece de ti. Cuentas todas esas historias viviéndolas por segunda vez, como si también tú hubieras sido testigo.

—¿Acaso no es romántico? ¡Una locura de enamorados!

—Ay, Elisa, Elisa... Por supuesto que es un bonito relato. Pero te conozco bien y sé que no me perdonarías no tener la mejor boda de toda la ciudad. Voy a dejar que escojas, a placer, hasta el color de los botones del servicio.

—Eres muy generoso, Francisco. —Sonreí.

—Para mi Elisa todo me parece escaso. Y así lo reflejaré en nuestra boda.

—Ya sueño con ella... Aunque, querido, primero deberíamos fijar un día.

—Enseguida lo haremos. Pero me encantaría que fuera durante la primavera —contestó.

—¿Esta primavera? No dará tiempo a prepararlo todo.

—No, querida, en todo caso la próxima primavera. Aun así, insisto, deberíamos concretarlo en presencia de mi madre y doña Manuela. Son parte importante y no querría que se sintieran al margen.

Acordarme de ellas borró la sonrisa de mi cara.

—Sí, en efecto, querido. Lo entiendo. Lo hablaremos con ellas primero.

Proseguimos con nuestro contoneo por la sala. Los grandes ventanales me concedían una pequeña dosis de aquella noche de diciembre en el exterior. Afuera hacía frío, las gentes iban revestidas para no congelarse y los coches, paulatinamente, iban desapareciendo con el avance de las horas. De haber sido aquella noche Pedro Liébana, hubiera representando un papel distinto. Sería aquel viandante, al otro lado del cristal, cruzando la calle resguardándose del frío, caminando solitario mientras reflexiona cuál será la siguiente noticia con la que Madrid despertará. Paseante ensimismado que se da cuenta, de pronto, de que no está solo en la calle. Alguien lo está siguiendo.

Hacía escasos días que el año 1923 se había iniciado. La víspera, comimos las uvas y bebimos cava, sin saber que marcaría un antes y un después en nuestras vidas. Me dirigí al tocador y me eché unas gotas de perfume en el cuello y en las muñecas. Francisco me lo había regalado durante las fiestas, como una muestra más de su desinteresada dedicación a mí. Salí de mi cuarto y me fui a la sala de lectura. Era mi segundo rincón preferido en la casona de mi madrina, después de mi habitación. En aquella biblioteca, doña Manuela apenas entraba. Nunca había sabido por qué. Comprendía que prefiriese su despacho, más íntimo, más apartado, pero al repasar las obras contenidas en las vitrinas y estanterías, era inevitable quedar atrapado por toda esa sabiduría. También lo era llegar a la conclusión de que nadie es capaz de reunir tal cantidad de escritos si no es con dedicación y pasión.

Entre los interesantes objetos que había allí guardados, estaban, aparte de la máquina de escribir del señor Ribadesella, una brújula antiquísima que, según me había narrado doña Pilar, fue con la que el bisabuelo de don Roberto arribó a Cuba en su navío. Además, unos prismáticos de bronce macizo daban un toque especial a una de las vitrinas, repleta de libros. Me

senté en la *chaise longue*, retomando una de aquellas recomendaciones de Catalina y la señorita Agnes: *Soledades. Galerías. Otros poemas*, un poemario de don Antonio Machado. Era una edición bastante reciente que Catalina había conseguido gracias a uno de sus profesores de la universidad. Me gustaba el contraste entre la rugosa suavidad de aquellas páginas casi recién impresas, en comparación con aquel olor a rancio que desprendían las raídas hojas que componían las obras almacenadas en los estantes. Era un aroma seco, que hablaba del pasado sin necesidad de palabras, y que calaba muy dentro al aspirar, haciendo que te acompañara durante el rato que decidieras estar en aquella sala. De vez en cuando, levantaba la mirada y reflexionaba sobre si aquel presentimiento de que alguien vigilaba, entre las sombras, a Pedro Liébana estaba fundado o era fruto de mi imaginación. Solo había ocurrido en una ocasión, a la salida del periódico, cuando me disponía a asistir a las Cortes para cubrir una información sobre el señor Alcalá-Zamora. Fue poco después de la festividad de Todos los Santos. Y si no fuera porque había visto una silueta humana reflejada en la carrocería de un automóvil estacionado en la Carrera de San Jerónimo, hubiera jurado que un espíritu se había quedado en el mundo de los vivos para atormentarme aquella mañana.

—Elisa, bonita, no sabía que estabas aquí —dijo doña Pilar mientras entraba.

—Hola, doña Pilar. Sí, estaba leyendo un poco —contesté, regresando al tacto áspero de aquellas páginas fundidas en lírica.

—¿No tienes frío, hija? Esta habitación siempre está helada, madre del cielo. Si quieres, te puedo traer una manta para que te arropes.

—Se lo agradezco, doña Pilar, pero estoy bien. No me incomoda la temperatura en absoluto.

—Bueno, si tú lo dices... Si cambias de opinión, házmelo saber.

Inició entonces su rutina diaria de limpieza de todas las repisas y adornos de la biblioteca. Tarareaba alguna cancioncilla que no era capaz de identificar. Recordé la magnífica escena que presencié cuando intentaba escabullirme disfrazada de Pedro Liébana. Me reí con disimulo.

—Doña Pilar, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto que sí, criatura. ¿Cuándo te he negado yo ese derecho? —respondió, sin dejar de atender a su labor.

—Cada vez que entro en esta sala me pregunto cómo es posible que siempre esté tan abandonada y vacía. Sin embargo, hay tantas obras... Es

como si fuera una especie de templo literario, injustamente ignorado. ¿No cree?

—No puedo estar más de acuerdo contigo, Elisa. Hubo un tiempo en que era un lugar acogedor. Doña Manuela pasaba aquí horas. Tal como estás tú sentada ahora, viajando por rincones de los que solo ella sabía.

—¿Y qué sucedió? Si antes era una habitación que le agradaba, ¿qué ocurrió para que haga años que no entre?

—Bueno, niña, son cuestiones del pasado. La vida nos lleva por senderos en un momento determinado y nos aleja de ellos también.

—Estoy segura de que mi madrina ha recorrido más caminos de los que cuenta. Y algún día descubriré qué esconde —dije recordando el extraño episodio de la misiva que encontró don Santiago.

—Ay, Elisa. No conjetures —me pidió doña Pilar, preocupada por mis pretensiones inquisitivas.

—Usted la conoce desde hace años, ¿no es así?

—Así es. Treinta y cinco. Recuerdo cuando ella y don Roberto pisaron por primera vez esta casa. Eran recién casados y apenas se conocían el uno al otro. Fue bonito ver cómo llegaron a amarse con el paso de los meses.

—¿Ella era igual de distante que ahora? Porque me cuesta creer que alguien la quisiera como cuenta, doña Pilar.

—No seas dura con tu tía, Elisa. Doña Manuela no ha tenido una vida sencilla. Hay personas que se sobrepone a los designios del destino con la mejor de las actitudes y otras forman callo y continúan, sin ánimo para volver al pasado.

—Entonces, ella no fue así siempre, ¿no?

—No, no... Ella era una jovencita muy enérgica. Todo lo que ves en la casa, cada detalle en su mobiliario, lo escogió ella. Don Roberto disfrutaba viéndola construir este hogar común. En cierto modo, hay algunos momentos en los que me recuerdas a esa chiquilla que llegó a Madrid. A ella también le encantaba leer y observar todo a su alrededor. Pero después, ya sabes, hija, don Roberto se fue muy pronto...

—Entiendo... No puedo imaginarme lo duro que debe de ser perder a tu esposo. Me moriría si algo le sucediera a Francisco.

—Terrible, terrible. Si al menos hubieran tenido descendencia..., pero Dios no lo quiso.

—Qué extraño, ella era joven —opiné.

—Lo era, lo era. Pero solo consiguió quedarse preñada una vez y perdió a la criatura a los pocos meses. Una tragedia.

Empalidecí. Desconocía que mi madrina hubiera pasado por todas aquellas tristes experiencias. Muchas explicaban su comportamiento actual, pero seguía habiendo cabos sin atar.

—Jamás me lo había contado... —advertí.

—Por supuesto que no. Y no sé por qué he debido hacerlo yo. Son asuntos ajenos a mi incumbencia y que debería compartir ella contigo. Pero te lo cuento para que tengas paciencia con tu tía, no es así por amor al arte.

Los días siguientes hice grandes esfuerzos por ser más comprensiva con mi madrina, por ver sus reacciones como una inevitable consecuencia de una existencia marcada por la desgracia. No podía negar que, desde que mi dedo anular estaba decorado con el anillo de compromiso de Francisco, se mostraba más agradable que nunca, pero continuaba manteniendo aquel desdén hacia mí que tanto me irritaba. Doña Asunción y ella no escatimaban en detalles para hacerme sentir una cría. Atendiendo a su criterio, era totalmente incapaz de tomar decisiones por mí misma y, menos aún, de la boda. La necesaria conversación, a ojos de Francisco, para fijar la fecha del enlace fue, en realidad, una suerte de debate a cuatro bandas que se saldó con mi temple y mi resignación. Ambas eran firmes partidarias de que nos casáramos en mayo de 1924, algo que mi prometido también apoyaba, mientras que a mí me parecía una eternidad lo que habría de esperar hasta entonces. Mi propuesta era casarnos aquel septiembre, aprovechando los últimos resquicios de buen tiempo en la ciudad. Pero no concluí mi porfía con éxito.

—¿En septiembre? ¿Qué chaladura es esa? —espetó doña Asunción.

—Considero que mayo es muy buena época. Con todos los árboles en flor —añadió mi madrina.

—Falta más de un año... ¿No querrías que pudiéramos llamarnos marido y mujer antes, querido? —probé a decir.

—Si de verdad os queréis, un año se os pasará volando. Llevar ese anillo no te da el derecho *per se*, jovencita. Pertenecer a esta familia es un esfuerzo diario —declaró doña Asunción.

Meter el dedo en llagas abiertas era uno de los pasatiempos preferidos de la madre de Francisco. Estaba convencida de que yo no amaba a su hijo, que era una muchacha estúpida que andaba buscando su dinero para consolidar mi posición social. Y su actitud había hecho, en ocasiones, que yo creyera que incluso Francisco lo pensaba. Era irracional, puesto que mi madrina podía presumir de ser una de las mujeres con mayor fortuna de Madrid. El señor Ribadesella se había marchado tempranamente, pero había dejado atado, y bien atado, todo lo que a sus negocios se refería. O eso aseguraba ella siempre que debía dejar patente lo generosa que era conmigo y mi suerte al haberme educado en su casa. Así, accedí a su imposición, quedando establecido que nos casaríamos en la primavera de 1924. La espera no me incomodaba por intereses materialistas, sino porque no soportaba la idea de seguir viviendo con mi madrina durante aquel tiempo.

A pesar de mi apretada agenda, siempre encontraba el momento de cumplir mis obligaciones como cronista. En cada salida como Pedro Liébana me sentía más y más convencida de mis actos. Era como si hubiera aprendido a fusionarme con su personalidad, sus gestos y sus manías. Aún tenía mucho por perfilar, pero sus pantalones ya no eran una prisión, sino que se habían tornado una herramienta con la que lograr entrar en cualquier lugar que me propusiera. Mi próximo objetivo era una comparecencia del señor Ruiz Jiménez, el alcalde de Madrid. Mi *modus operandi* pasaba por confirmar que ni Morales ni Fernández ni López ni ningún otro colaborador acudirían a cubrir aquella información. Para ello, había agudizado mi sentido del oído mientras simulaba estar organizando papeles o contando facturas para el señor Villarroy. Atendía, con suma concentración, el reparto de temas, previa reunión con don Ernesto, que cada vez estaba más obsesionado con la competencia. Con disimulo, apuntaba los asuntos descartados, pero que, a mi parecer, podían servirme de punto de partida para mis artículos. Si podía y lo consideraba necesario, me inventaba cualquier excusa relacionada con la boda o con supuestos malestares femeninos y regresaba a la casona para cambiarme de ropa y acudir, como uno más, a aquellas citas periodísticas. Otras veces, me documentaba por mi cuenta, consultando escritos y estudios en la Biblioteca Nacional, y elaboraba críticas y comentarios que después

eran leídos por los fieles lectores de *El Demócrata*. Aquella mañana del lunes 22 de enero, repetí esa misma estrategia. Escuchaba, sentada en mi escritorio, la reunión matutina de los redactores.

—A ver, a ver, ¿a quién diantres dice que ha atropellado un tranvía? — preguntó don Ernesto.

—A un capellán, don Ernesto. En la carretera de Carabanchel Alto — explicó Fernández, convencido de que aquello era un asunto de primera línea —. La gente camina sin mirar últimamente.

—¿Me está diciendo que el primer tema propuesto para mañana es un cura embestido por un tren?!

—Don Ernesto, dicho así, le quita todo el sentido —se quejó el otro.

—Quítese de mi vista hasta que no piense en algo digno de ser leído. El siguiente. Morales, dígame.

—Pues Simón y alguno más me van a ayudar a transcribir las nuevas informaciones que han llegado de la agencia Fabra acerca de la ocupación del Ruhr. Y también pensaba dejarme caer por las Cortes, a ver si consigo algún dato más sobre el tema de la bajada del precio del pan.

—¿Ve, Fernández? A esto lo llamo yo ser eficiente y tener ideas merecedoras de recibir un salario. Está bien, Morales. Que le acompañe Simón, quiero que empiece a salir a la calle él solo a partir del próximo mes. Necesitamos más historias, más actualidad. Seguimos estando a la cola de los diarios madrileños y qué decir de los nacionales... Así que los quiero más despiertos que nunca. Veamos, ¿qué tiene para mí, López?

—Verá, don Ernesto, yo tenía anotado que esta noche es, por fin, la inauguración del Gran Circo Americano en el Frontón Central, pero el tema del conflicto teatral me va a tener ocupado.

—Descuide, López. Usted céntrese en conseguir alguna entrevista con alguien del sindicato de actores. Ya cubriremos la próxima inauguración. El siguiente.

Anoté en el papel: «Inauguración Gran Circo Americano, Gran Kursaal/Frontón Central». Iba a ser más sencillo de lo que imaginaba, pues Francisco había conseguido entradas para mi madrina y para mí. Por casualidades del destino, el promotor de la idea había sido don Mariano Sánchez Rexach, el empresario con el que Francisco había estado conversando aquel día en La Parisiana. Meses más tarde, había puesto en marcha el proyecto de reforma del Frontón Central, actual uso del salón de

varietés conocido como Gran Kursaal, para que pudiera ser utilizado como circo al caer la noche. Tal había sido la premura en el desarrollo de esta empresa que tuvieron que modificar el día del estreno, previsto para el sábado, por no hallarse del todo preparado para la función. Aquello no había hecho sino aumentar la expectación de los madrileños, con lo que se agotaron las localidades. Aquel tema no podía ignorarse en las páginas de *El Demócrata*. Don Ernesto no era un hombre sensible con el arte y el espectáculo, pero Pedro Liébana se encargaría de que la crónica de la inauguración formara parte de la edición del miércoles.

Aquella noche, estaba excitada por ver esa función. Nunca había ido a un circo. Doña Pilar me había contado que en él se veían bestias y gentes capaces de hacer cualquier tipo de acrobacia en el aire. También personajes siniestros que podían tener desde dos cabezas hasta las piernas deformes, obligándolos a caminar como un perro o un corcel. Incluso me había avisado: «¡Recuerdo a una mujer con barba, niña, con pelo en la cara, como un hombre!». Tenía un nudo en el estómago, cual chiquilla de seis años. La variedad de locales, salones y teatros que confluían en la calle Alcalá hacía de ella una arteria viva y llena de movimiento. Desde el coche, intentaba registrar en mi memoria todas aquellas impresiones para, después, formar mi crónica. Pronto llegamos a la calle Tetuán, donde se erigía el edificio del Frontón Central, convertido en circo al ponerse el sol. Era una imponente edificación, sencilla pero carismática, decorada con un sinfín de cristalerías que no dejaban escapar ningún secreto de lo que allí sucedería. Don José Carlos paró el coche y Francisco se bajó para reunirse con su amigo don Mariano, director artístico de toda aquella exhibición.

—Señoras, acompáñenme. Entraremos por la puerta de la calle de la Salud para acomodarnos más fácilmente —nos dijo Francisco.

Lo seguimos, sin discutir, dejando atrás a la multitud que nos observaba desconcertada. Al entrar, el olor a caballerizas y heces cobró un total protagonismo. Mi madrina, asqueada, se tapaba la nariz con un pañuelo mientras avanzábamos por aquellos corredores ocultos al gran público. Sus protestas no se mantuvieron durante mucho rato porque, enseguida, salimos al graderío que habían construido en medio del frontón. Era una suerte de hemiciclo compuesto por numerosas butacas individuales, protegido en los extremos de los lados y del fondo por una baranda de madera. Los asistentes más previsores ya habían encontrado un asiento en el que colocarse y

esperaban a que diera comienzo el acto. Las damas se abanicaban y charlaban, mientras que los hombres fumaban y comentaban la excepcional transformación del lugar, señalando aquí y allá. Con cuidado de no caernos, seguimos a Francisco hasta nuestras fantásticas localidades. Para mí, el espectáculo ya había empezado. El desfile de parejas de toda clase entrando en el recinto era, en sí mismo, el prólogo perfecto para el circo. Había tejidos de todo tipo flotando por las gradas, mujeres exquisitas, hombres poderosos, jóvenes que habían utilizado los cuatro duros que tenían para invitar a sus novias a aquel estreno. El personal de la empresa guiaba al público para que no se amontonase impidiendo el paso a los de atrás. Era una coordinada coreografía diseñada para que cada cual hallase su sitio, su papel en aquella noche. Los murmullos adquirían, unidos, un nivel superior, un estatus coral que adornaba la espera que acompañaba a los artistas en sus últimos minutos entre aquellas novedosas y provisionales bambalinas. Imaginaba a las bestias detrás de los muros que las escondían del terror del gentío, presas en jaulas que les habían arrebatado la libertad a cambio de la fortuna de la fama. Cada vez estaba más ansiosa.

—Buenas noches, doña Manuela, don Francisco, señorita Elisa —saludó doña Concepción Segarra.

Ella y don Amancio Ballester acababan de llegar.

—¡Qué barbaridad! Estoy abrumada. Qué éxito de convocatoria —valoró.

—Sí, según me ha comentado don Mariano, el director y promotor de esta idea, las localidades están agotadas. Ha superado sus propias expectativas —contó Francisco.

—Esperemos que no nos hayan vendido humo —opinó don Amancio.

—No se preocupe, don Amancio. Don Mariano es un buen amigo y confío en su palabra.

A los escasos minutos, los señores Salamanca-Trillo y los señores Gabaldón también nos acompañaron. Todos coincidíamos en nuestra curiosidad por descubrir cómo sería aquella novedosa función.

—Leí el otro día que iba a actuar un conocido domador —dijo doña Eugenia.

—Quizá hayan traído un elefante. En una ocasión, fui a un circo en el que había uno. Fue impresionante —añadió doña María Elena.

—¿Un elefante? ¿Creen que estará ahí detrás? —pregunté.

—¿Quién sabe? Es un misterio lo que son capaces de domar este tipo de

artistas —respondió doña María Elena.

—Lo que es innegable es el fantástico trabajo de arquitectura que ha hecho el muchacho del señor Arniches —valoró don Amancio, admirado—. Hace tiempo que no sé de él, doña Manuela. ¿Recuerda cuando nos reuníamos...?

—Sí, un trabajo excepcional —respondió ella con una mueca.

Observé aquel diálogo silencioso. ¿Qué diantres pretendía ocultarme?

—A todo esto, ¿no han venido don Ernesto y doña Cristina? —preguntó mi madrina, con la firme intención de virar el sentido de la charla.

—Dijeron que acudirían —respondió don Tomás.

Todos lanzamos una fugaz mirada a la multitud, órdago para captar la presencia de nuestros últimos conocidos. Por más que repasé a los asistentes, no identifiqué a una pareja como ellos.

—Esperen, sí, ahí viene don Ernesto. Pero no viene con doña Cristina. ¿Quién será? —indicó don Tomás, el más hábil de todos, al parecer.

Rápidamente, logré rescatar su imagen de entre todas aquellas caras y sombreros. En efecto, no venía acompañado de doña Cristina. Un hombre, de semblante serio, conversaba con él. Don Ernesto parecía entusiasmado con el diálogo que mantenían, pero pronto se dio cuenta de que todos aguardábamos una presentación.

—Buenas noches, amigos míos —nos saludó.

—Buenas noches, don Ernesto. ¿No ha venido doña Cristina con usted? —preguntó doña Eugenia, nada partidaria de la cautela.

—No, mi querida esposa se ha sentido algo indispuesta y me ha pedido que la disculpemos esta noche. Se ha quedado en casa descansando. Mas ha dado la casualidad de que, esta misma tarde, he recibido una agradable visita y la he invitado a que se uniera. Les presento al señor Olivier Pascal. Es redactor en el periódico *Le Figaro*, de París.

El exotismo de su procedencia provocó una reacción simultánea por la que todos respondimos un armónico: «Mucho gusto, señor Pascal».

—Es un verdadero placer poder acompañarlos, señores —respondió con amabilidad.

Su español era perfecto, con un suave acento francés, vago, que no destacaba en exceso.

—El señor Pascal acaba de llegar a Madrid y, bien recomendado por uno de sus directores, el señor Robert de Flers, ha venido a *El Demócrata* a conocernos. Aún me parece mentira que haga más de nueve años que no veo

al señor De Flers. La última vez fue en el estreno de aquella obra...

—*L'habit vert* —completó su nuevo amigo—. Sí, me lo comentó en una de sus cartas. Al parecer, los dos ven igualmente inaceptable que no se hayan podido ver desde entonces —añadió, divertido.

—Sí, pero, ya sabe, fue antes de la guerra y después todo se complicó. Aun así, nos hemos mantenido al tanto de nuestros progresos. Y me alegra que haya servido para conocer a un joven tan talentoso como usted —aseguró don Ernesto, dándole un golpecito en la espalda.

—Qué interesante. En ese caso, señor Pascal, bienvenido a Madrid —dijo Francisco.

—¿Había estado aquí con anterioridad? —se interesó don Tomás.

—No, no. Es la primera vez que visito Madrid —respondió él.

—Seguro que le conquista; no es una ciudad fácil, pero sus contrastes son tan pintorescos como desconcertantes. Aunque viniendo de París, no creo que nada logre sorprenderle —valoró doña María Elena.

El señor Pascal asentía, amable, a todas las promesas de sus interlocutores.

—¿Cuánto tiempo tiene pensado quedarse? —dijo Francisco.

—Pues me han destinado aquí como corresponsal. En principio serán unos meses, pero todo depende de las necesidades informativas del periódico. Ya sabe, la vida del periodista.

Las luces se atenuaron avisando al público de que debíamos tomar asiento y atender a lo que estaba a punto de ocurrir. Un gran foco alumbró la orquesta de aquel teatro improvisado que recordaba a las construcciones griegas. El maestro de ceremonias enseguida salió a la arena para agradecernos nuestra presencia en tan destacada fecha. Con sus palabras resonando de fondo, la curiosidad me llevó a echar un último vistazo a aquel joven francés. Tenía el cabello castaño claro, peinado con clase, y un cuidado bigote. No quitaba la vista de lo que acontecía en el escenario, pero sintiéndose observado, viró la dirección de su mirada, un segundo, hacia donde yo estaba. Me escondí detrás de mi madrina, sentada a mi lado.

Pronto salieron los primeros artistas a deleitarnos con aquellas peripecias que solo ellos eran capaces de ejecutar. No tardé en darme cuenta de que el circo era un caleidoscopio de excentricidades, en el que se enlazaban las escenas más cómicas con las más grotescas. Así, entraron a escena la *troupe* Junetros y Les Pomi —un dúo formado por una altanera dama y un trapealista — seguidos por las hermanas Garay, el formidable Ripeis, un ciclista de

altura, y los acróbatas Asgards. Mis ojos eran incapaces de entender cómo aquellos podían volar, girar en el aire contra las propias leyes de la gravedad. Sus cuerpos dibujaban formas inimaginables en un vals en el que el equilibrio era el único con potestad para dar el permiso de continuar. Finas líneas, que podían ser cuerdas, manos de otro acróbata, pequeñas superficies e incluso hombros eran el único apoyo que el artista tenía para ejecutar su voltereta, su salto, su obra maestra. Eran magos de la elasticidad, de la propulsión, de la ausencia de miedo a desplomarse, a retomar el sentido de la física y descender sin preaviso. Con cada movimiento, el público se estremecía, inmerso en la realidad diaria en la que nada de aquello era factible si no perdías la cabeza —y las piernas, en un descuido—. No obstante, los acróbatas no celebraban sus triunfos; eran lo normal, lo común. Aterrizar no era un regalo, era el final de un trabajo bien hecho. Y después, los aplausos.

Para aligerar la tensión con la que asistíamos a cada uno de los números preparados para aquella función inaugural, intervenían personajes algo menos excepcionales, pero igual de meritorios en lo que al divertimento se refería. Era el caso de los parodistas Flippo y Seiffert. Dos personajes ataviados con las ropas más ridículas que jamás había visto. Forzaban sus caras para ofrecernos muecas desternillantes y escenificaban, sin palabras, chistosas tesituras que se solventaban con acciones disparatadas. Francisco no podía parar de reír con ellos. Sin embargo, a mí lo que más me fascinó fue la excepcional actuación del domador Fortunio. Él solo ante cuatro fieras, cuatro leones. Lo que en otras circunstancias hubiera sido un despropósito, un comportamiento suicida, entre aquellas paredes cobraba sentido. El domador lograba extasiar a las bestias, guiarlas hacia donde él quería, torearlas para que se convirtieran en verdaderos artistas de aquel espectáculo. Los leones perdían fiereza, pero ganaban en singularidad, convirtiéndose en los mamíferos más insólitos del reino animal. De hecho, aquel hipnotizador poder era una suerte de fuerza que contravenía las mismas normas de la naturaleza. O quizá no. Dos depredadores jugando unidos a simular excepción, magia, brujería, seducción. Mis manos ovacionaron aquel número. «Increíble», juzgué. Cuando fue acercándose a su fin, no pude más que llegar a la conclusión de que toda aquella exhibición era un festival de límites, una prueba constante en contra de lo establecido, un grito a que nada era lo que parecía en el mundo real. Hombres enanos, semejantes a los duendes de los cuentos románticos; mujeres más altas que un gigante; personas capaces de

retorcer sus articulaciones hasta la demencia; animales, cuyo impulso natural sería defenderse, accediendo a aquel baile de extremos, de extravagancia. Todo era un sinsentido, un canto a la anormalidad, interpretado del modo más bello posible.

El circo me había enamorado. No así a mi madrina, quien opinaba que aquello «era un invento del demonio». Su abanico aleteaba, una y otra vez, sirviendo de refuerzo en sus valoraciones, poco amables con los artistas. Con miramiento, fuimos descendiendo por el graderío en dirección a la salida. Francisco volvió a reunirse con su amigo, felicitándole por tan sensacional puesta en escena. «Pueden repetir siempre que gusten», nos indicó a todos. Doña María Elena y doña Eugenia admiraban las piruetas que habían contemplado minutos atrás y probaban a explicar el modo de llevarlas a cabo sin perder la vida en el intento. Los hombres, más adelante, charlaban animados con sus fieles puros en la mano. Recordé el sabor de aquel cigarro impregnando las paredes de mi esófago y garganta cuando hube de catarlo vestida como Pedro Liébana. Cuando llegamos a los coches, nos fuimos despidiendo, prometiendo vernos en los próximos días.

—Señor Pascal, ¿quiere que le lleve a su alojamiento? —preguntó don Ernesto.

—No se preocupe, don Ernesto. Iré caminando. Me vendrá bien dar un paseo y empezar a conocer las calles madrileñas.

—Está bien, como usted prefiera.

—Voy a morir congelada —se quejó mi madrina con, hay que decirlo, bastante acierto. Esperábamos a Francisco, que seguía con don Mariano, cerrando algún negocio.

Cuando mi prometido se reunió con nosotros, don Ernesto dio por concluida su presencia y el señor Pascal hizo lo mismo. Cortés, nos dio las gracias por nuestra agradable compañía y se marchó. Durante un momento, atendí cómo se alejaba, despreocupado, dejando atrás sus magníficos modales y su atenta actitud. Por un lado, su presencia me agradaba, no se asemejaba a nadie que hubiera conocido antes, pero su repentina amistad con don Ernesto me incomodaba.

—Vamos, niña, que no tenemos toda la noche —me indicó mi madrina.

—Por supuesto, disculpe—respondí, metiéndome en el vehículo.

Al llegar a mi habitación, estaba tan emocionada con todo lo que había visto que, tras vestirme con ropa de noche, me escapé a la sala de lectura y

comencé a escribir la crónica que mi mente había ido elaborando. Lo relaté todo: las acrobacias, las volteretas, la locura, los gestos de los payasos, las bestias, los aplausos e incluso el concentrado olor a animales que se escapaba por las rendijas que separaban el mundo circense de la realidad. Describí los brillantes vestuarios de los artistas con sumo detalle y dejé los precisos cabos sueltos para que fueran mis lectores los que terminaran de esculpir la escena, al completo, acudiendo al antiguo Gran Kursaal. Ni siquiera me di cuenta de que las agujas del reloj continuaban su camino, solo me percaté cuando el ruido del rodillo, en la última línea, me recordó al del reloj de pared de la salita. Eché un vistazo por la ventana, que ya recogía los primeros rayos de sol del amanecer, y agarré mi hoja de papel. Sigilosamente, volví a mi cuarto, deseando que el día se retrasara, que la noche se dilatase, permitiendo que el sueño me acompañara durante un rato más largo del que quedaba.

Capítulo 6

Los días en que la señora Idiazábal se ausentaba de su lugar de trabajo, aunque no eran muchos, suponían una doble carga para mí. De pronto, mi nombre era lo que más se escuchaba en la redacción. «Señorita Elisa, recoja el recado de la agencia Fabra», «Señorita Elisa, reparta el correo», «Señorita Elisa, tome nota de estos recados y vaya a comprarlos», «Señorita Elisa, atiende al teléfono, Simón está fuera», «Señorita Elisa, ¿podría llamar al fontanero?», «Señorita Elisa, tenemos que repasar los libros de contabilidad», «Señorita Elisa, ¿ha visto a López?». . . Todos aquellos encargos me hacían pasar la jornada dando tumbos, de un lado para otro, con objeto de cumplimentar todas mis tareas con diligencia. Doña Carmen era una mujer poco común, con más interés en los hombres que en ella misma, pero, aquellos días, la extrañaba. Tras entregar las informaciones de Fabra a los redactores, dar a cada uno su correspondencia, atender unas cinco llamadas de teléfono, solicitar la visita del fontanero, revisar los documentos contables con el señor Villarroy, responder a todo el mundo si había visto al uno o al otro e ir a comprar algunos materiales de oficina que nos hacían falta — además de llevar los zapatos tronchados de Morales al zapatero—, logré sentarme un momento en mi escritorio. A los pocos minutos, tuve que dejar en el despacho de don Ernesto los artículos de los colaboradores para su aprobación, pero después me volví a acomodar y continué con mis labores, algo más tranquila.

—Buenos días —me saludó alguien desde la puerta que separaba la secretaría de la redacción.

Era aquel redactor de *Le Figaro*, el señor Pascal. Con su sombrero en la mano, aguardaba alguna señal que le permitiera el paso a aquella otra zona del periódico. Ante mi silencio, optó por proporcionarme más datos acerca de su visita.

—He venido a ver a don Ernesto. ¿Podría avisarle de que estoy aquí? —me

dijo.

—Sí, aunque tendrá que esperar. Ahora está muy ocupado. Tome asiento —le indiqué, señalando una silla que había a uno de los lados de la puerta.

Atisbó el indicado asiento y, sin discutir, se sentó. No tenía idea de por qué había mentido, pero quería examinarlo con más detenimiento. Además, no le vendría nada mal saber quién tenía el poder en *El Demócrata*. Quizá yo pudiera parecerle una chiquilla indefensa, pero detrás de mi apariencia inofensiva se hallaba el redactor con mayor proyección de la plantilla. Sutilmente, simulando que, en realidad, organizaba unos papeles con total dedicación, fui lanzando miradas inquisitivas. Su pelo era más claro de lo que había percibido hacía tres noches en el circo, pero estaba bien peinado y su bigote afeitado y definido. Su ropa era de mediana calidad, sin solapas ni chaquetas con bordados o ribetes, solo prendas que le conferían una imagen decente pero sin grandes lujos. Sus zapatos estaban resplandecientes. Y sus ojos, azul intenso. Aparté la vista. Continué con mi quehacer. De reojo, advertí cómo alcanzaba uno de los periódicos que yacían sobre la mesa de doña Carmen. Entretenido, empezó a leerlo. De pronto, decidió compartir una reflexión en voz alta.

—A juzgar por la crónica de ayer sobre el circo, apostaría que don Pedro Liébana estuvo también en la inauguración. Una pena no haberlo conocido entonces. Me ha dicho don Ernesto que es un prometedor redactor de *El Demócrata*.

—Lo es. Tiene un gran talento escribiendo —espeté, reafirmando mi terreno cual bestia salvaje.

—Aunque algo peculiar..., ¿no es así?

—No, no lo creo. Es un hombre ocupado, no le gustan las formalidades ni la rutina de una redacción. Yo lo llamaría... interesante.

El señor Pascal asintió con un semblante que dejaba patente que no creía mis palabras.

—¿Cree que le queda mucho a don Ernesto? Si no, puedo venir en otro momento.

—No. Es decir, hoy va a estar ocupado todo el día. Aguarde un poco más, estoy segura de que lo atenderá en un rato.

Peculiar. ¿Eso era lo que don Ernesto andaba diciendo de mí, de Pedro Liébana, su mejor cronista? Dejé pasar los minutos como una tortura silenciosa cuyo objetivo era sacar de quicio a aquel periodistilla francés. Y,

en parte, lo conseguí. Fui viendo cómo su serenidad inicial se tornaba en impaciencia, acrecentada por el soniquete del reloj. Cambiaba de postura, se levantaba, releía el periódico y me contemplaba. Yo, conocedora de la autoridad que me había otorgado a mí misma —aprovechando la ausencia de doña Carmen—, organizaba mis documentos y transcribía a máquina algunos escritos, rogando por que aquel hombre se marchara de la oficina y no volviera a aparecer por allí.

—Elisa, querida, ¿podrías...? —comenzó don Ernesto abriendo la puerta de su despacho—. ¡Señor Pascal! ¡Qué sorpresa! ¡Qué hace ahí sentado? ¡Pase, pase, por favor!

—Buenos días, don Ernesto. Su diligente secretaria ha tenido el acierto de evitar que le interrumpiera en su ajetreado día.

—¿Ajetreado? No diga tonterías. Para el amigo de un amigo siempre hay tiempo. Elisa, querida, al señor Pascal no. Cuando te digo que no me molesten, me refiero a los bribones de ahí fuera.

—De acuerdo, don Ernesto. Disculpe, señor Pascal. Me faltó ese matiz —respondí, haciéndoles creer que todo había sido a causa de mi torpeza.

—Discúlpela, hoy no ha venido su superiora, doña Carmen Idiazábal. Y ya sabe, a veces las muchachas se desorientan un poco si falta la guía —escuchaba que le decía don Ernesto mientras entraban en la oficina.

Fruncí el ceño, furiosa por que mi maquinación solo hubiera servido para hacerme quedar como una niña inepta, y dejé caer el montón de hojas que sostenía entre las manos sobre mi escritorio.

Las risas brotando por detrás de la maciza puerta del despacho del director me irritaban. ¿De qué hablarían? Seguramente de todas aquellas cuestiones que yo no podía tratar con don Ernesto. Pedro Liébana era un buen personaje, pero tenía grandes carencias de las que yo era consciente. Por ejemplo, no poder sentarme en aquella oficina de forma habitual con don Ernesto para parlotear de cualquier asunto, sin temor a que identificase en mí algún rasgo familiar, sin mentirle, sin construir patrañas con cada frase que emanaba de mi boca, sin fingir ser otra persona. Aquel don Olivier Pascal solo tenía que dejarse caer por allí, con su encanto y su supuesto ingenio, para ser recibido con los brazos abiertos por el señor Rodríguez de Aranda. Cuando ya me encontraba recogiendo mis bártulos, dispuesta a irme a la casona para comer, los dos salieron de la oficina con aquellas incesantes carcajadas y buenos comentarios.

—Quedamos pues de ese modo, señor Pascal. Nos vemos en unos días — se despidió don Ernesto.

—Así es. Y gracias de nuevo por su hospitalidad —contestó el otro—. Hasta pronto.

Al tiempo que se colocaba su sombrero, y pasaba por delante de mi mesa, me miró y me dijo:

—Ha sido un placer, señorita Elisa. Hasta más ver.

A juzgar por la expresión de su rostro, parecía sincero.

—Hasta pronto, señor Pascal —contesté.

Nos habíamos reunido en el salón de té de El Riojano, en la calle Mayor, para merendar. Eran los últimos meses de la señorita Henderson en Madrid ya que al finalizar el curso marcharía a Massachusetts, donde terminaría sus estudios de Derecho. De todas las delicias que había probado, los dulces de aquella confitería —creada por el pastelero de la mismísima reina María Cristina de Habsburgo— eran sus preferidos. Compartía gusto con el padre de Benedetta, don Giancarlo, cliente habitual y gracias al cual nos reservaban, de vez en cuando, uno de los dos veladores que habilitaban para los parroquianos más selectos. Allí incluso había participado en alguna tertulia don Jacinto Benavente, recientemente galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Adentrarse en aquella recatada pastelería era un verdadero deleite para la vista y el paladar.

La magnífica madera de caoba cubana, los mármoles de Carrara, los estucados que contemplaban a los clientes desde el techo y las hermosas lámparas elevaban la belleza y distinción de la confitería, adelantando lo que luego confirmarían los manjares, que esperaban a ser adquiridos en las fantásticas vitrinas y en platos cubiertos por tapas de cristal. El olor a pan y bollería recién hecha, en aquel horno de leña que tantas alegrías daba a los madrileños, hacía que todo el que cruzase el umbral quedara embriagado por un aroma acogedor, entrañable, delicioso y dulzón. Entre los méritos de aquel obrador estaba el haber ideado unos pastelitos especiales en honor de su majestad don Alfonso XIII para que, de niño, se mantuviera despierto en las sesiones parlamentarias a las que debía acudir. Agnes mordió uno de aquellos bartolillos, dejando que la crema la extasiara. Sin dejar de saborear aquella

delicia, nos contó que se estaba viendo con un pintor, ante la total estupefacción de Benedetta, que no aprobaba tal conducta. Lancé una mirada a Catalina. Ella se mantenía impassible, como si la noticia de que Agnes anduviera intimando con muchachos sin estar casada fuera lo más normal del mundo.

—Yo no podría. Terminarás quedándote preñada de un indeseado — advirtió Benedetta.

—Eso si no la expulsan antes de la residencia... —apuntó Catalina.

—Vamos, queridas, estamos en 1923. Muchas mujeres prueban a conocer a distintos hombres antes de escoger al indicado. Quizá no en vuestro mundo, pero es algo que ocurre más de lo que imaginaríais.

—Lo de «muchas» seguro que es fácilmente refutable —opiné.

—Y qué más da cuántas sean. No hay nada de malo en sentir, en disfrutar, en dejar que un hombre te seduzca hasta perder la razón.

Sus palabras siempre quedaban bien, se mantenían flotando en el aire que nos distanciaba a las unas de las otras, dejando que nos rondasen como fantasmas, como monstruos de una modernidad para la que no nos habían educado.

—*Anyway*, vosotras os lo perdéis. Mientras tanto, yo seguiré disfrutando de estos pastelitos deliciosos y de mi apuesto y perturbado pintor.

Catalina se había quedado extasiada, contemplando cómo los clientes del otro velador pagaban, religiosamente, por lo consumido. El juego de monedas captó su atención, que solía vagar por desconocidos derroteros en cuanto perdía el interés en la conversación.

—Catalina, ¿quieres más té? —insistí.

—Disculpa, Elisa. No, gracias. Así está bien.

—¿En qué piensas? Parece que hayas visto a un ángel —señaló Benedetta.

—Pensaba en el dinero y su valor. Me resulta intrigante cómo puede oscilar en función de las circunstancias. Hoy esta peseta vale más, mañana quizá menos... —reflexionó cogiendo una de las monedas de su carterita.

—Pamplinas, el dinero vale lo que vale, Catalina —discutió Benedetta.

—Te equivocas, querida amiga. Existen fenómenos por los cuales esta peseta puede valer la mitad de lo que vale hoy o el doble. Todo depende del precio del dinero. Hace poco leí que en Alemania, tras la guerra, los billetes y las monedas fueron perdiendo su valor debido a la inflación. El último dato que se conocía, cuando escribieron el artículo, era que un dólar se cambiaba

por más de cuarenta mil marcos. ¿Podéis imaginarlo? Sobrecogedor... —contó Catalina.

—Si aquí ocurriera, nos volveríamos locos. Deberíamos llevar enormes portamonedas —me figuré.

—Ese país está destinado al más absoluto de los fracasos. Nadie con una moneda tan débil puede resurgir de sus cenizas —añadió Agnes.

—Pase lo que pase, me sigue resultando inquietante cómo esas leyes invisibles mueven lo que para nosotros significan los bienes materiales. Es decir, sucede con los objetos más absurdos. Un día un vestido es la prenda que más te agrada del mundo y al siguiente no deseas usarlo más. Ocurre lo mismo con el dinero, pero, en ese caso, las decisiones se escapan a nuestro control. Son la confluencia de numerosos factores dando como resultado una nueva existencia, diferente, terriblemente contingente.

—Puede que así sea, pero los factores a los que haces alusión son decisiones humanas en su mayoría. Al igual que comenzamos a detestar nuestro traje preferido como consecuencia de nuestras decisiones, nuestra evolución y nuestro entorno, las leyes monetarias varían en función de otros condicionamientos, igualmente terrenales y físicos —sostuve.

—Yo creo que ambas tenéis razón. Todo lo que se modifica tiene una causa. La verdadera cuestión es, al margen de que esta sea humana, ¿quiénes son los que la controlan? ¿Los gobiernos? ¿La sociedad? ¿Los poderes fácticos? —apuntó Agnes.

—A mi parecer, dedicáis demasiado tiempo a divagar sobre asuntos que nada tienen que ver con nosotras. ¿A quién diantres le importa quién mueve las manecillas del universo? —preguntó Benedetta.

—A mí me importa —respondí.

—Y a mí —susurró Catalina pretendiendo no ofender a nuestra amiga.

—Pues, disculpadme, yo prefiero vivir en la más absoluta ignorancia. No veo qué bien puede hacerme el elucubrar acerca de leyes invisibles y enrevesados poderes.

—Quizá vivas más tranquila, pero poca verdad habrá en tu mundo —espeté ante la intransigente conducta de Benedetta.

—No creo que seas la más indicada para hablar de verdades y mentiras, Elisa —contestó.

Había mucha razón en su respuesta. ¿Qué podía añadir? Catalina nos instó a que dejáramos aquella disputa en la que mis ansias por saber se enfrentaban

al apego a la ignorancia que ella defendía. Tras un poco más de coloquio en torno a aquellas tazas de té y aquellos magníficos dulces, la señorita Henderson y Benedetta se marcharon a sus respectivos compromisos. El nacimiento del segundo retoño de los De Lucca era inminente y, al igual que sucedió con la llegada del pequeño Nicola, Benedetta estaba más irritable que de costumbre. Catalina me ofreció dar un paseo antes de despedirnos y acepté.

Bajando por la calle Mayor, hogar de comercios de toda clase, arribamos a la Puerta del Sol. Adoraba el modo en que todo parecía confluír allí, entre aquellos edificios que, encarados, formaban una espaciosa plaza en la que tranvías, coches y simones se diluían en una mezcla perfecta de tradición y modernidad. En su periferia, en las faldas de los inmuebles, los mejores cafés daban abrigo a los vecinos de la Villa. Allí estaban el Café Universal, el Café de la Montaña o el Café Imperial, que vigilaban el tránsito de las gentes, hormigas que cruzaban, deambulaban, aguardaban al próximo tren o descendían a ese otro Madrid existente bajo la tierra, gracias al templo del metropolitano que se levantaba en el punto central de la plaza. Circular por la Puerta del Sol era un verdadero desafío, pues debías esquivar todo tipo de vehículos, mas la amalgama de sonidos, capelinas y bombines entrecruzándose reflejaba una bella postal para grabar en la memoria.

Después, continuamos por la calle Montera hasta llegar a la Red de San Luis, punto en el que la avenida del Conde de Peñalver terminaba, entregándole el testigo a esa segunda avenida en construcción. Ambas eran parte del proyecto para crear una enorme vía que cruzase el centro de la ciudad. En aquella amplia calle, los edificios parecían retar a los de la acera contraria en una lucha por ver cuál era el más señorial, el que tenía mejor azotea, más ventanas, balaustradas más hermosas en sus balcones, más presencia en aquel duelo que comenzaba y terminaba en las márgenes de la calzada. Los murmullos de los viandantes que por allí paseaban arrullaban cada esquina, alternándose con el golpeteo de los picos y los martillos, afanados en erigir el siguiente monumento en forma de inmueble. Y es que, por aquellos años, aquella vía era un montón de andamios desdibujados en un horizonte que se alejaba, con cada demolición y cada ladrillo, del Madrid que se conocía para dar la bienvenida a uno nuevo, más burgués, más higiénico, más elegante. Solo ciertas personalidades conocían, con exactitud, cuáles eran los pasos que se seguirían cuando todas aquellas viviendas quedaran

concluidas. El resto debíamos contentarnos con adivinar hacia dónde crecían aquellas avenidas y dejar que los recién inaugurados comercios se tornasen fundamentales en nuestras compras. Y no eran pocos. La avenida del Conde de Peñalver podía jactarse de tener las joyerías más refinadas de la ciudad: Aleixandre, Perera, Aldao... Allí acudíamos a dejarnos embelesar por sus primorosas gargantillas y sus majestuosos broches.

—¿Y quién es ese tal don Olivier Pascal? —se interesó Catalina.

—Un periodista de *Le Figaro* y el nuevo redactor preferido de don Ernesto.

—¡Qué interesante! —exclamó ella.

—No comprendo por qué ha tenido que venir a Madrid. Y encima, el otro día me pareció escuchar que se quedará unos meses. ¿Puedes creerlo? ¡Justo ahora! Cuando don Ernesto había dejado de hacer preguntas incómodas acerca de don Pedro Liébana y había empezado a valorarlo.

—Espera un momento, Elisa. ¿Qué tiene que ver el señor Pascal con tu secreto? ¿Acaso no es posible que coexistáis en el círculo de redactores de don Ernesto?

—No. Y espero que no se quede mucho tiempo. Tendrías que ver a don Ernesto. No deja de agasajarlo, invitándolo a colaborar en *El Demócrata* cuando lo desee, presentándole a todas sus amistades. Hoy mismo va a celebrar una recepción en su casa y ¿quién es el invitado de honor? ¡El maldito señor Pascal!

—Pienso que te estás anticipando. Es lógico que don Ernesto lo atienda e intente que se integre en el ámbito periodístico. Con Pedro Liébana también fue hospitalario, recuerda la cena a la que te convidó —apuntó la sabia Catalina.

Permanecí en silencio un momento.

—Quizá tengas razón.

—En esta ocasión, querida, la tengo.

Me cogió de la mano y me la apretó, haciendo que parásemos de caminar.

—Elisa, la inseguridad no puede nublarle el juicio. Como bien has sugerido, solo la prudencia y el trabajo harán que Pedro Liébana siga siendo la firma estrella de *El Demócrata*. Si actúas movida por los celos, alguien terminará por detectar anomalías en tu comportamiento y tu segunda identidad podría correr peligro.

—De acuerdo...

—Así que, en la recepción de hoy, respira hondo e intenta ver al señor Pascal desde los ojos de Elisa y no desde los de don Pedro Liébana. ¿Me lo prometes?

Asentí, a sabiendas de que aquello me costaría horrores. Desde hacía meses, ya no era solo Elisa Montero, también habitaba dentro de mí don Pedro Liébana, con su ego, sus dudas y su competitividad.

La celebración en casa de los señores Rodríguez de Aranda fue un desfile de gentileza y ostentación a partes iguales. Nada a lo que no nos tuvieran acostumbrados. Don Ernesto había invitado a sus amistades más cercanas y también a algunos redactores, directores y propietarios de periódicos. Yo acudí en compañía de mi madrina, dado que Francisco se había marchado, una vez más, a Inglaterra con don Luis. Sin embargo, nada más ser recibidas por la afable doncella de los señores Rodríguez de Aranda, se unió a la conversación de doña Concepción Segarra y doña María Elena Gonsálvez, y se olvidó de que yo también había entrado con ella. Tras dar mi abrigo a la muchacha, avancé por el salón y traté de identificar quién había acudido. Los asistentes se habían ido agrupando, formando conversaciones de diversa índole.

—Elisa, querida, disculpa que no me detenga. Debo ir a dar unos avisos a la cocina. Ernesto está entusiasmado con esta celebración y ese joven francés. Te veo más tarde —me dijo doña Cristina.

—No se preocupe, luego charlamos tranquilamente —prometí.

—Don Jacinto, por favor, sirva una bebida a la señorita Elisa —pidió a uno de sus camareros.

Obediente, aquel uniformado mozo me ofreció una copa de *champagne*. La cogí y di un sorbo. Me paseé, prosiguiendo con aquella labor de reconocimiento. Entonces vi aquel selecto círculo en el que todos atendían a las explicaciones del recién llegado. Reían con sus ocurrencias y se interesaban por los relatos que iba compartiendo con aquel agradecido público. Di otro sorbo.

—Elisa, qué bien que hayas venido —me saludó, de golpe, Benedetta.

—Benedetta, qué susto me has dado.

—Disculpa... Oye, perdóname por lo de antes. No quería llamarte

mentirosa..., ya sabes...

—No te preocupes. Soy una mentirosa —respondí sin dejar de mirar a aquel grupo.

—Bueno, ya, pero no creo que deba ser yo la que te lo diga.

Benedetta continuó hablando, alegre por haber podido asistir junto a su padre a aquella velada. No eran muchos los días en los que padre e hija gozaban de planes en exclusividad. Sin embargo, la curiosidad me impedía continuar con aquella conversación. Tenía que aproximarme más a mi contrincante, procurar que el nombre de Pedro Liébana se escuchase, de vez en cuando, para que no cayera en el olvido. Le había prometido a Catalina que intentaría dejar a un lado a mi *alter ego* periodístico; sin embargo, no veía nada malo en marcar su terreno y defender sus intereses como la señorita Elisa. Agarré a Benedetta y me siguió por toda la sala, desubicada, hasta reunirnos con aquel conjunto de invitados que parloteaban sin parar. Entre ellos se hallaba don Ernesto, don Tomás Salamanca-Trillo; don Nicolás María de Urgoiti —director de La Papelera Española y fundador de los periódicos *La Voz* y *El Sol*, nacidos en los últimos años—; el señor Juan March y su esposa, doña Leonor Servera; don Torcuato Luca de Tena —fundador de la revista *Blanco y Negro* y el *ABC*—; don Hernando Gabaldón y doña Eugenia Abad; don José Francos Rodríguez —presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid—; y don Graciano Atienza, reconocido periodista y político. No dejaba de ser curioso cómo, en aquellas fiestas, los que se batían a diario en aquella pugna por cautivar a los lectores dialogaban como buenos allegados. Benedetta no sabía con certeza por qué nos habíamos incorporado, pero se limitó a seguir mis indicaciones. Al irrumpir en el monólogo que estaba protagonizando el señor Pascal, este nos observó efímeramente, desconcentrándose un segundo, pero enseguida continuó, recuperando el control.

—Lo cierto es que la situación allí es tensa. Muchos en Francia consideran que ha sido una medida precipitada, movida por intereses de índole territorial más que por una cuestión de desobediencia —comentaba.

—¿Y cuánto tiempo ha estado cubriendo la ocupación del distrito del Ruhr? —se interesó el señor Atienza.

—Apenas diez días. Después, mi periódico consideró que era preciso hacer una reestructuración de las corresponsalías. La información de España, como país vecino, es relevante para Francia y querían tener a una persona de

confianza en Madrid para recibir las noticias y crónicas desde primera línea. Máxime si tenemos en cuenta todo el revuelo que está habiendo con la guerra africana. Marruecos es clave para mi país, como entenderán.

—Por supuesto. Ha tomado una gran decisión su director. Con nosotros ha colaborado para *El Sol* desde París, como corresponsal, el señor Corpus Barga. Quizá le haya conocido allí —comentó el señor De Urgoiti.

—No, no he tenido el placer. Pero sé de buena tinta que varios redactores de mi periódico son buenos amigos suyos.

—Recuerdo haber coincidido con el señor De Flers en mi último viaje a París. Un hombre de gran talento, sin duda —respondió el director de La Papelera.

—Lo es. Gracias a él tenemos el honor de contar con este prometedor joven que, debo anunciarles, colaborará puntualmente en *El Demócrata de Madrid* —reveló don Ernesto.

—Hay que ver, don Ernesto. Usted siempre ingeniándose las para atraer nuevas firmas y elevar la competencia —bromeó el señor Francos Rodríguez.

—Señor Pascal, también puede compartir con el *ABC* los artículos que guste, los consideraremos encantados —intervino don Torcuato Luca de Tena.

—No busquen tentarlo, caballeros. El señor Pascal es hombre de palabra —afirmó don Ernesto.

—Disculpen la intromisión, pero ¿es cierto que el anterior director de su periódico fue asesinado por la esposa de un ministro? —preguntó doña Eugenia Abad.

—Sí, en efecto. Recuerdo que, por aquel entonces, yo trabajaba como aprendiz, al tiempo que continuaba con mis estudios. Fue descorazonador cuando la señora Henriette Caillaux disparó a bocajarro al señor Gaston Calmette, nuestro director.

—Terrible —opinó don Tomás.

—¿Y se conocen los motivos?

—Al parecer se habían publicado una serie de informaciones que implicaban a su marido, el ministro Joseph Caillaux, en casos de corrupción, así como cartas de amor de cuando era todavía su amante y otras tantas a su primera mujer. Henriette, presa de la rabia y de la vergüenza, decidió terminar con la vida de quien lo había promovido.

—¿Y qué sucedió? ¿La condenaron?

—No, al contrario. La absolvieron considerando que aquellas noticias habían logrado trastornarla mentalmente. En un principio hubo muchas voces críticas, pero con el estallido de la guerra la controversia se diluyó. La justicia es un retorcido juego al servicio de intereses ideológicos.

—¿Cree entonces que deberían haberla ejecutado como a María Antonieta?
—dije, tratando de ponerle en un aprieto.

—Entiendo que debería haber recibido castigo por sus actos —contestó.

—Interesante...

—No es nada que no se haga con el resto de los ciudadanos, salvo justificadas excepciones. Si cometes un asesinato, da igual que seas marqués, banquero, artista o...

—¿Mujer?

—No es lo que iba a decir, pero, evidentemente, el género no es una atenuante. Al menos, en mi opinión.

—Me resulta llamativo que el género sea o no concluyente en función de la cuestión tratada. Somos iguales ante la ley, pero no en el resto de esferas vitales —espeté y bebí otro satisfactorio sorbo de mi copa.

El resto de los presentes atendían a nuestro debate, sin mediar palabra. Benedetta me dio un codazo, rogándome que me callara.

—En fin, señor Pascal, cuéntenos más aventuras que haya vivido. ¡Es usted tan interesante! —pidió doña Leonor Servera, primera interesada en que aquel duelo se terminara, dados los rumores que circulaban sobre su persona en relación al asesinato de uno de sus amantes.

El señor Pascal se dedicó a responder a la señora Servera, extasiada con los relatos de viajes que él narraba. A pesar de su juventud, su lista de destinos, cubriendo emocionantes informaciones, era extensa. Incluso había vivido en Bruselas durante varios meses. A la charla, se unió más tarde mi madrina y también doña Cristina, más tranquila después de haber coordinado la salida de los primeros aperitivos. Compartió con los presentes anécdotas de la guerra y de sus últimos días en Alemania, cuestión que ocupaba una obligada página en todos los periódicos de España desde hacía semanas. En un momento determinado, la conversación adquirió otro cariz, cuando el propio señor Pascal preguntó por la ausencia de Pedro Liébana.

—Pensé que nos acompañaría esta noche —admitió.

—Discúlpelo, el señor Liébana es un joven muy escurridizo. Yo apenas lo he visto más de cuatro veces —contó don Ernesto.

—Me resulta curiosa la relación que tiene usted con sus redactores, don Ernesto —opinó el señor Atienza.

—He de decirle que es un caso excepcional. No toleraría su desapego si no fuera un excelente cronista. El chico vive en Barcelona, pero pasa la mayor parte del tiempo cubriendo noticias por toda la península. Su último destino fue Tenerife.

Mi pulso comenzó a acelerarse y noté cómo mis mejillas aumentaban de temperatura.

—Aun así, insisto, es preciso conocer, de cerca, a su plantilla —observó don Hernando.

—Tengo que darle la razón —añadió el señor Pascal.

—Pues yo he de discrepar. Hay un elemento inalienable en la relación de un empresario con sus empleados: la confianza —intervino el señor March.

—Estoy de acuerdo —dije.

—Yo también —me siguió Benedetta.

—Las señoritas son grandes seguidoras del señor Liébana, como podrán observar —presumió don Ernesto.

—Sí, es evidente que sienten una gran admiración por él. No veo la hora de conocerlo —confesó el señor Pascal.

Aquel irreverente periodista se estaba ganando a pulso que lo detestara. ¿Por qué tenía que incitar los titubeos de don Ernesto? ¿Acaso quería arrebatarle mi lugar en *El Demócrata*? ¡Ni por asomo! Aunque analizándolo detenidamente, al igual que yo me sentía amenazada, él también podía buscar identificar a su principal oponente en el periódico para saber a qué atenerse. Opté por retirarme en busca de una nueva copa de *champagne* y de un ápice de templanza, a poder ser. Benedetta actuaba como mi fiel sombra, consciente de que mi conducta estaba marcada por mi oculta identidad. Me atusé el pelo y me acerqué la copa a los labios.

—No soporto a ese hombre. Encantado, soy Olivier Pascal y soy la persona más interesante y con mejores historias que contar de toda Europa. Menudo tunante —comencé a imitarlo.

La cara de Benedetta no se correspondía con la que esperaba como respuesta a mis quejas. Era más un gesto de preocupación. Contemplaba algo que se encontraba detrás de mí.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Me giré. Al parecer, el señor Pascal nos había seguido, quizá buscando

algún tipo de desinteresada charla o pretendiendo disculparse por nuestra breve disputa.

—Me contenta saber que tiene tan buena opinión de mí, señorita Montero —contestó él.

No pude más que sonreír y, sosteniendo mi copa, añadir un:

—El placer es mutuo, señor Pascal.

Como buen caballero, escogió retirarse y no volver a dirigirnos la palabra en toda la noche.

—Pues es apuesto —opinó Benedetta.

—Cállate, anda. Es un usurpador —respondí airada.

Las bandas *velpeau* eran incómodas de llevar. Notaba cómo aprisionaban mis pechos, formas nada convenientes al ir vestida de hombre. Me había sentado en la cama, con aquellos calzones que me conferían un extraño aire de masculinidad, aun cuando ni siquiera me había colocado la peluca. Las semanas que sucedieron a la gran celebración en casa de los señores Rodríguez de Aranda no habían hecho más que acrecentar mi desconcierto y frustración por la presencia del señor Pascal. Desde mi mesa de secretaria, me convertía en mudo testigo de los halagos que don Ernesto, López o Morales proferían a aquel redactor extranjero. Solía visitar el periódico habitualmente, aunque no de forma diaria, y siempre que aparecía, alguno intentaba que intercediera para que lo mandaran a París o para que les contara alguna de sus correrías. Su entusiasmo era parecido al que me habían manifestado como Pedro Liébana; sin embargo, aquel nombre había comenzado a perder fuelle en favor del de Olivier Pascal. La rabia quedaba contenida en mis delicadas manos, que se cerraban en forma de puño con cada comentario o lisonja que tuviera que ver con él. Contemplé las chaquetas, pantalones y camisas que había adquirido en una sastrería de la calle Zurbano, desplegados con mimo encima de la colcha. Con aquellos ropajes parecería un verdadero galán, un cronista de altura, apto para competir con todo aquel que se me pusiera por delante. Eran un par de trajes bastante modernos, de tejido de *tweed* o franela marrón, gris y verde, compuestos por chaquetas de cuatro botones y dos grandes bolsillos, pantalones que quedaban por encima del tobillo dejando ver los calcetines y chalecos a juego. Para completarlo, un par de bombines

de fieltro pardo, un canotier de paja, unas cuantas corbatas oscuras y unos calzones.

—Debo cambiar mi estrategia, Catalina —les había dicho a mis amigas días atrás—. Ese hombre es capaz de borrar a Pedro Liébana del mapa periodístico. Él tiene acceso a los demás redactores, se reúne con ellos al caer la noche en locales en los que jamás podría entrar como Elisa.

—¿No te estás precipitando? —preguntó preocupada.

—Díselo, Benedetta. ¿A que todos están encantados con el señor Pascal?

—He de dar la razón a Elisa. El hecho de que sea francés y que escriba para *Le Figaro* le otorga una suerte de exotismo que tiene obnubilado a don Ernesto.

—*El Demócrata* no está en la élite de los matutinos y don Ernesto desea con todas sus fuerzas que, en esta década, el periódico consiga consolidarse a partir de firmas fuertes que atraigan, además, a nuevos inversores y anunciantes. La llegada de un redactor como él es una victoria para su proyecto a largo plazo. Y necesito que Pedro Liébana también forme parte de él.

—¿Y qué propones? —se interesó Catalina.

—Que Pedro Liébana se traslade a Madrid por una temporada.

—Elisa, eso supone que te dejes ver mucho más de lo que jamás planeamos.

—Soy consciente de ello, también de los riesgos.

—Que no son reducidos...

—¿Y qué puedo hacer si no? Como Elisa Montero estoy atada de pies y manos tras ese escritorio que me separa, día tras día, de la redacción.

Catalina meditó un momento.

—De acuerdo. ¿Guardas el dinero que has ido ganando con tus artículos?

—Sí, está todo debajo del colchón de mi cama.

—Lo primero que debemos hacer es comprarte ropa nueva. Seguir utilizando los trajes del hermano de Benedetta podría generar sospechas.

Era cierto. No deseaba exponerme a que las doncellas de los De Lucca se percataran de que el guardarropa de Andrea cada vez tenía menos prendas.

—Y Elisa, si comienzas a deambular como Pedro Liébana, necesitarás mejores excusas que una gripe para hacer desaparecer a Elisa. Deberás ser creíble y tus explicaciones, verosímiles —me advirtió la sabia Catalina.

—He pensado que, en esta ocasión, Pedro Liébana debe moverse por

ámbitos en los que yo no esté presente. Intentaré evitar el periódico, acudiendo directamente a cubrir noticias y eventos, salvo en casos excepcionales. Diré que soy un periodista de campo, que las oficinas no me gustan. Por suerte, en la redacción no me prestan demasiada atención, por lo que podré ausentarme de la secretaría sin grandes contratiempos. Asistiré a las cenas en casa de don Ernesto a las que no esté convidada mi madrina o a las que pueda negarme a ir. Por la noche, mientras Elisa duerma, Pedro saldrá a su encuentro con otros redactores y empresarios. Solo así podré mantenerlos a los dos habitando el mismo espacio-tiempo.

—Me hago cargo de que ya lo he mencionado en alguna ocasión, pero esto es una completa y absoluta locura —juzgó Benedetta.

Lo era. En mi nueva contienda, la voz, las muecas y los gestos no serían asunto de unas horas, debía integrarlas en mi forma de ser. Serían días, cenas y comidas en las que no podría tomarme un respiro. Pero merecía la pena.

Regresé al presente, alejándome de aquella conversación que lo había decidido todo. Me levanté, de golpe, de la cama, cogiendo una de aquellas camisas. Me la puse y fui abrochando los botones con suma cautela. Deslicé las suaves piernas por dentro de aquellos pantalones de talle alto y varonil. Me coloqué la corbata, empleé los gemelos para culminar mi atuendo por las muñecas, me puse la chaqueta con su pañuelo en la solapa, fijé el bigote y las cejas —incorporación reciente a mi disfraz— terminando con las lentes y el bombín. «Bienvenido de nuevo», pensé. Ya no había marcha atrás. No la había desde que mi carta había llegado a manos de don Ernesto días antes, citándolo en un conocido local. Su enérgica reacción hizo que recuperase mis esperanzas en su estima hacia mí; no obstante, era ineludible que Pedro Liébana regresara para reclamar su lugar en el periódico.

El último salto desde la cornisa del muro de la casona fue algo temerario, llevando a mis zapatos a que se hundieran, de pleno, en el fango del jardín. «¡Maldita sea!», exclamé en un susurro imperceptible para todo aquel que se hallase a más de dos centímetros de distancia. Aguanté la lluvia caer sobre mí hasta que salí a la calle, momento en el que me mimeticé con el resto de peatones, portadores de paraguas que llenaban las aceras. Dejé que la noche fuera extendiendo, frente a mí, el camino en forma de baldosas y encrucijadas. El cielo plomizo, aunque disimulado por la ausencia de luz, me escoltaba en mi nocturno devaneo. El silencio se colaba entre la distinguida Puerta de Alcalá, la fuente de Cibeles, el majestuoso edificio del Banco de

España y aquella formidable esquina, la más hermosa de todo Madrid, la del edificio de la Unión y el Fénix Español. Envuelto en aire francés y custodiado por un ave fénix de bronce en su imponente cúpula, era, por entonces, el inmueble más alto de toda la ciudad.

Al adentrarse en la calle Alcalá, dirección a la calle Sevilla, pareciendo esta en la Puerta del Sol, la quietud que emanaban las grandes obras arquitectónicas se transformaba en el tumulto de una vía que congregaba a políticos, comerciantes, artistas y mujeres de vida alegre. Los últimos ciudadanos respetables ya estaban subiendo a sus calesas o vehículos de motor con el fin de arribar a sus hogares, antes de que la hora los acusara de indecentes. Allí quedaban los rezagados, que, por poca moral o por gustar de hacer negocios y reuniones bajo el cobijo de la luna, se deleitaban con la oferta de ocio que les brindaban los cafés, salones, casinos, teatros y cabarés de la zona. No podía fijar, con exactitud, un solo día en que yo hubiera vagado por allí más tarde de las once, sin compañía. Claro que acudía al teatro y a cenas, pero jamás lo hacía sola, siempre con Francisco o con mi madrina. Intenté moverme con normalidad entre las sombrillas negruzcas ajenas, concretando mis pensamientos en el suelo, único cómplice de mis inseguridades. Me deslicé entre dos señoras que aguardaban a su chófer y agarré, con firmeza, el picaporte de la puerta del Fornos Palace.

Aquel local era antaño conocido, entre los habitantes de la Villa, como un lugar en el que se daban cita los más vanguardistas pensadores, los literatos, los periodistas, los toreros y los virtuosos de las artes, atraídos por las tertulias que allí se celebraban desde el siglo pasado. Entonces lo llamaban café de Fornos, mas las remodelaciones también habían alcanzado, en nuestro querido Madrid, a antiguos comercios y establecimientos. Así, el avezado café se había convertido en un cabaré, donde la intelectualidad no siempre se personaba entre sus asistentes, aunque hubiera gratas excepciones. Escogí aquel espacio por tratarse de un punto de reunión masculino al caer la noche y porque, a mi parecer, proporcionaría un ambiente distendido a mi cita con don Ernesto. No sabía qué iba a contarle, pero mi objetivo pasaba por ser más elocuente, agudo y sagaz que el señor Pascal.

La falta de humedad en el interior del establecimiento me procuró una suerte de satisfacción que me permitió calmarme. Me quité el sombrero y traté de encontrar a mi acompañante entre la multitud de mesas, decoradas con vasos que portaban toda clase de bebidas y círculos de filósofos creados a

base de destilación. ¿Qué se suponía que debías hacer cuando nadie te esperaba, cuando nadie te conocía? El calor de la vergüenza me volvió a recorrer todo el cuerpo, lanzaba miradas hacia ambos lados, buscando cazar una solución al vuelo. De pronto, un atento camarero se percató de mi soledad —y mi gesto desencajado—, así que me invitó a tomar asiento en uno de los veladores que aún quedaban sin ocupar.

—¿Qué quiere que le sirvamos, señor? —me preguntó. Una nueva incógnita en mi camino. Medité un segundo, pero mi silencio inquietó al empleado.

—¿Ginebra? —me ofreció.

Jamás la había catado, pero a Francisco le gustaba.

—Sí, una ginebra, por favor —pedí.

Las cartas y la música eran el pasatiempo de muchos otros clientes, más amigos del azar que de la verborrea. A los pocos minutos, el mozo regresó con mi copa.

—Disculpe la tardanza, en la planta de abajo se está celebrando el homenaje a un notable pintor, don Juan de Echevarría, y estamos algo desbordados —se justificó.

—No se preocupe, está bien —respondí.

Aislada en aquel mural masculino de puros, alcohol y diálogos ensamblados que formaban una nube sonora ininteligible, oteé el horizonte y, esta vez sí, hallé a don Ernesto. Un poco angustiado por su retraso, sacudió su mano para comunicarme que había llegado. Entonces, tras él, identifiqué una segunda figura que le acompañaba. «No puede ser cierto...», lamenté.

—¡Don Pedro! ¡Por fin! Disculpe la demora. He tenido que dejar zanjados unos asuntos en el periódico —se explicó.

—Don Ernesto, no se abrume. Acabo de llegar hace unos minutos —mentí, empleando la voz más ronca y grave de todo mi registro.

—Espero que no le moleste que haya invitado a acompañarnos al señor Olivier Pascal. Tenía muchas ganas de poder conocerlo en persona y dado que usted es difícil de citar, he creído oportuno que viniera —me contó.

—Oh, por supuesto, por supuesto, don Ernesto. Un placer, señor Pascal —dije con fingido entusiasmo y estreché su mano.

—El placer es mío, señor Liébana. Don Ernesto no para de hablar de usted y su arte con la pluma. Me alegra haber podido coincidir al fin —me saludó.

—El señor Pascal es redactor en el periódico francés *Le Figaro* y le han

destinado en Madrid como corresponsal por unos meses.

—Así que francés... He de decir que habla un español perfecto para ser extranjero —juzgué mientras tomábamos asiento.

—Bueno, no todo el mérito es propio. Mis abuelos maternos eran inmigrantes españoles. En mi casa hemos hablado francés y español a partes iguales, aunque tengo algunas palabras algo olvidadas debido al desuso en los últimos años, desde que fallecieron. Al no conocer a mi padre, ellos y mi madre han sido mis guías durante toda mi vida. A mi madre le apena recordarlos... y, la verdad, ella no habla el español tan bien como yo.

—Lamento su pérdida —dijo don Ernesto, muy considerado.

—Tranquilo, fue hace algún tiempo.

—¿Y cuándo llegó a Madrid? —me interesé, a pesar de saber la respuesta.

—Hace un mes aproximadamente.

—¿Le gusta?

—Sí, es una ciudad interesante. Sobre todo la alegría en sus calles, no importa por cuál pasees. El bullicio y el trasiego es el nexo de unión entre las señoriales avenidas y las vías más humildes.

—El señor Pascal publicó hace unas semanas una exitosa crónica en su periódico en la que describía el Rastro con sus olores, sabores, conversaciones, voceríos. Una obra maestra, he de admitir. Estoy en negociaciones con el señor De Flers para que nos permita incluirla en la edición del sábado —presumió don Ernesto.

—¿De veras? Sería estupendo poder leerla. Eso sí, en español si puede ser.

—Quede tranquilo, don Pedro. Se la traduciré expresamente para que pueda echarle un vistazo.

—Estupendo —afirmé, ironía solo captada por mi mente.

—Y, dígame, ¿qué tal por Tenerife? —preguntó don Ernesto, pegando un sorbo a su copa, que acababa de llegar.

Recordé entonces que no había probado la mía. La agarré y bebí, para que nadie sospechara de mi total rechazo a ese tipo de líquidos. Una vez más, el fuego amargo del alcohol me abrasó el esófago, generando que tuviera que reprimir grandes dosis de tos con un gesto algo atípico en mi cara.

—Impactante. Es una isla maravillosa. Les aconsejo que vayan si no la han visitado todavía.

Y rezaba porque así fuera, puesto que yo tampoco había puesto un pie en ella y mis conocimientos, sobre la misma, se basaban en lecturas desfasadas

sobre su fauna, su flora y el Teide.

—No, no tengo el gusto.

—Yo tampoco, pero es uno de mis destinos pendientes.

Respiré. Compartiendo ignorancia sería mucho más fácil convencerlos de que había estado, así que di rienda suelta a mi imaginación.

—Existen plantas y animales extraños en los alrededores del volcán. He ido tomando apuntes e intentando dibujarlos para una crónica que estoy preparando acerca de la variedad cromática y natural de nuestro país.

—Qué intrigante... ¿Y para cuándo cree que la tendrá lista?

—Bueno, don Ernesto, ya sabe que al tratarse de un tema así, que requiere recoger datos de muchos lugares de la península y los archipiélagos, no será tarea inmediata —me inventé.

—¿Entiendo entonces que va a dedicarse a recorrer España con objeto de completar ese artículo sobre biología y geografía? —aventuró el señor Pascal.

—No, no, en absoluto. Mis intenciones, a corto plazo, son quedarme en Madrid una temporada. Soy consciente de que, en los últimos años, he estado poco accesible y quiero centrarme en la cobertura de asuntos en la capital durante un tiempo.

Don Ernesto pegó un brinco desde su asiento.

—¿No me diga? ¡Qué alegría me acaba de dar, don Pedro! —exclamó, propinándome uno de aquellos golpes en la espalda a los que tan poco acostumbrada estaba.

—Sí, sí. Aunque no lo crea, he meditado mucho acerca de sus recomendaciones sobre residir en Madrid y así poder tener un contacto más directo con usted y *El Demócrata*.

—¡Una gran idea! Será un placer dejar de enterarme que ha pasado usted por la Corte por los artículos que escribe. ¡Qué buena noticia! ¡Brindemos por ello!

Y brindamos, con la consecuente quemazón en mi garganta.

—No sabe cuánto me alegra poder coincidir más veces con usted. Una de las mayores fuentes de enriquecimiento, en cualquier profesión, es rodearse de compañeros de excelencia. Brindo por ello —opinó el señor Pascal.

—La satisfacción es mutua, señor Pascal. Siempre viene bien tener cerca de uno a las grandes firmas —contesté.

—Y estoy seguro de que van a hacer un equipo formidable en la ciudad.

Así sellamos una floreciente colaboración de la que, a título personal, no

estaba muy convencida. El señor Pascal me analizaba con curiosidad, notaba cómo atendía a todas mis valoraciones e intervenciones, también a mis ademanes. Aquel juego de estudio al oponente era recíproco.

Cerca de la una de la mañana, estando nuestros vasos ya vacíos, tomamos la buena determinación de retirarnos.

—Mañana hay que trabajar, caballeros —sentenció don Ernesto.

El señor Rodríguez de Aranda, con aquella espléndida generosidad que le caracterizaba, nos invitó a lo consumido y juntos salimos al exterior, regresando a aquella fastidiosa llovizna de finales de febrero.

—Ha sido un verdadero placer, señores —admitió el señor Pascal—. Espero verlos próximamente a ambos.

—Opino lo mismo, señor Pascal. Es muy grato tener a gente como usted por aquí —dijo don Ernesto.

—Estoy de acuerdo, muy grato —repetí.

—No sean tan condescendientes conmigo, caballeros, van a hacer que los corresponda y podrían correr el riesgo de llevarse una buena opinión de mí —bromeó.

—Ya la tenemos, joven Pascal —aseguró don Ernesto mientras llamaba la atención de un taxi—. ¿Quieren que los lleve a algún lado?

—No, don Ernesto, muchas gracias. Ya sabe que prefiero pasear —contestó el señor Pascal.

—Yo también.

—Está bien, dos muchachos con ganas de hacer ejercicio. Vayan con Dios y descansen —se despidió.

Antes de escoger una ficticia dirección por la que terminar llegando a la casona, fui precavida y me aseguré de la que tomaría el señor Pascal.

—¿Dónde se aloja usted?

—En un bloque de pisos de la plaza del Conde de Barajas. Es un apartamento minúsculo, pero después de Alemania, me parece un verdadero palacete —me contó.

—Y que lo diga. Cuando uno recorre mundo, se da cuenta de los verdaderos lujos.

—¿Y usted?

—¿Yo? Pues acabo de llegar. De momento estoy en un hotel. En aquella dirección —apunté señalando al norte.

—Bueno, en ese caso, nuestros caminos se separan aquí —concluyó y

estrechó mi mano—. Un placer conocerlo, señor Liébana.

—Igualmente, señor Pascal.

Me di la vuelta, tratando de vislumbrar cuál sería el itinerario para llegar a casa si me desviaba hacia el barrio de Chamberí. Recorrí la calle Virgen de los Peligros y crucé la avenida del Conde de Peñalver, demasiado calmada para mi gusto. La oscuridad de aquellas vías me asustaba. Arrastraba las suelas de los *oxford* por las aceras de las calles perpendiculares a aquella arteria en construcción, inundadas de charcos y de noche cerrada, cuando me percaté de que un automóvil negro llevaba acompañándome en mi ruta desde hacía un par de giros. El recuerdo de aquella sombra derretida en la luna de un coche estacionado vino a buscarme. Mi corazón bombeó un torrente de sangre gélida que llegó hasta mis piernas, hasta mis manos. Probé a acelerar el paso para dar una última oportunidad a mi optimismo, pero las ruedas de goma continuaban siguiendo mis pisadas como imanes. Dispuesta a comprobar por mí misma si era real o estaba imaginando la manía persecutoria que había desarrollado en los últimos tiempos, me detuve. Un silencio aterrador imperó en aquella vía. Solo escuchaba mi respiración y el suave murmullo de un motor en mi espalda. De pronto, una luz cegadora arañó los escaparates y las ventanas de los pisos bajos de aquella callejuela. Casi se me paró el corazón del sobresalto. Eché a correr con todas mis fuerzas. Regresé, sin aire, a la avenida Conde de Peñalver, donde me topé con un grupo de infames borrachos que se movían dibujando eses en el suelo, admirando los edificios y maldiciendo al presidente García Prieto. Me ignoraron, demasiado enfrascados en sus enredos. Comprobé que el vehículo había desaparecido y continué caminando, a paso ligero, hasta casa. Cobijada en la intimidad del jardín, me quité la peluca y dejé que mi respiración volviera a llenar mis pulmones de algo parecido al coraje.

—Niña, niña, ¡a despertarse! Vamos. Hemos de ir con doña Asunción a almorzar —me anunció mi madrina.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté.

—¡Ya! —fue lo que obtuve de respuesta.

Tras la desagradable aparición de mi madrina en mi cuarto, tomó el relevo doña Pilar, mucho más amable y respetuosa con mi sueño.

—Venga, Elisa, si llegáis tarde, tu madrina se va a molestar.

—¿Y por qué tenemos que ir a almorzar con esa momia con sombrero? — pregunté entre ensoñaciones.

—¡Elisa, por Dios! —me rogó doña Pilar, quien no pudo evitar sonreír.

—Me parece increíble que semejante mujer haya traído al mundo a un hombre tan encantador...

—Bueno, pero ella será tu suegra y debes respetarla como madre de tu esposo. Date por satisfecha que no ha dicho que sabe coser ni se ha ofrecido a tejer tu vestido de novia. Eso le pasó a mi hermana. ¡Menudo espectáculo! Aún recuerdo la cara de mi padre cuando la vio aparecer con aquel horrible traje.

Doña Pilar y sus historias. Me reí.

—Eso es cierto. Mi única pena es tener que escucharla parlotear y opinar sobre cualquier asunto —valoré.

A las once de la mañana de aquel sábado, debíamos encontrarnos con doña Asunción en el Ritz. Para todas aquellas reuniones, fijadas por mi madrina sin consultarme, era preciso que me ausentara del periódico. Don Ernesto siempre me daba permiso, asegurándome que trabajaba allí por gusto, no por obligación, por lo que no debía regirme por las mismas directrices que el resto de empleados. Y aquello me irritaba hasta la demencia.

Don Santiago paró enfrente de la puerta de aquel opulento hotel donde a mi madrina le encantaba dejarse ver. En el *hall*, informó al mayordomo de que habíamos acordado ver allí a doña Asunción Rosales. Instantáneamente, supo de quién hablábamos y nos dirigió al Jardín de Invierno. En aquel pintoresco rincón, coronado con una fantástica cúpula en el techo y cubierto con una espectacular alfombra en el suelo, aguardaba la madre de Francisco. Al vernos, ni siquiera se levantó, con lo que tuvimos que besarle la mano nosotras como si de una reina se tratara.

—Doña Manuela, señorita Elisa. Qué gusto verlas —saludó.

—Buenos días, doña Asunción.

—Buenos días.

Nos distribuimos en aquellas butacas de junco esmaltado que rodeaban las mesitas, colocadas de manera alterna entre las macetas de cerámica —hermoso sostén de palmeras y otras plantas—. Enseguida, un camarero nos sirvió té, zumos y exquisitas pastas inglesas.

—Elisa, querida, siento señalar que tienes una cara horrible. ¿Te

encuentras bien? —me preguntó doña Asunción.

—Sí, estoy bien, doña Asunción. No he dormido bien, pero eso es todo.

—Qué susto. No tengo ningún interés en que me contagies la gripe — admitió desahogada.

—Y no debe enfermar ahora. Tenemos muchos preparativos que atender. Las bodas no se organizan solas —añadió mi madrina.

—Exactamente.

—Disculpen las dos, pero ¿no se están precipitando? No me casaré con Francisco hasta el próximo año. Quizá deberíamos intentar relajarnos... — propuse.

—Pobre criatura... —Su sarcástica risa inicial se tornó en una desafiante mueca de seriedad—. Verá, *señorita* Elisa. Francisco de las Heras y Rosales es una de las mayores fortunas de Madrid y podría arriesgarme a decir que de toda la península. Tenemos invitados que vendrán, seguramente, de diversas partes del mundo, dado nuestro amplio abanico de amistades. Es probable que el *ABC* haga un reportaje acerca de vuestro enlace. Así que un año me resulta incluso escaso para gestar el gran evento que será la boda de mi hijo. Te pido dedicación y respeto ante ello.

—Por supuesto que sí, doña Asunción. No podría estar más de acuerdo. Y Elisa también lo está. Su inexperiencia mueve su boca —me disculpó mi madrina.

Aquellas dos mujeres lograban exasperarme. Sin ganas de contravenir sus exigencias, volví a dejarme llevar y a asentir a todas sus ideas.

—La primera gran decisión es la iglesia.

—Podrían casarse en la colegiata de San Isidro. Es muy bella —pensó mi madrina.

—¿San Isidro? ¡Ni muerta! Demasiado al sur, próximo a la miseria. Estropearían los alrededores. ¿Qué tal los Jerónimos?

—Es buena opción. Sin embargo, últimamente está demasiado demandada. Detesto la falta de originalidad.

Su charla, que no precisaba de mi presencia mental, tan solo física, era el telón de fondo de mi verdadera ocupación: observar a los distintos clientes que se relajaban en aquel coqueto jardín del Ritz. Entre los presentes, dos hombres de elegante porte murmuraban asuntos que pretendían dejar al margen del resto de la sala. No obstante, mi desarrollada habilidad para escuchar tras las paredes, agilizada en las reuniones matinales del periódico,

me permitió enterarme de sus cuchicheos.

—Está todo el viaje muy pautado. No quieren que haya errores. Ya sabe, es el nuevo héroe nacional —le decía uno al otro.

—¿Y cuándo dice que llega?

—Esta misma noche, en el rápido de Andalucía.

—Diantres, no pensé que fuera a ser hoy mismo.

—Sí, aunque se desconoce la hora. Solo se sabe que arribará a la estación de Mediodía al caer el sol.

—Entiendo... ¿Y sabe si se quedará mucho tiempo?

—Una semana aproximadamente. Aunque los primeros días son en los que deberá cumplir con más compromisos públicos, ya sabe, se reunirá con altos cargos del Gobierno y del Ejército. El lunes temprano asistirá a una conferencia con el rey.

—Apuesto a que tendrá una agenda apretadísima. Todo el mundo habla de él ahora.

—Sin duda la tiene. Según mi contacto en el Ejército, apenas dispondrá de tiempo para retirarse a donde se hospeda.

—Me figuro que tendrá una habitación aquí o en el Palace, cortesía de quienes le imponen medallas y le organizan banquetes.

—No, no... Eso mismo pensé yo, pero, al parecer, unos familiares viven en el número 21 de la calle Fernando VI. Allí se quedará.

—En fin, lo que es seguro es que habrá un buen puñado de redactores ansiosos por recoger las peripecias del sargento Basallo con cada paso que dé en la capital.

—Está usted en lo cierto. Sin embargo, el sargento repite que su principal cometido es trasladar los últimos deseos de los compañeros que perecieron en el frente africano a sus familias.

Abrí los ojos como platos. ¿Hablaban del sargento Basallo? ¿Iba a visitar Madrid? ¿Esa misma noche? Debía acudir a la estación e interceptarlo en algún momento. Me mordí el labio, emocionada por la valiosa información que acababa de cazar a consecuencia de mi espionaje de salón. Supuse que aquel tema se habría hablado en la redacción, pero mis ausencias y los recados de secretaria hacían que me perdiera detalles como aquel. También imaginé que alguno de los redactores de *El Demócrata* cubriría el acontecimiento, pero apostaba a que no con la profundidad con la que yo ansiaba hacerlo. Debía entrevistarle. El sargento Basallo era la prueba

fehaciente de que el desastre de Annual no había terminado aún, de que continuaba en la memoria colectiva de los españoles. Así, aquel fatídico día de 1921 no solo se cobró la vida de numerosos soldados, sino que Abd-el-Krim hizo prisioneros a otros tantos, de los que acababan de liberar a trescientos cincuenta y siete. Entre ellos, destacaba el sargento Basallo, un cordobés del que habían empezado a circular todo tipo de hazañas. Los periódicos lo ensalzaban como un verdadero héroe de guerra, recibía cartas, a diestro y siniestro, agradeciéndole su labor, celebraban fiestas en su honor. Mas aquel soldado aún no había pisado la capital. Sí que se habían escuchado rumores en el último mes de que planeaba hacerlo, pero aquellos dos caballeros no solo acababan de confirmarme su llegada, sino que me habían proporcionado detalles de su agenda de compromisos en sus primeros tres días en Madrid. Conocía dónde se dirigirían sus pasos en todo momento y eso sí que era una información privilegiada. Alcancé, exaltada, una de las galletas de chocolate que contenía una de las preciosas bandejas de plata de la mesilla. Un golpe en mi mano evitó que culminara mi propósito con éxito.

—Debes comenzar a cuidar la dieta, Elisa. Menos dulces y más fruta —sentenció mi madrina.

—En efecto, señorita. —Doña Asunción bebió de su taza de té—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, el convite. El Palace hotel sería estupendo, ¿no cree, doña Manuela?

—Sí, no puedo estar más de acuerdo con usted. Queda un poco apartado de la parroquia de Santa Bárbara, pero podemos coordinar el traslado de los invitados con varios simones —contestó mi madrina.

—Va a ser una ceremonia excepcional.

—Como ha de ser, dadas las circunstancias.

El coloquio acerca de la iglesia y el convite fue seguido por otros que pretendían concretar el tipo de flores que portaría en el ramo e incluso cómo debía ser mi vestido. Doña Asunción, quien detestaba no tener el control, nos ofreció a su modista para confeccionar el traje, a lo que mi madrina, quien pecaba del mismo afán manipulador, aseguró que confiaríamos, una vez más, en doña Alicia y su taller. Sus elucubraciones poco me interesaban, aquella celebración ni siquiera parecía de Francisco y mía, era una ocasión para que ambas se entretuvieran demostrando quién tenía mayor capacidad de mando en aquella naciente familia. Mi mente andaba dispersa, tratando de encontrar el motivo exacto por el que no acudiría a la cena a la que habíamos sido

convidadas en casa de los señores Ballester.

La estrategia volvió a tomar como excusa una enfermedad, pues era la única razón por la que podía convencer a mi madrina de que no era capaz de acudir a la cita. Así, había dado la bienvenida a las fuertes migrañas. Estas me incapacitaban no solo a salir de la casa, sino también de recibir cualquier tipo de visita en mi habitación, que permanecía a oscuras. Aquello sí era un pretexto sólido, tal y como me había sugerido Catalina, y hacía innecesaria la colaboración de Benedetta, que se había hecho pasar por mí en un par de ocasiones más tras mi primera salida como Pedro Liébana. Su ayuda me había servido, sobre todo, para cubrir mis espaldas los días en los que mi tía planeaba estar más tiempo en el palacete o daba orden a doña Pilar, a la hora del desayuno, de que comería en la casona. Pero aquella nueva estratagema lo facilitaría todo.

Antes de que mi madrina invadiera la quietud de mi cuarto, exigiéndome una explicación para estar ya acostada, me levanté y puse un paño con agua caliente sobre mi frente.

—La niña tiene algo de temperatura, doña Manuela —determinó doña Pilar mientras tocaba mi rostro.

—Me duele mucho la cabeza... Iba a tener razón doña Asunción esta mañana... —afirmé.

—Llamaré al doctor Rueda para que te visite el lunes. Últimamente enfermas con más asiduidad, niña. Hoy quédate en cama. Regresaré después de la cena.

—No se preocupe, madrina. Necesito silencio y oscuridad. Cada vez que hablan, se agudiza el dolor.

—Mejor, entonces. Doña Pilar, déjenla tranquila hasta que yo regrese. Tú, niña, si necesitas algo, llama a doña Pilar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... Solo necesito dormir.

—Qué lástima —opinó doña Pilar.

—Venga, vayamos fuera. Debe descansar —concluyó mi madrina.

—Quizá podamos contactar hoy con el doctor si se queda más tranquila, doña Manuela.

—No, no. Sé de primera mano que el doctor Rueda está hasta el domingo en Sevilla, en una conferencia. Le pediremos que la reconozca el lunes a primera hora.

—Como usted mande, señora —escuché, ya de fondo.

Aguardé, inmóvil, hasta que oí cómo la puerta de la entrada se cerraba, despidiendo así a mi madrina. Aquel golpe fue la señal para retirar las sábanas, que me cubrían todo el cuerpo. Corriendo, me dirigí al ropero y comencé a sacar todos mis vestidos. Los enrollé, formando un cilindro debajo de la ropa de cama que debía simular mi figura. Tapé a mi doble, extraje mi disfraz del baúl e inicié mi transformación.

La oscuridad de la noche me sorprendió, pero no dejé que me importunara. Tenía una clara misión: llegar a tiempo a la estación de Mediodía. Corrí todo lo que mis piernas me permitieron hasta ver aparecer la monumental Puerta de Alcalá. Ante mí, la calle de Alfonso XII se me presentaba como la más interminable de todas las que configuraban el entramado urbanístico madrileño. Recordé, un momento, aquel paseo que habíamos dado en el landó de los señores Salamanca-Trillo hacía años de camino al cine. Por entonces, no me hubiera imaginado vestida de aquel modo, luchando por mantener mi respiración, único combustible para alcanzar, de una pieza, la glorieta de Atocha. Harta de ir a la contra de las agujas del reloj, me decidí a tomar un taxi. Eran las nueve menos cuarto. Ya acomodada en el interior del carruaje, respiré hondo y me re Coloqué el bombín.

Tras acometer la tarea para la cual había contratado sus servicios, el conductor paró el simón enfrente del frondoso jardín que rodeaba la fachada principal de la estación. Me apeé del vehículo, con la mayor brevedad de movimientos, y supliqué, en silencio, por que el sargento no hubiera llegado todavía. Al abrirme paso hacia el andén, me fui dando cuenta de que aquel nuevo héroe había congregado a tanta gente que casi se hacía imposible conseguir una posición cercana a la zona por donde él pasaría. La multitud le vitoreaba, aun cuando no habían descubierto su rostro, aun cuando el rápido de Andalucía se hallaba a varios kilómetros de distancia. Dudaba si el profesor Einstein, que nos había visitado una semana antes, habría gozado de tan caluroso recibimiento.

En el trasiego hacia un claro, valle creado por la ausencia de vociferante gentío, casi pierdo mi bombín y las lentes. Pero, finalmente, alcancé aquella planicie, gracias a la cual podría llamar la atención del sargento Francisco Basallo. Me re Coloqué el disfraz con disimulo mientras examinaba a las personalidades que esperaban al homenajeadó, algo más próximas al andén. Apostaba a que eran altos cargos del Ejército. Algunos de ellos con las manos limpias de la arena del desierto aunque manchadas por la responsabilidad.

Junto a ellos, soldados de diversas guarniciones, compañeros del sargento. También identifiqué a algunos redactores y fotógrafos que aguardaban, como yo, a hacerse con la noticia del día. En medio de aquel repaso mudo en el que mis ojos analizaban toda la escena, desde detrás de aquellas incómodas lentes, una presencia me sorprendió. Aquel rostro era conocido... ¡El maldito señor Pascal! ¿Qué hacía allí? Observé, de reojo, cómo saludaba a algunos redactores a los que habría conocido gracias a don Ernesto. Resoplé indignada por aquella inesperada aparición y me dirigí, altanera, hacia donde se hallaba aquel grupo de periodistas que charlaban animados. El señor Pascal no tardó en darse cuenta de mi acercamiento y, también algo contrariado, me sonrió.

—Señor Liébana. Qué sorpresa. Pensé que este tema era de Morales, lo he visto hace un momento.

—Lo mismo digo, señor Pascal. Desconocía que fuera a cubrir un asunto tan nacional como este.

—Todo lo que tenga que ver con África me interesa. Tampoco sabía yo de su amplio registro informativo. Veo que tan pronto habla de flores como de contiendas bélicas —señaló, refiriéndose a mi ficticia investigación acerca de la flora española.

—Ya ve, señor Pascal, soy un hombre con grandes ambiciones. Nada me detiene si la noticia vale la pena —espeté.

—Seguro que sus lectores le agradecen la variedad. Espero que sepa satisfacerlos con el *savoir faire* exigido.

—No se inquiete, sé cómo cuidar de mis lectores. Quizá los suyos se duerman frente al periódico por relatarles cuestiones demasiado alejadas de su vida cotidiana. No veo en qué puede interesar un héroe de guerra español a un parisino.

—Le sorprendería descubrir cuánto. Aunque entiendo que no tanto como a un madrileño los hierbajos que crecen en Murcia.

Nuestro rifirrafe verbal se cortó debido a la llegada del hombre del día, de la semana y me aventuraría a decir que del mes. Si antes se escuchaban gritos, ovaciones y alabanzas, en ese instante, todo cobró una fuerza sin precedentes. Aquello era primera línea informativa. Del convoy, salió el sargento, un hombre de apenas treinta años, esbelto y moreno. Portaba el uniforme del regimiento de Melilla y su delgadez daba buena cuenta de las tropelías que había sufrido bajo el yugo de Abd-el-Krim. Junto a él, dos

civiles a los que no fui capaz de identificar se movían entre aquella aglomeración ruidosa de apasionados seguidores.

El señor Pascal y yo escogimos ignorarnos en ese instante y nos colamos para no perdernos ni una sola coma de lo que ocurría frente a nosotros. Después de las debidas saluciones, los fotógrafos, eficientes, entraron a escena para tomar algunas instantáneas de aquel histórico momento. Entretanto, el sargento agradecía al público su afectuosa bienvenida.

—Dicen que tiene planeado asistir a una función del Circo Americano —me susurró Pascal, sin perder ripio de los movimientos del sargento—. Apuesto a que le gustará tanto como a usted. No tuve la oportunidad de felicitarlo por su sensacional crónica de la noche inaugural, señor Liébana. Una lástima no haberlo conocido entonces.

—Sí, así es. Una absoluta lástima. Me alegra que le agradase —respondí sin apartar la vista del protagonista.

Observar a una persona que había experimentado los horrores de ser prisionero en un país extranjero, durante un año y medio, me produjo una mezcla de pavor y atracción. Contaban que recordaba todos los detalles relacionados con los más de quinientos españoles que habían sufrido, con él, las atrocidades del cautiverio. Y es que aquel modesto soldado había servido de sanitario sin tener ningún tipo de conocimiento previo para ello, haciendo las veces de cirujano cuando fue preciso. Así, grabados en su memoria, permanecían todos aquellos a los que no había podido salvar la vida y los que aún vivían apresados en Marruecos. Analicé sus movimientos, caracterizados por una mezcla de cansancio, humildad, paciencia y agradecimiento. Su presencia me arrastraba, sin remedio, a la yerma tierra del desierto, a su calor, a la ausencia de libertad, al hedor de la muerte. Un relámpago de bravura tomó el control sobre mi cuerpo. Fruncí el ceño y me dispuse a acercarme más al sargento, que posaba para la última de las fotografías que se le habrían de hacer aquella noche del 10 de marzo. Me deslicé entre dos *reporters* que, al parecer, trabajaban para el *Heraldo de Madrid* y me dirigí hacia aquella barrera humana vestida de uniforme. Antes de ser capaz de tomar contacto con alguno de ellos, alguien me cogió del brazo, con fuerza.

—¡Señor Liébana! ¿Está usted loco?

—¡Déjeme! Solo quiero entrevistar al sargento.

—¿Y cree que lo logrará de este modo? Antes de que se percate de su existencia, alguno de estos señores le habrá detenido creyendo que es un

terrorista.

—¿Por qué demonios no me podrá dejar usted en paz? —me quejé y regresé a mi sitio, deshaciendo el yugo con el que su mano me tenía bloqueada.

Con la última placa de los fotógrafos, todo comenzó a suceder a gran velocidad. Rendida, vi cómo el sargento se subía a un vehículo y desaparecía en la oscuridad. Yo apretaba los puños con toda la fuerza que me quedaba, deseando golpear al malnacido del señor Pascal. Él, por su parte, parecía tranquilo. Se encendió un cigarrillo, dando por concluida su labor allí.

—Increíble. Otra marioneta del Gobierno para distraer a la opinión pública —comentó el señor Pascal en voz alta.

—¿A qué se refiere?

—Vamos, tiene a los principales periódicos españoles delante y no dice una sola palabra. En las entrevistas que ha concedido en Córdoba no deja de repetir, una y otra vez, lo mismo. *Anecdotes, anecdotes, anecdotes...* Ni una palabra que contradiga la versión oficial. Todo el mundo le vitorea, pero ¿acaso es más que todos los muchachos, hijos de todas estas familias que usted ve, que siguen allá en Marruecos?

—Supongo que no querrá remover el pasado —me aventuré a decir, sin dejar de otear el horizonte por el que desaparecía aquel coche.

—¿Eso les va a contar a sus lectores?

Medité un segundo. Quizá, después de todo, aquel irritante francés tenía razón. No podía capitular tan pronto. No debía llegar a la redacción con la mera descripción de la llegada, completada con los escasos datos que se conocían sobre su agenda, como seguro harían Morales y el resto de periódicos. Era mi oportunidad para obtener algo más...

—Podría... —dudé.

—¿Alguna idea?

—Tengo información valiosa acerca de...

—¿De qué se trata?

—Un momento, ¿por qué habría de decírselo? Usted ha impedido que acceda al sargento. Podría haber sido una burda estratagema para evitar que contacte con él y publicar usted la exclusiva en *El Demócrata* y *Le Figaro*. Dos a precio de uno.

El señor Pascal hizo una mueca de desesperación.

—Podría serlo... Aunque, bien mirado, también podría tratarse de una

retorcida actuación para evitar que lo detengan o lo maten.

Me quedé callada. Volvía a estar en lo cierto, muy a mi pesar.

—¿Y qué recibiré yo a cambio de compartirla con usted?

Mi acompañante puso los ojos en blanco, dio una calada a su cigarrillo y colocó la mano en mi hombro.

—Verá, señor Liébana. Al estar usted dudando, deduzco que no tiene toda la información necesaria para llevar a cabo esa ansiada entrevista. De lo contrario, se habría callado y se habría marchado como han hecho los demás —dijo, señalando el reguero de gente que regresaba a sus casas.

—Podiera ser —respondí, orgullosa.

—Perfecto. Viendo que estamos de acuerdo, le interesará saber que yo tengo cierto contacto al que, llegado el caso, podría acudir si usted quisiera conocer, por ejemplo, a qué hora estará el sargento en un determinado lugar —probó.

Miré a los lados, después al suelo. Maldito Pascal. ¿Es que en las escuelas parisinas daban clase acerca de cómo embaucar? Después, fijé la vista en él.

—¿Quién es su contacto?

—Es usted difícil —valoró con una apacible sonrisa—. ¿Ha visto a los dos civiles con los que ha llegado el sargento a Madrid? Conozco a uno de ellos. Es el redactor jefe de *El Popular de Melilla*. Don Francisco Páez. —Esperó un momento—. ¿Ahora me cree?

Me mordí el labio.

—Está bien. Entonces, si yo le digo dónde, ¿usted puede averiguar cuándo?

—Veo que ahora hablamos el mismo idioma.

—En efecto, así es. El mismo dialecto, para ser más exactos. Por ello, hasta que usted no tenga el dato que a mí me incumbe, no veo igualitario el tener que desvelarle lo que yo sé. Y doy por seguro que no es algo que vaya a contarle su fuente...

Había recuperado las riendas de la conversación. El señor Pascal, que no esperaba que fuera a jugar con sus mismas tretas, asintió.

—Está bien. Lo veo justo. Dígame solo por qué tengo que preguntar para conocer la hora...

—Sé dónde se hospeda. Usted solo tiene que investigar cuándo se retirará mañana a descansar.

—De acuerdo. En ese caso, ¿lo veo mañana...? —preguntó, a sabiendas de

que, por cuestiones de seguridad, nadie le revelaría aquella localización.

—Sí, mañana, a las diez de la mañana. Frente a las Cortes —propuse, convencida de que me había salido con la mía.

—Está bien, usted manda. Debo irme, pues. Tengo una información que obtener. —Dio una chupada a su pitillo y lo lanzó a su suerte—. Ya sé por qué le gusta tanto a don Ernesto...

—Con Dios, señor Pascal —me despedí, victoriosa, esbozando una amplia sonrisa mientras lo veía desvanecerse en la noche.

Un momento. Había conseguido guerrear en aquella batalla, vencer, pero ¿cómo diantres iba a lograr escabullirme durante todo un día sin generar sospechas? Aquella doble vida terminaría por empujarme a la demencia.

Con el amanecer, el nerviosismo afloró en mí con una intensidad sin precedentes. Di un millar de vueltas en la cama, deseando que la hora de los sueños diera paso a la de la acción. Sin embargo, con ella también se presentó la hora de la mentira. Repetí el mismo procedimiento que la noche anterior, colocando unas gasas tibias en mi frente. Doña Pilar, preocupada, llamó a mi madrina, quien, con menos paciencia, me interrogó acerca de mis síntomas.

—Ya puedes estar muy enferma. Dios no perdona las ausencias injustificadas —valoró.

—No quisiera entrometerme, doña Manuela, pero no veo muy católica hoy a la niña —intervino—. Nunca mejor dicho.

—¿Se ha levantado chistosa, doña Pilar? Sé cuándo alguien necesita reposo —espetó—. Debo irme; llegaré tarde a la misa y no soportaría tal vergüenza. Regresaré a la casa después del almuerzo con don Tomás y doña María Elena. Supongo que también tendré que excusarte ante ellos...

—Perdone, madrina. Lo siento, de veras —susurré.

—Doña Pilar, dado que Elisa hoy no está en disposición de ir a la iglesia, tampoco comerá. A mi vuelta, veré en qué estado se encuentra.

Aquello me daba margen suficiente. Miré el reloj. Pasaban de las ocho y media. Debía apresurarme.

En compañía de los dos fieros leones de aquel monumento parlamentario, esperé al señor Pascal. Mi pierna se movía nerviosa con el transcurrir del tiempo. ¿Dónde diablos se había metido? Si me había abandonado, me las

pagaría. Iría a don Ernesto y le contaría todo su embuste, señalando su falta de camaradería, juzgando su habilidad para la falsedad. Quizá no era mala opción. Quizá, de aquel modo, se marcharía para siempre de nuestras vidas, recuperando mi querida calma. Aunque ¿alguna vez existió esa querida quietud que tanto anhelaba?, pensé al recordar aquel coche que me había seguido en la oscuridad. Mis planes se esfumaron cuando el ciertamente honesto señor Pascal apareció. Caminaba decidido hacia mí.

—Buenos días, señor Pascal. Llega usted tarde —le informé.

—Lo sé, lo sé. Ha sido una noche compleja. Disculpe.

Lo observé. Llevaba la corbata mal colocada y su cabello castaño no había sido peinado con la habitual dedicación.

—Está bien. ¿Ha conseguido la información?

—Algo así...

—Sabía que no podía fiarme de usted. Solo debía obtener un mísero dato. Apuesto a que ha regalado sus horas a algún burdel de mala muerte en vez de cumplir con su palabra —le acusé.

—Relájese, señor Liébana. En primer lugar, debería adquirir la bonita costumbre de dejar terminar de hablar a su interlocutor antes de conjeturar. Y en segundo, no soy ningún gandul aficionado a los prostíbulos. Aunque agradezco la imagen que se ha formado de mi persona...

—De acuerdo. Disculpe entonces mi atrevimiento. ¿Qué ha logrado averiguar?

—Así mejor. —Sonrió—. Bien, no he logrado saber a qué hora exacta se retirará a descansar, pero sí sé a ciencia cierta que lo hará a mediodía. Por la mañana, va a realizar algunas visitas a algunos cargos del Ejército, como al recientemente liberado general Navarro, y del Gobierno. También a algunos periódicos entre los que, he sabido, no se encuentra *El Demócrata de Madrid*. Tras esto, se retirará a descansar y a asearse para asistir al banquete que el Centro Segoviano ha organizado en honor al cabo Royo, también exprisionero.

—Eso quiere decir...

—Eso quiere decir que solo tenemos el lapso de tiempo entre la última de sus visitas oficiales y el banquete para hablar con él.

—Gracias, señor Pascal, ya había llegado yo a esa conclusión.

—Ahora le toca a usted. ¿Dónde debemos aguardar a su llegada?

—Cierto. Ha cumplido usted —dudé una última vez—. El sargento Basallo

se aloja con unos familiares que residen en la capital. La vivienda se encuentra en..., en..., en el número 21 de la calle Fernando VI.

Esperé a que el señor Pascal reaccionase de algún modo. Pero buscaba de mí algún dato más. Yo, que no me caracterizaba por conocer direcciones ni destinos, habituada a que don Santiago me llevara, me quedé callada.

—¿Sabe usted dónde está? —me dijo.

—En efecto —asentí—. Juraría que está por allá —me inventé, señalando una dirección al azar.

—Ay, señor Liébana. Usted me necesitaba más que yo a usted. Dé gracias a que me gusta ir caminando a todos los sitios. Es por aquí, sígame.

Desde las Cortes, giramos por la calle de Nicolás María Rivero, dejando atrás el teatro Rey Alfonso, hasta alcanzar la calle Alcalá. Lo que en un principio era un paseo, se tornó en una carrera para arribar lo antes posible a aquel inmueble. Nuestro protagonista podía zanjar las visitas mañaneras en cualquier momento y no podíamos permitirnos perder aquella oportunidad. Odié unas mil veces a aquel redactor por hacerme caminar tan deprisa por aquellas calles, que se habían vuelto anónimas. No había mucho bullicio, pues las gentes de bien que habitaban el ensanche de Chamberí estarían comulgando en sus parroquias como buenos cristianos. Mientras tanto, yo, que cada vez estaba más próxima a Lucifer, me esmeraba por no interrumpir el ritmo de mis piernas, lo que me habría llevado a perder de vista al señor Pascal en cualquier esquina.

De pronto, y sin mediar palabra, desaceleró. Ya no corría, caminaba. Lo imité, tratando de discernir si aquello significaba que habíamos llegado. En efecto. Era la calle Fernando VI, el número 21 nos aguardaba en la acera contraria. Ligeramente angustiada por el ejercicio, me apoyé en la fachada de uno de los edificios.

—¿Está bien, señor Liébana? —se interesó.

—Sí, sí, todo en orden, gracias —contesté, tratando de recuperar el aliento sin perder la dignidad.

—No veo movimiento. No creo que haya regresado aún.

—Es usted muy observador —ironicé.

—Alguien tiene que llegar a conclusiones mientras usted intenta no morir.

—Me encuentro fantásticamente para su información.

—Ya lo veo —señaló, al tiempo que contemplaba cómo tocaba mi costado a causa del dolor.

Consciente de la ausencia de credibilidad que aquello suponía, me incorporé y, ya erguida, eché un vistazo a mi alrededor.

—Esperaremos aquí. En algún momento tiene que entrar —determinó mi compañero.

—Si tiene asuntos que atender, puede irse. Me quedo yo vigilando —aseguré.

—No, no se moleste. Prefiero acompañarlo.

—Seguro que tiene cuestiones más importantes en una mañana soleada como la de hoy.

—Señor Liébana, noto cierto rechazo hacia mi presencia. Cualquiera diría que solo me ha utilizado para llegar hasta aquí.

—Su ojo no falla, señor Pascal.

—Muy agudo. Si quiere, puede irse usted. Para lo que ha servido su ayuda...

—¿Disculpe? De no ser por mí, no habría sabido la dirección exacta. Sí, ha oído usted bien. E-xac-ta. No un puñado de suposiciones y ambigüedades, como lo que usted ha averiguado.

—Me hubiera gustado verlo llegar hasta aquí solo. Habría terminado entrevistando a uno de esos pavos que venden en la Plaza Mayor.

—Ja, ja, ja. Es usted muy ocurrente —dije con todo el sarcasmo que pude.

—Lo sé. Y también bastante terco, así que no pienso moverme de aquí.

—Pues yo tampoco.

—Estupendo.

—Perfecto.

Un gruñido de exasperación por su parte cerró aquella disputa. Aquel hombre lograba sacarme de quicio como Elisa y como Pedro Liébana. ¿Por qué demonios debía irrumpir en todos mis planes? ¿Por qué no me dejaba en paz y se iba a cubrir cuestiones más acordes a un gacetillero francés? Con el paso de los minutos, ambos resolvimos sentarnos sobre el pavimento e ignorarnos.

El edificio en el que residían los parientes del sargento era bastante sencillo. Las altas ventanas quedaban abrazadas por puertecillas de madera que observaban a los viandantes desde detrás de las barandas de hierro negruzco. Tras algunos de esos cristales indiscretos se desdibujaban figuras y sombras, ajenas a mi desvergonzada curiosidad. ¿Cuál de todos aquellos apartamentos sería el de la familia Basallo? ¿Desde cuál de todas las plantas

habrían recibido el horror de su cautiverio y el regocijo de su liberación?

Después de un buen rato, el señor Pascal se decidió a asesinar el silencio que nos rodeaba.

—Tengo una pregunta para usted. ¿Cómo demonios supo la dirección?

El silencio resurgió. No obstante, este no me ampararía eternamente. Debía proporcionarle una respuesta creíble que no incluyera mi verdadera identidad.

—Un buen periodista nunca revela sus fuentes, querido señor Pascal — probé a decir.

—Está bien. Usted no se fía de mí. No pasa nada. Yo tampoco me fío de usted.

—No sé por qué no habría de hacerlo. Aún no le he dado motivos para sospechar.

—Dese tiempo. Me los proporcionará. Solo hay una razón por la que alguien desconfía de sus semejantes: cuando ese alguien es el primer traidor.

—Pamplinas. No es cierto —me quejé.

En ese preciso instante, un vehículo apareció por el final de la calle. Era el mismo que había recogido al sargento en la estación. Mi corazón comenzó a palpar con fuerza. El automóvil se detuvo en frente del portal. Ambos reaccionamos, movidos por el ansia de datos, y nos levantamos del suelo. Con cautela, para no importunar a los ocupantes del coche, nos aproximamos. Varios individuos se apearon, entre ellos don Francisco Basallo, quien, enseguida, respondió a nuestra llamada.

—¡Sargento Basallo! —grité.

Al ver que no seguía avanzando, optamos por abordarlo del modo más amigable posible, teniendo en cuenta que éramos dos completos extraños para él.

—Buenos días, sargento. Soy Pedro Liébana, redactor de *El Demócrata de Madrid*. Él es un compañero francés.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarlos? —nos saludó, algo incómodo, con prominente acento cordobés—. Tío Rafael, vaya subiendo si quiere —le indicó a uno de sus acompañantes.

—Verá, nos preguntábamos si podría respondernos a unas cuantas consultas rápidamente, para nuestros lectores.

—Lo lamento, ya he atendido a la prensa esta mañana.

—Sí, lo sabemos. Sin embargo, nosotros no hemos tenido la ocasión de conversar con usted y aún hay muchos interrogantes que no hemos podido

tratar y nos gustaría...

—Disculpen, de verdad. No voy a conceder más entrevistas por hoy. Me están esperando en casa —se excusó.

El sargento continuó su marcha hacia el portal. Entonces, el señor Pascal avanzó.

—Quizá prefiera que redactemos una crónica sobre lo llamativo que es que mañana vaya a rendir pleitesía a quien podría haber sido el responsable de lo que le ocurrió en Annual —gritó.

Lancé una mirada a aquel periodista francés. Estaba loco. La cara del sargento cambió.

—Esperaremos aquí durante media hora. Si usted no nos da la información, buscaremos otras fuentes —sentenció.

El soldado se adentró en la casa, dejando tras de sí la sutil amenaza del señor Pascal.

—¿Ha perdido la cabeza? ¿Cómo ha podido decirle eso? —murmuré.

—Aguarde —me indicó con seguridad, fijando la vista en la puerta.

Pasaron unos cinco minutos y, entonces, como si de una visión se tratara, el sargento volvió a salir del interior. Se aproximó a nosotros, incómodo. Mi rostro no era capaz de adaptarse a tan excitantes giros en el desarrollo de la mañana, así que, atónito, el ficticio señor Liébana presencié aquella improvisada reunión en medio de la calle.

—¿De qué periódico han dicho que eran? —volvió a preguntar.

—De *El Demócrata de Madrid* —respondió el señor Pascal.

—¿Tienen un cigarro?

—Por supuesto —contestó el señor Pascal, rebuscando en su chaqueta.

El sargento cogió el pitillo y dejó que mi compañero se lo encendiera con las cerillas que portaba en su pantalón. Con la primera calada asimiló que debía hacer frente a nuestro interrogatorio, con la segunda volvió a contemplar nuestras caras y con la tercera, y no sin remilgos, nos invitó a subir a la casa de su tío.

—Está bien. Pero mejor adentro, señores —nos indicó.

Agradecí como nunca su ofrecimiento. Llevábamos más de cuatro horas a la intemperie, soportando en nuestras carnes el frío de marzo. La vivienda era similar a lo que su fachada contaba de ella. Ni demasiado humilde ni demasiado pomposa. Lo justo para ser un apartamento cómodo. Su tío, discreto, nos llevó a la sala de estar y nos sirvió un café caliente. El sargento

se acomodó, reflexivo, y nos hizo un par de preguntas más para asegurarse de que éramos de fiar. El olor a café se mezclaba con el tabaco y un ligero toque a rancio que desprendían los muebles del habitáculo.

—Quiero dejar claro que no voy a decir una sola palabra de cómo ocurrió la tragedia de Annual ni de la matanza de Dar Quebdani —nos advirtió.

—Está bien, se lo respetamos —aceptó el señor Pascal, que se había encendido otro cigarrillo tras mi negativa.

—Entendemos que no lo haga, sargento. Aunque es nuestra obligación decirle que la ciudadanía va a terminar exigiendo la verdad. Y solo ustedes, los que sobrevivieron, pueden esclarecer los hechos —dije con una valentía impropia en Elisa, pero que se acrecentaba tras las lentes y el vello facial.

—Soy consciente de ello. Pero, ahora mismo, con la investigación en curso, es demasiado delicado mentar el tema. Como sabrán, hay mucho en juego, aunque, por suerte, yo ya estaré fuera del Ejército para entonces. Y espero que toda esta experiencia sea un vano recuerdo, arrinconado con los años.

—Eso será su voluntad última, sargento. Nosotros estamos aquí para que nuestros lectores sean conscientes de lo que está sucediendo en África. Aún hay prisioneros en Marruecos.

—No hace falta que me lo cuente, señor...

—Olivier Pascal.

—Señor Pascal, sé que aún existen cautivos. No saben a la cantidad de camaradas que he tenido que enterrar en estos años. Primero en Annual, después en Yebel Kama y en Tabelhach y en Axdir... Seiscientos, me aventuraría a decir. Y de mi mente no puedo borrar sus nombres ni todas las cartas de madres desesperadas que aún buscan a sus hijos. Ellas los han perdido dos veces: una al creerlos muertos y otra al descubrir que, en efecto, sus huesos reposan en fosas que yo mismo me encargué de cavar. Algunas incluso profanadas por un enemigo encolerizado por acciones de nuestro pueblo.

—¿Era Abd-el-Krim el que estaba al mando? —pregunté.

—Sí. Aunque todo era confuso. Nos movían de un lado a otro como ganado. De los ciento veinte hombres que integraban mi compañía solo sobrevivimos cuatro en Dar-Quebdani. Al principio nos llevaron a casa de Kadur Naamar, el caíd de Beni-Said. Aún recuerdo aquel terrible trayecto. Fue un verdadero calvario. Las vejaciones eran constantes. Días después nos

llevaron a Annual. Creo que, durante aquel traslado, tomé consciencia de la magnitud del desastre... Había cadáveres de soldados españoles por todas partes, en cada rincón del camino. El calor y la inquina de los moros habían precipitado el espeluznante estado en el que se encontraban. En aquel campamento estuvimos los meses siguientes hasta octubre, cuando nos movieron a otro cercano. Y así constantemente... Abd-el-Krim, de pronto, aparecía sin previo aviso. Llegaba con amenazas, con vacuas promesas o declarando lo piadoso que era por mantenernos aún con vida. Después se marchaba y no volvíamos a verlo en mucho tiempo.

—Se ha dicho que usted tuvo la oportunidad de identificar al general Silvestre... —señalé mientras bebía un trago de aquel amargo café.

—No, no es cierto. No con seguridad. En el camino hacia Annual, un moro me señaló un cuerpo y me confirmó que se trataba del general Silvestre. No podía detenerme, así que lo marqué con una piedra. A los meses, se me requirió para que regresara a por el cadáver y certificara si era, en efecto, el general. Pero no fui capaz. Ustedes saben, el desierto no es buen sitio para yacer muerto. Por más que registramos la zona, solo hallamos sangre y arena.

Sangre y arena. Aquellas dos palabras tiñeron un relato que se extendió durante más de hora y media. El sargento nos contó cómo habían convivido prisioneros militares y civiles, la mayoría procedentes de la colonia minera La Alicantina. Al principio, había reinado la anarquía. No hubo forma humana de organizar las comidas, no se respetaban los mandos ni se atendía debidamente a los heridos. Ante aquella situación, el sargento propuso que se nombraran jefes y, entre todos, llegaron a la determinación de que el sargento Pino sería el jefe de cocina, el sargento Arenzana sería el de ropa, el sargento Ortiz el de medicamentos y Basallo, el del campamento. Un poco antes de aquel reparto de cargos, él ya había comenzado a curar a los heridos.

—Nadie osaba acercarse a muchos de ellos por miedo al contagio. Otros aguardaban moribundos a que la muerte fuera más rápida que los rifeños. Ante la desesperación, comencé a curar las purulentas heridas a la sombra de los árboles, sin apenas recursos; a administrar quinina a los que padecían de fiebres y a acompañar a los tuberculosos en sus últimos días de vida. Incluso tuve que, sin conocimientos de medicina, amputar un dedo gangrenado al soldado Baltasar Alabort con una mísera cuchilla de afeitar —nos reveló.

Al parecer, el doctor Serrano, los enfermeros Miguel Rodríguez, Miguel Yáñez, Ramón Mellado y Miguel Sánchez —que murieron tratando de salvar

a un enfermo— y don José Cánovas, el practicante de la colonia minera, también contribuyeron a tal cometido. Lo que me resultó admirable fue que el sargento no tenía instrucción médica. Su formación se fundamentaba en la lectura de libros que encontraba por el campamento. Nos habló de una tortura psicológica que pasaba por obligarles a enseñar a disparar a los propios rifeños o a lanzar cañonazos contra las tropas españolas. Una noche, cuando el Ejército español tomó Nador, le comunicaron que, al salir el sol, los fusilarían a todos como castigo por el avance español y por las víctimas. Era el único que lo sabía y pasó toda la noche analizando si debía hablar o callar. A la mañana siguiente, le informaron de que, finalmente, no los ejecutarían.

—¿Imaginan lo que es vivir así, con esa zozobra? ¿Sin saber si ese día, tan fatídico como el anterior, sería el último? —nos dijo sin desprenderse de una angustia que todavía no le había abandonado.

Las fugas y la desobediencia se pagaban caras. Cuando los rebeldes rifeños descubrían que alguien había abandonado el campamento, decretaban tres días durante los cuales nadie podía salir de las tiendas a riesgo de ser fusilados.

—En una carta, que publicó un periódico español, le contaba a su madre que le habían arrebatado todo: las medallas, las ropas y el dinero para su boda... ¿Cree que esta guerra está saliendo demasiado cara a nuestro país?

—Señor Liébana, al soldado no le toca opinar sino combatir. Allí, sin nada más que nuestra fe, aprendimos a sobrevivir ante la necesidad. Cuando la gente me vitorea por la calle, no puedo evitar acordarme del resto de soldados que prestaron servicio. Algunos no tuvieron elección. Y otros tuvimos que enfrentar los reveses de ser prisioneros. Y no se nos había preparado para ello. Asimilar la muerte es sencillo, es algo que sabes que puede suceder con gran probabilidad cuando te vistes con el uniforme de defensa de tu país. Sin embargo, el cautiverio exige habilidad, supervivencia, fortaleza... No lamento el hurto de mis medallas, pues se me impusieron otras a mi llegada, tampoco de mi dinero, pues ganaré otro distinto para mi boda. Lo que nos arrebataron a todos los cautivos fue la libertad, el tiempo. Y eso no podemos recuperarlo de ningún modo. Se quedó allí. Y eso sí es caro.

Sus palabras fueron calando hondo en mi conciencia. Muchas de ellas quedarían plasmadas en sus memorias, publicadas durante el verano de 1923. Yo, sumida en su historia, transcribía sus recuerdos, ahora en forma de frases, párrafos, puntos; antes, vivencias descorazonadoras. Y en aquel viaje, en el

que lo contenido en su mente pasaba a ser la materia prima de mi próximo artículo en el periódico, fui percibiendo cómo, con cada pregunta, iba desapareciendo la entrevista e iba naciendo la sincera conversación. Mis labios buscaban, con cada interrogante, una verdad callada, una proposición oculta, un secreto silenciado hasta aquel instante. Habiendo satisfecho todas mis interpelaciones, el cortés sargento dio por zanjado el encuentro con un complaciente:

—Espero haber contribuido a que esos lectores, a los que tanto defienden, tengan mañana una porción más de realidad acerca de la guerra.

—No vacilaré en mi empeño por que así sea, sargento Basallo. Ha sido un placer —contesté solemnemente.

El señor Pascal añadió:

—Sargento, trate de que no le vuelvan a hacer prisionero aquí en España. Hay cárceles de oro macizo más aciagas que cualquier zoco marroquí.

El sargento bajó la cabeza.

—Lo sé, compañeros. Es tarde, debo prepararme para asistir al banquete en honor al cabo Royo. Si me siguen, los acompañaré hasta la puerta —nos indicó.

El señor Pascal y yo asentimos, dejando en aquella sala una nube de emociones de la que tardaríamos en recomponernos. Era como si, durante aquel rato, me hubiera convertido en una cautiva más. El sargento, amable, nos escoltó hasta el portal, devolviéndonos al frío del invierno. Su actitud denotaba respeto, humildad y también miedo. Miedo a no ser totalmente riguroso con lo que sucedió, a hablar más de la cuenta, a atribuirse méritos de otros... Antes de cerrar la puerta, decorada con aquel brillante 21, llamó nuestra atención una vez más:

—Háganme un favor. Empleen lo que les he narrado con respeto y no conjeturen más de la cuenta. Los he atendido porque entiendo su sentido del deber para con sus lectores, pero no desaprovechen la ocasión para publicar los hechos, sin elucubrar teorías conspiratorias que no están probadas... todavía.

—Descuide, sargento. Seremos fieles a lo que ha compartido aquí y ahora.

—Mucha suerte.

—Con Dios.

—Con Dios —respondimos al unísono.

Cuando desapareció en aquel rellano, un relámpago de adrenalina transitó

desde mis tobillos hasta mi cabeza, recalentada por la peluca. Di un ligero brinco y abracé al señor Pascal, emocionada por lo excitante de la situación. Dándome cuenta, en medio de aquel extraño abrazo, que era un hombre mostrando un ilógico afecto por otro, opté por reproducir uno de aquellos golpes que don Ernesto me propinaba en la espalda cada vez que me veía para disimular.

—Aplaudo su intensidad, señor Liébana —valoró el otro—. Menuda fuerza —se quejó en un dolorido murmullo.

No sabía con certeza si la amabilidad del señor Pascal y su colaboración en aquella empresa tenían intereses escondidos, pero, por lo pronto, aquel periodista francés había mejorado la imagen que tenía de él. Su artimaña para que el sargento nos concediera unos minutos había surtido el efecto esperado y no podía estar más agradecida.

—Es la entrevista más interesante que he realizado en todos mis años de profesión —aseguré emocionada sin revelar que, de hecho, había sido la primera.

—Ha estado muy bien. Me han gustado sus preguntas.

—Muchas gracias, señor Pascal. Usted también ha estado muy acertado. No olvidaré nunca la cara que se le quedó cuando insinuó lo del rey...

—No era difícil adivinar que aquello le haría replantearse el atendernos. El sargento ha demostrado un gran sentido de Estado, siente una obligación para con la patria que ya querrían muchos soldados.

—Sí, tiene razón...

¿Quién lo iba a decir? El señor Pascal podía ser alguien agradable, después de todo. La curiosidad, no obstante, hizo que me precipitara en preguntarle el porqué de aquella repentina camaradería.

—Ya escuchó a don Ernesto. Está convencido de que podemos formar un buen equipo entre los dos —contestó—. Y, siéndole sincero, yo también lo creo. Acabamos de conseguir una entrevista exclusiva con el hombre del momento.

—Tengo que darle la razón. Pero no se acostumbre. Me va muy bien trabajando sola..., solo.

—No me malinterprete, señor Liébana. No le estoy proponiendo colaborar en todos nuestros artículos. Solo digo que me alegra haber hallado a un compañero como usted en Madrid.

—Lo mismo digo... —respondí, aun sin estar convencida de cómo aquella

cooperación entre redactores podría ser posible, teniendo en cuenta que Pedro Liébana solo existía en momentos concretos—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, por supuesto —me dijo mientras continuábamos con nuestro paseo de vuelta.

—¿Por qué no se ha identificado como periodista de *Le Figaro*? Casi me ha dejado a mí al mando de la entrevista... —observé.

—Verá, la experiencia me dice que cuando un hombre está tan dubitativo acerca de si conceder o no unos minutos a un par de periodistas..., lo mejor es no introducir periódicos extranjeros como ingrediente a la hora de tomar la decisión. Si hubiera sabido que sus respuestas podían aparecer en las páginas de un diario francés, quizá habría rehusado atendernos. Además los lectores de *El Demócrata* agradecerán la información.

—Bien mirado... —concluí—. Pero ¿usará lo que nos ha contado?

—Señor Liébana, soy gentil pero no idiota. Todo está aquí —aseguró, señalándose la sien—. Sígame, lo invitaré a un trago.

Obedecí, abierta a su cortés ofrecimiento, y con aquella intriga por saber más de él pisándome los talones. Regresamos a la zona del centro, alejándonos por completo de aquellas cuidadas y amplias calles del ensanche. Entramos en una casa de comidas situada cerca del Arco de Cuchilleros. Botín, la llamaban. El señor Pascal, quien vivía a escasos metros de aquella calle, entró con decisión y saludó, con garbo, a uno de los empleados. Aquel hombre enseguida reconoció a mi acompañante y nos indicó que nos sentáramos en una de las pocas mesas que quedaban libres en el comedor. Contrariada por aquella imprevista comida, me rasqué con cuidado la frente y miré alrededor. El ambiente era diverso. Los comensales estaban entregados a la labor del despiece y descuartizamiento de su comida, a masticar y a empinar el codo con más brío del que jamás habían contemplado mis ojos. Los tonos cálidos, dorados y la madera se fundían por doquier, como perfecto envoltorio para los manjares que allí se servían.

—¿Qué desean los señores?

—Sírvanos un par de chatos, dos raciones de sopa al cuarto de hora y un poco de la especialidad de la casa.

—Está aprendiendo rápido, *monsieur* Pascal —le indicó el camarero.

—No le quepa duda.

El señor Pascal, asombrado por mi ignorancia acerca de aquel pintoresco restorán, me hizo cómplice de su sorpresa tras el obligado brindis.

—¿No conocía Botín?

—No..., es decir, sabía de su existencia, pero no había tenido la oportunidad de venir.

—Ya, imagino que queda algo alejado de su residencia. ¿Sigue en aquel hotel?

—Sí, allí sigo. —Iba adaptándome a los giros de la conversación sin ninguna fe en mi capacidad de salir del enredo.

—¿No le interesaría alquilar algo más cómodo? Entiendo que desea quedarse aquí por un tiempo.

—En efecto, sí. Sin embargo, prefiero hospedarme en hoteles para no arraigarme en demasía.

—Entiendo... Una pena entonces que no pueda disfrutar de las delicias de Botín más a menudo.

—Tendré que plantearme deambular más por el centro.

—Apoyo su intención.

Tras catar el delicioso caldo, que combinaba, con maña, el sabor a pescado con los tacos de jamón, el camarero nos trajo la «especialidad de la casa»: medio cochinillo de considerable tamaño me observaba desde la bandeja. El señor Pascal me sirvió un trozo en mi plato. Al principio, dudé si aquel potente sabor me conquistaría, pero tras tres o cuatro porciones, fui perdiendo mis modales de señorita en pro de mi faceta masculina. Aquella delicia era jugosa, intensa, tierna. El maridaje con aquel vino, que se rellenaba a pasos agigantados, era del todo acertado. Era un inestimable placer el deleitarse con la comida sin estar preocupada por las formas, la corrección en el uso del cubierto y la postura. Hubiese apostado un riñón a que, de verme así, mi madrina habría montado en cólera y me habría dicho: «¡Esas no son las maneras con las que se comporta una mujer de bien en público!». Y, ciertamente, distaban mucho del modo en que Elisa Montero lo hacía, pero aquel día no era ella, era don Pedro Liébana.

—Y dígame, señor Pascal, ¿tiene usted esposa allá en Francia? —me interesé.

—No, no. Las mujeres y la familia no son asunto que me interese en absoluto. Salvo para pasar un buen rato, ya me entiende.

—Claro, claro —aseguré sin estar muy segura de qué diantres me parecía tan lógico.

—¿Y usted? Tiene pinta de que se ha dejado a alguna muchachita en

Barcelona. ¿No es así?

—Bueno, puede ser. Ya sabe, las mujeres se encandilan fácilmente de uno, pero, con mi profesión, no tengo tiempo para compromisos.

—Veo que le ha entusiasmado el cochinitillo —señaló el señor Pascal.

—He de admitir que está exquisito.

—Y que lo diga, señor Liébana. Uno de los secretos mejor guardados de la capital.

—No puedo estar más de acuerdo... Por cierto, según entendí, usted goza de buena fama en París. ¿Lleva mucho tiempo dedicándose al periodismo?

—Más del que soy capaz de recordar. Comencé a ser el chico de los recados de alguna que otra gacetilla cuando apenas tenía quince años. Cautivado por el ambiente de la redacción, continué trabajando al tiempo que cursaba mis estudios de literatura en La Sorbona. Sin darme cuenta me convertí en redactor y, poco después, en corresponsal. Mi primer destino fue Berlín, con objeto de cubrir las manifestaciones celebradas cuando el káiser Guillermo II abdicó. No fueron años fáciles para los periódicos franceses. Algunas de las cabeceras para las que trabajé de crío cerraron durante la contienda y otras se ganaron un escepticismo de los lectores que todavía persiste hoy día.

—¿De veras? ¿A qué se debe esa desconfianza? —pregunté, tratando de no perder el grave tono de voz.

—Verá, señor Liébana, en tiempos de guerra, la libertad y la verdad son herramientas al servicio de los intereses nacionales y estatales. La prensa debe tomar una difícil decisión: contar lo que pasa o contar lo que el Gobierno desea que suceda. En esa irremediable pugna, cuestiones como el honor, el bien común, el sentido de la responsabilidad o el interés personal se terminan aniquilando mutuamente. El problema es que, después, cuando sale a la luz lo real, si apostaste por contar verdades a medias, dejas de ser una fuente fiable para tus lectores. Y lo peor que puede perder un periodista es su credibilidad.

—En efecto. Al fin y a la postre somos relatores de noticias, de verdades efímeras del día a día.

—Correcto. En fin, no son buenos tiempos para nadie, supongo. ¿Y usted? Según don Ernesto es un diamante en bruto.

—Sí, eso dicen —recalqué para reafirmar mi halagüeña posición—. Yo también he tenido una gran vocación desde niño. Enseguida comencé a

publicar artículos en algunos periódicos de Barcelona e incluso recibí una suculenta oferta de *La Vanguardia*. Sin embargo, me decidí por *El Demócrata*. Siempre me apeteció servir en una cabecera de la capital, donde casi todo se cuece.

A pesar de aquella copiosa comida, así como de los grados de alcohol que contenía mi cuerpo, logré comportarme hasta mi despedida del señor Pascal.

—Bueno, he de irme, tengo un artículo que redactar —afirmé.

—Lo mismo digo —respondió, recuperando aquella competitividad que se palpaba en todas nuestras conversaciones.

—Ha sido un placer, señor Pascal.

—Puede llamarme Pascal a secas, si lo desea.

—En ese caso, refiérase a mí por Liébana, también —le correspondí, en un gesto de creciente, pero controlada, fraternidad.

—Hasta más ver.

—Hasta más ver, Pascal.

La visita del doctor Rueda había aportado pocos datos esclarecedores sobre mi ficticia enfermedad. Nada hábil en el arte de la detección de mentiras, concluyó que sufría migrañas. Justo lo que yo había apuntado que padecía. Bien es cierto que, aquella mañana, estuve más creíble que nunca pues el malestar en el estómago, que me había producido mi banquete con Pascal, era tan auténtico como el cochinito que había engullido cual marinero. Nuevamente, mi ausencia en el periódico no parecía importar a nadie por lo que dediqué todo el día a reposar. Mi madrina, de mala gana, me instó a que obviara salir de mi habitación e incluso del lecho. Asentí, dócil, y dormí lo que hacía semanas que no dormía. El cansancio de las noches entre copas de *whisky*, de los días oculta tras otra personalidad y de las líneas de artículos que se ensamblaban en la máquina de escribir del señor Ribadesella pesaba con renovada fuerza en mis piernas, mis brazos, mi espalda. Dejé que las sábanas me acariciaran y que me secuestrara el universo de los sueños, donde la fantasía y los recuerdos eran uno, donde comenzaban y terminaban mis mayores deseos. Estaba en casa, a salvo. El sol continuó con su labor tras mi ventana, alumbrando a los trabajadores y paseantes para después irse atenuando lentamente, contando a los madrileños, con cada destello, que

aquel día pronto llegaría a su fin. Aún penetraban algunos tímidos rayos por el cristal, sorteando las rosáceas cortinas, cuando mis ojos se abrieron perezosos y enredados en cuestiones alejadas de este mundo. Una figura borrosa estaba sentada en la silla. Parpadeé, luchando por recuperar la claridad, y la sombra fue adquiriendo identidad.

—Catalina.

—Buenos días, bella durmiente. O buenas tardes, mejor dicho.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a visitar a mi amiga enferma. Espero que no te contraríe.

—En absoluto. De hecho, me viene bien un poco de compañía.

—Eso he pensado —sentenció mientras se levantaba de la silla y se dirigía a cerrar la puerta a cal y canto.

Me incorporé, desprendiéndome de la desidia y la observé. Refinada, como siempre, alcanzó un periódico que, suponía, había dejado con anterioridad sobre el escritorio. Con una amplia sonrisa de orgullo me lo lanzó a la cama.

—Pedro Liébana firma en portada, querida Elisa —me anunció.

Estupefacta, agarré aquel conjunto perfecto de papel y tinta y admiré mi entrevista al sargento Basallo en primera plana. El día anterior, tras despedirme de Pascal, había puesto rumbo a la redacción de *El Demócrata* para finalizar el gran artículo que tenía entre manos. Una vez hube terminado, lo dejé en la oficina vacía de don Ernesto y marché a casa, suplicando que nadie hubiera entrado en mi cuarto durante las horas en las que me había ausentado. Por suerte, mi madrina había estado todo el día fuera de la casona.

—Debo reconocer que es una gran entrevista —aplaudió Catalina, que se acomodó en el borde de la cama.

—Fue una charla sumamente interesante, Catalina. Me hubiera encantado que estuvieras allí. Aquel hombre contó mucho más con los ojos que a través de sus palabras. Una parte de él sigue allá en Marruecos cautiva... y no creo que llegue a ser liberada.

—Menuda experiencia... ¿Y cómo conseguiste que te atendiera?

—Gracias a una efectiva colaboración con *monsieur* Pascal.

—¿Significa esto que el señor Pascal ha dejado de ser un ser repugnante para convertirse en un buen amigo de Pedro Liébana?

—No tergiverses mis palabras. Bueno, ¿qué hay de ti?

Tras un rato de cálida comprensión, alimentada con diálogos plenos de complicidad, doña Pilar abrió la puerta, con cautela.

—Elisa, tienes otra visita. Don Francisco está esperando abajo.

Catalina, rápida, se levantó. Pedí que me acercara un batín para cubrirme un poco. Me fui directa al tocador, donde peiné mi cabello y pellizqué mis mejillas para no parecer tan pálida. A mi señal, doña Pilar avisó a Francisco de que ya estaba lista para recibirlo. Mi amiga se despidió de mí con un beso en la mejilla y se marchó. Desde la galería, se escuchó la parca conversación que mantuvieron mis dos visitas:

—Señorita Folch, qué sorpresa verla.

—Don Francisco, muy buenas tardes.

—Espero coincidir próximamente con usted.

—Lo mismo digo, don Francisco. Hasta más ver.

—Adiós.

Mi prometido cruzó el umbral, imponente, preocupado, y con ese exquisito estilo al vestir que le hacía merecedor de la envidiable fama que le precedía. Nada más verme, me estrechó contra su pecho y me besó. Una vez le informé del diagnóstico, me ofreció los servicios del doctor Vallejo, el médico de la familia Rosales, por si precisaba una segunda opinión. Mientras dejaba que me abrazase, contemplé el ejemplar que todavía reposaba sobre mi cama. Su calidez y su apoyo me reconfortaban, pero en mi mente siempre rondaba la incógnita de si su comprensión se mantendría cuando estuviéramos casados. Él iba a entender que deseaba escribir, ¿verdad? No me importaba dejar de ser secretaria, pero solo si mi renuncia como ayudante de doña Carmen Idiazábal suponía el ingreso, por derecho, en la redacción. Aquel matiz siempre se me quedaba en la punta de la lengua, a la espera de encontrar el momento idóneo para que Francisco, mi futuro marido, descubriese mi pasión por el periodismo.

Cuando se marchó, regresé a la cama. Me senté y observé alrededor. Vagos recuerdos se habían confundido con sueños por el cansancio. De pronto, me sobresalté. Acababa de recordar el incidente con doña Pilar. La noche del domingo, había dejado sobre la silla el disfraz de Pedro Liébana y, sin pensar, me había recostado en el lecho, confiada en descansar unos segundos antes de terminar de recoger todas las huellas de mi patraña. Pero me había quedado dormida. Por la mañana, doña Pilar llamó a mi puerta para comprobar cómo me encontraba. Estuve a punto de acceder a que pasara, pero me percaté a tiempo de que todas las prendas masculinas seguían sobre el respaldo del asiento de madera. Me incorporé, solicitando a doña Pilar dos minutos, y metí

todos los retales de mis mentiras en el arcón. Pasado el margen que consideré razonable, entró en mi alcoba y me encontró junto al baúl.

—¿Qué haces ahí, Elisa? ¿Qué te ocurre? —se preocupó.

—Nada, doña Pilar. Estoy bien. Solo estaba buscando un collar de perlas del que me he acordado en sueños. Solo es eso —respondí, asegurando los cierres del arcón.

Doña Pilar se quedó quieta y arqueó las cejas. Me levanté y volví al lecho.

—El doctor Rueda llegará en media hora. —Hizo una pausa—. Aunque no tengo muy claro que tus dolencias sean de su competencia —aseguró sin dejar de mirar el baúl.

—Le aseguro que sí, doña Pilar —mentí, mientras notaba el dolor de la traición a un ser querido quemándome la piel.

Capítulo 7

En el jardín de la residencia de Catalina se acostumbraba a respirar una paz que conquistaba el alma de quien permaneciera allí durante un largo rato. Las muchachas que no se habían marchado a sus casas con el fin de los exámenes se relajaban en él leyendo, paseando, jugando al pañuelo o al *lawn tennis*. Eran de diversas partes de España, pero entre ellas se había forjado una bonita amistad, consolidada en la convivencia. Una parte de mí las envidiaba. La señorita Kent y la señorita Suances me saludaron de lejos. Supuse que debían de partir al edificio del Instituto-Escuela.

Las amigas de Catalina me trataban con afecto, a sabiendas de que era del círculo de confianza de la señorita Folch. Observé a las que jugaban al pañuelo. Tendrían dieciocho o diecinueve años. Reían, corrían, se divertían. Era extraño no ver por allí a la señorita Henderson. Ya hacía dos semanas, a principios de aquel mes de junio, que se había marchado a los Estados Unidos de vuelta a casa, tras aquellos dos intensos cursos en Madrid. La despedida no había sido sencilla y la que más lo sufrió fue Catalina. Se habían convertido en amigas inseparables en el tiempo en que la señorita Agnes había residido en España. De todos aquellos buenos ratos, ahora solo quedaban sus señas y la firme promesa de que la escribiríamos y de que, con un poco de suerte, la visitaríamos en los próximos años. Me resultaba aterrador el modo en que una persona podía dejar de formar parte de tu vida, en un suspiro, al verla alejarse en un tren. Si ayer estaba a escasos dos metros, hoy surca el Atlántico sin fecha de vuelta.

—Elisa —me llamó Catalina.

—Catalina, ¿cómo estás?

—Bien. Disculpa la tardanza. He tenido reunión con doña María de Maeztu.

—¿Quieres que demos un paseo?

—Por supuesto. Pero por la sombra, el calor es agobiante. Bueno, dime,

¿qué querías contarme?

—Antes de nada, necesito que me prometas que todo lo que te cuente quedará entre nosotras.

—Ya sabes que jamás osaría revelar alguno de tus secretos. No me asustes. ¿Qué ha ocurrido?

—Bueno, para empezar, ¿recuerdas que don Ernesto estaba empeñado en invitarnos a una copa, al señor Pascal y a mí, desde hace varias semanas?

—Sí, me acuerdo.

—Pues, finalmente, nos citó ayer en un local cercano a la plaza del Progreso.

—¿Y...?

—Y acudí. Pero fue una noche un tanto extraña...

Así comencé a relatarle mis peripecias del día anterior como Pedro Liébana.

El bochorno era protagonista indiscutible en aquel crepúsculo. La peluca se hacía más incómoda, si cabe, en días de calor. Me adentré en las callejuelas que se hallaban más al sur de la Puerta del Sol, donde la elegancia que se respiraba en las avenidas más céntricas iba dando paso a los ambientes más humildes, más bohemios, más sencillos. Aun con todo, el jolgorio de aquellas rúas, con muchachas riendo, caballeros entrando y saliendo de cafés, caballos resoplando cansados y música escapándose por las rendijas de ventilación de los locales teñía de una incomparable alegría el modesto barrio de Lavapiés. Provista de aquellos resistentes *oxford*, que protegían mis pies en mis variopintas andanzas, alcancé el punto en el que don Ernesto nos había citado. No dejaba de extrañarme que aquella zona fuera de su agrado, pero en la noche, las normas sociales se difuminaban, tomando una forma distinta, y hombres de toda clase se congregaban en los mismos espacios, buscando evadirse de la monótona rutina, fuera cual fuese.

Apenas debí esperar ya que mis acompañantes fueron puntuales. A la señal de don Ernesto, pasamos al interior de aquel teatro llamado Barbieri. Tal y como sucedía en el exterior, allí también se vislumbraba una atípica mezcla en el público, principalmente masculino. Don Ernesto saludó a un par de conocidos y, después, nos indicó que tomáramos asiento en uno de los veladores. Era una suerte de cabaré donde los concurrentes podían recrearse con variadas actuaciones al tiempo que bebían y fumaban.

—Ya van a ver, les va a gustar —nos aseguró.

—Estoy convencido de que así será —afirmé. El señor Pascal, despreocupado, se encendió un cigarrillo.

—¿Quiere? —me ofreció.

—No, se lo agradezco —volví a negarme una vez más.

El espectáculo no se hizo de rogar en demasía y, bajo aquella tenue luz, comenzaron a sonar los acordes de una pegadiza musiquilla. Un piano acompañaba los contoneos de una muchacha que había hecho una aplaudida aparición en el escenario. Su sugerente vestuario quedaba cubierto por un mantón de Manila de exóticos bordados, que empleaba como esencial instrumento para su baile. Los ojos de don Ernesto y Pascal habían sido secuestrados por aquellos seductores movimientos. Yo, abrumada por el erotismo de la actuación, traté de encontrar un divertimento más decente en el que fijar la mirada. Pero nada. Como si de un imán se tratara, aquella mujer lograba acaparar toda la atención del auditorio. Pasmada ante la letra de aquella canción, por la que la cupletista rebuscaba una misteriosa pulga que se había colado debajo de su vestido, me imaginaba las palabras del padre Cristóbal si descubría, algún día, que había participado de aquel sensual entretenimiento. Avergonzada, me ponía la mano en la frente, para no ver cómo la joven nos regalaba pedacitos de su intimidad, y pegaba un trago, con llamativo brío, a mi copa. De tanto en tanto, comprobaba cuál era la actitud de mis acompañantes. Ellos reían, divertidos por las ocurrencias de aquel cuplé y el salero de la cantante. Los hombres la vitoreaban, la aplaudían, agradecidos por los melódicos y pautados zarandeos de la muchacha. No se podía negar que estaba de buen ver, mas yo, lamentablemente, no compartía el gozo con la mayoría de los presentes.

—Esa jovencita es increíble, ¿les está gustando? —se interesó don Ernesto.

Asentí, nerviosa, confundida al ver a don Ernesto, de quien desconocía esa faceta, entregado a la ovación y el deleite de aquella escena. Al parecer, el señor Rodríguez de Aranda era un gran seguidor del género ínfimo pues, hacía años, había estado en boga en España y, de vez en cuando, le agradaba rememorarlos. Ahora, algunos de aquellos cuplés seguían presentes en la cartelera de algunos teatros, cabarés y salones de variedades. En mi fuero interno me preguntaba, mientras nos servían otra copa, por qué don Ernesto no se habría aficionado a la zarzuela o a las exhibiciones de escapismo. El señor Pascal, al contrario que yo, se sumó al entusiasmo del director de *El Demócrata*, agradecido por que nos hubiera llevado allí.

—En París también tenemos cupletistas y algunas de ellas son realmente famosas —nos informó Pascal.

—Y aquí, hijo. Ay, recuerdo ver a la magnífica señorita Pilar Cohen y la Chelito. ¡Soberbias!

Yo permanecía callada, asimilando lo que acababa de ver.

—¿Y a usted qué le ha parecido, don Pedro? —insistió don Ernesto.

—Llamativo. En el mejor de los sentidos —contesté.

—Sabía que les divertiría —se enorgulleció nuestro director, pegándonos aquellos golpes en la espalda que tanto gustaba emplear como seña de emoción.

—Ha acertado usted, don Ernesto. No hay duda. ¿Suele venir por aquí a menudo?

—No, no. Pero, de vez en cuando, me gusta dejarme caer para admirar la sensualidad de las cupletistas o reírme con los cómicos que actúan algunas noches. —Hizo una pausa dramática—. Excuso decirles que de esto ni una palabra a mi esposa.

Bebí otro largo trago.

—Quede tranquilo, don Ernesto. Será nuestro secreto.

—Lo mismo digo —me sumé.

—No quiero que me malinterpreten, pero todo hombre debe guardar a buen recaudo este tipo de detalles que no aportan nada a las mujeres y que haría que pusieran el grito en el cielo. Si mi Cristina viera esto, me llamaría tarugo y botarate, además de obligarme a ir a confesarme a la parroquia durante quince días seguidos. —«Y con sobrada razón...», murmuré para mis adentros—. En fin, jóvenes, he de retirarme. Disfruten ustedes que gozan de plena libertad para contentarse con sus devaneos nocturnos —nos indicó, terminando su copa y dejándola en la mesa con un fuerte golpe a modo de conclusión.

El camarero nos sirvió otra copa. El señor Pascal, relajado admirando a las muchachas que pasaban por su lado, reparó en mi incomodidad.

—¿Se encuentra bien, Liébana?

—Estupendamente. Me encantan este tipo de... lugares... En Barcelona voy un día sí y otro también.

El señor Pascal me observó extrañado. Al parecer, acudir todos los días a cabarés era tan malo como no ir nunca. Bebí de nuevo. Estaba convencida de que ahora creía que era un depravado.

—Celebro entonces el acierto de don Ernesto para con usted —aseguró.

—Un gran acierto, eso es.

—Ahora que me acuerdo, ¿ha conseguido obtener más datos del percance entre los señores Sánchez Guerra y Aguilera en el Senado?

—Sí, Morales me pasó el contacto de una de sus fuentes. A cambio debo comprarle unos zapatos nuevos. Pero está bien, merece la pena —le conté.

—Ese truhan de Morales... Sabe cómo salirse con la suya aun cuando no tiene nada que ganar —opinó Pascal.

—Por eso es una de las piezas clave de *El Demócrata*. Es capaz hasta de anticiparse a los pasos de Maura o García Prieto, aun cuando duermen — señalé.

—Debe de ser por pasar tanto rato en compañía de políticos. Finalmente, piensas y actúas como ellos.

—Y que lo diga.

El diálogo con Pascal fue llevándonos por derroteros diversos. No obstante, fui perdiendo agudeza en mis intervenciones, notando cómo mis labios se entumecían y mi mente quedaba empañada por el alcohol. Aun así, comprendí a la perfección cuando mi camarada me señaló a una lozana joven que me miraba desde una de las mesas cercanas.

—Parece que le gusta. ¿No va a acercarse? —me animó.

—¿Yo? Es decir, claro, por supuesto, ¿quién si no? Dice que me acerque..., yo.

Mi falta de agilidad estaba saliendo a la palestra y Pascal, con la mejor de las intenciones, luchaba por seguir aquel monólogo que había iniciado conmigo misma.

—¿Sabe qué le digo? Que hoy estoy disfrutando de su agradabilísima compañía. No tengo necesidad alguna de conocer a nadie más, queridísimo Pascal —probé a decir.

—Venga, hombre. Agradezco su consideración, pero ni en mil años yo podré ofrecerle lo que esa muchacha. Usted ya me entiende...

«Ay, Jesús», grité en mi interior —o eso creo—. ¿Qué se suponía que debía hacer? Tosí.

—Insisto, Pascal. Me quedo con usted. Aquí me encuentro a gustísimo.

En efecto, por un extraño motivo, la bebida en sangre me había convertido en una amante de los superlativos. Y no es que poseyera mis mejores facultades para enfrentarme a la combinación de letras, que rozaban casi el

trabalenguas, de aquellos intensos vocablos.

—Venga, lo acompañaré. No sea tímido.

Pascal se levantó decidido ante el asombro dibujado en mi cara. Le seguí con torpeza, sumándome a una charla que él mismo había iniciado con la joven. En los primeros segundos, nos reveló su nombre: Teodora. Pascal, docto en el arte de la conversación y, atendiendo a aquel panorama, de la seducción, trataba de sacar temas en los que yo pudiera participar para así conquistarla.

—Aquí donde lo ve, aunque pueda parecerle poca cosa, el señor Liébana es uno de los redactores con más futuro de Madrid —le explicó Pascal—. Bien es cierto que un servidor no se queda atrás —recalcó—, pero él tiene conquistados a sus lectores.

—Con más futuro de España, queridísimo Pascal. España. Discúlpelo, es francés y no anda sobradísimo de geografía —le corregí.

—Lo que usted diga.

Aquel énfasis en mi profesión se tradujo en una sonrisa pícara por parte de la muchacha. Desconcertada, traté de enmendar mi error con la escasa perspicacia que me quedaba.

—Aunque eso dicen de muchísimos *reporters*. ¿Quién soy yo para creermé más que ninguno? Además, como bien apunta mi amigo, aunque lo fuera, nadie lo aceptaría. Míreme, ni muy alto ni corpulento ni varonil.

—Bueno, guapetón, eso no es problema. A mí me gustan los hombres menudos —afirmó ella.

—Tremendísima equivocación. Los fornidos son mejores... amantes —probé a decir.

—¿Qué clase de afirmación es esa? —se sorprendió Pascal.

—La escuché de boca de un famosísimo médico.

La señorita Teodora me observó, extrañada. El pasmo le duró solo un segundo pues, enseguida, regresó a su irritante manía de lanzarme miradas cargadas de indecorosas intenciones. Si solo hubiera sabido que, en realidad, yo era una mujer y no un redactor grácil e introvertido...

—¿Quiere usted bailar, señor Liébana? —me propuso.

—¡Magnífica idea! —exclamó Pascal.

—¿Ve? Otro grandísimo defecto, no sé mover un pie al son de la música.

De hecho, había dos grandes problemas en relación al baile. Por un lado, no sabía moverme como un hombre. Por otro, mi embriaguez ponía en riesgo

a todo aquel que estuviera próximo si me decidía a danzar.

—No importa, nos quedaremos aquí sentados —aceptó ella, de buena gana.

Todo daba vueltas. Pascal se había retirado en busca de su propia conquista, abandonándome frente a aquella artista de la seducción. Había comenzado a sudar por la frente.

—¿Viene mucho por aquí?

—No, es la primera vez. —«Y ojalá sea la última», pensé.

—Ya decía yo que su cara no me era familiar. Y no es común que yo no conozca a alguien si se ha *dejao* caer por aquí. Tengo *calaos* a *tos* los mendas de la zona.

—Sí, ya se ve que es usted muy observadora.

—Aunque de *tos* los señoritos que vienen los que más me privan son los vergonzosos como usted.

Sonreí, fingiendo simpatía pese a que mi verdadero sentir estaba más cercano al terror.

—Y a los que más odio son a los que vienen con su calderilla exigiendo lo que no les dan en su alcoba.

—Debe de ser durísimo. —Ahí, he de reconocer, que quien contestó fue Elisa, poniéndose en la piel de aquella mujer.

—Lo es, señor Liébana. Mucho —respondió, aprovechando mi compasión para acercarse un poco más—. Así que escribe para *El Demócrata*... Tendré que empezar a comprarlo si en él colaboran muchachos tan *apañaos* como usted.

—Sí, de hecho, conozco a alguno que estaría encantadísimo de pasar un buen rato con usted —contesté pensando en el mujeriego de López.

—¿Sabe qué, señor Liébana? Tiene usted unos ojos muy muy bonitos.

La señorita Teodora se seguía aproximando a mí. Sus desgastados labios buscaron encontrarse con los míos ante mi total estupefacción. Ella cerró los ojos, confiada en que correspondería su sin par arrojito, y se dejó vencer sobre mí. Yo, que podía simular ser un hombre, pero solo hasta ciertos límites, me aparté aterrada por si aquella mujer lograba abordarme. Me levanté del asiento en el que me había acomodado al reunirme con ella y Pascal y me alejé. Mientras corría hacia la salida, vi cómo la pobre Teodora perdía el equilibrio, percatándose de que nadie la sostendría ni la besaría. En una milésima de segundo, su silla se sometió a las leyes de la gravedad,

rindiéndose al peso ejercido por la muchacha, y la señorita Teodora cayó de bruces hacia delante. Sus orondas carnes, mercancía al servicio de aquellos hombres que prometían amarla por cuatro perras, abrazaron el suelo húmedo del cabaré ante el desconcierto del resto de los presentes. Y yo corriendo. Huyendo. Sin mirar atrás ni disculparme por aquella imprevista vejación.

El bochorno me abofeteó cuando regresé a la calle de la Primavera. Aun así, no me detuve. Estaba mareada, disgustada y asustada. Aquello había sido un giro fatal y debía desaparecer antes de que alguien se diera cuenta de que era una mujer. Corría, pero la calle se me antojaba más larga que de costumbre. Y al fondo, un susurro que se fue convirtiendo en una llamada a gritos.

—¡Liébana! ¡Liébana! ¿Adónde va? ¡Liébana!

Pascal no me podía ver en aquel estado. El estómago rugía, suplicando una tregua, y yo no me sentía dueña de mí ni de mis piernas. Giré la cabeza, luchando por concretar dónde se hallaba Pascal y cuánto le quedaba para alcanzarme. Tenía que avanzar más aprisa.

—¡Liébana! ¡Cuidado! ¡Cuidado!

Tras ser parcialmente embestida por un caballo y caer sobre la calzada, de golpe, recuperé el conocimiento.

—¡Liébana! ¡Liébana! ¿Está bien? —me preguntaba Pascal, de cuclillas a mi lado.

—¿He muerto? —pregunté.

—A no ser que los muertos respondan, no, está usted vivo.

—¿Me falta alguna extremidad?

—No, las tiene todas. Dígame, ¿cuántos dedos ve? —dijo, poniendo su mano enfrente de mi cara.

—Cuatro.

—Está bien. Eso es por el alcohol. ¿Cree que puede levantarse?

—Voy a intentarlo —prometí.

Con dificultad, me incorporé. Viendo mi falta de pericia, Pascal optó por ayudarme. En medio del trasiego, por el que debía recuperar mi condición bípeda, una inexplicable chispa de sinceridad se adueñó de mis labios y dije:

—Usted sí tiene ojos bonitos, señor Pascal.

Él se limitó a reír, consciente de que don Pedro estaba ebrio, y, una vez estuve en pie, me respondió:

—Agradezco el cumplido, Liébana. Doy por seguro que la señorita

Teodora se acordará siempre de usted.

Las carcajadas de Catalina se escuchaban por toda la avenida. Le supliqué que no se burlara de mi torpeza. Habíamos recorrido el paseo de la Castellana hasta los Altos del hipódromo, donde se encontraba el monumental edificio del Museo de Ciencias Naturales. Paseamos por el formidable jardín que encumbraba su fachada principal, dando permiso al sol para que acariciara nuestra pálida tez.

—Hubiera pagado mil pesetas por verte esquivando a la señorita Teodora —afirmó sin dejar de reír.

—Me alegra que te divierta mi miseria —me quejé.

—No, no, Elisa, no me divierte. Aunque tienes que admitir que debió de ser bastante chistoso.

—Está bien, quizá sí lo fue —reconocí—. Me pregunto qué pensará de mí el señor Pascal. Prácticamente intenté echar a aquella mujer a sus brazos para quitármela de encima. Y después hui en la noche, controlada por el pánico.

—Es sencillo. Creerá que estabas bajo el influjo del alcohol.

—Desconozco cuáles son los crímenes imperdonables de los varones. A veces, cuando me convierto en Pedro Liébana, me pierdo en sus normas invisibles. Ser mujer no es fácil, pero me he dado cuenta de que ser hombre tampoco es tarea exenta de dificultad.

—Por supuesto que no lo es. En torno a los géneros, igual que a las clases, se han ido tejiendo reglas sociales que nos mueven y condicionan. La clave es ser observador, traducir el lenguaje del sexo contrario, para ser incluso más inteligente que ellos.

Catalina tenía razón. Desde hacía algo más de un año, habitaba en el paralelismo de dos mundos contrapuestos: el de Elisa Montero y el de Pedro Liébana. Cada cuál requería que me comportara de un modo distinto, que hablara en situaciones determinadas y que pensara basándome en unos u otros argumentos. No obstante, la complejidad adquiría un nuevo cariz cuando aquellas dos realidades se entremezclaban. Aunque, quizá, era aquello lo que me confería un poder especial. Solía ocurrir en mis horas de trabajo en *El Demócrata*. Desde mi escritorio, era los ojos y los oídos de Pedro Liébana, mas mi boca solo podía funcionar al servicio de Elisa.

Aquella mañana, don Ernesto se había reunido con López, Morales, Fernández y Simón a primera hora. Entre todos habían detectado los temas más candentes de aquel 19 de junio. Las noticias vinculadas al Ejecutivo eran habituales, España vivía en la inestabilidad permanente, en el enfrentamiento constante en las Cortes y en un enquistado recelo hacia el Ejército.

—Simón, yo me encargaré del artículo sobre la cuestión de Tánger. Tú estate pendiente del teléfono por si llega alguna noticia sobre las protestas en Barcelona —le ordenó Morales.

El chico resopló, desanimado en su reencuentro con aquel maldito aparato al que estaba condenado día tras día.

—A todo esto, ¿llegó algún dato más sobre la serie de atracos en Cataluña? —se interesó el veterano redactor.

—No, ninguno, Morales.

—Está bien. Pues hoy quédate por aquí por si llegara algo. ¡López! ¡Prenda! ¿Y tú qué diablos vas a hacer hoy?

—Pues, de momento, si os calláis de una santa vez, empezar a escribir la estafeta taurina —se quejó López, cigarro en boca, al tiempo que tecleaba en su máquina de escribir.

—Ay, López, algún día te darás cuenta de que existen cuestiones mucho más relevantes y enriquecedoras que los pasatiempos culturales —le indicó Morales.

—Seguramente será el día en que dejes de ser la meretriz de algunos sectores del Gobierno —espetó el otro.

—Di lo que quieras, pero gracias a mis contactos, podemos competir con las portadas de *La Corres*, el *ABC* o el *Heraldo*.

—No te engañes, Morales, no todo es mérito tuyo. Tus fuentes se tornarán fósiles antes de lo que crees. Me gustaría verte teniendo que lidiar con un menda como el de Italia...

—No digas sandeces, López. Aquí no hay Mussolini que valga, nuestros políticos gustan más de pegarse voces en el Parlamento. Si solo hubiera uno, ¿con quién diantres discutiría?

—Pues no iría nada mal un poco de orden después de todo. ¡Harto estoy de tanto cambio! Cuando ya me he acostumbrado a que el Partido Conservador gobierne, sube el Partido Liberal al poder..., y así sucesivamente —intervino Fernández.

—Bueno, he escuchado que el tal Benito Mussolini quiere ponerle su

nombre a un volcán. Aunque, ahora que el Etna está en erupción, no es muy buena propaganda, creo yo. ¿Os imagináis si el Teide pasara a denominarse García Prieto? O mejor, ¿Maura?

—Demos gracias al cielo porque a los nuestros solo les haya dado por las calles y glorietas, de momento —opinó Morales.

Comenzaron a reírse y a cambiar los topónimos por apellidos de reconocidos políticos: la serranía de Cánovas del Castillo, las islas del conde de Romanones, el cabo de Silvela... En medio de aquel éxtasis creativo, se abrió la puerta y apareció Pascal.

—¡Hombre! ¡El franchute! ¿Cómo le va? —exclamó Morales.

—Buenos días, caballeros.

Doña Carmen Idiazábal, que apilaba unos documentos en su escritorio, reaccionó estimulada por la voz de Pascal. Se arregló el pelo, se recolocó el vestido y se subió las medias con escasa sutileza.

—Niña, encárgate tú de organizar estos archivos, haz el favor —me mandó—. ¡Señor Pascal! ¡Qué sorpresa verlo por aquí! —le saludó ella.

—Buenos días, señorita Idiazábal.

—Uy, señorita. Es usted tan galán —coqueteó doña Carmen.

—Debe de ser por el acento francés porque si yo la llamo señorita, el guantazo no me lo evita nadie —se quejó López.

—Pero porque usted es un grosero, López. Yo sé diferenciar la deferencia del pitorreo.

—Y porque tiene acento francés —concluyó el articulista.

El francés se rio amable.

—En fin, señor Pascal, no preste atención a estos entrometidos. ¿Necesita algo? ¿Quiere que le traiga algo de beber? ¿Algún refrigerio?

—No, gracias, doña Carmen. Estoy bien.

Me asomé para vislumbrar toda la escena. Él, ágil, se percató de mi presencia, pero optó por dejarme husmear con tranquilidad.

—Por cierto, he oído que ayer el señor Liébana y usted estuvieron en el almuerzo que dio el señor presidente del Congreso. Y también que han sido convidados al homenaje del general Cavalcanti el mes próximo —continuó doña Carmen, cada vez más cerca del corresponsal de *Le Figaro*.

—Sí, en efecto. Sí, allí acudimos ayer por la tarde —respondió escueto.

—Apuesto a que fue una cita muy interesante, con los principales periodistas de la ciudad allí reunidos...

Lo fue. El acceso a tales eventos me lo había concedido mi exitosa entrevista al sargento Basallo. Ello me había reportado la confianza necesaria de don Ernesto para que me adjudicara ese tipo de asuntos. Sin embargo, el señor Pascal, con el que vivía en una pugna constante por los aplausos del director, se había unido en el último momento. Siempre andaba pisándome los talones.

—Doña Carmen, tenga. Don Pedro lo cuenta con todo lujo de detalles en la edición de hoy —le indicó Fernández mientras le hacía entrega de un ejemplar.

—Muy considerado —respondió ella, que, lejos de pretender leerlo, andaba buscando el relato personalizado del señor Pascal.

—La verdad es que el señor Liébana sabe bien cómo hacer partícipe a uno de lo acontecido en estos eventos. Al leerlo es casi, como hallarse allí mismo, en primera persona —valoró Fernández.

—Pues ya sabes, toma nota para tu novela —bromeó López.

—¿Está escribiendo una novela? —se interesó el señor Pascal.

—Sí, desde hace como cien años. La empezó a redactar grabándola a golpe de cincel —siguió López.

—Mira que eres memo —protestó el otro.

—Volviendo a lo que comentaba, estoy de acuerdo con la admirable capacidad de Liébana para las descripciones.

Aquellas palabras hacían que mi corazón se revolucionase. El orgullo salía a borbotones de mis orejas y se remataba, con una apacible sonrisa, en mis labios.

—Me figuro que, entre los dos, se deben de llevar a todas las damas de las fiestas —supuso López divertido.

—Yo no hablo de estos asuntos, López, no es cortés —afirmó Pascal, en tono jocoso, dando a entender que no tenía problema alguno para seducir a las muchachas—. Aunque he de decir que el señor Liébana es bastante reticente a intimar con mujeres.

La satisfacción se había convertido en una suerte de soga en torno a mi cuello.

—¡Ya decía yo que ese chico era rarito! —exclamó Morales.

—Bueno, algún defecto tenía que tener el pobre muchacho...

—¿Cómo que es reticente? ¿A qué se refiere? —indagó López.

—Pues ya sabe... Digamos que las repele. No quiero poner en duda su

hombría, pero, en el tiempo que le conozco, nunca ha mostrado interés en conversar con alguna bonita joven. De hecho, casi parece que vayan a originarle una embolia si lo observan.

Exageraba. No era tal mi comportamiento.

—Estoy de acuerdo. En las escasas veces que ha venido al periódico, jamás ha reparado en mí ni me ha mirado —contribuyó doña Carmen.

—Mal asunto, señor Pascal. Un hombre al que no le pierde el coqueteo de una mujer no es de fiar —sentenció López.

El nerviosismo que aquella crítica a Pedro Liébana me había generado hizo temblar mis manos, que se revelaron ineptas para sostener el arsenal de papeles que debía clasificar. Así, pasaron a formar una fina alfombra en el suelo de la secretaría, llamando la atención de los presentes. Doña Carmen, quien no desaprovechaba una mísera oportunidad para llamarme «inútil», desatendió su galanteo para comprobar qué había ocurrido.

—De verdad, niña, no se te puede dejar sola —me recriminó—. Ya puedes recogerlo todo antes de la hora de comer. El señor Villarroy necesita esos archivos con gran urgencia.

Detrás de ella, apareció el señor Pascal, alarmado por el disgusto de la señora Idiazábal.

—Señorita Montero, no sabía que estaba usted aquí —mintió—. Permítame que la ayude.

—No, está bien, puedo yo sola —contesté irritada.

—De acuerdo, como prefiera —se retiró.

—Déjela, señor Pascal, así aprenderá a atender mejor su labor. ¿Quiere que avise a don Ernesto de que ha venido?

—Si no es inconveniente... —pidió, observando cómo yo amontonaba documentos sobre el parqué.

La ira y la frustración se manifestaron en forma de lágrimas reprimidas en mis ojos color verdoso. Aquellos papeles, la urgencia del señor Villarroy, las riñas de doña Carmen, los recados de Morales... apenas me importaban. Eran mi cárcel, mi correctivo por desear ser redactora. Deseaba romper, uno a uno, todos aquellos documentos, gritando que no significaban nada para mí, chillando que todos los halagos y juicios proferidos sobre el señor Liébana hablaban, en realidad, de Elisa Montero. Sin embargo, la cordura tomó otra vez el control sobre los disparates que tejía mi cabeza, agotada de aquella doble vida. Y, entonces, me acordé de las palabras de Catalina acerca de ser

más inteligente que todos ellos. ¿Querían ver a don Pedro con una mujer? Pues eso tendrían.

A partir de aquella mañana en el periódico, comencé a idear una estratagema para devolver la hombría perdida a don Pedro.

No me libraba de seguir cumpliendo con mis obligadas citas con doña Asunción y mi madrina, en las que escuchaba los planes que tenían para la boda.

—Otro aspecto relevante es la vajilla en la que se servirá el almuerzo. Tengan en cuenta que al ser un evento de gran envergadura, todo ha de cuidarse al máximo. No podemos permitir que el embajador pueda decir nada de dónde debió comerse el cordero —dictaminó mi futura suegra.

—Toda la razón, doña Asunción. Tengo magníficas referencias de una empresa de porcelana alemana. Ahora mismo no soy capaz de recordar el nombre, pero debo de haberlo anotado en alguna parte —dijo mi madrina, complaciente.

—Siento contradecirla, pero tengo contacto directo con Paragon, una excepcional firma inglesa. Mi prima es íntima amiga de la mujer del señor Irving, uno de sus socios principales.

—Qué conveniente... Porcelana inglesa, entonces —respondió mi madrina, a regañadientes.

Las acuáticas cenefas, que se esbozaban tras el cristal de la ventana del gabinete, me embrujaban para que las contemplara. Cuanto más las escuchaba hablar de la boda, menos sentía que aquella celebración fuera de mi incumbencia. Con qué coordinación y simultaneidad vagaban todas las gotitas en dirección al suelo. Qué certero era el vaivén del balancín. Y, sin embargo, yo perdida en la inmensidad, caminando sin saber cuál era mi destino, avanzando hacia ningún lugar.

—Doña Manuela, siento interrumpirlas. Han venido a ver a la señorita Elisa —anunció don Severiano, sosteniendo el picaporte.

—¿Quién la reclama? —preguntó airada mi madrina.

—La señorita Folch, doña Manuela. Al parecer, según me ha indicado, la señorita Elisa se comprometió con ella a ayudarla con un asunto urgente de la escuela.

—¡Cierto! Se me había olvidado por completo. Lo de la escuela... Sí, don Severiano, dígale que enseguida estoy con ella.

—Pero, Elisa, estamos tratando detalles de la boda —me explicó mi madrina, como si yo fuera incapaz de comprender lo que allí se estaba hablando.

—Sí, lo sé. Bendita la fortuna de tenerlas a ustedes dos para que sigan tomando sabias decisiones mientras yo ayudo a una buena amiga.

Con aquella última reflexión abandoné el gabinete. A lo lejos creí escuchar:

—Esta niña siempre tiene que atender minucias. A ver si se casa pronto y su hijo logra que siente la cabeza.

En el amplio *hall* estaba Catalina, jugueteando con la afilada hoja de una de las palmeras. Rápidamente reparó en mi presencia y se acercó.

—Catalina, querida, siento la tardanza. No recordaba nuestra cita. Vayamos a mi aposento, estaremos más cómodas —le indiqué, ante la atenta mirada de don Severiano.

—No te preocupes, Elisa. Tienes tantos asuntos en mente que es lógico que descuides alguno por error. Te sigo.

Subimos las escaleras y cuando nos hubimos cerciorado de que nadie podía escucharnos, comenzamos a reírnos. Nos adentramos en mi cuarto, cerrando la puerta a nuestro paso. Catalina se acomodó en la silla de al lado del escritorio, orgullosa.

—Tendrías que haber visto la cara que se les ha quedado a doña Asunción y a mi madrina cuando me he marchado.

—*Et voilà*, así es como se elabora una excusa efectiva.

—No logro entender cómo se te ocurren estas historias.

—Elisa, lo importante de cualquier pretexto es que tú misma te lo creas. Una mentira puede convertirse en verdad si pones todo tu empeño en transmitir, por todos los poros de tu piel, que lo piensas de veras —me confesó.

—Tu capacidad para teorizar sobre los embustes es escalofriante —admití.

—Sí, solía ser la más experimentada, pero, desde hace un tiempo, tu doble vida me hace sentir una principiante. En fin, no posterguemos más lo importante. ¿Qué problema ha surgido?

—¿Recuerdas mi altercado con aquella muchacha? ¿La señorita Teodora?

—Imposible olvidarlo, Elisa —respondió mientras ocultaba su risa tras la

mano.

—Por favor, Catalina —le pedí.

—De acuerdo, discúlpame. Lo recuerdo. ¿Qué ha ocurrido?

—Pues que el maldito señor Pascal anda contando el escaso apego por las mujeres que tiene don Pedro Liébana. Y ¿qué puedo hacer yo? Finjo que soy un hombre, bebo, fumo, me dejo ver en salones por la noche, comparto mis ocurrencias con otros periodistas y escritores..., pero, a fin de cuentas, no soy más que Elisa. No puedo cambiar eso ni mi absoluta negativa a intimar con ninguna muchacha, por muy hermosa que le pueda parecer al resto de hombres que me acompañan.

Catalina hizo una leve mueca. Después, se quedó pensando. Aquella cabeza suya me había proporcionado grandes tácticas para sortear las dificultades que iban apareciendo en mi camino. La contemplé, paciente, dejando que, una vez más, su enrevesada mente me salvara de aquel entuerto.

—Entonces, el dilema está en que temes que tu frialdad con las mujeres haga tambalear tu credibilidad —se aseguró.

—Correcto. Eso es —respondí, interrumpiendo mi itinerario hacia la otra punta de la habitación.

—Pero no deseas tener que corresponder a los encantos de ninguna jovencita obnubilada por tu falsa identidad...

—Sabía que lo entenderías a la perfección. Tengo claro que deben ver a don Pedro con una mujer. He estado barajando opciones, pero no sé cómo llevarlo a término...

—Es que no es tarea fácil lo que pretendes, Elisa.

Rendida, me senté en la cama, abandonando las esperanzas que tenía depositadas en mi amiga. Casi como si hubiéramos pautado nuestros movimientos, mi capitulación le valió de acicate para ponerse de pie y urdir una estrategia.

—Debes dejarte ver con alguien y presentarla como tu novia.

—Creí que habías comprendido que no tengo intención alguna de que don Pedro Liébana intime con nadie —le recordé.

—Dejarte ver, Elisa. Eso no implica que debas buscar una esposa a don Pedro. Apuesto a que conoces la diferencia entre «ser» y «aparentar».

Medité un instante. Sí, lo sabía. Aquellos dos vocablos eran las dos caras de la moneda en mi mundo.

—Es preciso que esa mujer deje patente que don Pedro Liébana es un

amante de excepción. Que erradique todo atisbo de duda hacia su persona y virilidad. De ese modo, ganarás algo de tiempo.

—Disculpa mi reparo, Catalina, pero ¿quién estaría dispuesta a hacerme tal favor? ¿Benedetta? Ella se pone muy nerviosa con este asunto, por eso mismo he resuelto no decirle una palabra de todo esto. Se llevaría las manos a la cabeza y repetiría, una vez más, que se trata de una absoluta majadería...

Catalina, buscando calmarme, se sentó a mi lado.

—Chsss, tranquila, Elisa. —Me cogió la mano—. ¿Qué tal yo?

La observé, extrañada. No terminaba de acostumbrarme a lo servil que podía llegar a ser Catalina. Me sonrió.

—Te acompañaré a tu próximo compromiso público. Es necesario que estén don Ernesto, el señor Pascal y la mayoría de los conocidos de don Pedro Liébana. Diremos que estamos en relaciones desde hace unos meses. Eso explicará tu desinterés. Y me aseguraré de que todos sepan lo pasional que eres.

—Aguarda, tampoco es indispensable airear el ficticio deseo de don Pedro... Pero, Catalina, ¿estás segura de que quieres que contemos eso? Quizá la gente hable... Andar con un periodista con el que no te vas a casar no te reportará una fama envidiable...

—¿Quién dice que no vayamos a casarnos? —bromeó—. Descuida, Elisa. No pretendo encontrar marido en los próximos meses. Además, así, tu querida tía dejará de importunarme con sus interrogatorios acerca de mi longeva soltería.

—Visto de ese modo...

Fijé la vista en el suelo de madera de mi habitación. Era, como esperaba, una idea inmejorable. No obstante, continuar con aquella indiscriminada fábrica de mentiras me hacía sentir menuda, impotente.

—¿Qué te sucede? ¿No crees que vaya a funcionar?

—No, no es eso. Temo no saber comportarme, que descubran toda la verdad. Cada vez es más complejo...

—Por eso no debes preocuparte. Yo te ayudaré.

—¿Cómo? Jamás hemos llevado a una mujer del brazo. Desconozco cómo debo actuar.

—Es sencillo, Elisa. Solo debes concentrarte en discernir el modo en que Francisco y otros hombres se han relacionado contigo. Un caballero atiende a su dama como si fuera la joya más hermosa de todo el baile. Está pendiente

de ella aunque no conversen directamente, le pregunta si está cómoda en un par de ocasiones, la invita a bailar cuando comienza a sonar la música, la toca con respeto y delicadeza, habla de ella con orgullo y, cuando se quedan solos, la mira a los ojos, a sabiendas de que es solo suya. Le susurra al oído un par de palabras que la harán sonreír —dijo, acercándose a mi oreja derecha al tiempo que yo sonreía—. Después, la observa, se deleita con una belleza que solo él puede disfrutar de ese modo, se aproxima a ella y, sin dudar, le da un suave beso en los labios, acariciándolos con ternura.

Catalina había dejado de hablar. Sus finos labios se fundieron con los míos tal y como me acababa de describir. Rápidamente, como si aquel acercamiento fuera de lo más común, se separó y me sonrió.

—¿Lo ves? Así es como debes hacerlo —finalizó.

—Catalina, me has besado... —señalé.

—Sí, espero que no te haya incomodado. Quería que vieras que no es complicado...

La contemplé un momento, asimilando su explicación.

—Lo cierto es que sí parece fácil. Casi aparentaba que fueras un muchacho enamorado de mí —apunté, más relajada.

—Sí... Quizá... Ya sabes, una mentira puede convertirse en verdad si pones todo tu empeño en transmitir, por todos los poros de tu piel, que lo piensas de veras —me recordó, dejando morir su mirada en ese suelo, fiel refugio de todos aquellos pensamientos que nadie quería expresar en voz alta.

Aquel sábado 7 de julio por la tarde, don Ernesto nos había invitado a pasar el rato jugando al *lawn tennis* en su jardín. Asistiríamos don Giancarlo, Pascal y don Pedro Liébana. Lo cierto era que, en todos mis años, había dedicado grandes dosis de tiempo a quehaceres relacionados con la cultura, la lectura, el arte, la música, la escritura..., mas mis momentos deportivos habían quedado relegados a un segundo plano. Así que tenía serias dudas de cómo me enfrentaría a aquel desafío. En aquel periodo, se habían comenzado a popularizar numerosos deportes en España. El *lawn tennis* era solo un ejemplo. Aquí y allá se habían construido frontones, como el Beti-Jai o el Jai Alai, reinaugurado hacía un año escaso, o estadios en los que se jugaban torneos de fútbol, como el Metropolitano, cuya apertura había acaecido dos

meses atrás.

Cuando la servicial doncella me abrió la puerta del fabuloso palacete de los Rodríguez de Aranda, me informó de que era el último en llegar. Me escoltó hasta el jardín, donde mis tres acompañantes en aquella soleada *soirée* se preparaban para el partido. Los saludé, mostrándome incapaz del todo para sumarme a su entusiasmo, que era más que evidente en el caso del anfitrión. «Ahora he perdido práctica, pero cuando era un mozalbete, como estos dos muchachos, ganaba a todos mis compañeros de pelotón en el servicio militar. Hubiera podido batirlos a los tres de una sentada», nos advirtió. Sonreí de forma histérica. ¿Quién habría adivinado que don Ernesto era un portento del *lawn tennis*? Bajé, temerosa, los cuatro escalones que conectaban el lindo porche trasero del palacete con el coqueto jardín. En él, el gusto de doña Cristina estaba impreso en cada flor, en cada arbolito, en cada adorno... En medio, dos empleados de la vivienda sostenían una redcilla y otro aguantaba una pizarra donde habrían de quedar anotados los puntos de mi vergüenza. La escena era bastante cómica, pero me resistí a reírme y continué por el fresco césped hasta encontrarme con quien sería mi pareja en aquel *match*, Pascal.

Antes de ser capaz de explicar mi absoluta inutilidad y desconocimiento, nos lanzaron la pelota. Mi cara de espanto encontró un resquicio de tranquilidad cuando esta fue golpeada por la raqueta de Pascal. Don Ernesto, que se movía con una agilidad envidiable, la recibió, devolviéndola a nuestro campo. La raqueta de Pascal la acompañó de vuelta al área contraria, encontrándose con la de don Giancarlo antes de tocar el suelo. De aquel impacto, la bola tomó una clara dirección: iba directa a mí. Abrí los ojos como platos y, temiendo que chocara contra mi rostro, me agaché.

—¡Punto para nosotros! —exclamó don Ernesto.

El mozo que sostenía la pizarra dejó constancia de mi error en forma de acierto para el equipo contrario. Don Giancarlo y don Ernesto estaban pletóricos pero no confiados.

—Liébana, conoce las reglas de este juego, ¿no? —se aseguró Pascal—. Tiene que dar a la pelota con la raqueta, no escabullirse ni huir de ella.

—Sí, sí, me hago cargo, Pascal. Sé cómo funciona —mentí.

Don Ernesto reanudó la partida con su elegante saque. Pascal volvió a ser el artífice de que no perdiéramos un nuevo tanto, devolviéndola a don Giancarlo, que, con templanza, nos la brindó. Mi compañero, en vista de mi lentitud de reflejos, fue el encargado de corresponderle ante mi absoluto

asombro. Para mi desgracia, aquella ignorancia táctica no duró mucho y, estratégicamente, don Giancarlo comenzó a lanzar la pelota hacia mi zona, punto flaco de nuestro equipo. Hubo varias ocasiones en las que intenté hacer coincidir el artilugio que me habían colocado en la mano con la bola, pero mis esfuerzos fueron del todo infructuosos. Pascal me lanzaba miradas de odio. Estaba dinamitando sus jugadas. Entretanto, nuestros contrincantes se deleitaban con aquella dulce y sencilla victoria. Al parecer, llegado un punto, mis intervenciones dejaron de sacar de quicio a los presentes para arrancarles verdaderas carcajadas mientras aguardaban a que la bola volviera a estar en su poder. Era el fin de mi positiva fama. Creerían que no sabía seducir a las mujeres ni practicar deporte. Durante el segundo set, Pascal tuvo la ingeniosa idea de nombrarme servidor, pero pronto se percató de que, en aquella función, Liébana tampoco era un as. Don Giancarlo debió de encontrar chistosa mi ausencia de coordinación e incrementó su manía de acribillarme a pelotazos.

Sin embargo, cuando estaba convencida de que aquel *match* no podía ir a peor, una bola lanzada con garbo desmedido por parte de don Ernesto impactó contra mi frente. De pronto, todos se acercaron a mí, preocupados, preguntándome si me encontraba bien. Sí, sí, lo estaba. No así mi vapuleado orgullo. El anfitrión, sintiéndose responsable, mandó a uno de sus empleados a por un paño mojado y un poco de limonada fresca. Una petición que dio por concluido el encuentro deportivo. Más relajados, nos acomodamos en el porche. Don Ernesto nos relataba algunas de las anécdotas de su juventud mientras yo recobraba la sensibilidad por encima de las cejas. Comencé a subirlas y bajarlas para cerciorarme de que seguían estando allí, entre las lentes y la incómoda peluca.

—El próximo viernes se va a celebrar la apertura de temporada en el teatro Maravillas en honor a la Asociación de la Prensa. Como saben, no está el ambiente muy tranquilo con ese tema y dado que son ustedes las dos últimas incorporaciones de *El Demócrata*, aunque sea como colaborador en su caso, Pascal, me gustaría que me acompañaran para dejarse ver por allí y conocer a algunas personalidades ilustres de Madrid.

—No lo dude, don Ernesto. Será un placer.

—¿Don Pedro?

Hice memoria. Debía determinar, con celeridad, si tenía algún compromiso como Elisa. ¡La invitación de Francisco para el espectáculo de fuego en el

Retiro! ¿O no? No, aquello estaba fijado para el sábado. Miré a don Ernesto a los ojos.

—Sí, sí, yo también asistiré —afirmé y me detuve un momento.

Tras algunos días de espera, aquella parecía ser la ocasión perfecta para llevar a cabo el plan con Catalina. Acudirían personalidades de la prensa y, concretamente, don Ernesto, Pascal y, quizá, algún redactor más de *El Demócrata*. Di un sorbo a mi limonada y me preparé para sacar la primera carta en aquella jugada magistral:

—De hecho, una curiosidad... ¿Podría llevar acompañante?

—En efecto, don Pedro. Mi querida Cristina también vendrá.

—¿Significa esto que traerá a una muchacha? —me preguntó Pascal.

—Sí, Pascal. Eso mismo significa.

—¡Válgame el cielo! La velada es más interesante que antes, si cabe. Será un honor conocer entonces a su enamorada —aseguró Pascal.

—Bueno, para ser honesto, casi todos ustedes la han tratado —respondí.

La cara de don Giancarlo hizo un extraño gesto. Mi contestación le había llevado a sospechar que se trataba de Benedetta, pese a que de ese tema ella nada sabía. Intenté, sin éxito, explicarme mejor, pero no quería parecer insegura, así que dejé que el señor De Lucca sacara sus propias conclusiones sin mi ayuda. De vuelta a casa, medité sobre mi decisión de activar así mi maquinación con Catalina. Sí, aquella ocasión era la más apropiada para despejar las posibles dudas acerca de mi hombría. Y así se lo comuniqué a mi cómplice.

Las altas temperaturas de aquel verano de 1923 hacían que portar la máscara de Pedro Liébana fuera más engorroso que en ninguna otra época del año. Por ello, disfrutaba de mis ratos de esparcimiento como Elisa, con aquellos trajes suaves, frescos y agradables. De todas formas, había aspectos que, aun modificando mi atuendo, permanecían en mí. Contemplé aquella magulladura que había quedado en mi delicado rostro en uno de los espejos de la sala de estar del palacete de los De Lucca. Con maña y perseverancia, había hallado un peinado con el que podía ocultar la contusión, cuando accedía a retirar mi *cloche* de paja de bakú de la cabeza.

—Menudo desastre —me quejé.

—Si dejas de mirarlo tanto, quizá lo verás más pequeño —me consoló mi amiga, que seguía cosiendo sentada en uno de los silloncitos de la habitación.

Resoplé y regresé, nada convencida, a donde yo también había iniciado la labor.

—Todo esto es culpa de tu amado padre. Casi me mata, lanzándome pelotas a diestro y siniestro —le conté, susurrando.

—Pero si lo de la frente fue culpa de don Ernesto...

—Fortuitamente. Aunque tu padre debió de disfrutar con mi accidente.

—Vamos, no seas tan dura, Elisa. Ni que mi padre odiara a don Pedro Liébana...

—Permíteme dudar.

—Solo intenta protegerme. Últimamente me ha repetido, con bastante insistencia, que no debo acercarme a escritores o periodistas. Que lo mejor para mí es hallar un hombre bueno, con una profesión alejada de bohemias, para que pueda darme todo lo que necesito. Como tú con don Francisco... Y, en este caso, no puedo más que darle la razón. Además de agradecerle que, por una vez, le importe con quién me relaciono...

Con gran probabilidad, el empecinamiento de don Giancarlo se había generado tras mi comentario en casa de don Ernesto. Sin embargo, opté por callar.

—Veo que pareces estar más receptiva a las sugerencias de don Giancarlo. ¿A qué se debe? —me interesé, algo sorprendida.

—Estoy agotada. Mi tozudez no me ha reportado ningún beneficio. Mi padre sigue enamorado de doña Carmen y su familia sigue creciendo. Primero Nicola, después Isabel... Mientras tanto, yo sigo aquí, en un mundo paralelo entre su presente y su pasado. Y no lo soporto más...

—Me alegro de que hayas resuelto dejar de estar ofendida con tu padre...

Una diminuta sonrisilla apareció en sus labios.

—¿Hay algo más que yo no sepa?

—Verás —dijo interrumpiendo su actividad—. Mi padre no solo ha dejado constancia de su pretensión de que conozca a un caballero bondadoso. El otro día, organizó una cena a la que convidó a algunas de sus amistades. Y entre ellas, me presentó al hijo de uno de sus socios en Cartagena: el alférez Jesús Manuel Roca.

—¿Y qué te pareció? ¿Es un joven apuesto?

—Lo es. Pero, como tú con don Francisco, no me llamó la atención su

porte. Más bien me encandiló su modo de mirarme, de tratarme... Creo que podría ser un esposo maravilloso. De hecho, así se lo he hecho saber a mi padre cuando me ha preguntado esta mañana.

—¿Sospechas que el señor Roca le habrá dicho algo sobre ti?

—Estoy convencida.

El relato de Benedetta me hacía suponer que don Giancarlo ya había deducido lo magnífico que sería tener al alférez Jesús Manuel Roca como yerno. No obstante, la felicidad en los ojos de mi amiga hizo que me alegrara por ella. No importaba cómo habíamos conocido a nuestros futuros esposos, tampoco si alguien había sido responsable de nuestros primeros encuentros. Lo relevante era que, al parecer, ambas podríamos formar una familia con dos apuestos caballeros, tal y como soñábamos sentadas en aquellos mismos silloncitos cuando apenas contábamos con quince años. Sonreí, complacida por lo dichosas que éramos, y continué con la costura mientras ella seguía hablándome de aquel joven militar.

—Es tímido. Pero cuando nos presentaron, cogió mi mano con determinación, la besó y me dijo: «No sabía que las muchachas italianas fueran tan bonitas».

—¿Y qué respondiste tú?

—Bueno, Elisa, ya sabes que yo no soy muy elocuente y que me gusta ser prudente con los hombres a los que trato por primera vez. —Hizo una pausa—. Le sonreí y añadí: «Pues cuentan que no se les da nada mal bailar».

—¡Benedetta! ¿Lo dices de veras?

—Lo prometo. Así que, al rato, vino a buscarme y bailamos tres piezas seguidas sin parar. Ay, Elisa..., tengo una grata sensación con el alférez Roca. ¿Soy una demente por ello cuando apenas le conozco de una noche?

—No, no lo eres. A esas emociones no las llamaría demencia, pienso que debes referirte a ellas como ilusión. Y las ilusiones son irracionales e ilógicas a veces, pero hacen la existencia mucho más interesante —opiné.

—Qué sabia eres, amiga. Tú debiste de sentirlo con don Francisco. Y ahora con vuestro enlace.

—Sí, sí, por supuesto. Estoy ilusionada —contesté, dudando de mis palabras—. Aunque mi madrina y doña Asunción van a terminar por volverme loca. Sus discusiones acerca de los pormenores de la boda son verdaderos duelos. Y yo no sé cuál de las dos me exaspera más. Deseo tanto ser la esposa de Francisco y olvidarme de ellas..., al menos, en el día a día.

Tampoco son santos de mi devoción don Luis y don Joaquín, con los que cenamos en el palacete Rosales cada vez que Francisco regresa a la ciudad. El primo segundo de Francisco es un grosero y un vividor. Le han dejado encargado de algunas cuestiones del banco mientras ellos exploran nuevos mercados y en lugar de proporcionarles tranquilidad, aumenta los problemas.

Si alguien me hubiera preguntado, por entonces, cuántos hermanos tenía mi prometido, hubiera dicho que dos. Y es que don Joaquín era como un hijo para doña Asunción. Ella lo había protegido tras el prematuro fallecimiento de su primo, don Gregorio Rosales, el padre de don Joaquín. Así, le había procurado un empleo en el banco y su amplia agenda de contactos y amistades.

—¿Y don Luis? ¿Qué ocurre con él?

—Todavía no he decidido si es de fiar. —Corté el hilo con decisión—. Los únicos que me resultan agradables son el doctor Vázquez y su esposa, aunque apenas los he tratado un par de veces. Los viajes de Francisco no nos han permitido coincidir más. Ojalá llegue el momento de estar casados y dejar de extrañarlo tanto.

—Pronto, querida Elisa, pronto. Tu paciencia te hace digna de admiración.

—Gracias, Benedetta.

Recuperando mi atuendo masculino, me dirigí a la calle de Almagro para recoger a Catalina. Para la ocasión, mi amiga había seleccionado sus mejores prendas y complementos. Su corto cabello lucía engominado, como las mujeres modernas que aparecían en las ilustraciones de los *magazines* de moda. Su maquillaje era exquisito y su perenne elegancia sobresalía en cada uno de sus ademanes. Durante el trayecto hasta el Palace hotel, donde don Ernesto nos había citado para cenar antes de la obra, repasamos nuestro ardid.

El simón paró. Respiré hondo. Con torpeza, abrí la puerta a mi pareja y la ayudé a salir del vehículo. Catalina, que ya había identificado a nuestros acompañantes, agarró mi brazo y, con una determinación apabullante, comenzó a caminar hacia mi enésimo embuste. Quizá, lo más divertido de aquel primer instante fue ver las caras que se les iban quedando a todos. Don Ernesto, doña Cristina, Pascal y don Augusto Morales, ataviado con sus mejores galas. Al reunirnos con ellos, no hicieron falta grandes

presentaciones para la mayoría:

—Señorita Folch. Así que usted es la muchacha que ha robado el corazón del joven Liébana —espetó don Ernesto, turbado.

—Buenas noches, don Ernesto. En efecto, así es. Siento mucho el misterio —se explicó ella.

—Buenas noches, señores. Doña Cristina. Como ya les adelanté, algunos de ustedes la conocen bien. Salvo Morales y Pascal, quienes no han tenido ocasión de coincidir con ella. Les presento a la señorita Catalina Folch, una mujer maravillosa que me tiene encandilado —añadí.

—Mucho gusto, señorita. Soy Augusto Morales, trabajo en el periódico de don Ernesto, junto con don Pedro.

—Un placer, don Augusto —saludó ella.

—Oh no, por favor. Llámeme Morales. Los amigos de don Pedro Liébana son también mis amigos.

—En ese caso, un placer, Morales.

—Es mutuo, señorita Folch.

—Y él es el señor Olivier Pascal, corresponsal en Madrid del periódico francés *Le Figaro* —añadí sin darle demasiada importancia.

—Un placer conocerla, señorita Folch —contestó Pascal, con toda la caballerosidad a la que nos tenía acostumbrados.

—El gusto es mío, señor Pascal —dijo Catalina sonriente.

—Bueno, no posterguemos más la cena. Si les parece, podemos ir entrando —propuso don Ernesto.

—Sí, de acuerdo —contestó Pascal, que aún trataba de acostumbrarse a la situación.

—Y yo, que hubiese jurado que el señor Liébana andaba prendado de la señorita De Lucca... A estos jóvenes de hoy en día no hay quién los entienda —murmuró doña Cristina a su esposo mientras cruzaban el umbral.

Pronto, un camarero nos acomodó en una de las mesas. Nuevamente, como en todas las anteriores ocasiones en las que había disfrutado del famoso restaurante del hotel, la distinción de los comensales y los aromas del menú me envolvieron, capturando mis sentidos. Catalina, quien había prometido ayudarme en aquella empresa, esperó con paciencia a que recordara que, al ser un caballero, debía separar su silla y colocarla cuando ya se hubiera situado delante. Pascal no dejaba de observarnos, como si estuviera asimilando nuestra relación. Lo mataría si complicaba, aún más, mi

estratagema.

—Y díganme, jóvenes, ¿cómo se dieron cuenta de que querían estar juntos? ¿Hace mucho que están en relaciones?

—Ernesto, querido..., no seas fisgón —le pidió doña Cristina.

—Vamos, Cristina, estos muchachos ya son como sobrinos para mí. Actuaré de igual modo cuando el señor Pascal tenga a bien presentarnos a la bella dama que logre robarle el corazón y la sesera.

—Espere sentado, don Ernesto. Yo, al contrario que Liébana, no estoy interesado en relaciones. Con todos mis respetos, señorita Folch. Aún soy joven y antes de pensar en noviazgos y casamientos, tengo mucho por descubrir.

—Absolutamente de acuerdo, señor Pascal —respondió efusiva Catalina. Atónita por su conducta, le di una patada en la espinilla.

—¡Ay! Es decir, si yo fuera usted, claro está —lo arregló.

—Eso es porque nunca se ha enamorado —añadí.

—He de dar la razón a don Pedro, señor Pascal —opinó don Ernesto.

—Quizá sea eso. Aunque, como he dicho, no es algo en lo que esté, en absoluto, interesado —concluyó.

—No haga caso, muchacho. Yo soy de su misma filosofía. Y míreme, tengo cinco años menos que don Ernesto y parece que nos distancie una década —bromeó Morales ante la crítica mirada de doña Cristina.

Y así ocurriría con Pascal, estaba convencida...

—Bueno, no me han respondido los tortolitos.

—Es cierto, don Ernesto. Disculpe. Pues verá, como bien sabe, soy buen amigo del padre de la señorita Folch. Hace años, comenzamos a coincidir en el Ateneo de Barcelona. Cuando me presentó a su preciosa hija mayor, quedé asombrado por su intelecto y belleza. Sin embargo, esta profesión me hacía imposible pretenderla... Al comenzar a colaborar con *El Demócrata* y a sabiendas de que ella se había trasladado a Madrid, me decidí a cortejarla, con tan buena suerte de que me ha correspondido.

—Sin embargo, quisimos mantenerlo en secreto por mi padre. No sabíamos hasta qué punto le incomodaría la coyuntura y debíamos pedirle permiso. No ha sido hasta ahora cuando nos ha dado su consentimiento. Por ello no dijimos nada a nadie... —añadió Catalina—. Y lo cierto es que no puedo ser más feliz. Don Pedro sabe cómo tratar a una mujer. Ya saben a lo que me refiero...

—Oh, querida... —comencé.

Sin embargo, ella, tras esta afirmación, tomó mi mano con fuerza y, sin pensarlo dos veces, me besó. A doña Cristina le entró hipo, patidifusa por las insinuaciones de Catalina. No era muy conveniente ser tan impulsivo en público, aparte de que, con sinceridad, aquellas muestras de amor por su parte me hacían sentir extraña. Aun así, su decisión tuvo el efecto deseado. Seguramente, creyeron que Catalina, de la que ya conocían su ausencia de formalidad, había actuado movida por la honestidad de sus sentimientos.

—Vaya, Liébana. Desconocía su faceta de donjuán —aseguró Pascal, pegando un trago de su copa.

—Ya ve, Pascal. Uno nunca sabe con certeza hasta qué punto conoce a alguien...

—Y brindo por ello —contestó.

—Sí, muchacho, ya pensábamos que usted era uno de esos hombres que no catan a una mujer hasta que no ven más alternativa... —admitió Morales y cambió de tema abruptamente—. Por cierto, ¿Fernández sigue allá en Barcelona?

—Sí, allí anda con el tema de la huelga de transportes.

—Qué bien que ya haya terminado —apunté.

—En efecto. Aunque finaliza una y dará paso a otra nueva. Últimamente, de ocho páginas, dos están dedicadas a alguna reivindicación por el estilo —se quejó don Ernesto.

—Bueno, don Ernesto, son los tiempos en los que vivimos. El pueblo cada vez se levanta con más firmeza en contra de la ingobernabilidad y los abusos —comentó Pascal.

—Pues me generan el mayor de los hartazgos, señor Pascal. Ahora se han parado los empleados de la banca y la bolsa por el atentado contra el presidente de su sindicato, don Baltasar Domínguez. ¡Lo que nos faltaba!

—Sí, eso... —«Eso me contó Francisco». Me callé. ¡Por bien poco!—..., eso he escuchado esta mañana.

Los primeros platos fueron servidos y, con ellos, conversamos acerca de la horrible tormenta que había afectado a los campos aragoneses, poniendo en peligro las cosechas e inundando pueblos enteros como Monzalbarba.

—Esperen ustedes que no mande de una patada a Fernández por esos lares antes de regresar a Madrid. Estoy pensando que sería conveniente que apareciera más información en las páginas de *El Demócrata* —reflexionó don

Ernesto.

Habría pagado por ver al bueno de Fernández, quien no se caracterizaba por la rapidez de reacción, moviéndose por aquellas tierras anegadas por el temporal.

—Debe de ser interesante recibir todas esas noticias en la redacción. Me confieso una absoluta admiradora de su oficio, caballeros —dijo Catalina.

—Lo es, sin duda —respondí, satisfecha.

—Sí, aunque la señorita Elisa ya le habrá contado muchas historias del periódico... —apuntó doña Cristina—. Me refiero a antes de tener una relación tan estrecha con don Pedro, por supuesto.

—En efecto, doña Cristina. Elisa es una joven apasionada y curiosa. Les sorprendería saber cuánto aprende desde su escritorio de secretaria —afirmó Catalina.

—La verdad que es un deleite tener a una muchachita tan lozana y bonita ahí sentada todos los días. Le alegra la jornada a uno —confesó Morales, buscando la complicidad de Pascal.

—Sería más agraciada si no fuera tan susceptible —opinó el francés entre dientes.

Casi me atraganto con un trozo de pescado. Era demasiada tensión escuchar hablar de mí misma mientras trataba de ser otra persona. Los segundos platos ya nos acompañaban.

—Ahora que lo recapacito, ella estará feliz con su noviazgo. Me consta que es una gran seguidora de usted, don Pedro —reflexionó don Ernesto.

—Sí, sí. Se lo comunicamos el otro día. Está entusiasmada —admití.

—Por cierto, don Pedro, Ernesto me contó el incidente del otro día con el *lawn tennis*. ¿Se ha recuperado del golpe? —dijo doña Cristina, considerada como acostumbraba.

—Sí, doña Cristina. Apenas quedan muestras de la contusión en mi frente aunque mi orgullo sigue gravemente herido, como comprenderá —respondí en tono jocosos, provocando una carcajada general.

—Bueno, querido, no debes preocuparte. Puedo asegurar que, aunque el *lawn tennis* no sea tu fuerte, tienes atributos y habilidades de los que deberías estar muy muy muy orgulloso —apostilló Catalina, intentando solucionar mis problemas con la masculinidad.

Acto seguido, volvió a coger mi cara y me dio otro beso. Doña Cristina no daba crédito, el hipo reapareció. Pascal se rio, negando con la cabeza ante el

nulo decoro de mi amiga y lo que había sugerido. Morales y don Ernesto optaron por sumarse a la risa, finalizando con un último trago y un nada acertado brindis de Morales:

—Por los espectaculares atributos de don Pedro. Sí, señor.

Doña Cristina rehusó unirse. Cuando terminamos los postres, regresamos a la calurosa calle. ¡Qué gusto! Creí que no saldría viva del hotel. El teatro Maravillas quedaba algo alejado, por lo que nos distribuimos en varios coches. De pronto, caí en la cuenta de que Pascal había ofrecido «su vehículo».

—Vaya, ¿no prefería caminar? —me extrañé.

—Sí, pero los directores de *Le Figaro* han creído conveniente que consiga un coche para poder moverme con mayor facilidad por los alrededores de la capital e incluso por el sur de la península. Y quien paga, manda —me contó.

—Interesante... —valoré.

Catalina y yo nos subimos a su coche a motor. Se trataba, como era previsible, de un automóvil de marca francesa. Un Peugeot tipo 163. La oscura carrocería, de color verdoso, le confería un aire refinado a aquel moderno transporte que tanto llamaba mi atención. Pascal movía con seguridad el volante, frenando y acelerando por la calzada madrileña, que parecía desprender, al viento, los ritmos del *jazz* por cada centímetro hormigonado. Desde su interior, parecíamos tres petimetres, gozando de aquellas vanguardias solo al alcance de algunos ciudadanos.

—Debo decir, Pascal, que me gusta su nueva adquisición —afirmé, repasando todos y cada uno de los rincones del auto.

—Puede conducirlo cuando le plazca. No soy celoso —respondió el otro—. Porque intuyo que usted conduce..., ¿no es así?

—Evidentemente, señor Pascal. Somos hombres del siglo xx. ¿Quién no conduce hoy día aparte de los carcamales y las mujeres?

Catalina arqueó las cejas. Sí, mis mentiras no conocían límites.

—Permítanme corregirles, caballeros. Hay mujeres que ya conducen. Una buena amiga mía, la señorita Henderson, dispone incluso de un vehículo propio. El siglo xx no solo está avanzando en un sentido... —opinó.

—Tiene usted razón, señorita Folch —respondió Pascal.

—Claro, querida mía. Toda la razón —me sumé.

Al llegar a la calle Malasaña, donde desembocaba el torrente artístico del genuino teatro, nos unimos a la enorme expectación de la multitud que iba

adentrándose en aquel templo del entretenimiento. Como nos había indicado don Ernesto, aquella noche del 13 de julio de 1923 se celebraba la inauguración de la temporada con la obra *Jugar con fuego*, del maestro Barbieri. Muy acertadamente, nos había puesto en antecedentes en relación a la constante pugna ideológica entre la Asociación de la Prensa y el Sindicato Español de Periodistas. No habían sido pocas las tiranteces en los últimos años, generando incluso expulsiones de la APM, como fue el caso de Luis de Oteyza, Víctor Gabirondo o Antonio de la Villa, redactores de *La Libertad*. Don Ernesto, por cuestiones más empresariales que morales, quería que su periódico no se alejara de la Asociación ni de la Federación (una asociación de asociaciones), creada el año anterior.

Con tal objetivo, el señor Rodríguez de Aranda comenzó a presentarnos a algunos asociados, como el señor Rufino Blanco. También a personalidades del Gobierno y la literatura. Todos ellos conocían bien al director de *El Demócrata*, a su agradable esposa y al zalamero de Morales. Por tanto, la novedad éramos, sin duda, Pascal y yo. Y más concretamente yo, pues hay que decir que mi diferencia de estatura con Catalina me hacía parecer un retaco con bigote y lentes. «No le imaginaba así, señor Liébana», «Al periodista de excepción se le mide por su sabiduría, no por la longitud de sus piernas ni por la anchura de sus espaldas», «Cuánto talento en tan poco cuerpo» fueron algunos de los comentarios que debí digerir mientras Pascal sonreía divertido, conversando con todos acerca de sus mil y una aventuras. Aunque hubiéramos colaborado juntos y yo hubiera luchado por limar nuestras, más que evidentes, asperezas, aquel gacetillero de pacotilla seguía enervándome.

Por suerte, aquel desfile de fantásticas correrías *à la française* llegó a su fin cuando hubimos de sentarnos en nuestras localidades. «¿Recuerdas cómo nos conocimos?», me susurró entonces Catalina. Claro que me acordaba. Nunca podría olvidar aquel golpe de aire fresco que supuso mi amiga cuando, inocente, creía que mi vida estaba escrita de antemano. Tampoco la cara del pobre Enrique Mújica. ¿Qué sería de él y de su esposa, doña Angelita Meneses? El telón se abrió, dando inicio a la representación de aquellos prodigios de la música y la interpretación. Un día después, los nombres de Cayetano Peñalver —apodado «el gayarre moderno»—, la Rossi o Alcántara salpicarían las crónicas teatrales de los periódicos madrileños, reseñando su magnífica puesta en escena. Mas, por lo pronto y al término de la obra,

Catalina y yo cerramos aquella grotesca velada con una última muestra de cariño que terminó de convencer a nuestros acompañantes de mi capacidad para enamorar a las mujeres.

—Después de todo, se los ve prendados el uno del otro —opinó Morales mientras nos alejábamos.

—Sí, eso es lo que se ve... —concluyó Pascal con la última calada de su pitillo y se despidió.

De vuelta en la calle de Almagro, reímos recordando las anécdotas surgidas de nuestro esperpéntico plan. Agradecí a mi amiga su capacidad para el engaño, sorteando miradas que pretendían contarme secretos solo visibles a la luz de la luna. Nos fundimos en un abrazo de despedida y ella, a sabiendas de que la mañana le arrebataría ese derecho, me regaló un último beso. El dulce sabor de sus labios, que todavía guardaban la esencia de aquel caldo espumoso que nos habían servido en la cena, me hizo sentir culpable de no apreciar, como merecía, a aquella criatura maravillosa que era Catalina Folch. Sus cejas se arquearon de pronto.

—Elisa, no te muevas, pero tengo la sensación de que hay alguien espíándonos —me susurró con disimulo.

Haciendo caso omiso a su recomendación, me giré asustada. Una sombra anónima se perdió por la calle de Zurbarán. Quise ir en su busca para descubrir, de una vez por todas, quién vigilaba a Pedro Liébana. Catalina me frenó.

—No, tú no. Iré yo.

Vi desaparecer el bello atuendo de mi amiga en la oscuridad. Sus tacones marcaban el ritmo de un paso decidido y valiente. La brisa madrileña rozaba mis orejas mientras aguardaba una señal. Repasé todos los flancos, temiendo que aquel espía saliera de la nada y me abordara en un descuido. Los ruidos nocturnos de motores, conversaciones y cañerías no contribuían a mi tranquilidad. Entonces, aquel vestido digno de haber sido confeccionado por la mismísima Madeleine Vionnet regresó a mi campo visual. Catalina llevaba algo en las manos. Me lo entregó.

—Quizá era solo un maníaco —opinó.

Eran un cigarrillo consumido y una cajetilla arrugada que lo había contenido media hora atrás.

—Sí, es cierto. Estas horas sacan lo peor de la ciudad a gobernar las calles —añadí.

—De todos modos, acompáñame a la residencia. Esperaremos un rato hasta estar seguras de que nadie merodea por aquí. No quiero que ningún demente te importune.

Aquella no fue la única vez que me dejé ver con Catalina. Durante aquel verano, me acompañó a bailes, cenas y demás reuniones. Lentamente, gracias a nuestras danzas y a nuestros acercamientos, algo desmañados por mi parte, fuimos disipando las dudas que aún permanecían en las incrédulas mentes de aquellos que habían conocido a don Pedro Liébana. Aprendí, entonces, que la virilidad —definida por la capacidad de seducción y la fuerza o coordinación física— era el corsé de los hombres. Al igual que las mujeres debíamos preservar nuestra pureza, los varones tenían que demostrar su masculinidad. Como si fuéramos habitantes de mundos paralelos o polos de una realidad contradictoria. Las numerosas ocasiones en que me dejé ver con Catalina hicieron preciso, además, que Benedetta se convirtiera en nuestra compinche. Ella, totalmente volcada en su incipiente relación con el alférez Roca, dejó a un lado sus recriminaciones a nuestra majadera conducta y accedió a ayudarnos en lo que estuviera en su mano. La inestimable contribución de mis amigas me proporcionó una suerte de paz que, sin embargo, no hallaba en otros aspectos de mi vida. Especialmente, después de aquella noche. Por otra parte, seguían mis quehaceres como Elisa. En la redacción tenía nuevas labores: atender el teléfono y los cables telegráficos. Y pronto pude dominar estos dos diabólicos aparatos. En mi fuero interno, me agradaba tener aquellas nuevas tareas pues me aproximaban al trabajo periodístico. Mi madrina y doña Asunción continuaban organizándome la boda. Y un día doña Manuela no tuvo reparo en presentarse en la oficina y sacarme de allí, con permiso de don Ernesto, para una de esas soporíferas reuniones. Don Ernesto aprovechó la ocasión y le informó de que una vez más estábamos invitadas al baile de verano en el jardín de su casa.

El baile de final de verano era una tradición de los señores Rodríguez de Aranda. Era la única ocasión en el año en la que su jardín se vestía de gala, permitiendo a los invitados dispersarse por él, además de por el salón de baile. Los camareros repartían copas en todos aquellos espacios mientras los distinguidos asistentes contemplaban el estrellado firmamento o se movían al

son de la banda de música contratada para la ocasión. Aún recordaba la primera vez en la que mi madrina me había permitido acudir, tras mi puesta de largo. Benedetta y yo estábamos emocionadas. Desde nuestra absoluta inocencia, nos comíamos con la mirada a las refinadas damas, escoltadas por sus adinerados maridos. Nos imaginábamos entre aquellos largos y opulentos vestidos, entre las plumas de sus tocados y la soberbia de las chisteras, ansiando mimetizarnos. Mientras, veíamos a Candelita, conversando con todos aquellos apuestos jóvenes que la pretendían, atraídos por su indiscutible belleza, preguntándonos si algún día lograríamos acaparar miradas, si en algún momento dejaríamos de ser un par de ilusas chiquillas. Todos aquellos recuerdos me visitaban mientras, como la mujer en la que me estaba convirtiendo, seguía analizando a todas aquellas ilustres parejas que decoraban el salón de baile y el jardín de los Rodríguez de Aranda.

Como de costumbre, mi madrina me había abandonado a mi suerte, una vez hubimos acometido nuestra entrada oficial en la fiesta. Yo me había unido a un aburrido coloquio en el que doña Eugenia Abad, doña Sagrario Carretero —la esposa del señor Villarroy— y otras mujeres discutían sobre algún chisme que se había vertido en la ciudad sobre la hija de una de las familias que don Ernesto había invitado. Nada de mi incumbencia, claro está, pero al menos, rodeada de todas aquellas personas y vestida como Elisa, me sentía a salvo de fantasmas y espías nocturnos.

—Dicen que, al conocer su estado, los obligaron a casarse. Él ha dado trabajo en su empresa al muchacho, por supuesto. Aunque ya todo el mundo sabe que se trata de uno de los mozos del servicio...

—¡Válgame el cielo! ¿Es eso cierto?

—No es lo que a mí me han contado... La pasada primavera, en el Salón de la Moda, coincidí con la señora Pomares y me dijo que, aunque no estaban del todo convencidos, habían dado permiso a su hija para casarse con el muchacho.

Bebí de mi copa, tratando de hallar un divertimento mayor que el que aquellas cargantes cotorras me proporcionaban. ¿Qué más me daba todo aquello?

—La boda que me tiene intrigada es la suya, señorita Elisa. ¿Ya saben en qué iglesia les casarán? —me dijo otra de las mujeres de la que no recordaba el nombre.

—Sí..., será en la iglesia de Santa Bárbara. Creo —reflexioné, en voz alta,

ante la estupefacción de las demás—. Mi madrina y doña Asunción me están ayudando con todos esos trámites —me justifiqué.

—Oh, claro, por supuesto. Apuesto a que la señora Rosales tiene jugosos contactos en la capital para conseguir que su enlace sea magnífico.

—Exacto, eso es —afirmé.

Mientras respondía a aquel interrogatorio inesperado acerca de mi boda con Francisco, observé, con detenimiento, cómo don Ernesto salía del salón de baile para saludar a uno de los invitados más rezagados. Pasados unos segundos, regresó acompañado de Pascal. Este se había vestido con un estilizado esmoquin, parecido a los que portaba mi prometido en esas celebraciones. Había peinado sus cabellos castaños con esmero y perfilado su bigote aún más que de costumbre. Con una seguridad desconcertante, siguió los pasos de don Ernesto y saludó a doña Cristina y a otras amistades que le fueron presentadas. Cuando aquel grupo de señoras se cansó de interpelarme, me inventé una absurda excusa y me separé de ellas. En realidad, sí quería ir a retocarme el maquillaje al tocador, aunque no con tanta premura como había transmitido. Empolvándome la nariz frente a aquel majestuoso espejo, medité sobre lo distinto que resultaba relacionarse en función de si era un hombre o una mujer. Había aspectos que detestaba de las intrínsecas normas de ambos géneros, pero cuando era Pedro Liébana, mis opiniones eran tenidas en cuenta y respetadas. Como Elisa, era una chiquilla que solo resultaba interesante por el acaudalado bolsillo de su futuro esposo.

Al salir, revisé dónde se encontraba don Ernesto. La realidad era que quería, en la medida de lo posible, evitar a Pascal. Seguía sintiéndome incómoda cuando estaba demasiado cerca de él como Elisa. Cuando venía a la redacción, me escondía entre papeles y tareas para eludir cualquier tipo de contacto. Como Pedro Liébana, era con el que más había coincidido, con el que más había conversado y, por tanto, el que tenía un mayor poder para descubrirme. Para mi sorpresa, don Ernesto charlaba con un hombre que, justo cuando di mis primeros pasos, se despidió de él. Aprovechando aquella coincidencia, me apresuré y me reuní con el hombre que más se parecía a un padre para mí.

—¡La pequeña Elisa! Madre mía, chiquilla, cada vez que te veo así vestida me haces sentir más viejo. ¿Cuándo te convertiste en una mujer? —me saludó.

—Buenas noches, don Ernesto. Va a conseguir que me sonroje por

completo. Quiero que sepa que doña Cristina y usted son mis dos personas preferidas de toda la fiesta —le confesé.

—Ay, Elisa, Elisa. Y tú eres nuestra favorita, ya lo sabes. Aunque tu madrina me repita una y otra vez que no debo malcriarte, Dios sabe que no me puedo resistir a los caprichos de mi Elisa.

—Y por eso lo quiero tanto, don Ernesto. Por eso y por dejarme que siga en su periódico, al margen de lo que ella diga.

—Sí, y sabes que te daré mi apoyo siempre que lo precises. Hasta donde pueda, claro está.

—Lo sé —respondí y sonreí.

—Esta noche la joven Benedetta y tu querido Francisco te han abandonado. ¿Dónde se encuentra el señor De las Heras y Rosales, querida?

—Pues si le soy sincera, en ocasiones hasta yo me pierdo con tantos países distintos. Últimamente viaja mucho a Inglaterra porque han cerrado un importante acuerdo allí. Pero luego, de pronto, un día me comunica que ha de visitar Portugal o Suiza o Austria... Supongo que es la condena de ser la prometida de un hombre de éxito.

—Sí, puede que así sea. Aunque el éxito es relativo, jovencita. Si de algo me he dado cuenta en mis años de experiencia, es que de nada valen los cuartos si no se tiene tiempo ni compañía con que disfrutarlos.

Nuestra conversación se interrumpió por la vuelta de Pascal. Al parecer, solo se había ausentado unos minutos, pero no se había marchado del lado de don Ernesto.

—Buenas noches, señorita Montero. Ignoraba que se encontrase en la fiesta.

—Buenas noches, P..., señor Pascal —contesté.

Educado, tomó mi mano y la besó. Después, le dio una nueva copa a don Ernesto, tarea por la que se había alejado momentáneamente. Con premura, hallé una razón para abandonarlos y esquivar riesgos innecesarios.

—Bueno, quizá quieran hablar de asuntos de hombres. Será mejor que vuelva con las damas.

—No, no, un momento, Elisa. Yo debo ir a saludar a bastante gente soporífera, pero ustedes dos son jóvenes. ¿Por qué no la saca a bailar, Pascal?

—No se sienta comprometido. Yo puedo volver con las señoras... —intenté.

—No quisiera generar ninguna molestia... —comenzó él.

—Vamos, vamos, muchachos. La señorita Elisa ha venido hoy sola sin su prometido, así que si no es por la fuerza, nadie bailará con ella. ¿No querrá ser responsable de que se aburra? Y, Elisa, el señor Pascal es lo menos parecido a un hombre en busca de muchachas casaderas que he visto en mi vida. Si no bailas con él, no se lo pedirá a ninguna joven. Así que... —Cogió su mano y la puso sobre la mía—... ¡A bailar se ha dicho!

Aquella desconcertante suavidad en sus manos me pilló desprevenida. Don Ernesto se marchó, como alma que lleva el diablo, evitando que pudiéramos negarnos en su presencia. Aunque aquella situación pudiera ser resultado de un maquiavélico plan urdido por él, desconocedor de las implicaciones que para mí tenía aquella escena, había acertado en que, con gran probabilidad, aquello era lo más entretenido que ambos podíamos hacer durante la velada. La banda de música interpretaba una balada de forma magistral.

—Hacía tiempo que no coincidía con usted fuera de la redacción —comentó.

—Sí, supongo que no frecuentamos los mismos ambientes.

—¿La última vez fue en aquella recepción que dio don Ernesto? —trató de recordar ignorando mi aportación.

—Sí, creo que fue entonces —respondí—. Cuando declaró que las mujeres han de cumplir las mismas penas que los hombres pese a no tener los mismos derechos...

—No, técnicamente yo no dije tal cosa.

—Será entonces que se expresa mal. Una lástima teniendo en cuenta cuál es su oficio.

—O quizá es que usted escucha lo que le interesa para tener un motivo por el que discutir.

—Es algo pretencioso culparme a mí de las palabras que salieron de su boca.

Pascal dudó un instante, pero al ver que yo no me negaba a continuar bailando, optó por seguir, en silencio. Puso su mano en mi cintura y mantuvo la otra unida a la mía, agarrándola firmemente. Nos movíamos con cierto reparo, aguardando a que alguno de los dos diera, al fin, por terminado aquel incómodo momento. Pero ninguno dijo nada.

Al principio, me esmeré por mantener la mirada baja, dejando que el suelo fuera quien me contemplase, secuaz de mis mentiras. Mas con el paso de los minutos y a sabiendas de que aquello solo me convertiría en sospechosa,

resolví encontrarme con sus ojos. Aquellos ojos... Visto desde cerca, Pascal era bastante atractivo. Sí, quizá lo era. La música me susurraba que fuera cauta. Lo que más me sorprendía de su mirada era que no pretendía mostrar nada. No buscaba conquistarme, como otros hombres habían intentado. No deseaba adularme, como Francisco hacía de forma constante. Solo me contemplaba, tratando de hallar en mí algo único. Pero por más que buceara en el verde que rodeaba mi pupila, solo habría encontrado máscaras y disfraces de una noche. Una fuerza insolente me empujó a afrontar mis temores, a disfrutar de aquel baile y, si era posible, de la compañía. Pascal se movía con gracia. Lo había visto bailar con muchachas en aquellas noches en las que le había acompañado como Pedro Liébana. No obstante, ahora sus manos me rozaban con delicadeza, temiendo importunarme. De pronto, me daba una vuelta y continuábamos.

En aquel divertido vaivén en el que ambos estábamos enfrascados, sin percatarme, le regalé una de mis más amplias sonrisas. Él, galán de postín, sin pretensiones de contentar a nadie en aquella sala, me correspondió con otra. Fluíamos por el salón de baile de los señores Rodríguez de Aranda, ignorando a los que nos rodeaban, dedicados de lleno a aquella danza en la que nada estaba pautado y en la que todo podía desmoronarse con un simple traspie. Vestido de aquella forma, sin sus aires de redactor ilustre que me daba leccioncitas cuando me creía un hombre, podía llegar a ser cortés. ¿Por qué estaba pensando todo aquello? La culpa la tenían Catalina y Benedetta, por haberme dejado sola. También Francisco. Una nueva vuelta. Sin buscarlo, me había aproximado más de la cuenta. Tampoco nunca me había percatado de lo bien que olía. Su aroma ya era familiar para mí, pero jamás había reflexionado sobre él. Cada vez estaba más nerviosa, mi corazón palpitaba alterado. Alcé la vista para cerciorarme de que él seguía allí, enfrente, a escasos centímetros, esperando a que el piano se desprendiera de sus últimas notas. Allí estaba. Nuestras miradas se fundieron en un segundo eterno. La calidez de quien se sabe cómodo y contento se transformó en el viento gélido de la sospecha, de la duda y del miedo. ¿Me habría reconocido? Me separé de golpe. Mas aquella inexplicable atracción hacia sus ojos no se terminó. Él, comprensivo, se limitó a soltar mi mano.

Alguien tosió detrás de mí. Me di la vuelta. Era un joven. Al oído me indicó que su hermana, la preciosa Nieves Úbeda, deseaba bailar con Pascal. A sabiendas de que yo solo estaba con él por diversión, pues todo Madrid

conocía a quién pertenecía, me pidió ayuda para interceder. Le prometí que así lo haría. Y así procedí. Pascal, algo reacio a tener que contentar a aquella joven, asintió y me vio partir hacia el jardín, a donde acudí en busca de algo de oxígeno y cordura. ¿Qué me estaba sucediendo? Quizá había sido un error compartir tantas horas con él. Todo aquel asunto del compañerismo me había confundido. Era humana. Yo no era un hombre, no era Pedro Liébana, era solo Elisa... Quizá me había encariñado. Respiré hondo. No, ya sabía qué estaba sucediendo. La falta de Francisco me estaba pasando factura. Necesitaba verlo. Necesitaba besarlo y saberme suya. Agarré una copa de una de las bandejas que portaban los uniformados camareros. El verlo así engalanado, siendo caballeroso conmigo, me había llevado a perderme en aquellos ojos, en su forma de observarme, de tocarme... Di un sorbo. Sí, la señorita Nieves Úbeda hacía bien en aprovechar la parca atención que Pascal estaba dispuesto a ofrecer a las mujeres. La justa y necesaria. Y yo había sido testigo de ello en tantas ocasiones que me sentía estúpida por haber siquiera pensado que él podía estar actuando de un modo distinto conmigo. Contemplé, un instante, aquel lujoso anillo que decoraba mi anular desde hacía casi nueve meses. Di otro sorbo. Oportuna, doña Concepción Segarra se acercó a mí, interesada por la ausencia de Francisco. Aproveché su charla para distraer la mente, cansada de aquellos extraños pensamientos que me habían abordado.

Capítulo 8

El año 1923 dio un giro inesperado a mediados del mes de septiembre. El capitán general de Cataluña, don Miguel Primo de Rivera, encabezó una sublevación con la que se pretendía dar por finalizada aquella inestabilidad enquistada en el Gobierno desde hacía años. Los rumores no habían dejado de surgir en los días previos, generando una más que comprensible intranquilidad en el Ejecutivo caduco de García Prieto, pero nadie pudo ni, quizá, quiso evitarlo. La expectación inicial se solventó con el apoyo al golpe de estado de su majestad, el rey Alfonso XIII, quien pronto llamó al general Primo de Rivera a gobernar a Madrid. Así, se declaró el estado de guerra en toda España, siendo proclamada la ley marcial solo un día después del levantamiento. Nuestro país no estaba dispuesto a perder más el tiempo. El hastío por el pesimismo de principios de siglo, sumado a las constantes derrotas en la guerra de Marruecos y la incapacidad de los políticos —de sendos bandos de aquel astuto juego llamado turnismo—, habían llevado a la sociedad a reclamar una figura que pusiera orden al fin. Y aquello fue lo que vimos en aquel militar andaluz.

Desde el periódico, apenas tuvimos tiempo para recapacitar sobre lo que suponían todos aquellos eventos. Don Ernesto, sobrepasado por la avalancha de noticias, nos distribuyó, a voz en grito, por las distintas zonas de interés en aquellas dos decisivas jornadas. Mandó a Morales y Simón a Palacio para que «parasen e interrogaran a todo bicho saliente o entrante». Por su parte, Fernández debió hacer guardia en la estación de Mediodía, donde se esperaba que llegase don Miguel Primo de Rivera en algún momento del viernes 14 de septiembre. López, que debió abandonar sus quehaceres culturales para su disgusto, marchó a la Capitanía General. Entretanto, Pascal y don Pedro Liébana fueron agraciados con la estresante labor de apagar fuegos. El francés, no obstante, debía atender a las necesidades de su periódico, por lo que quedaba yo como último refuerzo. Esto consistía en ir yendo de un lado

para otro, en función de donde creyera don Ernesto que estaba la noticia. Hay que señalar que aquello no me fue posible hasta que no logré escabullirme como Elisa. Y no fue sencillo.

El teléfono no dejaba de sonar y el telégrafo escupía datos sin cesar. Incluso simulé llamar al mismo señor Liébana para mandarle a cubrir una noticia que, si no era rápida en mis pretextos, quedaría sin redactor de *El Demócrata* que la tratase. Harta de ver cómo aquellas perlas informativas se me escapaban entre los dedos, comuniqué al director y a la señora Idiazábal que debía ir a hacer unos recados para la redacción, aprovechando que los aparatos demoníacos habían dejado de molestar. Corrí con toda la energía que me quedaba después de aquel intenso día. Me las ingenié para cambiar mi vestimenta y acudir a la Puerta del Sol, área en la que se habían congregado, al igual que en la plaza de Santo Domingo o la de Nicolás Salmerón, numerosas gentes de la capital.

En las calles se respiraba una singular mezcla de emoción y desconcierto. Algunos chillaban alegres, felicitando a los soldados que pasaban, mientras que otros ciudadanos dudaban de si aquello traería mayores dificultades a su cotidianeidad. Yo, en aquel momento, sujetando el canotier contra mi cabeza, ni siquiera había decidido qué opinar de todo aquello. Cuando llegué a la Puerta del Sol, la multitud hacía imperceptible el suelo bajo nuestros pies. No cabía un alma. Miré a los lados. ¿Dónde se habría metido Pascal? Se suponía que él también debía asistir para escribir una crónica para *Le Figaro*. Estaba segura de que su salario estaba comenzando a ser interesante a raíz de aquellos últimos hechos. Y mejor, así no metería sus narices en las páginas de *El Demócrata*, como acostumbraba a hacer cuando colaboraba con el periódico de don Ernesto. De pronto, alguien me golpeó el cogote en un amago por ser simpático e hizo que mi sombrero se cayera. Me giré.

—¡Pascal! Le estaba buscando... ¿Dónde está el maldito sombrero? —dije mientras me agachaba a recogerlo.

—Hay que ver la cantidad de seguidores que tiene ya el señor Primo de Rivera..., y aún no ha empezado a gobernar —valoró, oteando lo que la plaza nos contaba.

—Usted sabe, llevamos mucho tiempo sin políticos que valgan la pena. La gente está agotada de tanta fluctuación —le expliqué.

—Sí, sí, ya sé, Liébana. Pero he de admitir que no me esperaba esta reacción.

—¿Y quién podía esperar nada? Yo aún no sé qué esperar.

—En eso tiene razón.

Observé de soslayo a aquel periodista francés. En las últimas semanas, mi confusión había ido en aumento, pese a que estaba logrando mantenerla a raya. Estaba convencida de que una vez que Francisco y yo estuviésemos casados, en unos meses, todo cambiaría. Aun así, al caer el sol, cuando solo yo era testigo de mis desvelos, mis sueños se las ingeniaban para torturarme. El vago recuerdo del contacto con sus manos se hacía vívido al entornar los párpados para dejarme llevar por los designios de Morfeo. Su olor impregnaba mi nariz, meciéndome en una danza imposible en la que sus firmes brazos me sujetaban para que no cayera de bruces. Entonces, sus dedos comenzaban a rozarme, desde el cuello hasta las palmas de mis temblorosas manos, recorriendo con sutileza la piel de mis hombros y mis brazos. Era un tortuoso camino, lleno de peligros, de trampas, pero en el que poco importaba la lógica. Mi corazón latía con aquella retorcida intensidad y mi respiración se entrecortaba al saber que se encontraba tan cerca, al naufragar, sin más cordura que la proporcionada por aquellas fantasías de colchón, en aquellos ojos que tantas veces me habían mirado, ignorantes. Y ahí, en medio del prohibido deseo de besarlo, la función llegaba a su fin en forma de rayos de sol o de abrupto despertar, movido por las manecillas de mi miedo a que todos aquellos cuentos nocturnos tuvieran algo de verdad. Sacudí la cabeza, tratando de recobrar la compostura. Debía centrarme en el trabajo. Aquel maldito plumilla solo me traía problemas.

—¿Alguna idea para conseguir ver qué está ocurriendo? —pregunté preocupada ante la aglomeración que se extendía en la Puerta del Sol.

—Por supuesto. ¿Le he contado alguna vez cuál fue mi primer destino como corresponsal?

—Sí..., en varias ocasiones, de hecho —respondí con desgana.

—Bien, pues a Berlín fui con mi gran mentor, el señor Virgile Lévesque, uno de los redactores de mi periódico. Y él me dio un valioso consejo cuando tratábamos de obtener una panorámica de las manifestaciones que allí acaecieron: «Cuando no veas ni medio centímetro de baldosa, hormigón o arena, debido a la multitud, busca el punto más alto al que puedas acceder. Desde un palmo más arriba de las cabezas de los demás todo se ve de distinto modo».

Pascal había empezado a avanzar. Sin duda, él conocía la dirección de sus

pasos y yo lo seguía, aturdida, intentando adivinar qué habría en su cabeza. En el itinerario hasta aquel desconocido destino, varios hombres me tiraron el canotier. Otros tantos me propinaron golpes en la espalda, entregados a la emoción de aquella nueva etapa histórica sin escribir. «Es el cirujano de hierro que esperábamos», se oía. «Viva España», aclamaban unos. «¡Que bajen los impuestos!», gritaba otro. En medio de aquella amalgama de pretensiones encontradas, me di cuenta de cómo Pascal comenzaba a trepar por uno de los postes del templete del metro.

—¡Pascal! ¿Está usted loco? ¿Pretende que me suba ahí? —exclamé.

—¡Vamos, Liébana! No sea cobarde —me azuzó.

Miré a los lados para cerciorarme de que ningún soldado me bajaría de un garrotazo al descubrir mis propósitos. Con bastante apuro, escalé por aquella columna hasta alcanzar el endeble tejado de cristal, donde mi compinche me esperaba. Apreté mi mano y me impulsó hacia arriba, permitiendo que me arrastrara cual serpiente por aquella superficie transparente, creada para proteger, del cielo, a los pasajeros que salían y entraban del metropolitano. Cabía señalar que, con nosotros allí subidos, su seguridad era más que dudosa.

—Menos mal que no pesa usted mucho, Liébana, porque si llega a ser por el garbo que tiene... —me recriminó en tono jocoso.

Cuando ya me ubiqué, física y mentalmente, en aquel nuevo espacio, me incorporé. Toda la plaza se dibujaba debajo de las suelas de nuestros zapatos. Era una imagen sin precedentes en mi retina. El tráfico de tranvías, de gentes paseando, se había sustituido por una masa anónima de vecinos que entregaban la potencia de su voz al viento y la escasa esperanza que les quedaba, al nuevo orden político.

Algunos parroquianos, en vista de nuestro descubrimiento, trataron de unirse a aquella perspectiva cenital. Y un par lo consiguieron. Sin embargo, varios soldados se abrieron paso entre el gentío desde la calle de Carretas, acaparando toda la atención. La formación, liderada por un coronel y un capitán, estaba compuesta por cuatro batidores de húsares y parte del Regimiento de Infantería de León.

—Ya están aquí —me comunicó Pascal—. Al parecer, han colocado pasquines en distintas plazas públicas proclamando la ley marcial y el estado de guerra. ¿Alcanza a ver a todos los que los siguen?

—Sí, sí, los veo.

El tumulto fue desapareciendo hasta crear una burbuja silenciosa que atendió cómo los soldados presentaban armas, dando paso a la Marcha Real. Los habitantes de la Villa aclamaban al Rey y al Ejército. Después, uno de ellos procedió a leer el bando que portaba, misión primordial que les había llevado hasta allí:

—Don Diego Muñoz Cobos y Serrano, teniente general del Ejército, capitán general de la primera región, hago saber: Su Majestad el Rey ha llamado para formar gobierno al general don Miguel Primo de Rivera y, para garantizar el orden, ha hecho presente la conveniencia de declarar el estado de guerra hasta que el nuevo Gobierno lo ordene. En su virtud, queda declarado el estado de guerra en toda la región...

Los vítores y las alabanzas regresaron cuando dio por terminada su tarea. Anoté con maña algunas de las frases de aquella proclamación para introducirlas en mi artículo. Después, me quedé pensativa un instante. Ya habíamos convivido con la censura previa en algunas ocasiones atrás, pero, a partir de aquel día, sería en el contexto de una dictadura, no en el de una monarquía parlamentaria con taras y bipolaridades.

—No sabe cuánto odio que inspeccionen mis crónicas antes de publicar. Don Ernesto se va a poner insoportable con los plazos...

—*Et ami, bienvenue a la dictature militaire* —sentenció Pascal—. Al menos espero que esto ayude a traer la estabilidad necesaria a España.

—Ojalá así sea, querido Pascal —contesté, viendo partir al piquete entre ovaciones.

Mis predicciones fueron del todo acertadas. Los días que siguieron a aquel 14 de septiembre, don Ernesto se volvió especialmente exigente con nuestro trabajo. Nada le parecía lo suficientemente bueno. Sus críticas fueron calando en el ánimo de todos los redactores, que dedicaban todas las horas del día a elaborar artículos que encajasen con lo que fuera que el director buscaba. En realidad, era el temor a tener cualquier percance con el Directorio militar —el nuevo poder que gobernaba España— lo que le hacía vacilar acerca de la calidad de todo. *El Demócrata de Madrid* no era novel en la cuestión de la censura. De hecho, desde que yo había llegado al periódico, no habían sido pocos los momentos en los que las garantías constitucionales habían sido

suspendidas, con inspecciones previas o temas prohibidos, en función de los intereses del Gobierno. Sin embargo, desde hacía más de un año, disfrutábamos de aquella libertad que tanto facilitaba nuestro trabajo y tanto sentido le confería al oficio, después de todo. El señor Rodríguez de Aranda repasaba, sin pausa, todas las galeradas antes de enviarlas, despidiendo la luz del día sin percatarse. Durante los primeros momentos del gobierno de Primo de Rivera, quedaron atrás sus lecturas despistadas gracias a las que Pedro Liébana había publicado por primera vez. No se saltaba ni una coma.

Yo también me quedaba hasta tarde. Alternar mis labores de secretariado, con la histérica de doña Carmen al mando, con la secreta redacción de mis compromisos como don Pedro, alargaba mis jornadas sin remedio. Una vez concluidos mis deberes, cogía mi sombrero y me despedía del periódico hasta el día siguiente, dejando a solas a don Ernesto con sus obligaciones. Un día, preocupada por el frenético bucle en el que todos nos habíamos sumido, hice una visita al director antes de marcharme. Abrí la puerta con cuidado. Enfrascado, como estaba, en la lectura, ni siquiera se dio cuenta de mi presencia.

—Esto no podemos mandarlo... Nos lo echarán para atrás en menos que canta un gallo —murmuraba.

—Don Ernesto... —dije con un hilo de voz.

—Ay, Elisa, querida. ¿Qué haces aquí todavía?

—Debía terminar unos cuantos recados que me ha mandado la señora Idiazábal —le mentí—. ¿Hay algún problema con los escritos de hoy?

—Últimamente siempre hay problemas, querida. Supongo que todos debemos acostumbrarnos a medir mejor nuestras palabras.

—Sí..., quizá. Por cierto, hace un rato vino el señor Liébana a entregar su artículo. Como no quería molestarlo y andaba con prisa, le dije que yo se lo daría.

—Ah, sí, por supuesto. Déjalo por ahí. Este don Pedro siempre va tarde... Terminaré por perder los cuatro cabellos que me quedan en la cabeza con estos empleados que tengo.

—Compréndalos un poco, don Ernesto. Desde mi absoluto desconocimiento, pienso que los muchachos están agotados. El último mes ha sido de grandes cambios y aunque sean, en principio, para bien, debemos aclimatarnos al nuevo sistema y a las nuevas rutinas.

—Lo sé, Elisa..., tienes toda la razón. Y no es tu desconocimiento el que

habla, sino tu madurez. Pero este periódico es toda mi vida. Es el hijo que nunca pude darle a mi Cristina. Pensar en que algo pueda hacer que se evapore, después de dos décadas de trabajo..., hace que me salgan úlceras en el estómago. Por un lado, este gobierno militar del sargento Primo de Rivera me ha aportado una tranquilidad que no me habían procurado todos los anteriores intentos, pero, como director de un periódico, estoy bastante preocupado y expectante acerca de sus próximas decisiones como mandatario.

—Lo entiendo... —Me acerqué a la puerta—. Aunque ¿sabe qué? *El Demócrata* siempre ha sabido cómo adaptarse a los cambios. Nunca ha vivido épocas sencillas. Estoy segura de que encontrará su lugar en este reciente panorama. —Don Ernesto asintió con una leve sonrisa—. Sí, seremos capaces de ello —concluí.

Más allá de las paredes de la redacción, la situación era comentada por todos. Cobró protagonismo en mis trayectos con don Santiago, al que interrogaba incansablemente, también en las cenas con los señores Salamanca-Trillo, los señores Ballester, los señores De Lucca y los demás. Sobresalía en mis ratos con doña Pilar, quien parecía ser de las mujeres que encontraban atractivo al general Primo de Rivera. «Ay, no sé, niña. Es que es muy natural y salado», me rebatía ante mi asombro para, después, interesarse por los motivos que me llevaban a estar tan enterada de cuestiones políticas. Mi madrina también tenía una opinión al respecto del nuevo orden: «A mí me importa bien poco quién tenga el poder. Mi única condición es seguir teniendo la misma cantidad de dinero en mi bolsillo y de comida que llevarme a la boca al final del día», espetaba. Quizá en previsión a lo que pudiera acontecer, doña Manuela Montero decidió recortar el número de personas que teníamos a nuestro servicio: «Gastar más de lo que se necesita en este tipo de asuntos es de nuevos ricos, niña», me indicó cuando me comunicó la partida de cuatro de las seis doncellas.

El único que no había compartido su parecer, todavía, era Francisco. Continuaba concentrado en sus negocios, viajando constantemente a Liverpool y Mánchester. Aquel magnífico trato que habían cerrado un año atrás con los ingleses se había traducido en grandes dolores de cabeza para mi

prometido y su hermano, don Luis. No es que me diera muchos datos, pero, al parecer, estaban teniendo desencuentros con cada paso que daban. Las condiciones pactadas en un principio ya no satisfacían a las partes, que no habían dejado de invertir dinero en aquel proyecto común. De hecho, la Banca de Crédito Rosales había colgado anuncios en sus oficinas para comunicar a sus fieles clientes madrileños que, en poco tiempo, sería un banco internacional. «Deposite sus ahorros en la Banca de Crédito Rosales. Pronto abriremos nuestras oficinas en el Reino Unido. ¿Quiere que se le adelanten los ingleses?», rezaban los carteles. Sin embargo, los despachos seguían estando vacíos y los muros sin armar. Francisco decía que no estaba dispuesto a poner una libra más en aquellas obras si los ingleses no aceptaban sus requerimientos. Así las cosas, los hermanos habían abandonado, de momento, la búsqueda de nuevas vías de expansión, no siendo hasta aquel verano cuando habían reanudado los traslados a otros mercados.

En medio de todas aquellas idas y venidas, de sus discusiones con su hermano y sus amenazas a sus socios, Francisco apenas tenía tiempo para mí —y menos aún para la boda—. Aquejado de una culpabilidad transitoria, me llenaba de regalos, de caprichos, de caricias y desvelos. Y yo, entretanto, me tomaba todas aquellas generosas ofrendas como un tentempié de lo que sería mi vida de casada. ¿Qué más podía pedir? ¿Más atenciones? ¿Su apoyo constante? Quizá sí. Mas, por el momento, tampoco a mí me beneficiaba que Francisco se entrometiera, en demasía, en mis correrías. Todo iría mejor si se mantenía distraído, como estaba, con los asuntos del banco hasta que hallara una solución a mi doble vida.

Aquella velada, en el palacete de los De Lucca, me sentía reconfortada con su asistencia. De ese modo, no temía que Pascal me turbase pues mi prometido era en quien volcaba todos mis agasajos y miramientos. Estaba cómoda y segura. Había sido una cena informal a la que habían convidado a todas nuestras amistades, incluyendo al francés —que tenía a todos embobados, también a Francisco— y en la que se había debatido más que hablado. Tras el succulento menú, las mujeres nos habíamos retirado a la salita a tomar el café y, poco después, los hombres se habían unido a nosotras.

—Venga, Elisa, amor mío, deléitanos con el piano —me pidió Francisco.

Estaba concentrada en aquella charla con doña Cristina, Benedetta y doña María Elena, pero no podía negarme a sus deseos. Pedí que me disculparan y me dirigí al instrumento. Me senté, tras echar un último vistazo a mi público.

La distinción era palpable en aquel grupo. Mi madrina, que aún seguía vistiendo de negro, pese a que ya nadie la conocía como viuda de Ribadesella, charlaba animadamente con don Tomás y don Giancarlo. Apenas prestó atención a la petición de Francisco. Por su parte, él conversaba con Pascal, don Ernesto y don Amancio Ballester. Doña Concepción Segarra, solitaria en el sofá, se miraba en un espejo que había sacado de su cartera, mientras doña Carmen Bernardo pedía a una de las doncellas del servicio que recogiera las tazas vacías de la mesita y trajera una baraja de cartas. Comencé a tocar. En mis contados momentos musicales de los últimos años, había aprendido una nueva partitura. Se trataba de *Clair de Lune* del maestro Claude Debussy. Aquella melodía me tranquilizaba aun en mis días más grotescos, así que opté por mostrar mis avances a mi familiar audiencia. Era una pieza relajante, con senderos que me portaban hacia el mundo de la nostalgia y otros, más ligeros, que me trasladaban al universo de la esperanza, de la ilusión encapsulada en unas notas perfectamente escogidas, del alma abierta de par en par, sin miedos... Aquella canción me enamoraba, una y otra vez, como si fuéramos dos grandes desconocidos que se funden, nada más verse, al inicio de cada pentagrama.

—Elisa, querida —me interrumpió Francisco, de golpe—. Vas a conseguir que se duerman los invitados. ¿Por qué no interpretas *Para Elisa*? La dominas como nadie —me sugirió.

Aquel abrupto hurto de la magia que, en ese instante, estaba permitiendo arribar a mis entrañas, me dejó desubicada. Arqueeé las cejas, molesta, y recordando los escasos momentos en los que podía complacer a mi futuro esposo, opté por asentir.

—Sí, querido. Disculpa —respondí.

Los presentes continuaron con sus coloquios. Cuando finalicé mi intervención, me reuní con Francisco, quien me besó con ternura, agradeciéndome así mi paciencia.

—Esta mujer tiene ganado el cielo —contó a don Ernesto y Pascal.

—No digas tonterías —respondí, algo incómoda.

—Por eso accedo a todo lo que me pide. Porque no podría decir que no a un ser tan maravilloso que aguarda a que regrese de cada viaje y me recibe con amor y calidez.

—Es usted muy afortunado, sin duda —opinó Pascal.

—Lo soy. Con tanto negocio es muy gratificante el saber que hay alguien

pensando en uno, a pesar de todo.

—Sí, y tiene suerte de que, además, la señorita Montero sea una joven tan independiente y con tantas amistades —añadió Pascal.

—Lo cierto es que eso me aporta una gran tranquilidad. Sobre todo, al ser la sobrina de una mujer como doña Manuela Montero, sé que goza de un círculo muy extenso de conocidos y divertimentos mientras yo no estoy en la ciudad. Aunque he de decir que, con un poco de suerte, pronto dispondremos de más tiempo para disfrutarlo juntos.

Entonces, uno de los empleados de los De Lucca se acercó a él. Alguien le había llamado por teléfono. Se excusó y se marchó a atender el recado.

—Es innegable que es un hombre ocupado —valoró don Ernesto.

—Demasiado para mi gusto —murmuró Pascal.

—No se inquiete, señor Pascal, por suerte soy yo quien me casaré con él, no usted.

—Y no puedo más que alegrarme por ello.

—Me da la impresión de que ustedes dos no pueden estar sin pelearse. Bendita juventud y bendita intensidad. No las pierdan nunca —nos recomendó don Ernesto y se alejó.

Ambos, extrañados, nos observamos con desdén y resolvimos buscar otros interlocutores. Al rato, Francisco regresó a la salita. Al parecer, las obras de la oficina de Mánchester habían quedado suspendidas por una inesperada huelga de los peones. Debía partir hacia allí para solventarlo a la mayor brevedad. Sus explicaciones eran, como de costumbre, escuetas y entrecortadas. Algo contrariada por su repentina partida, lo seguí hasta el *hall* del palacete, donde el mayordomo le hizo entrega de su abrigo. Su frío beso en la mejilla aún seguía impreso en mi piel. Era comprensiva con su gran dedicación al trabajo, pero no pensaba quedarme sin una despedida decente ni algún dato más sobre cuándo regresaría.

—Elisa, amor mío, de verdad que no tengo tiempo para esto.

—Francisco, soy benevolente pero no de piedra. No puedes marcharte sin más. Dime cuándo volveré a verte.

—Pronto. En unas semanas. Debo sofocar la protesta. ¿Imaginas qué clase de desgracia puede ocurrir si comenzamos nuestra andadura internacional copando las portadas de las gacetas de Mánchester como el banco causante de una huelga? Te pido que me dejes ir sin ninguna escena. Por favor.

—Pero..., pero... ¡no es una escena, Francisco! Apenas hace tres días que

volviste. Nunca sé cuándo vamos a poder estar juntos. Y ni siquiera me has preguntado por los preparativos de nuestra boda. En ocasiones, me da la sensación de que a quien amas es a tu banco y a mí solo me tienes para distraerte... —me quejé, afectada.

—¿Cómo puede tu cabeza pensar tal cosa, querida mía? No, no..., no es eso. Lo siento, lo siento de veras —me dijo, acercándose.

Me puso las manos en las mejillas, acaloradas por el sofoco, sosteniendo así mi rostro y me besó. El mayordomo se retiró, consciente de que no era bienvenido en aquella disputa.

—Elisa, desde que te conocí, te amo más que a mi propia vida. Si me alejo de ti es para reforzar el negocio familiar y poder darte todo lo que quieras. Necesito impulsar el banco, necesitamos crecer para así conseguir todas las comodidades posibles y tener a los hijos más felices del universo —dijo, tocándome el vientre—. Como te he dicho en numerosas ocasiones, es preciso que ahora nos gobierne el temple. Prometo que cuando seas mi esposa, serás la mujer más radiante y afortunada de toda Castilla. Prometo que mirarás atrás y concluirás que ha valido la pena el sacrificio que te pido ahora.

Sus palabras me serenaban. Tenía razón. Él solo se desvivía en el trabajo para hacerme dichosa en nuestro matrimonio y yo, caprichosa e insolente, solo le exigía más y más consideración. Bajé la vista.

—Perdóname —contesté con un hilo de voz.

—No debes disculparte, querida. Te pido perdón yo pues a veces olvido lo joven que eres. Ahora debo irme. Vuelve adentro y prométeme que disfrutarás con tu madrina y los demás.

Dudé un momento.

—Sí, sí, lo prometo, querido.

Se acercó para besarme. Todos aquellos sentimientos reprimidos en mi ser quisieron aflorar en aquel instante. Aproveché la cercanía de sus labios para alargar aquel momento, añadiendo una pasión impropia en mí. Francisco, con pocos minutos para dedicar a la despedida, se retiró y, sin más, se fue. Mi corazón casi se desbordó por completo. Resoplé y regresé a la sala, donde los demás continuaban con sus entretenimientos. Tras un buen rato de divertimentos descafeinados, aproveché la partida de Francisco como excusa para retirarme. Pedí permiso a los señores De Lucca y a mi madrina, quien, harta de mis enfermedades y tristezas, asintió, tras farfullar una suerte de

maldición extraña. En realidad, la ausencia de mi prometido me había facilitado, una vez más, llevar a cabo mis planes. La alternativa pasaba por fingir un mareo en público, por lo que me alegré de poder escabullirme sin más. El mayordomo me trajo mi abrigo y mi sombrero. Mientras me lo colocaba, con ayuda de una doncella, Pascal salió de la salita. ¿Ya se iba? Nos habíamos citado en tres cuartos de hora frente a las Cortes, como siempre. La irracional sensación de que me faltaba tiempo me abordó en mi combate personal contra mis prendas de abrigo.

—¿Se marcha? —pregunté.

—Sí, también he de irme.

Asentí sin alzar la mirada. Me fingí apenada.

—¿Se encuentra bien, señorita Montero? —se interesó, acercándose.

—Sí, sí, todo está bien.

—Escuche, lamento que su prometido haya tenido que irse de ese modo... —intentó.

—¿Podría hacerme un favor, señor Pascal? —le pregunté sin mirarlo—. ¿Podría dejar de inmiscuirse en asuntos que no son de su incumbencia? Apuesto a que tiene una vida sumamente interesante como para andar escarbando en mis problemas. Buenas noches, señor Pascal.

Abrí la puerta, decidida, y me reuní con don Santiago, que esperaba afuera para llevarme a casa. Era consciente de mi frialdad con él como Elisa, pero no podía ser amable, no podía permitir que se aproximara más de lo necesario.

De camino a mi cita con Pascal, me preguntaba qué clase de originalidad tendría preparada para aquella noche. Recordé sus palabras: «Hay un sitio al que quiero llevarlo. Le gustará. Veámonos el próximo sábado frente a las Cortes. Confíe en mí, amigo. Le gustará». Enfilé la carrera de San Jerónimo, donde se respiraba el trasiego de engalanadas gentes que entraban o abandonaban el Palace hotel. Cuando los leones del inhábil parlamento —que había perdido una parte ineludible de su identidad a raíz de la dictadura— se perfilaron en el horizonte, también vi a Pascal. Evidentemente, había llegado puntual. Fumaba uno de aquellos pitillos que siempre le acompañaban, confiriéndole un estilo parecido al de las estrellas del cine.

—Buenas noches, Liébana —me saludó.

—Buenas noches, Pascal. Disculpe la tardanza. ¿Hace mucho que espera?

—No, no se preocupe. Don Giancarlo de Lucca me invitó a cenar, así que he estado distraído hasta hace un rato.

—¿No me diga? Qué honor... —contesté.

—Sí, no sé por qué no lo ha hecho extensivo a usted.

—Yo puedo tener una ligera idea... —dije, en un momento de sinceridad.

—¿Sí? ¿Y a qué se debe? —se extrañó.

—Pues, verá..., digamos que intenté cortejar a su hija, la señorita Benedetta. Y a él no le sentó demasiado bien.

—¿A la señorita Benedetta? ¿Habla en serio? ¿Cuándo? Pero si está en relaciones con ese teniente..., ¿no?

«Alfárez», pensé para mis adentros.

—Sí, sí, fue hace tiempo. Yo ahora no tengo ojos para nadie más que para mi preciosa Catalina. No sé, ya sabe usted que soy un hombre muy pasional. Me dejé impresionar y ahora don Giancarlo no se fía de mí.

—¡Es usted un verdadero bribón! —bromeó, cogiéndome del cuello con su brazo.

Después de aquella confesión, proseguimos con nuestro misterioso camino, que nos llevó hacia la Puerta del Sol para girar en la calle Carretas. El vaivén de los tranvías iba perdiendo intensidad con el paso de las horas. A esas alturas, ya todo el mundo había decidido cuál iba a ser su entretenimiento aquel sábado. La mayor parte de las familias estarían deleitándose en el Teatro Real, el teatro Apolo o el teatro Novedades. Otros habrían acudido a bailar foxtrot, al ritmo del *jazz*, en algún cabaré o en alguno de aquellos bares americanos tan de moda en aquellos años. Y mientras, Pascal y yo parecíamos dirigirnos a un lugar muy distinto. Al iniciar nuestro paseo por la calle Carretas, era inevitable no dejarse abordar por todas aquellas tiendas que la decoraban y constituían. Por la mañana, los gritos de los vendedores terminaban por fraguar la personalidad de aquella vía que, al caer la noche, se convertía en camino para muchos y en destino, para unos pocos.

Al pasar el edificio de Gobernación, Pascal se detuvo frente a una fachada oscura, algo sombría, de la que asomaban discretas ventanas con visillos de encaje. Era el café Pombo. Su apariencia distaba mucho de la que yo había contemplado por las mañanas, sobre todo, en mis trayectos hacia el taller de

doña Alicia, subida en el landó de mi madrina. Era un local situado en el bajo de una casa antigua de muros de color tostado a la luz del día, que parecía vivir al margen de lo que acaeciera en el piso más próximo a las aceras. Mi camarada no dudó en abrir una de las dos puertas que daban paso a aquel café. Se abrían en distinto sentido. Lo seguí, sin pronunciar palabra, dejando que aquella bocanada de humedad me recibiera como el mejor de los anfitriones y me ayudara a abandonar la sensación de peligro que me acompañaba en los últimos tiempos. Un olor rancio se entremezclaba con los aromas del ron, esencias que impregnaban el local desde algún misterioso lugar que se hallaba fuera de mi marco de visión.

—Venga, sígame —me indicó Pascal.

Cruzamos el salón principal. Al fondo, un mostrador nos observaba, poniéndonos a prueba, exigiéndonos conocer el itinerario. Pero mi amigo lo sabía. Se encaminó a uno de los cinco gabinetes que conectaban con el salón a través de bellos arcos. Entonces, cuando me encontraba sumida en aquel exhaustivo recorrido por cada uno de los rincones del café, alguien reconoció a Pascal.

—Hombre, hombre. Pero ¿a quién tenemos aquí?

—Buenas noches, don Ramón.

—Llegan tarde —nos reprochó.

—Sí, sí, lo sé. Disculpe. He tenido que atender un compromiso antes de venir —explicó.

—Ay, querido Pascal, qué difícil se lo ponen a uno a veces para ir a donde realmente quiere, ¿verdad?

Observé a aquel hombre. Era él. Sí. Lo había visto tras la celosía de la trampa de la despensa, años atrás, en las tertulias de casa de mi madrina. Era don Ramón Gómez de la Serna, quien, en vista de mi falta de iniciativa, tosió, buscando con ello alguna presentación.

—Oh, sí, perdone. ¿Se acuerda de que hace unas semanas estuvimos hablando de don Pedro Liébana, el prometedor redactor de *El Demócrata*?

—En efecto, lo recuerdo, lo recuerdo. ¿No me diga que es usted?

Por alusiones, me lancé a contestar, ignorando mi total confusión.

—Sí, don Ramón. Soy Pedro Liébana. Encantado de conocerlo —dije tendiéndole mi mano.

—Lo mismo digo. —Se acercó a mi oreja—. Como consejo le diré que no hace falta que sea tan formal aquí.

Asentí, tratando de discernir cómo habría de comportarme. Sin más dilación, se asomó al gabinete donde estaban reunidos el resto de los asistentes y, tras aclararse la voz, les indicó:

—Señores, *monsieur* Olivier Pascal, el francés que mejor habla español de todo Madrid, vuelve a regalarnos su presencia este sábado. Y este es don Pedro Liébana, el periodista que, junto a mí, encumbra la lista de los más larguiruchos de España.

Hice una mueca, tratando de recuperarme de aquella presentación. Era cierto que ni el señor De la Serna ni yo podíamos presumir de una gran estatura, pero... ¿era lo que más destacaba en mi persona? Pasamos al gabinete, a la cripta. Había escuchado rumores sobre aquella tertulia sabática del café Pombo. Muchos habían resonado en conversaciones ajenas, en la redacción. Otros se habían colado en charlas de té como correveidile, como mención pasajera, como alusión a un Madrid intelectual al que no teníamos acceso desde las salitas de los palacetes que poseían las amistades de mi madrina. Aquella reunión era denominada por el propio don Ramón como «Sagrada Cripta del Pombo» y sus recurrentes componentes habían sido bautizados como *pombianos*.

La estancia que utilizaban era la más apartada de todas. En ella, las mesas de mármol, los divanes y las sillas daban soporte a los presentes, quienes debatían sobre cualquier aspecto reseñable de la coyuntura que nos rodeaba en aquellos días. La entrega de aquellos escritores, pintores, artistas era indiscutible e inenarrable. Las paredes, color crema, tenían una única decoración, unas líneas de color dorado que formaban marcos vacíos. En una de ellas, un enorme cuadro en el que estaba representada aquella genuina tertulia hacía que te sumieras en una suerte de bucle infinito entre la brocha y la realidad.

Uno de ellos se acercó a nosotros, afable, y nos saludó.

—Lo pintó don José Gutiérrez-Solana, el que ve ahí sentado —me dijo.

Mi recién estrenado amigo era joven, apenas sobrepasaba la treintena, y podría describirse como un hombre galante. Se llamaba don Tomás Borrás. Al descubrir que era la primera vez que yo acudía al café, se ofreció a enseñarme las distintas zonas que lo conformaban. Me contó que abajo era donde almacenaban las barricas de ron, que arriba vivía el dueño, «el cura de la cripta» como decían, y que el cordón de seda roja, situado al lado del mostrador, era el «tirador de la campanilla de la Providencia... Por aquí se

llama al cielo, señor Liébana». Viendo el tono guasón, me relajé.

Al término de nuestra visita, me uní a Pascal, que ya había dejado su abrigo y su sombrero en uno de los percheros. Lo imité y me senté a su lado. Entonces, don Ramón me pasó un grueso libro.

—Deje su firma, don Pedro. Así lo incluiremos entre los que han pasado alguna vez por aquí—me indicó.

Abrí aquel tomo, aquella biblia de recuerdos, de firmas, de visitas, de amigos. Entre los nombres que flotaban en aquella superficie blanquecina, grabados con tinta, estaban don Eugenio D'Ors, Gerardo de Diego, Luis Araquistáin, Ramón María del Valle-Inclán o Rafael Romero-Calvet. Luché por que aquella avalancha de reconocidas firmas no enturbiara mi trazo y añadí aquel falso pseudónimo, ante la atenta mirada de Pascal.

—Muchos de los que ve ahí, señor Liébana, no han vuelto. Quizá se pierdan, cada sábado, por el camino, atraídos por entretenimientos más ilustres —me explicó don Ramón—. Después, regresan un día, no más importante que otro... Pero esta tertulia es mucho más que un divertimento pasajero, es donde uno puede expresar todo aquello que no ha manifestado durante la semana. Es un alivio, un antídoto para la vida real.

—Apuesto a que, cada sábado, será un auténtico desfile de hombres inteligentes... —opiné.

—No se crea todo lo que ve. Aquí no estamos los más inteligentes —me corrigió—. Aún no sé por qué le permito la entrada a este franchute. Aunque he de decir que es usted de trato más fácil que los señores Delaunay...

Pascal se rio con la broma. Tras esto, me dejé llevar por las ocurrencias y comentarios que aportaban los presentes. Algunos de ellos me resultaban familiares, como si también hubieran formado parte de la escena que se dibujaba tras la rejilla de la despensa. Otros eran desconocidos. Había un hombre que, con gesto estirado aunque no altivo, me observaba desde su asiento. Otro, de corbata vistosa, no paraba de dibujar, mientras que el de su lado jugueteaba con los terroncitos de azúcar y se los iba comiendo a trocitos.

Atendí el modo en que su coloquio viajaba por distintos asuntos, con grandes toques de sarcasmo e incluso de absurdo. Creaban sátiras orales sin despeinarse. También Pascal participaba. ¡Cuánto difería aquello de la situación en casa de los De Lucca! Con todos hablando basándose en prejuicios, recitando opiniones recicladas, ocultando verdades por miedo al rechazo. Entonces, reflexioné sobre algo mientras dejaba que aquellos

señores continuaran con su divertido diálogo, custodiado por los abandonados gabanes y los atendidos vasos. ¿Qué diantres habría llevado a un hombre como don Ramón Gómez de la Serna o los demás a la casona? ¿Mi madrina gustaba de relacionarse con ellos? ¿Por qué tenía la impresión de que aquello no era del todo usual, de que Manuela Montero guardaba un secreto que explicaba el porqué de aquellas reuniones de los jueves?

—Juguemos a algo, señores —propuso uno.

—¿Quieren jugar a las cartas? —pregunté, incrédula.

—No, no, señor Liébana. Aquí no amenizamos la velada con distracciones tan sosas — me indicó don Ramón—. ¿Conoce el juego del cerdo ciego?

Hice memoria. ¿Sabía de qué me hablaban? No, estaba convencida de que no. Negué con la cabeza.

—Eso está bien. El cerdo ciego es muy *pombiano*. Verá, la dinámica es la siguiente. El participante debe taparse los ojos e intentar dibujar un cerdo sin separar el lápiz del papel. Solo puede hacerlo al final para situar el ojo en el punto exacto.

Asentí.

—En realidad es una treta para obtener grandes obras de arte. Dentro de unos años haré una exposición con todos los cerdos que han ido dibujando aquí —aseguró don Ramón.

—Sin duda será la exhibición más rentable de la historia —opinó Pascal.

—¿Quién quiere comenzar? —preguntó el hombre que dibujaba, que sostenía un lápiz entre los dedos a la espera de que el primer valiente se lo arrebataste.

—Yo lo haré —me ofrecí, brava.

—De acuerdo, señor Liébana. Adelante.

Taparon mis ojos, momento en que temí perder alguno de mis complementos. Después agarré el lápiz, tratando de resolver qué modo sería el idóneo para que aquella obra de arte fuera decente. En mi imaginación, las líneas iban formando la silueta del gorrino, pero las carcajadas que se escuchaban, más allá de la oscuridad, ponían de manifiesto que el resultado estaba siendo bastante cómico. Pascal me animaba entre risas.

—Venga, Liébana, que solo le queda el rabo —me indicó.

Ya no sabía ni por dónde había pasado la punta del lápiz.

—¡Parece un perro! —gritó uno.

—¡Miren, miren el rabo!

Continué con aquella proeza hasta que me figuré que ya estaba terminado.

—¡Ahora el ojo! ¡No olvide el ojo, don Pedro!

Cierto. Me mordí el labio.

—¡Aquí! —decidí.

—¡Se lo ha puesto en el trasero! —exclamó otro.

Todos reían a coro. Y la verdad es que, al descubrir mis ojos, yo también comencé a hacerlo. Mi dibujo carecía de similitudes con lo que debiera ser un cerdo. Tenían razón, parecía un perro..., un perro cojo al que le faltaban patas.

—Miren las orejas, son enormes —señaló Pascal, divertido.

—Quizá deba probarlo usted —propuse, desafiante, ofreciéndole el lápiz como testigo.

Pascal, con aquella serenidad que siempre lo acompañaba, asintió. Cubrieron sus ojos y se dispuso a ello. Entonces comprendí el chiste del juego. Observar cómo el susodicho trataba de representar al animal, inseguro, pasando varias veces por el mismo sitio, deformándolo mientras pretendía mejorarlo, era muy entretenido. Algunos susurraban, buscando parecidos surrealistas, intentando averiguar dónde situaría el ojo del cerdo. Otros le animaban, creyendo que así estaría más acertado en el boceto. Cuando Pascal terminó, don Ramón agarró el papel y le dijo:

—Pascal, le he presentado como el francés que mejor habla español...

—Sí, don Ramón —afirmó el otro, destapando sus ojos.

—Entonces, ¿me puede explicar por qué ha dibujado una vaca?

Empecé a reírme. Era horrible. Pascal me dio un codazo.

—Lo siento, lo siento. Es que tiene usted un don para dibujar —espeté, sin poder parar de reír.

—Muy gracioso —respondió él.

—No se aflijan, muchachos, creo que ambos comparten la habilidad para expresarse con palabras a cambio de una nula capacidad para el arte. Guardaremos los dos cerdos a buen recaudo —nos indicó mientras los cogía.

Llegó el turno de otro, entre cafés y copas, risas y comentarios. Lo estaba pasando en grande. No recordaba haberme reído tanto en años. Al ir entrando en calor, fui opinando y conversando con unos y con otros. Descubrí sus nombres, sus pasiones. Si hubieran sabido que hablaban con una dama de aquellas que pasean, que acuden al Apolo, que no parecen tener aspiraciones... En un momento dado, intenté sonsacar información a don

Ramón acerca de doña Carmen de Burgos, pues era sabido que eran «amigos cercanos» —y mucho—. No obstante, mis tanteos no surtieron efecto.

—Mi Colombine... Qué mujer más sabia y qué pocas hay como ella.

Fue lo único que me comentó. Después, me relató los inicios de la tertulia, de los que ya había publicado un libro llamado *Pombo*. Me animó para que me centrara en redactar una novela.

—Siendo periodista nadie lo recordará, muchacho. Ya se lo dije el otro día al rufián de Pascal —valoró.

¿Un libro? Si supiera los quebraderos de cabeza que me daba escribir en un periódico, no pensaría de igual modo. Una novela eran palabras mayores.

Al dar las dos en sendos relojes del café, el camarero, al que llamaban Pepe, comenzó a anunciar que debíamos abandonar el local. Los tertulianos, perezosos, rabiosos de tener que renunciar a aquella estancia hasta el próximo sábado, tardaron en reaccionar. Fuimos desnudando los percheros y los divanes, preparándonos para recibir el frío de aquella madrugada de noviembre. Una vez fuera, todo lo que allí se había comentado, lo vivido, estaba únicamente custodiado por nuestra memoria, última responsable de retenerlo u olvidarlo. Mi mente y mi cuerpo aún seguían riendo cuando caminamos hasta la Puerta del Sol, lugar en donde nuestros caminos se separaron.

De ese modo, lo que antes había sido diálogo entrelazado se convirtió en adiós y en silencio. Excitada por la cantidad de escritores, periodistas, pintores e intelectuales que había conocido, fui compartiendo mis impresiones con Pascal mientras caminábamos hacia alguna parte. Ambos estábamos algo afectados por los tragos y la energía desprendida en el tiempo en que habíamos permanecido en aquella fabulosa cripta. Recordamos las ingeniosidades, como aquellos dos ancianos que rememoran sus años de gloria, a carcajada limpia, con permiso de los vecinos. De pronto, y en medio de aquella conversación, pasaron las burras de leche y el aguador, con aquel pesado tonel sobre el hombro.

Pascal me contó, entonces, cómo había conocido la tertulia del café Pombo. Al parecer, en La Sorbona, había conocido al escritor francés don Jean Cassou. Como él, tenía raíces francesas y españolas a partes iguales, por lo que les fue sencillo convertirse en amigos. En uno de sus viajes a Madrid, Cassou había visitado la tertulia *pombiana* y, al ser destinado Pascal a la capital, no había dudado en recomendarle que acudiera algún sábado. Al

principio, Pascal, sobrepassado por sus nuevas circunstancias y obligaciones, no había hallado el momento adecuado, pero, tras el verano, se había convertido en un adepto de aquel café escondido entre las tiendecillas de la calle Carretas.

Sin saber muy bien cómo, terminamos sentados en uno de los bordillos de la plaza de la Villa, con la Casa de la Villa al frente. Todo en aquella plazuela tenía un cierto aire de medievo, de antiguo. A un lado, la casa de los Lujanes, discreta, asistía a nuestro coloquio, en el que Pascal estaba más entregado que nunca. Me narró algunas de sus peripecias como corresponsal en Berlín o en Bruselas. Y, después, para mi asombro, me empezó a hablar de su familia. En la chaqueta, protegida por aquel espeso abrigo, guardaba una cartera en la que habitaban sus más valiosos recuerdos: dos fotografías.

—Esta es mi madre, Marguerite Pascal. No he conocido a nadie más valiente que ella. Cuando murió mi padre, apenas se dio tiempo para digerirlo. Tomó las riendas por nosotros y nos sacó adelante. Con ayuda de mis abuelos, *évidemment*. Ellos suplieron la falta de mi padre desde que tengo uso de razón —me contó—. Y estas dos son mis hermanas pequeñas, Lucille y Silvie. Lucille es terca como una mula y protectora con madre. Y Silvie habita en otro mundo. Ahora dice que quiere ser pintora...

Mis ojos verdes observaron a Pascal tras las lentes que borraban mi identidad. Sentí pena por él. Extrañaba a su familia. Se veía que las amaba incondicionalmente. La ternura con la que las recordaba me transmitió una sensación de candor, de bondad, que me agradó.

—Tiene una familia muy bella, Pascal. Tiene mucha suerte.

—Lo sé. —Hizo una pausa—. Por eso haría cualquier cosa para protegerlas. Sería incluso capaz de matar por ellas. Y si sé que alguien puede lastimarlas, iría hasta el mismo infierno a buscarlo solo para asegurarme de que no sale de ahí jamás —me confesó con rabia.

Su odio invisible me asustó. ¿A quién temía tanto Olivier Pascal? De pronto, sus facciones dejaron de estar tensas y volvieron a esbozar una sonrisa.

—Bueno, y dígame, ¿usted no tiene algún retrato de sus padres o de sus hermanos? Comentó que eran muchos, ¿no? —se interesó mientras retornaba las fotografías a su escondite.

—No, no tengo ninguna. No me gustan las instantáneas y menos llevarlas encima.

—No es tampoco usted muy amigo de hablar sobre su vida en Barcelona... Cualquiera diría que oculta algo, señor Liébana.

—¿Yo? No conjeture, señor Pascal. Soy mucho menos interesante de lo que cree —contesté nerviosa.

—Tanto usted como yo sabemos que eso no es verdad. Pero algún día lo emborracharé para que me cuente todos sus secretos. Delo por hecho.

Pascal se había levantado y me tendió la mano para ayudarme a incorporarme. Aquella mano fuerte y suave... Rehusé su ofrecimiento con una amable negativa. Me coloqué el bombín. A mitad de camino hacia la Puerta del Sol, Pascal frenó.

—Aquí me quedo yo —me indicó—. Vivo ahí.

Estábamos en la plaza del Conde de Barajas. Mi acompañante me señaló uno de los edificios. Era una de aquellas casas centenarias del centro de la ciudad, con buhardillas coronando sus fachadas y pequeños balcones que evitaban que las ventanas cayeran por el precipicio. Pascal vivía en la última planta, según me había dicho. Antes de irse, se interesó por la localización de mi alojamiento. No tenía sentido ocultarlo, pues él me acababa de mostrar el suyo, así que me inventé que era un hostel situado en la esquina de la calle don Ramón de la Cruz con la calle Lagasca. Cansado, se despidió con uno de aquellos golpes en la espalda que todos los hombres entendían como muestra de afecto y desapareció en el portal, situado en la calle homónima. Yo, que ya me había acostumbrado a deambular en la noche con mi disfraz, le conferí el poder a mis pasos, otorgándoles la potestad de escoger el mejor trayecto hasta la casona.

Los diálogos de aquella dilatada velada se recreaban en mi cabeza, sirviéndome de banda sonora, mientras dejaba atrás las callejuelas más castizas. Sin embargo, extraños sonidos reaparecieron en aquella despiadada y fría noche. Esta vez, eran pasos sigilosos que solo se oían cuando yo avanzaba. Intenté mantener la calma y busqué el itinerario más directo a la Puerta del Sol. Intuía que estaba siendo observada y sin nadie que me diera cobijo para evitar que mi perseguidor llegara a casa de mi madrina, inicié mi huida. Me adentré en el barrio de las Letras, encomendándome a las almas de los literatos que tal vez seguían deambulando por las calles que los vieron escribir. A la altura de la calle Santa María, encontré un portal entrecerrado sin sereno al acecho y me perdí en su interior. Aguardé allí, entre las sombras. De reojo, identifiqué una figura con sombrero que se detenía frente

a la puerta del bloque de pisos que se había convertido en mi guarida momentánea. No alcancé a ver nada más que su cigarrillo cayendo sobre el pavimento, abandonado por unos pasos a los que se les había terminado la paciencia. Al menos, por aquella noche.

Con motivo de la enorme presión a la que habíamos estado sometidos en los últimos meses, don Ernesto acertó en proponer que fuéramos a pasar un par de días, aprovechando el descanso dominical, a la casa que los señores Rodríguez de Aranda tenían en la sierra. Para la ocasión, había convidado a los señores Ballester, a la familia De Lucca, a los señores Salamanca-Trillo, a mi madrina y a mí. Aburrida por la ausencia de Francisco, que seguía en Mánchester, no dudé en aceptar la invitación.

—Venga, Elisa, que don Ernesto y doña Cristina deben de estar al llegar — me recordó doña Pilar, que trataba de cerrar mi equipaje sin lesionarse.

Un grito histérico de mi madrina dio por finalizado el desfile de *cloches* y capelinas. Bajé las escaleras, al trote. Iba a ser una delicia el poder desconectar de todas mis conspiraciones, de don Pedro Liébana y de quienquiera que fuera el que vigilaba mis pasos. Sacudí la cabeza, intentando olvidar aquellos pensamientos que me atormentaban y asustaban, y me reuní con mi madrina. Don Ernesto, cálido ser humano y mejor anfitrión, se había bajado del vehículo para recibirnos. Primero saludó a mi madrina. Después, a mí. Nos abrió la puerta, desoyendo el ofrecimiento de su cochero, al que pagaban por aquel servicio, y nos instó a entrar. Cuando me hube acomodado, alcé la vista para saludar a doña Cristina. Sin embargo, en aquel transporte había otro viajero más.

—Señor Pascal, ¿usted también nos acompañará? —preguntó mi madrina, bastante más hábil que yo en la gestión de la sorpresa.

—Sí, doña Manuela. Olvidé decirles que el señor Pascal también pasará estos días con nosotros.

—La verdad es que me hubiera arrepentido de no poder pasar estos días con ustedes. No imagino un mejor modo de disfrutar del final de la semana —afirmó él.

—Nosotros también habríamos lamentado no poder contar con su presencia. Estoy convencida de que será mucho más divertido con sus

historias y su grata compañía —aseguró la buena de doña Cristina.

—Por supuesto, mucho más divertido —añadió mi madrina entre dientes, tal como hacía siempre que no estaba de acuerdo con la opinión expresada.

Puse los ojos en blanco. Mi objetivo era alejarme de la ciudad y de sus intrigas, por lo que la asistencia del periodista francés suponía un grave contratiempo en mis planes. Sin que nadie se percatara, me enfurruñé en mi asiento, aparté la cortinilla y escogí al paisaje como única compañía en el trayecto. De fondo, escuchaba las conversaciones del resto de pasajeros. Estas oscilaban entre las promesas de actividades, en aquel futuro compartido, y los recuerdos de los señores Rodríguez de Aranda de un pasado inaccesible. Centrarón su atención en antiguas anécdotas que la pequeña Elisa había protagonizado aquí y allá.

—Me acuerdo de su muñequita, esa tan bonita de porcelana que siempre llevaba a todos lados. Ay, ¿cómo la llamabas? —comentó doña Cristina.

Solté la cortina.

—No lo recuerdo. ¿Qué más da cómo se llamara? Hace años que desconozco su paradero —mentí, para dar por zanjada aquella regresión.

Poco a poco, la capital nos fue abandonando para dar paso a las dehesas, los horizontes montañosos, los valles de color verdoso, los pastos, las fincas de ganaderos, las laderas de piedra granítica... El sendero nos esperaba, dejaba que rodásemos por él, que lo usáramos como puerta hacia nuestro destino. Los árboles nos iban abrazando, nos protegían y acechaban en nuestro avance. Y, al final, la memoria empezó a tomar el control de mis ojos. Veían más allá de la calzada, de las casas y las gentes del pueblo. Todo ello se entremezclaba con lo que quedaba de lo que observaron por primera vez, muchos años atrás. No pude evitar sonreír.

El vehículo frenó delante de la villa de los señores, que quedaba oculta tras una elevada valla y algunas coníferas. Todo seguía igual. Los muros de piedra grisácea, el vasto jardín de estilo inglés rodeando la casa, el porche con muebles de mimbre que miraban hacia ninguna parte, las sólidas chimeneas despuntando hacia el cielo, las ventanas con puertas de madera de caoba y el viento serrano acariciando la hierba recién cortada. Una vez dentro de la propiedad, el cochero se encargó de abrirnos la puerta y de darnos la bienvenida. Maravillada por aquel reencuentro, admiré cada pormenor del paisaje que se presentaba ante mí, con las cumbres nevadas a lo lejos dándome permiso. Llené los pulmones con aquel frescor puro y

reconfortante.

—Vamos, señores, vayamos adentro mientras llegan los demás invitados —nos indicó don Ernesto.

—La verdad es que el gusto de los señores es innegable —opinó Pascal, que, a mi lado, también repasaba los detalles del exterior de la vivienda.

—Sí... No ha cambiado en todos estos años —le conté.

En la planta baja, se encontraba el salón principal, un comedor, una salita para el café y la cocina. Las estancias eran bastante más pequeñas que las de su palacete de la calle Lista, pero la decoración respiraba una especie de gusto común, aunque algo más fresco y moderno allí. Todas las salas bebían de la luz y los olores del jardín, que asediaba la casa gracias a los amplios ventanales. Frente a la puerta principal, y tras cruzar el *hall*, una escalera daba paso a la planta superior, donde estaban las habitaciones. Doña Cristina, previsora, nos había distribuido en las distintas alcobas y así nos lo fue comunicando a medida que todos fuimos arribando. En cada cuarto cobraba protagonismo un color. El mío, con cortinas color salmón y una bonita colcha de flores cubriendo el lecho, disponía de una iluminación envidiada por el resto de aposentos.

A las once en punto ya estábamos todos instalados. Fue entonces cuando don Ernesto mandó que nos informaran de que iríamos a dar un paseo por el bosque. Indiqué a la doncella que me atendía que me sacara el vestido más adecuado para esa actividad.

Estaba terminando de cepillarme el pelo cuando, de golpe, Benedetta irrumpió en mi cuarto. Se acercó y me abrazó. Hacía varias semanas que no nos veíamos. Yo estaba bastante inaccesible por lo general, pero ella se había centrado en su relación con el alférez Roca, olvidando reunirse con Catalina y conmigo. Parloteaba como una loca, probándose algunos de mis pendientes frente al espejo, narrándome sus últimos avances, sus últimos bailes, sus recientes sospechas sobre una inminente pedida de mano. Sin embargo, aburrida de todas aquellas suposiciones vacías con las que las jovencitas casaderas solíamos llenar las conversaciones, me aproximé a la ventana, fingiendo que la escuchaba. Tras las cortinas, descubrí a Pascal sentado en una de las sillas de mimbre del jardín que había trasladado al césped. Leía un libro, relajado, con un cigarrillo danzando entre su boca y la ignorancia.

—¿Qué observas? —se interesó mi amiga, consciente de que había renunciado a nuestra charla—. Oh, el señor Pascal. No sabía que vendría...

—Me puso la mano en el hombro—. ¿Estás preocupada?

—No. Mientras no se acerque demasiado a mí, no hay peligro.

—Pues eso solo depende de ti.

Tenía razón. Mi querida y dulce Benedetta. Pero qué complejo podía ser lograrlo, máxime teniendo en cuenta la retorcida insistencia por ser amable conmigo que él tenía. Durante aquel paseo campestre, en el que el sol dio tregua a las bajas temperaturas de noviembre, rememoré con don Ernesto y doña Cristina nuestros antiguos recorridos por aquellos mismos lares, cobijados por la frondosidad sobre nuestras cabezas y amenazados por la irregularidad del terreno bajo nuestros pies. Mis botas iban sorteando, con gracia, todos los desniveles. El anfitrión empezó a impartir una lección magistral a los presentes acerca del tipo de vegetación de la zona, las poblaciones cercanas y las historias y leyendas que habitaban entre los árboles. Mi madrina murmuraba su total animadversión por aquella clase de paseos y charlaba con doña Concepción, también de preferencias urbanitas. Pascal se puso a mi lado.

—¿Sabe qué? Siempre he pensado que la vegetación hace más semejantes los distintos territorios y países. Creo que si me abstrajera por completo, podría pensar que estoy en Francia. ¿No lo piensa? ¿Lo ha reflexionado alguna vez? —Continué con mi silencio, última carta de la baraja que podía usar en aquella partida. No obstante, lejos de conseguir que se alejara, se paró y, resentido, me recriminó—: ¿He hecho algo que la haya ofendido, señorita Montero?

Deseaba que me dejara en paz, pero no quería montar una escena. Si mi madrina o don Ernesto descubrían cómo me estaba comportando con el señor Pascal, se disgustarían.

—¿Por qué dice eso? —dije, en voz baja.

—Bueno, desde que la conocí, nunca se ha mostrado cortés conmigo. Al principio, pensé que era una de esas personas que tienen una suerte de odio patológico a los extranjeros; después que no había sabido tratarla..., pero por más que me esfuerzo en ser agradable con usted, solo recibo malas contestaciones.

Bajé la vista. Sí se había percatado de mis desplantes.

—No le dé tantas vueltas a su relación conmigo, señor Pascal. No me agrada intimar con periodistas ni gente como usted. Ya sabe, prefiero mantener las distancias. Aunque sea buen amigo de don Ernesto, eso no lo

convierte, en absoluto, en amigo mío —espeté, tomando de nuevo el control de la situación.

No me contestó, pero permaneció quieto.

—¿Se piensa quedar ahí parado todo el día? —pregunté irritada.

—Usted dirá lo que quiera, pero para no gustarle tratar con gente como yo, no la vi muy incómoda cuando tuvo que bailar conmigo en la fiesta de don Ernesto. E incluso recuerdo verla sonreír. Quizá lo que le ocurre es que teme no detestar estar en compañía de un periodista —señaló su orgullo, reanudando el paso.

—¿Disculpe? ¿Cómo se atreve a insinuar...? Soy una mujer felizmente prometida que no necesita bailar con ningún gacetillero de medio pelo. Es usted un miserable y un vanidoso.

—¿Vanidoso yo? La que está menospreciando es usted, señorita Montero.

—No le estoy menospreciando. Pero no me culpe por tener claro con quién me gusta relacionarme.

La respuesta no se produjo y aquello me dio tregua para mirar al frente. ¿Dónde estaban los demás?

—Estupendo, nos hemos quedado atrás por su culpa. Dé gracias a que conozco el camino de vuelta —le indiqué molesta.

—¿Usted nunca tiene la culpa de nada? Bendita paciencia la de su feliz prometido...

Continuamos con el paseo, en silencio. No quería seguir discutiendo. Principalmente, porque no podía revelarles los motivos reales por los que lo aborrecía. En aquel debate, Pedro Liébana era un total forastero, por lo que solo podía ceñirme a escupir sobre su oficio al que, por otro lado, yo amaba desesperadamente. Para no aburrirme, jugaba a dar pataditas a los guijarros que me encontraba. Contemplaba los lagos cerúleos que se creaban entre las copas de los árboles e intentaba identificar a algún cervatillo agazapado en la maleza, al tiempo que recordaba el itinerario. No obstante, el transcurrir de los años había modificado algunos aspectos del bosque. Así, cuando pasamos las dos rocas con forma de dragón y el río apareció ante nosotros, también lo hizo el destruido puente de madera por el que solíamos cruzar.

—No puede ser...

—¿Qué sucede? —se interesó Pascal, que jugueteaba con una rama.

—El puente. Está destrozado —le señalé.

—¿Y hay que cruzar?

Lo miré, obligándole a que él mismo llegase a la conclusión.

—De acuerdo, hay que cruzar... Bueno, no hay problema. Lo haremos por las rocas. Mire, en esto me equivocaba. La vegetación no siempre se asemeja, porque si esto nos hubiera ocurrido en Francia, tendríamos un grave problema.

Nos aproximamos a la orilla. Pascal, confiado, se ofreció para ser el primero e ir escogiendo las piedras menos movedizas. Yo recogí la falda de mi vestido y contemplé sus movimientos para imitarlos. En el salto de una roca a otra perdí el equilibrio, pero él, que ya estaba en el otro extremo, agarró mi mano con fuerza. Aún molesta por nuestra discusión, dejé que mi prepotencia tomara el control de mi boca, a sabiendas de que lo lamentaría.

—No hace falta que me ayude. Soy perfectamente capaz de hacerlo sola — afirmé.

El francés, cansado de mi repudio, soltó mi mano sin previo aviso. Lógicamente, y dada mi escasa estabilidad, no estaba en condiciones de que me abandonara, así que mi pie venció por completo y la gravedad hizo el resto. El agua gélida del río me rodeó, impregnando mis ropas, mi pelo, mi piel. Fruncí el ceño y expresé, con el gesto de mi cara, lo mucho que lo odiaba en aquel instante.

—No diga que no se lo avisé... ¿Seguimos? —me propuso, sin hacer amago de contribuir a que me levantara.

Indignada, me incorporé y, empapada, reanudé con ligereza el trayecto. Cuando entramos de nuevo a la villa, todos nos preguntaron dónde diantres habíamos estado. No obstante, al ver mi aspecto, el asombro secuestró sus ojos.

—Vete a cambiar, querida, vas a coger una pulmonía —me recomendó doña Cristina. Benedetta, absorta, tuvo tiempo de susurrarme:

—Menos mal que no ibas a acercarte a él.

Estaba rabiosa, colérica y congelada. Subí airada las escaleras. Una muchacha corrió a prepararme un baño de agua caliente, siguiendo las indicaciones de la señora. Me senté agotada en la cama. Miraba hacia la ventana sin prestar atención a la doncella, que revoloteaba desde la puerta, detrás de mí, al baño.

—Señorita Montero, me ha dicho la señora que se quite esas ropas y me las dé para que se las lavemos y estén listas para mañana cuando se marchen. Pasaré a recogerlas cuando se haya metido en la bañera —me explicó la

empleada.

Asentí. Empecé a desatarme las botas, que aprisionaban mis pies de un modo desagradable. Continué con las medias, que descubrieron mis piernas. Toqué mi cabello. Olía a cloaca. Resoplé. El calor de las chimeneas de la casa iba alejando el frío de mí. Al desabrochar el primer botón trasero del vestido, un tímido sonido se coló por la puerta entornada de la alcoba. Sabía que era él. Probablemente venía para disculparse. O puede que solo pasara por allí de camino a su cuarto. Sin embargo, no me detuve para atenderlo. Proseguí con mi tarea y terminé de liberar el segundo botón. Un inexplicable huracán se hizo con el poder, usando mis manos como vehículo para manifestar sus designios. Así, me deshice de toda mi ropa con cuidado, conocedora de que mi espalda desnuda tenía un testigo. No me importaba. Deseaba mostrarle cómo era yo, sin máscaras ni disfraces. No era su amigo, aunque en ocasiones se lo pareciera, no era un periodista menudo, no era un joven con demasiado bigote y lentes horribles... Era una mujer, con mi delicadeza, mis modales, mis curvas y todos los atributos al intelecto que, día tras día, le regalaban a mi *alter ego*. Mi descaro no finalizó ahí. Un último grito, procedente de lo más profundo de mi alma, confusa y rebelde, me llevó a girar la cara sutilmente, interceptando a aquellos ojos que me admiraban tras el umbral, informándoles de que sabía que me observaban y que, por aquella vez, les había dado permiso. Al meterme en la bañera, la serenidad fue regresando a mí. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué me sentía de aquella forma tan extraña?

Cuando las damas nos habíamos retirado a tomar el café en la salita después de la comida, una doncella entró y avisó a doña Cristina de que alguien había llamado por teléfono.

—Elisa, querida, debes atender un recado —me comunicó.

Mi madrina contempló, sorprendida, cómo salía del gabinete. Al coger el auricular, la voz inconfundible de Francisco me relajó. ¡Cómo lo extrañaba! Quizá aquel era todo el problema. El germen de mi aturdimiento momentáneo. Eran buenas noticias. Había llegado a Madrid aquella misma mañana. Quise prometerle que pediría permiso para reunirme con él aquella noche, pero comprensivo, me instó a que terminara de disfrutar del retiro

junto a los señores Rodríguez de Aranda. Le indiqué que al día siguiente, por la tarde, estaríamos de regreso.

—Entonces no te preocupes, querida. Mañana, cuando volváis, pasaré a recogerte para llevarte a cenar al mejor restaurante de la ciudad. Además, me gustaría hablar contigo de varios temas para saber tu opinión —me comentó.

Mi confirmación cerró aquel diálogo y devolví el auricular al muchacho que aguardaba a mi lado. Estaba pletórica y así se lo hice saber a mis acompañantes. Francisco volvía a casa y ojalá fuera por un largo periodo de tiempo.

Tras la tertulia del café, Benedetta, doña Concepción, Pascal, don Ernesto, don Amancio y yo decidimos aprovechar los últimos rayos del sol en el jardín. Don Ernesto, como ya sabía, gran aficionado al *lawn tennis*, nos propuso jugar un *match* tranquilo y sin normas. Iba a negarme —debido a mi fatídica experiencia meses atrás—, pero mi amiga accedió, escogiéndome como pareja. Doña Concepción y Pascal paseaban por los alrededores hasta que decidieron sentarse en las sillas de mimbre y convertirse en espectadores de nuestro torneo.

—Elisa, querida, tienes que moverte más rápido si quieres darle a la pelota —me sugirió don Ernesto.

—Don Ernesto, ¿no le parece que la señorita Montero tiene la misma habilidad para el *lawn tennis* que Liébana? —dijo Pascal, que sostenía su maldito libro entre las manos.

Don Ernesto asintió y comenzó a reír, mas al ver mi cara, trató de contenerse.

—Sí, bueno, les hace falta práctica a ambos —concretó comedido.

Me giré hacia Pascal.

—No lo veo jugar, señor Pascal. ¿Quizá participó usted en las últimas olimpiadas y no nos quiere estropear la partida con su profesional revés?

Benedetta me hacía señas para que dejara de provocarlo. Pero desoí sus advertencias.

—Creo que se sentiría más cómoda jugando contra don Pedro Liébana. Así no perderían el ánimo ninguno de los dos..., aunque me figuro que sería el *match* más aburrido de la historia.

—Está bien. Le avisaré cuando lo juguemos. Así, quizá, usted pueda venir a amenizarlo como bufón.

—Bueno, muchachos, muchachos..., tranquilícense. La competitividad no

es buena —intervino don Amancio.

Le sonreí forzosamente, victoriosa, y continuamos con el partido. La luz del día nos fue dejando y, tras las montañas, se asomó la luna, acompañada por las centelleantes estrellas. Derrotados por el ejercicio, volvimos al interior de la casa.

En la cena, ya ataviados con mejores galas, permanecía el buen humor. Todos pidieron a Pascal que nos narrase sus aventuras extranjeras, a lo que él respondió con una historieta referente a una partida de palillos chinos con un inglés, un ruso y dos estadounidenses. Al parecer, aquello no había terminado bien, entre copas y apuestas, y habían acabado volando palillos en todas las direcciones del bar.

—Nos prohibieron la entrada para el resto de nuestra estancia —terminó.

—No hay nada mejor que una reyerta absurda para obtener una buena anécdota —señaló don Giancarlo.

—Y que lo diga —afirmó don Ernesto.

—Aunque ahora que voy a tener a un alférez como yerno, tendré que controlar con quién comparto mis aventuras de juventud —bromeó.

—Es cierto. Ya nos ha llegado la buena nueva de su prometedor relación, señorita Benedetta —comentó mi madrina—. ¿Tiene previsto el alférez Roca optar a algún cargo en el Directorio?

—Pues le gustaría hacer carrera política, sí. Aunque es pronto. Todos en el Ejército se están acostumbrando a la nueva situación y no quiere precipitarse. Pero el alférez es muy cercano a don Miguel Primo de Rivera, así que no le será difícil —respondió mi amiga.

—Que lo aproveche. Sí, señor. Uno tiene que saber con quién relacionarse —valoró doña Concepción.

—Espero que la boda de Benedetta dé ejemplo a sus hermanos. Quisiera ver a mis hijos mayores casarse antes de que lo hagan los pequeños —se quejó don Giancarlo.

No me daba la sensación de que los hijos mayores del señor De Lucca fueran a sentirse inspirados por su hermana pequeña. Elio vivía en Roma, se dedicaba a las leyes y, por lo pronto, no había enviado a la familia ninguna noticia sobre si había encontrado esposa, según me contaba Benedetta. Iacovo pretendía fingir modernidad y una vida bohemia de pintor en París. Al parecer, de tanto en tanto, recibían una misiva suya en la que combinaba unas líneas de amor a su padre con una solicitud de dinero urgente. Y Andrea

andaba por Londres trabajando de arquitecto. Él si parecía rondar a una muchacha, pero no había oficializado nada.

—Deles tiempo, padre —le pidió Benedetta.

—Sí, tenga en cuenta que ellos son hombres. Pueden esperar —señaló mi madrina.

—Correcto. Por lo que sé, tampoco el joven Pascal tiene intención alguna de pasar por vicaría. Debe de ser este nuevo siglo, que nos tiene a todos aturcidos —añadió don Ernesto.

—Pues es una verdadera lástima, señor Pascal —le aduló doña María Elena.

—Y dígame, señor Pascal, ¿están sus hermanas pequeñas comprometidas ya? —me interesé, bebiendo un sorbo de mi copa.

—Eh... No, no lo están —contestó algo confuso—. No que yo sepa —meditó un momento—. Pero he de admitir que me parece sorprendente que sepa que son menores que yo. No recuerdo haberlo mencionado.

Mis ojos se abrieron como platos y el vello de mi nuca se erizó. Era cierto. No se lo había contado a Elisa. Lo había compartido con Pedro Liébana en la plaza de la Villa. Di otro sorbo y, con disimulo, urdí una explicación que sonó a insulto sin pretenderlo.

—Bueno, ya sabe, usted tiene una seguridad, una suerte de engrimiento, muy común en hermanos mayores. Abren camino y eso les da pie a pensar que son los más sabios de todos. No es algo que se identifique en los hermanos menores, cuyo papel es aprender, seguir un camino ya hecho.

—Interesante... ¿Tiene usted hermanos, señorita Montero? —me dijo.

Fugazmente, miré a mi madrina, que me estaba taladrando con sus ojos. Aquella pregunta solo tenía una respuesta permitida para ella.

—No, no tengo —respondí.

—Ya me parecía a mí... —murmuró él.

—Esto me recuerda un tema de debate interesante. ¿Creen ustedes que lo que nos ocurre en la infancia nos influye en la persona en la que nos convertimos cuando somos adultos? —propuso don Amancio, que se peleaba con un trozo de pescado al margen del cruce múltiple de miradas.

—Bueno, muchas de las teorías del doctor Sigmund Freud están sustentadas en esa premisa, don Amancio. El doctor defiende que las bases del desarrollo de la personalidad se dan en la infancia. E incluso que es entonces cuando se tienen los primeros impulsos libidinosos —señaló don

Ernesto.

—Pamplinas... Yo apenas recuerdo qué pensaba cuando era un chiquillo. Bueno, sí, en divertirme con los otros muchachos —opinó don Tomás.

—Pues yo pienso que las ideas del doctor Freud tienen todo el sentido del mundo. La infancia es una época importante. De no tenerla, nos sentiríamos desorientados en la vida adulta. Con ella aprendemos muchas lecciones que después aplicamos en la praxis, llegado el caso —valoré, basándome en mis propias carencias al no recordar gran parte de las vivencias que habían configurado mis primeros años.

—Discrepo, señorita Montero. Para mí, mi infancia no tiene apenas valor. No creo que nada de lo que viví sea relevante hoy en día —me contradijo Pascal, que había abandonado sus pretensiones de simpatía para conmigo.

—Hijo, suena a que pasaste por algún episodio traumático... —intervino doña María Elena.

—No, solo que no me gusta recordar esa etapa de mi vida. Aunque, con sinceridad, hay momentos de los que ni siquiera me acuerdo.

—Yo tuve una infancia muy feliz —dijo doña Carmen.

—Pues es una verdadera lástima, señor Pascal. Yo creo que hay personas que uno conoce de niño que, misteriosamente, marcan su destino. Y no es justo que caigan en el olvido —respondí, rescatando a mis hermanos, a padre y, también, a aquel pobre chiquillo herido con el que había compartido juegos y al que había robado el nombre.

—Estoy de acuerdo con Elisa —me apoyó don Ernesto.

—Sí, es cierto —se sumó don Amancio.

—Yo tengo que dar la razón al señor Pascal. Considero que es muy beneficioso el saber a quién recordar y qué es mejor borrar de la mente. El pasado puede masacrar un futuro prometedor en un suspiro —me amenazó mi madrina.

Ya acostada, en la soledad de la noche, medité sobre aquel coloquio. El techo me miraba a los ojos, esperando a que me durmiera, pero no podía dejar de repasar todas mis discusiones con Pascal, mi baño en el río, sus peripecias en otros países, su capacidad para que todos lo adorasen... No era consciente, en absoluto, de que tras todos aquellos pedacitos de diálogos y actuaciones, ahora tornados en meras memorias, el personaje de Pedro Liébana había peligrado en más de una ocasión.

Por la mañana, dimos otro paseo. Durante las actividades que llenaron los

últimos momentos de nuestro retiro, me di cuenta de la esquivez con la que, ahora, me trataba Pascal. En realidad, era lo que andaba buscando con mi antipatía. Sí, era mejor así. Algo más relajada, opté por aprovechar aquellas horas para hablar con doña Cristina y dejar que me contara curiosidades de la zona. De vez en cuando, controlaba visualmente al francés, para cerciorarme de que todo seguía en orden. Después de la copiosa comida y del café, todos nos concentramos en preparar nuestro equipaje para que la oscuridad no nos sorprendiera en el camino de vuelta. Las bienvenidas se disolvieron en el adiós. Los árboles se fueron desvaneciendo, las cumbres se difuminaban, las verjas se cerraban y el sendero, puerta siempre abierta, nos devolvía a la realidad de la urbe. Ya no había laderas sino aceras; no nos rodeaba la vegetación sino los ladrillos; y el viento serrano se había quedado allá, guardando la casa y la hierba, hasta que decidiéramos volver a visitarlos.

Doña Pilar deshacía mi maleta mientras yo maquillaba mis mejillas y perfumaba mis muñecas. Francisco estaría al llegar. Entretanto, le narraba cómo había transcurrido la escapada a la sierra. Desde la ofuscación, le relaté mi percance en el río y lo miserable que podía llegar a ser aquel redactor parisino. Ella me atendía, quizá sacando sus propias conclusiones de mi acérrimo odio a Pascal, pero era demasiado prudente como para compartirlas en voz alta. Cuando salió de mi alcoba, habiendo terminado la tarea, me aconsejó: «A veces las apariencias engañan, Elisa. La primera impresión no siempre es la que cuenta..., ni siquiera con los sentimientos».

Descendí al *hall*. Don Severiano, atento, me indicó que Francisco me estaba esperando en el gabinete. Asentí con la cabeza y entré en la estancia. Allí estaba. Emocionada, corrí a abrazarlo. Me invitó a que nos sentáramos en el silloncito para que le contase qué tal lo había pasado en la montaña. Sin embargo, lejos de comenzar a contarle nada, aquel enigmático huracán de emociones volvió a adueñarse de mi conciencia. Me lancé a sus labios que, absortos, intentaron corresponderme. Después, mi boca bajó hasta su cuello, cegada por la pasión.

—Elisa, Elisa querida, para —me pidió.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Eso quisiera saber yo. Últimamente estás más impetuosa que de costumbre.

Me alejé, consciente de que mis actos no habían convencido a Francisco para que se dejara llevar.

—¿Ha de ocurrirme algo para tener ganas de amar a mi futuro marido?

—No, por supuesto que no. Ay, Elisa, querida. Si supieras cuánto deseo que seas mía completamente.

—Podría serlo ya...

—No, Elisa. Debemos ser cautos. —Su mano me acarició la cara y fue bajando por el cuello, por el brazo, por mi cintura... hasta detenerse, hasta recuperar la cordura—. Debemos ser cautos.

—Por eso deseo ser tu esposa cuanto antes, Francisco. No puedo esperar más. Estoy cansada de preparativos.

Bajó la vista.

—¿Por qué apartas la mirada, querido? ¿Qué ha sucedido?

—Verás, Elisa..., he regresado antes de Mánchester porque los ingleses han roto el acuerdo. Al parecer, la huelga y los cambios en la política española no les proporcionan la suficiente confianza. Hemos paralizado las obras y, bueno, debemos buscar nuevos socios en el país. Ya hemos colgado carteles en nuestras oficinas, no podemos dejar que la expansión en el Reino Unido sea un sueño incumplido.

—¿Y en qué afecta eso a nuestro compromiso? —pregunté asustada.

—Necesito un poco más de tiempo. —Comencé a negar con la cabeza—. Solo un año, querida. Debo seguir viajando continuamente y quiero que, cuando nos casemos, al menos esté consolidado nuestro crecimiento allí para poder dedicarte todo el tiempo del mundo.

No podía ser verdad. No podía serlo. Me levanté enfurecida.

—No, Francisco. Ni un día más. Hace tres años que estamos en relaciones. La gente va a pensar que no deseas casarte conmigo. ¡Voy a ser el hazmerreír de Madrid! He sido paciente, he esperado, pero nunca soy tu prioridad.

—Elisa, ¿crees que me importa algo lo que opinen los demás? Yo sé que quiero que seas mi esposa. Así lo demostré cuando pedí tu mano delante de todas nuestras amistades. Pero si deseas convertirte en la señora de De las Heras y Rosales, hay ciertos aspectos que debes asumir y uno de ellos es que las cuestiones del banco son indiscutibles.

—¡Al cuerno las cuestiones del banco! Son las que te alejan de mí día tras día.

—Claro, es muy sencillo para ti decir eso. Tú solo eres una chiquilla sin responsabilidades, que no sabe lo que es ganarse la vida, perseguir retos arriesgados ni luchar por hallar el equilibrio idóneo para satisfacer a la

familia y las ambiciones profesionales.

Podría habérselo contado todo en aquel instante para que comprendiera que no conocía aquella parte de mí. Contemplé a mi prometido con gesto de agotamiento. La rabia había conquistado todas las partes de mi cuerpo, pero, una vez más, quise ser la mujer madura que se casaría con él. Respiré hondo y me senté a su lado.

—Está bien, querido. Como tú digas... —acepté.

De aquel modo, nuestro enlace se pospuso hasta la primavera de 1925. Cuando mi madrina se enteró, no dudó en culparme. Estaba convencida de que había sido responsabilidad mía, de que era mi actitud la que estaba haciendo dudar a Francisco. Y quizá también era lo que se comentaba en los corrillos de la capital. «El soltero más cotizado aplaza su boda. Eso es que no está seguro», «Pobrecilla, no sabe cómo decirle que no quiere desposarse con ella», «Quizá cancele el enlace en unos meses. Y después de eso, esa pobre muchacha no encontrará marido en toda la península», «Dicen que es por cuestiones de la banca. Terminarán por casarse», «Estupideces».

El último mes del convulso 1923 pasó rápido. Lo inauguramos asistiendo al cierre de temporada de la zarzuela *Doña Francisquita*, que se estaba representando en el teatro Apolo desde octubre. En aquella ocasión, como en tantas otras en las que coincidí con Pascal como Elisa, quedó patente la recién iniciada ignorancia entre los dos. También en el periódico. Evitaba, en lo posible, dirigirse a mí cuando nos visitaba, recurriendo a la señora Idiazábal. De vez en cuando, nos cruzábamos, ya fuera visual o físicamente, a lo que respondíamos con rapidez, zambulléndonos en dirección contraria. Ambos habíamos llegado a la conclusión, tras nuestra accidentada convivencia, de que era mejor no dirigirnos la palabra. Pero lo cierto, y aunque él no lo supiera, es que no dejábamos de conversar cuando yo me convertía en su camarada, en Liébana. Un traje que me ponía con cautela, deseando no encontrarme de frente con las sombras que me acechaban.

Aquel sábado de finales de diciembre, tras asistir a la tertulia *pombiana*, nos dejamos embaucar por el popular ilustrador Luis Bagaría y otros y, ante la mirada incriminatoria de don Ramón —poco amigo de aquel lugar—, nos encaminamos a Los Gabrieles. Allí, decían, solía acudir el mismísimo don

Miguel Primo de Rivera, cuya campechanía era incontestable. No obstante, de aquella taberna también existía una llamativa rumorología en la que se mezclaba la indecencia, el juego y la vida alegre. Yo, que había adquirido la capacidad de mimetizarme entre los hombres, tenía curiosidad por visitar aquel local, situado en la calle de Echegaray —aquella que une la carrera de San Jerónimo con la calle del Prado y la calle de las Huertas—. Cuando entramos, sosteniendo entre los dientes lo poco que quedaba de nuestra tertulia, los anuncios de los azulejos lograron embriagarme. En el ambiente se mezclaban parroquianos de todo tipo, cuya juerga se desarrollaba al abrigo de la guitarra española, de los ritmos flamencos y el desgarrado cante. Nos sentamos en una de las mesas, en la que, inmediatamente, aterrizaron unos cuantos aguardientes. Ellos fueron los verdaderos artífices de la madrugada, moviendo nuestras lenguas cual marioneta y conformando divagaciones absurdas y bailes ridículos. Yo, consciente de mi vulnerabilidad ante aquellos licores, dejaba que mi vaso se vaciase poco a poco. Al menos, al principio.

—Le digo que usted tiene que dibujar para *El Demócrata*, Bagaría. Voy a hablar con don Ernesto Rodríguez de Aranda —le decía Pascal.

—Pero ¿si *El Demócrata* no tiene ilustraciones!

—Tanto da. Se lo recomendaré al director. Somos buenos amigos —explicó.

—Tampoco tanto —concreté yo.

—Lo que sí les digo es que *El Demócrata* necesita modernizarse. Es un absoluto tostón.

—Bueno, no es el mejor momento. —Miré a los lados—. Ahora no se puede hablar de Marruecos ni del nacionalismo catalán ni siquiera de que en Andalucía o en Murcia hace mucho calor porque, al parecer, atenta contra la buena imagen de la patria. ¡Es absurdo! Voy a terminar escribiendo sobre la reproducción de las reses —me quejé bajando el tono de voz.

—Vamos, Liébana, seguro que se le ocurre algún modo de sortear la censura. Usted tiene una habilidad especial para las metáforas. Leí su primera crónica, *El transcurrir del tren*. Un ejemplo magistral del lenguaje simbólico —me animó Pascal.

—Yo también la leí. Me gustó mucho su comparación. Aunque, por otra parte, no considero que sea su mejor escrito. De todos modos, no creo que mejore pronto la situación en la prensa. Por lo menos, antes se podían dejar espacios en blanco para que los lectores supieran que por ahí había pasado el

ojo del censor..., pero ya ni eso —señaló Bagaría, reivindicativo.

Era verdad. La situación política avanzaba hacia la estabilidad y habíamos recibido, por ello, al Directorio con los brazos abiertos. No obstante, la censura hacía incómodo nuestro trabajo y ponía contra las cuerdas nuestros escritos, que podían, en un tropiezo, comprometer el futuro del periódico y de nuestro empleo. Nuestros acompañantes, cansados de dialogar, se levantaron y comenzaron a bailar con un par de mozas. Pascal y yo continuábamos sentados, los dos solos. Entonces, una fugaz tentación apareció en mi mente. Era algo sobre lo que llevaba tiempo queriendo indagar. Y es que nuestros silencios cuando me creía una mujer no contribuían a que yo me hiciera una idea sobre qué pensaba realmente de mí, de Elisa. Terminé lo que quedaba de aguardiente en mi vaso y me lancé a investigar.

—El otro día fui a tomar café con Catalina y la señorita Elisa. Una joven encantadora, ¿no cree?

—No la describiría como encantadora —respondió Pascal, moviendo el líquido de su chato.

—¿No? ¿Por qué lo dice? —pregunté.

—Digamos que no estamos alineados en casi ninguna opinión. Y, además, siempre actúa con ese desdén, ese orgullo absurdo... Me parece una mujer con un carácter complicado. Lamento que don Francisco vaya a tener que aguantarla el resto de su vida.

Intenté contener mi asombro.

—¿Eso piensa de ella? —indagué.

—Es una joven de familia rica, obsesionada con su futura boda. Es innegable que su atractivo y su juventud le han abierto las puertas de la familia De las Heras y Rosales. Es lo que justifica la actitud de don Francisco, que la deja hacer y deshacer a su antojo. Y creo que por eso ella quiere desposarse con él. Porque es el único hombre en la faz de la tierra lo suficientemente ocupado como para ignorar sus quejas y satisfacer todos sus caprichos. Yo no podría soportar a una mujer como ella, que solo pide, pide y pide... Se nota que ha tenido una vida más que cómoda, que solo se limita a pasear por bailes y teatros con sus vestidos y que se aburre tanto que ha forzado a que don Ernesto deje que pase sus horas muertas en el periódico. Es decir, un ejemplo más de lo que yo decía: pide, pide y pide.

Me detestaba. Y aquel terrible esbozo era lo que ocupaba su mente cuando escuchaba mi nombre. Las lágrimas asomaron por mis ojos, pero conseguí

que frenaran. No había calibrado lo duro que podía ser escuchar cómo alguien te rechazaba de aquella forma. Quizá era lo que todos pensaban de mí. Incluso Francisco me veía como una jovencita despreocupada y mimada.

—Está claro que no le agrada en absoluto —concluí, sin levantar la vista.

—Solo habría un modo en el que podría atraerme una dama así. —Hizo una pausa dramática—. Que fuera muda.

Me hubiera levantado y le habría propinado un puñetazo en la nariz. Pero aquello no era propio de mi conducta. Al menos no hasta unos quince minutos más tarde...

—Hablando de damas... Aquella joven de ahí no le quita el ojo de encima —me indicó Pascal, señalando a una mujer que fumaba en una de las mesas cercanas a la barra.

—¿Qué me da si consigo camelarla? —me interesé, ofendida, buscando cualquier excusa para levantarme de aquella mesa.

—Pero ¿usted no está enamorado de la señorita Folch?

—Camelar y retozar son vocablos distintos —subrayé.

—De acuerdo. Veinte pesetas.

—¿Solo?

—Pero si no lo consigue, me las da usted a mí.

—Trato hecho.

—Está bien, cuarenta pesetas. Es mi última oferta.

—De acuerdo. —Me bebí su copa—. Mire y aprenda.

Lo abandoné con paso firme aunque algo condicionado por el alcohol. Pascal me observaba desde nuestro velador: «¿Ha dicho retozar?», preguntó a la nada mientras yo me alejaba. No tenía idea de cómo iba a ganar la apuesta. O quizá sí. Contaba con una gran ventaja y es que era una mujer. Me aclaré la voz y comencé a comportarme del modo en que mis amigas y yo habíamos descrito siempre al caballero galante que habría de cortejarnos. Distanciarme de las afiladas críticas de Pascal me proporcionó un necesario oxígeno en aquella noche. Cortésmente, pregunté a la susodicha si estaba ocupada la silla.

—Hasta hace un momento sí, pero puede hacerme compañía si lo desea —me respondió.

Aquello me dio la oportunidad de comenzar a charlar con ella. Halagué su elegancia y sus agraciadas facciones.

—Es usted una beldad, señorita. Qué delicia poder conversar con usted —

le dije.

La muchacha, poco a poco, fue cayendo presa de mi trampa, que hacía vencer la balanza a mi favor ante la estupefacción de Pascal. Tras un rato de amigable conversación, en la que no obvié contarle que era un conocido periodista de *El Demócrata de Madrid* y que había viajado por medio mundo, le sugerí que bailásemos. Confiada por mi concienzudo entrenamiento con Catalina para saber danzar como un varón, tendí la mano. La joven accedió, así que iniciamos nuestro baile al ritmo de las guitarras. Le sonreía de vez en cuando para mantener la magia que la tenía embelesada, pero, en secreto, recordaba las palabras de Pascal. Me apenaba profundamente lo que mis oídos habían escuchado. Volví a sonreír a la muchacha, habitante de un mundo paralelo al mío. Pero, entonces, alguien me agarró por detrás.

—¡Eh! ¡Retaco con lentes! ¿Qué demonios hace bailando con la señorita Diana? ¿Acaso le he dado yo permiso? —me gritó un mozo.

—Disculpe, desconocía que fuera propiedad de alguien —respondí con chulería.

—Está bailando con la novia del señor Antonio Mascarañas, el Cebra. Torero y virtuoso de la espada —me espetó uno de sus acompañantes.

Abrí los ojos como platos. ¿Qué quería decir con eso de la espada? No me veía capacitada para sobrevivir a un duelo. Miré alrededor y, sin saber muy bien por qué, cargué los nudillos con toda la frustración que llevaba acarreado y le di un golpe en la cara al tal Cebra. Evidentemente, aquello no iba a terminar así. Ellos creían que era un rufián, así que uno de los compinches reaccionó con furia para devolverme el porrazo mientras el matador se recuperaba del impacto, lloriqueando. No obstante, antes de que su puño rozara mi rostro, Pascal, que había estado observando toda la escena desde lejos, se interpuso entre los dos, forcejeando con mi contrincante. Yo me tapaba la boca con las manos, casi de igual modo en que lo hacía la señorita Diana. La lucha se centró en Pascal y el amigo del Cebra, que les llevó a tirar varias mesas y sillas ante las quejas del resto de clientes. Cayeron al suelo. Entonces, el torero, ya dueño de sus gemidos, cayó en la cuenta de que nadie me estaba sacudiendo a mí.

—¡A ese no, imbéciles! ¡Al de las lentes! ¡Es el de las lentes! —exclamó.

Asustada, comencé a correr en círculos por la taberna. Sorteaba a los músicos, a las parejas danzantes, a los borrachos unidos en matrimonio con las botellas, a los que animaban convertidos en público... Por suerte o por

desgracia, no esquivé a uno de los empleados del local, con cuya rolliza barriga topé de pleno.

—¡Están molestando a la clientela! ¡Fuera del local! ¡Fuera! —nos gritó.

Al estar yo a mano, fui la primera en abandonar el interior del bar con el pescuezo atrapado entre las regordetas manos del camarero. Después fueron saliendo el resto, posiblemente arrepentidos por el modo en que había terminado la noche. Mi amigo, que tenía la corbata desabrochada y cojeaba al caminar, quiso poner paz, una vez estuvimos todos en la calle.

—Señores, ha sido todo un malentendido. Ruego que nos disculpen. Creo que es mejor que lo dejemos así —musitó cansado.

Los otros tres caballeros se miraron y sonrieron. Habíamos hecho que los expulsaran del local. Estaban coléricos y no tenían nada más que hacer en aquella madrugada. No, no iban a dejarlo así.

—¡A por ellos! —gritó uno.

Nos dimos la vuelta y empezamos a correr con todas las fuerzas que nos quedaban. Pascal, que se había lesionado la pierna, daba saltos entre zancada y zancada, jurándome que no volvería a hacer una mísera apuesta conmigo. Recorrimos la calle de las Huertas hacia el oeste, en un suspiro, escuchando el *clap-clap* de los zapatos de nuestros enemigos por la espalda. Me estaba quedando sin respiración, pero Pascal me prohibía pararme. De pronto, al desembocar en la plaza de la Santa Cruz, justo donde estaba el taller de doña Alicia, dejamos de oír el chasquido de las suelas. Habíamos conseguido que se rindieran. Ante nosotros, pasó una dama de compañía, escoltada por dos caballeros de impecable gabán que reían con las ocurrencias de la señorita. Después, silencio.

—¿Está usted bien? —pregunté a Pascal, refiriéndome a su pierna.

—Lo estaré si no tengo que correr más por esta noche —me respondió.

—Bueno, creo que es evidente que he ganado la apuesta —apunté.

Pero Pascal no me escuchó. Frunció el ceño.

—Chsss —me chistó.

Me quedé callada e intenté detectar el origen de su mueca de preocupación. El zumbido de una mosca nos arrullaba en la lejanía hasta tomar forma, hasta convertirse en el rugido de un motor. Unos endiablados faros nos deslumbraron y una sola orden nos proporcionó la información que precisábamos:

—¡Ahí están, dale, dale!

—¡Sígueme! ¡Por aquí, Liébana!

No tuve dudas. Iniciamos aquella segunda etapa de nuestra cobarde huida. Ahora ya no eran unos *oxford* los que amenazaban nuestro cogote, sino que los feroces neumáticos eran nuestra nueva compañía y no parecían tener dudas sobre su objetivo. Menos veloz, fui siguiendo al francés, que se metió por callejuelas estrechas, evitando así que el vehículo nos alcanzara. Dimos un rodeo sin sentido, cruzando verjas y saltando tapias, hasta que regresamos a la calle, donde, misteriosamente, el coche nos interceptó. Ante la nula efectividad de aquella primera idea, Pascal y yo atravesamos la plaza Mayor y, al salir por el arco de Cuchilleros, me lanzó unas llaves.

—Tengo el coche allí. Pero tendrá que conducir usted —exclamó.

Las luces del otro vehículo volvieron a aparecer por la curva de la Cava de San Miguel. Con las llaves en las manos, me preguntaba cómo diablos podría explicarle a Pascal, tullido por mi culpa, que no había conducido un coche en mi vida. No, no había tiempo de justificaciones ni de sinceridad. Salté al asiento del conductor de aquel Peugeot verdoso. Desubicada, busqué el hueco en el que insertar la llave.

—Venga, Liébana. Que tenemos un poco de prisa —me dijo desesperado.

—Sí, sí, no se preocupe, está todo controlado.

Accioné el motor con el giro de la llave y empecé a pisar todos los pedales. «Liébana, se olvida de las marchas», «Liébana, pise ese pedal», «Liébana, Liébana, ¿qué hace? ¡Más lento!», «¡Está yendo en dirección contraria!». El volante era un arma en mis manos. Lo giraba a placer al tiempo que los pies iban dando golpes a los pedales, haciendo que acelerásemos y frenásemos a partes iguales en las primeras calles. Nuestros disgustados amigos cada vez estaban más cerca. Pascal se agarraba al asiento, convencido de que aquella era su última noche de vida. Cuando ya descubrí qué pedal aceleraba y cuál frenaba, todo fue más sencillo. Mi único problema era que no conocía en qué sentido debía circular, por lo que terminé esquivando vehículos en la calle de Atocha y en el paseo del Prado. Los últimos landós y coches a motor que deambulaban en la madrugada de la Villa eran obstáculos que debía evitar. Sus quejas se escuchaban por toda la calle. «¡¿Está usted loco?!», «¡Borracho!», «¡Demente!»». Daba tumbos y me metía por callejuelas estrechas, dada mi ignorancia y mi escasa capacidad para atender a las indicaciones de Pascal ante aquella total presión. Tal era mi insensatez que tras varias peligrosas maniobras, el coche que nos perseguía capituló en su

cometido. Miré hacia atrás, satisfecha.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Se han marchado! —exclamé.

—¡Cuidado, Liébana! —me respondió Pascal.

Un carro estaba en medio de nuestra trayectoria. Asustada, volteé una última vez el volante hasta derrapar en la acera, gracias a la colaboración del freno. El francés, que respiraba entrecortadamente con gesto desencajado, me miró.

—Quizá no fui del todo exacto cuando afirmé que sabía conducir —confesé.

—No, si ya lo he comprobado... —me contestó, perplejo.

—De todos modos, teniendo en cuenta que a estos trastos los carga el demonio, no se me ha dado nada mal, ¿verdad, Pascal?

—No voy a pagarle una sola peseta, Liébana. Dios mío, creí que iba a morir...

—Eso me demuestra que no es usted un hombre de palabra, querido amigo.

—Pero ¡si más que embelesar a una dama casi firma nuestra sentencia de muerte!

—El objetivo de la apuesta se cumplió. Usted me debe cuarenta pesetas.

—Creo que lo he pagado con creces al interceder por usted cuando aquel canalla casi le deja sin cara.

—Y ¿por qué lo hizo? Tenía la situación controlada —mentí.

—Vamos, Liébana. Usted no es lo que se dice un hombre atlético ni agresivo. Lo habrían matado entre los tres. Pero está bien, no hace falta que me dé las gracias.

Me quedé pensativa un segundo. Sí, probablemente aquello se merecía, como mínimo, un agradecimiento. Sin embargo, antes de salvarme la vida, me había insultado impunemente. Recordé una a una las palabras con las que me había descrito. Saqué las llaves del contacto y se las entregué.

—Gracias, Pascal. Un placer haber disfrutado de la noche con usted.

Me apeé del vehículo, que estaba encajado entre la acera y un quiosco aún cerrado. El francés, anonadado por mi reacción, exclamaba:

—Pero ¡no me deje usted aquí! ¡Liébana! Maldita sea, ¡Liébana!

Tocó el claxon como último recurso en su desesperación. Sonreí malévolamente. Sí, tenían razón los que afirmaban que la venganza se sirve fría. Sí, así se saboreaba mucho mejor.

Capítulo 9

En el inicio del año 1924, mis sospechas acerca de que alguien me seguía se confirmaron. Cuando acudía, vestida de hombre, a cubrir alguna noticia, visitaba la redacción o asistía a algún acontecimiento con don Ernesto, la sensación de que unos ojos se clavaban en mi nuca fue poniéndome más y más nerviosa. Con objeto de despistar a quien me espiaba, fui modificando mis rutas e intentaba ser cautelosa en mis cambios de ropa en el jardín, bajo la luz de la luna. Sin embargo, aquel mal presagio no fue, ni por asomo, lo más extraño que ocurrió.

Benedetta nos había invitado a Catalina y a mí a tomar el té en su casa. El alférez Roca y ella iban a casarse aquel mismo verano. En la salita del maravilloso palacete de su familia, nos informaba de las novedades de la celebración.

—Hemos escogido la iglesia del Santísimo Cristo de la Salud. Allí se casó una buena amiga mía, la señorita Sofia Plà, con el marqués de Valdeosera el pasado verano. Cuando asistí a la ceremonia, supe que sería el lugar donde yo me uniría en matrimonio también.

—Se te ve muy feliz, Benedetta —opinó Catalina—. ¿No crees, Elisa?

La cucharita era a quien había regalado toda mi atención. La movía con desgana en aquella tacita de porcelana.

—Oh, Elisa, quizá te incomoda que esté hablando todo el rato de mi boda... Sé que es difícil para ti, después del cambio de fecha de tu enlace —se disculpó Benedetta.

Reaccioné confundida.

—No, no, Benedetta. En absoluto. Debes hablar de tu boda. Solo te casarás una vez. La mía llegará, tarde o temprano —respondí, a pesar de lo mucho que odiaba continuar con aquella asfixiante espera.

—Entonces, ¿qué te ocurre? Estás pálida —observó Catalina.

Entorné los ojos, mientras me pensaba la contestación, capturando las

palabras concretas con las que describir lo que había sucedido varias noches atrás. Dejé la tacita sobre la mesa. Comencé por lo más fácil...

—Catalina, ¿recuerdas hace unos días, cuando fuimos al Ideal Room a bailar con Morales, López, Fernández, doña Carmen y Pascal?

—¿Por qué hicisteis tal cosa? —se interesó Benedetta.

—Fue después de la jornada laboral. Lo propuso el francés. Y como se supone que Catalina es la novia de don Pedro, pensé que era buena idea que nos acompañara.

—Y bailamos durante mucho rato. Elisa se ha vuelto una experta en bailar con mujeres —me reconoció Catalina, con una sonrisa.

—Pero Catalina se marchó antes. ¿Fue cortés Fernández contigo?

—Sí, sí, estuvo hablándome de una novela suya que está escribiendo durante todo el camino. Me reí mucho.

—¿Te acompañó ese tal Fernández a la residencia? ¿Y por qué no fue Elisa contigo? ¿Por qué no fuiste con ella? —preguntó Benedetta.

—Elisa tenía un cometido que cumplir. ¿Lo conseguiste? ¿Le sonsacaste a Morales quién es su fuente en el Directorio?

—No. Ese hombre es hermético. Y eso que casi me dejé mi sueldo de un mes en convidarlos a tragos para que se le soltara la lengua. Pero nada. No soltó prenda.

—Si eso es lo que te atormenta, yo podría hablar con el alférez, Elisa.

—No, no, Benedetta. Prefiero no meter a nadie más en mis problemas. Lograré averiguarlo. Pero no es eso lo que me preocupa. Como he dicho, me cercioré de que sus vasos estuvieran llenos durante toda la noche. Bebían con brío, pero Pascal estaba diferente. Es decir, siempre ha tratado a don Pedro de un modo particular y bromeaba con que iba a descubrir qué ocultaba tras mis lentes. Yo no le daba importancia, pues era nuestra forma habitual de relacionarnos, compitiendo, conspirando y vertiendo esa clase de dudas para desacreditarnos ante otros. Pero, en las últimas semanas, ha estado más distante, más hostil, como intranquilo por algo, perturbado. Y aquel día, con el alcohol, todo cobró un cariz distinto.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ocurrió?

—Cuando ya se habían marchado todos y López se entretenía con una muchacha, me senté junto a Pascal, interesada por los motivos que le hacían estar tan observador, tan ensimismado. Comenzó a hablarme de promesas sin cumplir, de pérdidas de tiempo y de una especie de angustia por saber la

verdad, aunque esta se escapase, una y otra vez, entre los dedos...

De puntillas, me trasladé a aquella noche, a aquella mesa del Ideal Room, con la música arrullándonos y los cuerpos moviéndose, siguiendo las normas del charleston como telón de fondo.

—Bueno, Pascal, no se preocupe tanto. Todas esas elucubraciones se le olvidan a uno bebiendo y bailando —le aconsejé.

—¿Usted nunca pierde la sonrisa?

—Intento no hacerlo, Pascal. Pero también tengo mis días. Usted ya sabe...

—No, en realidad, no sé. Para ser más exactos, no sé nada de usted. Nunca menciona nada de su vida, de su familia o de su pasado. Y lo poco que dice resulta ser mentira.

Me quedé muda un momento.

—¿A qué se refiere?

—El otro día, estúpido de mí, me dirigí a su supuesto alojamiento para hacerle una visita de cortesía y compartir con usted cierta información valiosa sobre la investigación al general Berenguer. Y, con sinceridad, me decepcionó encontrar una mercería en el lugar donde debía hallarse el hostel en el que lleva viviendo un maldito año. —Su tono se fue encolerizando con el avance de la explicación.

Luché por controlar una respiración entrecortada que se disponía a delatarme. Me aclaré la voz con la escasa valentía que me quedaba y le contesté:

—Soy un hombre reservado, Pascal. Nada más. No se lo tome a mal. Debí de equivocarme al darle las señas. No es para tanto —intenté, apoyando mi mano en su hombro.

—No es tan sencillo —dijo y se levantó, zafándose de mi amistoso gesto.

No queriendo dejar la conversación así y realmente preocupada por aquel cambio de actitud en el compañero de Pedro Liébana, lo seguí hasta la salida. La trompeta continuaba acompañándonos, ahora como un murmullo, en la calle.

—Pero ¿qué diablos le pasa, Pascal?

—¿Que qué me pasa? Que estoy harto de toda esta historia... No puedo

más.

—Pero, Pascal... —intenté, cogiendo su brazo.

—No me toque, señor Liébana —me respondió y se detuvo—. Estoy harto de estar aquí en Madrid sin fecha de partida. Estoy harto de fingir que no sé que hay algo extraño en usted. Estoy harto de esperar. Y estoy harto de sus bailecitos absurdos y de sus crónicas y de sus constantes excusas para desaparecer cuando le viene en gana. Quizá tenga engañado a don Ernesto, pero yo no me fío de usted.

—No sé de qué diantres habla. Se ha vuelto loco —disimulé.

Pascal se dio la vuelta, pretendiendo seguir con su camino; sin embargo, un arrebato de ira modificó su opinión. Se giró y, con el rostro congestionado por el odio, me cogió de la solapa del abrigo y me arrinconó contra la pared. El golpe del muro rugoso contra mi espalda me hizo quejarme, aunque él apenas se percató de aquella vocecilla femenina. Sus manos apretaban mi cuello mientras me sostenían en el aire, agarrando la tela del gabán. Sus ojos se fijaron en los míos, que revelaban todo el terror que estaba experimentando.

—¿Quién es usted?! ¿Qué esconde?! ¿Cuál es su verdadero nombre!?! ¿Dígamelo! ¿Dígamelo o removeré cielo y tierra hasta que lo averigüe aunque tenga que matarlo!

No contesté. No podía. Estaba aterrada, petrificada. Pascal me soltó gracias a un nuevo cambio de parecer. Se alejó entre las sombras, mas dejando tinieblas en mí.

—Ya sabía yo que no era buena idea. Es que lo dije desde el principio —espetó Benedetta, levantándose del asiento.

—Por favor, un poco de serenidad —pidió Catalina—. ¿Crees que sospecha algo? ¿Crees que sabe que eres tú?

—No, no. Es decir, sospecha de Pedro Liébana, pero no me vincula con él. Lo he estado observando últimamente y no ha modificado su actitud conmigo. Quizá fue un impulso momentáneo, decepcionado por mi supuesta mentira.

—Elisa, ese hombre te amenazó. Yo no lo llamaría «impulso» —destacó Benedetta.

—Lo sé, lo sé —vacilé un instante—. Y hay otro asunto...

—¿Qué? ¿Alguien más te ha dicho algo? —se preocupó Catalina.

—No..., solo él me ha manifestado sus conjeturas. Pero, desde hace un tiempo, siento que alguien me sigue. Solo me ocurre cuando voy vestida de Pedro Liébana, pero...

—¿De veras? ¿Y por qué no me habías contado que era algo habitual, que no solo fue aquella noche que encontré la colilla y la cajetilla? —dijo Catalina, consciente de que era mi principal cómplice en todo aquel embrollo.

—¿Qué noche? Por Dios. Elisa, es muy peligroso. Pedro Liébana no es seguro. Debes dejar de disfrazarte, por favor —me suplicó Benedetta.

—No puedo..., no puedo deshacerme de él. He luchado todos estos años para ganarme una fama en la capital, para ganarme el respeto de don Ernesto, para poder escribir... Incluso he pensado que, quizá, podría llegar a publicar una novela como me recomendó don Ramón Gómez de la Serna. ¿Lo imagináis?

—¿Quién es ese don Ramón? ¿El escritor? ¿Y qué sabrá él de lo que es aconsejable para ti, Elisa? Eres una mujer, Dios Santísimo. Y vas a cavar tu propia tumba como no frenes esto. Ese Pascal te está siguiendo y no tardará en descubrir que quien se esconde detrás de Pedro Liébana es Elisa Montero. Y cuando lo haga, ¿cuánto tiempo crees que tardará en contárselo a don Ernesto y a tu madrina? Yo te lo diré: ni dos minutos. ¿Qué crees que pensará don Francisco? —me regañó Benedetta claramente molesta.

Sí, quizá, de haber parado, los acontecimientos no se habrían desencadenado como lo hicieron. Me prometí a mí misma que mantendría vivo a don Pedro, siendo precavida, eso sí. No podía hacer caso a Benedetta. Era imposible. Aquella segunda persona que habitaba en mí se había enquistado en mi ser. Ya no existía Elisa sin Pedro. No podía renunciar a él. Era lo que me mantenía cuerda cuando todo a mi alrededor parecía una total majadería, cuando mi boda parecía no llegar nunca ni las caricias de Francisco al anochecer ni las buenas palabras de mi madrina en un día difícil ni las cartas de mi padre ausente y borracho de pérdidas.

Pascal estuvo unas semanas evitándome aún con más ahínco. Ya no solo me despreciaba como Elisa, sino también como el que había sido su

camarada en la ciudad. Cuando coincidíamos en banquetes, yo ataviada con aquellos fantásticos vestidos que me caracterizaban, según él, la tensión era palpable. No nos respondíamos directamente, salvo si era necesario. Disimulábamos nuestro mutuo desagrado para no incomodar a don Ernesto, que nos adoraba a ambos, pero, en silencio, sabíamos que no podíamos entendernos. Cuando nos encontrábamos en la redacción o en las calles o cafés, cuna de noticias, de rumores, de artículos sin escribir, con mi bombín y mi bigote, me ignoraba, y yo decidí hacer lo mismo. Aunque en el fondo, en cualquiera de mis caras, lo analizaba, buscando el origen de sus sospechas, de su odio. Quizá, por ese motivo, o por las largas ausencias de Francisco, volvió a aparecer en mis sueños, en aquel fastidioso baile que no tenía fin.

—Doña Pilar, ¿usted qué piensa de los sueños? ¿Qué significan?

—Pues tengo una prima que asegura que son premoniciones. Aunque yo opino que son recuerdos y deseos mezclados. Anda, remueve un poco, hija.

Era como cuando era pequeña. Allí sentada, en la cocina, ayudando a doña Pilar a hacer galletas aprovechando que mi madrina estaba fuera. Don Severiano leía el periódico, sentado en otro de los taburetes. Contemplé la puerta de la despensa. Aún recordaba el olor a especias y legumbres envolviéndome cuando espiaba las tertulias de mi madrina. Era increíble que algunas de las personas que veía en el café Pombo hubieran pisado aquel despacho años atrás.

—Yo pienso que, signifiquen lo que signifiquen, no deben infravalorarse. Es la mente que te habla, cuando tus miedos y tus inseguridades no pueden interrumpir su discurso —me indicó don Severiano, sin apartar la vista del *Heraldo* que tenía entre las manos.

Movida por mis propias preguntas sobre el tema, decidí escogerlo como base para mi artículo. Cada vez debía ser más artificiosa con las teclas de la máquina de escribir para que mis escritos no tuvieran problemas con el lápiz del censor. Así que redacté una reflexión sobre la realidad y lo que los sueños nos susurran, sobre la verdad y la verdad maquillada, sobre las mentiras justificadas, sobre la información orquestada. A la mañana siguiente, acudí a *El Demócrata* vestida de don Pedro para entregarla en mano, aprovechando mi día libre en la secretaría. Al dirigirme de nuevo a la puerta principal, tras una breve reunión con el director, alguien raptó la libertad de mis pasos. Alcé la vista. Era Pascal, con una amplia sonrisa. ¿Qué mosca lo había picado? Hacía casi un mes que no me dirigía la palabra.

—¡Liébana! ¡Qué sorpresa! —me dijo.

—Buenos días, señor Pascal —respondí, recuperando así la formalidad de quien no es amigo.

—Escuche, llevo tiempo queriendo hablar con usted —me contó, bajando la voz—. Siento muchísimo lo que ocurrió aquella noche. No sé qué me pasó. El alcohol, el cansancio, el malentendido con lo de su hostel, las presiones de mi periódico para que mande más información sobre la dictadura... —Arqueé las cejas—. Entiendo que, después de mi actitud, haya decidido marcar las distancias y está bien. Yo también quise dejarle margen para que me diera la oportunidad de explicárselo.

—Soy todo oídos.

—No, pero aquí no. No quiero que sea el chisme del mes en la redacción. Déjeme invitarlo esta noche a una copa en el Maxim's. ¿Le parece?

Dudé. ¿Era recomendable aceptar? El recuerdo de su agresividad me hizo temblar. Pero si no iba, no descubriría el porqué de su exagerada reacción. Necesitaba obtener respuestas. Si creía que ocultaba algo, lo encararía de frente. No había peleado tanto para que aquel francés me lo arrebatara. De hecho, si había accedido a ser su amigo, había sido para evitarlo.

—Bien. Nos veremos allí. A las once —acepté.

—Estupendo, Liébana. Allí estaré.

El Maxim's estaba, como tantos otros locales de moda, en la calle Alcalá. Su puerta la custodiaba un hombre de color que, se decía, vendía cocaína a los vecinos que se acercaran al bar. Al cruzar el umbral, dejé el abrigo en el guardarropa, situado en la entrada, y me senté en una de las mesas del bar americano. Las solemnes columnas me vigilaban en mi espera a Pascal mientras la orquesta interpretaba bailables piezas, ovacionadas por los madrileños que se habían decidido a cenar en el salón restaurante. A las once y cinco, el francés apareció. Algo abrumado por haberme hecho esperar, comenzó a explicarme el porqué de su retraso. Pero estaba demasiado tensa para escuchar lo que me estaba contando. Pedimos algo de beber para hidratar las gargantas y, educado, me ofreció un pitillo que esa vez sí acepté.

—Antes de nada, Liébana, quiero reiterarle mis disculpas. No es propio de mí el comportarme así con nadie y menos con un amigo. Porque seguimos siendo amigos, ¿no es así?

—Si promete no volver a agredirme, podría replanteármelo, sí —contesté.

—Sí, sí, por supuesto. El caso es que, como le decía esta mañana, llevo

varios meses con la soga al cuello. En París están ansiosos por saber más de la situación en España, de las implicaciones que tendrá la nueva política en Marruecos e incluso quieren que escriba artículos que ni siquiera los redactores españoles están haciendo. Es un disparate. Sobre todo teniendo en cuenta el mutismo generalizado que gobierna el país en estos tiempos. Es como darse contra una pared, buscando verdades que no salen a la luz, y cuando crees haber hallado una buena historia, se desvanece.

Quizá a aquello se refería cuando hablaba de verdades, de esperas...

—No está siendo sencillo para nadie —reconocí—. Pero no vamos acorralando ni amenazando a otros.

—Tiene toda la razón. Estaba ofendido al creer que me había mentido. Además, aquel día discutí con uno de mis compañeros de *Le Figaro* y me ofusqué con usted. Creo que es porque siempre le he considerado un rival y el alcohol me hizo soltar improperios absurdos.

—E infundados. La verdad, Pascal, es que me ofendieron sus acusaciones. Espero que ya haya llegado a la aburrida conclusión de que no escondo nada.

—Sí, sí, ya lo sé. Olvide lo que le dije. Puedo disculpar que sea usted un desastre con las direcciones. De hecho, ya me lo demostró cuando entrevistamos al sargento Basallo.

—¿Así que me considera un rival? —pregunté con sorna y desvié el rumbo del diálogo.

—Sí, bueno, no se emocione..., pero es indudable que es una de las plumas más prometedoras de la prensa madrileña. La primera vez que don Ernesto me habló de usted, nada más llegar a la ciudad, hace un año, creí que exageraba y que su misterio había hecho que le sobrevaloraran. Pero me equivoqué. Lo vi en la entrevista al sargento Basallo. Usted tiene una sensibilidad especial para esto, amigo.

Sonreí. Poco a poco, me fui relajando en mi charla con Pascal. Volvíamos a ser los de antes, con nuestras ácidas críticas al otro y nuestras reflexiones entre trago y trago. Por primera vez en semanas, me sentía relajada. Cuando nos despedimos, dejando que se esfumaran los recuerdos amargos de nuestro último encuentro en el Ideal Room, me sentía llena de alegría. Después de todo, algo estaba surtiendo efecto. Con las manos en los bolsillos, apacibles cobijos contra el frío, di comienzo a mi trayecto de vuelta. La manía persecutoria se había disipado. Sí, quizá había exagerado, quizá había llevado al límite mi imaginación por mi miedo a ser descubierta. Incluso había

pensado en inculpar a Pascal. Apaciblemente, fui hacia el norte por la calle del Barquillo.

En mi recorrido, topé con la iglesia de Santa Bárbara, donde, tarde o temprano, me casaría con Francisco. Me detuve a contemplarla. Cerré los ojos. Un ruido me sorprendió. Miré a todos lados. ¿De dónde había venido? Me santigüé con celeridad y reanudé la marcha, esta vez a paso ligero y volviendo la cabeza, de tanto en tanto, para cerciorarme de que nadie me alcanzaba por la espalda. Al llegar a la plaza de Colón, y comprobar que todo seguía en orden, me prometí a mí misma abandonar aquella absurda paranoia. «Tienes que dejarlo estar, Elisa. Nadie te está espiando», murmuré. Iba a desviarme por la calle Hermosilla y regresar por Jorge Juan, pero, libre de temores infundados, opté por dirigirme a la casona. En el jardín, me deshice de los peligros y me convertí en la jovencita caprichosa sin enemigos, en la que podía dormir en su lecho mullido y caliente.

—No le escucho bien, caballero. ¿Qué dice que ha ocurrido en Múnich? Sí, de acuerdo. ¿El proceso de quién, señor? ¿Podría deletreármelo? —le pedí a mi interlocutor ante su desesperación—. Hache, i, te, ele, e, erre. De acuerdo, ¿y cuál es el otro nombre? Lo siento, es que no sé alemán. Ele, u, de, e, ene, de, o, erre, efe, efe. De acuerdo.

Fui anotando todo en un cuaderno que don Ernesto me había dado para tal cometido. Después, me acerqué a Morales, encargado de temas políticos extranjeros.

—Morales, han llamado de la agencia Fabra. Al parecer hay novedades en el proceso de un tal Hit, Hit, Hitler y otro que se llama...

—Ludendorff, sí, deme la nota, señorita Elisa. Le echaré un vistazo antes de comer —me informó.

Arranqué la hoja y la dejé en su escritorio, antes de regresar al mío. Allí me esperaban un montón de facturas para ordenar. Don Ernesto abrió la puerta y comenzó a conversar con la señora Idiazábal.

—Hace tiempo que no le pregunto por el joven Mariano. ¿Cómo está?

—¿El estúpido de mi hijo? Pues estúpido, don Ernesto, estúpido. Un día me va a matar de un soponcio con sus disgustos. Los hijos solo traen desgracias —respondió.

Me reí con sutileza. Aquella mujer jamás cambiaría. Tras su charla, en la que no faltaron injurias al pobre del señorito Mariano, don Ernesto se acercó a mi mesa.

—Elisa, querida, la señora Cristina va a venir a las cuatro para ir a tomar el té. ¿Querrías acompañarnos?

—Por supuesto, don Ernesto. Si la señora Idiazábal no necesita ayuda...

—Nada, hija, tú vete. Aunque antes termina de organizar los recibos.

—Sí, sí, doña Carmen.

Habiendo terminado mis obligaciones, agarré mi capelina y mi abrigo y seguí a don Ernesto hasta la calle, donde doña Cristina nos esperaba en el coche. Nos dejó en la calle Arenal, en el salón de té de Viena Capellanes, uno de los preferidos de la señora Ribadesella. Nos acomodamos en una de las mesas y enseguida el eficiente empleado nos trajo el té y las pastas que habíamos pedido. Don Ernesto, al que le costaba no hablar de trabajo la mayor parte del tiempo, comenzó a compartir con nosotras sus planes de futuro para el periódico. Al parecer, quería vender las linotipias.

—Estoy en negociaciones con una imprenta que tiene maquinaria moderna, pero que necesita financiación. Si la adquiriera, tendríamos nuestra propia imprenta.

—¿Y echará a Gonzalo, Lorenzo y los demás? —pregunté extrañada.

—Sí, hija. Les escribiré una buena carta de recomendación para que puedan encontrar empleo en algún taller o alguna fábrica... Pero es preciso que *El Demócrata* se modernice.

Aquel debate no era nuevo. En 1922, don Ernesto había contratado a tres muchachos más para hacer frente al aumento de tirada del periódico. Y desde entonces, andaba barruntando cuál sería la mejor alternativa para que *El Demócrata de Madrid* dejara de ser una cabecera menor, un periódico de dimensiones reducidas, para iniciar su salto a los diarios nacionales.

—La otra opción es comprar más linotipias, pero no tenemos las instalaciones necesarias, apenas cabrán siete en el taller. O, quizá, podríamos reemplazar a los muchachos de linotipias por más redactores...

—Querido, tendrás que hacer números pensando en el largo plazo. Puede ser una inversión aunque ahora te parezca caro —le aconsejó doña Cristina.

—Sí, eso he de hacer —afirmó él, dando un sorbo a su taza de café.

—Por cierto, ¿qué tal lo pasaron el otro día en el baile de Bellas Artes? —me interesé.

—Oh, delicioso, querida. Ojalá hubieras podido acompañarnos. Lo pasamos estupendamente —me respondió doña Cristina.

Sonreí. Alargué el brazo para coger una de aquellas pastas que mi madrina y doña Asunción me hubiesen prohibido catar, pero entonces un camarero se acercó a la mesa.

—¿Señorita Montero? —preguntó.

—Sí, soy yo —contesté—. ¿Qué ocurre?

—Han dejado esta nota para usted —me explicó, entregándome aquel impoluto sobre.

«Qué extraño», pensé. Los señores Rodríguez de Aranda, prudentes, aguardaron a que leyera el contenido antes de lanzar al aire la primera interrogación. Y así lo hice. Saqué con cuidado la tarjeta y leí lo que había estado temiendo ver desde hacía tiempo. El calor agarrotó mis piernas y fue subiendo hasta mi pecho, hasta mi cuello, presionando mi esófago, enrojeciendo mis orejas, debilitando mis labios. Empecé a sudar con aquellas gotas frías que preceden al miedo, al bloqueo, al fin de la respiración.

Sé lo que esconde, señorita Montero. Si no quiere que se lo cuente a sus acompañantes, encuéntrese conmigo en el arco de San Ginés a las siete en punto.

—¿Es algo importante, querida? —curioseó don Ernesto, con el consecuente codazo de doña Cristina.

Tardé un poco en recuperar el aliento para poder mentir una vez más... y quién sabía si la última. Miré a los lados. Damas y caballeros elegantes entraban y salían del salón. ¿Sería uno de ellos el que me había estado siguiendo? Un escalofrío tomó el control de mis extremidades, de mis entrañas y de lo más profundo de mi ser.

—No, no. La señorita Folch ha pasado por aquí, pero no quería molestar —dije con el hilo de voz que aún habitaba en mis cuerdas vocales.

—¿Y por qué habría de hacerlo? ¿Sigue aquí? Puedes decirle que se una a nosotros —aseguró don Ernesto, tratando de encontrarla en el interior del local.

—La verdad es que es una muchacha muy agradable, la señorita Folch... —añadió su esposa.

La conversación continuó, aunque yo ya no me encontraba allí. Empecé a

imaginar las repercusiones que tendría en mi vida si aquello se sabía. Cada vez me costaba más respirar. Cuando todo parecía haber vuelto a la normalidad, cuando creía que iba a conseguir vivir en paz con mis dos personalidades, cuando hacía semanas que no sentía que me vigilaban... Dejé que pasaran las horas, controlando el reloj, hasta que los señores Rodríguez de Aranda me acompañaron a la casona de mi madrina.

Ya en mi cuarto, di vueltas, cavilando qué debía hacer. Si acudía a la cita, estaría dándome por aludida. Si no, estaría dando licencia a aquel enemigo anónimo para que destapara todos mis secretos. ¿Tendría pruebas suficientes? No podía arriesgarme. La valentía se apoderó de mí. Agarré, furiosa y desconcertada, mi sombrero y bajé las escaleras, con velocidad suficiente como para que nadie me cuestionase adónde iba. Desde la ventana de mi habitación había visto que don Santiago no estaba sirviendo a mi madrina, por lo que yo podía beneficiarme del landó. Como aquel día de otoño de 1921, en que le obligué a desvelarme detalles sobre mi pasado, con pocas palabras, le pedí discreción y un nuevo favor.

—Pero ¿adónde quiere que la lleve, señorita? —dijo asustado.

—Déjeme frente a La Mallorquina, en la Puerta del Sol. Después dé diez vueltas y regrese a por mí.

—Pero, señorita Elisa, ¿adónde piensa ir usted sola? No quiero problemas con doña Manuela.

—Y no los tendrá, don Santiago. Debe hacerme caso. Habrá mayores repercusiones si no me lleva... —le confesé.

—Está bien, está bien. Suba. —Así lo hice—. Madre del Cielo, esta niña tiene más misterio incluso que su tía... Debe de venir de familia.

Don Santiago no me defraudó. Paró el carruaje frente a la pastelería. En los minutos que duró el desplazamiento, aquel sudor frío había vuelto a por mí. Me mordí las uñas por vez primera. Al ver el reloj del edificio de la Gobernación por la ventanilla, supe que habíamos llegado. Respiré hondo y salí.

—Diez vueltas, recuerde.

—Está bien, señorita. Aunque ya sabe que si necesita ayuda... —me suplicó.

—No se preocupe —le mentí.

Recorrí aterrada la calle Mayor. Observaba a los paseantes como si, entre ellos, fuera a adivinar el rostro de quien me había amenazado. Pero nada. El

resto del mundo seguía con sus rutinas, sin inmutarse, ajeno a la zozobra que me tenía capturada en un bucle de vértigo y temor. Giré en la calle de Bordadores hasta el callejón en el que estaba el arco del San Ginés, preludio en piedra de la conocida chocolatería a la que tantas veces había ido. Donde una tarde, al abrigo de un chocolate caliente, había surgido por vez primera la idea de firmar con un pseudónimo, gracias a Catalina. Donde, quizá, había comenzado todo. Allí me quedé quieta. Entrecortadamente, conseguía llenar de aire los pulmones al tiempo que analizaba a todos los que pasaban por allí, a la espera de que alguno se acercara.

—¿Quieres algo, bonita? ¿Qué se te ha perdido por aquí para estar tan sola? —me exclamó uno.

¿Qué hacía allí? Pasaban diez minutos de las siete y nadie se había presentado.

—¡Que vivan las mozas bellas de la capital! ¡Sí, señor! —dijo otro.

—¡Váyase al infierno! —respondí con nula paciencia.

—Vaya genio, señorita. Al infierno se va usted —me contestó malhumorado.

Estaba congelada. Froté mis manos, cubiertas por aquellos guantes que Francisco me había regalado. Ojalá pudiera estar con él, ojalá pudiera explicárselo todo, ojalá me perdonase... Palpé el anillo de compromiso, lo acaricié, intentando que me mantuviera a flote. En mitad de aquellos cálidos deseos, identifiqué unos zapatos que se aproximaban por el arco. Mis ojos repasaron los pantalones hasta el abrigo y...

—Usted... —descubrí, irritada.

—Buenas tardes, señorita Montero. Veo que no ha querido faltar a la cita.

—Maldito Pascal. No me haga perder mi tiempo —contesté.

—Es usted quien ha hecho que pierda el mío. Aún me parece increíble toda esta situación.

—¿Qué situación? ¿De qué está hablando? Mire, no es consciente del frío que he pasado esperándolo. Y también del miedo al tener que aguardar sola en medio de la calle, como una vulgar meretriz.

—Vamos, señorita Montero, no sea hipócrita. ¿Miedo? ¿De veras? Oh, disculpe, quizá prefiera que me dirija a usted como Liébana.

—¿De qué habla? ¿Por qué habría de llamarme Liébana? ¡Está usted loco de remate!

—No intente negarlo y no finja que no sabe de lo que le hablo. Hubiera

sido todo más fácil si no hubiera tratado de desenmascararlo por las buenas y hubiera ido directamente a lo importante. Pero, ya ve, aún quedan personas con principios en este mundo...

—Me voy ahora mismo. No quiero seguir escuchando tonterías... —amenacé, pero Pascal me cogió del brazo.

—Señorita Elisa, la vi cambiándose en el jardín de su casa. Así que yo, de usted, no infravaloraría el contenido de esta conversación.

—¿Que me vio qué? —Dejé de oponerme a que me agarrase, pues ya no tenía escapatoria.

—El día en que acorralé a don Pedro Liébana a la salida del Ideal Room no lo hice sin pensar ni por causas ajenas. Llevo mucho tiempo sabiendo que hay gato encerrado. Creí que si lo amenazaba, me diría la verdad, pero me di cuenta de que no funcionaría. Así que decidí volver a ganarme su confianza, como buenos amigos, para que se relajara y no sospechara que lo seguía hasta ese desconocido hotel donde se hospeda. Dio usted una buena vuelta, con parada frente a la iglesia incluida..., pero no me rendí. Y la verdadera sorpresa fue cuando vi a don Pedro cruzar la verja del palacete Ribadesella y cuando observé cómo, con un tibio halo de luz lunar, se iba convirtiendo en una muchacha con camisón.

Me había tendido una trampa.

—Es mentira. Eso no sucedió. Estaría borracho —contesté con desprecio, última alternativa que me quedaba—. Don Pedro Liébana es un conocido redactor y yo...

—¡Don Pedro Liébana no existe, señorita Montero! —me gritó—. Conozco a la familia Liébana y es imposible que ese periodista sea quien dice ser. —Me miró a los ojos—. ¿Ve? Ahora estoy seguro de que usted es él. No es la primera vez que veo esa mirada de terror, como tampoco era la primera vez que veía su espalda desnuda cuando me asomé por la verja de su jardín.

Rabiosa, forcé a que soltara mi brazo y hui. Corrí con todas mis fuerzas, dejando que las lágrimas le contasen al viento mi congoja. Don Santiago me esperaba en el landó, obediente. Preocupado por mi tardanza, me preguntó si todo estaba bien.

—Sí, don Santiago. Todo bien —afirmé conteniendo el llanto.

La aventura había terminado.

Los días que siguieron a mi encuentro con Pascal fueron grises. Falté tres jornadas a mi trabajo en el periódico, temerosa de que ya hubiera revelado mi secreto al director y los redactores. Si me escondía debajo de las suaves sábanas, nadie podría lastimarme, ni siquiera yo misma. Doña Pilar me visitaba preocupada, creyendo que había caído enferma de verdad. Pero pronto se dio cuenta de que mi dolencia no remitiría con descanso, friegas o píldoras. Veía el desasosiego en mis ojos y la cobardía en mi cuerpo, enrollado como un ovillo. Ventilaba mi alcoba, rezando para que aquel día me decidiera a incorporarme. Con las lágrimas aún acariciando mis párpados, el tercer día, aproveché su presencia en la habitación para indagar sobre si mi mundo de embustes había desaparecido.

—¿Qué dices, Elisa? ¿Qué habría de comentarme tu madrina? No me ha dicho nada, criatura. Solo que deberías cambiar tu alimentación porque no entiende cómo puedes estar indispuesta tan habitualmente.

—Entonces ¿no le ha dicho nada? ¿No ha oído nada sobre mí? —pregunté, sorbiendo con la nariz.

Doña Pilar, aquel ser bondadoso que me había acompañado siempre, se sentó a mi lado. Puso su mano en mi frente.

—Elisa, querida, no sé qué andas ocultando para tener tanto miedo. Sé que tu madrina es una persona complicada, pero no puedes permitir que te relegue a la cama. Este cuarto es demasiado pequeño para alguien como tú.

Entonces no pude evitar llorar otra vez y abracé a doña Pilar.

—Ay, doña Pilar. Por favor, prométame que usted no me dejará de querer, oiga lo que oiga. No podría soportar que usted me repudiara.

—Elisa, Elisa... Ya tendrías que haber hecho algo muy grave para que yo hiciera tal cosa. Sabes que desde que llegaste, te hemos querido muchísimo, te hemos visto crecer y convertirte en una mujer buena. Y eso no lo cambian mil errores, criatura. Porque entonces todos deberíamos ser vilipendiados.

—Yo a ustedes también los quiero mucho. A don Santiago, a don Severiano y a usted. Siempre me han ayudado y me han dado buenos consejos. Y yo no..., yo no podría fallarles...

—No lo harás, Elisa. Mira, yo te conozco bien y llevo cuidando de ti desde que tenías siete años. Sé perfectamente cuando mientes y cuando dices la verdad, pero no por ello espero que compartas conmigo los motivos que te llevan a fingir enfermedades, a desaparecer durante horas o a encerrarte en tu

habitación. Siempre respetaré tu silencio, Elisa, con la condición de que seas cauta.

Asentí, comprendiendo a la perfección lo que me estaba diciendo doña Pilar. Si no le confesaba mis secretos no era por falta de confianza, sino para protegerla de mis disparates.

— Pero tengo un buen presentimiento. Siempre lo he tenido contigo, mi niña. Terminarás por encontrar aquello que estás buscando, aunque te parezca que solo hay piedras en el camino.

El chirrido de la puerta interrumpió aquel reconfortante abrazo con el que zanjamos nuestras confidencias. Era mi madrina, que, con aquella frialdad que tanto gustaba mostrar, me informó de que el doctor Rueda vendría a reconocermé en unos días.

—No puede venir antes del jueves próximo, pero dado tu aspecto, no creo que sea muy grave lo que padeces. Sería conveniente que en cuanto te sientas mejor, te laves y salgas de la cama —concluyó.

Así lo hice. Mas no fue porque ella me lo ordenase, sino porque no podía alargar más aquella tortura silenciosa, aquel tormento que me encadenaba a mi imaginación, a lo que creía que estaría sucediendo afuera, sin poder comprobarlo por mí misma.

El cuarto día, domingo 17 de marzo, me decidí a acompañar a mi madrina a la iglesia y a pasear por Recoletos, donde conversamos con varias amistades. Todo seguía igual. Ni ella ni nadie me trataban de un modo diferente. También vimos a don Ernesto y doña Cristina, que tampoco revelaron ningún cambio de actitud. Y a Benedetta, don Giancarlo, doña Carmen, el alférez, los señores Ballester... Nada. Al alborozo inicial le siguió una misteriosa pesadumbre. ¿Estaría aguardando a que bajase la guardia para hacerlo público? No tenía idea alguna. Sin embargo, consideré oportuno guardar, a buen recaudo, el disfraz de Pedro Liébana y prescindir de su identidad por lo pronto.

El lunes por la mañana fui a trabajar al periódico. El gélido sudor del miedo me escoltó hasta que empujé la puerta. Los redactores, concentrados en sus menesteres, no alzaron la vista para someterme a juicio. Despacio, fui avanzando hacia mi escritorio, oyendo cómo el crujido del suelo se entremezclaba con el tac-tac de las teclas y el apaciguador silencio de la ignorancia. Colgué el sombrero y el abrigo en el perchero, fijando la mirada en la señora Idiazábal, que mordisqueaba un lápiz mientras leía unos

documentos.

—¿Quieres algo, niña? —me preguntó, harta de mi examen.

—No, no, en absoluto. ¿Y usted? ¿Necesita algo? ¿Hay algo que me tenga que comentar? —la interrogué nerviosa.

—¿Yo? ¿Y qué habría de decirte yo a ti? Anda, Elisa, menos memeces y más trajinar, que estos días se me ha triplicado el trabajo con tu ausencia. Espero que estés recuperada. Hay mucho que hacer.

—Sí, sí, en efecto, doña Carmen. Estoy estupendamente. Dígame, ¿qué hago primero?

—Ponte a organizar los ejemplares del último mes para añadirlos a nuestra hemeroteca.

—Sí, doña Carmen, ya mismo voy.

La enorme lista de tareas que la señora Idiazábal me fue desvelando, a lo largo de la jornada, consiguió que me abstraiera. Todo parecía estar en calma. Un poco antes de la hora de comer, López y don Ernesto entraron en la redacción, enfrascados en una acalorada discusión.

—Yo solo le digo que sería de gran utilidad que comprase usted un coche para la redacción —le repitió el redactor.

—López, ¿usted se cree que fie mi pelo al diablo para tener así recursos ilimitados para todas sus patochadas?

—No son patochadas. El señor Pascal tiene un vehículo. Su periódico se lo cedió.

—López, la economía de *Le Figaro* y la de *El Demócrata de Madrid* se parecen menos que usted al señor Rodolfo Valentino. ¿Me entiende? Ahora, póngase a escribir un artículo sobre la nueva representación de *Aida* en el Teatro Real.

—Pero don Ernesto...

—¡Ya! —clamó el director.

—Por cierto, don Ernesto, hablando del señor Pascal. ¿Dónde se ha metido? Lleva días sin hacernos una de sus agradables visitas —se interesó, coqueta, doña Carmen, cuando pasó por delante de su puesto.

—No sé, doña Carmen. Estará ocupado con algún asunto para el señor De Flers y compañía. ¿Lo oye, López? Ocupado y trabajando. No como usted, que es un charlatán pedigüeño.

—Bah, ¡los franchutes no saben disfrutar de la vida, don Ernesto! No es ningún misterio —respondió el otro desde su silla.

—Ande, cálese, hágame el favor. Y si viene por aquí don Pedro, díganle que todavía estoy esperando su artículo del jueves.

—Nada de coches y encima ahora me degradan a secretaria —murmuró López.

Con un nudo en la garganta, atendía cómo, al parecer, nadie sabía de Pascal ni de mi secreto.

—Elisa —espetó de golpe el director.

—¿Sí? —respondí, abandonando un segundo mi labor.

—Don Ernesto, don Ernesto. Disculpe que interrumpa. He conseguido más datos sobre el dictamen judicial del crimen de la calle Arenal. ¿Le parece que lo incluya en la edición de mañana? —intervino Simón.

—Eh, sí, sí, claro, por supuesto. Inclúyalo, Simón. Buen trabajo.

Ojalá algún día me dijera a mí aquellas dos palabras. Aguardé, tensa, a que don Ernesto volviera a recalar en nuestra paralizada conversación.

—Don Ernesto... —murmuré, al ver que se dirigía a su despacho—. ¿Quería algo?

—Oh, sí, disculpa, Elisa. ¿Has dejado en mi oficina los artículos de los colaboradores?

—Sí, señor. Hace un par de horas —contesté, aliviada.

—Muy bien. Muy bien. —Reanudó sus pasos—. Ah, una cosa más.

El reloj se congeló. El sudor acaparó mi nuca. Deseé que no se interesara por el retraso de Pedro Liébana en la entrega de su último texto, asunto que tenía intención de resolver aquella misma tarde por mucho que me costara.

—¿Sí?

—¿Ya estás mejor? Tu tía me comentó que estabas indispuesta otra vez.

—Sí, sí, ya estoy perfectamente, don Ernesto. Muchas gracias por su interés.

Suspiré. Me senté. No, no había cambiado nada. Y así lo pude comprobar durante los días siguientes.

Solo había un elemento que no permitía que aquello se denominara «absoluta normalidad» y era que no hubo ni rastro de Pascal. Prefería que mi enemigo fuera visible, como hasta ahora. Su ausencia me hacía preguntarme dónde estaría y cuánto tardaría en volver a aparecer para lapidar mi reputación. ¿Por qué no me había delatado todavía? Una y otra vez, repasaba nuestra conversación bajo el arco de San Ginés. ¿Por qué tenía tanto empeño en descubrirme? ¿Qué escondía tras ese interés en destaparme?

El doctor Rueda, tras un primer reconocimiento en el que no encontró nada preocupante, me comunicó que volvería en una semana para confirmar que todo seguía bien. Yo le repetía que había sido cansancio y, quizá, una mala digestión, pero el doctor Rueda no se conformaba con mis diagnósticos. Al fin y al cabo, mi madrina le llevaba pagando muchos años por ser él quien nos los proporcionase.

Acababa de volver de la residencia de Catalina, donde había estado charlando con varias muchachas sobre una de las cuestiones del momento. Hacía una semana, se había aprobado un decreto por el que las mujeres mayores de veintitrés años que estuvieran emancipadas o fueran cabeza de familia podían votar. Además, la orden también contemplaba el acceso a cargos públicos de las mujeres mayores de veinticinco. La medida era bastante limitada y, en el contexto de una dictadura, no se sabía muy bien hasta qué punto afectaba a los derechos de la mujer, pero aquello era una tenue luz que anunciaba cambios, avances y, sobre todo, un poco más de igualdad. Aun así, saber que alguien como mi madrina podía gozar de ese derecho mientras yo lo tendría negado de por vida, no me permitió saborearlo al completo. Entre las compañeras de Catalina había opiniones de todo tipo. Algunas creían que era una norma superficial y sin efectos prácticos, otras que estaba excesivamente acotado el derecho, otras que marcaba un antes y un después en la lucha de las mujeres, mientras otras sentían una total indiferencia. ¿Terminaríamos por lograr el voto femenino? Nadie lo sabía.

Nada más entrar por la puerta, mi madrina asomó la cabeza desde su despacho:

—Niña, ya está aquí el doctor Rueda. Sube a tu cuarto —me ordenó.

El doctor Rueda era un hombre entrañable, con cabellos blancos como la nieve y un monóculo por el que parecía descubrir hasta el mismo origen del universo. Su bigote era gracioso pues lo recortaba, quizá inconscientemente, más por un lado que por el otro. Era un médico de gran prestigio al que caracterizaba su excesiva puntualidad, que contrastaba con las prisas que le envolvían cuando había de marcharse. En silencio, me auscultó con ayuda de su vetusto estetoscopio.

—Respire hondo, señorita Montero —me pidió. Cuando finalizó su labor,

guardó los instrumentos en su maletín y confirmó—: Todo funciona bien, señorita. Quizá fue cansancio o una mala digestión, sí. Debería intentar relajarse por un tiempo. No sé si hay algo que le preocupa, pero ahora que su boda se ha aplazado, tendría que aprovechar para tranquilizarse.

Arqueeé las cejas.

—Sí, doctor Rueda. Así lo haré —le prometí en vano.

Al abrocharme el vestido y cuando el experimentado médico ya se había reencontrado con el picaporte, mi mente conectó un par de ideas y sin pedir permiso a la sensatez, mi boca habló.

—Doctor Rueda, espere un momento —le solicité.

—¿Sí, señorita Montero? ¿Le sucede algo más?

—No, no es por mí —admití ante su asombro—. Verá, usted lleva mucho tiempo sirviendo a nuestra familia, ¿no es así?

—En efecto, señorita. Desde que don Roberto Ribadesella vivía.

—Sí, eso tenía entendido... —reconfirmé—. Y ¿usted se acuerda de un niño que llegó herido a esta casa hace como unos quince años?

—¡Madre del cielo, señorita! ¿Quince años? A saber a cuántos niños he visitado yo desde entonces... —Quiso continuar con su partida, pero entonces se giró—. Aunque ahora que lo dice... Sí, sí que recuerdo a un muchacho que trajeron aquí. Tuve que hacerle varias curas. Llegó muy débil... —Viajaba solo hacia el pasado.

—A ese me refiero —dije exaltada—. Y, y ¿tuvieron algún contacto con su familia? Sé que falleció cuando se fue de aquí, a causa de su herida. ¿Tuvo usted que escribir a sus padres? ¿Sabe si vivían en Barcelona?

—No, no, no, en absoluto. Aquello fue extraño. Nunca supimos su nombre ni procedencia. Tampoco si tenía familia alguna, aunque me figuro que sí. Solo aquel matrimonio que lo trajo y se lo llevó..., pero no eran sus padres. No lo parecían, al menos. Pero, de todos modos, señorita, cuando aquel muchacho partió, ya se había cerrado la herida. No pudo morir por eso. Yo le di permiso a doña Manuela para que avisara a su contacto y recogieran al chiquillo.

Mi estupefacción era visible con solo mirarme.

—Pero yo escuché cómo mi madrina le decía a doña Pilar que había muerto...

—Quizá estoy hablando demasiado, sí. Olvide lo que le he contado. Si eso contó doña Manuela, será que así sucedió. Hace muchos años, señorita, y uno

ya está viejo y torpe con los recuerdos. Bueno, he de irme, tengo otra visita programada en media hora. Si tiene cualquier otro síntoma, comuníquemelo.

Su frágil memoria era, para mí, mucho más real que cualquiera de las afirmaciones provenientes de los labios envenenados de mi madrina. Aquella tarde, mientras yo leía en la salita, mi madrina había interceptado a doña Pilar justo cuando se disponía a entrar para dejar algo de merienda sobre la mesa. Se quedaron en la puerta, no buscó un lugar con más intimidad para informar a su sirvienta de la muerte del chiquillo herido ni para recordarle la importancia de mantener aquel episodio en secreto. Se aseguró así de que yo pudiera escuchar una a una sus palabras. Ella había visto a Paquita en el catre revuelto del pequeño Pedro Liébana. Sabía que no había seguido sus reglas, que había bajado al sótano en contra de sus advertencias. Hacerme cómplice de su falsa muerte era el discreto castigo a mi conducta. Me quedé sentada en la cama un rato. Aquel niño seguía vivo... ¿Y si había descubierto que le había robado el nombre para mi propio beneficio? ¿Y si quería venganza? ¿Y si había mandado a Pascal para que revelase la verdad detrás de aquella firma? Aquel niño me había dicho cómo se llamaba en un último acto de amistad y yo, usurera al servicio de mi egoísmo, le había traicionado. Benedetta había estado en lo cierto desde un principio. Aquella idea del pseudónimo no tenía ni pies ni cabeza y yo lo había llevado demasiado lejos.

Aquel pesar secuestró mi interés en aquellos últimos días de marzo. Indiqué a don Ernesto que don Pedro se había marchado a Barcelona unas semanas. Aquello me daría tregua, pues no tenía intención alguna de desempolvar la chaqueta, las lentes y el bombín ahora que sabía que Pedro Liébana estaba vivo. En otras circunstancias, habría compartido mis pesquisas con Catalina, pero, por una vez, resolví encargarme yo sola de aquel entuerto. Sabía a quién debía acudir, quién podría proporcionarme las respuestas, quién me ayudaría a disculparme con el verdadero Pedro Liébana.

No obstante, para lograrlo, yo también debía dar algo a cambio: mis secretos. Aparentando normalidad, bajé las escaleras de la entrada de la casa hasta encontrarme con la verja. El olor a jazmín seguía siendo el protagonista de la calle. Don Santiago interceptó mi inquisitiva mirada y, algo asustado, se preparó para una nueva correría.

Al trote, fuimos marchando por las vías. El movimiento de los peatones se combinaba con el desesperante ruido de las obras y con los anuncios, en los crecientes establecimientos, de la media tostada, los churros y el café, para

quien gustase tomarlos a esa hora de la tarde. Indiqué a nuestro querido chófer que me dejara en la calle Mayor, justo enfrente de la confitería El Riojano.

—Estaré tomando el té con la señorita De Lucca y la señorita Folch durante un rato, así que puede regresar en un par de horas si no hay inconveniente —le expliqué, al salir del landó.

Entré en la pastelería y conté hasta diez. Después regresé a la calle y me encaminé a mi auténtico destino. Recorrí con premura las callejuelas. Aunque hubiera pasado por allí mil veces como Pedro Liébana, ir vestida de mujer reducía mi valentía y mi seguridad. Fijé la vista al frente para controlar que nadie me importunara y, sin grandes complicaciones, desemboqué en la plaza del Conde de Barajas. Ahí estaba. El robusto edificio, con sus balcones y chimeneas, donde residía Pascal. Lancé una mirada hacia arriba. No sabía con certeza si se encontraría, pero tenía que intentarlo.

Me aproximé al portal y, con cautela, abrí la puerta. Ante mí aparecieron unas escaleras de madera que llevaban hasta un nuevo rellano, con otros peldaños que, ahora sí, conducían a los pisos superiores. Jamás había entrado en uno de aquellos bloques de pisos ni en viviendas de desconocidos. Mis zapatos hacían crujir el suelo de madera, avisando a los residentes de que alguien estaba dentro, ocultando, no obstante, mis intenciones. Alcancé el final del último tramo con aquel nudo en la garganta que me hizo vacilar. Solo había una opción, una vivienda. «Calma, Elisa, debes hacerlo. Es lo correcto», me repetí. Respiré hondo y, cerrando los ojos para protegerme de la realidad, llamé a la puerta. Nadie me respondió ni me abrió. Miré a los lados. «De acuerdo, una vez más y si no, me voy», me prometí. Algo más relajada, creyendo que la puerta jamás se abriría, di dos golpes certeros. Entonces, como en una retorcida ensoñación, el ocupante reaccionó. Tras el umbral apareció el francés. Pascal me contempló contrariado, buscando una explicación, breve e inmediata, sobre mi visita.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó de mala gana.

—Debemos hablar —afirmé.

—Yo no tengo nada de qué hablar con usted —respondió, volviendo a cerrar.

Hábil, frené la trayectoria de la puerta con la mano.

—Espere, Pascal. Le contaré la verdad. Lo prometo.

El gesto de su cara se modificó levemente. Titubeó un segundo y, después,

nada convencido, accedió a dejarme pasar. El ático en el que vivía era distinto a las residencias de mis amistades. Todo en él parecía tener el espacio contado. El techo abuhardillado le confería un extraño toque acogedor a toda la estancia. Nada más entrar, una humilde cama con esqueleto metálico ocupaba la parte central de la habitación. A los lados, dos mesitas de noche, sin nada encima, solo una lamparita y un cenicero. Frente a la ventana, un escritorio que habría movido para poder escribir con aquellas fabulosas vistas de la plaza. Permanecí inmóvil, en medio de la sala, observando cada detalle. Pascal cerró la puerta y se dirigió a su modesto despacho sin paredes.

—Siento no hacerle una visita guiada por mi residencia. Espero que no le ofenda —me indicó con cinismo—. Siéntese donde vea que hay, ya sabe, un asiento.

—Prefiero quedarme de pie.

—Como usted quiera.

Pascal parecía cualquier cosa menos interesado en lo que tenía que contarle.

—Escuche, sé que me he ganado su desprecio, pero ¿podría mirarme, al menos?

—Por supuesto, discúlpeme, *madeimoselle*. —Giró la silla de madera y disfrutando de mi momento de vulnerabilidad, me dio paso con un—: Cuénteme, señorita Montero. ¿Qué clase de buena intención la ha traído hasta aquí?

Me aguanté mi orgullo, recordando que aquella era la última vía de comunicación que me quedaba con el verdadero Pedro Liébana.

—Excuso decirle que no puede revelar una sola palabra de lo que le cuente hoy aquí. Lo hago porque creo que le debo una explicación al dueño del nombre que he robado y pienso que usted me puede ayudar a conseguirlo. ¿Me lo promete? ¿Promete que solo se lo contará a Pedro Liébana y su familia, llegado el caso?

—Sí, sí, se lo prometo. No sé si se ha dado cuenta de que no me interesa torturarla, en absoluto —aseguró, en referencia a su silencio.

—De acuerdo —asentí—. Verá, puede que sea confuso para usted, pero... donde usted ve a una joven caprichosa, aburrida y obsesionada con su compromiso, que solo pide, pide y pide..., en realidad, hay una chica enamorada de la escritura. Casi desde donde alcanzo a recordar. Cuando tenía siete años, me trajeron a Madrid desde un pueblo de Extremadura. Al parecer,

mi padre se arruinó a causa de sus trapicheos y el alcohol y no podía hacerse cargo de mí. Así que decidió enviarme con su hermana, mi madrina, para que ella me educara. Los primeros años en la casa de doña Manuela fueron dulces y amargos a partes iguales. Me sentía sola, abandonada por mi familia y apabullada por la dureza de mi madrina. Pero entonces, dejó que comenzara a leer periódicos, a copiarlos, a usar la máquina de escribir. Me enseñó a leer, a viajar con la mente a través de un par de renglones. Al cumplir diecisiete años, pedí que me dejaran escribir en el periódico de don Ernesto, pero ¿sabe cuál fue la respuesta? Que una muchacha como yo no podía ser redactora. Así que me conformé con ser la secretaria, con ver, tras la barrera, cómo López, Morales y Fernández convertían los hechos en noticias, en crónicas, en críticas... Pero el deseo de publicar, de escribir, se iba haciendo más y más fuerte. La señorita Catalina Folch me sugirió que, para evitar sospechas y que rechazaran mis escritos, utilizara un nombre falso. Y ahí fue donde me acordé de Pedro Liébana. Me hicieron creer que él había muerto a causa de sus heridas. —Recordé—. Creía que utilizar su nombre podía ser un bonito homenaje, pero me equivoqué... Sí, está claro que me equivoqué. Él... Bueno... Poco tiempo después de llegar a Madrid, en medio de la noche, trajeron a un chiquillo herido a la casa de mi madrina. Le habían disparado, estaba muy mal. Me prohibieron bajar al sótano, pues nadie debía hablar con él, pero mi curiosidad tuvo más fuerza. Recuerdo que en aquellas semanas, se convirtió en un buen amigo. —Esboqué una sonrisa—. Jugábamos a toda clase de juegos, soñábamos despiertos con cruzar el Mediterráneo a nado hasta...

—Cerdeña —continuó Pascal.

Mi relato me había hecho ensimismarme y no darme cuenta de que la expresión en la cara de Pascal era diferente. Tenía el ceño fruncido, los ojos abiertos, la mirada perdida. ¿Cómo sabía lo de Cerdeña? A menos que...

—Usted es... —Tapé mi boca.

No me contestó. Seguía obnubilado con algo. Todo mi mundo estaba del revés. ¿Cómo era posible? Bajó la vista.

—Hace mucho tiempo que no soy él. Quince años para ser exactos. Así que, en cierto modo, no la mintieron del todo.

—Pero..., pero..., pero... usted se llama Olivier Pascal y es francés, de madre descendiente de emigrados españoles, sus abuelos, que le enseñaron a hablar español. Y tiene dos hermanas menores. Y...

—Vamos, señorita Montero. Usted hasta hace dos días fingía ser un

hombre. ¿Tan difícil le resulta de creer?

—Pero ¿qué ocurrió tan horrible para que tuviera que renunciar a su identidad? —me interesé atónita.

Dudó. Entonces, se incorporó y bajó las endebles persianas de todas y cada una de las ventanas. Después, echó el cerrojo en la puerta, tras confirmar que no había nadie en el descansillo.

—Se lo contaré. Supongo que es lo justo, después de que usted me haya confesado sus pecados. Pero ahora soy yo quien le pide su más absoluta discreción.

Asentí con la cabeza, aún sin creermelo nada de todo aquello.

—Al igual que usted, yo también tuve que abandonar mi hogar. Viví en Barcelona hasta los once años. Con esa edad no entiendes casi nada del mundo y mucho menos de política. Con el tiempo, lo llamaron Semana Trágica... Hacía tiempo que mi padre se había unido a un grupo de anarquistas que defendían la insurrección armada como medio para obtener derechos. Pero el problema llegó cuando su nombre quedó vinculado a las protestas. La ciudad se sumió en la paranoia y los vecinos comenzaron a delatarse unos a otros. Un día, después de un altercado con un guardia civil, mi padre desapareció, así que, cuando vinieron a buscarlo a casa, solo estábamos mi madre, mis hermanas y yo. Una buena amiga nos alertó de que habían informado a las autoridades de dónde vivía mi padre, así que nos preparamos para huir. Ni siquiera el disparo de aquel guardia nos impidió abandonar la casa. La familia de mi madre, doña Cecilia Ribelles, era propietaria de una de las fábricas textiles más antiguas de Cataluña, así que tenía buenos contactos aunque la hubieran desheredado hacía años. Recurrí a una amiga de la infancia, doña Eulalia Casals, con la que aún se carteaba de vez en cuando. Su marido, el señor Jean Marc Villeneuve, es un importante diplomático francés que, por entonces, trabajaba en la embajada de Madrid. Él estaba en Barcelona cuando ocurrió todo y cuando mi madre mandó un cable a doña Eulalia, él pasó a ocuparse de la situación. Así decidieron que mi madre y mis hermanas partieran inmediatamente a París para que, con su ayuda, iniciáramos una nueva vida, sin las sombras de mi padre y la represión acechándonos. Yo debía reunirme con ellas cuando mi herida cicatrizase, no podía hacer un viaje tan largo en ese estado. El señor Villeneuve creyó conveniente que me recuperara fuera de Barcelona para evitar peligros, así que me trajeron a casa de un contacto suyo, cerca de su residencia en la

capital, hasta que estuviera curado. Estaba muy grave, aunque me extrajeron la bala en Barcelona, no cosieron bien la herida y se me infectó. Estuve a punto de morir en el trayecto, pero alcancé a oír sus instrucciones entre sueños. Fueron claras: «No digas tu nombre a nadie, Pedro». No me acordaba de que había hecho esa excepción con aquella niña. —Se detuvo un momento—. Con usted.

Su historia era conmovedora. Mis ojos vidriosos observaban cómo él revivía todo aquello.

—Apenas recuerdo nada de esos días. Lo único que alcancé a ver de la casa del contacto del señor Villeneuve y la señora Casals fue aquel diminuto cuarto, a un doctor, a una doncella y a usted. Aunque durante mucho tiempo creí que lo había soñado todo. Cuando volvieron a buscarme, me envolvieron en una manta y lo siguiente que recuerdo es estar en un carruaje de camino a París. Allí me reencontré con mi madre y mis hermanas. Pero ya no eran ellas. Ya no eran doña Cecilia Ribelles ni Blanca y Cecilia Liébana. Ahora se hacían llamar Marguerite, Lucille y Silvie Pascal. Y yo también tenía un nuevo nombre. «Ya no eres Pedro Liébana, ahora te llamas Olivier, Olivier Pascal. Pedro Liébana ya no existe», me repitió la señora Casals, una y otra vez, durante varios meses. Entenderá que, cuando años después, empecé a ver que alguien utilizaba mi antiguo nombre para firmar crónicas en Madrid, me asegurara de que mi periódico me enviase a España como corresponsal. A la redacción de París suelen llegar ejemplares de otras cabeceras europeas y la buena amistad entre el señor De Flers y don Ernesto convirtió *El Demócrata de Madrid* en uno de los periódicos que recibíamos para estar al tanto de la actualidad política española. Ese nombre que ha empleado no es seguro, señorita Montero, ni para mí ni para nadie.

De pronto, todo comenzó a tener un sentido completo. Debí sentarme para asimilar toda aquella información. El señor Olivier Pascal, al que tanto había detestado, era mi amigo del sótano, era Pedro Liébana. Le había obligado a usar su nombre para llamarme. Lo miré.

—Por eso usted fue a visitar a don Ernesto nada más llegar a Madrid —recordé, pálida.

—Exacto. Quería conocer a aquel periodista y para ello primero debía formar parte del círculo de confianza del señor Rodríguez de Aranda. Al principio, creí que iba a ser sencillo desenmascararlo, con todos aquellos pretextos para no aparecer, pero cuando vi que detrás de la firma había un

hombre de carne y hueso, me di cuenta de que solo ganándome su confianza podría averiguar qué escondía tras su esquividad y si ese nombre le pertenecía de veras sin poner en peligro mi nueva identidad. Y con la decisión del falso Pedro Liébana de trasladarse a Madrid por un tiempo, me terminé de convencer de que debía hacerme amigo suyo. Y, bueno, también vigilarlo de cerca, usted ya me entiende. No recordaba haberle dado mi nombre a esa niña. Esos días están muy borrosos en mi mente, solo me acuerdo de detalles sueltos, como lo de Cerdeña o el olor del carruaje. —Hizo una pausa—. Yo creía que era un cebo de la Guardia Civil para dar con mi padre o de mi padre para contactar con nosotros. Desconocía que, en medio de todas mis sospechas, usted también guardaba secretos y que no estaba dispuesta a proporcionarme tal información.

—Si lo hubiera sabido, no habría usado su nombre. Siento mucho... —lamenté.

—No había manera —me cortó—. Yo aún no puedo creer que haya pasado tanto tiempo con usted sin percatarme de que, en realidad, era una mujer. Parecía tan... tan..., ya sabe, parecía un hombre.

—Señor Pascal creo que ambos sabemos que cuando a uno le mueve la necesidad, es capaz de actuar como jamás hubiera imaginado —apunté.

Alcé la vista. El reloj marcaba las ocho.

—He de irme. —Me sobresalté—. Mi cochero pasará a buscarme en unos minutos por la calle Mayor.

—Señorita Montero, no sé si he hecho bien en confesarle toda mi historia. Jure que no dirá una palabra. No solo yo dependo de ello, también mi madre y mis hermanas. Por favor.

—Quédese tranquilo. También yo estoy vinculada a ello si recuerda. Será nuestro secreto.

Pascal asintió con la cabeza. Lo era. Y si caía uno, caíamos los dos.

El relato de Pascal seguía dando tumbos en mi cabeza. En aquellos días había recordado con sorprendente nitidez el instante en que, asomada por los barrotes de la escalera principal, había visto cómo entraban a alguien en una camilla. Recordé mi primer encuentro con el niño del sótano. Sus cabellos claros y sus ojos azules me habían maravillado. Los comparé con los de

Pascal. Sí, el pelo se le había oscurecido con los años, pero aquellos ojos... Debí haberlo apreciado. Pero ¿quién podía haberlo sabido? ¡Se suponía que Pedro Liébana estaba muerto! Todo se había vuelto demasiado confuso. Y para más inri, Pascal seguía desaparecido. Aunque yo también había ocultado a Pedro Liébana por un tiempo. Ya no me sentía dueña de aquel nombre. Pertenece al doloroso pasado de la familia de Pascal. De hecho, me sentía incapaz de escribir un solo artículo. Me quedaba petrificada frente a la máquina de escribir, inmóvil, sintiéndome una estafadora. Y, por desgracia, aquella falta de inspiración enseguida fue detectada por don Ernesto, quien pagaba mi nómina. Gracias a Dios, en la secretaría de la redacción todo continuaba, más o menos, como de costumbre. Ir allí me devolvía a una realidad de la que hubiera preferido no salir nunca.

Aquella tarde, cuando regresaba de hacer un par de recados y de esquivar al atolondrado de Simón en el portal, la reja del ascensor me descubrió una inesperada presencia. Era Pascal. También él se sorprendió al verme, pero ambos intentamos no inmutarnos. Estaba convencida de que jamás me perdonaría el embrollo que yo sola había originado.

—¿Ha venido a ver a don Ernesto? —me interesé.

—Sí..., ya sabe..., llevo un tiempo algo ausente.

Asentí.

—¿Vendrá esta noche a la cena en casa de la familia De Lucca? Es el cumpleaños de la señorita Benedetta...

—Sí, recibí la invitación de don Giancarlo, pero no creo que asista —contestó esquivo.

—Escuche, señor Pascal, de verdad que siento... —intenté explicarme.

—Señorita Montero, no hace falta que vuelva a disculparse, de veras. He de irme.

Resoplé, apenada por cómo se habían desarrollado los hechos. Aún cariacontecida, entré en el periódico, donde me aguardaba un nuevo desafío. Antes incluso de poder dejar el abrigo en el perchero, el director salió de su despacho, enfurecido.

—¡Maldita la estampa del malnacido Ejército y sus censores del infierno! —vociferó, captando la atención de todos.

—¿Qué ocurre, don Ernesto? —se extrañó doña Carmen.

—¿Que qué ocurre? ¡López! ¡Morales! ¡Fernández! ¡Simón! ¡Atiendan! —Buscó a alguien con la vista—. ¿Dónde está Simón?

—Le acaba usted de decir que se acerque a la estación de Mediodía —le recordó Fernández.

—Ah, sí, es verdad. Bueno, pues los demás. Me acaban de llamar para comunicarme que no podemos publicar nada con respecto al suceso en el expreso de Andalucía.

—¿Y eso por qué? Si hemos pasado todo el día recabando información, Simón, Fernández y yo —se indignó Morales.

—Órdenes del Directorio. Nos avisarán con cualquier cambio. Así que vayan pensando alguna noticia estúpida para rellenar el espacio que ha quedado descubierto. Y rápido —decretó.

Comprendía el malestar de don Ernesto. A primera hora de la mañana de aquel sábado 12 de abril de 1924, habíamos recibido una desconcertante información. Al parecer, en la noche del viernes, unos ladrones habían asaltado el rápido de Andalucía en cuyo coche de correos habían asesinado a los dos funcionarios a cargo en aquel trayecto: el oficial primero, Santos Lozano León, y el oficial segundo, Ángel Ors y Pérez. Los bandidos habían estudiado con exhaustividad el recorrido del tren, el alto valor de los paquetes transportados así como los momentos más recomendables para subirse a él. De este modo, al detenerse el expreso en Córdoba, habiendo sospechas de los carteros de las paradas anteriores —Alcázar, Marmolejo o Villa del Río—, los encargados de recoger el correo de la ciudad se dirigieron al coche estafeta y hallaron los dos cadáveres. El rumor del crimen se había extendido como la pólvora y todos los periódicos habían puesto a sus redactores a funcionar. Unos marcharon al lugar del suceso, otros visitaron a las familias y otros trataron de entrevistar a algún compañero de los fallecidos. Mas, por razones que se escapaban a mi entendimiento, el Directorio había optado por ocultar aquella noticia, por el momento.

—Bueno, don Ernesto, guardaremos todas las notas por si nos dejan publicarlo más adelante —propuso el cabal de Fernández.

—Sí, sí, hagan eso —respondió el director tocándose las sienes, aquejado de un fuerte dolor de cabeza.

—Rescataremos algo de la pugna por el poder en Rusia entre el señor Stalin y el señor Trotsky. Desde que murió el señor Lenin en enero, siempre hay alguna novedad. Y eso no nos lo elimina nunca el censor —indicó Morales.

—Lo que quieran, pero sean eficaces —apuntó don Ernesto—. Y, por

cierto, ¿alguien sabe dónde demonios se ha metido el señor Liébana? Desde que se marchó a Barcelona no ha dado señales de vida.

Me sentía aludida. Me mordí el labio.

—Elisa, querida, si ves a la señorita Folch, dile de mi parte que le diga a su querido don Pedro que tiene un trabajo. El dinero que recibe todos los meses no es por respirar, por si tiene alguna duda. Es que ¿quién me mandaría a mí fundar un periódico? ¡Con la cantidad de empresas que podría haber montado! ¡Y yo aquí peleándome con escritores, aspirantes a políticos, censores y periodistas!

—Se lo diré, don Ernesto. Estoy segura de que habrá alguna explicación para ello.

—Eso quiero saber yo. Venga, pónganse todos a trabajar de una vez. Detesto el inmovilismo y la pereza. —Y con un portazo, nos abandonó.

La fiesta de cumpleaños de Benedetta hizo que olvidase el malhumor de don Ernesto. Aun así, seguía preocupada por la tapadera de Pedro Liébana, por el bloqueo que me impedía cumplir con mis obligaciones y por las crecientes complicaciones en el quehacer periodístico. Entre copa y copa de *champagne*, intentaba desinhibirme y, sin querer, buscaba a Pascal entre la multitud. No, no iba a venir. Francisco contaba a todos los invitados el probable acuerdo con el Martin's Bank, al tiempo que todos le repetían lo mucho que confiaban en que cerrase aquel trato con los ingleses. En su último viaje, los hermanos De las Heras y Rosales se habían reunido con los dueños del Barclays Bank en Londres y con los del Banco de Liverpool. Pero ellos estaban centrados en sus inversiones y fusiones en los territorios coloniales, así que contactaron con el Martin's Bank, algo más predispuesto a negociar. Personalmente, esperaba que por fin lograsen un socio sólido pues aquello supondría su regreso a casa, nuestro matrimonio y una vida más corriente.

En un momento dado, me las ingení para escabullirme y reunirme con Catalina, que charlaba con uno de los primos de doña Carmen Bernardo. Desde allí, contemplamos lo mucho que había cambiado Benedetta. Acompañada de su adorado alférez, saludaba a toda la sala con la sonrisa más amplia que jamás había decorado su rostro y aludía a la venidera ceremonia

nupcial.

—Debo inventarme alguna excusa para justificar la ausencia de don Pedro desde su partida a Barcelona. Quizá don Ernesto te pregunte hoy por su paradero y necesito que seamos verosímiles en nuestra respuesta —le expliqué susurrando.

—Un momento, ¿por qué ha desaparecido don Pedro? ¿Ha ocurrido algo?

—No, no, nada... Es solo que... —dudé.

No, no podía decirle una sola palabra. Lo había prometido.

—... quiero centrarme en Elisa por un tiempo. Me estaba arriesgando demasiado con don Pedro y, al notar que me perseguían, me asusté. Benedetta tenía razón. Es mejor parar antes de que alguien me descubra.

—Hum... Interesante decisión... Bueno, al fin y al cabo, don Pedro siempre te ha pertenecido, puedes hacer lo que quieras con él.

—Sí, bueno...

—Don Ernesto quiere una explicación, ¿no es así? Pues deberás darle una que no le haga sospechar ni montar en cólera. Diremos que don Pedro está con su madre enferma.

Aquella espiral de mentiras era cada vez más atroz.

—Está bien, haremos eso. Además, don Ernesto ya sabe que marchó a Barcelona, pero no el porqué —acepté y bebí de mi copa.

Continuamos con nuestro repaso a los invitados, con las conversaciones superficiales y el *champagne*. Benedetta nos dedicó unos preciados cinco minutos en los que nos repitió la misma insulsa poesía con la que saludaba al resto de conocidos. Era comprensible. Por una vez, no era doña Carmen Bernardo quien acaparaba las atenciones y las miradas. Sonreí sin motivo. Entonces, entre los coloridos vestidos y los impolutos trajes de chaqueta de los caballeros, reconocí su silueta. Había venido. Volví a sonreír. Que Pascal hubiera determinado ocultarse me hacía sentir culpable, así que ver cómo volvía a los eventos públicos era una suave luz al final del túnel. Don Giancarlo nos indicó que pasáramos al salón a cenar. Una vez más, la familia De Lucca no defraudó con la distinción de los centros de mesa, con la eficiencia del servicio y con la reseñable habilidad de su cocinero italiano para crear absolutas *delicatessen*. Y es que, mientras otros palacetes madrileños presumían de su chef francés, don Giancarlo había decidido ir en contra de lo establecido y contratar al mismo cocinero que le servía en Florencia.

—Menuda estupidez. ¿Cómo va a triunfar ese engendro de la radiofonía? Y ¿qué pretenden? ¿Que la gente se compre receptores para instalarlos en sus casas? —se quejaba don Ernesto.

—Sí, querido. Así está ocurriendo en otros países —le señaló doña Cristina.

—Yo que usted no infravaloraría el poder de la radio, don Ernesto. En poco tiempo será una realidad —le advirtió Francisco.

—Sí, y quizá desbanque a los periódicos —intervino Pascal.

—Pamplinas. Todo el mundo sabe que es mucho más barato comprar un ejemplar que un receptor. No seamos ingenuos —le rebatió don Ernesto—. En fin, dígame Pascal, ¿qué tal su viaje por el sur de la península?

Cruzamos las miradas como únicos dueños de la realidad, que manipulábamos a nuestro antojo.

—Tremendamente interesante, don Ernesto. Desconocía que Sevilla fuera tan hermosa. Me ha llamado la atención esa mezcla con la arquitectura árabe.

—Ya sabe, señor Pascal. Nuestro país tiene ricas y diversas influencias —destacó mi madrina.

—Y estoy seguro de que alguien inteligente como el señor Pascal es capaz de captarlas a la perfección en sus artículos —le aduló Francisco.

—Espero que haya dejado algo, en exclusiva, para sus lectores de *El Demócrata* —señaló don Ernesto.

Durante el resto de la cena me vi incapaz de dirigirle la palabra. Tenía miedo a ofenderlo más, a que terminara de aborrecerme. Al rato, don Giancarlo preguntó a don Ernesto por el crimen del expreso, abriendo un debate sobre qué había sucedido y por qué no había podido salir impreso en los periódicos. Las teorías eran diversas y disparatadas. Relajada, pues era una cuestión en la que podía intervenir al haber estado en la redacción durante todo el día, me decidí a hablar.

—Yo opino que... —comencé.

—Elisa, querida, ¿por qué no tocas algo en el piano? —me propuso Francisco, quizá ignorando que quería participar en la animada conversación de nuestro lado de la mesa.

Cerré la boca. Mientras me acercaba al piano, meditaba sobre lo muchísimo que reprobaba aquella insistente proposición de Francisco. Era como si me encadenase a la idea de servir de ornamentación, de ser el hilo musical de las charlas en las que quería intervenir, de ser el telón de fondo de

la vida que quería vivir. Me senté de mala gana en el taburete. Lo que era seguro es que no pensaba, ni por asomo, tocar una sola nota de *Para Elisa*. ¡Por encima de mi cadáver! Moví los dedos para calentarlos y, además, para escoger una canción. Las teclas blancas me asistían en mi titubeo, pero las negras, pequeñas y caprichosas, me instaban a que me decidiera. Rocé con la yema del dedo índice una de ellas. En medio de aquella musical indecisión, alguien se sentó a mi lado. Alcé la vista, confusa. Sin decir nada, dio comienzo a una melodía que yo conocía bien. Era la misma que había pretendido interpretar en aquella misma casa, en el piano de la salita, antes de que una sugerencia la interrumpiera. *Clair de Lune* de Debussy. Sin vacilar ni esperar a su consentimiento, me entrometí.

Al principio, nuestras manos se coordinaban con torpeza, pero, poco a poco, aquel vals de teclas y tonos fue tomando una bella forma. Era extraño tratar de tocar el piano con otra persona. Ya no solo debía prestar atención al movimiento de mis dedos, debía respetar el de los suyos, adaptarme al tempo, marcar el ritmo en consenso, experimentar aquel trance melódico en compañía. Yo, que estaba tan acostumbrada a viajar sola por las líneas del pentagrama, sin más equipaje que mi imaginación... Nuestros brazos se rozaron, pero no me importunó, estaba demasiado concentrada en aquella conversación sin palabras ni gestos. Mis labios esbozaban sonrisas que no habían sido maquinadas por mi consciencia. Mis dedos se movían con rapidez en aquella última parte, escoltados por los suyos, acompañándose como si pertenecieran al mismo ser humano. La nota final se quedó a vivir, durante unos segundos, en mis oídos, que le contaron a mi boca que no debía abandonar aquella sonrisa, que le recordó a mis ojos que ya podían dejar de contemplar el piano.

—Desconocía que supiera tocar —afirmé.

Miré a la mesa. El resto seguía entregado a sus chismorreos. Nadie se había percatado de la melodía ni de su irremediable fin.

—Bueno, para ser sinceros, creo que, en realidad, no sabemos mucho el uno del otro.

—Tiene usted razón. —Sonreí de nuevo.

Hizo amago de levantarse, pero se detuvo.

—Señorita Montero, sé que he estado distante desde que... Ya sabe... Pero necesitaba asimilarlo todo. Usted me hizo recordar y, bueno, aún estoy un poco confundido con todo esto... —titubeó—. No sé si procedería, pero

¿querría dar un paseo conmigo mañana? Desde el otro día tengo una extraña sensación, como si la conversación no hubiera terminado —me propuso en voz baja.

—Mañana no puedo. Es el último día de Francisco en la ciudad y...

—Oh, sí, sí, por supuesto. Olvídelo. No pretendía entrometerme en...

—No, no, pero si usted está disponible el lunes, me encantaría finalizar nuestra charla. Puede venir a buscarme a la salida del periódico.

—El lunes entonces. Perfecto —asintió el corresponsal de *Le Figaro*.

El domingo se lo dediqué íntegro a Francisco. Fuimos a la iglesia a primera hora y, después, paseamos y comimos en el hotel Ritz, junto con mi madrina y doña Asunción. De tanto en tanto, me abordaba el entusiasmo. Estaba intrigada por mi encuentro con Pascal. ¿Le habría quedado algo por contarme? Aquella curiosidad fue en aumento durante toda la jornada del lunes. Por la mañana, don Ernesto recuperó el color en su rostro. El Directorio había desbloqueado la información sobre el crimen del expreso de Andalucía, con lo que el martes saldría en primera plana con una nota explicativa. Morales, Fernández y Simón se afanaron en reunir todos los datos que habían recabado en los días previos para proporcionar una crónica fidedigna sobre los hechos acaecidos el viernes noche. Yo continué atendiendo el teléfono, que estaba más impertinente que de costumbre. Al finalizar mis tareas, cogí mis bártulos como un rayo y me despedí de los apurados redactores. Había dejado dicho a don Santiago que no pasara a recogerme aquella tarde. Catalina era mi coartada, esa vez. Cuando salí del portal, tanteé con los ojos la calle. Ahí estaba, apoyado en el muro del edificio, con su cigarro y su sombrero. Me acerqué, con un repentino arrebató de timidez que capturaba mi garganta.

—Buenas tardes, señorita Montero.

—Buenas tardes, señor Pascal.

—¿Adónde le gustaría ir? —me preguntó.

—¿Ha visitado el parque del Retiro?

—Solo en una ocasión.

—¿De veras? Vayamos allí, entonces —resolví.

Fuimos al sur por la misma calle Velázquez hasta topar con aquel

magnífico jardín enrejado. Nos colamos en la frondosidad de sus árboles y en la riqueza de sus fuentes por una de sus puertas, dejando que sus caminos, el quiosco de música y los monumentos nos contasen historias de Madrid. Pasamos por delante de la Casa de las Fieras, donde algunos chiquillos daban comida a los elefantes que allí vivían. Admiramos el recién concluido monumento al rey Alfonso XII, imponente guardián del estanque, y nos detuvimos, unos segundos, en la delicada belleza del Palacio de Cristal. Nuestros pasos quedaban acompañados por una conversación que fue adquiriendo fuerza a medida que pasaron los minutos. Nos perdimos en la memoria, rebuscando detalles que nos transportaran a aquel cuarto en el que nos habíamos conocido años atrás. Una habitación en la que yo me sentí a salvo, cuando nuestras vidas y familias se descomponían.

—¿Entonces apenas recuerda algo de su estancia en nuestra casa? — confirmé.

—Casi nada... Solo imágenes perdidas e inconexas que el paso del tiempo ha privado de sentido.

—Olvídelo, no importa —respondí, temerosa de importunarle con mi curiosidad—. Bueno, señor Pascal, ya que nos estamos conociendo ahora, ¿podría relatarme cómo llegó a ser periodista? Pero, esta vez, de verdad.

—Aunque le sorprenda, no le menté sobre mis inicios. Como le conté, llegamos a París con ayuda de los señores Villeneuve. Al principio, nos mantuvimos gracias al último acto de beneficencia que hizo mi abuelo. Él había desheredado a mi madre por casarse con mi padre, que era uno de los trabajadores de su fábrica textil. Cuando se enteró de que habíamos huido, debió de pensar que éramos demasiado desdichados como para retirarnos su mano también. Mi madre se negó, pero después comprendió que si no accedía, moriríamos de hambre. Con ese dinero montó una pequeña imprenta que empezó a prosperar. A los tres años, el matrimonio Villeneuve se trasladó también a París y nos volvió a ofrecer su protección. Sobre todo a mí. A través de la imprenta, empecé a adentrarme en el mundo de los periódicos. Comencé siendo el chico de los recados para contribuir con un sueldo más en mi casa, pero el señor Jean Marc vio algo en mí, así que se convirtió en mi mecenas. Pagó mis estudios en La Sorbona, previo acuerdo de que le devolvería hasta el último franco cuando tuviera ingresos suficientes. Enseguida me interesé por las cuestiones internacionales, quizá porque no siento que pertenezca a ningún país, a ningún Estado, y tras mi

paso por la universidad, *Le Figaro* me mandó como corresponsal a Bruselas. Regresé a París por unos meses y después me enviaron a Alemania hasta que convencí a mis directores de que debía viajar a Madrid.

—Madre del cielo. Sé que no lo ha pasado bien, pero he de admitir que ha tenido usted una vida apasionante —admiré—. Ojalá yo hubiera podido recorrer todos esos lugares.

—A juzgar por cómo escribe, no entiendo por qué no le han permitido dedicarse a ello —opinó—. Todas esas crónicas, la entrevista a Basallo, los artículos sobre el gobierno... Todo lo hizo usted. Es increíble.

—Sí, pero en el mundo en el que vivimos, no es lo mismo ser un hombre que una mujer. Créame, por más que lo intenté, siempre había un límite. Mi madrina se moriría si supiera que soy yo la que escribe con la firma de Pedro Liébana. Y don Ernesto. Y Francisco. Sería el fin.

—Pues es injusto. No conozco a muchas mujeres periodistas, pero de haber alguna en Madrid, debería serlo usted.

—Se lo agradezco, señor Pascal. De veras. Es la primera persona que me lo dice. Bueno, sin contar a la señorita Catalina Folch. Ella es mi cómplice en todo esto. Bueno, y la señorita Benedetta de Lucca. Aunque no les he dicho nada de lo que usted y yo sabemos. Solo que he decidido que Pedro Liébana debe desaparecer...

—¿Va a hacer eso? —se extrañó. Pascal paró de caminar.

—Por supuesto, sí. No quiero causarle más problemas. Encontraré un nuevo modo de escribir.

Hubo un silencio.

—Como le dije, señorita Montero, utilizar ese nombre es peligroso. Aunque, llegados a este punto, no sé con exactitud cuánto. No hemos tenido grandes noticias de mi padre desde que nos fuimos, pero, antes de venir a Madrid, me preocupé en cerciorarme de sus últimos delitos. No ha cesado en la lucha armada. Si utiliza ese nombre, tendrá que ser consciente de los riesgos que conlleva y guardar a buen recaudo el disfraz ante la más mínima sospecha de que algo va mal. No me perdonaría que este asunto llegase a poner en peligro a mi familia.

—Lo sé, me hago cargo. —Detuve un instante mi discurso—. Si le sirve de algo, Pedro Liébana lleva resucitado casi tres años y no ha ocurrido nada. Siempre he sentido una suerte de manía persecutoria, pero ahora que sé que era usted quien me espiaba, no creo que nadie más esté interesado en mí o en

su padre. Y mucho menos en su familia —afirmé.

Volvió a meditar.

—Al fin y al cabo, usted fue la última persona que lo vio con vida. Y, quizá, sea la más indicada para mantener lo que queda de su recuerdo. Además, no imagino *El Demócrata* sin esa firma por mucho que me siga resultando extraño verla. Si quiere, puede seguir utilizando ese nombre, señorita Montero. Siempre y cuando sea cauta.

—Gracias por la confianza, señor Pascal. Lo pensaré detenidamente.

Asintió. Contempló de reojo mis titubeos, mi debate entre lo que quería y el temor que me producía el empeorar la situación.

—Así que la señorita Folch es su compinche en toda esta historia que se ha montado —señaló—. Debí haberlo imaginado... Y, dígame, ¿cómo llegaron a la conclusión de que ella fuera la novia de Pedro Liébana? —preguntó divertido.

—Todo fue consecuencia de sus acusaciones. Le escuché en la redacción, sembrando dudas sobre la hombría de don Pedro. Así que debí tramar un plan efectivo para solventarlo. No me lo ha puesto nada fácil desde que llegó, señor Pascal.

—Era mi función, señorita Montero. Recuerde que mi intención era destapar al farsante de Liébana. Aunque, claro, no sabía que tenía oídos duplicados... Y una curiosidad, ¿ensayaron ustedes lo de las carantoñas y los besos? Porque era usted en realidad... Era usted, era...

Le di un golpe en el brazo.

—Déjelo, señor Pascal. Es mejor no ahondar en los pormenores de mi estrategia.

—Pero es que era usted y se besó con la señorita Folch. Aunque también era usted cuando le incité a que intimara con aquella muchacha en el Barbieri... Por eso salió corriendo. —Pascal estaba conectando todo—. Y cuando bebíamos y fumábamos y en el café Pombo y en aquella pelea en Los Gabrieles... Dios mío, creo que necesito unos minutos para asimilarlo.

Aquella semana, *El Demócrata* vivió días alegres. Las noticias sobre el crimen del expreso hicieron que la venta de periódicos se disparase. Los ciudadanos estaban conmovidos por el suceso y demandaban más y más

datos. Además, antes de que pasaran diez días, Pedro Liébana volvió a la ciudad. Con el visto bueno de Pascal, me resultó imposible no hacerlo. A Catalina le dije que había vuelto a cambiar de parecer y, como siempre, ella me apoyó. A don Ernesto, por su parte, le hablé de la exitosa recuperación de mi enferma madre y ahí zanjé la cuestión. Sin embargo, fue un extraño regreso. Todo parecía estar en calma, aunque, en el fondo, todo había cambiado. Pascal y yo guardamos a buen recaudo nuestros secretos, pero él sabía quién estaba detrás y aquello modificó nuestros diálogos y su cercanía.

Juntos, asistimos en mayo a la llegada de don Douglas Fairbanks y la señorita Mary Pickford a la estación del Norte. Era emocionante poder ver a dos estrellas de Hollywood en persona, sin la pantalla que nos separaba en el cine. Ella era una joven de melena rubia, con cara aniñada y dulce sonrisa. La llamaban «la novia de América». ¡Qué título tan notorio! Él, por su parte, era un caballero de porte elegante, cabello engominado y una mirada que transmitía amabilidad. Los vecinos de la Villa estaban revolucionados y más lo estuvieron cuando él, ante la espesa multitud que les impedía avanzar hacia el automóvil, cogió en brazos a su esposa y la llevó hasta el vehículo. Una estampa propia de cualquier largometraje yanqui. Los fotógrafos estaban dedicados, en cuerpo y alma, a la impresión de placas para que aquel elegante viaje a la Villa y Corte no terminase nunca. Gracias a Pascal y a sus conocimientos de la lengua inglesa, pudimos entrevistarlos en el hotel Ritz. Fue una experiencia sin precedentes que apareció, eso sí, en *El Demócrata de Madrid* con ambas firmas.

Con la llegada de julio, arribó también la tradicional corrida de la Asociación de la Prensa. Años ha, había supuesto un elemento culminante en el conflicto con los periódicos favorables al Sindicato Español de Periodistas, pero con la subida de don Miguel Primo de Rivera al poder, se había logrado suavizar aquella lid intelectual y, en consecuencia, la tensión en aquella celebración taurina. Don Ernesto, por su parte, seguía alineado con el señor Francos Rodríguez, así que, sin vacilar, confirmó su asistencia, la de López, la de Pascal y la mía a tan destacado acontecimiento.

Así, después de pasar la mañana en la redacción, cumpliendo directrices de doña Carmen, me marché a casa, veloz, y me transformé en Pedro Liébana

para acudir a la cita en la plaza de toros. No obstante, aquel sábado, aparte de la presión habitual, se le sumaba el inevitable hecho de que me encontraba en esos días del mes en los que las mujeres debemos lidiar con nuestro propio cuerpo, física y psicológicamente. Sí, el dolor menstrual bombardeaba mi vientre y alteraba mis hormonas mientras yo intentaba pasar por hombre. Mi humor no era el más boyante, pero empeoró cuando, al reunirme con mis acompañantes, debí escuchar una enorme ristra de quejas acerca del calor, de un tirón en la espalda y de «una molestia extraña en el diente de oro» de don Ernesto. Puse los ojos en blanco, tratando de contener mi exasperación.

Entramos en el coso, donde distinguidas damas, con sus inseparables mantillas, y gentiles caballeros esperaban a que comenzara el espectáculo. Maera, Marcial Lalanda, Villalta y Algabeño eran los cuatro toreros encargados de aquella faena, en la que estaba en juego la Oreja de Oro, otorgada por la Asociación. Las guirnaldas contribuían a decorar la arena, que, no obstante, no había logrado vender todas sus localidades por el elevado precio de las entradas.

Don Ernesto no tardó en encontrarse con alguna de sus amistades. Era un hombre con un gran don de gentes, capaz de convidar a su casa a cenar hasta a sus más acérrimos enemigos, con tal de beneficiar a su periódico. A nuestro lado, tenía asignado su asiento el señor Herrera Oria, director de *El Debate*, que tenía a su izquierda al señor Leopoldo Romeo, fundador del diario *Informaciones*, creado hacía dos años. Detrás, el señor De Urgoiti, amigo personal de don Ernesto, conversaba con don Enrique Fajardo, director de *La Voz*, y con el periodista don Eduardo Palacio, que escribiría la crónica para el *ABC*. A lo lejos, distinguí a don Julio Camba, colaborador habitual de *El Sol*, y a don Joaquín Aznar, director de *La Libertad*, uno de los periódicos que más desencuentros había tenido con la Asociación. Sonreí, sintiéndome parte de aquel entramado periodístico y literario, aunque también empresarial.

—Buenas tardes, señores —saludó el señor De Urgoiti.

—Buenas tardes —respondimos.

—Se habrán enterado ya de la noticia del día, ¿no? —intervino el señor Fajardo.

—¿Acaso no es esta? —bromeó el señor Herrera Oria.

—El rey firmó ayer un decreto de amnistía antes de partir en tren al Valle de Arán —nos contó el señor Fajardo.

—Pues me parece más que oportuno —opinó don Ernesto.

—En efecto. Pero, casualmente, uno de los afectados por ese decreto es el general Berenguer.

Durante el mes de junio de aquel año había finalizado el juicio por las responsabilidades de Annual al general Navarro y al general Berenguer. El fiscal había retirado la acusación contra el general Navarro, manteniéndola íntegramente contra el otro procesado. Sin embargo, gracias a aquel decreto, firmado unas horas antes, quedaría libre de los cargos. Parecía que la herida del desastre permanecería abierta y que el futuro de Marruecos seguiría siendo incierto.

—Está visto que, en su querida España, la justicia no es igual para todo el mundo —comentó Pascal con sorna.

—Tristemente no, señor Pascal —respondió el señor Romeo—. Aunque la decisión de Alfonso XIII también toca de cerca a don Miguel de Unamuno y a otros tantos presos políticos.

En efecto, el periodista, conocido en la ciudad por sus controvertidos artículos en contra del sistema y del monarca, había sido cesado de su cargo de vicerrector y decano en la universidad y enviado al exilio en Fuerteventura en febrero de aquel mismo año. Con aquella resolución podría volver a la península, aunque, tiempo después, se reveló que no pensaba hacerlo y que se marchó a París.

—Una época complicada, caballeros —sentenció el señor Palacio.

—Y más si tenemos en cuenta la mordaza de la prensa. ¿Quién investigará las dobles intenciones de estas decisiones si no somos nosotros? Confío en que el Directorio traerá una renovación, pero el precio que debemos pagar en nuestro oficio se me antoja elevado —sentenció ofuscada.

Pascal esbozó una suave sonrisa.

—Totalmente de acuerdo con usted, don Pedro —aseguró el señor Fajardo.

—Anden, anden, no sean ustedes quejicas. Si queremos estabilidad y un país fuerte, hay que renunciar a ciertas cuestiones —indicó el señor Herrera Oria, cuyo periódico era bastante afín al dictador.

—En fin, señores, está claro que jamás nos pondremos de acuerdo. Mejor será que nos familiaricemos con los rectángulos blancos hasta nueva orden —recomendó López.

El inicio de la exhibición interrumpió nuestro debate. Una amazona, la señorita Mary Torres, abrió el espectáculo taurino pidiendo la llave, entre aplausos, y le cedió el testigo a Maera y al primer toro, Candilejo. Le

siguieron Peregrinero, con el que lidió Marcial Lalanda; también Coleterito, que, con escaso arte, trató de rematar Villalta; Baratillo, capeado por Algabeño; y el quinto, Corchuelo, para el trianero Maera, con cogida incluida. Con Cerezo volvió Marcial Lalanda al ruedo, con Besugero regresó Villalta y la corrida la cerró Baratillo, el toro más interesante de todos los que habían aportado las ganaderías seleccionadas para la ocasión. Las ovaciones se mezclaban con los pitidos. Yo, que tampoco era muy aficionada a aquel divertimento, me desconcentré con facilidad, gracias a los constantes gemidos de López, que parecía estar al borde de la muerte con aquella molestia lumbar suya. «Como se vuelva a quejar otra vez, le tiro de la bancada», me prometí, irritada por su falta de contención, mientras yo ocultaba mi dolor abdominal.

Cuando la ovación final dio por terminada la corrida, fuimos abandonando en orden nuestras butacas en dirección a la salida. No obstante, los numerosos contactos de don Ernesto hacían que nos fuéramos parando, cada tres pasos, para ser presentados, con orgullo, a los directores, propietarios o redactores de otros periódicos de la capital. Pascal y yo continuábamos con nuestra irracional competitividad sin darnos cuenta.

—Creo que voy a comprarme algo más de comer, antes de irnos —afirmé.

—Dios santísimo, don Pedro, deje ya de comer. Se parece a doña Trinidad Gabaldón. Madre del cielo, cómo engulle esa chiquilla —recordó don Ernesto—. ¿Es ese don Rufino Blanco? Eh, aguarden aquí los tres. Ahora vuelvo. Voy a saludar al señor Blanco.

—De acuerdo, don Ernesto. Aquí le esperamos —respondió Pascal.

Era verdad. No había dejado de comer en todo el rato.

—Ay, la espalda. Qué punzada horrible —volvió a gimotear López.

—López, hágame el favor de cerrar ya el pico. Me está poniendo nervioso. Parece usted un bebé. Menos mal que Dios no le hizo mujer porque de tener usted que parir una criatura, la raza humana se extinguiría —espeté.

Pascal no pudo evitar reírse. De pronto, alguien tocó mi hombro desde atrás. Nada dócil e irascible, me di la vuelta al sonido seco de: «¿Qué?». Después, abrí los ojos. No podía creerlo. Era la señorita Diana, la novia del Cebra, a la que había cortejado en Los Gabrieles.

—Señorita, qué agradable sorpresa —exclamé sonriente.

—Señor Liébana, disculpe la intromisión. Es que le he visto de lejos y no he podido evitar acercarme a saludarlo. Quedé muy impresionada con nuestra

conversación de aquella noche y, bueno, no tuve oportunidad de pedirle disculpas por el comportamiento de Antonio y sus amigos.

—No se preocupe. Los hombres estamos habituados a este tipo de trifulcas. Casi todas las noches me ocurre algo similar. Ya sabe, uno no puede controlar su magnetismo —dije, sin saber cómo salir de aquella situación.

Pascal tosió entonces, comunicándome que debía cesar en mi enredo.

—¿Y esta quién demonios es? —le preguntó López.

—Eh... Una muchacha con la que, con la que, bueno, una muchacha de una noche en Los Gabrieles, ya sabe... —probó a explicar mi nuevo cómplice, incómodo con la coyuntura.

—Oh, ya entiendo... Y parecía tonto el pichón de Liébana —valoró el otro.

Entonces, a la escena se sumó el tercero en discordia, al que el redactor taurino de *El Demócrata* conocía personalmente y quien no se alegró de descubrir que don Pedro Liébana volvía a parlotear con su novia.

—Don Ramón López. Buenas tardes.

—Buenas tardes, don Antonio. ¿Ha venido a ver la corrida?

—Sí, ya sabe, son buenos amigos míos los que han faenado hoy —contestó.

—Sí, sí, magníficos toreros. Una pena que la mitad de las reses no hayan dado juego. Ha sido bastante aburrido —opinó el experto.

—Sí, estoy de acuerdo. —El Cebra se detuvo—. Pero bueno, ¿a quién tenemos aquí? El retaco con lentes y su amigo el franchute.

Me giré tragando saliva, asustada. En su nariz había quedado una suave cicatriz de mi puñetazo. Volví a tragar saliva.

—Hombre, usted. Qué placer —dije entre dientes.

—Veo que hoy no está tan bien acompañado como aquella noche —apuntó Pascal.

El Cebra miró a los lados.

—No se deje engañar. Ya han salido de la plaza —nos explicó.

—Sí, apuesto a que sí.

—En fin, Diana, querida mía, deja de intimar con gacetilleros de pacotilla de una maldita vez. —Se acercó a ella y la agarró del brazo—. Me estoy cansando de tus estupideces, maldita sea.

—Perdona, Antonio. Solo he venido a saludar.

—Anda, vámonos. Hasta más ver, señores. Y que sepan que no me olvido

de aquella noche —nos advirtió, al tiempo que se llevaba a la señorita Diana a la fuerza.

Desconozco si lo que me movió a dar el primer paso fue mi absoluta falta de paciencia, mi mal humor, mi orgullo propio o mis ganas por defender a aquella chica, pero me decidí a hacerlo. Pascal, consciente de mis intenciones, intentó detenerme.

—Señorita Montero, haga el favor —me pidió en un susurro.

—Déjeme, señor Pascal. Ese zoquete de matador me va a oír.

Con determinación y agallas, me encaminé hacia la salida, donde se dirigían la señorita Diana y el Cebra. Antes de que la calle hiciera que los perdiera de vista, vociferé su nombre, enfadada. El torero se detuvo, confuso, y esperó a que me reuniera con ellos.

—¿Qué diantres quiere ahora, plumilla? —me exigió.

—Para empezar, quiero que suelte a la señorita. ¿Acaso se piensa que es propiedad suya? ¡Suéltela ahora mismo!

—Y si no, ¿qué me va a hacer? ¿Escribir un soneto en mi contra? —se mofó.

—Puedo terminar de arreglarle la nariz —le amenacé.

El torero se tocó la cara, temeroso. Di un paso al frente.

—He dicho que la suelte. Y no solo eso, trátela con más respeto si pretende volver a dirigirse a ella. Es una mujer, no un objeto, aunque puedan pensarlo muchos hombres enclenques como usted. Yo no soy esa clase de hombre. Yo amo y respeto a las mujeres. Así que si no la suelta por las buenas, tendrá que hacerlo por las malas.

Alcé el puño en un intento final por lograr mi objetivo. Si aquello fallaba o si aparecía su cuadrilla, podía darme por muerta. Pero el destino quiso que el Cebra se doblegara con mi intimidación. Dejó libre a la señorita y, mordiéndose un puño, se alejó al grito de:

—Me las pagarán.

Volteé la cabeza. Detrás de mí estaba Pascal, sirviéndome de refuerzo. Sonreí y le di las gracias por el apoyo.

—Me va a matar de un susto con sus ocurrencias, señorita —me volvió a susurrar.

En medio de aquel diálogo secreto, no me percaté de que la señorita Diana se había aproximado a mí. Estaba agradecida, contenta y... se lanzó a mis brazos. Algo apabullada por su reacción, le pedí que se separara. Pascal

seguía sin dar crédito. Mencionar que no tenía intención alguna de cortejarla y que, de hecho, tenía una novia llamada Catalina Folch, me valió un guantazo de la dama. Sin esperar a que respondiera, se fue corriendo. Abrí los ojos más que ninguna otra vez, me toqué la cara y me giré.

—Me ha pegado una torta —le indiqué a Pascal.

—Sí, ya lo he visto.

—Pero si la he defendido.

—Sí... Debí habérselo advertido. Aunque, por otro lado, al ser mujer, ya debería usted saber cómo se las gasta una dama despechada —apostilló.

No comprendía nada.

—Bueno, yo, por suerte, no he sentido ese resentimiento. Creo que lo causé, hace años, con el pobre Enrique Mújica —admití.

—Señorita M... Es decir, Liébana, no mezcle historias. Aún me estremezco al pensar que debajo de todo esto está, ya sabe... —me confesó nervioso.

—Es verdad, perdone. Entiendo que, quizá, es demasiado para usted.

—Puedo acostumbrarme, no se preocupe. Mi única condición es que deje de buscarse problemas. Ya tiene más de un enemigo en Madrid, no vaya pidiendo otros. Al final, tendré que volver a interceder por usted y la última vez no terminé demasiado fino.

—Es cierto, disculpe. Aunque no sé si se ha dado cuenta de que puedo defenderme sola a la perfección. Tenía petrificado de terror a ese tal Cebra.

—Sí, ya... —contestó incrédulo.

—Espere, ¿y usted? ¿Usted no quiere ir un rato con la pobre señorita Diana? Es un caballero soltero y sin compromisos —probé a decir, aunque, ahora, a la que sacudió la incomodidad fue a mí.

—No, déjelo. Como ya le conté, no estoy interesado en tener ninguna relación por lo pronto —me recordó.

—Estoy convencida de que es una pose —le indiqué.

—Sí, quizá sí lo es.

Me sonrió. Le devolví la sonrisa. Éramos coautores de aquella retorcida patraña que se veía desde fuera. La de dos afamados periodistas charlando a la salida de la plaza de toros.

—Aquí están. ¿Dónde se habían metido? —se quejó don Ernesto.

—Oh, tuvimos que solventar un asuntillo —respondió Pascal, cubriéndome.

—Está bien, está bien. Podemos irnos entonces.

—Así que una muchachita que conoció en Los Gabrieles, Liébana. Pero ¿no estaba usted enamorado de la señorita Folch, truhan? —intervino López, agarrándome del cogote.

Pascal, una vez más, no pudo contener la risa. Al llegar a la redacción, un par de faldas oscuras junto a la puerta del despacho del director me dejaron sin aliento. Con la mejilla todavía entumecida, traté de comprender qué estaba ocurriendo.

—¡Doña Manuela! ¡Querida Cristina! Qué puntualidad. Pedimos disculpas por el retraso. En estos eventos nunca sabes la cantidad de saludos y conversaciones que se van a producir. Una suerte el haber ido tan bien acompañado —aseguró don Ernesto.

—Buenas tardes, querido. Apresúrate. La cena con los señores Ballester y sus amigos de California estaba acordada para las nueve y media —indicó doña Cristina—. Espero que ustedes dos nos acompañen también —añadió mirándonos a Pascal y a mí.

—Por supuesto, doña Cristina. Será un placer —respondió cortés mi compañero.

—A todo esto, ¿alguien sabe dónde está mi sobrina? Esperaba encontrarla aquí.

—Se marchó hace un buen rato, doña Manuela —contestó la señora Idiazábal.

—A saber dónde anda esa chiquilla... —murmuró mi madrina.

De golpe, recordé el momento en el que mi tía me había comunicado que aquel sábado teníamos un compromiso importante con personalidades extranjeras. Le prometí que no la avergonzaría con ningún contratiempo de última hora.

—Estará en su casa, doña Manuela. No creo que Elisa se dedique a deambular por la ciudad sin motivo aparente —opinó don Ernesto—. No se inquiete. Iremos todos hasta el palacete de Villanueva en mi vehículo. De hecho, mi cochero debe de estar al llegar —ofreció confirmando la hora en aquella impoluta pieza de joyería que guardaba en el bolsillo relojero de su chaleco.

—Buena idea, querido —contestó doña Cristina mientras avanzaba hacia la salida.

Pascal hizo una mueca. Don Ernesto nos azuzó para que siguiéramos a las

damas, pero yo no podía subirme a ese coche. Traté de zafarme sin éxito, así que a los pocos minutos me vi sentada sobre la cuidada tapicería del vehículo con los ojos de una Manuela Montero impaciente taladrándome la conciencia. Con un par de susurros, cuando todavía gozábamos de la intimidad precisa, le comuniqué a mi único compinche que no tenía plan ni escapatoria. Sentí cómo el sudor me caía por la frente a medida que nos aproximábamos al destino. De algún modo tenía que conseguir bajar del transporte y colarme en la casona para cambiarme de ropa. Don Ernesto comenzó a parlotear con su esposa y mi madrina sobre las anécdotas que habían caracterizado el evento al que habíamos acudido aquel mismo día. Sus risas incomodaban a mis pensamientos, entregados a discernir una solución para aquel entuerto. Pascal también estaba nervioso. Daba golpecitos en el cristal mientras disimulaba con sonrisas prefabricadas. Entonces, mi boca inició su itinerario hacia una nueva dosis de ficción:

—¡Maldita sea! —exclamé—. ¡No puede ser! —Los presentes me miraron extrañados—. Hoy llegaba la información sobre los juegos olímpicos, ¿verdad, Pascal?

—Tiene usted toda la razón. ¡Qué cabeza la nuestra! Un verdadero contratiempo el que no hayamos sido capaces de recordarlo. La corrida de toros nos ha distraído. No está en nuestro ánimo ser desconsiderados con su amable invitación, señores —tras un ínfimo titubeo, se dejó llevar.

—No se preocupe, Pascal. Yo me encargaré. Regresaré a la redacción y completaré el artículo que comenzamos. Mañana estará en su mesa, don Ernesto —afirmé.

—¿Está seguro? ¿No quiere que lo acompañe?

Mientras dudaba, el vehículo se detuvo. El olor del jazmín me apremió.

—No, no. Por lo menos que los yanquis disfruten de uno de los dos — contesté y le guiñé un ojo sin pensar.

—¿No puede esperar esa información, señor Liébana? Nos dirigimos a una cita interesante. Será una pena que se lo pierda —me interrogó mi madrina.

—La verdad es que lamentaría mucho que tuviera que marcharse —añadió doña Cristina—. No es fácil convencerlo de que acepte una de nuestras invitaciones.

El tiempo seguía transcurriendo al margen de mi patraña.

—Señoras, me haría muy feliz poder acompañarlas hoy y conocer a sus amistades, pero un periodista no debe desatender la llamada de la noticia. Si

no, ¿quién se la contaría a ustedes cada mañana? —expliqué.

—A esto lo llamo yo devoción por el trabajo. Virgen santísima —comentó orgulloso don Ernesto—. Vaya, vaya, joven. Sé que no cenaría a gusto de saber que hay un cable esperándole en el periódico. Por cierto, si se cruza con Morales, dígame que quiero un artículo detallado sobre el perfil del nuevo alcalde de Madrid. Y que no me valen excusas.

—Así lo haré, don Ernesto. Señoras, excúsenme, de veras. Espero que disfruten de la noche.

—Buenas noches, señor Liébana. Vaya usted con Dios.

Abrí la puerta del coche y me lancé al exterior. Mi madrina bajó detrás de mí para, en teoría, ir a buscarme a la casona. Confié en la capacidad de Pascal para entretener al matrimonio Ribadesella de miradas curiosas y me alejé disimuladamente de la puerta de la verja. Aguardé hasta que mi madrina entró y, solo cuando la vi desaparecer en el umbral, me deslicé por el jardín, siguiendo la franja de sombra que dibujaba la valla en el suelo. El sudor continuó empapando mi frente. Podía escuchar la voz áspera de mi madrina reclamando mi presencia en el vestíbulo, como tiempo atrás. Agazapada bajo la ventana de la biblioteca, fui arrancando de mí el bigote, las lentes, la peluca, las gruesas cejas. Solté mi pelo al viento, me deshice del traje gris con el que me había ataviado aquella mañana y trepé. Me asomé para comprobar que nadie se encontraba en la sala de lectura y, una vez me cercioré de mi soledad, la recorrí ligera hasta girar el pomo de la puerta. La indiscreta galería me dejó intuir la trayectoria de mi madrina hacia las escaleras por lo que me valí de mi último aliento para esconderme en mi habitación. Lancé la bolsa en el baúl y desenrollé las bandas *velpeau* de mi cuerpo. Lentamente, mis curvas volvieron a aparecer en un reflejo desnudo que solo yo podía contemplar. Alcancé mi sostén; también un vestido ligero de verano y unos zapatos de hebilla. Atusé las hondas de mi cabellera morena y me refresqué el cuello con unas gotas de agua de lavanda. Dos golpes furiosos en la puerta fueron la conclusión de mi transformación. Abrí sonriente.

—¿Dónde demonios estabas, niña? Estamos esperándote.

—Lo siento, madrina. Me sentí indispuesta, pero ya estoy bien.

—La naturaleza débil de tu madre terminará por desquiciarme —farfulló.

Salí de mi alcoba mordiéndome la lengua. Descendí hasta la entrada y regresé al vehículo de los Rodríguez de Aranda con el segundo de mis disfraces. Pascal se alegró de mi éxito con una simple mirada que me ayudó a

recobrar el aire que me faltaba.

Dos semanas después, se celebró la boda de Benedetta. Estaba hermosa. Me alegré de verla junto al altar tomando al alférez Roca como esposo. Hacía más de diez años que la conocía. Juntas habíamos soñado con ese momento, con la felicidad plena de un matrimonio próspero. Y ella lo había conseguido. Después de sus llantos por Tomás José, de su rebeldía en contra de su padre, de su casi capitulación en la búsqueda de la fortuna, allí estaba. En el *lunch* que se sirvió después, hube de agudizar mi capacidad para sortear peligros. Por un lado, debía atender a Francisco, quien había regresado a España para poder asistir al enlace —conocedor de que, para mí, era importante—; y por otro, tratar con Pascal como una dama, disimulando todo lo que ambos sabíamos el uno del otro, y ocultar secretos ante cualquier invitado, incluso ante Catalina. Y, quizá, aquello era lo que más detestaba hacer. Pero lo había prometido.

Durante aquellos meses estivales de 1924 y tras regresar de su estancia en Barcelona, Catalina conoció al profesor Fausto Santoro, un importante pedagogo que la tenía embelesada. Al parecer, era un estudioso del analfabetismo dominante en las zonas rurales y de los cauces para contrarrestarlo.

—Defiende que sería preciso crear una red de escuelas nacionales, protegidas por los Estados, en todos aquellos lugares que tengan un índice de analfabetismo superior al 80 por ciento. Me encantaría poder participar en el proyecto —me confesó, bebiendo de su granizado de limón.

Había venido a visitarme a la casa de mi madrina y disfrutábamos de aquellas refrescantes bebidas en el jardín.

—Debe de ser reconfortante el poder contribuir de ese modo a que las futuras generaciones aprendan a leer y escribir.

—Es que es eso lo que me ha obsesionado siempre. Estoy muy agradecida por poder dar clases en el Instituto-Escuela, no me malinterpretes, pero, en ocasiones, creo que estoy desaprovechando mis recursos, que podría ayudar de otra forma. Y en la Inclusa tengo nulo margen de reacción...

—¿En qué piensas, entonces?

—Bueno, te sonará a majadería, pero... me encantaría tener mi propia

escuela algún día. Solo que, para ello, primero he de descubrir cuáles son las carencias del sistema. Y bueno, encontrar financiación... Así podré ofrecer algo distinto, algo útil. ¿Entiendes?

—Me parece una idea preciosa, Catalina. Y estoy segura de que lo conseguirás.

—Estaba convencida de que tú me entenderías, Elisa —afirmó poniendo su mano encima de la mía—. Por eso...

—Hola de nuevo, señoritas. Marcho a hacer recados, pero antes quería asegurarme: ¿necesitan algo más? ¿Quieren que les rellene los vasos con más granizado? —preguntó doña Pilar.

—No, gracias doña Pilar. Está todo bien. Puede irse tranquila —respondí mientras Catalina retiraba de golpe su mano.

—¿Qué decías, Catalina? —me interesé, volviendo a nuestro diálogo.

—Se me ha olvidado, lo siento... Ah, sí, estaba a punto de contarte que me he unido a la Asociación Nacional de Mujeres Españolas. Están luchando por que las mujeres tengan más derechos y en su programa incluyen la defensa de la educación, de la creación de escuelas públicas... La señorita Kent me habló de ella y, la verdad, estoy contenta de pertenecer a algo así. Por cierto, te manda recuerdos.

—Sí, es verdad, yo también la tenía en mente. Tengo pensado escribirle unas líneas para felicitarla por su licenciatura en Derecho.

—Seguro que le agrada. —Me sonrió y bebió—. Deberías venir un día a una de las reuniones. Estoy convencida de que te gustará. Hay escritoras, maestras, periodistas...

—Sí, lo pensaré. Quizá te acompañe.

—¿Sabes algo de Benedetta?

—Nada en absoluto. Desde que volvió de su viaje a Italia está centrada en la decoración de su nueva residencia. Al parecer, los padres del alférez Roca se tomaron la licencia de amueblarla y ella se horrorizó al verla. Ya sabes, asuntos de mujeres casadas —bromeé.

—Uh, no querría haber estado allí cuando descubrió la decoración —comentó Catalina y nos reímos—. Bueno, ¿y qué tal tu doble vida? ¿Has vuelto a sentir que te persiguen? ¿Pascal ha tenido un nuevo arrebato violento?

—No, no, todo ha estado bien. Con la pausa de la primavera, las persecuciones desaparecieron. Y Pascal, bueno, está más encantador que

nunca. Ya sabes, los franceses son así.

—Sí, debe de ser eso... Los franceses... —contestó con sorna.

Catalina no era la única persona que había apreciado el cambio en nuestra relación. Ya no discutíamos ni nos ignorábamos. Lo cierto es que durante aquellos meses, fue evolucionando mi percepción sobre él. Donde había visto a un hombre pedante, a un competidor, a un enemigo, comencé a ver a la persona con la que más comprendida me sentía. No me avergonzaba mi pasado, pues ambos teníamos fantasmas que esconder, no debía usar máscaras ni temer injustas sentencias sobre mis decisiones. No obstante, mi mente también era hábil rescatando del olvido las noches en que aquel apuesto francés se había colado en mis ensoñaciones. Mas resolví alejarlas de mí. Nuestra relación era demasiado compleja como para que mi subconsciente la enturbiara más. Don Ernesto, al que más disgustaban nuestros desencuentros iniciales, disfrutaba viendo cómo éramos capaces de intervenir en una conversación sin lanzar cuchillos al viento. Y así lo manifestó aquel día de finales de septiembre.

Francisco, considerado y de muy buen humor por los avances de su acuerdo, había decidido convidar a un selecto grupo a ver una carrera de caballos en el hipódromo. Aquel lugar era uno de los más populares de Madrid por aquellos tiempos. Las carreras de caballos eran solo uno de los muchos divertimentos con los que uno se podía deleitar cuando acudía a esa arena situada al final del paseo de la Castellana. Los partidos de fútbol, de polo, los paseos o las yincanas completaban el repertorio de motivos por los que las familias más destacadas de la capital acudíamos allí a pasar el rato. Mi madrina y yo no habíamos frecuentado demasiado aquel estadio hasta que no inicié mi relación con Francisco. Al parecer, los Rosales y los De las Heras eran habituales del hipódromo y socios preferentes. De hecho, contaban que el desaparecido señor don Luis de las Heras era infalible con las apuestas, siendo capaz de detectar al caballo ganador con un simple primer vistazo en las caballerizas.

Aun así, aquel lugar no estaba solo reservado para los más pudientes, puesto que aficionados algo más humildes iban allí para sumarse como público. Recuerdo el ir y venir del tranvía Bombilla-Hipódromo, que recorría

la enorme arteria que era, entonces, el paseo de la Castellana. Una vía pensada para ser paseada, para conducir hacia alguna parte que se desdibujaba en el horizonte, en un Madrid que ya no era como antes, que se perdía entre las nuevas rúas, olvidándose de su siempre modesto corazón.

En aquellos días, la ciudad había vuelto a su bullicio habitual, pues las familias que habían partido a disfrutar de sus vacaciones en el norte ya estaban de vuelta. Con ellas, habían regresado también los trajes sastre, los *trotteur* más modernos, que anunciaban, con sigilo, los ricos y sedosos abrigos y capas que invadirían la capital en unas semanas. Mi prometido, que acostumbraba a perderse en divagaciones financieras, estaba demasiado ocupado como para disfrutar del espectáculo ecuestre. Hablaba con don Giancarlo, el alférez, don Ernesto y Pascal sobre aquel caótico concepto llamado «bolsa» y sus enrevesados valores. Mi madrina y doña Asunción criticaban los estilismos de las damas y la falta de caballerosidad de los varones, mientras se preguntaban por qué no habrían podido nacer reinas o marquesas. Por su parte, doña Carmen y doña Cristina se ponían al día de temas diversos.

—Mi padre ha conseguido que me fotografíen para la revista *Elegancias*. ¿Lo puedes creer? ¡Me van a ver en toda España! —me contó Benedetta entusiasmada.

—¿De veras? ¿Y a cuento de qué? —me extrañé.

—A mi indiscutible elegancia, valga la redundancia —bromeó ella—. La verdad es que lo hago por el alférez. Él quiere iniciar carrera en la política el próximo año y entrar a formar parte de alguna institución importante. Y si eso sucede, es preciso que nuestra familia goce de una imagen excepcional. Ya sabes, detrás de un gran hombre siempre debe haber una gran mujer.

—¿Y por qué no al lado? —sugerí.

—Ay, por Dios, Elisa. Ya estás con esas tonterías, tuyas y de Catalina. Algún día despertaréis a la realidad. Y espero que tú seas más diligente que ella... Te recuerdo que, en un año, estarás felizmente casada con don Francisco.

Miré a Francisco. Seguía enfrascado en sus observaciones, intercambiando pareceres a diestro y siniestro. Sonreí. Al rato, Benedetta se unió al alférez, tras él, como siempre. Me deleité con aquella soledad autorizada, admirando los ejemplares que corrían en la arena. Contemplé las patas de los caballos, sus crines flotando, sus bocas relinchando agotadas. Me permití el lujo de

bajar, con la imaginación, hasta la primera línea, donde podía olerse el césped recién cortado y ese aroma equino que desprendían los lomos de aquellos corceles incansables que avanzaban, sin cesar, hacia la meta. Me di tregua para, con mi mente, narrar sus movimientos, su danza en contra de la brisa castellana, su galope ordenado a base de miedo y dolor en sus mandíbulas. Cerré los ojos.

—¿Cuál cree que va a ganar? —me preguntó Pascal, que se había unido a mi contemplación, en referencia a los ejemplares que se disponían a concursar.

—El blanco, sin duda —respondí segura.

—¿Sí? ¿Puedo fiarme de usted?

—Nada en absoluto. No tengo ni idea de hípica. Pero el blanco me gusta.

—Está bien, apostaré entonces al blanco.

—No, no, Pascal, no lo haga. Me sentiría responsable de su ruina —intenté disuadirlo.

Se marchó a hacer efectiva su jugada.

—Va a perder —le aseguré.

—Señorita Montero, si no tiene ni idea de hípica, ¿cómo es posible que esté tan segura de que no voy a ganar?

—En eso tiene razón... —admití.

Volví a analizar la competición de los corceles, pero ahora con un interés concreto en el de color blanco con patas marrones. Los jinetes los dirigían, los azuzaban para solicitarles más velocidad, les marcaban, con dolor, cuáles debían ser sus movimientos. El primero de todos, uno de color negro, gozaba de fuertes patas que le hacían volar sobre el albero. Muy próximo a él, uno de color gris sorteaba con gracia las curvas y las empleaba para ganar celeridad. Era bastante menos ágil, pero su montador era mucho más estratégico. Nuestra apuesta iba el cuarto y, por lo pronto, no parecía que fuera a adelantar al tercero, un precioso caballo pardo. Sin darme cuenta, fui adentrándome yo también en la carrera. Me asomaba por la barandilla y me mimetizaba entre los participantes, como una amazona más a lomos del níveo corcel. «Vamos, vamos, bonito, vamos», le pedía. Pascal se reía, pero, de pronto, también él suplicaba al animal que nos diera la razón en nuestra tentativa. El caballo de color negro comenzó a desacelerar o, quizá, el segundo aumentó su ligereza. Mis pupilas captaban todo lo que iba ocurriendo. Las distancias entre los cuatro primeros, que parecían correr en

una pista distinta al resto, se fueron acortando. Apretaba las piernas, agarrotando el estómago, frunciendo el ceño. Y sin siquiera pensarlo, cogí la mano de mi acompañante para compartir la tensión. El blanco pasó al tercero, que, confuso, no pudo evitar quedarse atrás. El negro y el gris, en una pugna por la victoria, casi eran un mismo corcel que se desdoblaba en dos en contadas ocasiones, formando un empate visual durante largos minutos. «Vamos, vamos», seguí animándolo en la distancia. El negro logró deshacerse de su sombra grisácea, que, agotado por aquella estéril pelea, permitió que su contrincante se alejara. Pero no solo eso. El blanco logró aventajarlo. Y solo quedaba uno. Blanco y negro. Qué bonita analogía de la existencia misma. Oprimí la mano de Pascal al tiempo que veía cómo mi vacua profecía se cumplía. El blanco ganaba terreno, cortaba el aire con sus patas, propulsaba el suelo a su favor y acercaba a su jinete a la victoria. Ya estaba, ya lo tenía, solo un poco más. «Vamos, blanquito corcel, vamos, tú puedes», susurré. Y, entonces, aquel destello blanquecino se fundió con la oscuridad del, hasta el momento, teórico ganador. Su hocico lechoso besó la línea de meta, fiesta a la que sus patas castañas se unieron un segundo después.

—¡Ha ganado! ¡Ha ganado! —grité, poseída por la emoción.

—¡Lo ha conseguido! —me siguió Pascal, alzando el brazo.

Nos echamos a reír, mientras yo pegaba saltitos histéricos. Los demás nos observaban sin comprender muy bien el porqué de nuestro regocijo.

—Pero esto demuestra que todo en la vida es cuestión de probabilidad. Y de mantener el empuje hasta el final de la carrera, sin rendirse antes —reflexionó.

—Y que lo diga, señor Pascal.

Finalizada nuestra celebración, nos reunimos, de nuevo, con el resto y sus repetitivas charlas. Don Ernesto, entonces, y sin un ápice de mala intención, aunque tampoco de la cautela de la que sí podía presumir su esposa, observó:

—Qué bien verlos tan bien avenidos a ustedes dos. Sabía que terminarían por dejar a un lado sus diferencias.

—Sí, bueno... Ya sabe, lo normal —respondí.

—¿Y a qué se debe ese cambio de parecer? —se interesó Francisco.

Mi mente se quedó sin ideas. Empalidecí por un momento, pero mi extensa práctica en inventar falacias acudió en mi rescate.

—Bueno, sí, es cierto, no lo he compartido con ustedes. Desde hace unos

meses, el señor Pascal me está ayudando a perfeccionar mi francés ahora que el señor Cousineau ha decidido retirarse.

Pascal arqueó las cejas desconcertado, pero enseguida continuó con el embuste.

—Oh, sí. ¿No se lo había dicho? Ha mejorado mucho usted. Debería mostrárselo a su familia, señorita Montero.

—No sabía que impartía usted lecciones de francés, señor Pascal. Admito que es una caja de sorpresas —valoró mi madrina.

—Sí... *Oui, madamme. Elle apprend à tenir de longues conversations pour être capable de parler pendant les voyages qu'elle effectuera avec Monsieur Francisco. N'est-ce pas, mademoiselle Montero?*^[1]

Con mis gestos intenté transmitirle que aquello no era una buena idea, pero Pascal pensaba que mi francés era mejor de lo que, en realidad, el paciente señor Cousineau había conseguido con los años.

—*Oui, oui, très bien, Monsieur Pascal. Très bien. Je suis d'accord*^[2] — contesté sin tener idea de qué demonios me había preguntado.

—Gran respuesta —opinó don Ernesto en voz baja.

—Más de tres palabras ha dicho —le respondió doña Cristina susurrando—. Aunque la mitad hayan sido repetidas...

—Indudablemente sus métodos deben de estar dando sus frutos aunque no los apreciamos. No es ningún secreto que mi sobrina tiene ciertas dificultades para con las lenguas extranjeras. Si consigue lo que no logró el señor Cousineau, haré un banquete en su honor.

—No es necesario, doña Manuela. Pero sí, seguiremos trabajando. ¿Verdad, señorita Montero?

—En efecto. *Très bien. D'accord, Monsieur Pascal* —repetí sin poder parar aquel ridículo bucle.

Cuando nos retiramos hacia los vehículos, que nos esperaban en la puerta en el amplio paseo de la Castellana, Pascal me solicitó que, la próxima vez, fuera un poco más concreta con mi habilidad con los idiomas. A punto de despedirnos y antes de que el periodista se alejara hacia su Peugeot, en el que se podían ver los rasguños originados por mi mala conducción, mi prometido le agradeció sus servicios y le dio un par de billetes.

—No quiero que pueda decir que enseña a mi prometida sin nada a cambio. Considérelo un pago por las clases dadas y un pequeño adelanto por las siguientes —se despidió.

Pascal me observó, esperando algún tipo de señal que le indicara cómo reaccionar. Ante mi estupefacción, asintió y, sin más, se fue.

Aquello se convirtió en nuestro pretexto cada vez que acordábamos vernos como Pascal y Elisa. Nuestros encuentros no tenían ninguna pretensión más que el sentirnos comprendidos. Nos estábamos volviendo buenos amigos. Unos días después de nuestra asistencia al hipódromo y aprovechando una de sus visitas al periódico, Pascal dejó un sobre en mi escritorio con los billetes de Francisco y una nota:

Devuélvaselo a su prometido sin que sospeche. Me gustaría llevarla a un sitio que le agrada. Respóndame si está disponible mañana por la tarde con otra nota cuando salga del despacho de don Ernesto.

Ágilmente, escribí la respuesta y doblé el papel, ante la mirada de doña Carmen, que adoraba meterse en asuntos ajenos. Esperé, preparada, a que la puerta se abriera. De fondo, oía a los redactores hablar sobre el reciente viaje de don Miguel Primo de Rivera a Marruecos. El señor Villarroy salió, entonces, para recordarme las tareas que tenía pendientes. Asentí a sus avisos sin perder de vista la oficina de don Ernesto.

—Niña, ¿te vas a poner con lo que ha dicho el señor Villarroy o tiene que venir el Espíritu Santo a pedirte? —me indicó doña Carmen, molesta por mi atontamiento.

—Sí, sí, voy, doña Carmen.

Me levanté muy despacio de mi asiento, dando margen a que Pascal diera por finalizada su reunión con el director. Doña Carmen levantó una ceja y masculló algo sobre mi falta de seso. Realmente parecía boba, pero no podía abandonar mi escritorio sin entregarle mi nota a Pascal. Antes de que la señora Idiazábal me pegara el grito que estaba saboreando ya en la boca, la puerta se abrió. Don Ernesto detuvo el avance de Pascal justo delante de mi mesa, pero él se las ingenió para coger el papel, de espaldas, y marcharse con mi contestación.

—Ya voy, ya voy —anuncié a doña Carmen, viendo avecinarse su regañina.

El misterio era algo que siempre envolvía a Pascal. Ya fuera antes, cuando creía que era un periodista francés de palabras justas y mirada interesante; o después, cuando sabía que era un español que había emigrado a Francia para esconderse de los delitos de su padre, con aquella misma mirada. Aquel halo enigmático también afectaba a sus ideas y, por supuesto, a sus propuestas. Había aceptado que me llevara a aquel lugar que había de cautivarme, así que, al día siguiente por la tarde, me recogió con su vehículo en el portal de *El Demócrata*.

—Estoy seguro de que va a disfrutar —me confirmó sonriente cuando me subí.

Nos dirigimos hacia el otro lado del paseo de Recoletos, hacia el centro neurálgico de la vida pública de la Corte. ¿Adónde iríamos? Sus labios estaban sellados y así permanecieron hasta que el automóvil se detuvo en la calle del Prado. Me instó a que continuáramos el recorrido a pie y le hice caso. Sin un destino claro en mi cabeza, Pascal dejó de caminar y se quedó quieto frente al arco que rodeaba la magnífica puerta del Ateneo.

—¿Aquí? —pregunté.

—¿Ha entrado alguna vez?

—No, nunca.

—Ya me parecía a mí. Acompáñeme.

Unas inquietantes escaleras, vigiladas por dos oscuras figuras de porte renacentista, se abrían paso al acceder al edificio. Los peldaños subían y bajaban sin pedir permiso a los demás, conformando un tríptico de escalones y barandas. Subimos en silencio mientras mi cabeza rotaba en todas direcciones, recogiendo los pedacitos de arte que había escondidos en cada rincón. Aquel lugar era una burbuja de sabiduría, de intelectualidad. Al caminar, sentía que desgarraba los versos, la prosa y las ilusiones que flotaban en su ambiente, única doctrina vigente entre sus paredes. Pascal, firme en sus pasos, y tras intercambiar unas palabras con uno de los caballeros que nos cruzamos en la segunda planta, me empujó a que entrara en aquella sala. Mis ojos surcaron las olas del desconocimiento, de lo oculto por no mirar, y descubrieron aquellas paredes construidas con páginas, con cubiertas e historias. Más de diez metros de librerías trepaban por los muros

de aquella biblioteca. Sonreí y comencé a dar vueltas sobre mí misma para obtener una panorámica completa de aquella increíble guarida literaria. En el centro, algunos varones consultaban obras antiguas en los pupitres, alumbrados por lámparas, cegados por las letras. Me fijé bien. También había una dama. Volví a sonreír.

—Es la biblioteca del Ateneo. Una de sus joyas mejor guardadas... Sabía que le agradaría —susurró Pascal.

—Es realmente hermosa y... abrumadora, he de admitir.

—Soy de la opinión de que solo el que verdaderamente aprecia el valor de lo que contienen esos estantes es capaz de aturdirse.

Asentí alegre.

—Bueno, ¿a qué está esperando? Vaya a escoger un buen libro que le haga viajar esta tarde. Yo tengo uno a medias ahí —me indicó.

—¿Puedo...? ¿Puedo coger uno?

—Bueno, yo soy socio, he intercedido para que pueda consultarlos bajo mi tutela. Así que siempre que luego lo devuelva, sí, puede cogerlo... —me contó Pascal.

—Está bien. Iré a por uno. Vaya sentándose —dije excitada.

Dediqué un largo rato a la elección. Repasé, con mimo, los títulos de las obras y lo que estos me sugerían de los secretos que contenía su interior. Rozaba los lomos, pidiendo al tacto que me proporcionara la lucidez que no me estaba confirmando la vista. Tantas opciones me llevaban, una y otra vez, a una encrucijada. Entretanto, me dejaba guiar por los olores. Me resultaban familiares... Eran parecidos a los de la sala de lectura de la casona. Al final, agarré aquel ejemplar de *El moro expósito* del duque de Rivas.

—Buena elección —murmuró Pascal cuando me reuní con él en uno de los pupitres.

Aquellos romances me transportaron a una época remota, a una España distinta. Las rimas eran cantos silenciosos a aquella leyenda en que palacios, jardines, damiselas y valientes caballeros se reencontraban con cada nueva lectura. Era como si, al acariciar las líneas con nuestro iris, todos los personajes recobrasen el aliento que les fue arrebatado cuando el último lector llegó a la página final. De vez en cuando, mis ojos abandonaban el papel para asegurarse de que seguía acompañada. Pascal hacía lo mismo aunque, en realidad, ninguno de los dos permanecíamos en aquella espléndida biblioteca. Al menos, mentalmente. Sobrevolé aquel espacio-

tiempo inventado durante toda la tarde, perdiendo la sensibilidad de mis sentidos, plenamente entregados a construir aquel otro universo ficticio. Tanto que no percibí cómo los rayos del sol se iban debilitando, otorgando potencia a las artificiales bombillas. Algunos lectores se marcharon y otros se unieron a aquella necesaria calma en la que el rugido de motores, las campanas de los tranvías y el clamor de los vendedores eran meros residuos en nuestras distraídas mentes.

—Señorita Montero —me susurró Pascal.

—¿Sí? —dije, lamentando precipitarme hacia aquel punto seguido, que sería final.

—Deberíamos irnos. Pasan de las ocho y media y no quiero que tenga problemas con doña Manuela.

—¿Las ocho y media? ¿Ya?

Abandoné el libro, rezando por reencontrarme pronto con él. Pascal me esperó en la puerta, acompañándome en aquel trance hacia lo real. Le sonreí, agradecida por haberme descubierto un refugio así. Resultaba extraño cómo era capaz de adivinar qué podía interesarme. Siendo honesta, casi nadie detectaba con tanto tino mis preferencias. Cuando el Peugeot frenó en el número 20 de la calle Villanueva, me afané en salir del vehículo para no retrasar más mi llegada a la casa.

—Señorita Montero —me llamó Pascal.

—¿Sí?

—Ha sido un placer pasar la tarde ignorándonos mutuamente para leer. Esbocé una última sonrisa.

—Ha sido mutuo, señor Pascal —asentí.

Mi entrada en el *hall* se coordinó con el arranque del motor y el chirrido de las ruedas sobre la calzada. Me quedé extasiada, observando las escaleras que daban al sótano, reviviendo mis travesuras de niña. Era increíble que Pascal hubiera estado escondido allí abajo, como un prófugo. Después cambié la dirección de la mirada y la centré en el despacho de mi madrina. La puerta estaba entreabierta. Recordé aquella noche, años atrás, en la que una carta había logrado descomponerla, sacarla de sus casillas. Durante todo aquel tiempo, me había mantenido alerta, esperando despejar las incógnitas que siempre rodeaban a Manuela Montero. Así me percaté de que, de vez en cuando, don Santiago le entregaba sobres con la más absoluta discreción. Miré a los lados y me adentré en aquel espacio prohibido. Reconocí la

mayoría de los detalles, todo estaba dispuesto más o menos igual que la primera vez en la que espíe las tertulias de mi madrina por la trampilla de la despensa. Aunque había algo extraño, como si faltaran objetos en aquella estancia. Mas por aquel momento, opté por ignorar esas elucubraciones y centrarme en lo importante. Cerré la puerta con cuidado y comencé a registrar cajones y armarios. Si conseguía encontrar las notas, descubriría su secreto. Después de varios minutos de inútil inspección, decidí parar y plantearme dónde hubiera escondido yo aquellas misivas confidenciales. Repasé los tarros de cara porcelana que reposaban sobre una mesita de té que había en el espacio central de la habitación. Avancé con premura y los abrí sin contemplaciones. Allí estaban. Un puñado de notas dobladas en cuatro. Las saqué de su escondite y las fui desdoblado hasta descubrir su contenido. La sorpresa y la incomprensión se hicieron con el control de mi mente, incapaz de identificar una explicación plausible a todas las amenazas que encontraron mis ojos: «Sé lo que hiciste», «Devuelve lo que no es tuyo», «Tu final llegará antes de lo que esperas».

Capítulo 10

Durante el otoño de 1924, con la boda de Benedetta a la espalda, los preparativos de mi enlace se aceleraron. Las decisiones ya eran pasos en firme hacia mi nueva vida de casada. Los planes acerca del convite, la iglesia, el vestido y el ramo me producían una mezcla de alegría y miedo. Tampoco los viajes de Francisco contribuían a mi entusiasmo. Finalmente, iba a cerrar un acuerdo con otra banca de Liverpool, pues el Martin's Bank se había echado atrás en el último momento. Ya con la Armada Invencible se vio que los españoles no teníamos capacidad para seducir a los ingleses y los hermanos De las Heras y Rosales no iban a cambiar nuestra histórica falta de afinidad tan fácilmente. Cuando volvía a Madrid, le dedicaba todo mi tiempo y me veía encadenada a los compromisos que doña Asunción y mi madrina cerraban para nosotros. Guardaba el canotier y el bigote en el arcón del tocador, a buen recaudo, y me enfundaba en mis mejores vestidos para recibir a mi futuro esposo.

Aquel día, acudimos al hotel Ritz a cenar. Doña Asunción y mi madrina actualizaron a Francisco sobre todos los pormenores de la ceremonia. Él, por su parte, nos contó, con todo lujo de detalles, el desarrollo de sus negocios. A mí, aquellas conversaciones me parecían de lo más soporífero, pero traté de contener los bostezos. De tanto en tanto, me dejaba cautivar por las parejas y familias que nos rodeaban, dedicados a sus vacuos parloteos. Al notar que me nombraban, volví a nuestra mesa.

—Y con respecto a la vivienda, ¿os trasladaréis a una residencia más grande o pensáis vivir en tu piso de Eloy Gonzalo? —se interesó mi madrina.

—Nos quedaremos en Eloy Gonzalo. Es una residencia más que digna para nosotros dos. ¿Verdad, amor mío?

—Sí, querido, donde tú decidas —accedí.

Casi podía tocar, con la punta de los dedos, mi libertad. Otra residencia, otra rutina, otra realidad. Ya no dependería de las reglas de mi madrina ni

tendría que soportar cómo juzgaba todas mis opiniones. De vez en cuando, la contemplaba tratando de adivinar un mínimo atisbo de intranquilidad, una señal que me diera más información sobre sus intrigas, sobre sus enemigos. Pero era inútil.

Cuando Francisco nos dejó en casa, aproveché para despedirme de él en la intimidad del porche de la entrada.

—No sabes cómo te extraño, Elisa —me repitió.

—Y yo a ti. Me aburre no poder compartir contigo los preparativos.

—No te aflijas, esto es momentáneo. Ahora debes colaborar con mi madre y tu madrina, agradecerles su esfuerzo. ¿Prometes que lo harás? —Hice una mueca—. ¿Lo prometes, querida?

—Sí, sí, lo prometo.

—Esa es mi Elisa —dijo y me dio un beso en la mejilla.

No, no podíamos despedirnos así. Cogí su cuello y le besé en los labios, buscando algo que no sé si hallé.

—Tu efusividad siempre me pilla desprevenido, querida —admitió.

—¿Cuándo volverás?

—Para las fiestas de Navidad.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Y me volvió a besar.

Cuando Francisco regresaba al Reino Unido, recuperaba el control sobre mis días. Y si era astuta, lograba aunar mis obligaciones nupciales con mis ratos de esparcimiento. Así lo hice aquel día. Quería sorprender a Pascal, llevarlo a algún rincón que lo encandilase, igual que él había hecho conmigo en el Ateneo.

—No se ofenda, señorita Montero, pero difiero un poco de lo que usted considera «un lugar único en Madrid» —me dijo sorprendido.

—No, señor Pascal, este no es el sitio al que quería llevarlo. Solo debo entrar un momento y, después, podremos irnos. Puede quedarse fuera si lo desea.

—No, no, la acompañaré.

Subimos los escalones del imponente templo. Mi madrina me había dado

un ultimátum. Debía acudir a conocer al párroco que iba a casarnos. Entramos en la iglesia de Santa Bárbara. Olía a madera vieja y a incienso. Admiré la suntuosidad del retablo del altar mayor desde la distancia, el barroco púlpito y aquella soberbia cúpula desde la que el Señor, seguramente, nos observaba. Me asomé, tratando de hallar al sacerdote tras alguna belleza artística.

—¿Padre Abel? —pregunté.

No parecía encontrarse.

—Así que aquí es donde se entregará a don Francisco —supuso Pascal, avanzando entre los bancos—. Por eso se detuvo enfrente la noche en la que descubrí su secreto...

—Sí, exacto, aquí nos casaremos —respondí contenta—. Es bonita, ¿verdad?

—Lo es. Sobre todo, teniendo en cuenta que en Francia no contamos con templos tan bien dispuestos. Napoleón Bonaparte los dejó como nuevos...

—Bueno, nosotros también sufrimos su afán redecorador, pese a que fuera en menor medida. Aquí en Madrid se conoce a don José Bonaparte como el «Rey Plazuelas» y no me haga contarle por qué... —bromeé.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, por supuesto.

—¿Por qué una mujer como usted, con grandes aspiraciones intelectuales, quiere casarse con un hombre como don Francisco?

Callé un momento.

—Debí haberle negado el derecho a interrogarme —opiné en tono jocoso.

—No quiero incomodarla, pero no creo que don Francisco sea un hombre que pueda llegar a valorar todo lo que usted quiere mostrar al mundo.

—Señor Pascal, no soy estúpida. He analizado mis opciones. Llevo mucho tiempo siendo la señorita Elisa Montero...

Me había acercado a la repisa donde se encontraban las velas que los fieles encendían, tras sus oraciones, para pedir por sus sueños o sus miedos.

—¿Qué cree que pasa si se apaga una de estas velas? —me interesé.

—No tengo ni la menor idea, pero seguramente no sea muy cristiano.

—¿Piensa que se evaporan los rezos, que ya no llegan a Dios nuestras súplicas?

—No estoy muy seguro de cuáles son los cauces de comunicación con el más allá, señorita Montero. Pero no creo que la Iglesia apruebe que alguien

vaya apagando sus candelas.

—Su explicación me está sonando cobarde, señor Pascal. ¿No se atreve?

—Ni por asomo. No quiero dar más motivos para acabar en el infierno.

—Yo apagaré una y usted otra. De todos modos, no creo que ninguno de los dos seamos ese tipo de ciudadanos ejemplares a los que San Pedro recibe con los brazos abiertos. Podemos citarnos entre las llamas del averno —volví a bromear.

—Disfruta torturándome, ¿verdad?

—Podría decirse que sí. —Me reí—. Venga, contaré hasta tres.

—No, señorita Montero. No lo haga.

—Una...

—De verdad, estese quieta.

—Dos...

—No voy a hacerle caso.

—¡Y tres!

Soplé con fuerza, apagando dos o tres velas. Pascal cedió a mi rebeldía y también bufó. Cuatro, cinco, seis... Solo quedaban tres encendidas. Competimos por soplarlas, finalizando nuestra chiquillada con una carcajada.

—¿¡Quién anda ahí!? —gritó entonces el desaparecido párroco.

Asustada, temiendo que el padre Abel descubriera mi indisciplina, corrí a esconderme, cogiendo a Pascal de la mano. No podía parar de reírme. Miré a los lados y resolví meterme en el lugar menos apropiado de todos: el confesionario. Cerramos las puertecillas, yo como confesora y Pascal como arrepentido, con la celosía como inútil freno a nuestras risas. El cura recorrió la iglesia, convencido de que había alguien allí. Al descubrir las velas, sin sus pequeñas lenguas de fuego, se indignó diciendo:

—Otra vez esos condenados niños... ¡Delincuentes! ¡Delincuentes! Una noche en el calabozo deberían pasar. ¡Cuatrerros del infierno! —Entonces, meditó y rectificó—: Bueno, no, Señor, perdone que me exalte. Es que estos chiquillos de hoy en día llevan el mal en las venas. Pero, ante todo, usted deberá juzgarlos. Yo no. Olvide lo que he dicho. Son almas perdidas...

Sin poder evitarlo, me desternillaba con el monólogo del padre Abel. Lo poco conveniente de reírme, en aquellas circunstancias, hacía que todo me pareciera más cómico.

—¿Cuántos pecados cree que hemos cometido desde que hemos entrado aquí? —me preguntó Pascal.

—Un millar... Prepárese para rezar cien paternóster, señor Pascal.

Volvimos a reírnos hasta que su mirada, tras la rejilla, me dejó sin habla. La emoción del momento había convertido las ganas de reírme en un magnetismo extraño. Contrariada por aquello, me concentré en escuchar si el párroco continuaba revisando el templo.

—Parece que se ha marchado —susurré.

—Sí, de acuerdo. Contaremos hasta tres y saldremos corriendo. ¿Está preparada?

—Sí.

—Uno...

—Le he mentado, no estoy preparada.

—Dos...

—Señor Pascal, espere.

—¡Tres!

—¡Señor Pascal! —exclamé mientras galopaba hacia la puerta principal, siguiendo sus pasos.

El padre Abel reparó en nuestra huida y, pensando que éramos muchachos, se asomó a la puerta para soltarnos improperios y amenazas.

—¡Delincuentes! ¡Arderéis en el infierno como no dejéis de martirizarme! ¡Se lo diré a vuestros padres!

La lluvia nos pilló por sorpresa, pero continuábamos riendo, ya a salvo y fuera de los dominios del sacerdote.

—Está usted loca, señorita Montero —afirmó Pascal.

Avanzamos por las calles, empapados. Mis pulmones estaban más llenos que nunca. No sabía de qué, pero respiraba hondo, profundo. Era un vaivén reconfortante. Podríamos habernos resguardado en cualquier local, pero quería sorprender a Pascal. No le había mentado, era un rincón único en Madrid y, con un poco de suerte, lo ayudaría a reavivar sus recuerdos sobre... mí.

Desde que había estado recluido en el sótano, allá por 1909, la Corte había experimentado una enorme transformación. Sin embargo, había establecimientos que, por suerte, habían sobrevivido, permitiéndonos imaginar que el tiempo no había pasado. Uno de aquellos baluartes era la chocolatería Doña Mariquita, en el número 10 de la calle Alcalá. Reconocida por su delicioso cacao, seguía elaborando aquellas magdalenas llamadas mojicones que doña Pilar escondía en la despensa, tras los garbanzos. Don

Severiano me había asegurado una vez que había olores y sabores que lo trasladaban a su infancia y hacían que recordase episodios que creía olvidados para siempre. Yo también lo había sentido en alguna ocasión. Quizá, si Pascal saboreaba uno de aquellos dulces, destaparía un bonito recuerdo en medio del tormento que sufrió en esos días que ahora estaban difuminados. Era mi última estrategia para viajar a esas tardes que compartimos pues él no acostumbraba a sacar el tema, quizá por miedo, quizá por dolor. Pasamos al interior, dispuestos a comprar un par de mojicones y un paquete de buen chocolate. La empleada, al terminar de atender a la pareja de delante, nos recibió con una sonrisa. Le hice mi encargo con seguridad. Mientras nos lo preparaba, comencé a notar el frescor de mi ropa mojada. Tirité. Pascal, atento, me puso su gabán encima.

—Está también húmedo, pero algo de calor le proporcionará —señaló.

Impedí que pudiera sacar su billetera.

—Es un regalo. Por sus clases de francés —ironicé.

Regresamos afuera, aprovechando que la llovizna había cesado.

—Probémoslos ya —dije ansiosa.

—¿Ya? ¿Aquí? —preguntó, confirmando que se hallaba en medio de la calle.

—Y ¿por qué no?

Obcecada con aquel experimento psicológico, abrí el paquete y le di una de aquellas magdalenas. Mordí la mía, zambulléndome en su azucarada esponjosidad. Vigilé las expresiones faciales de Pascal, buscando su reconocimiento.

—¿Sabe usted por qué se llaman mojicones?

—Sorpréndame...

—Verá, al parecer, todas las señoras de la capital mandaban a las muchachas a comprar estos preciados bollos a doña Mariquita a primera hora de la mañana. Estas se peleaban por ser despachadas antes que las demás. Entre las mozas comenzó entonces a correr la voz de que aquellos eran los bollos de los mojicones, o tortazos, como usted prefiera decirlo. Así que, con el tiempo, por brevedad, terminaron llamándose mojicones sin más.

—Jamás lo hubiera adivinado. ¿De dónde saca estas historias, señorita Montero?

—Doña Pilar. Ella es la única responsable —dije riendo—. ¿No recuerda haber probado nada similar?

Sonrió.

—Señorita Montero, tiene azúcar en la nariz —observó—. Aguarde, entraré a por una servilleta para que pueda limpiarse.

Avergonzada por mi, probablemente, divertida apariencia, busqué la mancha, poniéndome bizca en el proceso. Lo estaba empeorando. Espontáneamente, metí la mano en el gabán de Pascal en busca de un pañuelo para solucionarlo con premura. Pero entonces rocé algo con los dedos. Era fino. Se enredaba. Descarada, lo cogí y lo saqué del bolsillo para descubrir de qué se trataba. Mi corazón se aceleró. Era el cordel..., el que le había regalado de niña. Al verlo aparecer, lo devolví, rápidamente, a su sitio.

—Aquí tiene —me dijo.

Lo contemplé, sonriente. Lo había guardado desde entonces. Había una pizca de luz en medio de las sombras del olvido.

—¿Ocurre algo, señorita Montero? —se interesó.

—No, nada, nada. Gracias por la servilleta. —Disimulé y me limpié.

—Por cierto, no me ha respondido a la pregunta que le he hecho en la iglesia sobre su boda con don Francisco —recordó, reanudando nuestro paseo.

—Usted no se rinde —mascullé.

—No es mi especialidad, no.

—Verá, Francisco es un hombre inteligente, bueno y comprensivo. Siempre me ha tratado bien y acepta mis errores. No tengo ningún motivo para no querer casarme con él.

—No ha mencionado las únicas razones por las que yo aceptaría casarme.

—¿Cuáles son?

—La pasión irracional de dos amantes que se atraen sin remedio, la comprensión de un compañero de viaje, la confianza de quien te conoce enteramente y el amor de quien te hace mejor persona. Si es que todo eso aún sigue existiendo más allá de las mentes ancladas en el Romanticismo...

Mi boca se fue abriendo poco a poco. ¿Había alguien que pudiera tenerse de aquella manera?

—Usted puede permitirse el lujo de ver el matrimonio así, señor Pascal. Yo soy mujer y debo procurarme un futuro. Y si es con alguien como Francisco, mucho mejor.

—¿En serio va a dejar que los convencionalismos sociales se salgan con la suya?

—No se trata de eso, señor Pascal. Aunque le parezca que la sociedad puede avanzar con el solo empuje de una persona, necesitamos mucho más para que haya cambios. Pero tampoco pienso que los precise. Puedo estar casada y ser feliz, sentirme realizada. No alcanzo a ver mi vida de otro modo que no sea así. Yo amo a Francisco.

—Pues permítame que le diga que estamos en el siglo xx. Y no todas las damas escogen ese camino. El mundo está evolucionando, aunque aquí en España todo vaya a una velocidad distinta. Mire a las tres concejales del Ayuntamiento de Madrid. O a doña Sofía Casanova. Ella es reportera en Europa del Este para el *ABC*, informó de la Revolución rusa, entre otras muchas cuestiones. O este otro caso que le voy a decir. Hace poco me contaron la historia de doña María Luz Morales. Ella también escribe tras un pseudónimo..., Enrique... Mmm, no..., Felipe Centeno. Sus críticas cinematográficas se hicieron tan populares en Barcelona que hasta los estudios Paramount contactaron con ella para que los asesorase. Al principio, se sorprendieron al descubrir que era una mujer, pero decidieron confiar en su criterio. Al fin y al cabo, la calidad de sus escritos y la propiedad de sus conocimientos son indiscutibles...

Bajé la mirada.

—Apuesto a que todas ellas son grandes mujeres y aplaudo su valentía. Señor Pascal, si quiero escribir debo dar pasos firmes y, sobre todo, salir de casa de mi madrina.

—Pero ¿ha compartido con don Francisco sus ambiciones?

—Lo haré... a su debido tiempo.

—Entiendo... —Se quedó en silencio—. Aunque, señorita Montero, ante todo, no olvide que hay una única diferencia entre un lienzo en blanco y un cuadro. Y es que alguien, un día, decidió comenzar a pintar sobre el primero.

Las Navidades de 1924 fueron las más felices que recuerdo. El día 22 de diciembre, la ciudad se llenó, un año más, de aquella emoción que nos embargaba a todos gracias a la lotería. Los niños de San Ildefonso comunicaron los números que traerían dicha, en forma de billetes, a las familias españolas. Aquel año, el Gordo tocó en Madrid. Era el 15.770, convertido, a las diez de la mañana, en 15 millones de pesetas. Al descubrir

que se había vendido en las administraciones de la calle Alcalá y de la calle Esparteros, don Ernesto mandó a López y Simón a entrevistar a los loteros. No obstante, lo que parecía una tarea sencilla, se volvió un absoluto reto para los *reporters* ante la negativa de los vendedores a hablar. Un día después, llegó mi premio particular. A las nueve de la mañana, llamaron a la puerta. Un empleado de una floristería comenzó a entrar más de diez jarrones de lirios blancos que llenaron todo el *hall*. No podía creerlo. Don Severiano me entregó la tarjeta que explicaba aquel presente floral. Era de Francisco. Mis mejillas se volvieron rosadas de la alegría.

Querida Elisa:

Siento no poder compartir estas fiestas contigo cuando lo que más desearía es no separarme nunca más de tu lado. Toma estas flores como una muestra de mi amor por ti y mi completo compromiso. No volveré a dejarte sola en estas fechas.

Te ama, Francisco.

Flotando, indiqué al mayordomo que colocara los jarrones en el gabinete. Una semana atrás me había despedido de Catalina, que se había marchado a Barcelona para pasar las Pascuas con su familia. La ciudad estaba más fría que nunca. Las mañanas estaban hechas de escarcha, que se iba derritiendo con los preparativos, con las candelas que se encenderían en la noche del día 24 con el nacimiento de Jesús. Mi madrina y yo cenamos solas en la casona y, después, fuimos a la misa del gallo donde coincidimos con gran parte de los invitados al banquete del día siguiente. Siempre me había agradado la Nochebuena. Había algo místico, de energía renovada, en ella. Las calles cambiaban sus habituales sonidos por los de las zambombas, las cacerolas, las panderetas o los tambores, que marcaban el ritmo a los villancicos y coplas regionales.

Al abrir los ojos el día 25, toda aquella alegría continuaba. Mi madrina, que llevaba despierta desde las siete de la mañana, daba órdenes a todo el servicio, movida por aquella obsesión suya de que todo estuviera perfecto cuando tenía visita. Mi primera actividad, antes incluso de desayunar, fue oler los lirios. Después, azuzada por doña Pilar, inicié la rutina mañanera para estar preparada cuando llegaran los invitados.

Los primeros en acudir fueron los señores Ballester. Doña Concepción

Segarra nos volvió a dar una lección de estilo a todos los presentes. Después, llegaron los señores De Lucca con los niños, Benedetta y el alférez Roca. También los señores Salamanca-Trillo con Candela, don Miguel Uribe y sus hijos. Los señores Gabaldón y, por último, los señores Rodríguez de Aranda y el señor Olivier Pascal. Benedetta y Candela no tardaron en admirar mi atuendo.

—Es el que vimos en la revista *Elegancias*. Finalmente te decidiste —observó Candelita.

—Sí, lograsteis convencerme. Y la verdad es que no me está nada mal, ¿no?

—En absoluto, Elisa. Te sienta de maravilla. Una lástima que don Francisco no pueda acompañarnos hoy. ¿Has sabido algo de él? —se interesó Benedetta.

—Mejor —respondí—, acompañadme. Os lo enseñaré.

Pletórica, me dirigí al gabinete y abrí con cuidado la puerta. Mis amigas se taparon la boca con las manos, emitiendo sonidos que reflejaban la envidia que les daba aquel tierno regalo de Francisco.

—Son preciosas, Elisa. ¡Diez jarrones de flores! Este don Francisco te adora —aseguró Benedetta.

—La verdad es que con el escaso empeño que le pusiste al principio, es increíble lo deslumbrado que tienes al bueno de don Francisco —apuntó Candela.

—Bueno, el amor se va fraguando con el tiempo, queridas —afirmé.

Chillidos divertidos y risas se colaron entonces en la salita. Movida por la curiosidad, me acerqué a la ventana y aparté la cortina. Era Pascal, jugando con Nicola y Miguelón, el hijo de don Giancarlo y doña Carmen y el de mi amiga Candela. Corrían por el jardín, se columpiaban en el balancín, exhalando carcajadas y vapor por la boca, debido a las bajas temperaturas que nos acompañaban. Sonreí, por acto reflejo, al contemplar la escena. Benedetta y Candela se asomaron también. Pascal alzó entonces la mirada, percatándose de nuestro figoneo, a lo que respondimos soltando la cortina y apartándonos de la ventana.

—Qué vergüenza. ¿Nos habrá visto? —se preguntó Candela.

—No creo. Bueno, vayamos con los demás —indiqué.

Antes de marcharme, eché un último vistazo que provocó que mi reflejo en el cristal sonriera de nuevo. Durante la copiosa comida, la radio volvió a ser

el tema de conversación. Todos estábamos ansiosos por ver cómo evolucionaba aquel invento. El buen humor era incontestable. Don Ernesto comenzó a contar chistosas anécdotas de sus redactores. La verdad es que las ocurrencias de López, Fernández y Morales daban mucho de sí. Después, relataron mi accidentado partido de *lawn tennis*, con lo que debí sonreír y disimular, además de pegar una patada por debajo de la mesa a Pascal cuando contribuyó a ridiculizar a don Pedro. Él nos contó, gracias a una inquisitiva interrogación de mi madrina, cómo se celebraban las Navidades en Francia y, después, don Giancarlo aportó la versión italiana. Cuando terminamos, los hombres se quedaron en la mesa fumando, y las mujeres nos fuimos al gabinete con aquellos diez jarrones observando nuestro animado palique.

—Elisa, querida, ¿ya ha decidido cómo será su vestido de novia? —dijo doña María Elena—. Si quieren una segunda opinión, podemos darles referencias de la modista que confeccionó el de Candelita.

—No es preciso, doña María Elena. Doña Alicia ya ha comenzado con los patrones. De hecho, la semana próxima tenemos cita para la primera prueba —contestó mi madrina.

—Ay, aún me acuerdo de cuando mi madre le hizo a Trini el suyo. Fue lo último que cosió... —se acongojó doña Eugenia Abad.

Aburrida de casamientos y nacimientos, me excusé ante las invitadas, señalando que debía ir al tocador. Por suerte, ninguna decidió acompañarme. Cerré la puerta del gabinete, para que no se escapara el calor, y me encaminé hacia las escaleras. Antes de comenzar a subir el primero de aquellos veinticinco peldaños, caí en la cuenta de que había alguien apoyado en la barandilla del segundo tramo, el que llevaba al sótano. Extrañada, retrocedí.

—Señor Pascal..., ¿qué hace ahí parado?

—Hola, señorita Montero —me saludó sorprendido.

—¿Recuerda algo? —indagué.

—Imágenes equívocas. ¿Fue ahí donde estuve escondido?

—Sí, efectivamente. Bajando estas escaleras en el último cuarto del fondo.

—Aún me resulta increíble. Para serle sincero, tenía la esperanza de que, al entrar en esta casa, algo me resultase familiar..., pero no. Ni la entrada ni el recibidor ni los salones.

—Bueno, usted solo vio el sótano. Es normal que no identifique el resto de estancias.

—Sí, es evidente que no fui un invitado de honor.

Hubo un silencio.

—¿Le cuento una curiosidad? —inicié.

—Dígame.

—No he vuelto a bajar al sótano desde que se lo llevaron a usted.

—¿De veras? ¿Y eso por qué?

—Bueno, la prohibición de descender estas escaleras era algo extensivo a todos los días de mi vida, no solo cuando usted estuvo allí. Y después de tener que esconderme en el armario, decidí que era mejor no tentar a la suerte.

Miró a los lados.

—Bajemos entonces.

—¿Disculpe? No, ni hablar.

—¿A qué le tiene tanto miedo, señorita Montero?

—Señor Pascal, por favor.

El periodista había empezado a bajar peldaños. Susurrando, para no alertar a nadie, le supliqué que se detuviera, pero no me escuchó. Desesperada, me aseguré de estar sola en el recibidor y lo seguí. Las sensaciones que me habían acompañado en mis expediciones, cuando era niña, afloraron en mí sin control. Tenía el pulso acelerado. Mi madrina no me perdonaría la desobediencia y, menos aún, con invitados en la casa.

—¡Pascal, vuelva! —repetí.

Había desaparecido. Avancé por el pasillo, cuidando que la doncella que allí se encontraba no me viera. Con los nervios a flor de piel, agarré el picaporte y, escurridiza, me metí en aquel cuarto. Pascal se había sentado en el suelo, apoyando su espalda en el escuálido catre. No estaba del todo igual. Mi madrina había determinado usarlo como trastero. Muebles viejos y cuadros envueltos en sábanas raídas se almacenaban en uno de los extremos de la habitación. Pero la cama y el guardarropa estaban intactos. Improvisando mis movimientos, pues estaba algo aturdida con todo aquello, me senté a su lado. Permanecimos callados unos segundos.

—¿Se acuerda?

—Vagamente... Mi memoria había transformado el cuarto en cierto modo. Lo recordaba más grande. El guardarropa también era distinto...

—A mí me ocurre lo mismo.

—Es curioso cómo la mente mezcla los recuerdos con la imaginación... y cómo varían las percepciones a medida que crecemos.

—Sí, no es la primera vez que me sucede —contesté, en referencia a mi visita a Fuente de Cantos.

—Pero hay algo común. Una sensación de paz, de tranquilidad, de felicidad...

—Apuesto a que es responsabilidad de los aromas de los productos del lavadero que hay al principio del corredor —bromeé.

—Sé muy bien de dónde procede esa sensación, señorita Montero.

Su mirada recogió a la mía, que había decidido alzarse con sutileza, echar el vuelo en aquel diálogo que solo comprendíamos los dos. Sonreí.

—Verá, no he sido del todo sincero. Hay imágenes que están muy bien definidas en mi memoria. No son muchas, pero siguen ahí en mi mente por algún motivo y son suficientes para saber que usted convirtió aquellos terribles días en tardes divertidas en las que los problemas no nos importunaban. Me he pasado los últimos quince años obligándome a borrar todo lo que ocurrió antes de mi viaje a París. Ha sido mi método para convencerme de que, en realidad, no perdí tanto. Pero mi madre encontró algo en los bolsillos del pantalón con el que llegué a Francia. Y, bueno, decidí quedármelo para guardar un pequeño pedacito de esos días en los que estuve aquí escondido. Se ha convertido en una suerte de amuleto para mí. Quizá porque es lo único que permaneció conmigo de Pedro Liébana antes de dejar que partiera para siempre.

Arqueeé las cejas. Sabía de lo que hablaba. Sin más dilación, extraje el cordel del bolsillo.

—A lo mejor ni siquiera se acuerda... No le negaré que me da un poco de apuro enseñárselo porque quizá...

Cogí el cordel.

—¿Ha visto a don Severiano, el hombre que le ha recibido en la entrada? —le pregunté.

—Sí, ¿el caballero alto de pelo oscuro? —respondió aturdido.

—Exacto —contemplé el cordel—. Fue él quien me lo regaló. Jugamos varias tardes sin parar, no sé si se acuerda de eso. Yo se lo di a usted para que practicara. Espero que me haya hecho caso. Ha tenido quince años para convertirse en un experto.

Pascal se rio. Coloqué las manos en aquella posición inicial con la que se desencadenaba el juego. Ambos conocíamos los pasos, las formas, las coreografías dactilares que precisaba aquel reto de formas geométricas. Sin

embargo, la agilidad de la infancia se había convertido en movimientos oxidados con los que la cuerda se enredaba sin remedio.

—¿No me diga que se acuerda de Paquita? —dije riéndome.

—Perfectamente. No se separaba de ella. También de sus trenzas y los lazos de su cabello —afirmó mirando mi pelo castaño.

—Era una gran cómplice. Paquita, digo.

El silencio reinó durante unos segundos.

—No me pregunte por qué, pero esa mancha del techo también es imposible de olvidar. Pasé horas contemplándola, pensando en mi madre y mis hermanas. En el mar, en Barcelona. —La miró fijamente—. Lo único es que pensaba que tenía forma de dinosaurio y ahora que la veo, es más una especie de pez espada.

—¿Sabe qué? Yo también debo agradecerle cómo me hizo sentir aquel verano. En ese momento, no tenía demasiados amigos y, bueno, jugar con usted era casi como volver a tener un hermano con el que divertirse todo el tiempo.

—Pero usted dijo... Usted, en la casa de la sierra de don Ernesto, dijo que no tenía hermanos —rememoró.

—Otra mentira más —confesé—. A mi madrina no le gusta que los recuerde. Se pone insoportable cuando pronuncio los nombres de mi padre y mis hermanos.

—Aprovechemos que no está. ¿Cómo se llaman?

—Pues verá... Mi padre es don Antonio Montero y mis hermanos son Juan y José Luis. Juan es el mayor. Siempre andaba riéndonos a José Luis y a mí. Se preocupaba por padre, era muy responsable. José Luis era el más revoltoso, decían que era la viva imagen de padre cuando era un chiquillo. Quizá lo siga siendo... Y, bueno, mi madre... Yo no la conocí. Se llamaba Isabel Fernández. Murió al traerme al mundo.

—Apuesto a que era una gran mujer. Y a su padre y sus hermanos, ¿no los ha vuelto a ver?

Me quedé pensativa. Juguetecía con el cordel, enrollándolo en el dedo anular, en el índice, en el pulgar.

—No. Y es mejor así. Ellos..., ellos no me aceptarían después de tanto tiempo. Ni siquiera se han preocupado por mi paradero en todos estos años.

—No se conforme con esa explicación, señorita Montero.

Volví a perderme en aquellos ojos, con su expresión segura, intrigante y

amable. Cada vez me resultaba más difícil que mi juicio acudiera en mi rescate. ¿Por qué me sucedía aquello? No estaba bien. Dispuesta a escapar, me incorporé y me decidí a sentarme, de golpe, en la cama. Ahí me percaté de que los muebles se habían desgastado más de lo que se apreciaba a simple vista. Las barras de madera se astillaron y terminé sentándome en el suelo con las piernas sobresaliendo por arriba del catre, único bastión de mi dignidad. Pascal se afanó en ayudarme, sin poder evitar reírse de mi percance y yo me sumé con una sonora carcajada.

—Debemos subir. Seguro que lo han escuchado —determiné—. Yo saldré primero. Espere unos minutos y finja que se ha perdido.

—Está bien. Espere, señorita Montero. Tome, quédese el cordel. Ya es hora de devolvérselo a su legítima dueña, yo lo he disfrutado muchos años.

Con el cordel escondido en el puño, subí al trote por las escaleras, confirmando que nadie me veía. Regresé al gabinete, donde continuaba el intercambio de pareceres sobre pasados y futuros enlaces, pero con una expresión distinta. No podía dejar de pensar en aquellas cuatro paredes, en la magia que siempre habían contenido, en las inocentes conversaciones que allí había compartido con Pascal. «Prométeme que me llevarás a Barcelona a ver la playa. Prométemelo», recordé.

Los señores Gabaldón, la familia De Lucca y la familia Uribe se marcharon los primeros. El resto continuamos distraídos con lúdicos entretenimientos, animados por el *jazz* que despedía la gramola. No obstante, cuando mejor lo estaba pasando, Pascal, educado como acostumbraba, anunció su retirada.

—He de atender asuntos importantes para mi periódico, señores. Ha sido un verdadero placer compartir con ustedes este día. Agradezco que me haya invitado, doña Manuela —se despidió.

—Lo acompañaré hasta la puerta, señor Pascal —me ofrecí.

Y así lo hice. En realidad, me moría de ganas por transformarme en Pedro Liébana y seguir sus pasos. Con aquel sombrero negro y su gabán, abandonó la casona, regalándome una última y pícaro sonrisa.

—Espero verla pronto, señorita Montero. —Y se alejó.

Dejé que el frío me incomodara para poder contemplar cómo se desdibujaba su silueta en la calle, cruzando aquella verja que me separaba de la libertad. Cerré la puerta y me di la vuelta. La presencia de Benedetta en medio del *hall* hizo que me sobresaltara.

—Benedetta, por Dios. Menudo susto.

Su cara me dijo que había algo en mí que no le agradaba en absoluto.

—Acompáñame —me exigió.

La seguí desconcertada hasta el comedor, donde nada quedaba de la ornamentada mesa donde se había servido la comida. El servicio, siguiendo las instrucciones de mi madrina, lo había dejado como acostumbraba. Con los muebles impolutos pero dormidos del desuso.

—¿Qué ocurre, Benedetta? Me estás asustando —protesté mientras ella cerraba la puerta a cal y canto.

—¿Qué ocurre? Debería preguntártelo yo a ti.

—¿Disculpa?

—¿Desde cuándo te llevas tan bien con el señor Pascal? Últimamente, no comprendo tu relación con él: clases de francés, risas, miradas cómplices, lo acompañas hasta la puerta... Elisa, sé que no soy quién para decirte qué has de hacer, pero, madre del cielo, vas a casarte en pocos meses. Don Francisco te ama. ¿Vas a echarlo todo a perder por ese periodista?

—Benedetta, un momento. No sé qué crees que está ocurriendo, pero el señor Pascal y yo solo somos buenos amigos.

—¿Sí? ¿Amigos? ¿Desde cuándo? ¿Desde que te amenazó de muerte?

—Tenía sus motivos, Benedetta. Es una larga historia...

—Elisa, el señor Pascal es un hombre que mira por sus intereses. Es un corresponsal, un escritor. No son caballeros de una sola dama ni son hombres que busquen la amistad de una mujer. Ninguno la busca. Estoy convencida de que tu doble vida ha hecho que te confundas y que olvides el tipo de personas de las que siempre nos hemos rodeado. Y además, creo que el señor Olivier Pascal no es de fiar.

—Quédate tranquila, soy perfectamente capaz de escoger a mis amistades y de proteger mi futuro matrimonio —contesté y me dispuse a abandonar la sala.

—Elisa, por favor —me pidió, provocando que pausara el giro del picaporte.

Terminé de abrir la puerta y me marché. Todo el mundo se creía con el derecho a escribir el guion de mi existencia, de pautar mis decisiones. No iba a estropear mi enlace. Sabía lo que estaba en juego. Y yo, bueno, yo sí amaba a Francisco. Aunque mis sentimientos, al igual que sus promesas, estuvieran entumecidos por los kilómetros...

Don Ernesto acostumbraba a convidarnos a unas copas al cierre de una exitosa semana en el periódico. Durante aquel primer mes de 1925 se habían mantenido las informaciones sobre Marruecos, debido a una nueva visita de don Miguel Primo de Rivera a las plazas africanas; también sobre cuestiones diplomáticas internacionales, sucesos y cultura. De hecho, en aquellos tiempos, los diarios estaban repletos de noticias sobre el extranjero, permitiendo al lector viajar tan lejos que olvidaba que, en realidad, vivía en España. Uno de los acontecimientos que ocuparon portadas aquella semana fue el nombramiento del nuevo canciller alemán, el doctor Luther, así como de su gabinete. Pese a que muchos tildaban a su partido de centrista, no tardaron en aparecer voces críticas que detectaron tendencias extremistas en la cancillería, provenientes del nacionalismo creciente en la vapuleada Alemania. Como decía, don Ernesto nos propuso tomar un vino en el Maxim's, así que allí acudí con mis ropas masculinas. Morales, Simón, López y Fernández también se habían unido, además de Pascal, por supuesto.

—Venga, don Ernesto. Solo un pequeño adelanto para comprarle a mi señora un vestido bonito —intentó López.

—Cuando devuelva todo lo que debe, entonces, le subiré el sueldo —respondió don Ernesto.

—No puedo. Está gastado en el bienestar del empleado, *uséase*, mío.

—Pues díglele eso a su señora. Usted es un pozo sin fondo de pedir.

—Exageraciones...

—Hablando de mujeres... ¿Cómo es que no ha traído a la señorita Folch, Liébana? Esa muchacha es más que encantadora —opinó Fernández.

—Bueno, la señorita Folch no podía salir hoy de la residencia, pero seguro que puede acompañarnos en la próxima ocasión.

—Hacen una pareja excepcional —afirmó el encandilado redactor, provocando la risa de Pascal y mi consecuente mueca.

Don Ernesto vio a alguien entrando por la puerta que le hizo sonreír y saludar con la mano. Aquel hombre se acercó a nosotros, decidido. Conocía a don Ernesto, a Morales y a Pascal.

—Buenas noches, caballeros. Qué sorpresa encontrarlos aquí.

—Buenas noches, señor De Oteyza. ¿Cómo marcha todo en *La Libertad*?

—Pues ya sabe... Su querido amigo, el señor March, es ahora quien tiene el control, así que supongo que podría decirse que seguimos en pie, pese a todo.

¿Era quien yo pensaba? ¿Don Luis de Oteyza? Hice amago de acercarme un poco más a él, pero resolví dejar que terminara su breve coloquio con don Ernesto acerca de capitales e inversiones. Pascal me observaba, mientras levantaba una ceja, como si creyera que había ingerido veneno con el caldo. Sin embargo, en cuanto tuve ocasión, le abordé de aquel modo en que solo me atrevía cuando decía ser don Pedro Liébana.

—Señor De Oteyza, permítame que me presente. Soy Pedro Liébana, redactor de *El Demócrata de Madrid*. Debo confesarle que soy un gran admirador de sus escritos. Leí su entrevista a Abd-el-Krim en 1922 —le conté estrechando su mano con garbo.

—Un placer, señor Liébana. Me alegra tener seguidores entre las jóvenes generaciones de periodistas.

—¿Cómo no iba a tenerlos? Usted fue de los pocos que lograron llegar a Axdir, que pudieron ir tras las líneas enemigas y recoger testimonios de lo que estaba ocurriendo en África.

—Bueno, ¿no es esa la labor de un periodista? —me preguntó y me sonrió.

—Estoy completamente de acuerdo con usted.

—Me gusta su actitud. No dude en enviarme alguna de sus crónicas en alguna ocasión. Me agrada leerlas. He de irme, caballeros, me esperan en el restaurante.

—Sí, sí, por supuesto. Un placer, señor De Oteyza. Se las mandaré. No lo dude —me despedí, entusiasmada.

Morales me miró.

—¿Ha hecho una reverencia, Liébana? —me preguntó.

—La ha hecho —respondió Pascal.

—Es que era don Luis de Oteyza. No pensé que fuera a conocerlo. Él entrevistó a Abd-el-Krim —les expliqué.

—Lo sabemos, hijo, lo sabemos —contestó don Ernesto, sin empatizar con mi fervor.

Era lo que más me atraía de acarrear con los riesgos de mi doble vida: el poder conocer a personas que en mi rutina de Elisa serían simples nombres en un papel, sin caras, sin huesos. Dejando mi emoción a un lado, recuperé mi principal objetivo en aquella velada. A partir de las doce de la noche, el señor

Rodríguez de Aranda empezaba a perder el control de la lengua. Era el instante propicio para que relatara hechos que, de otra forma, quedarían ocultos gracias a la acción de la escasa prudencia que le había inculcado doña Cristina en su matrimonio. Simulando que yo también estaba desinhibida, comencé con mi investigación.

—Don Ernesto, ¿sabe qué? Siempre he pensado que es usted muy alto. Creo que no conozco a nadie tan alto como usted.

—¿En serio lo dice? No me lo parece a mí. Estoy convencido de que hay caballeros de mayor estatura entre mis conocidos —contestó.

—Bueno, ahora que lo dice, sí sé de alguien que también es bastante alargado. Don Luis Bello... ¿Lo conoce?

—Oh, el señor Bello. Es cierto, sí, por supuesto.

—Entonces, ¿lo conoce?

—Sí, sí... Desde hace años. Un gran hombre.

—¿De veras? Nunca lo he visto en el periódico. ¿Escribía para *El Demócrata*? —probé.

—No, no. No fue por el periódico...

—¿Y entonces? ¿Eran amigos? ¿Acaso fueron a la escuela juntos o se conocieron siendo adultos?

—¿Qué le ha dado a usted con don Luis Bello, don Pedro? —se extrañó.

—Nada, nada. Solo que también lo admiro, como a don Luis de Oteyza, y como a usted, don Ernesto, y me resulta interesante descubrir cómo se conocieron dos personas que son grandes referentes para mí.

Don Ernesto sonrió, orgulloso, cayendo en el cepeo de mis agasajos.

—Bueno, la verdad es que don Luis Bello y yo nos conocimos en una tertulia literaria, cuando yo solía acudir a reuniones de ese tipo. Qué tiempos.

—¿Una tertulia? ¿De veras? ¿Y qué tertulia era esa? ¿Frecuentaba usted el café Pombo o el café Suizo?

—No, no. Es decir, sí que asistía a alguna tertulia de café, pero cuando solía verlo era en las tertulias que celebraba doña Manuela en su casa.

—¿Doña Manuela Montero? ¿Celebraba tertulias?

Pascal había empezado a atender nuestra conversación al escuchar el nombre de mi madrina.

—Sí, lo hizo durante un tiempo. Hablábamos sobre literatura, arte, teatro... Una lástima que decidiera dejar de organizarlas hace como tres años.

—Vaya, qué sorpresa.

—¿Por qué le sorprende, don Pedro? Doña Manuela es una mujer de vastos conocimientos y de una enorme sensibilidad artística.

—Jamás lo hubiera dicho... —mascullé.

—Sí, sí... Sobre todo, tras conocer a aquel escritor.

Alcé la mirada.

—¿Un escritor?

—Sí... Bueno, yo nunca supe de quién se trataba, pero, por lo que se decía, era un famoso escritor casado. Doña Manuela enviudó muy joven y, al parecer, quedó prendada de él. Jamás la he vuelto a ver como entonces. Se codeaba con caballeros ilustres, celebraba aquellas tertulias e incluso escribía poesía con bastante maña. Sin embargo, Madrid no es un lugar muy grande y los rumores no tardaron en extenderse. Cuando su sobrina, la señorita Elisa, llegó a la ciudad para vivir con ella, doña Manuela decidió romper relaciones con aquel hombre.

—Un escritor casado —repetí absorta.

—Sí, pero, ya sabe, no diga nada. Son asuntos del pasado y es mejor no removerlo en demasía. Maldito don Pedro, beba un poco más y deje de tirarme de la lengua. Cómo se nota que es usted periodista, Dios santísimo.

Sentí lástima por ella. Probablemente, con él había llenado la sala de lectura de obras que ahora solo le recordaban lo que había perdido con mi llegada a Madrid. Aunque, por otro lado, ¿cómo había podido hacer eso mi madrina?, ¿había participado de un adulterio? Todo empezaba a encajar: su frialdad conmigo, sus secretos, las amenazas. Quizá una esposa traicionada o un hijo ofendido eran los autores de las cartas anónimas. Ya en la calle y sin comprender qué había ocurrido, Pascal hizo que me detuviera antes de emprender el camino de regreso a mi casa.

—¿A qué ha venido lo de ahí dentro?

—Necesitaba conocer esa información, señor Pascal.

—Si se arriesga tanto, terminarán por descubrirnos a los dos —me advirtió.

—Era preciso, señor Pascal. Vivo con una mujer a la que apenas conozco y así vestida es la única forma en la que puedo indagar. No sé por qué no se me había ocurrido antes, la verdad.

—Pues vaya con cuidado, señorita Montero. Recuerde que ahora debe guardar dos secretos.

—Lo sé..., pero quédese tranquilo, ya tengo lo que necesitaba.

—¿Lo del romance con el escritor? ¿Y qué pretende hacer con ese chisme?

—Nada..., comprender. Mire, mi madrina es una mujer muy complicada y hay cuestiones de su forma de ser que jamás he entendido. Ahora estoy más cerca de conseguirlo.

—Usted no se rinde nunca, ¿no?

—No, no es mi especialidad —respondí imitándole.

—Que sepa que aún se me pone la carne de gallina cuando cambia la voz...

—De acuerdo, señorita Montero, ahora tiene que apretar con cuidado el acelerador —me indicó Pascal.

Le hice caso. Dada mi horrible experiencia al volante, Pascal se había ofrecido a enseñarme a conducir. Pronto se dio cuenta de que no iba a ser tarea fácil.

—Con cuidado, señorita Montero, con cuidado.

—Eso estoy haciendo, ¿no me ve?

—No, estoy ocupado mirando al frente mientras usted contempla sus pies. Frené.

—Ha sido una mala idea. Esto es demasiado complicado —capitulé.

—¿De veras? ¿Ya está?

—Sí, no soy capaz.

—Ja. Menuda estupidez.

—¿Perdone?

—Vuelva a intentarlo. Vamos.

Y así pasamos un buen rato hasta que pude hacer que el Peugeot circulara con normalidad, aunque con algún que otro susto que mantenía a Pascal agarrado al asiento. Paulatinamente, pasaba a formar parte de aquel orden preestablecido, de aquellos trayectos regularizados en que las ruedas, las espuelas, los raíles y las suelas se coordinaban gracias a una trabajada miscelánea de orden y caos.

—Por cierto, no tuve oportunidad de pedirle disculpas por estrellar su coche aquel día —comenté, más relajada.

—No se preocupe. Usted concéntrese en no repetirlo —me suplicó tenso—. Aunque, si le soy sincero, me contrarió más que me dejara allí tirado, sin poder mover la pierna que me había dañado por defenderla ante los matones.

—Perdóneme también por eso —dije y me reí—. ¿Cómo logró regresar?

—De la única forma posible. Conduciendo y maldiciendo al patán de Pedro Liébana.

Volví a reírme. Con cautela, Pascal fue dándome indicaciones hacia el noroeste para abandonar el abarrotado centro de la ciudad. Tras algún que otro volantazo más, llegamos sin rasguños a la Dehesa de la Villa, donde paramos a descansar. Aquel espeso manto de pinos, almendros y alcornoques originaba sombras que rodeaban nuestro paseo. Hubo un momento en que ni siquiera hablamos, solo sonreímos y nos dejamos maravillarse por aquel ecosistema tan próximo a la urbe. El sol avanzaba hacia el oeste.

—Es extraño —dije de pronto.

—¿El qué?

—Usted.

—¿Y a qué se debe esa valoración?

—Aún no lo he decidido, pero no es como los demás hombres. Me enseña a conducir, guarda mis secretos, aún no me ha juzgado por desear ser periodista... ¿De dónde diantres ha salido, señor Pascal?

—De la misma cloaca que usted, señorita Montero. Por eso la entiendo —me respondió mirándome a los ojos.

—*Touchée*.

Continuábamos caminando, respirando el polvo del suelo y controlando, de vez en cuando, que el cielo seguía sobre nuestras cabezas.

—¿Sabe? A veces, cuando vamos a cubrir algún acontecimiento, siento envidia de los fotógrafos. Me encantaría saber tomar fotografías. Es como capturar un instante de forma eterna.

—Su ambición es ilimitada, señorita Montero.

—No se imagina cuánto —dije divertida—. ¿Y usted? ¿Qué ambiciones tiene? ¿Qué le gustaría aprender?

—¿Ambiciones? Demasiadas. Y espero que jamás se agoten. Pero, para empezar, me encantaría cubrir un conflicto bélico desde el frente. También me gustaría hacer un reportaje sin precedentes. De esos que convierten el presente en historia. ¿Sabe a lo que me refiero?

—Sí..., sé a qué se refiere —respondí, apenada por no poder aspirar a tales hazañas.

—Creo que es mi sino. Después de todo lo que me ha ocurrido desde los once años, pienso que le debo mi tiempo al lugar donde se estén fraguando

las noticias. No deseo sentir que no pertenezco a un sitio ni ansiar estar en otro distinto.

—Suenan romántico —admití sin dejar de sentir tristeza.

Nos detuvimos a admirar el horizonte, aprovechando que el terreno sobre el que reposaban nuestros pies estaba por encima del resto. Eran verdaderas dunas de hierba y encinas.

—Debe de ser increíble poder viajar sin residencia fija, conocer a personajes ilustres, a políticos, a científicos, a artistas... Por eso me resulta tan fascinante el trabajo de don Luis de Oteyza. Él pudo ver con sus propios ojos lo que el resto solo alcanzamos a leer e imaginar.

—Habla como una auténtica periodista —aseguró.

—Bueno, en alguna remota parte de mí hay una periodista agazapada. Aunque solo unos pocos son capaces de verla.

Las nubes se entrelazaban, formando figuras diversas.

—Escuche... Siento lo que dije aquel día en Los Gabrieles sobre usted. Está claro que, por entonces, no la conocía en absoluto. Pensaba que era una joven superficial e inmadura. Y, en el fondo, me enfurecía que fuera siempre tan arisca conmigo.

—Debía serlo. Si le permitía acercarse a mí, corría el peligro de que me identificara. No podía ser su amiga como Pedro y como Elisa —le expliqué.

—Lo sé. En estos meses me he dado cuenta de que usted es mucho más que una muchacha burguesa... —Se quedó callado un segundo—. Señorita Montero, ¿puedo hacer algo que llevo tiempo queriendo hacer?

Arqueeé las cejas.

—Sí, por supuesto —respondí, obnubilada por su confianza y su sonrisa.

Cogió mi mano y, con delicadeza, quitó el guante que la cubría. En mi interior era casi como si me estuviera desnudando al completo. Cerré los ojos, un segundo, dejándome llevar. Él, en silencio, acarició la palma de mi mano. Como en un lenguaje encriptado, me contó sus temores y deseos con las yemas de sus dedos, con el recorrido invisible que marcaban sus impulsos, borrado, a su vez, por lo que le decía su buen juicio. Abrí poco a poco los párpados y vi cómo situaba su mano al lado de la mía. Las líneas no habían variado con los años, seguían formando una A perfecta.

—Tenía que asegurarme de que no era usted una estafadora —musitó.

Sonreí. Estábamos tan cerca, tan próximos al paraíso que anhelaban nuestros labios... y, a la vez, tan lejos, tan distanciados por el lapidario honor

y el impertinente qué dirán. Su olor me extasiaba, me hacía sentir en casa. ¿Era posible habitar allí, observándonos de frente, como dos amantes, sin sufrir las consecuencias? Me separé, a sabiendas de que su perturbadora presencia me hacía vulnerable.

—Está anocheciendo, deberíamos irnos —susurré sin fuerza.

—Sí, tiene razón —me respondió sin apartar su seductora mirada azul.

Mientras conducía, me planteaba qué habría pasado si hubiera cedido a lo que me decía mi alma rebelde. En el último año me había acercado demasiado a él. Lo había hecho porque me entendía, pero, poco a poco, aquellos sueños, aquellos deseos, habían regresado a mí con una fuerza arrolladora. Era muy difícil resistirse a su magnetismo. Lo miré de soslayo, recogiendo una de sus sonrisas al paso. Y, después, noté el peso del anillo de compromiso estrangulando mi anular.

Dicen que cuando esperas algo ansiosamente, los días se vuelven más largos. Y aquello me pasó al principio con mi boda. Mi relación con Francisco había estado marcada por las demoras y la paciencia. Hacía más de cinco años que nos habíamos conocido y, al fin, íbamos a convertirnos en marido y mujer. Sin embargo, aquellos tres últimos meses pasaron en un suspiro. Notaba como si se me estuviera agotando el oxígeno, el margen para tomar decisiones. Todo estaba preparado para el gran día. Mi madrina le había encargado a doña Alicia un vestido que superaba en coste a todos los que habíamos usado a lo largo de la última década. Además, ya con las cuestiones en el Reino Unido un poco más atadas, Francisco volvió a casa. Don Luis se quedaría al cargo hasta que fuera necesario para que nosotros pudiéramos disfrutar de nuestro viaje de novios a Viena y de esos felices primeros meses de matrimonio. Gracias a su presencia, logré serenarme un poco y abandonar los impuros impulsos que revoloteaban sobre mi conciencia.

—Señorita Elisa, ya no le queda nada para convertirse en la señora de De las Heras y Rosales. Ha pescado usted un buen pez —me dijo López.

—Eso tendría que hacer yo y dejarme de trabajar. Y de aguantar sus bravuconerías —señaló doña Carmen.

—Ande, ande, doña Carmen. ¿Qué haría usted sin nosotros?

—Vivir tranquila en mi palacete mientras me dan masajes en los pies.

—Ay, señorita Elisa, casi me parece que fue ayer cuando llegó al periódico. Tan chiquita y reservada —recordó Fernández.

—La verdad es que siento que aquí he crecido en muchos sentidos...

—Y lo ha hecho, no lo dude.

Todas aquellas frases tenían un amargo sabor a despedida. ¿Por qué todos daban por hecho que me iba a marchar de *El Demócrata*? Yo no lo tenía tan claro. Quizá dejaría de ser secretaria, pero podría colaborar, por fin, de otra forma. Había acordado con Francisco hablar del tema en nuestra luna de miel, mas, por su reacción, estaba prácticamente convencida de que recibiría, de buen grado, mi propuesta.

—Por cierto, Morales, ¿ha visto hoy a Pascal? —espetó López.

—No, ni rastro. Quizá venga más tarde. Andaba ocupado con asuntos de su periódico.

No obstante, aquella misma noche, don Ernesto daba una cena en su casa, por lo que seguro que coincidiríamos. Don Santiago me recogió puntual en el portal. Me despedí de don Casimiro y me reuní con el cochero. Sí, en solo una semana me casaría. El día 16 de mayo, para ser exactos, un día antes de mi cumpleaños. Doña Asunción había avisado al *ABC* para que incluyeran nuestra ceremonia en su sección de Sociedad, *Ecos diversos*. Cada vez que lo recordaba, aumentaban mis palpitaciones. Por suerte, cuando más desbordada estaba, me ataviaba con las ropas de Pedro Liébana, salía a hurtadillas por la ventana de la sala de lectura y me reunía con Pascal, en el café Pombo o en el Ateneo, consiguiendo abstraerme de todo aquel tumulto de preparativos, fechas y expectación.

El tocador me desafiaba, me examinaba. Yo analizaba mi apariencia, toqueteando el cordel que me había devuelto Pascal. Había escogido aquel traje de *crêpe satin* verde esmeralda que tanto me gustaba y que combinaba, a la perfección, con el colgante que doña Cristina y don Ernesto me habían regalado en mi puesta de largo. Mis labios, perfilados con un intenso carmín, me conferían un aire sofisticado que alejaba, aún más, a la dulce niña que alguna vez fui. La bocina del Panhard me hizo sobresaltarme. Francisco ya había llegado. Junto con mi madrina, salí de la casa y nos subimos al coche. Don José Carlos continuaba tan distante como de costumbre aunque, con los años, había ejercitado sus muecas para parecer amable. Francisco me halagó, recorriendo con su mirada todos los recovecos de mi figura, que, en pocos días, sería enteramente suya. Él iba vestido con aquellos impecables trajes de

chaqueta que componían su invariable ropero.

El distinguido servicio de los señores Rodríguez de Aranda volvió a recibirnos de forma excepcional a nuestra llegada al palacete. A aquella velada, don Ernesto había convidado al señor March, el dueño de *La Libertad*, y al señor Torcuato Luca de Tena, fundador y propietario del *ABC*. También a don Graciano Atienza, con quien mantenía una estrechísima relación profesional y personal. Eran grandes personalidades del mundo periodístico a las que deseaba acercarme para unirme a sus divagaciones sobre la censura, sobre la situación en Cataluña, sobre las últimas decisiones del Directorio... Pero enganchada al brazo de Francisco, era mucho más difícil moverse.

—Ayer, doña Cristina y yo fuimos a ver las carreras de caballos en Aranjuez. Fue una entretenida tarde, ¿verdad, querida?

—Sí, en efecto, querido. Estuvo allí la reina —contó doña Cristina.

—Por cierto, ¿se ha sabido algo más del asesinato del teniente Rojo en Barcelona? —comentó don Giancarlo.

—Esta mañana se ha celebrado un consejo de guerra para procesar al guardia que lo mató —intervino el alférez Roca.

—Para que luego digan que ir a la guerra es peligroso. En ocasiones, es realmente complejo determinar dónde acaba el frente y dónde comienza la retaguardia —comenté, mientras pinchaba un espárrago con el tenedor.

—Toda la razón, señorita Elisa. Las guerras ya no son lo que eran —afirmó el alférez.

—No imagino nada peor que tener al enemigo en casa —reflexionó don Ernesto.

—Por eso yo siempre digo que lo más inteligente es no fiarse de nadie. Ni siquiera de uno mismo —opinó mi madrina.

—Secundo su teoría, doña Manuela —aplaudí Francisco, levantando su copa antes de beber.

—Lo cierto es que, a juzgar por las informaciones que llegan de todas las partes del mundo, es un desafío determinar quién es de fiar y quién no. ¿Será beneficioso el comunismo en Rusia o vivían mejor con los Romanov? ¿Son acertadas las propuestas del fascismo de Mussolini? ¿España renacerá gracias al Directorio? —expuso don Torcuato.

—No se inquiete, don Torcuato. Eso es lo más emocionante del presente, que no tiene un final escrito —señaló el señor Atienza.

Estaba en lo cierto. El presente era el estadio más arduo de todos pues solo podía dejar de serlo a partir de nuestras decisiones, del fluir de nuestros movimientos hacia alguna de las enésimas direcciones que se extendían ante nosotros.

—Ahora que lo pienso, ¿no iba a acompañarnos el señor Olivier Pascal esta noche? —recordó don Giancarlo.

—Sí, en efecto. Me ha pedido que lo disculpe ante ustedes. Esta misma tarde le han comunicado que debe partir a Marruecos y dejar la corresponsalía de Madrid. Como entenderán, no ha podido despedirse. Debe tomar el rápido de Andalucía en unas horas —contó don Ernesto.

Sus palabras resonaron en el amplio salón que se hacía más y más diminuto. Mi apetito se disipó. Mi garganta se deshidrató de energía para hablar. ¿Cómo que se iba? Repasé a todos los invitados con aquella expresión de angustia que se había adueñado de mi rostro. No podía irse, no podía dejarme sola.

—¿No me diga? Es una verdadera lástima. Le extrañaremos en las reuniones. Es un hombre muy interesante e inteligente —aseguró Francisco.

—Lo cierto es que no es fácil encajar la marcha de un buen amigo. Yo aún estoy recuperándome de la noticia. Lo echaremos mucho en falta. ¿Verdad, señora Cristina?

—En efecto, querido. Una pena que deba irse.

A todos les apenó la noticia, mas no atendí a sus comentarios. Mi oído volvió a despertar cuando el alférez Roca alzó su copa y nos reveló:

—Bueno, damas y caballeros, nosotros también tenemos una noticia que compartir con ustedes. Mi querida Benedetta está embarazada. Vamos a tener nuestro primer hijo a finales de año.

La pesadumbre se transformó en alborozo. El contrapunto había tomado las riendas de la noche. Las felicitaciones flotaban en la mesa. También yo debí sonreír y alegrarme, aunque mi cuerpo no reaccionaba con la agilidad normal. Los futuros padres estaban eufóricos con la buena nueva. Traté, con todas mis fuerzas, de mantener el control, pero no pude. Debía salir de ahí como fuera e interceptar a Pascal antes de que desapareciera.

—Querido, mi cabeza me empieza a molestar. Creo que son las migrañas, una vez más. Quizá sean los nervios de la boda.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llamemos al médico?

—No, no. Pero me gustaría irme a casa. Telefonaré a don Santiago para

que venga a recogerme.

—Sí, sí, por supuesto, querida. Debes recuperarte. La semana próxima será estresante y debes afrontarla con todas tus energías.

—Gracias, querido. Eres el mejor —aseguré, dándole un beso en la mejilla.

Francisco se encargó de proporcionar las explicaciones pertinentes a mi madrina. Yo me excusé frente a don Ernesto y doña Cristina, y, veloz, abandoné la vivienda de los señores Rodríguez de Aranda. Don Santiago aguardaba en el landó, convencido de que aquel inesperado trayecto, fuera de su jornada laboral, se limitaría a llevarme de regreso a la calle Villanueva. Cuando me acerqué, descubrió que, una vez más, iba a pedirle un favor. Negó con la cabeza, creyendo que así me disuadiría, pero yo ya había tomado mi decisión. Prometí pagarle aquel servicio extraordinario. El cochero no daba crédito con mis favores y mis enigmas. Avanzó por aquel Madrid que me había dado un futuro, que me había concedido un prometido, un sueño y, también, un hombre como Pascal, para ahora arrebatármelo sin previo aviso.

Como aquel día en que había optado por visitarlo y revelar toda mi historia, miré hacia arriba desde la plaza del Conde de Barajas. La luz de su ático seguía encendida. Exaltada ante la posibilidad de verlo, me bajé del carruaje y me dirigí al portal.

—Señorita Elisa, no esperaré más de quince minutos —me anunció don Santiago.

Asentí con la cabeza antes de adentrarme en aquel añejo bloque de pisos. Subí las escaleras como alma que lleva el diablo. La amargura se fue transformando en una suerte de ira inexplicable que concluyó con cuatro insolentes golpes en su puerta. Pascal, turbado por mi inesperada visita, me contempló en el rellano, con las mejillas sonrojadas y mil preguntas en los labios.

—No puedo creer que vaya a irse sin despedirse de mí.

—Señorita Montero... —comenzó.

No le di opción a responder. Me metí en su apartamento, furiosa. Él cerró la puerta, tratando de idear un motivo para tranquilizarme. Ver la maleta sobre la cama no ayudó a tal cometido. Lo observé.

—Así que es cierto... Iba a irse sin más —musité.

—Esta tarde recibí un cable de mi periódico. Al parecer, necesitan a alguien en Marruecos. Se rumorea que en los próximos meses se van a tomar importantes medidas desde Francia y España. Podría suponer el fin de la

guerra. Mi tren parte en una hora...

—¿Y no puede ir otra persona? ¿Por qué le tienen que enviar a usted? ¿No está bien en Madrid?

—Debo ir... Han confiado en mí y no puedo negarme. Lo entiende, ¿verdad?

Bajé la vista. Estaba en medio de su piso, justo en el mismo sitio en el que le había abierto mi alma de par en par, temiendo que me delatara en un descuido. Pero él no estaba sentado, no fingía ignorarme, como entonces. Estaba justo delante de mí, buscando el modo más amable de decirme que debía marcharse de la ciudad sin fecha de regreso.

—Señorita Montero, usted va a casarse en unos días... Y después, se volcará en su matrimonio, como debe ser. No me necesita aquí.

—Se equivoca, señor Pascal. ¿Y si no deseo casarme?

—Lo desea, créame. Don Francisco la tratará bien. —Retiró la mirada, queriendo creerse sus palabras.

—Ya no sé lo que deseo, señor Pascal... Usted, usted no puede irse.

—Señorita Montero, por favor... No me lo haga más difícil.

Lo miré, una vez más. Tampoco él parecía disfrutar con la noticia del traslado. ¿Qué estaba haciendo? No era justa mi actitud. Tenía razón. Yo iba a desposarme en una semana, iba a conseguir aquel inalcanzable objetivo que me sacaría de casa de mi madrina y él, él debía ir en busca de sus aspiraciones. Era lo que quería. Cubrir un conflicto desde el frente. Respiré hondo.

—De acuerdo... Solo prométame que se cuidará allí en Marruecos y... que me escribirá alguna vez...

—Se lo prometo.

Su mano rozó la mía. Su suavidad me agradaba, me devolvía el control, al tiempo que desbordaba los latidos de mi corazón. Nuestras manos se separaron y volvieron a tocarse con delicadeza. Cerré los ojos, deseando que me llevara con él, que me besara con pasión, que me dijera que me amaba, que me pidiera que nos fugáramos a África sin decírselo a nadie, como prófugos, como fugitivos de la realidad. Pero Pascal era demasiado caballero como para robarle un beso a la prometida de otro hombre. Puso sus labios en mi frente y me besó con falsa ternura. Sin separarlos de mí, emitió aquel último murmullo que me dio aliento en aquel pesar de la despedida:

—Lea siempre las dos últimas líneas de mis artículos. Serán solo para

usted, esté donde esté.

Sus dedos se despidieron de los míos, arrepintiéndose en la lejanía, y para cuando abrí los ojos, ya se había ido. Una lágrima dibujó un sendero tortuoso en mi mejilla, abalanzándose por mi cuello hasta humedecer aquel colgante color esmeralda. Me había vuelto menuda en la inmensidad de aquel apartamento vacío de él.

Tercera parte
Señora de De las Heras y Rosales

Capítulo 11

Los veranos en Santander me proporcionaban una paz que no se hallaba en ningún rincón de la Corte. El mar poseía poderes para apaciguar a las bestias peor domesticadas. No sabía, con exactitud, si era la brisa, el ilimitado horizonte o la idílica fusión entre el verdor de los suaves acantilados y el azul traslúcido de las aguas en las que moría la península por el norte. Francisco y yo, tras una fugaz visita el mismo año en que nos casamos, nos enamoramos del Cantábrico y decidimos adquirir una villa con vistas a aquella inmensidad cerúlea septentrional. Siendo honesta, era mi época preferida, que comenzaba y terminaba con el vaivén de baúles y maletas atravesando el umbral de la puerta de nuestra casa en Madrid. En los más de dos años que habían pasado desde que me había instalado en aquel piso que poseía Francisco en la calle de Eloy Gonzalo, mi vida había cambiado por completo. Me había convertido en una mujer casada, en la esposa de un reconocido banquero con negocios en Europa y, en esa ecuación, no había lugar para casi nada más.

En nuestro viaje de novios a Viena, acordé con Francisco que, por el momento, me centraría en nuestro matrimonio y que, una vez que estuviera consolidado, podría dedicarme a lo que más me motivara, al margen del hogar. No le mencioné el asunto de Pedro Liébana, pues continuaría siendo mi as en la manga. Al principio, aquella promesa me había sabido bien. Sin embargo, los meses se acumulaban y, para mi marido, nunca era buen momento para retomar mis pasiones. Al recoger todas mis pertenencias de la casona, había abandonado mi fiel escritorio, mi amada máquina de escribir, mi resquicio de intimidad. Todo se había evaporado dando lugar a una alcoba compartida sin más repisa que la del tocador, abarrotado de los cosméticos y perfumes que Francisco me regalaba. A cambio, había resuelto adquirir un piano de cola «solo para mí». Lo había colocado en el salón. Sí, quizá aquel se había convertido en mi mejor amigo en aquella residencia. Sin contar a Francisco, por supuesto. A su manera, me comprendía y me colmaba de

caprichos. Me agasajaba como siempre había hecho, orgulloso de tenerme como acompañante en todas aquellas cenas y bailes a los que acudíamos juntos. Yo le correspondía con mis atenciones, con la estima que le tenía y, evidentemente, con todas las responsabilidades que conllevaban el hecho de ser su esposa. Se podía decir que éramos felices.

El piso estaba situado en la planta principal de un estiloso y aburguesado edificio de grandes miradores y ventanales. El vestíbulo, en el que el aparador tenía absoluto protagonismo, marcaba los dos itinerarios posibles en nuestra vivienda. Hacia la derecha se abría paso un corredor en el que se encontraba la cocina, la habitación de Anita, nuestra muchacha interna, y otra puerta que separaba estas estancias de los dormitorios y el gabinete. También allí estaba la salita de estar que, a su vez, comunicaba con el despacho de Francisco y el ala izquierda del lujoso apartamento, donde se abría el gran salón —con el piano— y el comedor. Todo estaba decorado con un gusto exquisito, con muebles de gran calidad, de maderas macizas y acabados barrocos.

—Señor Francisco, lo llaman por teléfono —le comunicó Anita.

—Gracias, Anita. Ahora mismo voy.

En uno de los arcones, había guardado todos los sombreros y complementos que había adquirido en Santander. Lo abrí, ansiosa, y comencé a probármelos frente al enorme espejo que había en nuestro cuarto. Otra de las variaciones que había experimentado en aquella nueva etapa era mi compulsiva dedicación a las compras. En mi defensa diré que era un entretenimiento que lograba abstraerme en mis soporíferas jornadas y que había sido mi marido quien me había incitado a ello. Así, había dejado de frecuentar el taller de doña Alicia para convertirme en cliente del recientemente inaugurado taller de doña Bruna Sanabria, ubicado en la calle Serrano, que reproducía, a la perfección, los modelos de las grandes *maisons* de la moda, como la de Jean Patou, la de Jeanne Lanvin o la de Coco Chanel, de quien me había convertido en absoluta seguidora.

—Elisa, querida. Era mi primo Joaquín. Nos han invitado a cenar esta noche.

—¿A cenar? ¿Hoy? Pero ¿qué hay de la cena ligera y del apacible descanso en nuestra cama tras el viaje? —me quejé.

—Vamos, querida. No he podido negarme. Tienen muchas ganas de que les contemos qué tal han ido nuestras vacaciones.

—¿Ya has aceptado? Querido, estoy muy cansada.

Francisco se acercó a mí y me abrazó por detrás.

—Venga, Elisa, querida. Será divertido. Podrás estrenar este bonito turbante que llevas puesto. Estás hermosa —afirmó, dándome un beso en la mejilla.

—Bueno..., está bien —accedí.

—Esa es mi esposa. —Me aplaudió—. ¡Anita! ¡Anita! Dígale a doña Charito que ya no hace falta que prepare cena. La señora y yo tenemos compromisos.

—Sí, señor Francisco. Voy ya mismito.

Desganada, me asee para acudir a nuestra cita con la familia de Francisco. Me vestí con uno de mis trajes de aquella temporada y lo completé con el turbante. Repasé mis labios y me perfumé. Don José Carlos nos recogió a las nueve para llevarnos hasta el Pidoux, donde a don Joaquín y Francisco les gustaba tomar una copa antes de cenar. Al entrar en aquel bar americano, situado en la avenida del Conde de Peñalver, descubrí que don Luis también se había sumado a la reunión.

—Buenas noches —nos saludó don Joaquín.

—Buenas noches, don Joaquín, doña Eleonora. Don Luis.

—Buenas noches, querida. Qué preciosidad de turbante. ¿Dónde lo has conseguido? Tienes que contármelo todo sobre Santander —me contestó doña Eleonora.

—Sí, querida. Han sido unos días maravillosos.

Doña Eleonora Pardo era la esposa de don Joaquín. La segunda concretamente. Se habían casado pocos meses después que nosotros. Al igual que yo, ella también gozaba de una juventud que contrastaba con la madurez de su marido. No obstante, había algo que nos diferenciaba sobremanera y era que doña Asunción adoraba a Eleonora. El principal motivo era que doña Eleonora era la hija menor de los mejores amigos de la señora Rosales, los señores Pardo Gaviria, y una atenta esposa para el truhan de don Joaquín. Tras beber una copa de vino y fumarme un necesario cigarrillo para regresar, aunque fuera mentalmente, a la costa cantábrica, nos marchamos a cenar al Tournier.

—He escuchado hablar maravillas del Bakanik. Debemos ir algún día, querida —me comentaba doña Eleonora, que vivía convencida de que éramos íntimas amigas.

—Por supuesto. Me encantan los sitios nuevos. Me hacen olvidar la espiral

de monotonía que me evocan los locales de siempre —respondí.

—Querida, los locales de siempre son los de confianza. Uno no pone en riesgo una velada si apuesta por chefs, camareros y bandas de música que ya conoce —me contradijo Francisco.

—Pues a mí me aburren.

—Veo que la brisa norteña no le ha suavizado el carácter, doña Elisa —bromeó don Luis.

—Por suerte para mí.

—Por cierto, doña Eleonora, ¿qué tal lleva el embarazo? —se interesó Francisco—. Admito que a tu señora le sienta muy bien estar encinta, primo.

—Qué cortés es usted siempre, don Francisco. Pues el calor del verano ha sido insoportable, pero ya ha pasado lo peor. En apenas cinco meses tendremos al pequeño Gregorio entre nosotros.

—Es el tercer hijo que tengo y aún no me acostumbro a ello. Pienso en tenerle delante y no me lo creo —confesó don Joaquín.

Don Joaquín y doña Eleonora ya eran padres de otro niño, Cristóbal. Además, el primo de Francisco tenía una hija de su matrimonio anterior, María, de trece años, una joven bastante introvertida y de mirada triste.

—No imagino la dicha que puede aportar a una familia el nacimiento de un bebé —añadió Francisco, emocionado.

—A juzgar por las finas facciones de tu esposa, hermano, seguro que tendríais un niño hermoso —me halagó don Luis.

Bebí otro sorbo de mi copa.

—Oh, de hecho, ahora que lo pienso, tenemos una noticia que darles —exclamó doña Eleonora—. Después de ir a visitarlos a Santander, pensamos en lo beneficioso que puede ser ese clima para nuestros hijos. Incluso María parece estar más contenta allí. Así que hemos decidido comprar una propiedad al lado de la suya. ¿No es emocionante?

Volví a beber. Podía aguantar tener que verlos, día tras día, en Madrid, pero Santander era mi cobijo, el último resquicio de independencia de mi matrimonio. Fingí alegrarme, mas, de vuelta a casa, expresé mi absoluto rechazo a aquella ocurrencia.

—No quiero pasar nuestras vacaciones con las mismas personas con las que estoy en invierno, Francisco. Deberían habernos consultado antes de adquirir la villa.

—Elisa, querida, tranquilízate. ¿Qué mal puede hacernos tenerlos cerca?

Son parte de la familia.

—Me importa un rábano quiénes sean. Francisco, Santander es nuestro rincón de paz. Allí logro desconectar de la tensión de la capital. ¿Cómo podré hacerlo con sus críos llorando, gritando y molestando?

Sentada en la cama, me desataba los zapatos, peleándome con la hebilla. Él se acomodó a mi lado y frenó la ira que había poseído a mis torpes manos. Acarició mi cuello, tratando de relajarme.

—Quizá haya un modo de que no nos incordien sus niños... Si tuviéramos nosotros uno, podrían jugar juntos —me susurró al oído.

Como si aquella idea me hubiera abrasado la piel, me aparté bruscamente y volví a centrarme en desvestirme.

—Francisco, te lo he repetido cien veces en el último mes. Necesito más tiempo.

—¿Cuánto más, Elisa? Ya hace un año que perdiste el bebé que esperabas. ¿Acaso no vas a darle otra oportunidad a tu vientre?

—No, por el momento —espeté—. No estoy preparada. Aquello fue un duro golpe y debo estar recuperada antes de quedarme embarazada de nuevo.

—Lo entiendo...

Me puse el camisón, furiosa por tener que justificarme cada anocheecer. Francisco, arrepentido, me abrazó. Sin embargo, sus impulsos eran mucho más fuertes que su raciocinio. Recorrió mi cuerpo con las manos, intentando convencerme, pero con más fuerza que antes, me volví a negar y me acosté.

La mañana se coló por las ventanas. Estiré el brazo en aquel lecho vacío. Francisco ya se había ido a trabajar. A lo lejos, oía las cancioncillas de doña Charito, la cocinera, y la aguda voz de Anita atendiendo al lechero. Puse los ojos en blanco. Me desperecé y me puse mi batín kimono para ir a desayunar a la salita. Después, me di un baño caliente y me arreglé para salir. Don José Carlos me esperaba abajo. El Panhard estaba a mi disposición durante todo el día, salvo cuando el cochero debía ir a buscar a Francisco al banco.

—¿Donde siempre, doña Elisa? —confirmó el chófer.

—Sí, por favor.

Aunque detestase la ausencia de variedad en mis veladas con la familia de Francisco, que se repetían idénticas al caer el sol, en mis actividades

matutinas era animal de costumbres. Así, la primera parada era el café Montmartre. Había muchos aspectos que me encandilaban de aquel local. El té era delicioso, la clientela distinguida y el servicio era diligente y personalizado. Pero el elemento que lo hacía único era que, desde su terraza o las mesas situadas junto a la ventana, se veía aquel portal por el que había entrado tantas veces. Desde allí, algunas mañanas, observaba a Morales corriendo, a punto de cazar alguna exclusiva; a Fernández hablando solo mientras regresaba de cubrir alguna noticia; a Simón terminando de anotar algunas citas de su última entrevista en su desgastado cuaderno o a López pagar sus deudas a los acreedores de sus juergas nocturnas. Era irónico cómo lo que yo creía que me permitiría unirme a aquellos redactores había terminado por vetarme la entrada en *El Demócrata*, por lo pronto. Removí mi té con la ornamentada cucharilla. Al menos, aún me quedaban algunas crónicas que, de vez en cuando, publicaba bajo la firma de Pedro Liébana, aunque hubiera tenido que dejar de disfrazarme y de colaborar tan asiduamente un año atrás. Recordar aquel suceso me incomodó, así que opté por volver a centrarme en aquel amplio portal de la calle Velázquez. Don Ernesto continuaba con su propósito de modernizar el periódico, así que desde mi marcha, había contratado a dos redactores más y había aumentado, finalmente, el número de linotipias.

Desde aquel bastión de la actualidad, continuaban lidiando con el descontrol de la censura, por parte del Directorio, y con los nuevos elementos que habían cobrado protagonismo en el panorama periodístico. Y es que, en los últimos tiempos, se había creado un medio al servicio del gobierno de don Miguel Primo de Rivera, *La Nación*; también se había nacionalizado la agencia Fabra y, además, se había ordenado ampliar el contenido de las *Hojas de los lunes* —ahora llamadas *Noticiero de los lunes*—, convirtiéndolas en periódicos oficiosos que competían con los medios impresos existentes. Tanto en *La Nación* como en el *Noticiero* era común encontrar artículos firmados por el propio dictador, quien, al parecer, también ansiaba dedicarse al periodismo, aunque fuera en sus ratos libres. Además, *La Correspondencia de España*, mítico periódico que había acompañado a los españoles desde el siglo XIX, había desaparecido. En contraposición, la radio se había ido asentando en el país y ya eran dos las emisoras que habían empezado a funcionar: Radio Ibérica y Unión Radio, cuyo promotor era don Ricardo Urgoiti —hijo de don Nicolás, propietario de los periódicos *El Sol* y

La Voz y de la editorial *Espasa-Calpe* y buen amigo de don Ernesto—, y que un año antes, en 1926, se había fusionado con la precoz Radio Barcelona. Sí, el marco jurídico del Directorio, que había pasado de militar a civil a finales de 1925, estaba lleno de contrastes. Había liberalizado el mercado radiofónico, pero, a su vez, asfixiaba la libertad de prensa con sus revisiones y sus notas de obligada inserción.

Tras el desembarco en la bahía de Alhucemas, en septiembre de 1925, que había dado por finalizado el sangriento y largo conflicto en Marruecos, la popularidad del Directorio había vivido su época dorada. No obstante, continuaba teniendo detractores, sobre todo en los sectores anarquistas, que rechazaban aquel gobierno de partido único —la Unión Patriótica— y que, además, había obsequiado al país con una dosis extraordinaria de vigilancia, el somatén, una suerte de milicia ciudadana que velaba por el orden, pero que no estaba adscrito ni al Ejército ni a ningún cuerpo de seguridad.

—Doña Elisa, no sabíamos que iba a venir hoy. No le hemos conseguido su petición de siempre. Pero mañana la tendremos, sin falta —me comunicó el camarero.

—Descuide, ya lo imaginaba. Volveré mañana a la misma hora, don Gervasio.

Tras el templado té, proseguí mi camino, despidiéndome de *El Demócrata* un día más y de aquel único rato de permitida soledad. Permitida sí, pero que no me eximía de las miradas curiosas y extrañadas, que no entendían qué hacía yo ahí, sin compañía, todas las mañanas. «Quizá es viuda», oí una vez.

Durante la comida con Francisco, recordé que, aquella tarde, teníamos cita con el pintor. Doña Asunción, que se caracterizaba por inventar las maneras más atípicas de demostrarnos su afecto, había determinado regalarnos por nuestro segundo aniversario de bodas un retrato de los tres. Así, debíamos acudir durante varias tardes al palacete de los Rosales, en cuyo salón nos inmortalizaría don Hilario Fuertes, el artista de la familia desde hacía dos generaciones. Él había pintado el cuadro que decoraba la oficina de Francisco en el banco y un grotesco retrato de doña Asunción que te saludaba —o asustaba— cada vez que te adentrabas en el amplio recibidor de su residencia, situada en la calle de los Hermanos Bécquer.

Convertirme en una estatua inerte durante varias horas era complejo *per se*, pero la cercanía de doña Asunción y las insoportables visitas de don Luis para mofarse de la estampa lo convertían en un auténtico desafío. Don Hilario

Fuertes era un artista extravagante, especializado en cuadros de familia. Tenía el cuero cabelludo desprovisto de pelo, todo se había retirado un palmo atrás, como si en la parte superior de la cabeza no hiciera falta vello alguno. De vez en cuando, se asomaba por detrás del caballete, tratando de percibir con mayor exhaustividad algún detalle escondido entre nuestras siluetas. Aburrída, atendí al baile de sus cejas grises y, sin poder evitarlo, una carcajada salió de mi estómago hasta llegar a mi garganta.

—Doña Elisa, por favor. Estese quieta —me pidió don Hilario.

—Sí, sí, don Hilario, disculpe.

Doña Asunción, en su infinita generosidad, nos invitó a cenar al término de esa sesión. Don Luis seguía viviendo con ella, algo que yo veía del todo inusual e inquietante. Así, como una familia unida y feliz, procedimos a comernos aquel exquisito pescado que habían preparado sus cocineros.

—Ayer estuvimos cenando con Joaquín y doña Eleonora. Nos contaron que están cerrando la compra de una villa en Santander —dijo Francisco.

—Oh, qué bella es Eleonora y qué bien le sienta el embarazo. Es irónico, ¿no? Mientras esa mujer ha concebido dos hijos y ha parido uno, Elisa apenas pudo gestar medio.

Mi mirada de odio la atravesó por completo.

—Madre, no sea insolente con Elisa. Lo ha pasado muy mal con ese tema... —me defendió Francisco.

—No es una acusación, hijo. Ya advertí que los Rosales no son fáciles de traer al mundo. Es una lástima que ella haya heredado la genética débil de su madre.

—Esperemos que usted no haya heredado la escasa longevidad de sus parientes, entonces, sería terrible que sus nietos no tuvieran abuela. Y, al fin y al cabo, quien debe decidir cuando vienen soy yo, no usted —espeté sin despeinarme.

—Francisco, ¿has oído lo que ha dicho? Esta niña no te va a dar ni un vástago.

—Bueno, tranquilícense las dos. Está claro que los hijos llegarán de un momento a otro, madre. Son un matrimonio feliz, ¿no es así? En menos que canta un gallo, doña Elisa estará tan embarazada como doña Eleonora. Y todos contentos —sentenció don Luis, divertido.

No era la primera vez que teníamos una conversación por el estilo. En ocasiones, incluso mi madrina tenía la oportunidad de unirse y criticar mi

frágil útero. Era irónico que justo ella, que tampoco había podido dar un hijo a don Roberto, me criticara de ese modo. Aunque mi marido saliese en mi defensa ante ellas, aquellas conversaciones avivaban sus deseos de ser padre pronto. Ya rozaba los cuarenta y cinco y no tenía ganas de esperar. Así, aquellos días, cuando regresábamos a la intimidad de nuestra alcoba, en la que solo existía su opinión contra la mía, olvidaba la cortesía, la delicadeza y el respeto y tomaba el control sobre mi cuerpo para acercarse a su propósito. No sabría describir, con exactitud, lo mucho que detestaba aquellas noches. La altivez con la que contraatacaba a doña Asunción o mi madrina se disipaba por completo. Me hacía sentir menuda, indefensa, un títere al servicio de sus impulsos carnales, de su descontrolada virilidad y de su incauta fogosidad. Pero, sobre todo, hacía posible que me quedara embarazada de él, algo por lo que no estaba dispuesta a volver a pasar. El aborto había sido duro. También lo había sido el darme cuenta de que, en el fondo, no quería tener hijos con Francisco. No ansiaba la vida de Candela, de Benedetta, de Eleonora... Como ya había compartido con Catalina antes de casarme, yo no era como ellas. Quizá, mi actitud, mi lejanía, mi ausencia de deseo y mis largas temporadas obligándolo a abstenerse a tocarme lo estaban convirtiendo en aquel hombre impetuoso, pero ¿qué armas tenía a mi disposición para evitarlo? Era el destino de cualquier mujer que se preciara. ¿Por qué nunca hallaba dicha en el camino preestablecido? ¿De qué maldita clase de fango me habían hecho? Sin hacer ruido, lloré sobre mi almohada, harta de defenderme, de buscar explicaciones a mis sentimientos.

Por la mañana, aún con el llanto seco en las mejillas, rebusqué en los cajones de mi mesilla. Tiempo atrás, había escrito a Catalina, quien se encontraba en Latinoamérica con el profesor Santoro, preguntándole por métodos para impedir la concepción. Sabía que la carta debía de estar por algún lado. ¡Ahí estaba! Repasé sus líneas. En ellas me contaba que la medida más eficaz eran unas gomas que usaban los hombres —algo que enseguida eliminé como posibilidad—, también existían jaleas y ungüentos que hacía siglos que se empleaban, además de un artilugio que había inventado una mujer holandesa, pero que no estaba disponible en España. Rendida, al darme cuenta de que tendría que dejarlo en manos del Señor hasta hallar una solución, volví a

colocar la carta en su sitio y me dispuse a vestirme.

Don José Carlos aguardaba fumándose un cigarrillo, apoyado en aquel automóvil negro azabache. Sin sonrisas, ofendida por mi existencia en general, le pedí que apagara el pitillo y que me llevara al café Montmartre un día más. Normalmente, a las nueve y media paraba el vehículo delante de la puerta, me ayudaba a bajar y acordábamos que regresaría a por mí en una hora exacta. Así lo repetimos aquella mañana. Entré en el local y saludé a don Gervasio, el camarero.

Me senté en aquel velador que miraba a la calle por el ventanal y aguardé a que me trajeran mi té con limón antes de iniciar mi rutina. Era el segundo motivo por el que acudía a ese café. Y es que, aparte de su excepcional atención y sus nostálgicas vistas, contaba con una amplia variedad de periódicos, nacionales e internacionales, para informarse a primera hora de la mañana. Entre las cabeceras ligeramente caducas de *The New York Times*, *The Times*, *Le Matin* o *The Washington Post*, sobresalía una petición personal que le venía haciendo a don Gervasio desde hacía dos años: *Le Figaro*.

Pocas veces había faltado a mi cita con aquellas dos últimas líneas que me proporcionaban la comunicación más instantánea con él, aunque fuera con retraso. Abrí el periódico y repasé, con los ojos, las no más de diez páginas que lo conformaban, luchando por encontrar su firma bajo una crónica. Cuando la identificaba, leía, con dificultad, lo que había escrito y me detenía en los dos renglones del final. Copiaba las palabras en una de las servilletas que me dejaba don Gervasio junto con el té y las ordenaba hasta formar el mensaje. En aquellos instantes, recordaba con cariño al señor Cousineau y su pregunta: «¿Para qué crees que puede servirte el saber francés?». En ese momento, no le hallé utilidad, mas, al pelearme con las notas en clave de Pascal, lamentaba no haberme aplicado con más esmero en mi adolescencia. Al cobrar sentido semántico, sonreía satisfecha. Muchas veces, me iluminaba con alguna de sus reflexiones. Otras, me indicaba dónde estaría y por cuánto tiempo, para que no le perdiera la pista en sus viajes. Oh, bendita vida. ¡Cuánto hubiera deseado ser su maleta, acompañarlo por todos aquellos lugares de los que me narraba correrías, curiosidades y excentricidades! Sus cartas eran verdaderos folletines de aventuras.

Tras marcharse a Marruecos y unos meses después del desembarco en la bahía de Alhucemas, su director lo había enviado a la corresponsalía de Londres y, desde allí, había cubierto asuntos en Irlanda, Dinamarca o

Alemania. Cuando llegaba el correo y veía su nombre en alguno de los sobres, la paz volvía a mí. Francisco, convencido de que el periodista era amigo suyo, se creía mis mentiras cuando gritaba: «Querido, hemos recibido misiva del señor Pascal. Si quieres la puedo leer y responder en nombre de los dos». «Sí, gracias, querida. No puedo contestar a todos los que nos escriben...Sería una auténtica locura», decía, distraído e ignorante. Sí, porque de haber sido consciente de lo que nos contábamos en las cartas, se habría percatado de que él no estaba incluido por ninguna parte. Pascal y yo convertimos, sobre el papel, el usted en tú, los formalismos en cercanía y nuestra buena relación, en una sólida amistad. Me agradaba sentarme en el diván del gabinete e imaginarlo, sentir que estaba a mi lado, relatándome cómo había conseguido entrevistar a aquel político o cómo había finalizado aquel reportaje en la campaña inglesa. Rememoraba nuestros días como pareja de redactores, correteando por Madrid en busca de jugosas exclusivas, compitiendo por las lisonjas de don Ernesto. No obstante, al leer su «Con cariño, Pascal», una suerte de amargura me invadía y solo se paliaba al comenzar a escribir la carta de vuelta.

Los miércoles por la tarde solía citarme con Benedetta para tomar un chocolate. Ella y el alférez continuaban tan bien avenidos como de recién casados. Su hijo Carlo era una ricura y, pronto, tendrían otro chiquillo correteando por su residencia de la calle de Orfila. La partida de Pascal a Marruecos había puesto fin a sus sospechas y advertencias. Sin embargo, los años fueron modificando nuestra amistad. El matrimonio y la maternidad habían transformado a Benedetta. Y yo cada vez me sentía más lejos de ella y de su modo de entender la vida. Sobre todo, cuando recordaba la forma en la que me había mirado aquellas Navidades en la casona. Aun así, me esforzaba en pasar tiempo con ella, quizá buscando que todo volviera a ser como antes. Ambas echábamos en falta a Catalina, pero me alegraba saber que estaba pudiendo cumplir su sueño y ayudar en zonas deprimidas de Latinoamérica en aquel ambicioso proyecto que encabezaba su mentor, el profesor Fausto Santoro. Se había marchado a principios de año, pero aún me resultaba difícil pensar que no se encontraba en la ciudad, a una llamada de ayuda de distancia.

—Qué bonito vestido, Elisa. Cómo te cuida tu querido Francisco — observó.

—Sí, no tengo queja. En el taller de doña Bruna me están haciendo nuevos

conjuntos para este otoño. No puedo esperar a ponérmelos —admití.

—Cómo se nota que le van bien los negocios. El alférez es muy atento, pero es imposible competir con vuestra elegancia, querida.

—Bueno, ya sabes, debemos relacionarnos con gente importante y no se entendería que no luciéramos nuestras mejores galas. Ahora que han abierto oficinas en Liverpool, Mánchester, York y Brighton, Francisco está mucho más relajado y sus viajes están más espaciados. Su siguiente movimiento son los Estados Unidos. Al parecer allí la economía está más boyante que en Europa.

—Qué interesante. Quizá puedas visitar Nueva York o Washington con él —supuso mi amiga.

—En efecto, querida. Me encantaría. Desde que fuimos a Viena, no he vuelto a salir del país. Incluso podría escribir a la señorita Henderson para vernos. Catalina me contó que se había graduado con honores en el Smith College y que había comenzado a trabajar en un despacho de abogados.

—¿Se ha convertido en abogada? Madre de Dios..., ¿y qué dice su marido?

—Bueno, no estoy segura de que se haya casado.

—Uh, vaya..., qué desgracia entonces. Parecía una muchacha resuelta. Creí que encontraría marido con esa habilidad suya para tratar con hombres —comentó con cinismo.

—No sé, quizá sí se haya casado. Se lo preguntaré a Catalina en mi próxima carta.

—Otra que debería replantearse qué está haciendo con su vida.

Resoplé. La obsesión con las bodas no había cesado en mi entorno. Era el culmen de la existencia humana y toda aquella mujer que se alejara era puesta en entredicho. Incluso yo también lo hacía, a veces. Sin embargo, si echaba la vista atrás para recordar aquel radiante día, lo más que alcanzaba a adivinar era el botón redondo, dorado y perfecto de uno de los empleados que nos sirvieron el *lunch*. Sentí tristeza y tuve miedo. No sabía cómo debería comportarme a partir de aquel día ni en quién me convertiría. Lo único que sabía era que aquel reluciente botón lo había escogido yo, tal y como me había prometido Francisco cuando pidió mi mano.

A mis encuentros con las amistades de siempre y a mis visitas a don Severiano y doña Pilar, se sumaron las constantes reuniones con los conocidos de Francisco. Algunos viernes por la noche, cenábamos con los señores Vázquez. A pesar de que les conocía desde el noviazgo, nuestros encuentros se hicieron cada vez más habituales después de la boda, con lo que pude descubrir que tampoco terminaban de caermne bien. El doctor Salvador Vázquez era cliente del Banco de Crédito Rosales, al igual que lo había sido su padre, y se había convertido en un allegado de la familia. Era un importante médico, especializado en cuestiones respiratorias, y solía dar conferencias en las principales universidades europeas y americanas. Estaba casado con doña Aurora Giménez, una dama estirada, de rizos rubios y lengua viperina. Aquella última característica la había heredado su hijo, Tristán, un niño de catorce años, consentido y faltón. Aun así, cuando venían a nuestra casa, me esforzaba por ser una anfitriona amable y ocultar mis instintos asesinos para con aquel muchacho engreído.

—Anita, por favor, traiga la lata de Davros que hay guardada en el aparador del vestíbulo —le solicitó Francisco.

—¿Lata de qué, señor Francisco?

—De cigarrillos, Anita, de cigarrillos Davros —contestó él.

—Ah, sí, sí, claro, señor Francisco. Ya mismito.

—Muchachas... El servicio cada vez está peor en Madrid. Yo he tenido que despedir a cinco en el último año. Me sisaban —me contó doña Aurora.

Yo también tenía aquella teoría con Anita, pero preferí callar.

—Sí, bueno, es muy joven. Aprenderá —aseguré.

—Más le vale. Yo que usted no vacilaría en echarla si no demuestra eficiencia. Los empleos no son eternos para nadie.

—Totalmente de acuerdo, doña Aurora. Mi hermano y yo hemos tenido un caso de despido esta semana. Uno de nuestros empleados llevaba más de un mes sin cuadrar sus cuentas. Estamos convencidos de que nos ha robado.

—¿No me diga, don Francisco? ¿Y llamaron a las autoridades?

—No, no. Le echamos de una patada del edificio, pero si le vuelvo a ver merodeando por el banco, me aseguraré de que lo encarcelen. No admito que se me time en mi propia casa —respondió Francisco, dolido.

—Yo hubiera hecho que pasara un par de noches en el calabozo. No le harían ningún mal —apuntó el doctor.

Anita, con las mejillas coloradas, regresó al comedor. Se acercó a mí y, al

oído, me aseguré que no encontraba aquella lata por ninguna parte. Aquella cría se tomaba las órdenes de Francisco demasiado en serio. Fingiendo normalidad, me excusé de la mesa y la seguí hasta el vestíbulo. Después de un rato registrando todos los cajones y armarios del aparador, recordé que yo tenía la culpa. Hacía unas semanas, había cogido aquella lata y me había fumado los dos pitillos que quedaban. No era ningún secreto que Francisco detestaba que yo fumase. Y eso que él creía que lo hacía como complemento estético cuando estaba en sociedad, con aquellas fantásticas boquillas que me había comprado en algún momento. No, la verdad era que fumaba porque me relajaba y porque me recordaba a aquellas veladas en las que, como un hombre, lograba ser yo misma. Sin titubear, mandé a mi empleada a comprar una cajetilla nueva.

—Diremos que estaba en el dormitorio y nos ha costado encontrarla —le indiqué.

—Pero, doña Elisa, eso es mentir —observó Anita.

—La verdad está sobrevalorada —contesté.

Regresé con aquel paquete recién comprado y se lo entregué a mi marido para que pudiera ofrecer a nuestros invitados. En ocasiones, hasta yo misma me sorprendía de mi habilidad para engañar a todos y hacerles creer que era una esposa modélica. Después, pasamos al salón, donde toqué el piano. *Para Elisa* continuaba siendo la pieza preferida de Francisco. Le recordaba a la primera vez que me vio, en mi puesta de largo. Un comentario al respecto dio paso a que los Vázquez nos contaran cómo habían iniciado su noviazgo.

—Pues la familia de la señora Aurora vivía a dos casas de la mía. Nos conocimos cuando éramos muy jóvenes, yo estaba empezando la carrera de Medicina y, enseguida, supe que sería una gran esposa para mí.

—Sí, querido. Parece mentira que ya hayan pasado más de quince años.

—Padre, padre, vayamos mañana al frontón. Venga, vayamos, padre —irrumpió Tristán.

—Tristán, no interrumpas, haz el favor —le pidió su madre.

—No estaba hablando con usted, madre.

—Tristán, relájate. De acuerdo, mañana iremos. Pero ahora vuelve a sentarte en el silloncito y no molestes.

Satisfecho por haber cortado la romántica charla de sus padres, se volvió a acomodar en uno de los sillones. Aquel chico terminaría convirtiéndose en un hombre vil y sin escrúpulos, pero aquel no era, ni por asomo, mi problema.

—Doña Elisa, doña Elisa.

—¿Sí, Anita? ¿Qué quiere?

—Es el mensajero del taller. Ya han llegado sus vestidos.

—¿De veras? ¡Estupendo! —exclamé sonriente—. Ponlos en la salita. Ahora iré a recogerlos.

Dejé el libro que estaba leyendo sobre la mesita del gabinete y, de un brinco, me levanté. Me alisé la falda y, simulando indiferencia, fui a buscar los paquetes. Cogí las dos cajas y me las llevé a la intimidad de mi dormitorio. Dos vestidos de cóctel, uno de tarde y uno maravilloso de noche con bordados en dorado salieron de su interior. Con cuidado, los coloqué en el galán de noche y los admiré, un segundo, antes de probármelos. Ataviada con aquellos conjuntos, con los refinados sombreros, con los abrigos de piel y las centelleantes joyas, parecía una auténtica dama. Sin embargo, había un hondo hueco en mi reflejo, imposible de rellenar con ricos tejidos o broches de oro macizo. Era un profundo interrogante que alcanzaba una cara oculta de mi propia identidad, un grito de rebeldía que continuaba habitando bajo la combinación, las medias y la seda. Era un resquicio salvaje que no se identificaba con lo que el espejo narraba, en aquella superficie transparente y misteriosa que solo don Lewis Carroll parecía haber logrado penetrar.

—Cada día estás más hermosa —afirmó Francisco, que se había asomado.

—Querido, ya has llegado.

—Sí, hace solo un momento. —Se acercó a mí—. No sabes lo feliz que me hace verte disfrutar así de todas tus compras. Pocas mujeres pueden lucir los vestidos tan bien como tú.

—Eres muy considerado, querido. Aunque, la verdad, es que sí que me gusta probarme nuevas prendas. La señora Sanabria tiene un don para la moda. No me extraña que medio Madrid le encargue a ella los vestidos.

—Pero, querida, ¿quién se ha muerto para que te hayas comprado un traje de luto?

—Oh, no, no, Francisco. No tiene nada que ver con eso. Al parecer, según me ha contado la señora Sanabria, en París, el negro se está convirtiendo en sinónimo de elegancia. Pronto no tendrá que ver solo con el duelo. Y yo estaré preparada para ello —le expliqué orgullosa.

—Ay, Elisa. —Se rio—. No hay duda de que vives un paso por delante de todas las mujeres de Madrid. Tu juventud es refrescante.

Puso sus manos en mis hombros y, con cariño, me besó. Reconfortada por su afecto, le correspondí.

—Querido...

—¿Sí?

—¿Podría pedirte algo?

—Por supuesto, amor mío. Ya te dije, una vez, que podrías conseguir de mí todo lo que quisieras si me amabas incondicionalmente como yo te amo a ti —me recordó.

—Sí, lo recuerdo..., y por eso deseo compartir contigo este anhelo mío. Hace meses que no hemos hablado del tema y soy consciente de que me pediste paciencia, pero..., bueno, tú sabes que adoro escribir y no sé, quizá, bueno, he pensado que podría visitar a don Ernesto para preguntarle si necesitan ayuda en el periódico. Ya llevamos casados dos años y quizá sea el momento de tomar contacto con la escritura.

Francisco volvió a reír.

—Pero, Elisa, ¿qué vas a hacer tú allí en el periódico? Ya fuiste secretaria. Y ahora no necesitas trabajar más. Se trabaja para traer dinero al hogar y tú tienes todo mi dinero a tu disposición. No, amor mío, no. Debes dejar que la gente que sabe haga su labor y no andar incordiando con tus aficiones. Además, cuando tratamos este asunto, te dije que podrías dedicar más tiempo a tus distracciones cuando nuestro matrimonio estuviera consolidado. Y eso implica, entre otras cuestiones, traer a nuestros hijos al mundo. Cuando eso suceda y hayan crecido, prometo resucitar al mismísimo don Lope de Vega para que te dé clases personalizadas. También a Miguel Ángel y Leonardo da Vinci para que te enseñen dibujo si lo deseas, ¡o escultura! ¿De acuerdo, querida mía?

Francisco me abrazó y besó mi cuello. No, no estaba de acuerdo. Sus justificaciones mutaban de una vez a la siguiente y, con cada nueva conversación, sentía que entendía menos lo que yo ansiaba. Y así, el pseudónimo con el que seguía firmando se consolidaba como única vía para lograr mi propósito, si es que alguna vez había existido otra.

La misa del domingo era un momento de absoluta intranquilidad en mi conciencia. Era como si el padre Cristóbal fuera capaz de leer mis pensamientos y escribiera sus homilias para enderezar mi pecaminosa conducta. Había cometido tantas faltas desde que tenía uso de razón que ni siquiera el sacramento de la confesión me proporcionaba una sensación de redención. Y no eran pocas las ocasiones en las que acudía a la iglesia de San José en busca de consejo. El problema era que el padre Cristóbal nunca me decía lo que quería oír, así que salía con las mismas dudas existenciales y unos cuarenta paternóster más sobre la espalda. Al finalizar la misa, Francisco y yo iniciábamos la ronda de saludos. La mitad de sus clientes acudían a aquella misma parroquia cada domingo, por lo que era preciso intercambiar amables palabras con ellos, sellando nuestra simpatía con gratuitas sonrisas de compromiso. Después, nos reuníamos con los señores De Lucca, con la familia Roca, con los señores Ballester, los señores Salamanca-Trillo, los Rodríguez de Aranda, doña Asunción y mi madrina. Ella no había variado ni un ápice su rutina, su vestimenta ni aquella ronca voz que le caracterizaba.

—Ponte recta. De nada sirve que vayas tan bien dispuesta si luego parece que tengas joroba —me susurró.

Tampoco su trato hacia mí. Seguía viéndome como una niña, como la chiquilla indómita que había llegado a su casa en 1908. Doña Manuela Montero parecía existir al margen del transcurso ordinario del tiempo. Su moño continuaba siendo igual que la primera vez que lo había visto, también su altiva mirada, que enjuiciaba a todos los que le rodeaban, cuando más tenía que ocultar.

Después de la obligada socialización que seguía al último amén, fuimos a almorzar al jardín de invierno del hotel Ritz, el sitio preferido de doña Asunción para..., bueno, para todo. Mi madrina y ella continuaban con aquella relación que tan pronto era amigable, como se tornaba en una absurda competencia de egos y abolengos. Francisco y yo intentábamos dedicarles aquel rato todas las semanas, aparte de otros muchos momentos que pasaban por cenas, sesiones con el pintor o incluso viajes a Santander cuando se templaba el clima.

A lo largo del otoño, a medida que las hojas abandonaban las copas de los árboles y pasaban a fundirse con el asfalto mojado, el humor de Francisco mejoró. Volvió a ser comprensivo conmigo y me colmó de regalos, asegurando que «esperaría lo que fuera preciso para que me recuperara al completo». Me agradó aquella tregua. Me permitía relajarme por las noches, sin temer arrebatos descontrolados y, también, ganar algo de tiempo antes de convertirme en madre. Y es que, aunque él no lo supiera, tenía asuntos más relevantes que atender que nuestra descendencia.

Aquella semana, el capitán Olley había volado desde Londres hasta el aeródromo de Gamonal, en Burgos. Con ayuda de algunos datos que me había facilitado Pascal, elaboré una crónica sobre el viaje del aviador. El mundo estaba como loco por aquel nuevo medio de transporte. Hacía algo más de un año del vuelo del Plus Ultra, un hidroavión español que había cruzado el Atlántico desde España hasta Argentina, tripulado por don Ramón Franco como piloto, don Julio Ruiz de Alda como observador, don Pablo Rada como mecánico y el teniente Durán. Surcar las nubes a bordo de un aeroplano. ¿Qué más podíamos pedir? A mí, que desde siempre me había llamado la atención la posibilidad de volar, a pesar de mi vértigo, me cautivaban las historias de pilotos y naves, por lo que no dudé en redactar la mía, como Pedro Liébana.

Empleando el piano, con la tapa cerrada, como improvisado escritorio, terminaba las últimas líneas de mi artículo. Debía hacerlo a mano, pues en casa de Francisco no había máquinas de escribir. Modificaba mi caligrafía y, después, metía el artículo en un sobre precintado. Cuando don José Carlos desaparecía, subido en el Panhard, creyéndome dentro del café Montmartre, regresaba a la calle y cruzaba a la otra acera. Cuidando que nadie me viera y que don Casimiro estuviera distraído, metía el sobre en el buzón de *El Demócrata* y me marchaba, sigilosa. De golpe, la puerta del despacho de Francisco se abrió. Me sobresalté. Hábilmente, metí mi escrito en el libro de partituras que me contemplaba, cómplice de mis mentiras.

—Oh, Elisa, querida, no sabía que estabas aquí. No te he oído tocar —me saludó Francisco.

—Acabo de sentarme, querido —afirmé—. Buenas tardes, don Joaquín.

—Buenas tardes, doña Elisa. Una lástima que tenga que irme ya, me encantaría disfrutar de la música.

—Quede tranquilo. Habrá nuevas ocasiones.

—Por supuesto. Elisa es única amenizando veladas. Por cierto, querida, ahora que lo pienso, deberías irte arreglando para el baile en el Palace. No quiero estar esperándote después.

—Sí, querido. Ya voy —accedí, sin apartar la vista del libro.

—Bueno, primo, yo me marcho ya.

—Sí, te acompaño a la puerta.

Aproveché su despedida para coger la crónica y salir corriendo a la habitación. En el segundo cajón de mi mesilla, custodiado por una llave, guardaba todas las cartas de Pascal, las de Catalina, los artículos inacabados y el cordel. Hice caso a Francisco y comencé a asearme para la cita. Era uno de aquellos compromisos a los que debía asistir con mi marido. Al baile asistirían importantes personalidades del mundo de la banca, de las letras, de la medicina y del Ejército. De hecho, el invitado de honor era don Severiano Martínez Anido, el ministro de Gobernación. Escogí un vestido de noche con aquellos flecos que habían conquistado los trajes de las damas en los últimos tiempos y que acariciaban las disimuladas curvas femeninas, al son del charlestón. Don José Carlos nos recogió a las nueve y cuarenta y cinco minutos. En la frente, una banda con una suave pluma daba el toque original a mi conjunto, aunque debía tener cuidado de no perderla cuando salía y entraba del automóvil.

Agarrada al brazo de mi marido, pilar de mi confianza en aquellos círculos, entramos en el Palace. Francisco conocía a tanta gente que pronto me sentía apabullada por aquel sinfín de saludos. Solo recuperaba la cordura apretando con más intensidad su antebrazo, como si, de lo contrario, fuera a evaporarme, a diluirme entre la multitud. En medio de aquellas presentaciones, identifiqué a lo lejos a don Ernesto y doña Cristina. Sonreí, desatendiendo lo que me contaba la mujer de uno de los clientes de la banca. Cuando concluimos aquella primera tanda, pedí a mi marido que nos acercásemos a los señores Rodríguez de Aranda.

—¡Elisa! ¡Querida! —exclamó don Ernesto al verme—. Qué elegancia. Vas soberbia, jovencita.

—Don Ernesto, doña Cristina. Qué bueno poder encontrarlos aquí.

—Elisa —respondió doña Cristina—. Es mutuo, querida. Buenas noches a usted también, don Francisco.

—Buenas noches, señores. Usted no se queda atrás, doña Cristina.

—Uy, qué exagerado, don Francisco. Ojalá así fuera.

—¿Hace mucho que han llegado? —se interesó don Ernesto.

—Una hora, más o menos. Aunque se ha pasado muy rápido. Ya saben, uno tiene que saludar y conversar con todos por el bien del negocio. De hecho, creo que acabo de ver a uno de mis inversores. Querida, no quiero interrumpir vuestra conversación, así que, si quieres, puedo acercarme yo y mientras podéis charlar. Vendré en unos minutos.

La ausencia de su brazo me desorientó un instante, pero, después, reparé en la cercanía de los señores Rodríguez de Aranda, a los que ya no veía tanto como me habría gustado.

—Y ¿qué tal marcha todo en la redacción?

—¿En el periódico? Pues bien, todo en orden. Los nuevos redactores, Quijano y Mínguez, ya son como de la familia. Son hombres decentes. Los únicos contratiempos siguen siendo la censura y las eternas negociaciones con La Papelera.

—Me encantaría visitarlos un día —confesé—. Si no es inoportuno.

—Uy, no, Elisa, por supuesto que puedes venir un día. Estoy convencido de que la señora Idiazábal, López, Fernández, Morales y los demás estarán encantados de verte. De hecho, y sin que ella se entere, la señora Idiazábal me ha asegurado, en más de una ocasión, que te echa de menos.

—Yo también los extraño muchísimo. Más de lo que creen. —Me reí.

—Bueno, pero, Elisa, ahora eres una mujer casada con obligaciones. Estoy seguro de que disfrutas más que pasando horas en ese escritorio abarrotado de papeles. Ese ritmo de trabajo no es para una señora de bien como tú —me explicó don Ernesto.

—Lo sé, lo sé. Es solo que... lo echo de menos, a veces —me apené.

—Es lógico, querida, fueron muchos años —comentó doña Cristina.

—Pero, Elisa..., ¿y esa cara? ¿Acaso ocurre algo? ¿Don Francisco te trata bien? —se interesó don Ernesto.

—Eh, sí, sí, por supuesto. Francisco es el mejor esposo que podría tener. No sucede nada. A veces me invade la nostalgia sin motivo.

Doña Cristina le dio uno de sus tradicionales codazos y le pidió que dejara de interrogarme sobre cuestiones íntimas de mi vida de casada. Aturdida por aquella inesperada conversación, me excusé para ir a empolverarme la nariz al tocador. Aferrándome a mi carterita, avancé entre los distinguidos invitados de aquella fiesta. Sus caras eran anónimas para mí, no tanto sus nombres. Los había escuchado en boca de mis amistades o leído en las efímeras páginas de

los periódicos. Pero, entonces, antes de alcanzar la puerta del tocador, dos rostros activaron la señal de alerta en mi mente. El vello se me erizó y un escalofrío tomó el control de mis extremidades. Comencé a respirar entrecortadamente, bajando la vista para que no me vieran y, atrapada por el pánico, entré en el aseo de señoras. Mis cejas no salían de su asombro mientras retocaba mi maquillaje, reencontrándome con aquel reflejo que me espiaba en mis pensamientos. Eran ellos, sin duda. ¿Me estarían siguiendo? Era imposible. Había renunciado a vestirme de hombre. Era cuidadosa en mis entregas a *El Demócrata*. O quizá no tanto. Inmóvil, frente al espejo, regresé, en silencio, a aquella noche en la que todo había cambiado...

Era el sábado 11 de septiembre de 1926. La jornada informativa había sido intensa. Durante el día, había llegado a la redacción la noticia del atentado contra don Benito Mussolini en Roma. El cuarto en su trayectoria. Un joven, llamado don Ermete Giovannini, había lanzado una bomba al automóvil en el que se trasladaba el *Duce*, hiriendo a varios transeúntes. Mussolini había salido ileso. A este repentino acontecimiento se sumó la recepción de la nota oficial que comunicaba la salida definitiva de España de la Sociedad de Naciones, una utopía política de consenso internacional, que habían gestado los Estados Unidos para después no formar parte de ella, por cortesía de su senado —quizá más amigo de la doctrina Monroe que de esa clase de organizaciones—. Junto a ella, Morales y Simón redactaron una amplia crónica en la que se recogían varios de los discursos pronunciados en Ginebra. Otras noticias de menor calado se unieron y cerraron aquella edición dominical, previo esfuerzo al día de descanso. Don Ernesto, orgulloso de la eficacia de sus redactores, nos convidó, como era costumbre, a unos tragos en el Maxim's. Yo me había acercado a *El Demócrata* como Pedro Liébana, aprovechando que Francisco se encontraba de viaje por la inauguración de la oficina de Brighton. Sus ausencias me permitían recuperar a don Pedro, que, supuestamente, vivía entre Madrid, Barcelona y París desde el verano de 1925 y que había renunciado a transportar bienes de aquí para allá, como su máquina de escribir. Durante aquel ameno rato de risas junto con mis compañeros, me las ingenié para no beber los chatos de vino y aguardiente que me fueron sirviendo. Tres meses atrás, me había enterado de que estaba

embarazada y estaba convencida de que aquello no era buena idea para el niño.

—Liébana, ¿qué es eso que he escuchado acerca de una oferta que le ha hecho *La Vanguardia*? —se interesó López.

—¿Oferta? ¿A mí? Chismorreos. A mí no me han dicho nada, al menos.

—Bah, ese maldito impostor de *El Sol* me la ha debido de jugar.

—López, si alguien quiere a don Pedro, tendrá que vérselas conmigo. No le voy a dejar ir tan fácilmente —advirtió don Ernesto.

—Gracias, director. Pero, quédese tranquilo, no me voy a ninguna parte.

—Así me gusta, Liébana. La fidelidad es la base de cualquier relación productiva.

—Pobre López. Entre corrida y corrida, los compañeros le meten cornadas —se mofó Morales.

—Habló... el del farol del topo en el Directorio. Apuesto un riñón de mi señora esposa a que es mentira —le acusó.

—¿Me estás llamando embustero, maldito cretino? —le preguntó, indignado, mientras le daba un golpe en el cogote.

—Estense quietos los dos o les mandaré a cubrir trifulcas de ancianas de una patada en el trasero —los amenazó don Ernesto.

—Este no notaría apenas la diferencia —farfulló Morales.

—¡Fariseo! —le murmuró el otro al oído.

—Bueno, no perdamos de vista lo importante. Simón, ahora que ya tienes un empleo digno, ¿no deberías ir pensando en engañar a alguna moza para que se case contigo? —le indicó don Ernesto.

—Pues..., don Ernesto..., verá... Yo, en principio, no lo había pensado.

—Bah, esta juventud de hoy en día no sabe apreciar un plato de puchero en la mesa y un buen catre caliente después de una dura jornada de trabajo —valoró López—. Chico, si no te espabilas, acabarás como Morales. Estoy seguro de que hace favores en los pasillos de los ministerios a los generales. Y no olvidemos su cercanía con los diplomáticos de la embajada alemana durante la guerra europea...

Un nuevo golpe azotó la nuca de López.

—Ni caso, Simón. Disfruta de la vida antes de desposarte —le aconsejó.

—¡Habló el otro! ¡Vaya dos muchachos estúpidos! —Se rio López.

—Al contrario, sabemos cómo aprovechar mejor nuestros días —le corrigió Simón—. Porque para tener una mujer como la tiene usted, es casi

mejor estar soltero, López.

—Pobre Susanita —se lamentó Morales.

—Menos mal que el lunes se incorporan los dos redactores nuevos. No soporto más a esta gentuza, don Ernesto —contraatacó López.

El rifirrafe continuó un rato más. De fondo se escuchaba la animada música de la *jazz band* y conversaciones ajenas en las que jamás participaríamos. En un determinado momento, todos anunciaron su retirada. El cansancio pesaba sobre los hombros. Salimos del local y, ya en la calle Alcalá, nos despedimos con el peculiar afecto que caracterizaba todas nuestras interacciones.

—Don Pedro, ¿quiere que lo lleve a su hotel? —me preguntó don Ernesto.

—Descuide, don Ernesto. Daré un paseo —afirmé.

Sola en la amplitud de aquella vía, alcé la vista. El luminoso reloj de la Equitativa marcaba las once menos diez. Aún estaba a tiempo de visitar el café Pombo y, así, aprovechar aquella velada de independencia antes del regreso de mi marido. Inicié mi camino, no sin antes reparar en aquellos dos caballeros que fumaban entre dos simones que había aparcados en la otra acera. Arqueé las cejas y negué con la cabeza, convenciéndome a mí misma de que, de nuevo, estaba sucumbiendo a la paranoia de mi mente. La sensación de que alguien me espiaba había vuelto dos meses atrás. Pero Pascal ya no estaba en Madrid. Me subí el cuello de la chaqueta, ocultando todavía más mi rostro, y aceleré.

Los dos varones reaccionaron a mi cambio de velocidad. Me giré. Habían comenzado a andar en mi misma dirección. Mis pies, agarrotados del miedo, empezaron a galopar hacia el centro. Al comprobar que ellos corrían, me dejé de disimulos y puse todo mi empeño en perderlos de vista. Agarré mi bombín, temiendo perderlo en cualquier esquina. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían de mí? El temor por que mi familia descubriera mi secreto se apoderó de todo mi ser. No iba a permitir que me cogieran, no podía. Me escabullí por las callejuelas que rodeaban la Puerta del Sol y la Plaza Mayor. Había logrado conocerlas en todos aquellos años y sería más sencillo despistarlos. Me metí por la calle del Carmen hasta la calle de Mariana Pineda, pasando por el monasterio de las Descalzas, después San Martín, las Hileras hacia el sur, por la Costanilla de Santiago... En cierto momento, escuché a lo lejos:

—¡Señor Liébana! ¡Deténgase! ¡Deténgase! —me exigieron.

Sabían quién era, no había ninguna equivocación. Apenas podía respirar.

Si me alcanzaban y me cacheaban, no tardarían en percatarse de que era una mujer. Las calles se tornaron laberínticas ante mis ojos. Ya no sabía muy bien por dónde había pasado y si estaba caminando en círculos. Atrapada por mi propia desorientación, no supe anticiparme a aquel inesperado encuentro en una de las tortuosas vías que pensé que los alejarían.

—¡Señor Liébana! ¡Deténgase ahora mismo!

Aterrorizada, desoí su advertencia y logré que su mano dejara libre mi brazo. Entonces, corrí, corrí con todas las fuerzas que me quedaban. Esquivé aquel único disparo que escupió su arma, pero, a cambio, caí de bruces en un traspíe. Me levanté y continué. Me giraba para confirmar la distancia a la que se encontraban. Estaba mareada, desubicada en la noche. Bajé por la Cava Alta hasta la plaza del Humilladero. Después, subí por la calle del Almendro. Escuchaba sus zapatos y sus amenazas. No podía más, no me funcionaban las piernas. Crucé por la travesía del Almendro hacia el norte, rezando por una oportunidad para escapar y continué por la calle del Nuncio hasta la plaza de Puerta Cerrada. Tenía que detenerme. Me arriesgaría. Si querían interrogarme, volvería a mentir. Agotada, me metí por la calle de la Pasa y me escondí tras el saliente de uno de los edificios. Apoyé, de un golpe, la espalda sobre el muro de ladrillo y me dejé caer sobre la tierra.

—Por ahí, por ahí, se ha ido por ahí —indicaba uno de los dos caballeros.

Como si el Señor hubiera escuchado mis plegarias, aquellos dos hombres pasaron por delante y se marcharon, sin advertirme en la oscuridad. Desfallecida, decidí regresar a casa antes de que aquellos individuos volvieran sobre sus pasos. Me incorporé, temblando, y contemplé el desamparado suelo. Aquel charco de sangre no era buen presagio. «Maldita sea...», pensé y miré al cielo.

A duras penas pude llegar a casa. Estaba muy débil. Me desvestí, escondí las ropas ensangrentadas de Pedro Liébana y me puse el camisón. Llamé a Anita y le pedí que telefonara de urgencia al doctor Rueda. Así lo hizo, alterada, sollozando acerca de lo blancuzco que estaba mi rostro. En medio de sus chillidos y del lejano sonido de puertas abriéndose y cerrándose, perdí el conocimiento. Cuando me desperté, escuché la voz nerviosa de Francisco. Ya había regresado de su viaje. Debía de ser grave. Sí, estaba segura del diagnóstico, pero no quería creerlo hasta que alguien me lo confirmara. Anita, servicial, había entrado para cambiarme la gasa que reposaba sobre mi frente y al darse cuenta de que estaba despierta, llamó a mi marido. Fue él quien me

dio la noticia. Había perdido el bebé. Intentó consolarme. Yo lloraba, afectada, pero no podía revelarle que la culpa había sido mía. Era mala madre incluso antes de dar a luz. Aquello no estaba hecho para mí. No, no lo estaba.

Después de aquel trance inicial, pasé dos días sin hablar con nadie. Necesitaba asimilarlo. Mi egoísmo había matado a una indefensa criatura. Sin embargo, como tantas otras veces en mi vida, me levanté con rapidez y me sequé las lágrimas. Una tarde, ensimismada en mi autoflagelación, oí cómo alguien solicitaba visitarme. Francisco se opuso, en parte por mi estado y en parte por la escasa simpatía que le despertaba la susodicha.

—Don Francisco, le he dicho que voy a entrar. Usted no es cancerbero de nadie —dijo Catalina, alterada.

—Señorita Folch, no me obligue a echarla de mi casa.

Si Catalina estaba usando aquella estrategia para verme, significaba que algo iba mal. Con un hilo de voz, llamé a mi marido y le pedí que la permitiera pasar. Contrariado, pero vulnerable a mis peticiones, asintió. Catalina pasó al dormitorio y, con gesto desencajado, cerró la puerta a cal y canto. Se sentó en la cama y puso su mano en mi mejilla.

—¿Qué tal te encuentras, Elisa?

—Bien... Todo lo bien que se puede estar, dadas las circunstancias —especifiqué.

—Lo siento tantísimo, Elisa... No imagino lo duro que debe de ser perderlo así, repentinamente.

Bajé la mirada, avergonzada. Catalina vaciló un momento, pero yo la conocía demasiado.

—¿Qué ocurre, amiga?

—Elisa, sé que estás pasando un momento muy complicado, pero debía venir a avisarte. Ha pasado algo... —Se detuvo un momento—. Desde hace unos días, la Guardia Civil está interrogando a personas vinculadas con don Pedro. Al parecer, Pedro Liébana es como se llama el hijo de un anarquista al que llevan buscando desde hace tiempo. Está implicado en gran parte de los atentados a patronos de los últimos veinte años e incluso mató a un guardia civil en Barcelona. Han estado vigilando a Pedro Liébana porque tienen la teoría de que sabe dónde está su padre. Si es ese chiquillo del que nos hablaste una vez, ellos no saben que murió. Piensan que se ha ocultado todos estos años tras un nombre falso y que ahora ha reaparecido para ayudar a su padre. No sé, Elisa, es una completa locura... Sabían que yo había estado en

relaciones con él. Aquel hombre vino a verme a la residencia y me preguntó por cuestiones de lo más surrealistas. Mentí todo lo que pude, pero no creo que vayan a conformarse con mis respuestas.

Me quedé callada. La mera idea de que aquellos dos hombres hubieran estado acechándome entre las sombras me ponía la piel de gallina. ¿Desde cuándo controlaban a Pedro Liébana? ¿Cuánto sabían sobre él? ¿No era Pascal el único que me había espiado?

—No parece muy sorprendida —señaló, confusa.

—No, no lo estoy. No del todo...

—¿Lo sabías?

—Sí, aunque no importa cómo. No creí que fueran a atar cabos ni que les siguiera importando el pasado de Pedro Liébana.

—Elisa, sabes que siempre te he apoyado en esto, pero creo que ya no es seguro continuar con esa identidad. Son asuntos que se escapan a nuestro control. Ya no son embustes para despistar a don Ernesto o a tu madrina. El Directorio quiere encontrar a ese hombre y nosotras no podremos impedirselo.

—Lo sé. He reflexionado mucho sobre todo esto... Estoy de acuerdo contigo. Voy a dejar de disfrazarme. Diré a don Ernesto que me marcho una temporada de viaje. Me las ingeniaré para seguir mandando mis artículos sin que los intercepten.

—Elisa..., no sé si seguir utilizando ese nombre es recomendable...

—Catalina, he perdido muchas cosas por ese nombre. Más de las que imaginas. No voy a renunciar a él. —Me acerqué a ella—. No aborté durmiendo en mi cama, Catalina. Aquellos hombres me siguieron.

—Elisa... —dijo tapando su boca con la mano.

Sin titubear, me abrazó. A los dos días, aquellos hombres visitaron nuestra casa y repitieron a Francisco todo lo que le habían contado a Catalina. Además, escuché cómo añadían que, el lunes 6 de septiembre, habían recibido el chivatazo de que el criminal Alfonso Liébana podía estar escondido en Madrid. Por eso la investigación había dejado de ser secreta: no había margen para espionaje, se precisaban respuestas inmediatas. Francisco y yo figurábamos en la lista de personas cercanas a Pedro Liébana. En especial, yo. Mi marido, escandalizado por la noticia, se ofreció a responder a todas las preguntas que quisieran hacerle. No era él muy afín al anarquismo ni al comunismo y menos aún desde que el Directorio había iniciado su

represión hacia aquellos dos grupos, ahora clandestinos, para reducir la inestabilidad social, el terrorismo y el pistolero. A juzgar por sus palabras, la estrategia era demonizar a don Pedro entre sus allegados, exponiendo las faltas de su supuesto padre sobre la mesa, y así forzar la colaboración.

Después, con mi permiso, vinieron a la alcoba e iniciaron su interrogatorio conmigo. Ahora portaban tricorno, por lo que terminé de confirmar que, tal y como sospechaba, eran guardias civiles. Se presentaron como teniente Sandoval —de tono amable y comprensivo— y sargento Yáñez —altivo y faltón—. Enseguida me percaté de que Pedro era su única llave para encontrar al fugitivo y así colgarse una medalla brillante en la solapa de sus chaquetas. Les aseguré que solo conocía a don Pedro Liébana del periódico. «Cuando trabajaba allí solía venir, a veces, como otros colaboradores». «No, nunca vi nada sospechoso en su conducta». «Sí, nos contó que era de Barcelona, pero no le gustaba hablar de su familia». «Sí, estuvo en relaciones con la señorita Folch, pero hace meses que se distanciaron». «No, nunca le oí hablar de un tal Alfonso Liébana». «No, no le catalogaría como contrario al régimen de don Miguel Primo de Rivera. Era bastante moderado, aunque no tan conservador como otros redactores del *Demócrata*. Pero ¿qué voy a saber yo? Era una simple secretaria».

—Es curioso, señora de De las Heras y Rosales, porque dada la información que tiene, yo diría que tuvo que coincidir en reiteradas ocasiones con Liébana, ¿no es así? —comenzó el sargento Yáñez.

Asentí sin tener claro el objetivo de su afirmación.

—Me resulta extraño que, en todo el tiempo que vigilamos a Pedro Liébana, nunca lo vimos con usted. Jamás se cruzaron ante nuestros ojos —continuó.

Detecté que aquel era el punto arduo de la conversación y en el que debía esmerarme más.

—Como comprenderán, no solía quedar a tomar el té con el señor Liébana. Ya les he dicho que nuestra relación comenzaba y terminaba en la redacción de *El Demócrata de Madrid*. Cuando estuvo en relaciones con la señorita Folch, sí nos vimos fuera del periódico un par de tardes o tres. Si no estaban allí para comprobarlo, no es problema mío —respondí, con una mezcla perfecta de dulzura y desprecio.

—Qué oportuno —murmuró el teniente.

—Ya está bien, Yáñez, compórtese —le instó su superior—. La dejamos

descansar, doña Elisa.

Con los latidos de mi corazón aún revolucionados, contemplé cómo aquellas sombras que me habían acompañado, agazapadas en la oscuridad probablemente durante años, abandonaban la estancia y, sin añadir nada más, me enrollé en las sábanas y traté de olvidarlo todo. A los días, resolví mandar una escueta nota a don Ernesto indicándole que debía ausentarme por un tiempo, pero que trataría de cumplir con mis obligaciones como colaborador. No pudo responderme, mas no tardé en darme cuenta de que algunos de mis artículos jamás verían la luz.

La esposa del doctor Vázquez entró en el tocador. Su saludo me hizo regresar al presente.

—Doña Elisa, qué delicia verla.

—Buenas noches, doña Aurora.

—¿Se encuentra bien? Está pálida.

—Sí, sí, no se preocupe. Me habré excedido con los polvos de arroz. Espero verla más tarde —me despedí.

Cuando regresé al salón de baile, los dos tricornios habían desaparecido. Me reuní con los señores Rodríguez de Aranda tras conseguir una copa de *champagne* que me bebí, de un solo trago, ante la estupefacción de mis acompañantes. Francisco no había vuelto. Yo me dediqué a charlar con don Ernesto y doña Cristina el resto de la noche, hasta que se marcharon. Entonces, me quedé sola, en compañía de aquellas copas que tanta relajación me aportaban cuando sentía la absoluta ignorancia de mi marido y del mundo en general. No obstante, aquel aburrimiento me sirvió para repasar, con atención, a los asistentes. Volví a ver a aquellos dos hombres. Hablaban con el ministro Martínez Anido.

Cuando el reloj dio las doce y media, me afané en buscar a Francisco, ofendida por su ausencia. Lo identifiqué con un grupo de caballeros. Se reían divertidos. Me acerqué, con paso firme y decidido, y le di dos golpecitos en el hombro.

—Querido, me aburro, quiero irme a casa.

—Elisa, querida. Permite que te presente.

—Encantada de conocerlos a todos —dije y volví mi rostro, de nuevo,

hacia mi marido—. De veras, Francisco, quiero irme ya.

—Elisa, me estás avergonzando. Aguarda cinco minutos y nos vamos.

—Estaré en la puerta. No tardes.

Recuperé mi abrigo y esperé junto a la salida, fumándome un cigarrillo. Detestaba aquellas fiestas. Nadie se relacionaba de modo sincero, era un cúmulo de transacciones comerciales debidamente engalanadas, rodeadas de valiosas lámparas y dispuestos mozos que servían copas para animar el cierre de las negociaciones.

—Señora de De las Heras y Rosales. Qué sorpresa verla.

Levanté la vista que, hasta entonces, estaba monopolizada por mis zapatos. Era el sargento Yáñez. Me había interceptado con la guardia baja.

—Buenas noches —respondí altanera.

—¿Ya se va?

—Sí, estoy esperando a mi marido. Nos marchamos ya mismo.

—Una lástima. ¿Tiene otro cigarrillo?

Con fastidio, abrí mi carterita y le entregué un pitillo.

—Gracias.

—No hay de qué —respondí de mala gana.

Aquel hombre se encendió el cigarrillo. Mis piernas temblaban, pero él no podía saberlo.

—Y dígame, ¿ya han logrado localizar al señor Liébana? —pregunté.

—No, ni rastro. Pero tenemos el periódico de don Ernesto Rodríguez de Aranda vigilado. En cuanto aparezca, lo cogeremos.

—Ah..., disculpe mi torpeza, pero ¿por qué quieren cogerlo si al que buscan es a su supuesto padre?

—Bueno, veré, señora, como le comentamos en su momento, su supuesto padre, como usted dice, es uno de los anarquistas más buscados del país. Y resulta curioso que justo el día en que don Pedro Liébana supo que lo estábamos investigando, desapareciera como don Alfonso Liébana. Llámelo corazonada, pero nos da la extraña impresión de que se esconden en el mismo sitio. Si encontramos a uno, hallaremos al otro. Máxime teniendo en cuenta que la misma semana que don Pedro se esfumó, su padre se encontraba en la ciudad —me explicó, como si fuera estúpida.

—Ah..., qué vida tan interesante deben de tener ustedes —dije, acariciando la solapa de su chaqueta—. En ese caso, ojalá los localicen a ambos. El mundo es mejor sin esos terroristas anarquistas...

Mi proximidad le puso nervioso. Dejó a un lado su tono faltón y sonrió.

—Exacto, señora. Eso es lo que intenta el Directorio.

Francisco llegó en ese momento.

—Querida, ¿nos vamos? —me indicó—. Buenas noches.

—Buenas noches, señor De las Heras y Rosales. Su esposa me estaba preguntando por el caso Liébana. Aprovecho para decirles que si se acuerdan de algún dato que pueda ser de interés para la investigación, pónganse en contacto con nosotros.

—Así lo haremos.

—Descuide.

—Está bien, los dejo irse en ese caso.

Esperé a que estuviéramos en el automóvil para echarle en cara a Francisco que me hubiera dejado sola toda la noche. Empecé a gritar, irritada por todas las emociones que había revivido. Al principio me lo rebatió, pero, después, se disculpó, quizá enternecido por el modo en que lo necesitaba. A mi marido le encantaba ver cómo dependía de él en aquellas fiestas. Y yo odiaba sentirlo, sobre todo, porque tenía por costumbre olvidarse de mí, absorbido por sus numerosísimas amistades. Mi enfado continuó hasta que estuvimos en el dormitorio. Francisco, harto de asentir a mis protestas, me cogió por los brazos y me instó a que me callara. Me pedía perdón. El miedo, la angustia de la persecución, las complicaciones de mi doble vida, lo que aquella noche de 1926 me había arrebatado, me hicieron requerirlo con fuerza, así que me entregué a él sin pensar. No podía permitirme perderlo. La alternativa me llevaba a las calles tortuosas de aquel Madrid oscuro que despertaba con cada anochecer.

Desde la ventana del gabinete del palacete Ribadesella se seguía viendo aquel enmohecido balancín. La lluvia no traspasaba el cristal, pero sí lo hacían los recuerdos. Las imágenes de unas Navidades felices, de chiquillos correteando, de sonrisas y miradas. Sonreí. Habíamos ido a visitar a mi madrina con motivo de las Pascuas. Cada vez que entraba en la casona, la melancolía me abrazaba. Era extraño que aquel lugar, del que tanto había querido escapar, siguiera influyendo en mí como una suave mordaza, cuando ya hacía más de dos años que no residía allí. Abstraída, dejándoles el peso de

la conversación, rememoré mi infancia entre aquellos muros. Las charlas con doña Pilar, mi espionaje a las tertulias de los jueves, mis tardes en la sala de lectura, mi hora de juegos en la calle con los demás niños... Lo único que enturbiaba la felicidad de mis recuerdos era la presencia de mi madrina. De hecho, la atareada vida social que siempre la había alejado del palacete me permitía hacer visitas a doña Pilar sin tener que cruzarme con mi tía. Cómo aborrecía su falsa congoja por su difunto marido, su moralidad de postín, sus normas absurdas, sus oscuros misterios. En el fondo, se merecía que alguien la importunara con misivas anónimas y le hiciera pagar por el daño que había hecho con sus caprichos. Seguía escociéndome no saber el motivo, pero aquella mujer era hermética y desconfiada.

Cuando volvíamos a nuestro hogar, sentía alivio por no tener que quedarme allí, bajo sus reglas y su incoherente intransigencia. Aquel día, mi esposo volvió a hacer gala del júbilo que lo acompañaba últimamente y, al llegar a casa, me tapó los ojos con un pañuelo.

—Tengo una sorpresa para ti, querida —me anunció.

Su buen humor había pasado de agradarme a ofuscarme. Y es que no había cambiado nada en mí como para que fuera más dichoso que antes. Y, honestamente, no veía a Francisco tratando de aceptar la mansedumbre y la obediencia como nuevos preceptos en su vida. Una parte de mí se sentía incluso ofendida. Ya no insistía por las noches, no buscaba mi cuerpo. Solo, de vez en cuando, me preguntaba sobre la conveniencia de ser padres. Destapó mis ojos. Había dejado un paquete sobre la cama. Intrigada, me lancé a abrirlo. El envoltorio descubrió un cuaderno, con portadas forradas en piel y mis iniciales grabadas en dorado. No supe cómo responder.

—Un cuaderno... Gracias, querido —dije.

—Para que escribas, amor mío. Sé que he sido poco indulgente contigo y tu afición, querida. Así que este es mi regalo para ti estas Navidades. Quiero que escribas todas las poesías que se te ocurran. Deja volar tu imaginación. Estoy convencido de que tienes mucho talento para ello. Y ¿quién sabe? Quizá nos puedas deleitar alguna noche con una bonita declinación de tus propios versos.

Aún estaba más sorprendida. ¿Poesía? ¿Por qué habría de escribir poesía? Se me daba francamente mal. Sonreí.

—Sabía que te gustaría, querida —afirmó y me besó.

—Sí, sí... No me lo esperaba, querido, pero me encanta. Es todo un detalle

por tu parte.

Definitivamente, no era capaz de comunicarme con mi marido. Salí del dormitorio y fui al salón. Analicé aquel horrendo cuadro que había instalado doña Asunción junto a mi piano. No, no sabíamos comunicarnos. Don Hilario Fuertes había concluido su trabajo dos semanas antes de las Pascuas. El resultado era bastante inquietante. Doña Asunción, tras las correcciones solicitadas por ella misma, parecía más joven que su propio hijo. Francisco miraba al horizonte de un modo escalofriante y el brillo en mi ojo hacía que pareciese de cristal y yo, una mujer tuerta. Y debía verlo todos los días de mi vida.

En enero de 1928 y con los compromisos de las fiestas a las espaldas, todos pudimos volver a la calma. Yo regresé a mi rutina habitual. Me arreglé y bajé en el ascensor para encontrarme con don José Carlos. Me dejó puntual en el café Montmartre, donde pedí mi té con limón y revisé las páginas de *Le Figaro*.

Repetí el mismo procedimiento de siempre hasta dar con el mensaje en clave de aquel soleado martes. Una vez más, saberlo próximo me hizo sonreír. Cuando los sesenta minutos se consumieron en el reloj de pared de aquel pintoresco café, volví a la calle. No tenía ganas de visitar a mi modista, así que cambié de planes e indiqué a don José Carlos que me llevara a casa. Entré, escapándome del frío, y me quité los guantes al tiempo que saludaba a Anita y doña Charito. Colgué el abrigo de piel en el perchero. Seguía sin tener respuesta alguna de mis empleadas. Extrañada, avancé por el pasillo. Entonces, comencé a oír cómo parloteaban, animadas, en la cocina. Se reían. ¿Qué más daba? Ya se enterarían de que estaba en la casa... No obstante, su diversión picó mi curiosidad y agudicé el oído, como solía hacer en la redacción para cazar los temas del día sin cubrir.

—Me imagino al pobre del señor Francisco desesperado —dijo doña Charito.

—Dicen que ni siquiera duermen juntos. Y yo pienso que el señor Francisco duerme en la habitación de invitados.

—¿No me digas? ¡Qué lástima! Con lo jovencuela que es doña Elisa. Deberían aprovechar ahora. Aunque, así, normal que el señor Francisco

busque fuera lo que no le da su mujercita.

—Comprensible es. Además, doña Elisa tiene un carácter endiablado.

—Sí, a esa muchacha, este matrimonio le ha empeorado el carácter. Es lógico. Nadie dijo que pescar al hombre rico fuera fácil. Si uno quiere dormir sobre un lecho de oro macizo, debe sacrificarse.

—Sí, agradecida tendría que estar. Mientras el señor Francisco esté satisfecho gracias a otras mujeres, menos exigencias tendrá sobre ella.

Me apoyé en el marco de la puerta. ¿Qué chismes contaban? ¿Qué mujeres? Su coloquio continuó, pero yo me alejé. Era indignante la falta de educación y consideración de aquellas dos mujeres. Seguro que Anita actuaba bajo las órdenes de doña Asunción, expandiendo rumores sobre mi relación con Francisco para dinamitarla y quitarme de en medio. Apreté los puños y me metí en el gabinete, cerrando la puerta de golpe. Las despediría a las dos. Los asuntos concernientes a la intimidad del matrimonio no debían salir de mi dormitorio y era probable que aquellas dos deslenguadas lo compartiesen con las muchachas de otras familias, en su día libre o cuando se marchaban a hacer recados. Fruncí el ceño. Sí, las despediría. Hablaría aquella misma noche con Francisco.

Fijé la vista en el cenicero de la mesita. ¿Tendría Francisco una amante? Visto de otro modo, eso lo explicaría todo. Su repentino cambio de humor, su falta de insistencia... Sí, Francisco tenía una amante. Y yo, que creía que aquello jamás me ocurriría a mí, confiada en que mi juventud me apartaba de aquella posibilidad. ¡Qué distinta es la vida de cuando la piensas a cuando la experimentas! Aunque, quizá, era lo justo. Yo no me veía capaz de darle lo que él quería, así que si otra mujer se lo proporcionaba, reduciría la presión ejercida sobre mí.

Miré alrededor, después a la ventana. Cómo deseaba que me hubiera llevado con él, que me hubiera dicho que me deseaba, que me hubiera ayudado a huir, que me hubiera aceptado en su alocada vida de corresponsal. Si atendía al cielo, creía que aún estaba a tiempo. Pero no lo estaba. Había entregado mi alma a un matrimonio que se desmoronaba por momentos, aunque yo prefiriese ignorarlo.

Algunos martes por la tarde, quedaba con la señora Eleonora Pardo. Estaba a

punto de dar a luz a su segundo hijo. Aun así, continuaba conservando agilidad en las piernas para dar un paseo por los almacenes Madrid-París, las magníficas joyerías de la avenida Conde de Peñalver, como Brooking o Aldao, y tomar un chocolate. El proyecto de la Gran Vía seguía su curso. Ya estaban edificando el tercer tramo, tras finalizar el de la avenida Pi y Margall en junio de 1924. Era apasionante ver cómo la ciudad iba cambiando su estructura, integrando aquellas amplias vías en su fisonomía. Otra de las incorporaciones de la avenida era el edificio de la Compañía Telefónica Nacional, que se había empezado a construir al lado de la Red de San Luis. Prometía convertirse en un auténtico monumento, un edificio alto, una referencia arquitectónica del esplendoroso avance de las comunicaciones en aquel intenso comienzo de siglo. A mí, de vez en cuando, me gustaba pasar por delante para admirar el progreso de las obras. Doña Eleonora me hablaba de la hinchazón de sus tobillos mientras nos traían el chocolate. Nuestra relación estaba algo descompensada, pues ella creía que éramos más amigas de lo que, en realidad, éramos. Con todo, logré desarrollar la capacidad de entretenerme con su compañía, aunque gran parte de sus opiniones me resultaran del todo superficiales. Tras una breve disertación en la que compartió conmigo las ventajas de estar embarazada, me lancé a investigar sobre aquel tema que me había estado preocupando las últimas semanas.

—Doña Eleonora, una curiosidad. Usted..., ¿usted qué haría si se enterase de que don Joaquín tiene una amante?

—Uy, vaya pregunta, doña Elisa. Pues, no sé, querida. Aceptarlo, supongo. Los hombres de buena familia suelen tener amantes. Es un elemento más de cualquier matrimonio de bien.

—Pero ¿no la ofendería? Es decir, sé que los hombres tienen otras necesidades, pero, no sé, no creí que fuera tan común.

—Se sorprendería al saber todos los caballeros que la tienen. Pero, querida, no es amor, no hay por qué sentirse dolido por ello. Como bien ha dicho, los hombres tienen exigencias distintas. Y, si la incomoda que busque satisfacerlas en otras mujeres, ha de asumir que, quizá, deba esmerarse más.

—No, no lo decía por Francisco, doña Eleonora. Entiéndame, era solo una curiosidad por..., por una amiga.

—Ya, sí, por supuesto, una amiga. Pues díglele a esa amiga que mi consejo es que, al menos, descubra quién es esa mujer. Una esposa informada es una esposa poderosa y una esposa poderosa puede controlar mejor a su marido —

concluyó y dio un sorbo al chocolate.

De vuelta a casa, medité sobre aquella recomendación de doña Eleonora. Sí, tener aquel dato me reportaría un mayor control sobre la situación. Sin embargo, en el fondo, y tras la sorpresa inicial, había terminado por aceptar, sin remilgos, aquella nueva perspectiva en mi matrimonio, pese a que no había confirmado, todavía, que fuera cierto. Lejos de iniciar pesquisas sobre aquel tema, cogí el cuaderno que me había regalado Francisco, arranqué una de sus páginas y comencé a escribir.

Querido Pascal:

Siento haber tardado algunos días en contestarte. 1928 ha empezado de un modo extraño. Sin embargo, leer tus líneas me hace viajar a donde estás. Cómo desearía poder ir contigo, cubrir las noticias que nacen cada día y mueren al caer el sol. A veces creo que llevo la vida de otra persona, que mi lugar está fuera de este opulento apartamento, de las fiestas, de los bailes de gala, de las sonrisas forzadas. Desearía, una y mil veces, sentir el fango en mi piel, arrastrarme en la inmensidad de un bosque, buscando respuestas a las preguntas de la sociedad. ¿Qué hago, Pascal? ¿Cómo apago este fuego? Tú siempre tienes una solución a mis pesares. Te echo en falta. ¿Cómo te encuentras tú? ¿Regresaste ya de Copenhague? Enviaré esta carta a la redacción en París para que ellos la manden a tu destino.

Su respuesta no tardó en llegar. Su nombre en el remitente era luz. Extrañaba su voz, pero al leerle, en ocasiones, le escuchaba con aquel ligero acento francés. Aquel día, su sobre contenía algo más que la carta. Me encerré en el gabinete y sosteniendo aquel papel entre mis manos, leí su explicación.

Querida Elisa:

Sigo en Copenhague. Escribo esta carta sentado en un café con vistas al puerto. Desde aquí se ve buena parte del Nyhavn, que es como llaman al paseo marítimo. Las casas de colores, las más llamativas que he visto nunca, vigilan los amarres de los barcos que arriban a esta ciudad danesa, en silencio. Me agrada esta urbe, pero el frío es un gran hándicap para realizar cualquier actividad fuera de la pensión en la que me hospedo.

Entiendo tus emociones, son las mismas que tengo yo al pensar en este

apasionado oficio. Cómo me gustaría hacer tus sueños realidad. ¿Has hablado con don Francisco de tus inquietudes? Deberías dejarle leer todo lo que has escrito bajo el pseudónimo de Pedro Liébana. Si viera tu potencial, no podría negarte el derecho a explotarlo. Creo que, al menos, deberías intentarlo. De todos modos, en esta carta, quería darte algo que, estoy seguro, te traerá buenos recuerdos. Es el cerdo que dibujaste en tu primera visita a la cripta de Pombo. Un poco antes de marcharme de Madrid, le pedí a don Ramón que me diera nuestros dibujos para guardarlos como recuerdo de aquella noche. Las prisas de mi partida hicieron que olvidase darte el tuyo. Hoy te lo mando porque creo que necesitas rememorar quién eres, Elisa. Aquel día, por muchas máscaras que portases, hablaste tú, reíste tú, bromeaste tú, dibujaste tú. ¿Acaso deseas borrarlo en pro de los designios de otros?...

Miré mi dibujo. Me reí. «Terrible», valoré divertida. Tenía toda la razón. Necesitaba que alguien me refrescara la memoria. No obstante, el garbo de Pascal, incitándome a compartir con Francisco mi secreto, se debía a una visión algo distorsionada de la comunicación en mi matrimonio y de mis posibilidades como Elisa Montero. Una parte de mí agradecía su sencilla forma de solventar todos los problemas. Nada se le ponía por delante. Otra lo odiaba con fuerza, acusándolo de inconsciente. ¿No habría yo solucionado ya mi encrucijada vital si fuera tan simple el antídoto? Doblé la carta y la metí en el sobre, junto con el dibujo, y lo guardé, a buen recaudo, en el segundo cajón de mi mesilla.

Mis monótonos días de señora aburguesada continuaron sin modificación alguna. Los martes con doña Eleonora, hasta que dio a luz; los miércoles con Benedetta, los jueves y domingos con mi madrina y doña Asunción; los viernes con los Vázquez y su endemoniado hijo y los sábados por la tarde, si se daba la ocasión, al frontón. Otros días, gracias a Dios, asistíamos al hipódromo o al teatro. Y en los ratos restantes, mientras mi marido trabajaba, yo visitaba a doña Pilar, acudía al taller de doña Bruna, iba a la iglesia o escribía en casa, de espaldas al mundo.

Definitivamente, había aceptado de buena gana la posibilidad de que

Francisco se viera con otras mujeres. Sin embargo, las palabras de doña Eleonora Pardo acerca del poder habían calado en mi pensamiento. Sí, yo deseaba ser una mujer con influencia sobre mi marido. Era lo único que me quedaba, después de todo. Y, además, no me agradaba ser la única que no tuviera conocimiento de la situación al completo. ¡También estaba en juego mi dignidad! Si Francisco tenía una amante, debía descubrir de quién se trataba. Cansada de inventarme opciones, aquella mañana, después de ir al café Montmartre y de confesarme con el padre Cristóbal, me decidí a apretar las tuercas a una de mis fuentes más cercanas. Esbocé la más amplia de mis sonrisas, tras atusarme el pelo, y entré en la cocina. Doña Charito, extrañada, me preguntó si necesitaba algo pues no era común que yo entrase allí.

—Si quiere algo de comer, se lo preparo ahora mismo, señora, y le mando a Anita en un santiamén —me aseguró.

—No, no se preocupe, doña Charito. Verá, aunque no lo crea, siempre me ha gustado hacer visitas a la cocina. Lo hacía mucho en casa de mi madrina. Charlaba con doña Pilar durante horas mientras observaba cómo cocinaba. Espero que no le importe si hago lo mismo hoy...

—Eh, no, no, en absoluto, señora. Puede estar donde usted quiera, que para algo es su casa —acertó a decir.

—Sí. De hecho, ¿cuánto hace que vivo aquí? ¿Dos años? Sí, creo que dos años..., y, no sé, me apena no saber casi nada de usted.

Doña Charito no salía de su asombro.

—¿Qué desearía saber, señora?

—No sé... Por ejemplo, usted nació en Portugal, ¿no es así?

—No, señora. Mi padre y mis hermanos mayores sí, pero yo nací en un pueblito de Salamanca.

—¿Tiene muchos hermanos? —me interesé—. Traiga, yo removeré eso. La ayudaré.

Estratégicamente, dejé que doña Charito me relatase anécdotas de sus parientes e historias sobre el origen portugués de su padre y de la época en la que vivieron en Galicia, donde trabajó de pescador. Asentía, amable, y me reía con sus ocurrencias. Acto seguido, comencé a sincerarme yo. Quería que me creyera víctima de las circunstancias pues solo así compartiría conmigo la información que ansiaba.

—Me da un poco de vergüenza, doña Charito, pero sé que usted es una empleada fiel y no lo contará a nadie. Verá... —Miré a los lados y me

acerqué—. Sospecho que Francisco se ve con otra mujer —me fingí compungida.

—Ay, señora, ¿cómo dice eso? —mintió ella también—. Si el señor Francisco está perdidamente enamorado de usted.

—Eso creía yo, doña Charito. Pero una mujer sabe cuándo su marido ha dejado de mirarla igual.

—No sé, señora, yo no me he percatado de nada...

Dejé que el silencio la presionara un poco más. Bajé la vista.

—Bueno, en parte me sosiega que no haya advertido los problemas de nuestro matrimonio. Ya pensaba que era la comidilla del barrio...

—No, señora... —musitó.

—Usted me lo diría, ¿verdad, doña Charito?

—¿El qué, señora? —Cada vez estaba más agobiada.

—Si alguien dijera algo sobre mi matrimonio o sobre quién es la mujer con la que comparto a mi marido...

—Por supuesto, señora —vaciló un momento—. Bueno, ahora que lo dice, sí he escuchado algo, pero creí que eran rumores infundados, por eso no les presté atención.

«Maldita sabandija embustera», murmuré para mis adentros.

—¿De veras? ¡Qué disgusto! Sabía que pasaría...

—Ay, no, señora, no se me aflija. Que yo solo he oído tonterías. Nadie sabe quién es esa mujer. Se cree que es una dama de buena familia, no una cualquiera, ya sabe, el señor Francisco tiene buen gusto para las mujeres, siempre lo ha tenido desde que lo conozco.

—Ay, doña Charito... Ay... ¡Podría ser cualquiera! ¡Qué horror! —Las lágrimas asomaban por mis ojos.

Doña Charito trató de consolarme. Gimoteé lo desgraciada que me sentía ante su obvia incomodidad. Me abrazó. Mi lacrimógena escena terminó de ablandarla y me prometió que tan pronto como supiera la identidad de la amante de Francisco, me lo comunicaría. Cuando abandoné la cocina, sequé mis falsas lágrimas y fruncí el ceño. Muy bien, debía estar más despierta en nuestros próximos compromisos. Pronto sabría quién era aquella mujer que se había inmiscuido en mi matrimonio. No podía perder a Francisco, me negaba a ello. La alternativa seguía residiendo en el número 20 de la calle Villanueva.

Como era costumbre en mi vida, las ocasiones de socialización en las que podía vigilar a mi marido no tardaron en llegar. A final del mes de febrero, con motivo de la celebración de los carnavales en Madrid, doña Asunción tuvo la trasnochada idea de acudir al baile de máscaras que organizaba el Círculo de Bellas Artes en el Teatro de la Zarzuela.

Los bailes de máscaras habían sido muy populares en el siglo pasado y principios del actual. No obstante, aún por aquellas fechas, casi al término de la década de los años veinte, continuaban celebrándose muchos en la ciudad. El más conocido era el del Círculo de Bellas Artes, pero también la Asociación de la Prensa o la Asociación de Escritores y Artistas tenían el suyo. El primer desafío era escoger la mejor opción, la que tendría mejores premios para los disfraces ganadores, mejores invitados, más clase, más renombre. Y es que, una vez más, aquella festividad, previa al inicio de la Cuaresma y de la primavera, era una oportunidad para dejarse ver y trabajarse la imagen pública de cada uno. El día anterior, el domingo 19 de febrero, la ciudad se había llenado de carrozas. Las gentes se habían caracterizado de personajes diversos, explotando toda la originalidad admitida en tan pagano espectáculo. El lunes, el festejo seguía y nosotros nos uniríamos detrás de aquellas máscaras que doña Asunción nos había comprado.

Acabé de engominarme el cabello con esmero. Francisco ya me había avisado un par de veces de que llegaríamos tarde si no me apresuraba. «Mejor», pensé. «Menos tiempo allí». Pinté mis labios en forma de boca de piñón y me perfumé. Era absurdo arreglarse. La máscara ocultaba la mitad de mi rostro. La observé un momento, colocada encima de mi joyero, esperándome, y resoplé. ¿Doña Asunción se molestaría si no me la ponía? Sí, montaría en cólera. Puse los ojos en blanco y, fastidiada, agarré aquel antifaz y mi cartera. Francisco siguió insistiendo en mi falta de rapidez cuando me vestía. Opté por ignorarlo y dejé que se expplayara en sus quejas. Don José Carlos admiró nuestro atractivo y nos llevó al Teatro de la Zarzuela. Pasaban de las once y media, hora en la que se iniciaba el baile.

El Panhard se detuvo en la calle de Jovellanos, uniéndose a aquella danza de cocheros, automóviles y distinguidos invitados que descubrían sus ropajes al salir de los vehículos. Ordenadamente, las parejas se cogían del brazo y se dejaban absorber por las puertas de aquel majestuoso edificio. Francisco y yo,

parte indiscutible de aquel entramado silencioso de parejas yuxtapuestas por brazos entrelazados, imitamos a nuestros iguales, y tras mostrar la entrada, nos dejamos embelesar por el interior del teatro.

Había ido allí a ver alguna zarzuela, pero observar su interior repleto de personas danzando me impresionó. El escenario no comprendía nada, solicitaba una explicación de por qué, aquella noche, él no era el protagonista. Los palcos se contemplaban unos a otros. Se habían vestido para la ocasión, como en cada velada, con aquellas telas coloradas, con aquellas barandas doradas, con aquel aire de palacio que lo era sin serlo, pues allí los monarcas solo vivían durante unas horas para después morir en la verdadera identidad de los actores. En ellos, no se sentaban relevantes familias de la Villa, cuyas posaderas necesitaban alzarse varios metros sobre el resto para apreciar la belleza del arte, sino que eran enmascarados invitados, cuyo desfallecido trasero prefería analizar la velada desde arriba, desde lo alto, no fuera a ser que se les confundiera con alguien más común. Al patio de butacas lo habían desnudado impunemente. Desprotegido, sufría los pisotones de los bailarines, que olvidaban lo que era en realidad, concentrados en conquistar a la dama con la que danzaban. Y entretanto, la enorme lámpara de araña, sola, se había convertido en espectadora de toda aquella locura de la mascarada. Pobre lámpara, que solo servía para iluminar a los semidioses, sentados en los balcones del tercer piso, que saldrían del baile más descansados aunque con la vista ciertamente perjudicada.

—Queridos, ya habéis llegado, por fin —espetó doña Asunción.

—Sí, disculpen la tardanza. Según Francisco, tengo un problema con el tocador y el tiempo que empleo delante de él —expliqué.

—Hermano, no seas duro con la pobre Elisa. Para lucir tan estilosa es preciso dedicar tiempo en acicalarse. Piensa que, de ser poco agraciada, aún emplearía más rato —me defendió don Luis.

—Justo lo que le he apuntado yo —añadí—. Aunque tampoco ayudaría ser más estúpida o con menos maña —comenté, harta de que los únicos adjetivos que empleaban conmigo se refiriesen a mi aspecto.

Francisco mantuvo su mal hábito de desaparecer, demandado por sus amistades y clientes. Sin embargo, aquella noche debía estar atenta. Cualquier detalle podía revelarme quién era aquella misteriosa mujer.

—Dicen que ha venido la señorita Conchita Piquer —dijo don Joaquín.

—Bah, no me agradan nada las artistas de hoy día. Son unas busconas y

unas indecentes—aseguró mi madrina.

—Pues a mí me gustan. Están creando un nuevo ideal de mujer, alejado de las opresivas cadenas que nos amarran generación tras generación —opiné mientras me encendía un cigarrillo.

—Ándate con ojo de no ir diciendo esas sandeces por ahí, Elisa. Terminarán pensando que eres una taquimeca o una feminista. Y no cargaré tal reputación en mi apellido. Y una mujer con clase no debe fumar —me advirtió doña Asunción.

—Queden tranquilas las dos. Si me vuelvo feminista, me cambiaré el nombre para que nadie me encuentre —espeté, soltando el humo en sus rostros medio cubiertos.

Unos instantes después, nos unimos a los señores De Lucca. La señora Carmen Bernardo iba primorosa con un vestido de seda. Gracias a Dios, la conversación dejó de centrarse en mí y pudimos criticar a otros invitados de la fiesta o parlotear sobre asuntos diversos. De vez en cuando, buscaba a Francisco con la mirada para cerciorarme de que continuaba rodeado de caballeros, por puros intereses financieros. Le había visto corresponder, con frialdad, los agasajos de la incansable viuda de Asenjo. También había empleado un buen rato con una dama de cabellos rubios, pero su esposo se había unido a ellos. No, no parecía que fueran sus amantes.

En medio de mis pesquisas, admiraba a las parejas que bailaban. Muchas parecían felices, repartían sonrisas con cada vuelta, se reían al intercambiar miradas. Dejando que su alegría me contagiara, me acerqué a uno de los ambigús que había para coger una copa. El frescor del *champagne* era viejo amigo de mi garganta. Desde allí, continué deleitándome con aquella masa espesa de bailarines aficionados, disfrutando de no tener que escuchar la voz de mi madrina. Di otro agradable sorbo a aquella alargada copa de cristal.

—¿No regresa con el resto, doña Elisa?

Miré a mi lado. Era don Luis. Cogió otra copa y se sumó a mi distracción.

—No, prefiero quedarme aquí unos minutos. Si no les importa, claro está —respondí.

—Seguramente les dé usted un respiro. He de admitir que me divierte mucho ver cómo tortura a doña Manuela y a mi madre.

—Bueno, no pretendo torturarlas. Creo que es mi modo de comunicarme con ellas —dije y nos reímos.

—¿Sabe, doña Elisa? Me alegra que haya entrado en nuestra familia. —

Don Luis puso su mano en mi cintura.

—¿Qué está haciendo? —dije ofendida.

—Vamos, doña Elisa, no finja que no sabe lo que despierta en mí. Usted es igual que yo. No somos personas de familia ni de matrimonio ni de hijos. Buscamos otra clase de relaciones en la vida. Somos ambiciosos, realistas y directos. No nos agrada gustar a los demás, ser, lo que se dice, social y moralmente correctos. Y sé que mi hermano no sabe entenderla como yo lo haría. Formaríamos un excepcional equipo en muchos aspectos —me susurró al oído mientras su mano rozaba mi espalda, pretendiendo alcanzar partes de mi cuerpo que no estaban a su disposición.

Me aparté de golpe.

—Disculpe, don Luis. No sé quién se ha creído que soy para ver una sola similitud entre usted y yo. Soy la mujer de su hermano. Debería darle vergüenza.

Absolutamente dolida y absorta con la insinuación de don Luis, me retiré al tocador para retomar el control. El simple recuerdo de su corrupta mano acariciándome me repugnaba.

Sin embargo, a mi vuelta a la fiesta, con Francisco secuestrado por sus asuntos, me vi obligada a entregarme, por completo, al ambigú de bebidas. Si tragaba rápido aquel líquido dorado, quizá, la velada pasaría en un abrir y cerrar de ojos. La próxima vez, me negaría a ir. Odiaba aquellos bailes. ¿Qué aportaban? Hubiera estado más a gusto en mi cama, leyendo alguna novela, sin la presión de ser alguien respetable, alguien que agradase. Volví a centrarme en los bailarines. El antifaz era muy incómodo, se me clavaba en las mejillas. ¿Cuánto quedaría para poder retirarme sin ser acusada de vil desertora? Me hallaba buscando algún reloj que me proporcionara ese dato, cuando alguien cogió mi mano, sin permiso. Desorientada, temiendo que fuera don Luis intentando ultrajarme, lancé una última mirada a donde se encontraban todos mis acompañantes. Don Luis estaba allí, también el resto. Francisco charlaba con un hombre que portaba unos antiestéticos anteojos.

Aquella persona tiró de mí hasta llevarme a la pista de baile, haciendo que me integrara en la multitud danzante que había estado observando como silencioso público. Continuaba confusa. «Espere, ¿qué hace? ¿Quién es?», pregunté sin respuesta. Mi atrevido compañero llevaba una máscara que ocultaba su rostro. Sus manos se colocaron, con delicadeza, insinuándome que pretendía bailar conmigo. Aquel amable gesto, el alcohol y mi más

profundo aburrimiento me hicieron aceptar su oferta.

Me destensé y puse mi mano en su hombro. Era emocionante dejarse llevar por un completo desconocido. De hecho, quizá era lo más extraordinario que me había ocurrido en los últimos meses. Aquel hombre era respetuoso, tomaba mi mano sin aprisionarla. Nos movimos al son de aquella melódica pieza. De pronto, me daba una vuelta. Sonreí. Era divertido. Nuestros pies parecían conocerse, se sabían los pasos, volaban sin control por el despojado patio de butacas, cómplices de la injusticia que se había cometido con él. Otra vuelta. Noté cómo mi cabeza estaba empezando a sufrir los estragos de mi dedicación previa al baile.

Hacía mucho tiempo que no bailaba así con nadie, pisando el suelo con seguridad, permitiendo que los acordes me susurrasen, dejándome guiar por la música, polea que movía mis piernas. Los palcos danzaban en círculos, sobre mi cabeza, aplaudiendo nuestro tino, al tiempo que nosotros continuábamos regalando al silencio todas aquellas palabras que nadie pronunciaba. Mi pareja se detuvo antes del final de la pieza y se acercó a mi oído.

—¿Me has echado de menos?

Me dio un último giro que me hizo perderlo de vista entre la profusión de invitados. Todo me daba vueltas. Me quité el antifaz.

Capítulo 12

El resto de las parejas continuaba bailando, así que me fue imposible encontrar al misterioso caballero. Repasé a todos los hombres que alcanzaba a distinguir, pero no veía con claridad. Mi corazón latía con intensidad. No había bebido tanto como para tener alucinaciones. Entonces, lo vi. Se deshacía de su mimetismo con la engalanada muchedumbre mientras avanzaba hacia una de las puertas que conectaban con el vestíbulo. Apresurada, comencé a avanzar, luchando contra aquellas espaldas que se habían convertido en muros y obstáculos en mi trayecto. Debía comprobar si era quien yo creía. Me abrí paso gracias a los codos y a mi experiencia adentrándome entre el gentío como Pedro Liébana. No podía irse así. Necesitaba saber quién era. ¿Podía ser él?

Alcancé la puerta por la que se había marchado. En el vestíbulo ya se encontraban los concurrentes que se disponían a dar por finalizada la noche de carnaval, recuperando sus abrigo y sus sombreros. Entre aquel festín de pieles y tejidos brillantes, identifiqué su chaqueta, que desapareció en la oscuridad. Escolté sus pasos hasta desembocar en un corredor alejado de la turba. Estaba vacío. A lo lejos, se oía el baile, como un ronroneo proveniente de otro planeta. Parecían las dependencias que empleaban los artistas para sus cambios de vestuario y el almacenamiento del material. Una de las habitaciones tenía la puerta entornada. Respiré hondo y sin titubear, entré.

Olía a humedad y a una mezcla de productos sintéticos. No había nadie allí, solo instrumental y decorados a medias que, me figuraba, habrían debido desatender los tramoyistas durante aquella velada. Bajé la vista, rendida. Tenía que dejar de beber *champagne* por una larga temporada. No era conveniente ir persiguiendo fantasmas. Sin embargo, antes de darme la vuelta para abandonar la sala, alguien tapó mis ojos. Mi cuerpo se mantuvo quieto, con los músculos tensos. Mis sentidos se agudizaron al tiempo que mi voz se disipó. La suavidad de sus manos y su olor eran inconfundibles. Sonreí.

Ahora sí, me di la vuelta, decidida. Me acerqué más a él, me puse de puntillas y aparté el antifaz de su cara.

—Has vuelto —dije.

No le di tiempo a responder. Lo abracé, como si fuera un acto reflejo reprimido durante años, como si de aquel instante dependiera toda mi existencia en este mundo de locos. Agradecido por mi espontaneidad, él hizo lo mismo. Cogí con fuerza su chaqueta, apretando los brazos contra él. Había vuelto. Estaba ahí. Apenas había cambiado. Su cabello, sus ojos, su sonrisa, su bigote... Sin embargo, algo era distinto. Sobre él pesaban aventuras, años de correrías en el extranjero, que le habían conferido un aire más interesante, si cabe, más maduro. Le sentaba bien envejecer. Caí en la cuenta de que me había detenido en admirar su mirada, sin calcular las consecuencias que aquello tendría. En un intento por recuperar la cordura, me alejé.

—¿Elisa? —gritaron desde el pasillo.

Me sobresalté. Era Francisco.

—Elisa, querida. ¿Dónde estás?

—Es Francisco —le dije—. Debo irme. ¿Te quedarás en Madrid?

—Sí, no te preocupes. Encontraré la forma de verte de nuevo.

—Eso espero —respondí.

—¿Elisa? ¿Estás ahí?

Me detuve un instante y volví a observarlo.

—No me puedo creer que estés aquí. Me alegro mucho de verte —le confesé sonriente.

Antes de que el picaporte diera paso a Francisco y nos descubriera, salí al pasillo.

—Pero, Elisa, ¿dónde estabas?

—Disculpa, querido, es que me he perdido buscando el tocador. Este sitio es tan grande... —contesté.

—Podrías habérselo preguntado a alguna dama. No me gusta que te vayas sola. Menos mal que me ha avisado mi hermano de que te habías marchado corriendo.

—Sí, querido...

El baile no volvió a ser lo mismo. Estaba en Madrid. Pascal estaba en la ciudad. Regresé a aquellas conversaciones con mi madrina, doña Asunción y los demás, mas sin escucharlos. Estaba demasiado ocupada recordándolo. ¿Volvería a verlo? Me estremecí al pensar en él, al visualizar una

conversación sin papeles de por medio. Sonreí y aquella sonrisa me acompañó hasta que me acosté. Nadie reparó en ella, quizá mi marido creyó que él era el responsable, pero no tenían ni idea. Jamás la habían tenido porque ni siquiera yo tenía idea alguna de quién era, en realidad, la mujer que sonreía.

Un fino rayo de sol me informó de que era hora de levantarse. El tarareo de doña Charito contribuyó a que terminara de recibir el mensaje. No obstante, me quedé en la cama un rato. Miraba al techo, rememorando todo lo que había sucedido la noche anterior. Saber que estaba en la Villa me agradaba aunque, en realidad, no tenía forma de contactar con él.

Como cada mañana, me arreglé con cuidado. Seleccioné uno de aquellos hermosos vestidos de paseo que me había confeccionado doña Bruna y lo cubrí con uno de mis abrigos de piel. Avisé a las muchachas de que regresaría para comer y me fui. Don José Carlos me saludó con aquel fingido afecto de todos los días, añadiendo un sutil:

—Está esplendorosa, doña Elisa. Se nota que está de buen humor.

—En efecto, don José Carlos, de muy buen humor.

—¿Donde siempre?

—Sí, donde siempre.

Arrancó el vehículo, abriéndose paso por aquella vía en la que peatones y carros conquistaban el pavimento y lo convertían en un auténtico laberinto. En pocos minutos, llegamos a la calle Velázquez. Con más brío del habitual, me apeé del automóvil negro y me adentré en el café. Don Gervasio me sirvió el té con limón y dejó un ejemplar de *Le Figaro* en mi velador. Como esperaba, no había ningún artículo firmado por Pascal. No había pistas que seguir para llegar hasta él. Mis labios rozaron el templado líquido contenido en aquella tacita decorada con flores rosas. Después, sin aspavientos, consulté la hora que marcaba el reloj de pared. Aún disponía de treinta minutos para moverme, a placer, antes de que don José Carlos volviera a buscarme.

Ansiosa de información, cogí mis pertenencias y me zambullí en el frenético tránsito del exterior del local. Crucé por en medio de la calzada y me dirigí, con seguridad, al portal de *El Demócrata*. El primero en sorprenderse con mi visita fue don Casimiro, quien ignoraba que, algunos

días, me colaba en la zona de los buzones cuando no miraba. Amable, llamó al ascensor y me deseó una feliz mañana. Qué bueno era volver. Estaba algo nerviosa. Era la primera vez que iba a la redacción desde que me despedí de todos, al regresar de mi viaje de novios en Viena.

Di dos toques en la puerta, como aquella mañana de verano de 1918 en la que me adentré en el maravilloso mundo del periódico. La voz de Morales me dio paso, así que sin vacilar, entré. Todos se sobresaltaron al verme. Se acercaron contentos y me empezaron a preguntar sobre aquella vida que ahora llevaba, rodeada de lujos y personalidades. Me presentaron a los dos nuevos redactores: don Eusebio Quijano y don Rosauro Mínguez. Era una pareja bastante cómica, pues uno era larguirucho y el otro apenas medía un metro cincuenta. Quijano ayudaba a López con los asuntos culturales. Mínguez era el encargado de informar sobre sucesos diversos y noticias locales. Por su parte, Fernández, Morales, López y Simón seguían igual que siempre. Con sus discusiones custodiadas por las teclas de sus desgastadas máquinas de escribir y los puros que sostenían, entre los dientes, mientras soltaban improperios a bocinazo limpio. Doña Carmen Idiazábal, atraída por el revuelo, salió de la secretaría. Se dirigió a mí con simpatía, pero con esa pizca de envidia que le generaba mi nueva posición social. Segundos más tarde, se unió don Alberto Villarroy al encuentro, con aquella amabilidad y ternura paternal que había mantenido siempre conmigo.

—Está usted estupenda, doña Elisa. ¡Cómo se nota que está casada con un grande de Madrid! —exclamó Morales.

—Sí, querida, está usted exquisita.

—Muchas gracias a todos. Pero no se dejen engañar por los trapos que llevo puestos. Soy la misma Elisa que venía a trabajar aquí todos los días.

—Bueno, la misma, la misma... Ya me gustaría a mí poder permitirme esos vestidos y ese abrigo... ¿Es piel de zorro? —se interesó doña Carmen tocando la manga con el índice y el pulgar.

—Eh... Pues no sé, doña Carmen. Por cierto, Fernández, ¿cómo va la novela?

—Ya está casi terminada, doña Elisa.

—Sí, eso lleva diciendo los dos últimos años. Fernández, deje ya de mentir. Todos sabemos que usted utiliza lo de la novela para engatusar a las mozas —apostilló López.

Todos nos reímos a costa del pobre Fernández.

—Bueno, no deseo interrumpir su trabajo, me hago cargo de que he venido sin avisar. ¿Saben si don Ernesto se encuentra en su despacho?

—Sí, llegó hace más de una hora y no ha salido desde entonces —me contó el señor Villarroy.

—Pero vaya, doña Elisa. Seguro que le encanta verla de nuevo por aquí. La hemos echado mucho de menos —me animó Fernández.

—De acuerdo. Pasaré a verlo, entonces —dije sonriente.

Abrí la puerta, con cuidado de no alterar al director. Allí estaba, repasando documentos, con toda su atención confiscada por los papeles y las carpetas. El crujido del suelo hizo que levantara la vista.

—¡Elisa, querida! —Se alegró—. Pasa, pasa, hija —me permitió.

Le hice caso. Me senté en aquella silla, lugar que había ocupado, en diversas ocasiones, caracterizada como hombre, bebiendo de aquellas copas que don Ernesto me servía sin saber que era yo. Le conté que había decidido, por fin, presentarme en la redacción para ver a mis antiguos compañeros. Celebró mi iniciativa y me recordó lo mucho que me echaban en falta. Al parecer, estaban entrevistando a muchachas para mi antiguo puesto de secretaria. Don Ernesto me confesó que, aunque al principio creyó que se arrepentiría de darme el empleo y que mi madrina se lo reprocharía de por vida, terminó por comprobar con sus propios ojos que yo era capaz de comprometerme y ser consecuente con mis decisiones.

—Creo que le diste una lección a doña Manuela —admitió.

Aquello me alegró, pero detestaba pensar que, con todo, mis años allí no me iban a servir para nada. Mantuve aquel ritmo en la charla hasta que pude llevarla al punto que a mí me interesaba, el motivo que me había hecho cruzar las puertas de *El Demócrata* después de casi tres años.

—Por cierto, don Ernesto, tengo entendido que el señor Pascal iba a venir a Madrid a finales de mes. ¿Sabe usted si es cierto?

—Oh, sí, me escribió para contármelo. Llegaba... Sí, llegó ayer, pero aún no he podido reunirme con él.

—Oh, qué sorpresa. Supongo que le hará especial ilusión reencontrarse con el señor Pascal.

—Sí... Y entiendo que también a usted. Hasta donde sé, se convirtieron en grandes amigos.

—Bueno, sí, pero no tanto como ustedes dos. Yo, ya sabe, soy una muchacha sin más —disimulé.

Don Ernesto asintió sin creerse una sola palabra.

—En fin, el señor Pascal es un hombre resuelto. Estoy convencido de que sabrá cómo comunicarse con nosotros cuando desee vernos.

—Por supuesto, por supuesto —asentí—. Bueno, don Ernesto, me marcho ya, no quiero entretenerlo más.

—De acuerdo, querida. ¿Viene a buscarte don José Carlos?

—Sí, sí. No se preocupe.

—Está bien, ten buen día entonces, Elisa. Me agrada mucho que te hayas decidido a hacernos una visita.

Sonreí y asentí. Me dirigí a la puerta, pero antes de salir, aproveché para hacer otra pregunta.

—Por cierto, don Ernesto, una última cuestión... Hablando de colaboradores... ¿Ha sabido algo de don Pedro Liébana?

—Eh..., no. Lo último que sé es que estaba en Marruecos. Ese joven desapareció de la noche a la mañana. No sé en qué líos andará metido, pero mientras no le acusen y siga entregando sus crónicas a tiempo, no tengo nada que decir. Aunque, siéndote sincero, no me hace ninguna gracia que la Guardia Civil se pase por aquí cada dos meses. He tenido que reducir la cantidad de textos que salen con su firma para no tener problemas. Y no hay nada que deteste más que prescindir del talento —me contestó sin desatender los documentos, a los que había devuelto su mirada.

—¿Ha vuelto a venir la Guardia Civil? ¿Por lo de su padre? —pregunté extrañada.

—Sí, hija, sí. No sé qué crímenes habrá cometido ese hombre, pero lo quieren en una celda, cueste lo que cueste. El joven Pedro haría bien en no aparecer por aquí, no creo que el Directorio vaya a aceptar cualquier justificación de su repentina huida. Están convencidos de que está vinculado a su padre y que conoce su paradero. Si le cogen, más vale que conozca esa información para tener algo con lo que negociar...

—Algo me dice que no regresará, don Ernesto —musité al tiempo que me despedía definitivamente y abría la puerta.

Cerré los ojos, conteniendo el aliento un momento. Si Pascal se enteraba de todo aquel episodio... Debía hallar la manera de contárselo antes de que algo le motivara a preguntar. Pero ¿cómo podía volver a reunirme con él?

Al día siguiente, como cada miércoles, me cité con Benedetta. Aquella noche, iba a recibir a dos generales y sus respectivas esposas en su casa para cenar. Decidida a ser la anfitriona perfecta, me pidió que la acompañara a seleccionar el postre en la famosa confitería Casa Mira. Allí nos dirigimos. Mi amiga tardó quince minutos en escoger los dulces. El empleado, desesperado, le recitaba las bondades de cada pastel. A mí todos me parecían apetecibles. Al fin y al cabo, nadie sabría qué golosinas había desechado en favor de las seleccionadas. Pero Benedetta continuaba creyendo que el futuro profesional de su marido podía tambalearse si ella erraba en cuestiones tan banales como aquella. Paciente, aguardé a que tomara una decisión. Cuando lo hizo y encargó que los llevaran a su casa, nos dispusimos a dar un paseo, aprovechando la agradable temperatura de aquel día. Sin embargo, su indecisión volvió a acompañarnos cuando apenas habíamos avanzado dos pasos. Atraída por el escaparate de La Violeta, bombonería en la que, se decía, el rey Alfonso XIII compraba los populares caramelos que tanto le gustaban, se detuvo.

—Quizá debería comprar también una cajita de caramelos —dudó.

—¿No será demasiado dulce, Benedetta? Has comprado tres tipos diferentes de pasteles en Casa Mira —le indiqué.

—Sí, pero, a lo mejor, alguno de los comensales no tiene hambre al llegar al postre o puede que tenga demasiada y no tenga suficiente con lo que he escogido. Los caramelos pueden ser el complemento idóneo —farfullaba.

Dejé que continuara con sus divagaciones. Me aparté del escaparate para no bloquear la entrada de aquella coqueta tienda. Observé la abarrotada plaza de Canalejas donde la carrera de San Jerónimo perdía momentáneamente su nombre, en honor al presidente José Canalejas, asesinado por un anarquista en 1912 mientras contemplaba el escaparate de la librería San Martín, en la Puerta del Sol.

En aquella plazuela se habían instalado edificios señoriales que poco tenían que envidiar a los de los ensanches o a los de la calle Alcalá. Los balcones y persianas se alternaban con los reclamos publicitarios que habían invadido muchas de las fachadas de la Corte. Poco importaba lo que se anunciaba, lo esencial era que se vieran las letras, que los viandantes cazaran el mensaje al levantar la vista hacia el cielo. El edificio Meneses y el edificio de Tomás Allende, siameses por el azar urbanístico, mantenían aquella pugna que

habían iniciado algunos años atrás por ser el inmueble más bello del irregular hexágono. Entretanto, los eslóganes continuaban gritando a los paseantes, exigiendo ser leídos, ser valorados igual que lo eran aquellas maravillas arquitectónicas sobre las que colgaban. Admiré la torre del edificio de Allende y todos los datos artísticos que esta contenía, entremezclando recursos estilísticos diversos que la convertían en una genuina pieza de la construcción madrileña.

Mis ojos verdes recorrieron sus rincones, perdiéndose en las columnas clásicas, en los ventanales, en el ladrillo rojizo, hasta caer al suelo. Después, mi interés fue secuestrado por los peatones y los vehículos que profanaban la plaza sin prestar atención a lo que esta les narraba. Y entre aquellos rostros, amantes de preocupaciones propias, de pautados caminos por la urbe, encontré el suyo. En mi estómago, un hormigueo; en mi cara, una sonrisa. Pascal también me divisó junto a la confitería, esperando a que mi amiga se decidiera. Los parroquianos cruzaban la plaza, los anuncios chillaban con fuerza, el ruido del tranvía se escuchaba a lo lejos, pero mis ojos ya no atendían a nada más. Hice amago de acercarme, de saludarlo, pero, entonces, recordé la conversación con Benedetta en el salón de la casona.

—No, no voy a comprar nada más. Es absurdo —concluyó.

Con ayuda de mi expresión facial y la negación de mi cabeza, comuniqué a Pascal que no era buen momento. Asintió y, borrando la sonrisa de nuestros labios, cada uno prosiguió con su camino. Las palabras se quedaron en mi boca, culpándome por no haberlas pronunciado en voz alta. Necesitaba verlo. Giré la cabeza para comprobar que seguía siendo real mientras mi amiga me hablaba de su hijo.

Tras mi fortuito encuentro con Pascal en la calle, me impacienté. Me frustraba no saber cómo citarme con él. Ya había utilizado el recurso del periódico, así que solo me quedaba esperar a que, como dijo don Ernesto, él se pusiera en contacto conmigo. Y así lo hizo unos días después. Estaba sentada al piano, con ánimo de escribir el próximo artículo de Pedro Liébana —si es que el director lo publicaba—, aprovechando que Francisco no estaba en casa, cuando el insistente sonido del timbre me desconcentró. Anita y su exasperante voz atendieron el recado. Mi desgarbada empleada pidió permiso para pasar al salón, dándome tiempo a ocultar mi tarea, y me entregó un paquete. Era de la chocolatería de Doña Mariquita.

Cuando me aseguré de que nadie me veía, abrí el envoltorio con cuidado.

Eran mojicones. Sonreí. Una nota estaba sujeta en el lazo. La cogí y leí:

¿No estás cansada de escribir cartas? Te propongo contarnos la siguiente en persona, sin sobres ni matasellos. Te espero mañana a las cinco de la tarde frente al Palacio de Cristal. Con cariño, Pascal.

Memoricé las líneas con el ímpetu de quien ansía que se materialicen y quemé la nota. Debía acudir a la cita, pero nadie podía enterarse.

A las cuatro y media de aquella tarde encapsulada entre febrero y marzo, terminé de perfumarme. Escogí el *cloche* granate y me observé, una última vez, en el espejo del tocador. Moría de ganas por reencontrarme con él. Era como si una parte de mí hubiera despertado después de años dormida. Respiré hondo y, simulando normalidad, informé a mis empleadas de que iba a citarme con una amiga. Eso mismo le indiqué a don José Carlos, de quien no me podía fiar. Era un cochero fiel a su dueño y no pasaría por alto el detalle de que me viera con un hombre, a solas, sin el consentimiento de Francisco. Le pedí que me dejara en la puerta del Retiro de la calle Alfonso XII y que volviera a recogerme al final de la tarde, en ese mismo lugar.

Rápidamente, me encaminé por el paseo de las estatuas que atendían, silenciosas, a mis pasos. Sus miradas inertes no incriminaban mis intenciones, pero se clavaban en mi nuca, como materialización de mi mala conciencia por el desmedido entusiasmo que me generaba aquel encuentro. Me apresuré en sortear los paseos, las fuentes y los elementos decorativos de los jardines para llegar al Palacio de Cristal. Aquella bella estructura, asomada a aquel pequeño estanque desde hacía años, me recibió con los brazos abiertos. El sol chocaba contra sus bóvedas irradiando a los madrileños que se relajaban en sus alrededores. La luz cobraba fuerza a través de sus cristalinos muros que se erigían con arcos, con columnas y cúpulas, creando un monumento en el que no existía pared sin ventana, pues todo él era una que conectaba el arte con la naturaleza y la vida terrenal.

Allí me quedé, quieta. Su abrigo y su sombrero pronto aparecieron a lo lejos. Continuó aproximándose hasta llegar a mí. Me regaló una de aquellas sonrisas que adquirirían un misterioso poder sobre mi juicio gracias a su

mirada. Yo le correspondí con otra.

—Buenas tardes, Elisa —me dijo.

—Buenas tardes, Pascal —respondí.

Nos observamos un instante eterno. Estaba ahí, delante de mí. Me había desacostumbrado a su presencia, a ese maldito magnetismo.

—¿Damos un paseo? —me ofreció.

—Por supuesto —accedí, confusa y tímida.

Amparados por el verde espesor de la vegetación de aquel oasis en medio de la urbe, me fue relatando sus últimas correrías. Le escuchaba, transportándome a aquellos lejanos lugares que me describía, igual que cuando leía sus cartas. Su voz, no obstante, lo hacía más real, más cierto. Me habló de Marruecos, donde presencié los antecedentes y el desarrollo del victorioso desembarco en la bahía de Alhucemas. También los pormenores de la cuestión irlandesa y sus exitosas entrevistas al ministro Winston Churchill, cuando estalló la huelga general en 1926, y al primer ministro británico Stanley Baldwin, tan solo dos meses atrás. Estaba feliz. Me agradaba comprobar que había avanzado, que había aprendido, aunque sus innumerables aventuras me hicieran sentir que yo, por otro lado, me había estancado en mi vida burguesa. Sin embargo, verlo a mi lado, caminando como acostumbrábamos, azuzaba a aquella parte de mi subconsciente que no había renunciado a convertirse en periodista. Cuando me tocó contarle acerca de mi vida, todo me resultaba superficial y absurdo. Aun así me las ingeníe para persuadirle de que, a pesar de todo, estaba bien.

—Conseguiré convencer a Francisco —afirmé.

Nos permitimos el lujo de recordar viejas correrías, cubriendo asuntos aquí y allá para *El Demócrata*. También nuestras visitas al café Pombo y del horrible dibujo del cerdo que me había enviado en su última carta. De vez en cuando, nos quedábamos callados y me lanzaba una mirada, como ideal sustituto a nuestra conversación. Mis mejillas se sonrojaban, sin querer.

—¿Y por cuánto tiempo te quedarás en Madrid? —me interesé, temiendo la respuesta.

—Pues, como de costumbre, no es un dato que me hayan dejado claro. Pero serán algunos meses. Mi director quiere que haga un reportaje sobre España. Al parecer, les interesa conocer la situación del Directorio, a fondo, de cara a las dos exposiciones que se van a celebrar el año próximo en Sevilla y Barcelona.

—Han hecho bien eligiéndote —aseguré—. Estoy convencida de que harás un gran reportaje.

—Quizá necesite ayuda —me sugirió.

—Bueno, sí, aunque de eso quería... —empecé.

Un niño, que jugaba con una cometa, se cayó de bruces contra el suelo delante de nosotros. Hábil, Pascal lo cogió y se lo devolvió a su madre, que paseaba algo más adelante. La mujer agradeció su atención y regañó al chiquillo por andar corriendo sin mirar dónde pisaba. Nos reímos, cautivados por la ternura del pequeño, y continuamos andando, olvidando aquella necesaria conversación sobre Pedro Liébana.

—¿Te hospedas en el mismo ático? —pregunté.

—No. Esta vez, al ser menos tiempo, he reservado una habitación en el hotel Florida. Está en la plaza del Callao.

—Sí, sí, sé dónde es. Veo que has mejorado tu caché en estos años.

—Podría decirse que sí. Es un hotel bonito. De hecho... ¿Me dejarías enseñarte algo? Apuesto a que es un enclave de Madrid en el que nunca has estado.

—Ardua tarea, querido Pascal, llevo viviendo aquí desde hace veinte años.

—Créeme, te va a gustar. Y soy consciente de que es un auténtico desafío sorprenderte.

—No tanto... —musité—. Te sigo.

Orgulloso de haber conseguido mi consentimiento, asintió con la cabeza e iniciamos el camino. Durante aquel paseo, ya por las adoquinadas calles, tuvo oportunidad de preguntarme por locales que habíamos frecuentado juntos y si se encontraban todavía en el mismo emplazamiento. Le narré los cambios en la ciudad. En sus gestos advertía ese pesar por la desaparición, repentina, de aquellos sitios que habían habitado en sus recuerdos hasta ese momento. La realidad se los había arrebatado, de pronto, con aquel regreso a la Villa. Todo tenía un cariz distinto. Incluso él. Incluso yo. Dejé que me guiara. Llegamos a aquel moderno hotel que unía la plaza del Callao con la calle del Carmen. De él decían que contaba con más de doscientas habitaciones, todas ellas con baño privado y calefacción. Sin duda, Pascal había mejorado su criterio para escoger alojamiento. Hubo un momento en que dudé si subir las escaleras que conectaban el exterior con la recepción, al cruzar la puerta. Me aseguré de que nadie me veía. No imaginaba qué clase de murmuraciones podrían empezar a correr si alguien me reconocía entrando en un hotel con un hombre

que no era mi marido.

—No te preocupes, no pretendo llevarte a mi habitación —bromeó Pascal, al tiempo que indicaba la planta a la que íbamos al botones encargado de llamar al ascensor.

Una risa nerviosa salió de mis labios.

—Ya imaginaba —susurré, tratando de mantener la intimidad de nuestra charla.

Tenía razón. Jamás había estado allí. Desde la azotea de aquel edificio se podían contemplar los tejados de la ciudad. Me acerqué, maravillada, a la baranda de piedra y coloqué mis manos sobre ella, olvidando el vértigo, que se había disipado. Mis ojos alcanzaban a ver las obras de la prolongación de la avenida Pi y Margall hacia el oeste. Se distinguía la cúpula del Teatro Real, el Palacio Real incluso y, si te fijabas bien, el espacio que, en el suelo, daba forma a la plaza de Oriente que los separaba. También se intuía el tejado del monasterio de las Descalzas. Todo tenía un tamaño diferente, se había reducido, convirtiéndose en una miniatura abarcable con un simple vistazo. Las calles desaparecían por debajo de las tejas y los sonidos se evaporaban hacia el cielo, volviéndose susurros procedentes de algún recóndito vehículo o habitante que no tenían cabida en aquella postal. Aquella imagen panorámica tenía color tostado por el avance del atardecer.

—Es precioso —afirmé.

—Sabía que sería un acierto. Lo descubrí hace unos días por casualidad. Las vistas no tienen desperdicio.

—Estoy de acuerdo contigo —dije sin apartar la mirada del horizonte—. Apuesto a que te funciona muy bien el conocer esta clase de lugares para enamorar a las muchachas.

Se rio.

—No negaré que es un buen recurso —admitió.

—Yo caería rendida —confesé—. Aunque seguro que no has tenido problema con las mujeres en todo este tiempo. Dicen que las inglesas son hermosas.

—¿Sí? ¿Eso dicen?

—No lo sé —respondí y me reí—. Supongo que lo serán.

—A mí no me lo parecen... —titubeó un segundo—. De hecho, para serte sincero, no he conocido a ninguna mujer que sea como tú.

Su mano, vacilante, se colocó encima de la mía, sobre aquella fría piedra.

Alcé la vista y me encontré con sus ojos.

—Pascal... —susurré.

—Elisa..., cometí un gravísimo error cuando me fui. No debí haberme marchado. Te empujé a los brazos de don Francisco sin pelear por ti... Me rendí antes de comenzar porque creía que serías más feliz con él, pero me equivoqué. Con cada carta que te mandaba, trataba de sentirte cerca, de remediar mi huida. En el fondo, sentí alivio cuando me informaron de que debía partir a Marruecos porque no me veía capaz de ver cómo te casabas con otro hombre. He conocido lugares exóticos y he podido cumplir algunos de mis sueños, pero sin ti, nada logra llenarme... Es como si estuviera vacío por dentro... —Su otra mano tomó mi mejilla y me acarició—. Dime si estoy loco o si tú sientes algo parecido porque yo ya no sé qué hacer —me pidió.

No sabía cómo reaccionar. Mi cara estaba encandilada por sus palabras, también el resto de mi cuerpo. Puse mi mano encima de la suya y me aproximé a él, dejando de vislumbrar la idílica estampa que moría en los confines de aquel crepúsculo dorado, para adentrarme en su mirada. Era lo que deseaba oír desde hacía mucho tiempo. El nudo en mi estómago y los latidos de mi corazón se acrecentaron cuando Pascal se acercó un poco más. Sus labios, a los que había anhelado en la cercanía y todavía más en la distancia, rozaron los míos. Como un imán, me atrajo aún más hacia él, perdiéndome en aquel beso con el que me sentí más viva que nunca. Puse mi mano en su cuello, dejándome llevar por todos aquellos sentimientos que había reprimido por miedo. Jamás me habían besado de aquel modo y yo tampoco había besado igual. Sus labios eran míos. Mis extremidades y mis entrañas solicitaban más de él, exigían que aquello no se terminara. Aquella atracción era poderosa y peligrosa a partes iguales. No obstante, el irracional torrente de sentimientos que había tomado el control de la situación me permitió un par de segundos de serenidad, en los que me aparté con delicadeza.

—Pascal..., estoy casada —le dije apoyando mi frente en su barbilla.

—Elisa, no voy a dejarte escapar otra vez.

Y mi mente, valiente, le pidió a gritos, sin que pudiera escucharme, que, en efecto, no me dejara escapar. Pero mi boca, cobarde, no fue capaz de expresarlo.

Durante los siguientes días, aparecieron emociones encontradas en mí. Por un lado, no podía dejar de pensar en aquel beso, en Pascal, en su mirada... Lo

extrañaba sin remedio. Sin embargo, sabía que no era correcto. No podía amarlo. Mientras comíamos o cenábamos en la salita, observaba a Francisco, ignorante de mis sentimientos. Él me había permitido alejarme de mi madrina, compartía conmigo su dinero para que me comprara bonitos trajes, había elevado mi nombre a otro nivel social. Jamás nos habíamos querido del modo en que lo hacíamos Pascal y yo, pero su amor, por muy trivial que fuera, era algo seguro, mi único aval para mantenerme a flote. No, no podía dejar que prosperase mi relación con Pascal. Pero ¿cómo? Al recordarlo, sonreía. Al pensar en él, todo cobraba un renovado sentido.

El viernes, como de costumbre, los señores Vázquez vinieron a cenar. Su detestable hijo, que aprovechaba la entrada de Anita en el comedor para mirarle el trasero, pasó toda la noche quejándose. Me sorprendía, además, el modo faltón con el que trataba a su madre y la veneración que sentía por su padre. Francisco estuvo esplendoroso. Estaba entusiasmado con el proyecto de los Estados Unidos. El doctor Vázquez atendió a todas sus explicaciones mientras doña Aurora y yo comentábamos lo idílico que debía de ser Nueva York en esa época del año.

—Yo tengo una muy buena amiga que es americana —le conté—. Estuvo viviendo en Madrid durante dos años. Es abogado. Una mujer brillante y encantadora.

—¿De veras? Qué sorpresa, doña Elisa. No creí que tuviera amistades tan internacionales. ¿Has oído, querido? La esposa de Francisco conoce a un abogado yanqui.

—Oh, sí... ¿Cómo se llamaba, querida? ¿Jefferson? —trató de recordar Francisco.

—Henderson. Agnes Henderson —le corregí.

—Eso. Sí, es una de esas mujeres modernas de hoy en día. Al parecer, en los Estados Unidos es mucho peor que aquí —opinó mi marido.

—La revolución de las hembras, don Francisco —apostilló el doctor Vázquez.

—Exacto. Menos mal que el Directorio tuvo a bien no permitir a las mujeres casadas votar en unas supuestas elecciones. Estoy convencido de que sería la ruina de los matrimonios —añadió Francisco.

—Exageraciones —valoró doña Aurora.

—¿Hay mujeres abogado? ¿Qué clase de maridos tienen? —espetó Tristán.

Francisco y el doctor Vázquez se rieron de la reacción del chiquillo. Yo bebí de mi copa, con resignación, y pedí a Anita que trajera el postre. Tras el cuestionamiento a la profesión de mi amiga, nos centramos en otra de las aficiones favoritas del matrimonio Vázquez: hablar de las excelentísimas calificaciones que obtenía su hijo en la escuela. El niño sería pedante, además de antipático, en el futuro. Después, pasamos al salón, donde interpreté, sin aguardar solicitudes, *Clair de Lune*. Era una forma de sentirlo a mi lado, en medio de aquella velada, en medio de la vida que debía llevar.

Cuando terminé, me percaté de que, en realidad, nadie me había atendido. Me repitieron la misma ristra de halagos de todos los viernes. Miré unos segundos el libreto de partituras y aferrándome a la escasa paciencia que me quedaba, esboqué una sonrisa y recordé un último detalle que tenía preparado para la noche. La insistencia de Benedetta con los caramelos de la bombonería La Violeta volvió a aparecer aquella semana, con motivo de una nueva velada con compañeros del alférez. En aquella ocasión, me aproveché de su indecisión y compré un paquetito para mis invitados. Estaban guardados en el mueble bar del salón. Alcancé la cajita y me acerqué a Tristán.

—Venga, prueba uno, te gustarán —le animé.

Poco convencido, accedió. Después me dirigí a los dos sillones grandes, donde estaban sentados los demás. Primero ofrecí al doctor Vázquez, quien cogió dos caramelos y, acto seguido, invité a Francisco y doña Aurora a que se sumaran. Un error de coordinación hizo que sus manos se decidieran a hacerse con un dulce a la vez, chocando sutilmente, casi acariciándose. Se sonrieron, pidiéndose disculpas. Francisco era un caballero, así que dejó que doña Aurora escogiera primero. Después, él alcanzó otra florecilla azucarada y se la metió en la boca, dejando escapar una última sonrisa hacia su invitada.

El calor empezó a recorrer mi cuerpo. Mis manos temblaron un instante, por lo que resolví dejar el paquete en la mesilla y sentarme en uno de los sillones vacíos, cerca de Tristán. Ya hacía muchos años que conocía a Francisco. Quizá nunca le había amado de verdad ni le había deseado, pero sí le había apreciado y querido. Hasta donde mi mente alcanzaba a recordar, nuestro matrimonio había tenido momentos de felicidad. Habíamos compartido vacaciones, lecho e infinidad de conversaciones. Y todo aquello

me había proporcionado la capacidad suficiente para conocer la expresión de su rostro. Sabía cómo reaccionaba ante situaciones que le generaban enfado, indignación o malestar; ante las que le divertían y le entretenían; pero, sobre todo, sabía cómo observaba a las cosas que le atraían y gustaban. Precisamente porque, hacía algún tiempo, era así como me miraba a mí, sin contar las noches en las que la lujuria tomaba el control de sus actos. Y, al parecer, ahora era doña Aurora la que disfrutaba de los agasajos proferidos por sus ojos.

Recordé mi charla con doña Eleonora: «Una mujer informada es una mujer poderosa». Ya conocía la información que anhelaba, sabía quién era la amante de mi marido. Tal y como me había anunciado doña Charito, no era una moza vulgar, sino una dama de buena familia. Miré al doctor Vázquez y sentí lástima. Yo podía gestionar aquello, pero él sí parecía amar incondicionalmente a su esposa. Mi matrimonio no era como yo había imaginado, pero si de aquella forma Francisco no me tocaba, aceptaría su idilio con doña Aurora Giménez. Pese a que debiera sonreír a aquella mujer y convidarla a cenar. Casi todos los hombres tenían una amante, ¿no? Pues prefería que la de Francisco estuviera cerca para poder controlar mejor la situación. Elisa Montero podía parecerles joven, inexperta y benevolente, pero estaba lejos de ser estúpida.

Días después, la vuelta de Pascal de su viaje a Barcelona para entrevistar a peces gordos del Directorio propició que don Ernesto celebrase una cena en su casa para darle la bienvenida oficial a la ciudad. Estaba emocionado con su regreso. Mi temor por que descubriera las sospechas de la Benemérita sobre Pedro Liébana regresó. También por volver a verlo después de lo que había sucedido en la azotea de su hotel. Estaba sentada en la cama, ya arreglada, observando mi horrible dibujo del gorrino. Francisco entró en la alcoba y se colocó la corbata frente al espejo. Guardé el papel en el segundo cajón de la mesa, me levanté y lo ayudé.

—Estás majestuosa —opinó.

—Gracias, querido —respondí sin creerle.

—La próxima semana iremos al teatro y te llevaré a cenar a un elegantísimo restaurante. Estaré en los Estados Unidos unos cuantos días y

quiero que nos despidamos debidamente —dijo tomando mi cintura.

Paré de anudarle la corbata.

—Entonces, querido, ¿no podré acompañaros?

—No, amor mío. Te aburrirías de estar esperando en el hotel y no puedo tener distracciones ni preocupaciones. Este viaje es de suma importancia para el banco.

—Pero yo podría ir a ver tiendas o pasear tranquilamente —insistí.

—He dicho que no, Elisa. No sé si me escuchas cuando hablo. Contigo nunca sé cuántas veces debo repetir mis decisiones para que las acates. Es un viaje de negocios, no de ocio. Para que desconectes de tu estresante vida en la ciudad ya te compré aquella casa en Santander. Márchate allí una temporada si consideras que necesitas relajarte, todavía más, de los bailes y las visitas al taller.

—Podría hacerlo. A fin de cuentas, tú nunca estás en casa. No notarías mi ausencia.

—¡Ya estamos con el mismo asunto de siempre! Todo esto que te rodea cuesta dinero. Y lo compro con mi esfuerzo, con mis horas fuera de nuestro hogar. Deberías mostrarte más agradecida con tu fuente de ingresos, querida.

—Francisco, tú y yo sabemos que no todas tus horas están condicionadas por tus negocios. No soy ninguna ingenua. Y deja de tratarme como si fuera una niña consentida, sé lo que significa trabajar y lo afortunada que debo sentirme por todo lo que me regalas.

Francisco arqueó las cejas. No sabía si había captado el sentido exacto de mi acusación, pero, de golpe, alejó la ira de él y se volvió a acercarme a mí. Me cogió de los brazos y me besó la frente.

—Perdóname, querida. No quiero pagar contigo mi mal humor, pero entiendo que no me agrada pasar tiempo aquí cuando sé que no puedo acercarme a ti. Está siendo muy duro no tenerte.

—Estoy segura de que sabes cómo aplacar esos impulsos que te gobiernan cuando cruzas el umbral de nuestra casa —contesté con frialdad.

Se alejó airado.

—Elisa, siéntete complacida por mi paciencia porque cuando regrese de los Estados Unidos, no pienso mantenerla más. Tienes hasta entonces para hacerte a la idea. Ya se ha acabado tanta tontería.

Enfadada, negué con la cabeza y contemplé cómo salía de la habitación mientras me ordenaba, con un grito, que lo siguiera para no llegar tarde a la

cena en casa de los Rodríguez de Aranda.

El paso de los años no había desmejorado la habilidad de los señores Rodríguez de Aranda para organizar los mejores festejos del ensanche de Salamanca. Su residencia de la calle Lista había albergado a distinguidos invitados en las últimas tres décadas. Algunos eran constantes, eran amigos. Otros iban variando, en función de las circunstancias, condicionados por los intereses del periódico y los giros en la política.

Cuando Francisco y yo llegamos, cogidos del brazo por cortesía de nuestro dinamitado matrimonio, alcancé a ver a Pascal charlando con el alférez Roca y el señor Villarroy. Todo en mí dio un vuelco. Tratando de mantener la compostura, miré hacia otro lado y me centré en saludar a las amistades escogidas por mi marido.

—Vamos a saludar al señor Pascal, querida —me indicó Francisco, entusiasmado.

Me costó comenzar a caminar, pero no había escapatoria. Seguí los pasos de mi esposo, quien, amigablemente, llamó la atención de Pascal. Al vernos, percibí su mirada de desaprobación, pero enseguida la modificó, uniéndose al disimulo.

—Don Francisco, doña Elisa, qué honor encontrarlos aquí —dijo.

—Señor Pascal, el placer es nuestro. Como ya le indiqué cuando nos vimos en Londres, es increíble la atención con la que usted cuida sus amistades. Se merece esta fiesta de bienvenida, sin duda alguna —aseguró Francisco.

Recordé aquella cita que yo misma había cerrado por carta debido a la insistencia de mi marido, obsesionado con ampliar sus contactos en la capital inglesa.

—Muchas gracias, don Francisco. Es muy amable. Me gusta mantener las buenas relaciones que voy cosechando allá por donde me lleva mi oficio —afirmó y me miró.

—Hace bien. Aunque deberá seleccionar. Apuesto a que tendrá una larga lista de muchachitas esperando recibir alguna misiva suya —bromeó Francisco.

—Sí, alguna que otra —respondió Pascal—. Pero no todos tenemos la dicha de usted. He de reconocer, doña Elisa, que brilla esta noche con luz propia.

—Gracias —contesté con un hilo de voz.

—Tiene usted toda la razón. No podría sentirme más venturoso.

Don Ernesto dio por finalizado aquel incómodo encuentro al invitarnos a tomar asiento en la mesa. No obstante, estar sentada al lado de mi marido y ver que Pascal ocupaba una de las sillas de enfrente hizo que me estremeciera. Los mozos rellenaron nuestras copas y sirvieron los apetitosos manjares que se habían preparado para la ocasión. Todo eran recetas francesas, en honor al homenajeado, protagonista indiscutible de las conversaciones que se fueron sucediendo durante la velada.

—Me comentó don Ernesto que ha estado en Barcelona durante unos días. ¿Qué le ha parecido? ¿Había estado antes? —se interesó don Giancarlo.

—No, no había tenido el gusto de ir —mintió—. Una ciudad maravillosa.

—Sí, una lástima que esté constantemente agitada por los nacionalistas y los anarquistas —valoró Francisco.

—Sí, eso he escuchado.

—El problema es que creían que con el Directorio se fomentaría el regionalismo, pero con la supresión de la mancomunidad catalana y la prohibición de utilizar el catalán en actos públicos han visto que don Miguel Primo de Rivera tenía otros planes —añadió don Ernesto.

—Tanto da. No se puede permitir que el señor Francesc Macià y los suyos sigan conspirando contra la patria —espetó el alférez Roca.

—Exacto, recuerden lo que ocurrió hace algo más de un año. Hubo un complot en Perpiñán, liderado por el señor Macià, en el que algunos exiliados intentaron regresar a España cruzando los Pirineos para provocar un levantamiento en el que se proclamase la república catalana. Una auténtica majadería —le explicó don Tomás, infravalorando la capacidad de Pascal para estar al día de la actualidad española.

—Sí, pero muchos aluden, precisamente, a la represión y el anticatalanismo del Directorio como principales causas del auge de los nacionalismos —comentó don Ernesto.

—Bah, los nacionalismos son un mal invento del siglo XIX, igual que el aceite de macasar. Pero, en ambos casos, hay que saber cuándo es momento de avanzar y dejarlos a un lado. Es preciso centrar nuestros esfuerzos en lo verdaderamente importante —intervino don Tomás.

—Ojalá todo fuera así de sencillo, don Tomás —apuntó mi madrina—. Como ve, señor Pascal, aquí poco o nada han cambiado las cosas.

—Discrepo, madrina. Considero que todo muta y evoluciona sin cesar. Aunque no logremos percibirlo a simple vista.

—Suerte entonces de que tu opinión no sirva para nada relevante —me atacó, cansada de que le llevara la contraria delante de todas sus amistades.

—A mí me interesa. Siempre he considerado que doña Elisa tiene un gran criterio —me defendió Pascal.

—Yo lo llamaría ímpetu desmedido, señor Pascal. Pero estoy de acuerdo con que, aun así, es enternecedor su entusiasmo —comentó Francisco.

El ruido de los cubiertos, como espadas afilándose, acompañó al coloquio. Todos quedaban maravillados con los relatos de Pascal y con los ilustres personajes a los que había conocido. Yo trataba de aparentar sorpresa ante sus anécdotas. De vez en cuando, sus ojos me miraban, haciéndome contener la respiración mientras le escuchaba. Francisco puso su mano encima de la mía, que reposaba sobre el immaculado mantel. Posiblemente, lo había hecho con anterioridad, en infinidad de cenas, pero, aquel día, no era suya en absoluto. Molesta con su fingida consideración hacia mí cuando nos encontrábamos en público, aparté mi mano, abandonando su protección. Sin más, regresé a las palabras de Pascal. No podía soportar tenerlo tan cerca. Cuando no lo veía, podía mentirme a mí misma y creerme que era feliz sin él.

Aturdida por el vino y por mi debate interno, me excusé para ir al tocador. Me senté en el taburete que había frente a él. En mi mente, cada vez sonaban, con más fuerza, aquellas notas que conformaban *Clair de Lune* al tiempo que *Para Elisa* se marchitaba hasta hacerse irreconocible en la oscuridad del olvido. Habían estado sonando a la vez durante demasiado tiempo. La segunda era más potente y, solo por eso, le había otorgado el poder de mis oídos. Sin embargo, yo siempre había adorado la delicadeza de la primera, que había ido calando en mis huesos. Me incorporé y salí de nuevo al pasillo para no alargar mi ausencia. Avancé por el corredor, escuchando a lo lejos cómo la charla proseguía, animadamente, entre risas. Pero antes de que pudiera llegar a la puerta del salón, alguien tiró de mi brazo y me metió en una de las estancias de la primera planta del palacete. Cerró la puerta de golpe.

—Pascal, qué susto me has dado —le dije.

La sala estaba vacía, solo nos acompañaban los muebles que la llenaban, a la espera de ser ocupados por las visitas. Comprobando que no teníamos testigos, se excusó.

—Perdona. Es la única forma que se me ha ocurrido para hablar contigo —se disculpó en voz baja.

—¿Qué sucede? Escucha, Pascal, yo...

—Chsss —me pidió—. Déjame hablar, Elisa. Quería decirte que siento mucho lo que ocurrió el otro día. No sé por qué lo hice. Me dejé llevar por mis sentimientos sin pararme a pensar en las repercusiones que podría tener para ti. Cuando vi a don Francisco en Londres y escuché cómo hablaba de ti y de vuestro matrimonio, me pareció que estaba casado con otra persona que no eras tú. No hablaba de la Elisa que yo conozco. Hice todo lo posible por volver para verte otra vez, para recuperarte. Pero veo que, quizá, fue un error de percepción mío. Estás casada felizmente, por lo que entiendo, y no quiero causarte problemas, de verdad. Comprendo que hayas decidido alejarte, pero no quiero perderte.

Temiendo que continuara hablando, lo besé, abandonando mi compostura y mi deber, dejando que solo mi corazón decidiera. Lo abracé como llevaba queriendo hacer desde que había entrado en aquella casa. Sus manos sostenían mi rostro y mi cintura, rindiéndose de nuevo a aquellos sentimientos que le habían empujado a sincerarse conmigo en la azotea.

—Yo tampoco sé vivir sin ti —le susurré al oído—. No quiero alejarte de mí, pero tengo miedo, Pascal. Nadie puede enterarse.

—No te preocupes, Elisa. Pensaremos en algo.

—Dios mío, cómo te he echado de menos...

Reconocer, en voz alta, lo que llevaba tiempo sintiendo fue un golpe de aire fresco en mi vida. Continuaba teniendo que hacer frente a mi papel de esposa modélica, o un intento de ello, pero, cuando podía, me las ingeniaba para citarme con Pascal. En su compañía, recorrí las calles de Madrid de un modo diferente, aprovechando cualquier resquicio de intimidad para mirarlo o besarlo, sin que nadie nos advirtiera. Si nos cruzábamos con algún conocido, recuperábamos la excusa de las clases de francés que tan bien nos había valido en su primera estancia en la capital. Al margen del resto de transeúntes, nuestras manos lograban rozarse sutilmente, originando que aquel volcán de emociones reanudase su erupción.

No obstante, aquellos fantásticos momentos se alternaban con la aplastante realidad. En ella, yo seguía siendo Elisa Montero, esposa de De las Heras y Rosales. Mis semanas continuaban pautadas por los compromisos con

nuestras amistades y mi lugar seguía estando al lado de Francisco.

Aquel tumulto de sensaciones era desconocido para todos excepto, cómo no, para mi adorada Catalina. Cuánto añoraba sus consejos. Sabía que en Latinoamérica, con el profesor Santoro, estaba consiguiendo progresar y que estaba siendo una experiencia sin precedentes en su vida. Su última carta había llegado desde el Brasil. Había enfermado un mes atrás y se encontraba aún algo convaleciente, aunque esperaba recuperarse pronto. Ansiosa por conocer más sobre su estado, agarré la pluma y me dispuse a escribir, arrancando otra de las hojas de aquel cuaderno con el que Francisco había degradado mis aspiraciones.

Por la tarde, me arreglé con detalle. Era mi último obsequio a Francisco antes de que partiera a los Estados Unidos. En el tiempo restante, me eché unas gotas de perfume en las muñecas y me terminé de cepillar el pelo. A las ocho, miré por la ventana y vi el Panhard negro aparcado frente al edificio. Ya había llegado.

Durante toda la velada, estuvo contándome los planes que él y su hermano tenían para su particular conquista de las Américas. Hablaba de don Luis con admiración. Si supiera lo que andaba proponiéndome cuando no estaba presente... Menudo mundo de infamia e hipocresía el de aquella avenida familia. Sus disertaciones sobre negociaciones y transacciones de dinero eran viejas conocidas en mi vida. De hecho, en nuestro supuestamente romántico viaje a Viena, había aprovechado para visitar a algunos potenciales socios y me había obligado a acudir a cenas en las que apenas había podido intervenir. ¿Había visto venir la vida que me esperaba a su lado? Sí, nadie me había engañado, solo yo a mí misma por creer que aquello cambiaría con los años.

—Hemos de darnos prisa, la función comienza a las diez y media —me informó Francisco mientras salíamos del restaurante.

—¿Qué vamos a ver, querido? —me interesé.

—Una zarzuela que se llama *El último romántico*. La estrenaron hace solo un par de semanas y tiene excelentes críticas, según me ha dicho Joaquín.

—Estupendo —contesté.

Un sábado más, el teatro Apolo se vestía de gala por los cuatro costados. Desde que me había casado con Francisco, había ido infinidad de veces allí. A mi marido le horrorizaba el cine, por lo que el teatro o el frontón eran nuestros entretenimientos más comunes. A mí, sin embargo, me hubiese encantado asistir a los estrenos de los largometrajes del momento, en los que,

poco a poco, se estaba colando el sonido, creando un nuevo paradigma en la historia del cine y en la industria hollywoodiense. Cada vez que acudíamos allí, me resultaba gracioso cómo los mismos feligreses que acudían en la mañana del domingo a la vecina iglesia de San José, a tan solo unos metros de la entrada del teatro, se dejaban embaucar en la noche del sábado por aquellos espectáculos. Algunos incluso antaño lo hacían por la cuarta de Apolo, algo que el padre Cristóbal les habría afeado al día siguiente por los contenidos, de dudosa moralidad, de aquellas representaciones. De hecho, en más de una ocasión, había visto al mismo caballero portando las mismas prendas, uno y otro día, e intercambiando idénticas frases con sus vecinos a la salida de sendos edificios. Después de cruzar el arco de la puerta en coche, abandonando así el barullo de la calle Alcalá, nos apeamos del vehículo en el amplio *hall* de carruajes. De pronto, Francisco paró de caminar y, con agrado y sorpresa, saludó a alguien a quien yo, todavía, no había advertido entre la multitud.

—Señor Pascal, pero ¡qué sorpresa verlo! —exclamó.

—Buenas noches, señores De las Heras y Rosales. El gusto es mutuo. Doña Elisa —dijo mirándome, añorándome con los ojos sin que nadie pudiera percatarse.

—Señor Pascal —contesté.

—Permítanme que les presente al señor Edgar Neville y al señor José López Rubio, dos buenos amigos de mi primera etapa en Madrid.

Los observé. Sí, los conocía del café Pombo, pero ellos no lo sabían. Los tres, peinados con maña y con aquella pinta de señoritos intelectuales, acentuada en el caso del señor Neville, eran tres muchachos jóvenes y sonrientes que llamaban la atención entre el desfile de parejas adormiladas que nos rodeaba.

—Encantado. He oído antes sus nombres, ¿no es así? —preguntó Francisco.

—En efecto, don Francisco. Son dos prometedores escritores y dramaturgos. Quizá haya leído sus nombres en los carteles de los teatros de la capital —le explicó Pascal.

—Sí, quizá de eso sea... —dijo mi marido pensativo.

—¿Van a ver *El último romántico*? —confirmó el señor Neville.

—Sí, a eso nos disponíamos. Me marchó mañana temprano a los Estados Unidos de viaje y queríamos despedirnos con una velada teatral. ¿Ustedes

también van a ver la zarzuela?

—Oh, perfecto. Sí. Pasemos entonces —indicó el amigo de Pascal.

Mi esposo, quien tenía tolerancia limitada a los coloquios con personas que no le interesaban en absoluto, se las ingenió para despedirse cuando hubimos de entrar a sentarnos en nuestras localidades. No obstante, la sorpresa llegó cuando, una vez nos hubimos acomodado, aquellos tres caballeros se sentaron a nuestro lado. Al parecer, el señor Edgar Neville, de excelente familia, tenía los boletos de las butacas restantes de nuestro palco. Francisco sonrió, simulando que aquella reunión le agradaba, pero, en el fondo, no podía estar más contrariado por no poder gozar de la soledad que tanto le gustaba en aquellas situaciones. Pascal terminó escogiendo, con muy mal tino, el asiento que estaba justo a mi lado.

Cuando las luces se apagaron para dar comienzo al primer acto, Francisco, movido por un entusiasmo que solo él comprendía, se acercó a mi oído al tiempo que acariciaba mi brazo:

—Es una lástima que no estemos solos, pero ya aprovecharemos nuestra intimidad cuando regresemos a casa.

Arqué las cejas. De soslayo, vi cómo Pascal se ponía algo tenso. Lo había escuchado. Respiré hondo y dejé que el silencio contestara a Francisco.

Aquella zarzuela se inició entre las sombras del público. Paradójicamente, su historia me resultó familiar. Una mujer casada que pretende fugarse con su primer amor, del que siempre ha estado enamorada, a París. Sobre las tablas del escenario, las fugas por amor eran aplaudidas, mientras que en la vida de la Corte eran señaladas y enjuiciadas con repulsión. De tanto en tanto, me olvidaba de lo que ocurría en escena para concentrarme en su presencia, a solo unos centímetros. Cuánto hubiese dado por poder coger su mano, como dos enamorados, mientras disfrutábamos de un entretenimiento sabático como aquel.

La rebeldía, que nunca me había abandonado, me empujó a obtener lo que ansiaba, valiéndome de una oscuridad amiga que ocultaba los más terribles pecados. Despacio, levanté la mano del reposabrazos de la butaca y la acerqué a la suya. Francisco continuaba embelesado con los cantos de los artistas y el nudo de la historia. Al principio, rocé con suavidad sus dedos con la yema de mi índice, tratando de no asustarlo, pero enseguida entendió el mensaje y me correspondió. Nuestras manos iniciaron un baile en el que se quisieron contar todas aquellas cosas que no podían salir a la luz. Se dijeron

mil verdades proscritas, se amaron a escondidas y se prometieron todo lo que jamás podríamos cumplir.

Cuando las luces procedieron a encenderse, con la ovación final de los espectadores, Pascal apretó mi mano con fuerza a modo de despedida y, como si nada, nos levantamos para aplaudir aquella obra a la que ninguno de los dos habíamos atendido. Para desgracia de mi marido, Pascal, el señor Neville y el señor López Rubio nos acompañaron a la salida. Tras un breve comentario crítico de la obra, en el que destacó la brillantez de los dos amigos de Pascal, Francisco me cogió de la cintura.

—Menos mal que esa clase de majaderías románticas son asunto de la ficción. Mataría a cualquiera que tratara de apartar de mi lado a mi esposa, por muy idílico que pareciera su romance —espetó.

—Hace bien, don Francisco. No debe dejar escapar a una beldad como ella —opinó el señor López Rubio.

—Totalmente de acuerdo —añadió el señor Neville.

—En fin, nosotros nos marchamos ya, ¿verdad, querida? —dijo, acercándose más a él y dándome un beso en la mejilla, con el que pretendía seducirme en aquella noche de despedida.

La mirada de Pascal se perdió en el horizonte, buscando algo que le relajara.

Al llegar a casa, el iluso de Francisco creyó que, con sus caricias y sus elogios, podría convencerme de algo. No, en absoluto. Si aceptaba que tuviera una amante era para evitarme aquella desagradable escena. Me desvestí con premura y me puse el camisón. Su acercamiento en la cama quedó frenado con mi frío «estoy cansada».

—Venga, querida, me marcho mañana a los Estados Unidos. ¿No me echarás de menos?

—Podré sobrevivir sin ti, como siempre hago.

—Venga, querida, no seas así.

Su mano en mi brazo me hizo apartarme de golpe, furiosa.

—Francisco, he dicho que no y como vuelvas a forzarme te juro que gritaré tan fuerte que hasta los vecinos se enterarán.

—Tú misma... Pero disfruta de estas semanas, querida, porque, después, ni tus gritos podrán evitarlo. Y no creo que nadie se vaya a poner de parte de una mujer que no cumple con sus obligaciones matrimoniales.

—No te atreverás —le reté.

—No me pongas a prueba, Elisa. Tengo mucha más experiencia en todo lo que te puedas imaginar que tú. Ahora déjame dormir. Tu inmadurez consigue agotarme.

A las ocho de la mañana, su gélido beso en mi frente me comunicó su partida. Me hice la dormida para no tener que decirle adiós. Sola, en nuestro lecho marital, reflexioné sobre sus advertencias y tomé una decisión. Me incorporé al rato y resolví ir a la salita para desayunar. Mientras me sentaba y Anita me servía la leche, le indiqué, con aquella indiferencia con la que acostumbraba a tratar a mi empleada:

—Anita, llame a un cerrajero. Quiero que se pongan pestillos en todas las habitaciones de la casa. Me da la sensación de que no hay suficiente intimidad.

—Pero, doña Elisa, ¿lo sabe el señor Francisco? ¿Está de acuerdo? —se extrañó con aquella vocecilla aguda.

—Anita, le pagamos por hacer, no por preguntar. Pero, para su tranquilidad, sí, el señor Francisco está de acuerdo con esto. Aunque, de todos modos, no sé si ha comprobado que se ha marchado ya, por lo que, le guste o no, en su ausencia soy yo la que tiene la última palabra. ¿Entendido?

—Sí, sí, doña Elisa. ¿También en los dormitorios?

—Especialmente en los dormitorios, Anita. En todas las puertas. Ahora, vaya a prepararme un baño, no quiero tener que esperar.

La muchacha salió como alma que lleva el diablo. Estaba segura de que compartiría su desconcierto con doña Charito en aquel rincón de chismes en el que se había convertido la cocina, pero no me importaba.

Por la tarde, con la comodidad que me aportaba la soledad y la ausencia de formalismos, me senté en el piano a revisar mi último artículo como Pedro Liébana. Era un comentario acerca de la enseñanza en España, materia que había empezado a llamar mi atención a partir de mis conversaciones con Catalina y las contadas ocasiones en las que asistí, sin que Francisco se enterara, a las reuniones de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas. De hecho, en aquellos días, don Luis Araquistáin había propuesto, en un artículo en *El Sol*, realizar un homenaje a don Luis Bello. Y es que, aquel hombre había emprendido, desde hacía un tiempo, un proyecto que pasaba por visitar

las escuelas españolas y abordar el tema de la educación, pues lo consideraba la herramienta necesaria para engrandecer España.

La luz del día se fue marchitando en el salón. Había empezado a llover. Cuando hube terminado, guardé el texto a buen recaudo y solicité a Anita que me mostrara cómo habían quedado los cerrojos. Me informó de que debíamos pagar un poco más de dinero por la urgencia. Merecía la pena. Tras la revisión, me sirvieron la cena en la salita y, después, me retiré para ponerme el camisón y aquel batín kimono con el que me gustaba pasearme por la casa. Como premio, me concedí fumarme un pitillo, con tranquilidad, en mi alcoba. «Qué delicia no tener que dar explicaciones ni tener que discutir», medité mientras oteaba la vía desde la ventana del dormitorio.

Una cortina de agua se había hecho con el control de Madrid. De vez en cuando, los faros de un automóvil o las espuelas de un coche de caballos la atravesaban sin piedad. Era un barrio tranquilo, similar al ensanche de Salamanca. En los últimos tiempos, los comercios y los inmuebles se habían multiplicado dando forma al entramado de aquella zona de la ciudad. Me encantaban los días lluviosos. Ese olor a tierra mojada. El sonido de las gotas impactando contra los adoquines. Terminé el cigarrillo, extasiada por aquella húmeda noche.

Antes de apagarlo, identifiqué una figura en la calle. Corría sin paraguas hacia el edificio. Me fijé mejor. Sí, era Pascal. Totalmente confundida, me deshice del pitillo, cerré el batín y salí de la alcoba. Anita deambulaba por la casa. Sin ningún atisbo de paciencia, le espeté:

—Anita, métase en su cuarto y no salga de ahí.

—Pero doña Elisa...

—Anita, haga lo que le digo si no quiere que informe al señor Francisco de que sisa del dinero que le doy para los recados de la casa —la amenacé.

—No, no, no haga eso, señora, por favor. Ya me voy a la cama.

Una vez quité de en medio a los ojos cotillas de mi empleada, abrí la puerta de la entrada y le pedí al sereno, don Pepón, que abriera a Pascal. El ruido de la tormenta se coló en la escalera. Sus pasos avanzando rompían el silencio de aquel elegante bloque de pisos. Esperé, sosteniendo la puerta, a verlo aparecer en el rellano. Estaba empapado.

—Pascal, ¿qué haces aquí? ¿Te has vuelto loco? —le susurré.

—Puede que sí —me respondió.

—Te lo dije, Pascal, nadie puede enterarse. Francisco te mataría.

—Elisa, puedo fingir delante de los demás, guardar las apariencias, esperar..., pero no me pidas que me mantenga lejos de ti, contemplando cómo él te toca, porque ya no puedo soportarlo más.

—No pretendo que lo hagas...

Lo miré de nuevo y me acerqué a sus brazos, que, enseguida, me tomaron con irrefrenable pasión. Cerró la puerta de golpe, dedicado a mis labios, a besarme de aquella manera en que solo él lo hacía. Mi mente no funcionaba, no se movía por el raciocinio que siempre intentaba mantener. Con él, todo se nublaba a favor de mis impulsos más simples, más primitivos. El deseo que ambos sentíamos por el otro se apoderó de nosotros. Sin tiempo para pensar en lo que estaba sucediendo, Pascal me apoyó en aquella cómoda que me había visto salir y entrar de la casa de Francisco durante tres años. Sus manos recorrieron mis piernas y se colaron por debajo del batín, haciendo que perdiera la cordura y me entregara a él, como había ansiado, en secreto, en tantos otros momentos.

Los débiles rayos de sol, de aquella calma tras el aguacero, iluminaban parcialmente su rostro. Veía cómo dormía. ¿Cómo era posible querer a alguien de aquel modo tan poderoso, tan profundo, tan peligroso? Él había tratado mi cuerpo con delicada lujuria, diciéndome, con cada caricia, lo mucho que me deseaba y todo lo que me amaba. Nunca antes me había sentido así. Rocé su cara con la yema de mi dedo, igual que había hecho el día en que lo conocí, postrado en aquel catre en el sótano de la casona. De nuevo, mis caricias le sacaron de su sueño. Al verme, sonrió. Cerró los ojos, pidiendo que no cesara, que continuara dibujando sus facciones con mi índice. Pero, entonces, una conversación pendiente llamó a mi puerta. No podía dejarle al margen de lo que había ocurrido con Pedro Liébana. Era su padre, al fin y al cabo. Se lo debía.

—Pascal, debo contarte algo —le dije en voz baja.

Abrió aquellos ojos que me dejaban sin aliento.

—¿Qué ocurre? —preguntó despreocupado.

Me incorporé, tapándome con la sábana, para intentar determinar el modo en que debía comenzar a relatarle la historia.

—Verás..., llevo tiempo queriendo decírtelo, pero no me parecía un asunto para escribir en una carta.

—¿Qué ha pasado? —se interesó algo más tenso, incorporándose también y poniendo su mano en mi hombro.

—Es por Pedro Liébana. He tenido que hacerle desaparecer, físicamente. Terminaron por vincular el nombre con el de tu padre —comencé—. Al tiempo de marcharte, noté que volvían a seguirme. Ya lo había sentido antes, pero creí que eras tú, que me vigilabas porque tú eras Pedro Liébana. Sin embargo, me equivoqué, alguien más seguía mis pasos. Una noche, dos guardias civiles me persiguieron cuando salía de tomar unos tragos con don Ernesto y los demás en el Maxim's. Pude despistarlos, aunque pagando un alto precio.

—¿Qué pasó? Elisa deberías habérmelo contado todo.

—Por aquel tiempo yo esperaba una criatura y, bueno, la perdí aquella noche. —Mis ojos se humedecieron.

—Elisa... —dijo devastado, abrazándose—. La culpa es mía. No debí dejar que siguieras usando ese nombre. Yo sabía lo peligroso que era.

—No, no, Pascal. Tú me hablaste de los riesgos de utilizar ese nombre y yo me convencí de que no existían. Por ese mismo motivo, sigo escribiendo bajo su pseudónimo. Me cuesta mucho renunciar a Pedro Liébana... y lo mantengo a costa de todo. Es lo poco que me queda, mi única alternativa para escribir en un periódico. Aunque a don Ernesto cada vez le cueste más contar con mi firma.

—No debes ponerte en peligro, Elisa, no me lo perdonaría —me pidió besándome—. Y tampoco que llegaran hasta mi familia.

—Lo sé —asentí, afectada—. Los guardias vinieron aquí para interrogarnos. También visitaron a Catalina en la Residencia de Señoritas y a don Ernesto en el periódico. Al parecer, tienen vigilado *El Demócrata* y no descarto que también te pregunten a ti cuando se enteren de que has regresado a la ciudad. Debes ser cauto para que no puedan relacionarte con todo este asunto y descubrir tu identidad. Tu padre es uno de los anarquistas más buscados, forma parte de un grupo que apoya la insurrección armada y está involucrado en varios atentados, entre ellos, el de un guardia civil. Hay demasiados intereses y orgullos implicados. Tendrías que haber visto a ese sargento... Yáñez lo llaman. Está obsesionado con este asunto.

Hubo un silencio.

—Maldito malnacido... No dejaré de complicarnos la vida ni cuando ya no forma parte de ella —masculló furioso en referencia a su padre—. Ojalá supiera dónde está, solo para decirle lo mucho que lo odio.

—Pascal, no te atormentes. Nadie sabe dónde se encuentra. Hubo rumores

de que se encontraba en Madrid justo la semana en la que ocurrió todo. Por eso querían interrogar a Pedro Liébana, creían que le estaba ocultando aquí o que sabía de su paradero —le conté y le cogí de la mano, que apretaba con fuerza, con rabia—. Estoy segura de que tu padre no es consciente de que sus actos te pueden perjudicar todavía. Él creerá que habéis muerto.

Pascal miraba hacia la nada. Estaba enfurecido, frustrado. Calló durante unos minutos, asimilando lo que acababa de decirle.

—¿Sabes? Lo más curioso de todo es que no recuerdo a mi padre como una mala persona. No creo que lo fuera. Lo veo como alguien que pensó que sus ideales estaban por encima de cualquier otro aspecto en su vida. Vivir por ellos, luchar por ellos, morir por ellos...

—Son tiempos difíciles. La ideología eleva la capacidad de los hombres para hacer grandes acciones, tanto positivas como negativas. Es una suerte de deidad abstracta y mundana, un orden de las cosas en medio del caos, al que dotamos de suma importancia, por el que nos dejamos llevar, creyendo que así seremos más felices y el mundo, más justo. El problema es que algunos creen que el fin justifica los medios... —opiné.

—Una fina y bonita dama que sabe de política y filosofía. ¿De dónde has salido, Elisa Montero? —dijo sonriendo, en medio de aquella pugna ética que le había secuestrado momentos atrás.

—De la misma cloaca que tú —bromeé y lo besé.

Sus brazos volvieron a rodearme entre las sábanas. Él me hacía sentir la mujer más hermosa de todas. En medio de aquel puñado de besos entrelazados, cargados de deseos proscritos, alguien llamó a la puerta. Mis ojos se cercioraron de que el pestillo estaba echado.

—Doña Elisa, ¿se encuentra bien?

Era Anita.

—Chsss —le pedí a Pascal—. Anita, me han dado las terribles migrañas. Por favor, no me moleste —le indiqué.

—Oh... Pero ¿necesita algo, señora? ¿Quiere que telefonee al doctor Rueda?

—No, no, Anita. Solo preciso reposo y silencio. Si quiero algo, se lo haré saber. De hecho, pueden tomarse la tarde libre.

—Está bien, señora.

Pascal me observaba divertido.

—Estás hecha toda una señora de su casa —bromeó.

—Alguien tiene que poner orden. Francisco no está nunca y esa muchacha me saca de quicio. Todos me tratan como si fuera una huésped, como si no tuviera poder entre estas cuatro paredes.

—No sabes lo que detesto pensar que he dejado que compartas tu vida con don Francisco. El otro día, en el teatro, casi pierdo el juicio al ver cómo te rozaba con esa soberbia que le caracteriza —me reveló, acariciando mi brazo —. No imagino cómo debe de tratarte cuando estáis solos...

—Pascal, no has de preocuparte por eso. Sé muy bien cómo controlar a mi marido.

—Eso espero.

Retomé aquel beso que le estaba dando cuando Anita nos había interrumpido. Por la tarde, Pascal debió marcharse pues había acordado visitar a don Ernesto en *El Demócrata*.

Aquellas semanas en las que mi marido estuvo de viaje, pudimos citarnos con una libertad caduca y reconfortante. Debía cuidar mis excusas y no asumir riesgos innecesarios, pero, siempre que podíamos, nos reuníamos, movidos por aquella pasión que había descontrolado nuestras vidas. Lo único que enturbió mi felicidad fue aquella conversación con Benedetta. A punto estaba de dar a luz a su segundo retoño, pero la crítica mirada con la que analizaba todo no la había abandonado. Tomábamos el té en la salita de su residencia. Entre conversaciones superficiales, optó por indagar acerca de mi relación con Pascal.

—Qué sorpresa que haya regresado a la ciudad.

—Sí, una gran sorpresa —disimulé.

—Espero que estés sabiendo guardar las distancias. Continúo pensando lo mismo que hace unos años. Ese hombre no te conviene y menos ahora que estás casada con don Francisco.

—Benedetta, como te dije en aquella ocasión, no hay nada entre el señor Pascal y yo. Así que puedes dormir tranquila.

—Lo haré, no te preocupes. Aunque doña Carmen Bernardo os vio el otro día paseando juntos. No hace falta que te recuerde lo impropio que es hacer eso sin el consentimiento de tu esposo. La gente terminará murmurando, Elisa.

—Benedetta, el señor Pascal me ayuda con el francés. Por eso me reúno con él de vez en cuando. No me importa lo que comenten los demás.

—Elisa, querida, ¿sabes qué habilidad se nos otorga a las mujeres cuando somos madres? —Hizo una pausa dramática—. La de detectar mentiras. Puedes repetir las veces que quieras esa patraña, pero no me convencerás. Y te repito que debes alejarte de él. No dudaré en decírselo a quien proceda si creo que así puedes evitar cometer el error de tu vida.

—¿A qué te refieres?

—Informaré a doña Manuela. Estoy convencida de que ella estará de acuerdo conmigo en que tu relación con ese periodista no es adecuada. ¿Acaso has olvidado que te amenazó?

—Agradezco tu preocupación, Benedetta, pero, como bien dices, es mi vida y estoy lejos de ser tu hija. Si me disculpas, he de irme. El estómago se me revuelve cuando una buena amiga me desprecia y criminaliza.

Cuando éramos pequeñas, Benedetta era mi cómplice. Jamás hubiera revelado ninguno de mis secretos. Continuaba manteniendo en la sombra la verdad sobre Pedro Liébana, pero mi contacto con Pascal era su límite. Comprendía que tratase de advertirme, pero no podía evitar encontrarme con él. Ella no entendía el modo en que lo amaba, pues solo había querido al hombre que su padre había escogido para ella, resignándose así a los propósitos del gran Giancarlo de Lucca.

Como todo lo bueno, aquellas semanas enseguida pasaron. El día de vuelta de Francisco estaba marcado en mi calendario mental. Él pensaba que supondría un antes y un después en nuestro matrimonio. Y así sería. Pero por motivos distintos a los que él esperaba. Durante aquel día, ordené a Anita, que me obedecía estupefacta, que sacara todas mis pertenencias del dormitorio que compartía con Francisco y las llevara a la habitación de invitados. Mi marido llegaría después de la hora de la cena, así que tenía tiempo suficiente de prepararme para dormir y cerrar aquel fabuloso cerrojo que decoraba todas las puertas. Con la serenidad que proporciona tener el control de la situación, cogí el libro que estaba leyendo y me dispuse a relajarme. Al término de la quinta página, la puerta de entrada se cerró. Anita saludó temerosa a Francisco, que, ignorante, se dirigió a nuestra alcoba, esperando hallarme allí,

adiestrada como quería, ansiando su vuelta. No encontrarme le importunó. Con un grito histérico, exigió a nuestra empleada una sólida explicación:

—La señora ha dejado dicho que, a partir de ahora, ocupará la habitación de invitados. Le pide perdón por las molestias y le da las buenas noches.

Perfecto. Anita había repetido mi recado, palabra a palabra. Quizá, después de todo, no era tan impostora como creía. Como esperaba, a Francisco no le valió con ese mensaje y se dirigió, airado, hacia el dormitorio de las visitas. Intentó abrir la puerta, pero, entonces, se topó con aquel nuevo integrante en nuestra casa.

—¿Qué demonios es esto? ¡Elisa! ¡Elisa! —chilló aporreando la puerta—. ¡Te juro que no te voy a consentir más estupideces! ¡Abre la puerta ahora mismo si no quieres que la tire abajo!

Cerré el libro, lentamente.

—Deja de gritar, Francisco. Pareces un energúmeno —le pedí.

—Elisa... —probó, con un tono más calmado—. Querida, déjame pasar ahora mismo y dime qué diantres está pasando para que te comportes así.

—No, Francisco. Tus amenazas no me dan miedo. Hasta que no me respetes, no volveremos a compartir lecho. Los cerrojos me darán la intimidad que necesito para seguir viviendo aquí.

—Elisa, no necesitas cerrojos para vivir aquí. Esta es tu casa, por Dios. Sal de ahí y regresa a nuestra alcoba. Somos marido y mujer y debemos dormir juntos.

—No —contesté.

Escuché cómo sus zapatos se alejaban. A los pocos segundos, volvieron, tras rebuscar en el ropero, donde había dejado algunos de mis vestidos por falta de espacio en mi nueva habitación.

—Tengo entre mis manos ese traje verde que tanto te gusta. El de seda. Si no me abres, lo rasgaré. Y es un aviso, porque si no compartes cama conmigo, yo no compartiré mi dinero contigo para vestiditos y complementos absurdos.

—Haz lo que quieras.

—Muy bien.

La tela rompiéndose por su ira ni siquiera me escandalizó. Qué poco me conocía Francisco. Si hubiera sabido que lo que más ansiaba en el mundo ya me lo había arrebatado hacía mucho tiempo.

A la mañana siguiente, Anita intentó simular que no había escuchado nada.

Francisco no le había dejado ninguna nota ni ningún recado. Ambas ignoramos aquel asunto y procedimos, con normalidad, como cualquier otro día. Por la noche, mi orgulloso esposo faltó a la cena. Debieron pasar unos días para que volviese a hablarme. Estaba segura de que lo acataría. Francisco era un buen hombre. Sabía que habíamos acordado, frente a Dios, compartir nuestros días y estos podían ser halagüeños o terribles, en función de cómo nos comportásemos con el otro. Él, hombre sabio, escogió el camino de la paciencia y de la mano izquierda, confiando en que nuestra separación en la casa fuera algo transitorio. Y así volvimos a ese orden que pasaba por fingir que nos amábamos y nos respetábamos cuando, en realidad, ambos vivíamos vidas distintas cuando nadie nos veía.

En medio de mis disputas matrimoniales y de mi correspondencia con mi querida Catalina Folch, Pascal seguía siendo el lucero que marcaba mis días. Con el regreso de Francisco, debimos volver a citarnos en la calle, simulando que éramos un profesor de francés y su torpe alumna burguesa. Aquella tarde de finales de abril de 1928, propuse a Pascal dar un paseo por la cuesta de Moyano, donde, unos años antes, se había instalado una feria permanente de libros. Adoraba aquel rincón situado entre la calle de Alfonso XII y el paseo del Prado, cerca de la estación de Mediodía. Las casetas, encadenadas en línea, contenían tomos de autores avezados, pero también de los más jóvenes. Quedaban expuestos, custodiados por los libreros, en aquella cuesta, alumbrados por un sol que no daba tregua. Los vendedores solicitaban la atención de los paseantes, atrayéndolos, con precios y oportunismo, hacia aquellas obras desgastadas. Uno de mis entretenimientos era dejarme embelesar por ellos y manosear, cuanto pudiera, aquellos ejemplares en venta para encontrar las dedicatorias que los hacían insustituibles. Así se lo expliqué a Pascal, quien enseguida se unió a mi divertimento.

—«Para mi querido Nicolás, para que no me olvides allá en Marruecos. Tuya siempre, María José» —leyó.

—Pobre..., quizá jamás regresó —supuse mientras cogía otro libro.

—O puede que sí y que ya no necesite este ejemplar para recordar a su esposa.

—Ojalá así sea —afirmé y sonreí—. Veamos, aquí pone: «Te regalo este

libro de don Vicente Blasco Ibáñez para que aprendas lo que es escribir». Madre mía, qué duro.

—Es lo que se conoce como una bonita manera de criticar la prosa de uno.

—Se rio Pascal.

—Tendré que regalarte un libro, entonces —bromeé.

—Muy graciosa.

—Mira, esta es bonita. «Para mi amada Cecilia, la mujer que me ha hecho comprender que la literatura es vida y que mi vida, sin ella, no es nada».

Pascal hizo una mueca. Iba a preguntarle qué sucedía, pero, entonces, vi a lo lejos a don Tomás y doña María Elena. Pretendiendo evitar que nos vieran, tapé mi rostro con el libro y me escondí tras él.

—¿Qué ocurre? —me susurró, disimulando.

—Los señores Salamanca-Trillo, a tu derecha. Avísame cuando se hayan marchado —le respondí.

Por suerte, los amigos de mi madrina no se detuvieron, en demasía, en aquel arsenal de historias empapeladas y encuadernadas. Continuaron bajando por la cuesta. Retiré, poco a poco, el libro para cerciorarme de que desaparecían cuando Pascal me informó de su trayectoria.

—Pareja, ¿van a comprar algo de una santa vez? —nos preguntó, irritado, el librero.

—Sí, la señora se lleva el que tiene —afirmó Pascal, sacando una peseta de su bolsillo.

—Gracias, Pascal, pero no era necesario. Ni siquiera sé de qué trata la novela —le indiqué.

—Ya lo descubrirás, pero valía la pena tenerlo. Su primera página ya es literatura en sí misma —señaló.

—Tienes razón —dije, sonriente, y continuamos caminando—. Por tu expresión, diría que algo te ha evocado la dedicatoria.

—Eres muy observadora —contestó—. Mi madre se llama, bueno, se llamaba Cecilia. Cecilia Ribelles. Antes de ser Marguerite Pascal, ya sabes. Mis padres también tuvieron una historia de amor algo complicada...

—¡Cuéntamela! Me encantan las historias —solicité al tiempo que recorríamos el paseo del Prado hacia el centro, abandonando las casetas de Moyano.

—Verás, mi madre era la hija menor del propietario de una de las mejores fábricas textiles de los alrededores de Barcelona. Formaban una familia feliz

y unida, pero mi madre se enamoró de mi padre, uno de los trabajadores de la fábrica de mi abuelo. Dice mi madre que le encandiló su capacidad para soñar, para ver el mundo más grande de lo que era, para expresar sus posibilidades al máximo. De hecho, asegura que Silvie se parece mucho a él, en ese sentido. Mi abuelo no aprobó esa relación y, menos aún, cuando mi madre le dijo que estaba embarazada. Montó en cólera y decidió despedir a mi padre y desheredar a mi madre. Aquello era una deshonra para una familia como la suya, de fama intachable. Mis padres decidieron instalarse en Barcelona, donde mi padre encontró trabajo, y entonces nació yo. Al poco tiempo, nacieron mis hermanas, pero, para entonces, mi padre ya había empezado a relacionarse con grupos sindicales y con el ala más radical de la CNT.

—Qué trágico —opiné.

—Bueno, yo no lo veo así. Es decir, sí me parece triste el modo en que acabó todo, pero, por entonces, ellos consiguieron estar juntos. El problema fue que mi madre estaba, y está, absolutamente enamorada de mi padre, mientras que él se enamoró de una causa.

—Lo que más le gustó de él fue lo que los terminó separando... —señalé—. ¿Nos sucederá eso a nosotros, Pascal?

—¿Quién sabe? Intentaremos que no sea así.

Aquella incertidumbre me ponía el vello de punta. Cada día lo quería más y eso me hacía más y más vulnerable. Nuestro paseo nos llevó, entonces, a un lugar que, enseguida, nos trajo recuerdos. Pascal, que continuaba descubriendo los cambios de la dinámica capital, paró de caminar y observó extrañado.

—¿Ya no está el Frontón Central?

—No, ahora es un cine. El entretenimiento de las masas en este siglo —le expliqué.

—Cine Madrid —leyó el rótulo que adornaba la entrada de la calle de Tetuán.

—Lo reformaron al poco de marcharte. Ahora hay dos salas en las que proyectan largometrajes. Aunque nunca he entrado. Francisco detesta el cine.

—Echemos un vistazo, entonces —dijo y comenzó a caminar.

Sin poder disuadirle, Pascal entró en el transformado edificio. No tardamos en darnos cuenta de lo mucho que había cambiado. Los colores eran distintos, los olores eran otros. Un cartel anunciaba las películas que se exhibían

aquella semana: *El deber* y *Kiki*. Acababa de terminar el pase de la tarde, así que no había casi nadie en el interior. De lejos, se oía una acalorada conversación entre dos socios que debatían sobre la falta de compromiso de uno de sus proveedores. Pascal no se detuvo y se coló en una de las dos salas.

—Pascal, vuelve aquí —le exigí en voz baja.

Desoyó mi advertencia y decidió examinar la moderna distribución del cinema. Sin pretender esconderse, contempló toda la sala con las manos en la espalda. Me acerqué sigilosa. La quietud presente se alternaba con los recuerdos de aquel día de febrero en el que había acudido a aquel mismo recinto. Estaba entusiasmada por ver a los trapezistas, al domador de leones, a los acróbatas del Circo Americano. No sabía, por entonces, que aquel día conocería a una de las personas que más me marcarían en los siguientes años.

—Aquí nos conocimos —apunté—. Como Elisa Montero y Olivier Pascal, claro.

—Tienes razón. —Se rio súbitamente—. Aún me acuerdo de lo que pensé de ti, la primera vez que te vi.

—¿Y qué pensaste?

—Me pregunté quién demonios eras y qué clase de embrujo había caído sobre ti para que fueras la prometida de alguien como don Francisco de las Heras y Rosales.

—Normalmente lo piensan a la inversa —le confesé.

Pascal me cogió la mano.

—Me pregunté qué diantres habría hecho para tenerte y cómo podría hacer para que, algún día, fueras de mi brazo y no del suyo. —Se acercó—. Y aún hoy me lo sigo preguntando...

Un estruendo hizo que nos sobresaltáramos. Con agilidad, nos escondimos en una de las cortinas que rodeaban el patio de butacas. Entre aquellas bambalinas que desprendían un peculiar aroma a naftalina, volví a cogerle del cuello, a respirarlo sin miedo, a desearlo a escondidas. Sus manos acariciaron mi cuerpo por debajo del abrigo, pidiendo a gritos que aquello no se terminara.

—Te echo de menos, Pascal. No soporto no verte más que en la calle, sin poder besarte —admití.

—Elisa, no sabes lo que daría por poder tenerte siempre —respondió, acariciando mi cuello.

—Debemos hallar una solución, un modo de vernos sin que nos descubran.

—No se me ocurre cómo. Si te ven entrar en mi hotel, sola o en mi compañía, tu dignidad se verá afectada. Si me acerco a tu casa, tus empleados o tu marido sospecharán. Nunca pensé que enamorarse de una mujer casada sería tan poco conveniente.

Hice una mueca. Sin embargo, su sinceridad me hizo reflexionar.

—Creo que tengo la solución. No está exenta de peligros, pero es nuestra última opción.

Sí, era una buena idea. Y daba gracias a Dios por que mi habilidad para tramar planes no se hubiera oxidado del desuso, pues no nos quedaban muchas alternativas.

Aquella tarde, Francisco estaría hasta la hora de la cena en el banco. Había encargado a Anita y doña Charito limpiar toda la cubertería de plata. Estarían entretenidas un largo rato. En el altillo de mi armario estaba el saco. Lo bajé, con cuidado, y lo dejé en la cama. Hacía mucho tiempo que no utilizaba aquellas ropas. Desde aquella horrible noche en que me persiguieron. El pantalón marrón había quedado inservible y tuve que deshacerme de él en cuanto estuve recuperada, pero, por suerte, Pedro Liébana contaba con más conjuntos en su fondo de armario. Estaba nerviosa, tenía miedo, pero era la única solución que se me ocurría para moverme, con libertad, y ver a Pascal. Como antaño, cuando nadie nos cuestionaba, cuando éramos dos periodistas en las calles de un Madrid que no nos hacía preguntas. La nostalgia había invadido todas las prendas y a medida que me fui vistiendo, esta impregnó mi piel. Pascal tenía razón. Enamorarse de una mujer casada era del todo inconveniente, pero si me convertía en un hombre soltero, en un periodista reputado, nadie podría detenerme en mis pretensiones.

Así, coloqué cada uno de los detalles que ocultaban mi identidad y di, una vez más, la bienvenida a Pedro Liébana. Rauda como un indomable corcel, crucé el corredor hasta la puerta y me despedí de mis empleadas con un grito desde el rellano. Bajé las escaleras y tras salir del elegante portal, me uní al tránsito de la calle de Eloy Gonzalo. Había olvidado lo que se sentía al recorrer las vías, en soledad, sin dar explicaciones. Disfruté de aquel primaveral paseo que solo se tornaba incómodo cuando divisaba, a lo lejos, algún tricornio.

Al llegar a la plaza del Callao, donde también habían inaugurado unos cines recientemente, oteé la fachada de mármol blanco del hotel Florida. Sus diez plantas estaban repletas de ventanas. En lo más alto, por encima de la azotea donde Pascal me había besado por vez primera, un rótulo anunciaba a los paseantes el nombre y uso del inmueble, con letras claras y sencillas. Respiré hondo. Subí aquellas escaleras que conducían al vestíbulo, donde el recepcionista aguardaba con una indestructible sonrisa a los huéspedes. Me acerqué con disimulo y, recuperando la grave voz que completaba mi transformismo, le dije:

—Vengo a ver al señor Olivier Pascal.

El mozo arqueó las cejas.

—Está bien, dígame su nombre. Telefonaré a su habitación para saber si está disponible.

Me acerqué al mostrador.

—Soy Pedro Liébana, pero, escuche, estamos trabajando en un asunto confidencial, así que es imperativo que no diga a nadie que he estado aquí.

El recepcionista asintió confundido, mientras sostenía el auricular intentando comunicar con Pascal. Por fin, dio con él y, evidentemente, accedió a que subiera.

—Muy bien, señor Liébana. Puede usted pasar. Es en la cuarta planta.

—Muchísimas gracias. Y recuerde, discreción.

—Sí, sí, señor, por supuesto.

Orgullosa con mi capacidad para el engaño y la manipulación, indiqué al botones el piso. Pascal había abierto la puerta, a la espera de comprobar con sus propios ojos si, en efecto, era Pedro Liébana quién le visitaba. Al verme aparecer, me instó a que entrara con rapidez. Así lo hice.

—Elisa, ¿estás loca? ¿Cómo haces esto? Es muy peligroso —me dijo, nervioso.

Sin prestar atención a sus recomendaciones, comencé a quitarme el bigote, las cejas falsas, el bombín y la peluca. Pascal me miraba, absorto.

—Madre mía, nunca había visto el cambio tan de cerca...

Dejé todos aquellos complementos masculinos en la cama y permití que se aproximara a mí. Me apartó el cabello de la cara.

—Elisa, ¿por qué lo has hecho? Si descubren que Pedro Liébana ha vuelto a la ciudad, podríamos tener problemas.

—Lo sé. Pero, por ilógico que parezca, el crimen por ser un periodista a la

fuga es menor que el de ser una mujer adúltera. Si supieran que nos vemos a escondidas, sería el fin de mi reputación. —Bajé la mirada—. Y ¿me seguirías queriendo sin bonitos trajes y sin dignidad?

Pascal tomó mi rostro entre sus manos, buscando mis ojos.

—Escúchame, yo te querría aunque vistieras con harapos y el mundo entero te rechazara.

Aquel beso desencadenó, una vez más, la pasión que no lográbamos contener cuando estábamos a solas, a salvo, entre cuatro paredes que no nos juzgaban. Las sábanas acariciaban nuestros cuerpos, que se amaban sin miedo, sin excusas ni maquillajes, sin mentiras, sin antifaces. La habitación era cómoda y elegante. La mullida cama estaba situada en la pared derecha. A sus lados, dos mesillas con un fino jarrón de flores y sobre el cabecero, una lámpara de pared que seguro que alumbraba la lectura de Pascal al caer el sol. Frente a la ventana, había un escritorio y dos silloncitos, desde los que se podía contemplar la coqueta terraza que se asomaba hacia la plaza del Callao, absorbiendo la vitalidad de los viandantes. La luz traspasaba los visillos y nos acompañaba en aquella conversación que se creaba, mientras, tumbados en la cama, habitábamos aquel universo que era solo nuestro. Pascal solía contarme anécdotas de su vida de corresponsal. Me encantaba escuchar sus historias e imaginarme a su lado, cazando verdades y convirtiéndolas en noticias.

—El conde de Guadalhorce, el ministro de Fomento, nos había citado en la Capitanía General a las diez de la mañana para hablar de los últimos avances en la línea de ferrocarril que conectará España con Francia por los Pirineos. Pero al pasar de las diez y media, comenzamos a impacientarnos. Un compañero de *La Voz* preguntó por la tardanza a uno de los cabos que había por allí. Tras un rato más de espera, nos comunicaron que se habían equivocado en la convocatoria y que, a su vez, el ministro llevaba más de cuarenta minutos aguardando a los *reporters* en su ministerio.

—¿No me digas? ¿Y qué hicisteis?

—Marchamos rápidamente al ministerio. ¿Qué podíamos hacer?

—¿Y os contó cuándo será la inauguración?

—Sí, cree que para comienzos del verano. Es muy probable que tenga que desplazarme a Canfranc para hacer una crónica del acontecimiento. Mi periódico está muy interesado en ello —me contó.

—Pensé que te querían para el reportaje sobre el Directorio y las

exposiciones del año próximo...

—Sí, pero saben aprovechar mi estancia aquí. Y ese es un hecho que también afecta a Francia, así que supongo que tendré que cubrirlo. Ya sabes, la vida del corresponsal.

—Cómo me gustaría experimentarla en primera persona. No sabes lo que te envidio. Cambiaría toda la opulencia de la casa de Francisco por preguntas y respuestas, por una vieja máquina de escribir. No sabes lo que echo de menos golpear las teclas... —le confesé.

—Me lo imagino. No creo que yo pudiera vivir sin mi oficio. A veces pienso que es lo único que alcanzaré a tener en mi vida.

Pascal me contó también las dificultades que le surgieron para reportar el conflicto minero londinense en 1926 y la tensión que se mantenía en el Reino Unido y Francia con respecto a Mussolini y su política colonial.

—Me encantaría poder entrevistar al *Duce* solo para descubrir qué hay en su cabeza, qué objetivos tiene. O al señor Trotsky, allá en el exilio. ¿Qué pensará?

Pascal se rio.

—Serías una cronista de excepción, Elisa. Seguro que impresionarías a más de un periodista con tu pasión e intensidad.

—Ojalá pudiera hacerlo —afirmé, soñando en voz alta.

—No hables como si debieras desechar tus aspiraciones, Elisa. Así solo las reduces a cenizas.

—Es que así es como terminan mis ilusiones, Pascal. No tengo forma de ser quien quiero ser.

—Quizá debas buscar un modo distinto de intentarlo.

—¿Qué otra opción me queda? Las mujeres venimos al mundo para realizar tareas muy limitadas. Apenas podemos mirar a los lados, plantearnos una alternativa diferente. Si lo hacemos, se nos señala y culpabiliza. Existen mujeres que consiguen ir en contra de lo establecido, no sin ser criticadas, como, por ejemplo, Catalina. A veces la observo y me pregunto de dónde saca su tesón para luchar por lo que desea. ¿Sabes? Quiere montar una escuela.

—No pienso que haya mucho misterio en eso, Elisa. Tú también lo tienes. El problema es que tu miedo al rechazo es más fuerte.

Aquella frase me hizo meditar un rato. Nos quedamos en silencio. De vez en cuando, unas suelas repiqueteando por el pasillo o una charla sobre algún

asunto baladí se colaban en nuestro mundo, sin permiso. Pascal se levantó de la cama y se encendió un pitillo. Miraba por la ventana, reflexivo. Después de tres o cuatro caladas en las que me limité a contemplar su espalda, se lanzó a hablar.

—Hay una cuestión que no he conseguido quitarme de la cabeza desde que me contaste lo de mi padre...

—¿Qué te inquieta? —le pregunté, incorporándome.

—Verás, si al Directorio le llegó la noticia de que un tal Pedro Liébana seguía vivo en Madrid y que muy probablemente se trataba del hijo desaparecido de Alfonso Liébana, intuyo que tal información le habrá llegado también a él, a la fuerza. Eso teniendo en cuenta que, como cree la Guardia Civil, no esté muerto.

—Sí...

—Me sorprende que no se haya puesto en contacto conmigo, es decir, contigo. Ni siquiera una carta, una disculpa, un mínimo intento de reunirse con su hijo, si es que es cierto eso de que estuvo en Madrid.

—Pascal, lo más seguro es que tu padre crea que estás muerto, desaparecido o que ni siquiera le haya llegado ningún rumor sobre Pedro Liébana.

—Sí, puede ser. Aunque ¿y si lo sabe y ha decidido volver a dejarme, a dejarte, a tu suerte? Si yo tuviera un hijo al que no veo desde hace casi veinte años, trataría de decirle algo si sé que está vivo. No sé, son solo conjeturas —concluyó con una nueva calada.

—Puede que tenga miedo, Pascal. Que tema que, después de tanto tiempo, le rechaces —le indiqué.

—¿Es miedo o es orgullo?

—Quizá ambas cosas —admití, bajando la vista—. Pascal, hay algo que quisiera contarte.

—¿Sobre qué? —preguntó extrañado, regresando a la cama.

—Sobre mi familia.

—¿De qué se trata? ¿Ha pasado algo? ¿Has tenido noticias de tu padre y tus hermanos?

—No, no es algo que haya sucedido ahora. Es algo que ocurrió, algo en lo que te mentí.

Pascal hizo una mueca. Le narré mi visita a Fuente de Cantos en otoño de 1921 y cómo había optado por olvidarlos al descubrir la miseria en la que

vivían. Algo en los ojos de Pascal se apagó al escucharme, como si se hubiera dado cuenta de que no era perfecta, sino alguien egoísta y superficial. Aguardé a su reacción. ¿Me rechazaría por ello? Lentamente, tomó mi mano.

—Sé que no estuvo bien y me he culpado infinidad de veces por ello. Pero ¿qué podía hacer? ¿Contarles la maravillosa suerte que tuve cuando mi padre decidió mandarme con mi tía a la ciudad y desentenderse de mí?

—No, no has de decir nada de eso. —Se quedó pensativo—. Creo que tus hermanos y tu padre se conformarían con saber que estás bien, que los echas de menos. Tú no tomaste la decisión de marcharte, la tomaron otros por ti, así que no pueden culparte por eso. Sin embargo, ignorarlos cuando tienes medios a tu disposición para mandarles una carta, sí que es responsabilidad tuya.

—Dudo que quieran saber de mí. Jamás han intentado verme.

—Elisa, no te quedes en eso porque es la perfecta excusa para no hacer nada. Si pudiera hablar, una última vez, con mi padre, aprovecharía la ocasión. Aunque fuera solo para reprocharle su actitud. Piénsalo, no pierdes nada.

Era verdad. No perdía nada. Mientras volvía a convertirme en Pedro Liébana, meditaba sobre la posibilidad de escribirles. Debía valorarlo detenidamente. A fin de cuentas, llevaba aguardando mucho tiempo. ¿Qué importaba un poco más?

Capítulo 13

El hotel Ritz nunca defraudaba. Sus salones eran el emplazamiento idóneo para una fiesta. Francisco así lo consideró cuando decidió celebrar nuestro aniversario y mi cumpleaños en aquel señorial edificio. Los invitados habían sido citados a las diez. Nosotros entramos, triunfalmente, a las diez y cuarto. Al saludar a los presentes, me sorprendieron las escasas caras conocidas. La mayoría eran clientes de Francisco. A un lado, identifiqué a mi madrina, a la familia De Lucca, a los Uribe, a los Roca y a los Salamanca-Trillo. También a los Rodríguez de Aranda. Los flecos de mi vestido, dorado rosáceo, se movieron entre todas aquellas amistades. Sonreía, agradeciendo su asistencia aunque muchos ignoraban que aquel día era mi cumpleaños.

Veintisiete. Y aún andaba tan perdida como cuando cumplí quince. Doña Asunción me analizaba con la mirada, esperando hallar aquello que tan poco le agradaba de mi persona. En contraposición, doña Eleonora me adulaba como de costumbre, aludiendo a mi clamoroso buen gusto para la ropa. Y a lo lejos, sin poder hablar con él, Pascal charlaba animado con don Ernesto y don Giancarlo. Sin que nadie advirtiera hacia dónde enfocaba mis ojos verdes, me fingía atenta ante doña Asunción, don Joaquín, mi madrina y Benedetta. Y, en silencio, disfrutaba imaginando su reacción si, de pronto, comenzara a caminar hacia Pascal y le diera uno de aquellos besos de los que solo nosotros sabíamos.

Sin embargo, quien se acercó a mí fue otra persona a la que estaba lejos de apreciar. De hecho, me repugnaba en todos los sentidos de la palabra. Don Luis, simulando caballerosidad y afecto familiar, me solicitó un baile con el permiso de su hermano. Evidentemente, la negativa no era una opción. Sus manos tomaron mi cintura y su sonrisa se clavó en aquella mirada de desprecio con la que decidí obsequiarle.

—¿Qué tal lo está pasando mi cuñada favorita?

—Estupendamente. Y me gustaría que así fuera el resto de la noche —le

pedí.

—Vamos, doña Elisa, no sea así. Se ha vuelto arisca conmigo desde hace unos meses. Y ya era complicado que a usted se le empeorara el carácter.

—Es que no tengo por costumbre tratar con estima a quien me falta al respeto. Por mucho que usted sea el hermano de mi esposo.

—Exagera. No le falté al respeto. Usted y yo sabemos lo que propuse. Y, aunque no le compense y haya optado por rechazar mi oferta, no dije nada que no fuera cierto. Mire a doña Eleonora, a la hija del señor De Lucca, a la señora de Uribe, a la infeliz de doña Cristina Ribadesella. Todas ellas se desviven por sus maridos, los idolatran, los cuidan, los abrazan en la cama por las noches y atienden con diligencia a sus amistades. Ansían convertirse en madres, como culmen de su mortal e insulsa existencia. Aceptan su papel secundario en la vida de sus esposos y lo defienden con dignidad y orgullo. Pero mírese, mírenos. No he conocido a una mujer que esté más alejada de eso que usted. Usted desea un papel protagonista, sin obligaciones absurdas ni niños a los que amamantar. Y el malnacido de mi hermano siempre ha creído que sería la mujer perfecta para compartir su vida y fortuna...

—No me ofenda, don Luis. Por mucho que no sea la esposa modélica que su hermano ansiaba y que no desee ser madre, eso no me convierte en alguien sin escrúpulos como usted. Yo sé amar, sé valorar a mis semejantes. ¿Qué sabe hacer usted? ¿Retozar con prostitutas en mancebías y hacer proposiciones indecentes a la mujer de su hermano?

—Ahora es usted la que está ofendiendo, doña Elisa. Y, en el fondo, siempre lo hace porque aborrece su vida. El dinero no está exento de cargos, preciosa. Si quiere beneficiarse de la riqueza de la familia Rosales, tiene que aceptar nuestras condiciones. Y puede que, entre ellas, esté tratarme con algo más de cariño.

—Antes bebería veneno —espeté.

—Usted misma... Pero esta fraudulenta pose con la que pretende convencernos de que es feliz y de que ama a Francisco tiene fecha de caducidad. Yo que usted no dormiría tranquila en esa cama fuera del lecho conyugal. Cualquier día puede que deba dejarle su puesto a otra dama. Y, quizá entonces, valore mi ofrecimiento. A mí no me importaría aceptarla como compañera de fechorías. Como usted bien ha dicho, soy experto en mujeres de nula reputación.

Con el fin de la canción, me aparté de él. Sus amenazas tenían un retorcido

sabor a verdad. Don Luis me tenía calada por completo, aunque errase en su suposición de que no quería a Francisco. Sí lo quería. No lo amaba, pero lo apreciaba. ¿Era un crimen? Su dinero había sido un elemento clave a la hora de decidirme a casarme con él, mas ¿no era algo que valoraba toda mujer, no era nuestra única vía de supervivencia?

Me apoyé en uno de los ambigús, intentando recobrar el aliento después de aquel encarnizado juicio al que me había sometido la última pieza de la banda de música. Tampoco era cierto que pretendiese ser el personaje principal, aunque ¿se me debía culpar por ello? Era mi vida, mi única oportunidad de ser quien quisiera. ¿Estaba mal querer aprovecharla al margen de mis responsabilidades matrimoniales? Busqué a Francisco. Hablaba con un grupo de caballeros que admiraban sus aportaciones.

Después, repasé a los concurrentes hasta dar con Pascal. Allí estaba, con su impoluto traje de chaqueta, su cabello castaño re peinado. Nuestras miradas se cruzaron, a espaldas de la multitud que bailaba y conversaba. Su sonrisa me tranquilizó. Él no me veía como don Luis, él reconocía algo bueno en mí, sin culparme por mis aspiraciones. Me hacía mejor persona. De repente, alguien se unió a mí sigilosamente. Me giré. Era doña Cristina Ribadesella.

—Buenas noches, Elisa, querida. No he tenido ocasión de felicitarte por tus veintisiete años.

—Buenas noches, doña Cristina. Muchísimas gracias.

—Parece mentira lo mucho que has crecido desde la primera vez que te vi, con tus trenzas y tu muñequita. Ya recordé como la llamabas: Paquita. ¿No es así?

Sonreí, transportándome a aquellos años, a mi inocencia infantil.

—Cierto, así la llamaba.

—Y ahora ya eres una mujer hecha y derecha. Y he de admitir que estás espléndida esta noche.

—Muchas gracias, doña Cristina. Es usted muy amable.

Calló un momento, atendiendo a la dirección de mi mirada.

—¿Sabes lo que me decía siempre mi madre? Que hay un brillo en los ojos, un gesto, que solo se manifiesta cuando se está, de verdad, enamorado. No son muchos los que consiguen sentirse así, pero me decía que era inconfundible.

—Sí, somos muy dichosos. Ya son tres años de casados, pero seguimos siendo tan felices como el primer día —contesté, volviendo la mirada hacia

ella.

—No me refería a don Francisco, querida.

La observé extrañada, temiendo que me acusara.

—No creo que vaya a haber muchos hombres en tu vida que te miren como lo hace el señor Olivier Pascal, Elisa. Espero que sepas lo que estás haciendo. Más de una persona me ha comentado que os ha visto paseando juntos por la ciudad.

—Nosotros no... — balbuceé.

—Elisa, Elisa —dijo, tocando mi brazo con su cálida mano—. Debéis ser cautos, querida, y si podéis, acabad con esa insensatez cuanto antes.

—¿Cree que alguien más lo sabe?

—No con seguridad. Yo ni siquiera se lo he comentado a mi Ernesto, quien estaría encantado de saberlo. Os adora a ambos. Pero no puedo asegurarte que no vayan a descubrirlo si no ponéis fin a vuestro romance. Las habladurías no te harán ningún bien.

—Ojalá pudiera hacerlo, doña Cristina.

Aceptó mi negativa, asintiendo con la cabeza, y se alejó. No me destaparía, de eso estaba segura, pero me daban escalofríos al imaginar a Francisco conociendo la verdad. La velada transcurrió sin imprevistos. Pascal, harto de participar en aquella celebración sin siquiera poder aproximarse a mí, se marchó con discreción. Yo me quedé allí. Al principio, me uní a diálogos ya iniciados, mantuve mi amabilidad con los invitados y soporté las quejas de mi madrina sobre la comida o la música.

No obstante, con el paso del tiempo, regresé a aquella sensación por la que tomaba conciencia de lo poco que importaba mi presencia en aquellas fiestas. Francisco no había compartido conmigo ni cinco minutos y la mayor parte de mis conocidos ya se habían ido. Ver a mi marido parloteando y riendo con los señores Vázquez fue la llama que prendió la mecha de mi huida. Comprobé que todos estaban distraídos y fui caminando hacia la salida, de espaldas. No soportaba aquella estampa, aquel festín de hipocresía. Me asfixiaban las caras de desconocidos, la soberbia de los conocidos.

Cuando mis *Mary Janes* rozaron el suelo del vestíbulo, supe que había conseguido escaparme. Ahora, solo debía ser eficiente. Pedí mi abrigo al mozo encargado del guardarropa y, tapando mi rostro para que nadie me identificara, me encaré hacia uno de los simones que había aparcados en la calle. Extendí un billete al cochero y le pedí que me llevara al hotel Florida.

Fingiendo ser uno de los clientes y amparándome en la privacidad que otorgaba la noche, me dirigí al ascensor hasta la cuarta planta. Di dos golpes en la puerta de la habitación de Pascal. A duras penas podría estar allí un rato, pero necesitaba abrazarlo. Sorprendido, o quizá no, me dejó pasar.

—Feliz cumpleaños —me susurró.

El domingo era el único día de la semana en el que Francisco y yo desayunábamos juntos. El mes de junio de 1928 había pasado rápidamente. Con él, habían llegado los días soleados y la inevitable subida de temperaturas. En verano, la salita se convertía en un lugar muy cálido, al ser una habitación interna sin ventilación. Sin embargo, habíamos instalado un moderno ventilador que nos daba algo de frescura durante nuestras comidas. Aun así, mi marido tenía una cierta intolerancia al calor, por lo que no paró de quejarse mientras engullía las tostadas y sorbía el café.

—Detesto el verano. ¡Anita! ¡Anita! —gritó.

—¿Sí, señor Francisco?

—Por favor, compre otro ventilador. No, mejor compre otros dos. Esto es insoportable.

—Querido, si te pones nervioso, será peor —le sugerí.

—No hay modo de que sea peor. Voy a volverme loco en esta casa. Menos mal que en unos días nos iremos a Santander.

—¿Disculpa? ¿Cómo que nos vamos? —Dejé de beber.

—Sí, la semana próxima.

—¿Y quién lo ha decidido, si puede saberse?

—Mi madre y yo. ¿Algún inconveniente? ¿Tienes algún compromiso ineludible? —me preguntó en tono burlón.

—Quizá sí lo tenga. No deseo ir a Santander este verano.

—Vamos, Elisa, no digas sandeces. Te encanta nuestra casa de Santander y no creo que podamos ir más veces este verano, tengo pendiente viajar de nuevo en agosto. Además, don Joaquín, doña Eleonora y los niños también irán. Será divertido.

—Mejor aún —ironicé—. No, Francisco, no voy a ir. Benedetta tendrá a su bebé pronto y quizá necesite ayuda. Es mejor que me quede aquí.

—Sí, claro. Estoy convencido de que serás la primera persona en la que

piense cuando necesite que le echen una mano. Vamos, Elisa, no me tomes por estúpido. Vendrás a Santander, quieras o no. —Dio un último trago a su café y se levantó.

Irritada porque hubiesen tomado la decisión sin tener en cuenta mi opinión, lo seguí por el pasillo.

—Francisco, no iré. No puedes obligarme.

—Oh, sí que puedo obligarte —dijo dándose la vuelta.

—¿De veras? ¿Y qué vas a hacer? ¿Meterme a la fuerza en el automóvil?

—Sería una opción que podría valorar.

—No te atreverás —le reté, levantando el brazo y señalándole con el dedo índice a modo de advertencia.

La paciencia de mi esposo estaba contra las cuerdas y yo lo sabía. Su ceño se frunció súbitamente y con la mano apretó mi brazo con fuerza.

—Elisa, amor mío, vas a venir a Santander. Y lo harás con una amplia sonrisa. Tienes dos opciones: hacerlo por las buenas o por las malas. —Poco a poco, iba retorciendo mi brazo—. ¿Te ha quedado claro o necesitas que te lo explique con más detenimiento?

—Francisco, me estás haciendo daño.

—Lo sé. Tú también me lo has hecho a mí con tu actitud. En esta casa no se va a quedar a vivir tu desprecio, Elisa, así que esfuérzate un poco más si no quieres que todos sepan la verdad de nuestro matrimonio. No sé si eres consciente de que yo podría tener a otra mujer; sin embargo, nadie querrá casarse nunca con alguien como tú. Te estoy dando muchas libertades, así que correspóndeme con algo de consideración, ¿de acuerdo?

Sin dejar de retorcer mi brazo, se acercó a mí y me besó. Mis labios se cerraron, rabiosos, conformando aquella barrera infranqueable que no podría volver a traspasar. Habiendo terminado su declaración de intenciones, me soltó.

—Vamos, prepárate o llegaremos tarde a misa —me dijo desde su alcoba.

Como me había indicado Francisco, no tuve alternativa. Por una vez, la brisa del Cantábrico no me generó paz alguna. Odiaba tener que alejarme de Pascal y pasar tiempo con la familia Rosales. Como me exigió mi marido, dibujé una complaciente sonrisa en la boca para evitar problemas, pero resolví no

dirigirle la palabra durante nuestra estancia en el norte. Además, ante doña Asunción, debíamos compartir dormitorio, como cualquier pareja bien avenida, lo que me hacía detestar todavía más aquella idea.

Los días transcurrieron entre sabrosas comidas, paseos por la ciudad y tardes en la playa, escuchando a los hijos de don Joaquín y doña Eleonora llorar. Por suerte, enseguida entendieron que no tenía intención alguna de conversar demasiado con nadie en el viaje. Lo justo para parecer amable y educada. Mi silencio me proporcionó la calma necesaria para meditar sobre el tema de mi familia, sobre aquella carta que debía, o quería, escribirles.

Un día, mientras todos corrían y se bañaban en las frías aguas del Cantábrico y doña Asunción descansaba en la casa, me acomodé en una de las rocas, con aquel fabuloso cuaderno que me había regalado Francisco para mi correspondencia. Seguramente, él pensaba que escribía poemas inspirada por la costa santanderina, pero, en realidad, el trazo de la pluma dibujaba algo muy distinto: una carta dirigida a padre, Juan y José Luis. Me peleé con las letras, con mis remordimientos y con los recuerdos, ya marchitos, de un pasado difuso. Tras dos hojas y media, finalicé la misiva. Con la incertidumbre de si obtendría respuesta, cerré el cuaderno y dejé que la brisa marítima apaciguara mis nervios. Contemplé a Francisco, riendo divertido junto a don Joaquín y los niños.

Otro de mis pasatiempos durante aquel obligado viaje fue leer. Llevé conmigo aquella novela que Pascal me había comprado en la cuesta de Moyano. *Miau*, de don Benito Pérez Galdós. Un pedacito de literatura, de él, como refugio de la realidad.

Cuando volvimos a Madrid, el color de mis mejillas adquirió una tonalidad que reflejaba mi regocijo. Lo primero que hice fue doblar la carta que había escrito a mi familia, meterla en un sobre y mandarla. Lo segundo fue volver a rescatar las ropas de Pedro Liébana para hacer una visita a Pascal. Francisco se iba a reunir con uno de sus socios ingleses que estaba en Madrid por unos días, por lo que tenía vía libre para escabullirme.

Al llegar al hotel Florida, me acerqué a la recepción e hice una señal al empleado que me identificó y me dejó pasar sin problema. Al abrir la puerta, Pascal me esperaba con una amplia sonrisa. ¡Cómo le había echado de

menos! Me deshice de todo lo que ocultaba mi identidad, zambulléndome en sus brazos, dejando que sus besos terminaran de desnudarme. Era como si hubiera recuperado el oxígeno tras más de una semana respirando de forma entrecortada. La atracción que me llevaba de vuelta a él, una y otra vez, me asustaba. ¿Cómo podía ser tan potente lo que sentía? Pascal me susurraba al oído, entre caricias, lo largo que se le había hecho no verme. Lo mucho que odiaba pensarme con Francisco, amarrada a sus decisiones.

—No volveré a marcharme, Pascal, te lo prometo —le respondí.

Tras dejarnos llevar por la irrefrenable pasión, hice aquello que tanto me gustaba: recorrer su cuerpo con los dedos. Comenzaba por la cara, rodeando los ojos azules, y bajaba hacia los labios. Después, seguía por el cuello, por los hombros, el pecho y me detenía, con cautela, en aquella cicatriz. Viajaba por ella, recordando la herida que fue en una ocasión, hasta besarla. Aquella marca en su piel era mucho más que la señal de un disparo. Era la huella del dolor de la pérdida y de la prefabricada identidad que había debido aceptar sin discusión. Él se quedó mirándola hasta convertir el silencio en conversación.

—¿Sabes? Llevo varias noches teniendo el mismo sueño.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Nos veo a los dos, en Barcelona, en la playa, corriendo hacia el mar. Tú me dices que llegarás primero a Cerdeña. Y yo te digo que no, que seré yo. Comenzamos a nadar, confiados. Después, nos convertimos en niños otra vez. Cerdeña se aleja, no conseguimos alcanzarla...

—¿Crees que significa algo? Quizá es una señal para que me lleves a Barcelona. Recuerda que me lo prometiste —le indiqué.

—Es cierto. Y lo haré —dijo y se rio—. Cuando regresé, hace unos meses, fui allí, a la playa de la que te hablé cuando nos conocimos. Solía pasar tiempo en ella con mi padre. Fue quien me enseñó a nadar. —Se detuvo un momento—. Ya no me quedan muchos recuerdos de él, pero cuando pienso en mi padre, hay un día que sobresale de pronto.

—¿Ocurrió algo en especial?

—Sí... Bueno, algo así. Fue en primavera. Recuerdo que me levantó temprano, sin darme explicaciones, y me llevó a la playa. Yo pensaba que quería que nadásemos o que tenía algo más que enseñarme, quizá a bucear. Durante el camino, me percaté de que algo no iba bien, estaba nervioso, muy nervioso. Cuando se aseguró de que nadie nos había seguido, se detuvo en

medio de la arena y sacó una pistola de su chaqueta. Entonces, se aclaró la voz y me dijo: «Pedro, voy a enseñarte a usarla. Si yo no estoy, tú serás quien defienda a tu madre y a tus hermanas». Asentí, sin saber muy bien por qué me decía aquello, sin presentir que, un día, mi padre podría desaparecer. Pasamos dos horas practicando, hasta que amaneció. Al llegar a casa, sin hacer ruido, me indicó dónde estaba guardada: «La dejaré en el último estante de la fresquera». El día que me hirieron, al oír a los guardias tirar la puerta abajo, recordé lo que me dijo y corrí a buscar el arma. Me subí a una silla y alcancé la pistola. La agarré aterrado, repasando todo lo que me había enseñado. Ayudé a que mi madre y mis hermanas salieran por el ventanuco que daba a la calle de atrás. Entonces, desoyendo los gritos de mi madre, empuñé aquel artefacto asesino y aguardé a que aquellos hombres me encontraran. Debía acabar con ellos para que mi familia pudiera huir. Era el encargado de protegerlas. Sin embargo, nada más entrar, uno de ellos, rabioso, me identificó como una amenaza y me disparó antes de que yo fuera capaz de apretar el gatillo. Gracias a Dios, pensaron que estaba muerto y tras registrar toda la casa, se marcharon. Mi madre volvió a buscarme cuando consiguió poner a mis hermanas a salvo, aunque de eso ya no me acuerdo.

Apreté su mano. Nunca me había contado toda la historia. Menuda vivencia para un chiquillo.

—¿Crees que volverás a verlo? ¿A tu padre?

—Si todo va bien, espero que no. Verlo supondría reconocer que soy Pedro Liébana y no es algo que tenga en mente. Por eso te insistí en que, tú que puedes, te pongas en contacto con tu familia.

Lo miré sonriente.

—Hay algo que debo contarte con respecto a eso. Les he mandado la carta. Te he hecho caso.

—¿De veras? —preguntó contento—. ¡Cuánto me alegro de que lo hayas hecho!

—Sí, aunque temo no obtener respuesta.

—Sin respuesta llevas veinte años, Elisa. Así solo puede mejorar la situación.

—Es cierto... —admití—. En fin, ahora solo hay que aguardar.

—Te contestarán. Estoy seguro. Yo lo haría.

—Pero tú no eres imparcial.

—Es verdad —reconoció y nos reímos.

—Bueno, cuéntame qué tal fue tu viaje a Huesca. ¿Cómo fue la inauguración de la estación? ¿Asistieron muchas personalidades? —dije mientras volvía a acariciarlo.

—Muchísimas. Aparte de, por supuesto, el rey de España y el presidente de la República Francesa, *monsieur* Doumergue, y, evidentemente, don Miguel Primo de Rivera, acudieron un buen puñado de ministros, diplomáticos y altos cargos de instituciones españolas y francesas. Todo fue muy solemne y, ya sabes, aprovecharon para dejar patente, en sus discursos, el mutuo afecto que existe entre las dos naciones. La magia de los intereses compartidos...

—Por supuesto, no se esperaba menos. Y ¿lograste hablar con el general Primo de Rivera?

—Poco, aunque gracias a que enviaron también a mi compañero en el periódico, el señor Simon Arbellot, con quien he redactado toda la crónica, pude escabullirme en cierto momento e interceptarlo. El general me aseguró que me atendería la semana próxima.

—¡Eso es estupendo, Pascal! Es lo que querías para completar tu reportaje.

—Sí, lo cierto es que es un gran avance. Le he enviado a mi director la primera parte de mi trabajo y está bastante satisfecho, así que espero que, con este valor añadido, la segunda le seduzca por completo. Oh, y hablando de trabajos, ya me leí tu artículo sobre la primera mujer en cruzar el Atlántico en avión. Es excelente —afirmó.

—¿De veras? ¿Te ha gustado? Es una suerte que don Ernesto haya decidido publicarlo.

—Muchísimo. Y me parece muy pertinente que tus lectores conozcan a la señorita Earhart. Son nombres que, de otro modo, pasarían desapercibidos.

—Opino lo mismo. Y, además, si no lo incluyo yo en *El Demócrata*, no creo que nadie más lo haga. No es un secreto que el resto de redactores no están demasiado interesados en este tipo de asuntos.

—Por eso eres tan necesaria, Elisa —aseguró, entrelazando sus dedos con los míos.

Con aquella incógnita sobre la reacción de mi familia, el verano de 1928 siguió su curso. La hija de Benedetta nació a principios de agosto y Francisco

y yo fuimos a conocerla casi al día siguiente. La llamaron Valentina. Un bebé sano y con buen color. Entretanto, revisaba el correo, ansiosa por hallar una carta con un remitente que se apellidara como yo. Sin embargo, los días iban pasando y aquella misiva no llegaba. ¿Debía darme por vencida si no obtenía respuesta? Traté de no pensarlo demasiado y la verdad es que no me resultó difícil distraerme en aquellas semanas.

Francisco y don Luis habían tomado la ardua decisión de renunciar a la expansión por los Estados Unidos y centrarse en el crecimiento por el viejo continente, que ya resurgía, poco a poco, de la crisis de posguerra. Les había valido varias discusiones, algunas con público incluido, pero, finalmente, habían resuelto que era lo más conveniente para el negocio. Así, tenían previstos varios viajes entre agosto y octubre de aquel año para visitar algunas ciudades y reactivar las conversaciones con antiguos contactos.

Como siempre que tenía prevista una larga ausencia por su trabajo, Francisco llenaba nuestros días de compromisos. Era como si tratase de recuperar el tiempo que aún no había perdido. Yo, por mi parte, deseaba en silencio que el día de su partida arribase más pronto que tarde para así recuperar mi libertad y mis ratos con Pascal. Entre las citas a las que debimos acudir durante aquellas semanas estaba la cena que don Giancarlo de Lucca y doña Carmen Bernardo dieron en su casa una semana después de la llegada de Valentina. También nos acompañaron el alférez Roca, los señores Rodríguez de Aranda, los señores Salamanca-Trillo, los señores Ballester y mi madrina. Entre copas de vino, volvieron aquellas conversaciones con las que aquellos elegantes hombres pretendían cambiar el mundo.

—El joven Pascal ha logrado entrevistar a don Miguel Primo de Rivera para su periódico. Según me ha dicho, es un hombre muy cercano —comentó don Ernesto.

—Hace bien en intentar poner a la prensa extranjera de su parte. No es que el Directorio goce, hoy por hoy, de una gran popularidad —opinó don Giancarlo.

—Más que el Directorio, el problema lo tiene el rey. Cada vez más sectores reclaman una nueva república —señaló Francisco.

—Quizá sería lo mejor. No entiendo esa memez de hacer ahora una Constitución. ¿Para qué sirve tenerlas, a fin de cuentas? Nuestro querido Alfonso XIII no la respetó cuando permitió que Primo de Rivera estableciera una dictadura militar, por muy necesaria que fuera, a mi parecer. O seguimos

como estamos, o que el rey se marche. No sirve para nada más que para figurar e inaugurar presas y pantanos —valoró don Tomás.

—Bueno, dejemos que todo siga su curso. El año próximo serán las exposiciones y quizá entonces veamos todo más claro —añadió don Ernesto.

—Si los republicanos no dan un golpe de Estado antes...

—No diga sandeces, don Amancio.

—Lo divertido va a ser la celebración en Barcelona de los cinco años de gobierno de don Miguel Primo de Rivera. Con lo contentos que están allí con su política... —apostilló el alférez.

—Sí, pero otra vez está intentando estrechar lazos con sectores críticos. Son plenamente conscientes de que cada vez hay más voces contrarias a la monarquía y el Directorio. Y quieren aplacarlas con propaganda, promesas y sonrisas —comentó Francisco.

—Quizá el señor Pascal haya averiguado algo en su conversación con el general. Le preguntaré la próxima vez que lo vea —aseguró don Ernesto.

—¿Utilizando a sus redactores y amigos para sonsacar información que le interesa a nivel personal, don Ernesto? —bromeó don Tomás.

—Ventajas de dirigir un periódico —le contestó don Ernesto, divertido.

—Ahora que me acuerdo. Hablando de sus redactores. ¿A que no sabrían decirme a quién vi el otro día? —intervino Francisco.

—No, ¿a quién? —respondió don Amancio.

—¡Al señor Pedro Liébana!

Me atraganté de golpe.

—¿De veras, don Francisco? ¿Lo ha visto usted? ¿Dónde? —se interesó don Ernesto, a quien su paradero le afectaba directamente.

—Fue el otro día. Uno de mis socios ingleses pasó unos días en Madrid y me citó con él en la recepción de su hotel. El hotel Florida. El que está en la plaza del Callao, ¿saben cuál es?

—Sí, sí, por supuesto.

—El caso es que tardó un poco en reunirse conmigo, así que me senté en uno de los sillones del vestíbulo, mientras me fumaba un cigarrillo, y lo vi. Vamos, no es que yo lo haya visto muchas veces antes, pero estoy seguro de que era él.

—Quizá esté de visita en Madrid y se hospede allí —propuso don Tomás.

—Sí, posiblemente —contestó don Ernesto, algo aturdido.

—De hecho, ¿no es ese el hotel en el que está el señor Pascal? —recordó

don Giancarlo.

—Sí, es cierto. No quiero saber qué puede estar tramando ese par — confesó don Ernesto—. Y tampoco sé si prefiero que me avise de que está o no. La Guardia Civil no nos quita ojo desde hace meses.

—Querido, no es por llevarte la contraria, pero me resulta bastante extraño que el señor Liébana se haya arriesgado a volver si no es por alguna cuestión del periódico. Y si don Ernesto nada sabe, es poco probable que visite la ciudad y asuma riesgos innecesarios —conseguí decir con el corazón en un puño.

—Elisa, si tu esposo dice que lo ha visto, es que lo ha visto —me insistió mi madrina.

—Está bien, solo era mi opinión —dije.

—Sí, y en cierto modo tienes razón, Elisa. De querer reunirse, el señor Pascal podría visitarlo allá donde estuviera el señor Liébana. Hay algo extraño en todo esto —admitió don Ernesto.

—Cuestiones de periodistas, don Ernesto. No hay que darle más vueltas — aseguró don Tomás—. Ellos tienen otras prioridades. Se ponen en peligro por una buena exclusiva.

—Al margen de las motivaciones que le hayan hecho regresar, entiendo que se lo notificará a la Guardia Civil, ¿no es así, don Francisco? —le preguntó doña Carmen Bernardo.

—Sí, sí, por supuesto. Es a lo que me comprometí. Además, es de este modo como podemos combatir el anarquismo enquistado en nuestra atrasada sociedad —afirmó mi marido.

—Yo no hablaría con la Benemérita si no está seguro, amigo. Podría desviar las pistas sobre su situación, sin quererlo —le aconsejó don Tomás.

—Sí, bueno, lo pensaré. Aunque estoy convencido de que era él.

No paré de beber en toda la noche.

A la mañana siguiente, intranquila por la aparición de aquel inesperado e inoportuno testigo de mis aventuras, opté por hacer una visita a doña Bruna y así olvidarme de todos mis problemas. Dos horas más tarde, regresé a la casa, con unas ganas terribles de ver a Pascal y narrarle aquella fastidiosa situación. No obstante, al acercarme a la cómoda de la entrada, donde Anita

solía dejar el correo, advertí un nombre que me provocó un escalofrío. Me quité la capelina de paja y, temerosa, cogí aquel sobre.

—Don Juan Montero Fernández —leí.

Me había respondido. ¡Me había respondido! Sin mediar palabra con mis empleadas, me retiré al gabinete. Contemplé, una vez más, la irregular letra de mi hermano. Sí, mi hermano. Qué extraño era volver a decir aquello. Abrí el sobre con el abrecartas que reposaba sobre la mesita y extendí el papel para empezar a leer.

Estimada doña Elisa,

Recibimos su carta hace un par de días. Nos ha alegrado mucho que esté bien. Celebramos su enlace con el señor De las Heras y Rosales y les deseamos una vida plena juntos.

Soy Juan, su hermano mayor. Disculpe que padre no se pronuncie, no sabe escribir. Nosotros seguimos en Fuente de Cantos. Yo también soy casado. Mi mujer se llama Mercedes y tengo tres hijos.

Debo confesarle que me extrañó recibir una carta de usted después de tantos años. No sé si desea algo de nuestra parte, pero no tenemos nada. Lo único que puedo ofrecerle son estas líneas. Espero que le valgan.

Afectuosamente, Juan Montero.

Sentimientos encontrados se adueñaron de mi estado de ánimo. Juan sospechaba de mis intenciones. Me acusaba de no haberme comunicado con ellos, pero ¿no habían hecho lo mismo? Dispuesta a clarificar mis pretensiones, me afané en escribir la respuesta. Solo quería sentirlos cerca, saber que vivían y que supieran que no me había olvidado de ellos. Y había algo entre los torpes renglones de Juan que me animaba a perseguir aquel objetivo, aunque debiera gastar más tinta para convencerlos. La imagen de aquel muchacho moreno que prometía protegerme de los monstruos, ataviado con aquella armadura confeccionada con trozos de hojalata que recogíamos, me hizo sonreír. ¿Cuántos juegos nos había arrebatado la realidad? ¿Cuántas alegrías habían perecido en nombre de la impuesta distancia entre nosotros? Al día siguiente, envié una nueva misiva a Fuente de Cantos. Estaba emocionada, ilusionada, aun advirtiendo la posibilidad del rechazo a lo lejos.

No obstante, aquellos avances en mi relación con mi verdadera familia no podían estar en conocimiento de Francisco. Él sabía que no había nacido en

Madrid, pero ignoraba el origen humilde de mi familia y el hecho de que yo estuviera intentando recuperarlos. Con él, los diálogos estaban bastante limitados por sus intereses y mis mentiras. Sin embargo, en aquellos días, hubo un tema que quise abordar directamente y sin excusas. Anita nos sirvió la comida, puntual. Francisco engullía con la rapidez habitual, pues debía volver al banco a las cuatro. Lo observé un segundo y me lancé a interpelarlo por su supuesto chivatazo a la Guardia Civil.

—Querido, ¿has contado lo del señor Pedro Liébana?

—Eh... No, todavía no —me contestó.

—¿Ya has decidido si vas a delatarlo?

—No voy a delatarlo, querida. Delatar es otra cosa. Solo voy a reportar a la Guardia Civil lo que vi. Si ese hombre está tramando algo o está escondiendo a su padre, es de ley que se sepa. Si lo cogen, habrá un terrorista menos.

—Don Pedro no es ningún terrorista. Él no tiene la culpa de los crímenes de su padre —señalé.

—Tanto da. Si lo oculta, es cómplice de sus pecados. Y no seré yo quien les permita seguir actuando de ese modo. Se han perdido grandes hombres en este país por culpa de esos pistoleros.

—Estás dando por hecho que sabe dónde está su padre. Lo juzgas sin pruebas. ¿No es eso tarea de la Justicia?

—Elisa, no lo digo yo, es la teoría del Directorio. Entiendo que habrá pruebas que lo sustenten.

—Quizá se equivoquen. Don Pedro estuvo en relaciones con Catalina y ella nunca detectó nada sospechoso. Sigue defendiendo su inocencia. Y yo también.

—Oh, la señorita Folch. Otra que tal baila. Ninguno de los dos es de fiar.

—Pero yo sí —le dije, cogiendo su mano con ternura—. ¿Prometes que lo pensarás antes de decir nada?

Francisco quedó embelesado con mi repentino acercamiento. Regresando a su serenidad, movió la cabeza y me prometió que le daría un par de vueltas y que me avisaría cuando hubiera tomado una decisión al respecto. Por suerte, mi amado esposo se marchó de la ciudad a mediados del mes de agosto sin pronunciarse sobre el tema.

Haciendo gala de la mayor independencia que tenía cuando Francisco estaba de viaje, le pedí a Pascal que fuéramos a algún lugar donde nadie nos conociera. Nos citamos a las ocho en punto en la esquina de Eloy Gonzalo con la calle del Castillo, para evitar miradas indiscretas por la ventana o la incómoda presencia del Panhard frente al portal. Ladeé el rostro para cerciorarme de que nadie me reconocía yendo sola por la calle. En apenas diez pasos, giré y lo encontré. Nos acercamos, ansiando besarnos, pero prefiriendo la cautela que debía gobernarnos en público. Pascal llevaba algo en la mano. Me fijé, pero antes de que tuviera tiempo de preguntarle, lo extendió con una sonrisa en los labios. Era un mantón de Manila.

—Te vendrá bien para donde vamos —me indicó.

Lo cogí y me cubrí los hombros con él. Era precioso.

—Lo he comprado de camino. No es de la mejor calidad, pero en ti, queda excepcional —me aduló.

—Sabes que no es preciso que me regales nada —le recordé.

—Lo sé. Bueno, vayamos, la noche no espera.

Tomamos un taxi que nos acercó al centro de Madrid, al cogollo más castizo. No tenía idea alguna de qué era lo que se le había ocurrido, pero me gustaba dejar de controlar la situación, permitir que él me guiara. Confiaba en su criterio. Al apearnos del vehículo, recorrimos, ya de la mano, las callejuelas del barrio de la Latina. El barullo sobresalía a lo lejos. La música, el jolgorio, las risas, el soniquete de un carrusel. Era el penúltimo día de las fiestas de la Paloma y las vías se habían reconvertido en una gran verbena popular. Los mozos y las mozas bailaban el chotis al abrigo de los farolillos de colores. Los chiquillos correteaban, relamiendo sus dulces y saboreando su próxima trastada. Las modistas aguardaban, peripuestas, a que algún muchacho las sacara a bailar. En el aguaducho de bebidas, el tendero intentaba camelar a los estudiantes para que invitaran a una horchata o a un granizado de limón a alguna de las beldades que habían acudido a la feria, ante la atenta mirada de sus carabinas. Todo el mundo parecía estar feliz, despreocupado. Aquella era la primera vez que asistía a una verbena. Habría dado cualquier cosa por frecuentar aquellas fiestas en mi juventud. Las chicas se reían, trataban de conquistar a desconocidos con la mirada y conocían a muchachos que, de otro modo, quizá no se habrían acercado a ellas. «Qué emocionante», pensé. Pascal me sacó de mi ensimismamiento, tomando mi mano con dulzura.

—Bailemos —me propuso.

—Yo no sé bailar esto —le advertí, refiriéndome al chotis.

—Copiaremos a las otras parejas —me animó.

Y así lo hicimos. Comenzamos a movernos de un modo algo desmañado al son del organillo. Pascal, cuya ignorancia estaba justificada por su procedencia, se divertía intentando imitar a los demás. Yo, que tampoco había frecuentado bailes en los que esa música se interpretara, empecé a relajarme y a reírme con nuestros negados pasos. Bailar mal estaba infravalorado.

Respiré su olor, aquel que me tranquilizaba en los peores días. Allí, camuflados entre enamorados, parecíamos un par de novios que se habían decidido a dar un paseo por la verbena de la Paloma. Nadie reparaba en nuestras identidades, no las necesitábamos. En aquella fiesta no se admitían juicios ni dedos señalando mi adulterio. Estábamos a salvo. Apoyé la cabeza en su hombro y dejé que los pies se movieran a placer. Al rato, una florista pasó por nuestro lado, incitando a Pascal a que me comprara alguna de sus hermosas y variadas flores. Escogió un clavel rojo y lo colocó en mi oreja, como único adorno en mi corta melena oscura.

—Pareces toda una muchacha madrileña —se burló Pascal.

—¿Nos sentamos a beber algo? —le dije.

Pedimos un par de granizados. A nuestro lado, dos estudiantes y un hombre más mayor debatían acaloradamente sobre política.

—¡Al cuerno el rey! ¡Él fue el responsable del desastre del 21! ¡A Marruecos exiliado se debería ir! —gritó uno de los muchachos.

—¿Y qué propones, chico? ¿Que nos quedemos con Primo de Rivera? O mejor, ¡con el general Berenguer! Ese sí que está implicado hasta el gaznate en todo lo que ocurrió en África.

—No, no. Precisamos de un nuevo Gobierno. Políticos que hagan progresar a España y nos alejen de la dictadura.

—Políticos, políticos... ¡Todos son iguales! Debería ser el pueblo el que tomase las decisiones. ¿No somos nosotros quienes asumimos las consecuencias? Pues, ale, menos mandar y más delegar.

Pascal y yo intercambiamos una mirada de complicidad. Aquellas charlas eran el último eslabón en el trabajo periodístico. Era donde perecía la información, donde nacían las opiniones y los coloquios, donde, quizá, si se influía con la suficiente fuerza, se pasaba a la acción.

—¿Crees que tienen razón? ¿Que el rey tuvo algo que ver en lo de Annual?
—le pregunté.

—Quizá. ¿Quién sabe? Estoy seguro de que nadie lo sabrá nunca con seguridad. Hay acontecimientos, en la historia de un país, que se entierran con tal cantidad de medias verdades que terminan sepultando la libertad de pensamiento y de expresión. Y, lo peor de todo, consiguen que se tome por cierto lo que nunca ocurrió. Nos hacen vagos y nos invitan a no preguntarnos en exceso por ello para no destapar verdades incómodas. Si alguien lo hace: ¡Traidor! ¡Conspirador! ¡Lunático!

—Es cierto y triste a la vez. Aunque ya sabes, la propaganda al servicio de intereses políticos y económicos es el nuevo opio del pueblo. Espero que no sea ese el gran avance del siglo xx. —Bebí de mi granizado—. No sé, después de tanto tiempo, no logro olvidarme de lo que nos contó aquel día el sargento Basallo. Parecía secuestrado por demonios internos, como si hubiera descubierto algo que no tenía cabida más allá del desierto.

—Aquel hombre hizo un gran esfuerzo hablando con toda la prensa. Estoy convencido de que tenía líneas rojas: morales e impuestas. Fue una pieza más de la gran maquinaria del silencio. Y no le culpo. Después de los años de cautiverio, tenía derecho a vivir en paz, sin más luchas.

—Sí... Aunque creo que publicó un libro de memorias, tiempo después de su liberación. Madre mía, no quiero ni pensar que el rey y el general Berenguer pudieran haber tenido responsabilidades en lo que les sucedió a todos aquellos hombres.

—No creo que ni tú ni yo escribamos el artículo que los destape —admitió Pascal.

Seguimos allí sentados, arrullados por el organillo y con aquellos diálogos en los que nuestros más profundos pensamientos se convertían en sonido, gracias a nuestras cuerdas vocales. Había sido una gran idea. Era como si, por unas horas, pudiéramos creernos que éramos libres. Otra pareja, que había sido testigo de nuestra falta de maña con el chotis, se ofreció a enseñarnos. Así, regresamos al baile y a las risas. Tras dos canciones, Pascal y yo volvimos a formar pareja y tratamos de aplicar lo que nos habían mostrado.

—Doña Elisa Montero, he de señalar que baila usted mejor como hombre que como mujer —bromeó Pascal—. Aún recuerdo aquellas vueltas que le dabas a la señorita Folch.

—Soy muy polivalente, señor Olivier Pascal. Sé tratar, indistintamente, a

hombres y mujeres. Quizá, me infravaloró más de lo que pensaba. Aunque jamás te perdonaré que me dejaras sola con la señorita Teodora en el Barbieri. A punto estuvo de besarme...

—Aún me cuesta creer que fueras tú. Pobre Elisa..., lidiando con mujeres cautivadas por los encantos de tu identidad masculina... —Me acarició la mejilla, apartando un cabello de mi rostro.

Sonreímos. Como dos enamorados que nada tienen que esconder, nos besamos, rodeados por otras parejas que danzaban al margen de aquel instante. Después de nuestros intentos de baile, caminamos tranquilos, analizando a los lugareños que se habían sumado a la celebración. La amalgama de olores que inundaba la calle era cargante y reconfortante a partes iguales. Algunos vecinos animaban la fiesta asomados a sus balcones, viendo la afluencia de gente llegar o retirarse, con vista de pájaro. Sonreí con las vueltas del carrusel y con las manos que saludaban a los rezagados que se habían quedado en tierra.

Por la mañana, Pascal se marchó de la casa antes de que Anita se despertara y doña Charito llegase tras acudir al mercado. Con aquel beso en el rellano le dejé ir, conservando, no obstante, los dulces recuerdos de la verbena. Volví a la cama y sonreí como una estúpida, reviviendo todo lo que nos habíamos dicho. El inicio de pasos yendo y viniendo y el sonido de la vajilla me motivó a levantarme. Estaba contenta, con energías renovadas. Tanto es así que cuando terminé de desayunar, le indiqué a Anita que no me preparara ropa alguna. Pasaría el día en batín, escribiendo. De tanto en tanto, recordaba la noche anterior y sonreía. Pascal me había enseñado a silbar con fuerza. Todavía no le había encontrado aplicación a esa habilidad, pero quizá la podía comenzar a usar para llamar a Anita desde cualquier rincón del piso.

La prosa vino a hacerme compañía en aquel soleado día de agosto. Me embarqué en los puntos, en las comas, en las tildes y en los adjetivos, que embellecían a los necesarios sustantivos. Añadí detalle con los adverbios y movimiento con los verbos. Habité entre las vocales y las consonantes que, traviesas, formaban palabras y frases y párrafos y textos, hasta tornarse historias, imágenes, verdades. Las mayúsculas coronaban vocablos importantes. O no. Y las minúsculas las seguían, cogidas de la mano, en

aquella fila india en la que el más lento de todos era el punto final. Era mi lugar preferido en el mundo. En el espacio que existía entre las líneas, blancura al servicio del orden, no había relojes ni noción de tiempo. Solo ese estadio intermedio entre lo que ya había escrito y lo que me quedaba por contar. Me agradaba experimentar todo aquello cada vez que me disponía a escribir. Lo había sentido desde pequeña, cuando le narraba a mi diario todas mis divagaciones y vivencias, aunque, con los años, se había intensificado. Era mi vicio inconfesable, junto con los esporádicos cigarrillos que se colgaban de mi boca.

En medio de la pugna que vivíamos el papel y yo, el timbre sonó con insistencia. Me sobresalté. No esperaba a nadie. Quizá sería Pascal en busca de algo que se había dejado olvidado. Le indiqué a Anita que yo me encargaría de abrir, por si las moscas. Me crucé el batín y tras atusarme el cabello, abrí la puerta de la entrada. La cara de desprecio de mi madrina apareció de golpe.

—Ma... Madrina —saludé.

—Buenas tardes, Elisa.

—Buenas tardes. Pase, pase. ¿Ha sucedido algo? —dije, escondiendo el pitillo que me había encendido.

—¿Qué habría de suceder? ¿Necesito un motivo para visitarte?

—No, por supuesto que no —respondí entre dientes.

—Te esperaré en el salón. Ve a vestirte decentemente. Y apaga ese cigarrillo, haz el favor —me ordenó.

Resoplé. Sí, todavía tenía poder sobre mí, por mucho que lo detestara. Obediente, marché a mi dormitorio y me puse uno de mis vestidos de tarde. Me cepillé el pelo y me reuní con ella, que se había sentado en uno de los sillones del salón mientras observaba con desgana cada detalle de la sala.

—Anita, prepárenos un té. ¿Quiere té, madrina? ¿O prefiere un chocolate o un café?

—Un té está bien —respondió.

—Bueno, dígame, ¿qué tal ha pasado el día?

—Bien. Con demasiado calor para mi gusto, pero bien. Aunque, Elisa, ya sabes que por mucho que sea el bochorno, de ningún modo, una señora debe pasarse el día en batín. ¿Qué crees que dirá tu servicio?

—Lo sé, madrina. Simplemente ha sido hoy.

—Ya..., seguro que sí. En fin, no he venido a hablarte de atuendos.

—Sabía yo que tenía que haber un motivo —apostillé.

—En efecto, y no me agrada que lo haya. Especialmente si se trata de tu matrimonio.

—¿Qué ocurre con mi matrimonio?

—Elisa, no me tomes por tonta. No es ningún secreto que don Francisco y tú lleváis vidas separadas cuando nadie os mira. Puedo aceptarlo. No todas las parejas logran entenderse con el tiempo. Sin embargo, no admito que seas la comidilla de Madrid por tu imprudencia.

—No entiendo, madrina.

—Ha llegado a mis oídos que tienes una excelente relación con el señor Olivier Pascal. Demasiado buena en mi opinión. Al parecer os han visto en varias ocasiones paseando juntos. ¿Sabes lo incorrecta que es esa conducta?

—¿Ha llegado a sus oídos?

—El otro día tuve la oportunidad de tomar el té con Benedetta y los señores De Lucca.

Comprendí inmediatamente toda la situación.

—Madrina, el señor Pascal solo me ayuda con el francés —mentí aterrorizada.

—Sí, el francés... Elisa, me importa bien poco el motivo de vuestros encuentros. La gente está empezando a hablar y no tardará en llegar a oídos de tu esposo. Espero que entonces sepas explicarle con más detalle el porqué de esos paseos. No creo que se conforme con unas lecciones de francés al aire libre.

—No me importa lo que la gente piense, madrina. El señor Pascal es un buen amigo. ¿Acaso no puedo tener mis propias amistades?

—No, no puedes.

Resoplé enfadada. Anita entró a servirnos el té y las galletitas. Detectando la tensión del ambiente, se retiró sin decir nada.

—Elisa, una dama de bien se dedica a su matrimonio y a su familia, no a encontrarse con periodistas y escritores. No son ambientes que beneficien a tu reputación como esposa de uno de los hombres más poderosos de Madrid. Don Francisco te eligió. Me he esforzado mucho en que este matrimonio se hiciera realidad y, desde el principio, solo he visto cómo intentabas, con todas tus fuerzas, destruirlo.

—No es cierto. Yo quiero a Francisco. —Dudé un momento—. Aunque, por otro lado, me resulta inquietante cómo puede ser usted tan hipócrita.

—¿Qué dices, niña?

—Vamos, madrina, no es ningún secreto que usted tampoco ha gozado siempre de una fama intachable. Ahora me dice que no me acerque a periodistas y escritores, pero ¿no tuvo usted un romance con uno de ellos? Me exige decencia cuando fue la primera en cruzar la línea de la buena moral e inmiscuirse en un matrimonio ajeno.

Sí, había llegado el momento de utilizar aquella información. Y, por suerte, a mi tía poco le importó de dónde la había obtenido...

—Elisa, te prohíbo que me hables así. Niña desagradecida. Te he dado todo lo que tienes. ¡Todo! ¿Y tú me respondes juzgándome? No tienes ni idea de lo que sucedió. Igual que no tienes idea de nada. Piensas que todo lo que te rodea te pertenece por derecho. Jamás has luchado por nada. Eres una chiquilla estúpida e inmadura y, tarde o temprano, tus pecados te mirarán a la cara y te despreciarán, como lo hará el resto. Me he dejado la piel por que seas alguien respetable, pero te pareces demasiado a tu padre. A las alimañas y la cizaña del campo que toman lo que no es suyo y pudren lo que está a su alrededor.

Con aquel discurso de despecho aún en sus labios, se levantó y se fue de la casa. No me había dado ni la oportunidad de responderle. «¡Cobarde», gritó mi subconsciente. Pero ¿cuál de las dos era más cobarde? Todo aquello era culpa de Benedetta. Había acudido a mi madrina con el chisme. Desde aquellas Pascuas en la casona, había buscado destruir lo que yo tenía con Pascal. ¿Es que no le bastaba con controlar su vida y la de sus hijos? Furiosa, abandoné el impecable juego de tazas de té, que atendía anonadado el vertiginoso transcurso de los acontecimientos, cogí mi carterita, mi sombrero y me fui del apartamento.

Con un gruñido, exigí a don José Carlos que me llevara a mi destino. Cuando el vehículo frenó delante del portal, emití otro graznido para comunicar al cochero que no tardaría en volver. La muchacha de la familia Roca me abrió la puerta con una sonrisa.

—¿Está la señora? —pregunté.

—Sí, doña Elisa. Ahora mismo la aviso. Aguarde en el gabinete, por favor.

Allí me dirigí. Esperé de pie. Nerviosa. Descontrolada. Benedetta, quien debía de estar atendiendo a sus hijos como la excepcional madre que era, llegó apacible a mi encuentro.

—Elisa, querida. ¿Qué te trae por aquí?

Me sonreía, sin la presión de la traición, sin el remordimiento de haber jugado sucio con una buena amiga.

—¿Cómo has podido contarle a mi madrina lo de Pascal? —espeté sin paciencia.

—¿Qué dices, Elisa?

—Ha venido a hablar conmigo.

Benedetta me miró a los ojos. El vago recuerdo de la amistad que solíamos compartir le empujó a decir la verdad.

—Debí hacerlo, Elisa. ¿Pascal? ¿De veras, Elisa? ¿Ahora os tuteáis? Detesto ver cómo te autodestruyes. No sé si es por algún fantasma del pasado, pero, desde que te conozco, vives entre embustes, despreciando lo que tienes.

—No tienes ni idea, Benedetta.

—No, no, sí la tengo. Juré no decir nada de toda esa patraña de Pedro Liébana porque, tonta de mí, creí que hacía bien en dejarte cumplir tus sueños. Dudé en delatarte mil veces, pero, entonces, siempre venía Catalina con su inquebrantable moral y me pedía que callara. Tienes suerte de que ella crea que forma parte de ese disparatado anhelo tuyo, pensando, por error, que eres de su misma clase...

—Ella es mi amiga. Eso es lo que hacen las amigas. No andar creyendo rumores que escuchan por la calle o delatándolas.

—Vamos, Elisa, no seas ingenua. ¿De verdad piensas que animarte a hacer esas majaderías es de buena amiga? ¿Qué has logrado en todos estos años? Nada. Y nunca lo harás porque eres una mujer, eres una dama, la esposa de un buen hombre que te necesita y al que rechazas y humillas cada día. ¿Sabes cuántas mujeres desearían estar en tu situación? No, por supuesto que no. Tú solo te limitas a menospreciar lo que otros te ofrecen porque estás obsesionada con escribir. Tu egoísmo te ha cegado siempre.

—No es egoísmo. Que no busque lo mismo que tú y las demás, no me convierte en un monstruo. Soy consciente de todo lo bueno que me ha aportado Francisco, pero también me ha encerrado en una jaula de oro macizo en la que me es imposible respirar. Y cada vez que salgo a tomar el aire, mi propia amiga me señala con el dedo. No esperaba esto de ti, Benedetta. Creí que siempre serías mi confidente, que me apoyarías, igual que yo lo hice cuando decidiste odiar a tu padre porque no te hacía tanto caso como a su mujer. ¿Dónde han quedado esas dos niñas que se lo contaban todo

sin juzgarse? —le pregunté con los ojos vidriosos.

—Ya no existen. Y no me gusta la mujer en la que te has convertido. Alguien que necesita ausentarse de sus obligaciones maritales porque se siente presa, alguien que miente sin cesar y que se deja ver, a solas, con periodistas. El matrimonio es un compromiso de por vida, no un entretenimiento momentáneo, Elisa. Da gracias a que los apellidos Ribadesella y Rosales siguen aconsejando precaución a la hora de creer y comentar este tipo de rumores. Si no, hasta doña Asunción y Francisco sabrían de tus encuentros.

—Una vez más, hablas sin tener ni idea.

—Sí la tengo, Elisa. ¿Ahora a ser infiel a tu marido se le llama tomar el aire? No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que has accedido a convertirte en la amante de Pascal en Madrid. Apuesto a que no tienes ni idea de cuántas más como tú ha ido dejando en otros puertos. Pobre ilusa..., terminarás sola y despechada. Pero será tu responsabilidad.

—No hables así de Pascal, Benedetta, te lo advierto.

—Es increíble —dijo riendo—. Estás enamorada de él. Has caído demasiado bajo, Elisa. Pero yo ya me he rendido contigo. Si te empeñas en cavar tu propia tumba, adelante. Mas no cuentes conmigo para ser testigo.

—No pienso hacerlo. Jamás. Tú ya no eres amiga mía, Benedetta. Espero que te deleites con la conversación de mi madrina porque es con la única Montero con la que vas a volver a hablar en tu penosa vida de esposa controladora.

Imitando lo que mi tía, sangre de mi sangre, había hecho, no di opción a un contraataque y me fui.

A finales del mes de septiembre de 1928, un terrible suceso dejó muda a la Villa de Madrid. En la tarde del domingo 23 de septiembre, cuando teatros y cines acogían a los ciudadanos para complacerlos con sus espectáculos, un incendio se declaró en el teatro Novedades en medio de la representación de la obra *La mejor del puerto*.

Yo había acudido al teatro Reina Victoria junto con Francisco, doña Asunción y mi madrina. Al salir, una espesa columna de humo se abrió paso hacia el cielo, sobrepasando los tejados de la ciudad. Vecinos provenientes de

diversas calles corrían hacia el supuesto origen. Algunos gritaban que se estaba quemando el edificio de Gobernación. ¿Habría sido provocado? La masa de gentío me impulsó a seguirlos, movida por mi vocación periodística y olvidando que, en realidad, era Elisa Montero, no Pedro Liébana. Mi marido, desconcertado por mi comportamiento, trató de detenerme, pero vio que era inútil y optó por perseguirme. Doña Asunción y mi madrina se metieron en el coche a esperar, cómodamente, a que aquello que estaba ocurriendo cesara de una vez.

La multitud ignoró la Gobernación y siguió caminando hacia el sur. Las callejuelas engullían a preocupados y curiosos que dejaban rumores, en vez de huellas, sobre los adoquines. Contemplar cómo las llamas devoraban el edificio del teatro, oyendo de fondo los gritos desesperados de los espectadores intentando salvar la vida, fue lo más sobrecogedor que nunca había experimentado. Quise acercarme más para saber qué había pasado, para ayudar a los que conseguían salir, pero Francisco me cogió del brazo con fuerza.

—Ni se te ocurra dar un paso más —me advirtió.

Acepté quedarme allí, como mero testigo de la tragedia, aunque, en mi interior, ansiaba servir de algo en aquel terrible accidente que se cobró la vida de más de sesenta personas y que dejó a más de trescientos heridos.

La Guardia Civil, el Ejército, los bomberos y los sanitarios llegaron para tratar de controlar la situación. A mi alrededor, mujeres llorando, desgarradas por el dolor de una pérdida que entreveían en las lenguas de fuego que consumían cada centímetro del coliseo. Las lágrimas se me saltaban. Algunos familiares querían saltar el cordón de la guardia, movidos por la fugaz esperanza de encontrar a sus hijos, a sus padres o a sus hermanos. A lo lejos, advertí a Morales, Simón y Mínguez. Pasaban de las nueve de la noche y, poco a poco, el incendio se iba convirtiendo en la única luz de una ciudad que quedó vestida de luto en los días que siguieron a la catástrofe.

Una anciana se colgó, de pronto, de mi brazo, exclamando que sacáramos a su hija de allí.

—Mi niña, mi niña está dentro, sáquenla, por Dios santísimo —me pidió.

Mi marido, contrariado, le pidió que me soltara y sin un ápice de empatía, me instó a que nos marcháramos. No obstante, antes de que me apartara a la fuerza de la multitud, llamé la atención de un soldado al que trasladé la petición de la anciana.

—Señora, hay más de doscientas personas ahí dentro —me contestó, desoyendo mi súplica.

Al acostarme, los chillidos de desesperación volvieron a tomar el control de mis oídos. No se oía nada más, ni siquiera el silencio de mi alcoba.

Francisco volvió a partir de viaje al día siguiente. En la soledad de la casa, leí todos los periódicos para informarme de qué había ocurrido. Al parecer, todo se había iniciado en el segundo acto, en medio de un cambio en la decoración. Los decorados, el telón, los farolillos habían abrazado el fuego, propagándolo sin remedio. El terror del público, alertado por la señal de «fuego», fue el segundo componente del desastre. Me asomé por la ventana para contemplar el color grisáceo que había teñido las calles. Durante las semanas que sucedieron a aquel triste acontecimiento, todo el mundo hablaba de ello. Sin embargo, el presente fue borrando el dolor del pasado, dejando la tarea de recordar a los familiares y a las víctimas.

Como Pedro Liébana, entregué un breve artículo sobre el trágico desenlace, con el ánimo de completar las informaciones elaboradas por mis compañeros allí desplazados. No obstante, el director de *El Demócrata de Madrid* optó, en aquella ocasión, por no publicarlo. Y así, regresé a mi rutina sin echar la vista atrás hasta que, una tarde, recibí una visita de lo más inesperada. Anita, pálida, me comunicó que dos guardias civiles me buscaban. Confusa, pero manteniendo la serenidad que me permitiría salir de ahí a salvo, fui a recibirlos. Al parecer, ni las averiguaciones sobre el aparatoso incendio del teatro habían desviado la atención de la Benemérita de mi casa.

—Buenas tardes, señores —saludé.

—Buenas tardes, señora de De las Heras y Rosales —contestó el sargento Yáñez, acompañado de otro que todavía no conocía.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Verá, queríamos hablar con su marido, pero su empleada nos ha comunicado que no se encuentra.

—Tiene razón. Se marchó hace cuatro días de viaje al Reino Unido. Cuestiones del banco, ya saben —concreté—. Regresará el próximo día 8 de octubre. Pero si tienen prisa, quizá yo pueda ayudarlos.

Vacilaron un momento.

—Bueno, es en relación con su visita al cuartel. Nos informó de que había visto al señor Pedro Liébana en el hotel Florida. Por entonces, no nos

proporcionó gran detalle y queríamos saber si recordaba algún dato más que pueda ayudarnos en la investigación —me contó el otro guardia.

«Maldito malnacido del demonio», pensé. Me había defraudado. No había cumplido su palabra de avisarme. Tragué saliva, tragué orgullo, tragué miedo.

—Oh, en ese caso, es evidente que no puedo colaborar en su nombre — dije, simulando indiferencia.

—No, en efecto. No puede —me respondió el sargento—. Aunque ya sabiendo su fecha de vuelta, podremos dar con él más fácilmente.

—Por supuesto —dije sonriendo—. Entonces, ¿han podido averiguar algo gracias a su testimonio?

—No demasiado.

—Disculpen mi entrometimiento. Pensarán que soy una fisgona. Es solo que siempre me han atraído las investigaciones y los enigmas —disimulé, valiéndome de mis armas de mujer para hacer que aquellos dos hombres se relajaran.

—No se preocupe, señora de De las Heras y Rosales, es lógico que se interese. A fin de cuentas, son personas que usted conoce —comprendió el otro tricornio.

—¿Personas? ¿Acaso hay alguien más implicado en el caso Liébana? — pregunté.

—Bueno, tenemos la teoría de que, probablemente, el señor Liébana acudió a reunirse con el señor Olivier Pascal en el hotel Florida. Ya sabe, el periodista de *Le Figaro*. Según nos contó el chico del periódico... ¿Cómo se llamaba?

—Simón Recuero —le recordó el sargento.

—Eso, según el señor Recuero, eran grandes amigos hace años.

—No me diga. Me dejan ustedes helada. En todas las veces que he visto al señor Pascal, jamás ha mencionado que haya vuelto a ver a don Pedro. ¿Han podido hablar ustedes con él? —mentí.

—Sí, le interrogamos ayer.

Por un momento, me temí lo peor.

—Por eso queríamos hablar con su marido. Para comparar versiones —me explicó el otro.

El sargento Yáñez le dio un codazo, indicándole, así, que ya era hora de cerrar la boca.

—Disculpen mi indiscreción. Dejo ya que se marchen. Ya saben dónde estamos si precisan de más información.

—Muchas gracias, señora. Volveremos cuando su marido se encuentre en Madrid. Tenga usted muy buen día.

—Igualmente, señores. Vayan con Dios.

—Con Dios, señora —se despidió aquel desagradable sargento.

La sonrisa se borró de mi rostro con la misma rapidez con la que la puerta se cerró a cal y canto. No me perdonaría nunca que mi imprudencia afectara a Pascal. Por suerte, también él se ausentaría unos días de la ciudad. Debía visitar su periódico en París para presentarles todo el material que había ido recogiendo en los últimos meses sobre el progreso en las obras de Barcelona y Sevilla, así como sobre el Directorio. Por suerte, volvería antes que Francisco, con lo que podríamos disfrutar de tiempo a solas.

Y así ocurrió unos días después. Era sábado. Ya le sentía cerca. En mi mente, su tren había entrado en la estación. Despaché a Anita y a doña Charito a las siete de la tarde, azuzándolas para que disfrutaran de aquella velada sin preocuparse por mí. Cuando el timbre sonó, galopé hasta el vestíbulo. Su presencia me tranquilizaba, me llenaba de vida. Lo besé, sin esperar a que me saludara con palabras. Me abrazó con fuerza, diciéndome así lo mucho que me había extrañado. Le hice pasar al salón, donde había preparado dos copas de *champagne* que reposaban sobre el piano. Sonriente, me preguntó por el motivo de la celebración.

—Es sencillo. Has vuelto. Estás aquí conmigo. Nadie nos molesta —le dije.

No me respondió. Acarició mis labios con los suyos, saboreando aquel instante.

—Vino a verme la Guardia Civil —le susurré preocupada—. Me dijeron que te habían interrogado.

—Sí, el día antes de irme a París. Pero creo que conseguí convencerlos de mi inocencia —me contestó, sentándose en el banco que custodiaba aquel imponente instrumento de cuerda.

Lo imité, acomodándome a su lado mientras abandonaba un momento la copa.

—Lo siento, Pascal. Espero que no te haya causado ninguna complicación todo este asunto. No podría soportar que mi disfraz terminara por descubrir tu verdadera identidad.

—No te preocupes. He logrado despistarlos por el momento y, por lo que comprobé, no sospechan nada. De todos modos, sería recomendable que no volvieran a vernos juntos como Liébana y Pascal. Solo por si acaso —dijo sin levantar la vista.

—¿Has podido visitar a tu familia? —me interesé.

—Sí, sí, ha sido un viaje muy bien aprovechado.

—¿Les has hablado de mí? —bromeé.

—En cierto modo sí. Mi madre está deseando conocer a esa misteriosa mujer que me tiene embrujado.

Sonreí y bebí de mi copa. Él, en silencio, abrió la tapa del piano.

—¿Me acompañas? —me propuso.

—Por supuesto.

Sus suaves dedos empezaron a interpretar nuestra canción. Se movían por las teclas, explorando, una vez más, los rincones de aquella melodía que tanto nos había dicho cuando no sabíamos cómo comunicarnos con palabras. Me uní discreta a aquella exploración, permitiendo que mis manos fueran dueñas de mis impulsos y de mis latidos. Pascal había cerrado los ojos, estaba totalmente entregado a la pieza de Debussy.

Contemplando nuestras manos acompañadas, recordé una lección de la señorita Rebeca en la que me habló de tocar con otra persona. Algo que a mí me pareció imposible. Miré a Pascal, llena de esa felicidad que aporta el amar y ser amado. Pero, entonces, atendí cómo sus manos volvían a hablarme una vez más. Los dedos rozaban las teclas con menos garbo, la melodía se iba entristeciendo, se apagaba en la oscuridad que le estaban otorgando sus párpados cerrados. Alcé la vista, dejando de tocar súbitamente.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

Pascal se tomó su tiempo para finalizar la canción y encontrarse con mis ojos.

—¿Cuándo te marchas?

Bajó la vista. No podía ser verdad. Lo había dado por sentado, pero no me lo creía.

—Quieren que deje todo cerrado en Madrid esta semana. Debo ir a los Estados Unidos. Están en plena campaña electoral, en noviembre son las

elecciones presidenciales. Necesitan refuerzos porque el corresponsal que había allí asentado ha caído enfermo...

Puse los codos sobre las teclas, sin cuidado, y me cubrí el rostro con las manos.

—¿Y por qué siempre has de ir tú? —pregunté con un hilo de voz.

—Elisa, soy corresponsal. Es mi oficio. Tiene grandes ventajas, pero el inconveniente de no tener hogar, de no saber adónde irás.

—No es justo, Pascal, no es justo —me quejé.

Tratando de contener mi angustia, cogió mi mano.

—Elisa, esta vez, si quieres, puede ser diferente.

—¿A qué te refieres?

—Vente conmigo, Elisa. Vayámonos de Madrid, de España. Comencemos una vida juntos, en América, donde nadie nos conoce.

Su proposición me pilló desprevenida. Giré la cabeza a un lado, asimilando toda la información. Pascal tenía muy claro lo que deseaba. Tomó mi mejilla con ternura y me hizo volver a mirarlo.

—Elisa, te quiero y no quiero pasar el resto de mi vida escondiéndote. No puedo vivir así. Si me quedo, seríamos esos amantes eternos que nunca encuentran el momento propicio para dar prioridad a sus sentimientos, amordazados por el qué dirán. No dejes que nos convirtamos en eso, Elisa. Seamos dos prófugos de los convencionalismos, deja que te ame en cada ciudad a la que me destinen, que te presente como mi mujer, sin avergonzarme, sin tener que esconderme. Olvidémonos de Pedro Liébana y de la Guardia Civil.

—Eso es imposible —respondí, levantándome—. Yo jamás seré libre para hacer tal cosa. Estoy casada, Pascal. No puedo ser la mujer de nadie más que de Francisco de las Heras y Rosales. Es mi castigo por mi soberbia y mi ambición.

—Elisa, eres tan libre como quieras. Solo debes tomar decisiones.

—Es muy fácil decirlo cuando eres un periodista sin obligaciones ni responsabilidades. Cuando consigues siempre todo lo que te propones, incluso enamorar a mujeres casadas para después marcharte sin más.

—Elisa... —me pidió, negando con la cabeza.

—Dime, Pascal, ¿seguirías amándome cuando fuera una adúltera a ojos de todo el mundo, cuando no me quedara nada, ni siquiera mi reputación? Dime, ¿lo harías?

Sus ojos se vaciaron de alegría. Los cerró rendido un segundo.

—Creo que hay poco más que añadir si eso piensas de lo que siento por ti —espetó y se dirigió a la puerta.

¿Se iba así? ¿Sin más? Sus zapatos despidiéndose de los escalones se entremezclaban con el ruido de la lluvia. Desesperada, lo seguí, abandonando aquella solitaria casa. La calle me recibió con aquella cortina de agua, tormenta de principios de otoño en la ciudad. Pascal caminaba sin mirar atrás, convencido de que la conversación se había terminado.

—¡Pascal! —exclamé—. ¡Pascal! ¡Pascal!

Finalmente, dio media vuelta. Corrí hasta donde se encontraba. En mis mejillas se confundían las lágrimas con las gotas procedentes del aguacero. Tenía tanto que decirle, tanto que gritar.

—Pascal, no puedes irte así.

—Elisa, no llores, por favor —me pidió, tomando mi cara entre sus manos—. Esto no tiene por qué ser una despedida...

—No puedo irme, Pascal. Me pides que renuncie a lo poco que me queda en mi vida. Que me vuelva un alma errante, rechazada por todo lo que conoce. No puedes pedirme eso. No puedes. —Sollocé.

—Elisa, no quiero que seas una infeliz ni que pienses que pierdes algo por mi culpa, con eso no podría vivir. Puedo aceptar que me olvides, pero no que me detestes. Respeto tu decisión, pero no me pidas que me quede a ver cómo te sumes en la amargura de un matrimonio roto y en una existencia que te repugna.

—No me dejes, Pascal. No me dejes aquí sola —le supliqué.

Me abrazó, con la amargura del adiós acompañándonos en silencio.

—Elisa, vente conmigo. Piénsalo, por favor.

Lloraba angustiada, pero aquella última petición me hizo estallar. ¿Por qué había de ser mía la responsabilidad? ¿Él no podía quedarse, pero yo sí debía marcharme?

—¡No! —exclamé, apartándome de golpe—. ¡Todos los hombres pretendéis lo mismo! ¡Siempre debo ser yo quien renuncie! ¡Pues ya estoy harta! Si no eres capaz de renunciar a nada por mí, puedes marcharte. ¡Vete! ¡Vete ahora mismo! Y no te molestes en despedirte ni en escribirme. ¡Todos queréis lo mismo! ¡Todos! Estoy cansada de ser yo quien se anule. No puedo más. ¡Márchate! ¡Márchate y no vuelvas!

—¡Muy bien! Pues me voy. Pero ¡deja de culpar a todo el mundo de tu

desgracia, Elisa! ¡Deja de mentirte a ti misma para no tomar decisiones y para justificar tus miedos! Quieres ser periodista, quieres que te valoren, pero dejas pasar todas las oportunidades que tienes para luchar por ello. Me dices que me quieres, pero después me rechazas y me comparas con don Francisco. Deja ya de mentirte a ti misma, Elisa. Y deja ya de mentirme a mí. Porque si de verdad quisieras dejar atrás esa vida que llevas ahí arriba...

—¿Qué? ¿Acaso piensas que no he sido sincera contigo? ¿Acaso crees que no es cierto todo lo que hemos vivido? ¿Todo lo que te he contado? ¿De veras piensas que es solo una pose superficial para llamar la atención?

—Ahora mismo no sé qué creer.

—Pues entonces fuera de aquí. ¡Fuera, maldito Pascal! ¡Fuera! ¡Vete con otra estúpida a la que logres engañar! Me acusas de cobarde, pero el que demuestra menos valor eres tú. Eres incapaz de comprometerte con algo más que con tu periódico. ¡Vete a buscar noticias a América! ¡Vete! ¡Largo de aquí!

Pascal no soportó más aquella escena y, esta vez sí, se fue. La lluvia se lo tragó. Yo me quedé allí, arañando el suelo con las uñas, regalando lágrimas al frío pavimento que no comprendía de sentimientos. Al rato, don Pepón, el sereno, salió en mi busca y me ayudó a levantarme.

—Doña Elisa, venga, incorpórese. Va a coger una pulmonía —me dijo mientras trataba de llevarme de vuelta al portal.

Cuando Francisco regresó, encontró una casa en penumbra y a una esposa secuestrada por la tristeza. Tal y como me habían prometido, los dos tricornios volvieron para hacerle unas cuantas preguntas sobre el asunto del hotel Florida. Desde mi habitación, lugar donde había pasado los últimos días, escuché aquella conversación. Según él, don Pedro Liébana llevaba un maletín con documentos aquel día. «Menudo mentiroso», murmuré. Mi marido, agotado por mis cambios de humor, optó por ignorarme y dejar que me recluyera en mi alcoba.

En aquellos meses de finales de año, solo hubo un motivo que me llevó a abandonar mi retiro. Fue en noviembre, para ser exactos. Había continuado intercambiando misivas con mi hermano Juan desde verano. El tono de mi hermano mayor se había ido relajando hasta tal punto que, en su última carta,

me informó de que tenía previsto visitar la capital para buscar trabajo tras el día de Todos los Santos. Me planteó la posibilidad de citarnos. Tras vacilar, acepté. Sí, quería conocerlo, que me conociera. Concretamos que nos veríamos el martes 14 de noviembre, a las 12 de la mañana, en el café Montmartre. Allí nos atenderían bien y no harían preguntas impertinentes. Además, de ese modo, no tendría que inventar excusas con don José Carlos, pues era mi destino habitual por las mañanas.

Aquel día me arreglé como hacía tiempo que no hacía. El dolor y la angustia por la partida de Pascal me habían arrebatado las ganas de casi todo. Cuando entré en el café, una bocanada de nostalgia me invadió. Don Gervasio me preparó, enseguida, la mesa, con el ejemplar de *Le Figaro* del día 7 incluido. Había llegado con tiempo, así que podía ojearlo mientras aguardaba a mi hermano. Estaba nerviosa. Ojalá supiera ver lo mucho que los había echado de menos.

Entretanto, revisé las páginas del periódico, buscando el artículo de Pascal. Ahí estaba, en medio del despliegue informativo sobre los comicios de los Estados Unidos, celebrados el lunes anterior, y que darían la presidencia al señor Herbert Hoover. Sin embargo, ya no dejaba mensajes para mí. En mi mente, solo quedaban aquellas últimas palabras que había pronunciado por teléfono el mismo día que tomó el tren que le había alejado de mí sin remedio.

Yo, esa tarde, estaba sentada en el gabinete, con la mirada perdida, con aquella novela que me había regalado Pascal entre las manos. Había pasado media hora releyendo, una y otra vez, la dedicatoria: «Para mi amada Cecilia, la mujer que me ha hecho comprender que la literatura es vida y que mi vida, sin ella, no es nada». Sabía que Pascal se marcharía en aquellos días, pero ansiaba un giro en los acontecimientos. Mas nuestra última conversación no presagiaba nada bueno. Anita y su estridente voz me sacaron de mi éxtasis.

—Doña Elisa, doña Elisa. Lllaman de la zapatería Casals —me dijo.

A punto estuve de pedir que tomara ella el recado cuando mi mente comprendió el mensaje. Casals, Casals, Eulalia Casals... ¡Era Pascal! Me levanté de un brinco y cogí el auricular.

—¿Sí, dígame? Sí, soy yo —disimulé mientras comprobaba que Anita volvía a sus quehaceres—. Pascal, ¿estás loco? ¿Cómo te arriesgas a llamar a mi casa?

—Necesitaba hablar contigo una última vez, Elisa. En pocos minutos sale

mi tren.

—Pascal, no lo hagas más difícil —le pedí, perdiendo toda esperanza de volver a verlo.

—Lo sé... Lo siento. Solo quería decirte algo. Quiero que siempre lo recuerdes. Te quiero, Elisa, y siempre te querré. Estos meses han sido los mejores de mi vida. Y solo espero que, algún día, comprendas lo que te pedí.

—Pascal... —dije en voz baja, con lágrimas en los ojos.

—*Oui, oui. Un moment. Je veux juste dire au revoir à un ami* —le indicó a alguien que le pedía que se apresurara—. Solo hazme un favor, Elisa. Date una oportunidad, algún día. No a mí ni a nadie, sino a ti. Solo con eso, seré feliz aunque no pueda tenerte.

Me quedé callada. No sabía qué responder. Nadie me querría como él y yo debía dejarle ir. Nuestro amor era imposible. Yo estaba ligada a un hombre al que no amaba y él a su periódico, a la actualidad. Yo no quería renunciar a mi reputación y él no quería renunciar a su pasión. Y si alguno de los dos lo hubiéramos hecho, nos habríamos terminado odiando. Terminaríamos gritándonos como aquella noche, diciéndonos todas esas sandeces que no pensábamos sobre el otro. O, quizá, sí las pensábamos. No, no quería retenerlo basándose en promesas que no podría cumplir, él tenía que seguir hacia adelante, a donde sus sueños cobrasen vida, sin más carga que su sombrero, su cigarrillo y aquella intrigante mirada que me había enamorado.

—Pascal, no te entretengas, debes tomar un tren. Cuídate. Yo también te querré siempre —dije, perdiendo la voz en el intento—. Adiós. —Y colgué.

Don Gervasio se acercó a mi mesa.

—Señora, disculpe. Aquel hombre de la puerta pregunta por usted —me comunicó.

Abandoné aquel ejemplar de *Le Figaro* y miré hacia la entrada. Un hombre de aspecto humilde, con tez morena y cabello negro rizado, esperaba. Los pantalones, la camisa y la chaqueta estaban castigados por el tiempo. En sus manos sostenía una boina. Le hice una seña para identificarme y, ágil, se acercó a mí. Los dos nos analizamos asombrados por aquel reencuentro. En el fondo, hallábamos al niño que habíamos sido, al que habíamos conocido, en medio de aquella apariencia dispar. No obstante, a Juan pareció extrañarle mi porte y dudó en la forma de saludarme. Yo, insegura, le ofrecí mi mano en un gesto algo torpe. Sin dudar, la besó y, después, tomamos asiento. Nuestros ojos eran del mismo color aunque los suyos habían luchado con más

intensidad, se veían cansados. Tardamos unos segundos en iniciar el diálogo, incrédulos, incómodos.

—Se la ve muy bien, doña Elisa —observó.

—Gracias. Aunque, por favor, no me llames doña Elisa, Juan. Si a ti no te importa, podemos tutearnos —le propuse.

—Está bien, sí, como usted quiera... Es decir, como quieras —respondió y sonrió.

Justo en ese momento, nos sirvieron el té y el café que habíamos pedido.

—Un sitio muy *apañado* —valoró, analizando el local.

—Sí, me gusta mucho este café. El servicio es increíble y, bueno, su verdadero valor está en las vistas.

Juan lanzó una mirada a la calle Velázquez sin hallar nada excepcional.

—¿Esto? Si crees que esto son buenas vistas, deberías venir al pueblo. Allí sí que tenemos paisajes que le quitan a uno el hipo.

Me reí.

—No, no me refiero a que sean bonitas. ¿Ves ese portal de ahí?

—¿El del mozo de uniforme?

—Ese mismo. Ahí es donde está la redacción de *El Demócrata de Madrid*, donde os conté que trabajé un tiempo.

—Una pregunta, si no es meterme donde no me llaman, pero ¿por qué una dama como tú tuvo que trabajar en un periódico? Por lo que sé, doña Manuela Montero no andaba mal de parné.

—Bueno, fue mi voluntad. La verdad es que adoro escribir. Mi planteamiento inicial fue ser redactora, pero no me dejaron, así que me conformé con ayudar en la secretaría.

—A juzgar por las cartas, no se te da *na* mal lo de escribir.

—Gracias de nuevo —contesté y bebí de mi té.

Poco a poco, la conversación fue tomando forma y nos fuimos relajando. Juan me contó que padre estaba bien. Hacía un par de años había caído enfermo, pero había conseguido recuperarse gracias a los cuidados de la mujer de Juan, doña Mercedes Castro. Trabajaban en las tierras de don Zacarías Silvano, quien resultaba ser primo segundo de nuestro padre. Eran de los afortunados que estaban empleados de forma fija, cultivando y recogiendo el cereal en una zona asolada por el alto nivel de paro. Sin embargo, los salarios y las condiciones de vida eran precarios. José Luis, por su parte, había tratado siempre de evitar el trabajo de jornalero y se dedicó,

durante un tiempo, a hacer tratos con los comerciantes que paraban en la posada del pueblo, camino a Sevilla o a Lisboa.

—Me saca de quicio esa manía suya de trapichear. Un día lo encontraré *tirao* en la cuneta con un tiro en la cabeza —me contó—. Es igual que padre. La misma tendencia a los negocios turbios.

—¿Y no tiene esposa? —me interesé.

—¿Ese? ¿Esposa? No, esposa no tiene, pero ha *engatusao* a la mitad de mozas del pueblo y a parte del pueblo de al *lao*. Esa es otra razón por la que creo que le pegarán un tiro. Demasiados padres *indignaos*. Pero ya hace tiempo que se marchó del pueblo. Viene de vez en cuando, sin dar explicaciones... Padre dice que es un soñador, yo creo que es un mendrugo.

Me reí. Nos reímos. Entonces, me percaté de todo lo que me había perdido y de lo poco que los conocía. Mi hermano detectó mi pesar.

—¿Qué sucede?

—Nada, es solo que... me apena no haber sabido nada de vosotros en todo este tiempo. Siempre he querido saber por qué no vinisteis a buscarme, por qué nadie me escribió. Los primeros días, te imaginé tantas veces apareciendo por la puerta, liberándome de las normas de mi madrina... Aunque, quizá, vosotros penséis lo mismo de mí.

Juan arqueó las cejas, lamentando mi espera en balde.

—Pero, Elisa, ¿no lo sabes?

—¿El qué?

—El trato. Padre hizo un trato con doña Manuela para sacarte del pueblo.

—¿Un trato?

—Sí... Ella accedió a que vivieras con ella, pero con la condición de que no nos pusiéramos en contacto con vosotras nunca. Por eso me sorprendió tanto cuando recibí tu carta. Pensé que algo muy extraño había *tenío* que pasar para que se cambiara lo que se había *pactao*.

—Pero ¿y por qué se acordó eso? No entiendo...

—Bueno, padre no es ningún santo, eso supongo que sí lo sabrás.

—Sí, sé que bebía mucho y que se arruinó y que no podía hacerse cargo de mí porque era una niña y no podía ayudar en el campo. Por eso me mandó con mi madrina, para que ella me educara. Ella accedió y me sacó de allí porque padre tenía demasiados problemas.

—¿Eso te ha *contao*? No es así la historia... El año en que te fuiste, unos meses antes, te pusiste muy mal. Padre creyó que ibas a morir. Después de lo

de madre, aquello hubiese sido un palo muy grande para todos. Así que, cuando te pusiste bien, contactó con su hermana, doña Manuela, y le pidió, por favor, que se hiciera cargo de ti para que tuvieras una oportunidad en mejores condiciones. Es cierto que padre bebía más de la cuenta y que, en parte, por culpa de eso se había arruinado y había perdido todas sus propiedades con sus negocios. Pero puedo asegurarte que si hubiera *podío* retenerte con él, lo habría hecho sin dudarlo. Creo que nunca se ha *perdonao* el dejarte ir, pero era preciso en ese momento. Estabas muy débil de salud y, bueno, allí en el pueblo se vive como se puede. Empezamos a trabajar para don Zacarías, entonces, y hasta ahora. No puedo decir que padre no se amarre a una botella de vino de vez en cuando, pero ha *conseguido* dejar a un *lao* los fantasmas del pasado.

No salía de mi asombro.

—Y... ¿Y mi madrina accedió a ayudarlo con ese requerimiento?

—Bueno, padre no habla mucho del tema, pero yo me acuerdo de la noche en la que aquel hombre vino a por ti. Padre nos metió a José Luis y a mí en la alcoba para que no viéramos nada, pero yo escuché todo. Él había ofrecido a doña Manuela su parte de la herencia, lo último que nos quedaba aparte de la casa, en compensación. Pero esa mujer quiso algo más. No podíamos formar parte de tu vida, a partir de ese momento, y ella se responsabilizaría de ti hasta el día en que contrajeras matrimonio con quien ella considerase.

—Todo tiene un precio... —susurré, imaginando a don Santiago trasladando a mi padre las condiciones de mi madrina.

—Así es.

Mis mejillas habían perdido color. Mi madrina me había tenido engañada. Me había utilizado vilmente en su propio beneficio. Aquel puñal asfixiaba mi corazón, pero logré mantenerme a flote el resto del tiempo que compartí con mi hermano. Me contó sus planes de encontrar trabajo en Madrid para conseguir dinero y comprar algunas tierras en el futuro. Quería procurar un mejor futuro a sus hijos, Samuel, Miguel y Antonio, y huir así de la inestabilidad y la miseria. En dos días regresaría a Fuente de Cantos, pues el dinero no le permitía quedarse más tiempo en la capital. Lamenté no poder ofrecerle mi casa, pero creo que él lo comprendió. Al despedirnos, prometimos seguir escribiéndonos. Me confesó lo mucho que le agradaba haberme visto. Era mutuo. Durante la cena, con Francisco enfrente, repasé todo lo que Juan me había relatado. Rememoré sus facciones. Había estado

con mi hermano, con mi héroe de la armadura, a quien mi madrina había prohibido formar parte de mi vida.

No tardé ni dos días en personarme en el palacete Ribadesella para exigir una explicación a doña Manuela Montero. Mi estado de embriaguez emocional constante tenía muchos inconvenientes, pero gozaba de la gran ventaja de disipar la cobardía.

Don Severiano se extrañó al verme, pero enseguida fue a avisar a mi madrina, que estaba en su despacho. Para mi sorpresa, le informó de que me hiciera pasar a aquella sala, prohibida para mí desde que tenía uso de razón. Temerosa, entré. Mi madrina revisaba el correo con ayuda de un monóculo, sentada en uno de los sillones. Observé que en la papelera yacía un ramo de rosas negras. Quise acercarme, pero la sensación de que faltaban más elementos en aquella estancia me distrajo.

—Buenos días, Elisa. ¿Qué te trae por aquí? —dijo sin levantar la vista.

—Buenos días, madrina —respondí tímida. Llené los pulmones de coraje—. He hablado con Juan, con mi hermano, y me lo ha contado todo. —Mi madrina alzó la mirada—. Sé que usted aceptó cuidarme a cambio de que ellos no se pusieran en contacto conmigo, que se quedó con la parte de la herencia de mi padre, a sabiendas de que era todo lo que le quedaba y que me utilizó para sus propios arreglos, para vincularse a una familia mejor que la del señor Ribadesella —revelé con los ojos vidriosos.

—Chsss. Espera un momento, niña. No lo digas como si fuera un crimen. Yo no fui la que te abandoné, ese fue tu padre. Y no voy a pedir perdón por intentar protegerte de su mala influencia.

—¿Mala influencia? Madrina, usted me empujó a que los odiara, a que creyera que se habían deshecho de mí porque era una carga innecesaria. Ellos son mi familia. Me mandaron con usted porque caí enferma. No merecía vivir engañada.

—Elisa, tu padre se arruinó porque no sabía administrar ni a su propia familia. Solo sabía ir a la taberna a beber y a jugarse las propiedades que, con tanto esfuerzo, nuestros padres nos habían dejado. Como él era el hombre, heredó casi todo y se encargó de hacerlo desaparecer. Después, me pidió el favor de que me encargase de su hija pequeña mientras a mí no me quedaba

nada más que lo que mi marido me había dejado al morir. ¿En serio crees que soy el villano de este cuento?

—Madrina, esto no es ningún cuento. Ambos actuaron mal, pero usted tuvo la oportunidad de ser sincera y no la aprovechó. ¿En todos los años que viví con usted no sintió la necesidad de decirme la verdad, de darme la oportunidad de decidir? —pregunté.

—Mira, Elisa, considero que te puedes sentir más que agradecida con el hecho de que yo hallase algún tipo de interés en tenerte bajo mi techo. De lo contrario, ahora quizá estarías yendo a buscar agua al río cada mañana, tendrías cinco hijos piojosos con un jornalero o, peor, estarías muerta. Si para ello, has tenido que vivir al margen del acuerdo que hice con tu padre, sinceramente, me parece más que justo.

—Entonces todo se reduce a eso... A sus intereses y a un trato de hace veinte años. Por eso se empeñó en que me casara con Francisco. Usted estaba obsesionada con sacar algo de provecho de mi estancia aquí. Pues, enhorabuena, lo ha conseguido. Soy una perfecta infeliz, pero usted puede presumir con quien quiera. Puede tomar el té con doña Asunción y hablar de los hijos que jamás le daré a mi marido. Oh, pero espere un momento, desde hoy, considéreme muerta para usted. No me hable, no me escriba ni me llame, no me mire ni me salude cuando me vea. ¿Ha entendido?

Le advertí mientras me dirigía a la puerta.

—Elisa, no seas incauta o te quedarás sola. Ni siquiera tu querido señor Pascal se ha quedado a tu lado.

Me mordí la lengua para no empeorar la situación y me fui.

Aquella charla no contribuyó, en absoluto, a mi recuperación. Al contrario. A partir de aquel día, entré en una suerte de bucle de desesperación del que no sabía cómo salir. Jamás había sido libre. Habían diseñado mi vida. Me había hecho creer que Francisco era el hombre correcto cuando, en realidad, solo lo era para su posición social. Me había criado con alguien que me aborrecía. Ya nada me quedaba. Había apartado de mi vida a Benedetta, a Pascal, a mi madrina. Catalina seguía recorriendo el mundo con el profesor Santoro. Mi marido me detestaba casi tanto como yo a él. Y mi familia, allá en Fuente de Cantos, había tenido que soportar mi desprecio e ignorancia, a cambio de salvarme.

A todo ello se sumaba que, en casi diez años, no había conseguido firmar un solo artículo con mi nombre y que el pseudónimo de Pedro Liébana se

había convertido en un peligro para mi integridad y la de la persona que más me importaba en el mundo. Su ausencia abrasaba mi piel. Desde la semana de las elecciones presidenciales, no había vuelto a firmar un solo artículo en *Le Figaro*. No había recibido ninguna carta. Con buen criterio, me había hecho caso y me había olvidado. Entre lágrimas de frustración, me dormía leyendo antiguas misivas, escritas cuando aún no nos habíamos confesado lo mucho que nos deseábamos. De aquellos años, recordaba recordarlo, amarlo sin darme cuenta, esperarlo sin saberlo, extrañarlo sin siquiera pretenderlo. Recordaba recordarlo...

Capítulo 14

Dicen que las desgracias nunca vienen solas y, en mi caso, fue verdad. El año 1929 comenzó con un fallecimiento. Mi vida se tiñó de negro. Dejé de ponerme todos aquellos fabulosos vestidos que habían ido sumándose a mi ropero y me retiré de los compromisos públicos, de los bailes y de las cenas. No es que supusiera un enorme cambio para mí, pues yo misma me había sumido en otro duelo previamente, pero incrementó mi aislamiento.

La noche en la que el doctor Rueda nos telefoneó para informarnos de que doña Manuela nos había dejado por un infarto precedido de una angina de pecho, no supe qué sentir. No había vuelto a hablar con ella desde aquella conversación en su casa y de eso hacía ya dos meses. Una parte de mí se sentía culpable. Otra experimentaba una suerte de retorcido alivio. Pero, de cara a los demás, debía transmitir tristeza. Todos me presentaron sus condolencias. Doña Pilar, preocupada por mi estado, se volcó en mostrarme su apoyo y en que no faltara detalle. La casa se llenó de coronas de flores con mensajes de sus amistades. También de visitas que se disponían a velar el cuerpo de mi difunta madrina, repitiendo frases como: «Ahora está con el Señor», «Fue una gran mujer, muy fuerte», «No somos nadie», etcétera.

Cansada me dedicaba a mirar por la ventana para que la calle Villanueva me contara historias ajenas, cuentos desconocidos que me evadiesen de aquella pesadilla funeraria. Gracias a aquello, me percaté de que un individuo dejaba una nota sobre el pescante del landó de la familia Ribadesella. Don Santiago la encontró un par de minutos más tarde, cuando el remitente se había perdido por la calle Claudio Coello. Su expresión de asombro, buscando en el aire al autor de aquella póstuma amenaza, me indicó lo que llevaba años esperando. Obvié a mis invitados, oyendo la voz de Francisco llamándome a lo lejos, y corrí siguiendo la dirección que había seguido la figura anónima.

Recorrí el primer tramo de la vía por la que le había visto desaparecer,

revisando con mis ojos cualquier rincón. Cuando apenas había avanzado media docena de metros, lo identifiqué a lo lejos, algo nervioso. Sin saber que, aquella mañana, yo lo estaba siguiendo, repitió el que parecía su ritual. Se giró y trató de comprobar si don Santiago había encontrado la nueva misiva. Después, se refugió en uno de los portales para controlar la escena. Iba vestido con un gabán raído y un bombín que ocultaba su rostro de sus pecados. Me apresuré, nerviosa, y antes de que tuviera oportunidad de escabullirse, lo arrinconé en aquel recodo que había de servirle de escondite. Olvidé mis temores y agarré su sombrero para descubrir su identidad.

—¿Quién eres? ¿Eres tú el que ha estado amenazando a mi madrina? — pregunté.

Sus facciones me impactaron. No por belleza o fealdad, sino porque se parecían sospechosamente a las mías. Los dos nos contemplamos, confundidos.

—¿José Luis?

Antes de tener la oportunidad de insistir, me arrancó su bombín de las manos y huyó despavorido.

Francisco se encargó de cerrar el palacete Ribadesella, abandonado así por la última de sus inquilinas. Una semana o dos más tarde, me habló de la conveniencia de ponerme en contacto con el gestor de mi madrina, pero rehusé hacerlo. Estaba demasiado confusa con todo. Descubrir que el enemigo misterioso de Manuela Montero era mi hermano no había contribuido a despejar mi mente. Al contrario, todo carecía de sentido.

Tres semanas después de la muerte de mi madrina, falleció la madre del rey Alfonso XIII, doña María Cristina de Habsburgo. Salpicada de los funerales, banquetes y ceremonias que se habían celebrado, o se iban a celebrar, en su honor —con propuesta de monumento, inclusive—, estaba aún aquella edición del *ABC* del 14 de febrero de 1929 que esperaba, en la mesita del gabinete, a ser leída. Me preguntaba si mi madrina y ella se habrían conocido ya en los cielos. Si es que San Pedro había tenido a bien dejar pasar a mi madrina. O a la regente. Dos mujeres de armas tomar, sí. De orígenes muy distintos, con vidas dispares, pero con un mismo destino. Anita volvió con las manos vacías.

—Señora... —empezó.

—Pero ¿no se iba al mercado, Anita? Le he dicho que compre tres botellas de vino. ¿A qué está esperando? —dije, irritada por su tardanza.

—Sí, sí, ya voy, pero es que tiene usted visita. Justo cuando iba a salir, ha llegado.

—No quiero ver a nadie, Anita. Ya sabe la orden que le di de despachar a todo aquel que viniera.

—Oh, sí, sí de acuerdo. Le diré que no está usted muy católica.

—Pero, Anita, de todas formas, pregunte quién es para poder agradecerle el detalle —le pedí.

—Sí, sí, señora. Así lo haré.

—Gracias, Anita.

Agarré el *ABC* y lo abrí. Me perdí en las páginas de información política, donde, a veces, parecía que el tiempo se hubiera congelado. Siempre las mismas historias. Antes de que pudiera terminar de leer el primer párrafo, Anita regresó.

—Ya está, señora. Era la señorita Catalina Folch. Me ha dejado dicho que espera verla cuando esté usted recuperada.

Abrí los ojos como platos y salté del silloncito.

—¿Está segura, Anita? ¿Era la señorita Folch? ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

Recorrí el pasillo, rezando por que mi amiga no se hubiera marchado ya. Abrí la puerta y me asomé por el hueco de la escalera. Su manera de moverse, de descender por los escalones con aquella elegancia innata, era inconfundible. Emocionada por su inesperado regreso, me aclaré la voz y grité:

—¡Catalina, espera!

Ella, de oído fino, se detuvo y miró hacia arriba. Al descubrirme, sonrió. Corrigió su itinerario y volvió a subir a la entreplanta. No podía creerlo. Mi querida amiga había vuelto. Sin pensarlo dos veces, la abracé con fuerza. Hacía demasiado tiempo que no sentía su apoyo, su comprensión. Ni el suyo ni el de nadie. Cuando me convencí de que era de carne y hueso, la invité a pasar y le indiqué a Anita que dejara para más tarde lo del mercado y que nos preparara un té.

Ya acomodadas en el gabinete, contemplé a Catalina. Estaba radiante. Su corto cabello castaño sobresalía por debajo de su *cloche*. Su piel estaba algo

más bronceada que de costumbre. Repasé todos los pormenores del conjunto de mi amiga. Su postura. Su dedo anular, en busca de un anillo. No, no era nada de aquello lo que hacía que resplandeciera. Era su sonrisa, la paz de sus ojos claros. Solo la abandonó en aquel momento, cuando reparó en mis ropas negras.

—Siento muchísimo lo de tu madrina, Elisa —aseguró.

—Bueno, no te preocupes. Sabes bien que no pasábamos por un buen momento. Siempre fue una mujer muy complicada.

—Sí, pero ella te cuidó.

—Sí, y me despreció y me mintió y me obligó a casarme por conveniencia. No desaproveché su vida, en definitiva.

Catalina puso su mano sobre la mía.

—Y ¿qué hay del señor Pascal? ¿Has sabido algo de él?

—No, nada en absoluto. Ni siquiera ha publicado ningún artículo desde el pasado noviembre. Estará investigando algún asunto de los yanquis. Es lo que siempre ha querido. Está bien así —me mentí. Bajé la vista.

—¿Y tú, Elisa? ¿Tú estás bien?

—Sí, sí. Todo está bien salvo que... —Medité un momento—. Salvo que nada está bien. Catalina, estoy muy cansada. He perdido todo lo que me hacía sentir ilusionada. Incluso me cuesta seguir escribiendo, entregar mis crónicas como Pedro Liébana. Es como si ya nada me llenara.

—Elisa, no digas eso. No puedes rendirte. Es tu sueño.

—Sí, Catalina, pero ¿a qué precio? Benedetta tenía razón. No he conseguido nada en todo este tiempo ni lo lograré. Soy la mujer de un banquero. En estos veintisiete años solo he logrado mentir, mentir y mentir. Y hacer daño a los que me rodean.

—¿Eso te dijo?

—Sí... No he vuelto a hablar con ella desde entonces. Aunque, quizá, solo quiso ayudarme y yo me empeñé en amar al hombre incorrecto, en desear ser la persona equivocada.

—Elisa, nada de eso es verdad. Eres Elisa Montero. Te has equivocado, sí, como todos lo hacemos. Pero no puedes renegar de tus sentimientos ni de tus sueños. No, si puedes evitarlo. Te lo digo por experiencia... Acabas odiándote a ti misma, te envenenas y te rechazas, antes incluso de que lo haga el resto. —Ya no sonreía, se había reencontrado con sus propios fantasmas—. Elisa, a mí me encanta cómo eres, con tus aspiraciones y tus locuras. Y con

tus errores también.

La forma en la que me veía Catalina, como solía verme Pascal, me encandilaba. Ellos detectaban una fuerza que yo no hallaba por ninguna parte, cuando estaba sola con mis monstruos. Durante aquella mañana, compartí con mi amiga todo lo que había acaecido en los últimos meses. Las cartas no nos habían permitido ahondar en las situaciones, así que le puse al tanto de mi reciente amistad con mi hermano Juan, de lo que se alegró mucho. También del acuerdo que mi madrina había hecho con mi padre, aunque me callé el asunto de José Luis. De la aventura de Francisco y de mis intentos por no dormir con él. Le hablé de aquellos maravillosos meses con Pascal, abriendo así viejas heridas que no habían cicatrizado.

Después, ella me narró sus vivencias en Latinoamérica. El proyecto del profesor Santoro era una suerte de misión educativa laica. Había reclutado a siete maestros y dos maestras para recorrer puntos estratégicos de las antiguas colonias en los que existían poblaciones sin escuelas. Se habían intentado reunir con los dirigentes para tratar de fomentar la alfabetización en aquellas zonas. No había sido tarea fácil pues muchos no veían con buenos ojos a aquel grupo de españoles, portugueses y estadounidenses. Los identificaban con aquella colonización de la que habían logrado desligarse, al fin, apenas un siglo antes.

Sin embargo, Catalina traía grandes recuerdos de aquellos años. Habían conseguido enseñar a leer y a escribir a niños y adultos, y cinco de las poblaciones que habían visitado ya contaban con una pequeña escuela cuando se marcharon. Además, su enamoramiento intelectual con el profesor Santoro se mantenía más vivo que nunca.

—No sé, Elisa, creo que, después de esta experiencia, ya estoy lista para empezar mi propio proyecto. Quiero abrir una pequeña escuela en Madrid. Nada pretencioso, solo un lugar al que puedan acudir las niñas, incluso de familias humildes.

—Yo también lo creo, Catalina. Eres una maestra excepcional y seguro que consigues ayudar a muchas familias —afirmé.

—Sí, aunque primero debo encontrar financiación y lograr las licencias. Tengo algo de dinero ahorrado, pero quiero encontrar trabajo para poder hacer frente al alquiler de algún local. Sería perfecta la planta baja de alguno de los edificios del centro. ¿Te imaginas? «Escuela Folch para niñas» — bromeó.

—Ya lo estoy viendo, Catalina. No tengas ninguna duda.

La vuelta de Catalina me concedió una especie de alivio en medio de mi autoflagelación. También generó que reflexionara sobre la importancia de aceptarse a uno mismo. ¿Me había aceptado yo?

Salvo por sus visitas, el resto del tiempo lo dedicaba a vagar por la casa. Hallaba consuelo en copas interminables de vino y en cigarrillos que consumían mi paciencia y mis ganas de respirar. Miraba por la ventana, ansiando salir de allí. Sin embargo, rechazaba toda comunicación con el exterior. No atendía a nadie, ni siquiera al correo. Tras revisar que no hubiera carta de Juan o esa misiva de Pascal que nunca llegó, las dejaba en la cómoda del vestíbulo, ignorando su contenido y remitente. Otros días, me sentaba en aquel absurdo piano de cola y dibujaba, en mi memoria, los besos que Pascal me había regalado a escondidas. ¿Por dónde deambularían sus labios? ¿Qué habría sido de su olor? Un trago, más largo que el anterior, me devolvía el sentido.

No obstante, y pese a mis estrictas órdenes a mis empleadas, aquel día de finales de febrero, me vi forzada a recibir a unos invitados que no entendían de excusas o lutos. Acomodada frente a aquel elegante instrumento que decoraba el salón de nuestro apartamento, observaba mi alianza de casada. Cuánto había refunfuñado para que decorase mi anular, años atrás, cuando creía que Francisco era la solución a todos mis problemas. Cuánta impaciencia, envidia y vanidad me habían acompañado en aquella espera, temiendo que cambiara de parecer en el último momento. Todo para llegar a aquel profundo hoyo en el que me encontraba. Miré el cuadro de doña Asunción de reajo. Aquella alianza ya no era ese bien preciado, ansiado por toda muchacha casadera de la capital; era una cadena, una losa para mi libertad —en nombre de la que había aceptado convertirme en esposa de Francisco—, un garrote para mi esperanza, una sogá para mis sentimientos, un bozal para mis aspiraciones intelectuales. Cuánto me había equivocado en mi juventud. También con Pascal, de quien había ansiado sus besos y su propuesta de fuga, de unirme a sus aventuras —como la niña estúpida e ilusa que era— para, después, no hallar valor ni opción de seguir sus pasos —como la mujer orgullosa y cobarde en la que me había convertido—. Tiré la

alianza en la copa de vino. Quizá, si me la tragaba, dejaría de existir. Y con ella, todas aquellas ataduras. La contemplé, viendo cómo el líquido burdeos la abrazaba. Entonces, Anita se asomó. De nuevo, aquella exasperante pareja de tricornos había llamado a la puerta de nuestra vivienda. Tras su interrogatorio a Francisco, no habían vuelto a molestarnos. ¿Qué diantres querían? Me afané en rescatar mi anillo de bodas de la copa y me dispuse a saludarlos.

—Mi marido está en el banco, caballeros. Pueden encontrarle en esta dirección —dije mientras extendía la mano con una de sus tarjetas de contacto.

—Doña Elisa, no es necesario. No hemos venido a hablar con su marido. Hemos venido a hablar con usted —me aclaró el teniente Sandoval.

—¿Conmigo? ¿Y a qué se debe? Ya les comenté que, en mis años como secretaria, no vi nada sospechoso —les recordé.

—Sí, eso lo tenemos claro. El único problema es que usted obvió hablarnos de su estrecha amistad con el señor Olivier Pascal —espetó el sargento Yáñez.

Di un paso atrás. Tenía las piernas agarrotadas. Sin encontrar una salida a aquella emboscada, les hice pasar al salón. Pedí a Anita que cerrara la puerta y que no nos molestara.

—Verá, doña Elisa, no hemos venido aquí a emitir juicios morales. Ustedes sabrán. Nosotros solo queremos saber si usted tiene algún detalle sobre la reunión del señor Pascal y el señor Liébana en el hotel Florida el pasado mes de agosto —me pidió el teniente.

—Caballeros, disculpen mi ignorancia, pero ¿acaso por ser amiga del señor Pascal debo tener información sobre ese hecho? Nunca me contó nada de ningún encuentro. Como intuirán, el señor Pascal no me confiaba cuestiones profesionales.

—Señora, los hemos visto pasear por Madrid juntos. También algunos de nuestros testigos. Varios empleados del hotel Florida afirman haberla visto entrar en el hotel en dos ocasiones. Una sola y otra acompañada de un hombre castaño. Entiendo que si fuera una amiga, sin más, sí hubiera estado al margen, pero todos sabemos que a una amante se le cuentan muchas más cosas. Es parte del encanto de tener a alguien en la sombra —concretó el sargento Yáñez.

—¿Qué está insinuando? ¿Ha venido a mi casa a acusarme de adulterio?

—Le repetimos que no hemos venido a juzgarla. Solo queremos que deje de mentir de una santa vez, doña Elisa —añadió el sargento.

Nerviosa, me encendí un cigarrillo. No había escapatoria.

—Es increíble. No tienen ningún tipo de consideración con una mujer devastada por la muerte de su tía.

—No pretendemos importunarla, señora. Solo hemos venido a hablar —contribuyó el otro, más calmado.

—Doña Elisa, tenemos noticias de que don Alfonso Liébana ha participado en la fundación de la FAI. Sigue en activo y manteniendo su manera de pelear por sus ideales, manera que el Directorio está intentando erradicar. Puede contribuir a que este país avance y progrese, o alinearse con los terroristas que pretenden destruirlo.

—¡No sé nada! El señor Pascal nunca me habló de ninguna reunión ni de nada que tuviera relación con el señor Liébana. Se lo hubiera dicho, igual que hizo mi marido cuando lo reconoció en el hotel Florida.

—¿Del mismo modo que nos habló de su relación con el señor Pascal? ¿Qué cree que nos responderá el sereno si le pregunto si ha visto entrar en esta casa a un hombre castaño? Señora, si algo tengo claro es que usted no está siendo sincera. No sé qué demonios esconde, pero tenga por seguro que lo descubriremos.

Se levantaron, poniéndose el sombrero, y se marcharon por donde habían venido. Aquellos dos hombres estaban lejos de capitular y terminarían dando con la verdad. La cuestión era: ¿hasta dónde serían capaces de escarbar? Debía impedir que llegaran hasta Pascal y su familia. Ya estaban demasiado cerca, le habían incluido en la investigación por mi culpa. Había sido idea mía el vestirme de Pedro Liébana para ir a verlo. Había sido una de mis enésimas maniobras para evitar que mis secretos salieran a la luz.

«Solo queremos que deje de mentir de una santa vez, doña Elisa», recordé. Aquellos dos guardias civiles no me conocían de nada, pero me habían calado a la perfección. Era una mentirosa. De hecho, si por algo estaba sumida en aquel pozo de tormento y desconsuelo era por no haber hallado el límite a mis embustes. Todo había comenzado hacía demasiado tiempo, pero tenía que terminar. Recordé la charla con Catalina sobre no renegar de uno mismo, sobre aceptarnos con nuestras imperfecciones y miedos. Di una larga calada a mi pitillo, sostenido por una mano temblorosa que sabía de mis intenciones.

Me levanté, en todos los sentidos en los que uno puede levantarse, y me

afané en coger ese precioso cuaderno que mi esposo me había regalado en las Pascuas de 1927. Quedaban cuatro hojas, nada más. Las necesarias. Respiré hondo y comencé a escribir.

El salón estaba iluminado solo por la tenue luz que se colaba desde el vestíbulo. Tocando el do y el sol en el solemne piano de cola, esperaba a que las consecuencias de mi decisión arribasen. Ya no había vuelta atrás.

Los ejemplares habían sido vendidos tras ser impresos en las linotipias del taller que, desde sus inicios, se encargaban de dar vida a las páginas de *El Demócrata de Madrid*. Allí había mandado don Ernesto las noticias, las crónicas, los comentarios, el editorial, la cartelera y la estafeta taurina, una vez habían sido revisados. Posiblemente, él había ojeado todos aquellos textos, con anterioridad, cuando habían llegado a sus manos. Quizá con la escasa atención que le regalamos a las tareas más rutinarias y sin interés en dejar ningún artículo fuera, por aquel día. Uno había sido depositado en el buzón de la redacción a las nueve en punto de la mañana, aprovechando que don Casimiro se había ausentado para ir al baño. El mismo que yo había terminado de madrugada, tras varias tentativas, y que finalizaba con un: Elisa Montero, antes Pedro Liébana.

En el artículo contaba quién era yo y el porqué de usar ese nombre. En aquellas líneas, les conté a mis lectores lo mucho que amaba la escritura y mi deseo de convertirme en redactora. Les pedí perdón por si se habían sentido traicionados, pero más que a ellos, pedí perdón a don Ernesto, a mis compañeros en la redacción, a todo aquel a quien había mentido. Solo me permití una última patraña, por la seguridad de quien amaba: afirmé que el pseudónimo había sido pura invención y, por tanto, su vinculación con el anarquismo, pura causalidad. Así alejaría a la Guardia Civil. No me olvidé de dejar un último mensaje, dirigido a Pascal, utilizando la misma técnica que él había empleado en sus textos, años atrás. Solo nosotros debíamos conocer aquello: «Eres el hombre de mi vida. Perdóname», le confesé. Quizá, al verlo, regresaría a España. Aunque lo más seguro es que allá donde estuviera no habría ejemplares de *El Demócrata* a mano.

Do, sol, do, sol, do, sol, do... La llave en la cerradura hizo que mi corazón se encogiera. El portazo hizo que mis ojos se cerraran.

—¿Elisa?! —gritó Francisco desde la entrada.

Sí, mi marido también había tenido la oportunidad de leerme. Por la tarde, Catalina me había visitado. No podía creer que hubiera sido capaz de confesar todos mis pecados a viva voz. Estaba entusiasmada. Los ojos le brillaban. «Lo has hecho, Elisa. Por fin lo has hecho», exclamaba. Ella también reparó en la inevitable reacción de mi esposo cuando descubriera mis fechorías y mi doble vida. Me sugirió que me fuese con ella hasta que Francisco pudiera asimilarlo todo. No, no quería postergarlo más. Debía enfrentar la realidad. Ya no tenía fuerza para más máscaras. Sin embargo, mi aparente coraje no me hacía estar exenta de pavor. Francisco era buena persona, pero no podía saber cómo iba a responder ante mi arsenal de patrañas.

—Estoy en el salón —le indiqué.

Las suelas de los zapatos de mi marido recorrieron el suelo que nos distanciaba, rechinando, anunciando su avance. Dejó su maletín en uno de los silloncitos. Lo observé de reojo. Tenía un ejemplar de *El Demócrata* en la mano.

—¿Me puedes explicar qué diantres son todas estas bobadas que ha publicado el estúpido periódico de don Ernesto Rodríguez de Aranda?

—No son bobadas, Francisco. Es la verdad. Lo he escrito yo.

—No, no es cierto. —Negaba con la cabeza—. Tú eres Elisa Montero, mi respetable esposa, y nada de esto es cierto.

—Ojalá tuvieras razón, querido, todo sería más fácil. Todo habría sido más sencillo, pero siento decirte que lo que has leído es lo que siento, es lo que he hecho a tus espaldas y lo que soy —le revelé, a punto de llorar.

—No entiendo nada...

Medité un momento. Le di margen para que lo digiriera. Después, seguí.

—El día en que dices que te enamoraste de mí, yo no reparé en ti porque mi verdadero objetivo, en aquella fiesta, era convencer a don Ernesto de que me dejara escribir en su periódico. Mi madrina me lo había prohibido y, por eso, me conformé con ser secretaria. Pensé que así lograría mi propósito, algún día. Cuando te conocí, creí que si me convertía en tu esposa, sería libre para dedicarme a ello, dejaría de estar bajo el yugo de mi madrina. Pero me equivoqué. En este mundo, nadie ve correcto que yo escriba o que sea redactora. El papel que todos teníais para mí era muy distinto. Al principio, empecé a mandar artículos firmados por Pedro Liébana, pero cuando don

Ernesto comenzó a sospechar, creé al personaje y me hice un disfraz a su medida. Francisco, lo hice porque estaba desesperada.

No daba crédito a lo que escuchaba. Tenía el ceño fruncido, no sabía dónde fijar la vista.

—¿Hace cuánto, Elisa?

—¿Qué?

—Que cuánto hace que te disfrazas de hombre y escribes con ese pseudónimo.

—Desde hace... Desde hace ocho años. —Las lágrimas caían a borbotones por mis mejillas.

—¿Ocho..., ocho años? Por Dios Santísimo...

—Aunque ya hace tiempo que no me disfrazo. Solo he continuado escribiendo para el periódico.

Francisco conectó todo. De pronto, empezó a reírse. Era una risa nerviosa, una carcajada que no parecía tener fin. Entonces, se puso la mano en la boca mientras tragaba saliva. Asintió con la cabeza.

—Si Pedro Liébana siempre has sido tú, entonces... Entonces a quien vi en el hotel Florida fue a ti. Fuiste a ver al francés... Maldita zorra, tendría que haberme dado cuenta.

Dejé que mis párpados cayeran, aguantando sobre los hombros todas sus acusaciones.

—¿Desde cuándo te acuestas con él? ¿Eh? ¿¡Desde cuándo, maldita sea, Elisa!? —No contesté—. ¿Cómo has podido hacerlo? Rechazas a tu marido, haces que casi me vuelva loco mientras dejas que otro te toque. ¿¡Cómo has podido hacerlo!?

Francisco estaba fuera de sí. Harta de que pareciese un santo, me levanté del piano y le miré a los ojos.

—Francisco, no me hables como si fuera una bruja o una vulgar prostituta. Sé que te ves con doña Aurora desde hace años. Nunca te he dicho nada porque pensé que ella te daba lo que yo no era capaz de proporcionarte. Pero no admito que me responsabilices del fracaso de nuestro matrimonio.

—¿Disculpa? Elisa, querida, no me voy a sentir culpable por buscar lo que tú te negaste a darme. En cambio, tú tenías todo y optaste por ser una sucia adúltera.

—Francisco, yo intenté que no pasara, pero...

—¿Ya os veíais antes de que nos casáramos? ¿Esas eran vuestras clases de

francés? ¿Pagué a un hombre para que se acostara contigo? ¿Guardas en ese cajón de tu mesilla vuestras cartas calenturientas?

Mi esposo comenzó a caminar hacia nuestra alcoba. Temiendo que destruyera toda aquella correspondencia que, en efecto, guardaba en el segundo cajón, lo seguí. Absolutamente movido por los celos y la ira, forzó el mueble hasta que consiguió abrirlo.

—No, Francisco, por favor, no —le supliqué.

Sin titubear, sacó los sobres. Abrió uno de ellos y empezó a leer. Entre aquellas líneas descubrió que no teníamos una relación basada en la lujuria. Se acercó a mí y con todo el desprecio que aquella situación le generaba, me tiró las cartas a la cara.

—Tu conducta es repugnante —espetó.

—No tienes ni idea de nada, Francisco. Quizá debas buscar a las ratas en tu propia familia.

—Elisa, te lo advierto. No te voy a consentir que digas nada de mi familia.

—Por supuesto que no. Así vivís vosotros, tapando vuestros pecados con dinero e hipocresía. Pero ¿sabes qué, Francisco? Ya no puedo más. Detesto esta vida, detesto la riqueza y los vestidos, detesto el tocador, detesto las fiestas, detesto las sonrisas por compromiso, detesto tocar este piano para amenizar veladas en las que solo sirvo de ornamentación y detesto cuando me rozas o me obligas a quererte. No puedo más. Y lo siento porque sé que eres un buen hombre, pero no puedo más. No deseo ser tu esposa ni la madre de tus hijos. Y creo que tú también debes ser sincero contigo mismo. Tú no me quieres, Francisco. Me mantienes a tu lado por comodidad, pero hace tiempo que ni siquiera nos importamos...

Francisco se acercó a mí. Su aliento me daba en la cara.

—Elisa, no digas estupideces.

—No puedo más —repetí.

—Está bien... Pero antes de tomar una decisión, quizá te interese saber que tu amado Pascal está muerto. Al parecer, el muy estúpido se fue a Rusia e investigó más de la cuenta. Aunque, ¿sabes?, tiene suerte de que los soviéticos le hayan matado porque de lo contrario, yo mismo le habría partido el cuello con mis propias manos.

Mi corazón se paró. Un gélido escalofrío fue petrificándome hasta tornar mis piernas inútiles y hacer que cayera al suelo. No, no podía estar muerto. Era imposible. Aunque hacía más de cuatro meses que nada sabía de él.

—No, no es verdad...

—Piensa lo que quieras. A mí me da igual. Pero creo que sabes bien que no miento. Lleva tiempo sin firmar ningún artículo y nadie tiene noticias tuyas. Ni siquiera el actual director de *Le Figaro*, a quien tuve el placer de conocer en un acto benéfico en mi último viaje a París, hace un mes. Él fue quien me dijo que, dadas las circunstancias, pensar que seguía vivo era un acto de extremo optimismo. El francés está muerto.

Farfullaba aquella negativa, casi en estado de *shock*, con los ojos de mi marido menospreciándome desde arriba.

—Elisa, te voy a dar una última oportunidad. Me voy a ir a tomar un trago para que se me pasen las enormes ganas que tengo de estrangularte. Cuando vuelva, solo hay dos opciones. Puedes decidir quedarte. En tal caso, hablaré con don Ernesto y con mis contactos para que eliminen todo rastro de ese artículo. Serás una buena esposa y dejarás de escribir estupideces en el periódico y de mentir. La otra opción es que te marches y que no vuelvas a pisar esta casa mientras sigas viva. Si lo haces, no tendrás nada. Ni mi apellido, ni mi protección, ni mi dinero, ni mi casa, ni mis amistades, ni mi reputación. Tú decides, Elisa. Pero escoge bien porque deberás acarrear con ello el resto de tus días.

Se fue, como alma que lleva el diablo. Me levanté lentamente. No era posible que Pascal ya no existiera. Sus besos, sus caricias, su olor, su mirada, su suave acento francés, su manera de quererme, todo se había esfumado. Me costaba respirar. La rabia se adueñó entonces de mí.

—¡No! —grité, mientras tiraba todos los cosméticos del tocador al suelo.

Los frascos impactaron contra la alfombra convirtiéndose en mil pedazos de cristal y en un charco aromático. Después, intenté descolgar los visillos, rajarlos, romperlos. Destripé las almohadas. Almohadas que habían contenido mis lágrimas cuando mi marido no me había dado opción de negarme a sus impulsos. Almohadas que me habían visto amar a Pascal por vez primera. Di patadas a todos los muebles, ladrillos de aquella cárcel en la que había tenido que vivir los últimos cuatro años. El raciocinio no me funcionaba, solo el dolor y la angustia. Mi despedida de Pascal me torturaba detrás de las orejas, como un repiqueteo infernal. Pero tuve que parar. Debía tomar una decisión.

Miré alrededor, con gesto desencajado y ojos humedecidos por la mayor tristeza que jamás había sentido. Entonces, el nervio se apoderó de mis brazos y, veloz, busqué una maleta en la que meter el mayor número de

pertenencias que pudiera. Un par de vestidos negros más, zapatos, medias, un sombrero, un cepillo, algo de aseo, las cartas de Pascal y Catalina, mis dos libros favoritos y todas aquellas joyas que Francisco me había regalado. Las tomaría como préstamo, sí. Registré también los cajones de la casa y reuní cuatrocientas pesetas. Me las escondí en el sostén. Sobrepasada por la tensión, alcancé la maleta y salí de aquella casa.

Me bajé del taxi, muda, y empecé a avanzar hacia la entrada de la estación de Delicias. La estructura metálica que daba forma al edificio se perdía en la oscuridad de la noche. Solo algunas farolas marcaban el sendero de mis pasos. En mi cabeza se encontraban un millar de pensamientos, de conversaciones. Todo enmarañado, golpeando mis sienes con fuerza. Entré en la estación y me aproximé a una de las ventanillas de venta de billetes. Saqué parte del dinero que había ocultado en mi sostén y lo puse en la repisa.

—Quiero ir a Fuente de Cantos —dije, sin pensar, con un hilo de voz.

El empleado arqueó las cejas.

—Señora, lo siento, pero allí no llega el tren.

Sí, no tenía sentido lo que había solicitado. Bajé la cabeza, rendida. ¿Cómo podía llegar allí?

—Lo que puede hacer es coger el tren de Cáceres y, después, tomar otro hasta Zafra. Quizá allí encuentre a algún alma caritativa que pueda llevarla hasta el pueblo —me indicó el vendedor, conmovido por mi aspecto.

Asentí con la cabeza. Aquel amable hombre me dio las vueltas y el billete.

—¿Puedo quedarme aquí mientras espero? —pregunté.

—Por supuesto, señora. Si quiere puede sentarse en aquel banco. Yo cubriré el turno de noche, así que si algún truhan la molesta, solo tiene que decírmelo.

Volví a asentir y me acomodé donde me había indicado. Cinco horas pasaron en las que ni cerré los ojos ni me moví. ¿Qué estaba haciendo? Había abandonado a mi marido. Había huido de mi matrimonio. No sabía adónde ir, pero necesitaba salir de Madrid y mi única alternativa era mi familia. Y, mientras tanto, Pascal estaba muerto. Lo imaginaba, una y otra vez, en Rusia, convencido de que conseguiría hacer ese reportaje que convertiría el presente en historia, mas hallando su final en su lugar. Cuán ácida es la soledad. Se te clava como un puñal oxidado, dejándote sin respiración, sin esperanza, sin lágrimas, sin nada.

Cuando el sol comenzaba a aparecer por los cristales que adornaban la

fachada de la estación, el vendedor me avisó de que ya podía subir al tren. Ese viaje está borroso en mi mente. Solo recuerdo pensar y pensar, sin tener noción de la realidad y de lo que me rodeaba. El paisaje me observaba tras la ventanilla, preguntándose qué clase de horror habrían contemplado mis ojos para que se hubieran apagado de aquel modo. Estaba pálida, ida. Me movía por actos reflejos. Cuando anunciaron la parada de Zafra, cogí con determinación mis pertenencias y me dispuse a bajar. Me coloqué en la entrada de la estación, viendo pasar carromatos que se dirigían hacia alguna parte. Quizá, si les hacía señas con la mano, pararían para que les explicara adónde deseaba ir. ¿Cómo podía llegar a Fuente de Cantos? Aquello era nuevo para mí. En Madrid todo era más sencillo. Traté de avisar a varios carros haciendo aspavientos, pero me ignoraron. A la hora, agotada y desesperada, me senté en los escalones. Algunos hombres me miraban de arriba abajo y me obsequiaban con agasajos que lograban incomodarme, aún más si cabe. Escondí el rostro entre las manos, intentando no romper a llorar. Había sido una mala idea. Sí, era una estúpida. No hacía más que empeorar todo. Estaba cansada y muerta de frío. Pero ¿qué podía hacer? Ya estaba en medio de Extremadura, en una población en la que no conocía a nadie que pudiera ayudarme. Entonces, sumida en aquel instante de debilidad, escuché, a lo lejos, la conversación de dos lugareños.

—Sí, voy a llevar este encargo a Fuente de Cantos y después vuelvo aquí.

—Pero no tardes, prenda, tenemos que dejar *preparao* el pedido de cereal *pa* Badajoz. Tiene que salir esta misma *madrugá*.

—Que sí, que sí, *pesao*. Atrocharé *pa* llegar antes.

Mis manos dejaron ir a mi cara, que buscó, ya descubierta, a aquellos hombres. Uno de ellos se dirigía a un carro estacionado en medio de la calle. Me incorporé, nerviosa, a sabiendas de que era mi última —y única— oportunidad. Me acerqué al que se había quedado recogiendo los sacos que no habían cargado.

—Disculpe, disculpe. ¿Su compañero se dirige a Fuente de Cantos? —me aseguré.

—Sí, ¿por qué? ¿Necesita que la lleve?

—Me haría un enorme favor, sí. Tengo dinero, puedo pagarle —le expliqué.

—Guárdese eso, señora, que no hace falta. ¡Manolo! ¡Manolete! —gritó.

Corrimos hacia el carromato, haciendo que el tal Manolo se detuviera.

—La señora necesita transporte hasta Fuente de Cantos. Anda, hazle el favor. Las mujeres bonitas no deben pasar la noche en la estación. Y menos con esta rasca.

—Está bien, está bien. Venga, suba *usté*. Pero ya no me entretengo más, que no llego, Matías.

Gracias al cielo, aquel buen hombre, Manolete, pese a ser algo temerario conduciendo, me trató con respeto y amabilidad. Me preguntó si conocía a alguien en el pueblo. Le conté que allí vivían unos familiares, pero que hacía mucho tiempo que no los veía. Él me habló de su mujer y sus cinco hijos. De su negocio de transporte de cereal y de la delicada situación de la región por aquellos tiempos. Cuando entramos en el pueblo, recordé aquel día en que había organizado todo para visitarlos para, después, salir corriendo como un cervatillo asustado. Habían pasado casi diez años, pero todo seguía igual. Casas bajas de paredes claras conformaban las callejuelas de aquel pueblo en el que las cruces sobrepasaban las tejas de las viviendas. Manolete paró frente a la residencia de mi familia, donde aún vivían todos, según me había contado Juan. Agradecí su ayuda, que había llegado como una suave lluvia en medio de la sequía, y le deseé suerte. Él también me la deseó a mí y lo cierto es que la necesitaba. Caminé insegura hacia la puerta. Sabía que no tenía derecho a presentarme así, pero no tenía adónde ir. Necesitaba salir de Madrid, de los dominios de la familia Rosales. Respiré hondo, intentando no pensar en las posibles reacciones que podía encontrarme y di dos golpes sobre aquella tabla de madera desgastada. No tardó en abrirse. Tras ella, una mujer de cabello oscuro recogido en un moño y ojos redondos me miró extrañada.

—Buenas noches, ¿en qué podemos ayudarla? —me preguntó.

No tuve tiempo de responder. Juan se asomó para reconocer a aquel visitante nocturno.

—Elisa —dijo anonadado—. Elisa, ¿qué haces aquí?

La mujer se apartó para dejar que mi hermano se acercara. En ese momento, solté la maleta y me lancé a sus brazos, como había querido hacer desde que me habían llevado a Madrid.

—Es Elisa... —empecé a oír, a lo lejos.

Cuarta parte
Elisa Montero

Capítulo 15

La época que pasé junto a mi familia en Fuente de Cantos fue una suerte de bálsamo para mis heridas: tanto las físicas como las que machacaban mi conciencia. Vivir en la más absoluta de las miserias, mientras ayudaba a doña Mercedes, la esposa de Juan, con las tareas domésticas, me enseñó a deshacerme de miedos y prejuicios que, por otra parte, me habían acompañado a lo largo de toda mi existencia. Jamás habría imaginado estar allí, aceptar mi origen. Conseguí convencerla para que aprendiera a leer. Un día, saqué los dos libros que me había llevado desde Madrid e iniciamos nuestras sesiones. Ver cómo iba avanzando, a pesar de lo mucho que le costaba, terminó por darme una lección a mí.

Juan me contó los problemas a los que se enfrentaban día a día. Su jornal dependía del humor y los intereses del cacique, don Zacarías Silvano, centrado en recoger el máximo de cereal con el mínimo coste. Cada vez eran menos jornaleros para hacer el mismo trabajo. Y seguían recibiendo la misma miseria por su esfuerzo. Mi hermano, sensibilizado con la lucha por mejorar las condiciones de trabajo en el campo, asistía con regularidad a las reuniones que organizaba el Partido Socialista. En ellas, la idea de una república sin Borbones ni dictadores iba adquiriendo fuerza. Comprobé que se había convertido en un marido cariñoso y en un padre excepcional para sus hijos.

Con padre todo fue más lento. Las primeras semanas no me dirigió la palabra, simulaba que yo no había vuelto, que no comíamos en la misma mesa. Juan me aconsejó que le dejara tiempo para asimilar todo aquello y así lo hice. Sin embargo, me ofendía su mutismo. Un día, después de ayudar a doña Mercedes con la colada en el arroyo, me adelanté para llevar la cesta con la ropa a la casa, mientras ella terminaba de lavar las últimas dos camisas. Al llegar a la vivienda, abrí de golpe la puerta. Dejé la cesta encima de la mesa y, entonces, hallé a padre.

—Oh, disculpe, padre, no sabía que estaba aquí —dije abrumada.

—No te preocupes —respondió sin mirarme—. Haz lo que tengas que hacer.

Asentí. Encendí la lumbre, tal y como me había ordenado doña Mercedes. Después, fui a coger la cesta para tender afuera la ropa. Pero antes de alcanzarla, paré. Cerré los ojos, hastiada por el silencio que mi padre mantenía conmigo.

—Padre, siento si mi estancia aquí le está importunando. Lo último que quiero es hacerle daño o causarle algún problema —dije.

Ni siquiera alzó la mirada. Aquello me enfureció.

—Yo no decidí irme, ¿sabe, padre? Yo no pedí irme. —Detuve un momento a mi lengua, pero decidí proseguir—. Usted hizo un trato con su hermana que ha marcado mi destino sin darme ninguna opción. Agradezco las posibilidades que ese acuerdo me proporcionó, pero con ellas también debí asumir inconvenientes, como el no saber nada de mi propio padre en años. Yo también estoy dolida, ¿sabe? Pero, al menos, me digno a hablarle.

Había empezado a balbucear y luego a llorar.

—Elisa... —susurró.

—No, padre, no. Lo comprendo y entenderé que no quiera tratarme nunca, pero, por Dios, no me haga responsable porque yo no tomé ninguna decisión. ¡Tenía siete años! Dormía plácidamente en aquel cuarto de allá cuando alguien me metió en un carruaje. Al despertarme ya no estaba ni usted ni Juan ni José Luis. Solo mi madrina, quien no me dio opción a echarlos de menos ni a llorar mi abandono.

Las lágrimas habían alcanzado mis labios.

—Elisa, por favor. ¿Crees que no sé todo eso? Es justo eso lo que me atormenta. Le prometí a tu madre que cuidaría de ti y es lo único que se me ha *escapao*, por completo, en esta miserable vida. Pude encontrar un trabajo, mantener a tus hermanos, pude dejar de jugarme mi dinero, pero perdí a mi niña, la perdí para siempre porque ya no volverás a ser Elisita, aquella niña alegre que me iluminaba por las mañanas. Ya no veré cómo te haces una mujer, no te veré bailar con los muchachos en la verbena, no estaré en tus primeras lágrimas o en tus dudas de *juventú*, no te acompañaré en tus risas inocentes... No he *podío* aconsejarte ni defenderte de todo lo que te ha hecho huir de Madrid. Te abandoné a tu suerte con una mujer como mi hermana. Eras muy pequeña. Me he perdido formar parte de tu vida y verte aquí me hace darme cuenta de que ya no voy a poder recuperarlo nunca.

—Padre...

Seguía sin mirarme, pero había empezado a llorar también. Emocionada por sus palabras, por aquellos remordimientos que le impedían reencontrarse conmigo, me acerqué a él y, sin solicitar autorización, lo abracé. Era mi padre. Alguien que me había querido tanto como para renunciar a mí.

—Padre, aún le necesito —le aseguré entre gimoteos—. No perdamos más tiempo, por favor.

—Mi Elisita... Perdóname... Perdóname...

Doña Mercedes, con aquella discreción suya, se quedó en la puerta junto con Juan y los niños. Sonreían. Aquel momento tenía que llegar, todos lo sabíamos, pero era un misterio adivinar cuándo se produciría. Mi padre y yo teníamos la misma coraza recubriéndonos la piel. Nuestro orgullo nos había mantenido distantes, pero, poco a poco, logramos construir aquella relación que los errores del pasado nos habían negado.

La primavera fue avanzando con pausa. La mayor parte del tiempo desconocía qué día era o cuánto hacía que había llegado allí. Con cada luna, no obstante, el calor se fue haciendo más y más intenso. Poco a poco, me fui acostumbrando a los niños y a los interrogatorios de doña Mercedes sobre la capital y los teatros. Le prometí que, un día, asistiríamos a una zarzuela o a tomar café a Viena Capellanes, sin saber si podríamos cumplirlo.

Mi momento preferido de la jornada era la cena. Los niños reían con las bromas de padre. Juan y yo charlábamos sobre política. Doña Mercedes nos pedía que nos callásemos para bendecir la mesa. Y vuelta a empezar. Una noche, en medio de aquella escena, apareció José Luis. Su cara, con heridas recientes, evidenciaba que se había metido en algún lío. Juan y padre se lo recriminaron; también la ausencia de noticias. Al parecer, tenía por costumbre pasar largas temporadas en Dios sabe dónde para después regresar con la cara magullada y sin una perra en sus bolsillos. Los primeros días no quiso hablar con nadie, menos conmigo, pero una tarde logré la intimidad necesaria para interrogarle sobre un tema en concreto. Estaba en la cocina, contando las monedas que había ganado con su último trato. Me acerqué, silenciosa, temiendo que huyera.

—¿Una noche productiva?

—Sí, algo así...

—Me alegro —respondí sincera.

Después de tres preguntas más a cambio de las cuáles solo obtuve monosílabos, me decanté por abandonar los rodeos.

—¿Por qué?

José Luis dejó de manosear su dinero y me miró a los ojos. Todavía me impresionaba lo mucho que nos parecíamos.

—¿Te ha *enseñado* Juanito la casa en ruinas, la última de la calle? —Asentí —. Lo mejor no es el edificio, son las tierras de atrás. Allí se puede cultivar el cereal. Sin embargo, esa propiedad lleva años abandonada. Empecé a trabajar para don Zacarías cuando tenía diez años. Siempre de sol a sol y nunca era suficiente. Padre no podía soportar el dolor que le causaba el saber que no volvería a verte, así que continuó refugiándose en las botellas de vino que Juan se empeñaba en esconder. Juanito siempre ha *creído* que es capaz de solucionar el mundo. Ya lo ves, siempre *implicao* en causas que superan nuestros recursos y la vida que nos ha *tocao* llevar. Yo, sin embargo, era el inútil, el heredero de la reputación de padre. Cargaba con sus errores antes incluso de ser capaz de cometer los míos. Cuando cumplí diecinueve años, me negué a soportar un solo día más los abusos de don Zacarías, así que me dediqué a hacer trapicheos con comerciantes que paraban en la posada del pueblo. Un día, encontré a padre en horario de trabajo *tirao* en la cocina, inconsciente. Cuando conseguí reanimarlo, no dejaba de repetir tu nombre. Casi una vida sin verte y seguías siendo por quien respiraba. Le acosté en la cama y fui a cubrir su turno en el campo. Aquel día casi perdió su empleo en las tierras de don Zacarías. Al regresar, Juanito y yo pasamos por delante de aquella casa llena de escombros. Odiaba caminar por ahí, odiaba ver con mis propios ojos cómo aquella casa, que nos pertenecía por derecho, había *pasao* a manos de una ricachona *retorcía* que había *decidío* dejar que se pudriera. Nuestra vida y nuestra libertad a cambio de su egoísmo.

—Era parte del trato... —murmuré atando cabos.

—Después de ese día, Juan intentó convencerme de que volviera al campo, pero no quise. Me advirtió de que no podría vivir en nuestra casa si no contribuía con mi jornal. Mi orgullo hizo que saliera por esa puerta con un objetivo claro: dedicaría mi vida a intentar recuperar aquella propiedad, costara lo que costase. No me importaba mancharme las manos. Traté de citarme con doña Manuela por las buenas para exigirle un nuevo acuerdo,

pero se negó a recibirme, así que dejé pasar unos meses y comencé a enviarle amenazas. Si mi familia no podía ser feliz, ella tampoco lo sería. Su vida sería un infierno.

José Luis continuó con su relato. Cada dos o tres semanas, dejaba una nota sobre el pescante del landó y, una vez al año, le entregaba un ramo de rosas negras.

—Quería que supiera que seguía ahí, contemplándola cada día, acechándola con sus secretos —confesó.

Escuché todo su odio y su rabia, los días dedicados a torturar la inexistente conciencia de mi madrina. Durante aquellos minutos, sus ojos me fueron descubriendo que si la angina de pecho no se hubiera llevado a mi madrina, José Luis habría terminado con ella. Por el bien de ambos, resolvimos zanjar aquel tema y no decir una palabra a nadie. Al fin y al cabo, la víctima de su estratagema ya no podía pronunciarse y yo no iba a ser quien juzgara las cicatrices de mi hermano. Aquella noche de 1908 nos había envenenado a todos.

En mi tiempo allí, me percaté de que los días en el campo transcurrían a una velocidad distinta que en la ciudad. Todo parecía inmutable, un ciclo perfecto que se repetía una y otra vez. De tanto en tanto, resurgía mi miedo a ser descubierta, a que Francisco me encontrara y me llevara de vuelta a Madrid. Analizaba cualquier rostro desconocido, temía a los tricornos que me cruzaba. Y, cuando mi magullado corazón me daba permiso, recordaba a Pascal, tratando de hallar un mísero presentimiento de que seguía vivo.

De vez en cuando, una carta de Catalina me devolvía al ritmo vertiginoso de la ciudad. Por ella había sabido que, semanas después de mi huida, la Guardia Civil había dejado de hacer visitas al periódico y a mis amistades. La pista de Pedro Liébana había resultado ser la patraña de una joven burguesa, así que habían abierto otras líneas de investigación. Al parecer, a finales de abril, habían detenido a un par de miembros de la CNT que se dedicaban a elaborar pasquines en una imprenta de la Latina con los que pretendían «negociar» para localizar a sus líderes. O, al menos, eso le había dicho Fernández cuando se lo encontró paseando por Chamberí. Mi paradero era un misterio para todo el mundo, incluso para doña Pilar, don Ernesto y doña

Cristina.

El despertar de aquel día fue duro. Samuel y Miguel, los hijos mayores de Juan y doña Mercedes, se abalanzaron sobre mí, exigiendo que abriera los ojos.

—Ya voy, ya voy —les dije.

Ante su insistencia, opté por hacerles cosquillas y, así, alejarlos de mi cama. Surtió efecto. En el fondo, me gustaba que la mañana comenzara así.

—Doña Elisa, la misa es en un cuarto de hora. ¡Vamos! —me ordenó doña Mercedes.

Suspiré. Después, me incorporé y me dispuse a vestirme. Un par de días antes, se había cumplido el tiempo de luto por mi madrina. Como solo me había llevado vestidos negros, creyendo que mi estancia sería más breve, doña Mercedes se ofreció a confeccionarme un traje. Lo cierto es que el resultado era impresionante. Las telas y los acabados no se podían comparar con los que doña Bruna Sanabria elaboraba, pero estaba más que satisfecha con mi nuevo atuendo. Me lo puse y me cepillé el cabello con los dedos. La casa estaba iluminada por el sol. Doña Mercedes me ofreció algo de leche y pan para desayunar.

Salimos de la casa. Yo me encargué de controlar a los niños mientras doña Mercedes cerraba la puerta. Entre sus trastadas y sus chillidos, oteé a lo lejos una figura desconocida. O quizá no tanto. ¿Lo había visto antes? La sombra fue tomando forma, se fue acercando. Achiné los ojos para identificarlo, pero antes de que la respuesta apareciera en mi mente, aquel sujeto difuminado comenzó a vociferar mi nombre.

—¿Doña Elisa Montero? ¿Doña Elisa? ¿Es usted?

Parpadeé. ¿Quién me buscaba?

—Sí, ¿quién es? —contesté.

—Doña Elisa, ¡por fin la encuentro! Soy don Octavio Castrillo, gestor y abogado de su madrina, doña Manuela Montero.

Lo miré extrañada. Sí, lo había visto antes, en la casona, saliendo y entrando del despacho de mi madrina.

—Buenos días, señor Castrillo. ¿Y en qué puedo ayudarlo?

—Vengo a hablarle del testamento de su tía, doña Elisa.

Busqué a doña Mercedes, quien me disculpó de ir a misa con un leve movimiento de cabeza.

—Vayan, vayan adentro, que estarán más frescos —nos indicó—. Ya

vendrá otro día a la ermita, no se preocupe *usted*.

Asentí. Don Octavio repasaba absorto el interior de aquel humilde hogar. No entendía cómo había terminado residiendo allí. No obstante, era un profesional y no dejó que sus prejuicios le condicionasen en su reunión conmigo. Se sentó en una de las sillas que rodeaban la amplia mesa de madera y colocó su maletín encima del tablero. Comenzó a sacar documentos.

—Verá, doña Elisa, siento irrumpir así de repente en su vida, pero este asunto se ha ralentizado más de la cuenta. Su madrina dejó pautado que, un mes después de su fallecimiento, debíamos ponernos en contacto con usted. Sin embargo, no respondió a ninguna de nuestras cartas ni tampoco nos recibió en su residencia de Madrid. Su empleada nos comunicó que estaba usted indispuesta, así que acordamos volver a verla en dos semanas. Sin embargo, cuando regresamos, esa misma empleada nos dijo que usted ya no vivía allí y que desconocía su paradero. No ha sido fácil dar con usted, pero tras mucha insistencia, su amiga, la señorita Catalina Folch, nos informó de que estaba usted aquí, en Fuente de Cantos. He venido lo antes posible para no postergar más todo esto.

—Perdónenme ustedes el entuerto. No han sido meses fáciles para mí — contesté.

—Ya, ya imagino —dijo, volviendo a mirar alrededor.

—Sé que es usted de confianza, pero no habrá dado cuenta a nadie de dónde estoy, ¿no?

—No, no, descuide, doña Elisa. Nadie sabe nada, más que mi socio y yo.

—De acuerdo. Bueno, no quiero robarle más minutos, dígame usted, ¿qué dice el testamento de doña Manuela Montero?

Don Octavio releyó los documentos.

—Veamos, doña Elisa, como usted sabrá, desde la muerte de don Roberto Ribadesella, el patrimonio familiar fue decreciendo paulatinamente. Su madrina se vio obligada a vender los terrenos e inmuebles que tenía arrendados don Roberto en el suelo urbanizable del ensanche de Salamanca. También se liquidaron varias cuentas. A la fecha de la muerte de doña Manuela, lo único que seguía manteniendo era la propiedad del fabuloso palacete Ribadesella y la titularidad de una cuenta en el Banco de Crédito Rosales con una cuantía de diez mil pesetas. Según lo que dejó estipulado, todo ello es ahora de usted, doña Elisa.

Fijé la vista en el escrito que don Octavio revisaba.

—¿Está usted seguro?

—Sí, sí, doña Elisa. Mire, aquí mismo lo pone: «Así, resuelvo dejar la totalidad de mi herencia a mi sobrina, doña Elisa Montero Fernández».

—Sí, sí, ya lo veo. —Me quedé pensativa—. Pero ¿mi madrina se estaba quedando sin dinero? Desconocía que hubiera vendido todo.

—Bueno, sí, a su madrina no le fue nada mal mientras vivió. Es decir, gracias a toda la riqueza que su difunto esposo había conseguido, fue capaz de mantener su nivel social y su estatus. Sin embargo, todo eso estaba a punto de desaparecer. Demasiados gastos y pocos ingresos, ya sabe. Vendió algunos objetos que habían pertenecido a la familia Ribadesella en los últimos años: porcelana, tapices, cuadros. La mayoría formaba parte del valioso juego que decoraba su despacho. También le aconsejé que prescindiera del servicio que no fuera estrictamente necesario, hace unos años. Entre nosotros, creo que fue un asunto que la avergonzó y condicionó, entre otros muchos pesares, para terminar como terminó, así súbitamente — me confesó.

Tardé varios minutos en asimilarlo.

—En fin, si está usted de acuerdo, solo tiene que firmar aquí para aceptar la herencia de su tía.

Me quedé callada, leyendo mi nombre en el documento.

—No sé si lo estoy, don Octavio. Verá, yo no tenía buena relación con mi madrina. Y, además, no creo que quiera volver a Madrid en mucho tiempo. Aquí estoy con mi verdadera familia, estoy bien.

—Doña Elisa, no soy quién para dar consejos y menos si tienen que ver con la familia, pero, en cuestiones de dinero, es mejor dejar los remordimientos a un lado. Por otra parte, si usted no quiere residir en el palacete, puede venderlo.

Continué meditando. De pronto, me acordé de la villa a las afueras del pueblo. Aquella que mi padre le había entregado a su hermana a cambio de educarme.

—Don Octavio, ¿qué hay de la propiedad y el terreno contiguo que poseía mi madrina aquí, en Fuente de Cantos?

El gestor arqueó las cejas. No sabía de lo que le hablaba. Comenzó a rebuscar entre los papeles para proporcionarme una respuesta. ¿Y si también me la había dejado a mí?

—Aquí está. Sí, esa propiedad fue vendida en el año 1908. A... a don Zacarías Silvano Bermúdez.

Me quedé muda. Mi madrina se había deshecho de ella. Se la había arrebatado a mi padre por orgullo. Y encima se la había vendido al cacique del pueblo.

—Maldita bruja —murmuré.

—Doña Elisa, puedo comprobar que usted no guarda buen recuerdo de su difunta tía, pero debe tomar una decisión.

—Pues no sé qué hacer, don Octavio. Aunque, ahora que pienso, ¿no debería dar el visto bueno mi marido antes de proceder a la aceptación de la herencia? Hasta donde sé, sigo siendo la esposa de don Francisco de las Heras y Rosales.

—Sí, bueno... Ese es otro aspecto que debía abordar con usted. Como comprenderá, antes de localizarla a usted, debí ponerme en contacto con su esposo, por eso mismo que ha mencionado. Lo visité en su oficina del banco y, bueno, el señor De las Heras y Rosales me dejó claro que ya nada tiene que ver con usted. Ha declarado que tiene intención de solicitar el divorcio civil por... Bueno, por... Es un poco incómodo tener que decírselo... —Don Octavio se removió en su asiento—. Por su adulterio, doña Elisa. Perdóneme el entrometimiento. No he venido a juzgar su conducta.

Me quedé mirando a la mesa. Sí, suponía que era el paso natural. Ya me lo había advertido aquella noche, antes de marcharme de su residencia.

—Supongo que, en breve, recibiré más noticias sobre ese tema. Pero, por lo pronto, debe decidir con respecto al patrimonio de doña Manuela.

—Sí, supongo que sí —musité.

Me toqué las sienes, tensa, indecisa. El gestor aguardó un par de minutos y, acto seguido, me planteó una posibilidad.

—Verá, doña Elisa, voy a aprovechar el viaje hasta aquí para visitar a unos familiares en Badajoz. Regresaré a Fuente de Cantos en dos días. Para entonces, necesito que usted me entregue los papeles, con su firma o sin ella, y que, de aceptar la herencia, me acompañe a Madrid para terminar de cerrar toda esta cuestión y atender a los requerimientos de la burocracia.

—Yo no... —dije con un hilo de voz.

—Doña Elisa, no se precipite, haga el favor. Volveré en dos días —me repitió mientras cerraba su maletín y se incorporaba.

Despedí a don Octavio Castrillo con toda aquella inédita información

dando tumbos en mi mente. Me quedé sentada en una de las sillas, analizando todas las opciones. No deseaba volver a Madrid ni volver a pisar aquella casa. Y mucho menos entrar en el Banco de Crédito Rosales. Toda aquella herencia era un enorme lastre del pasado que no me permitiría avanzar. Cuando todos regresaron, compartí lo que el gestor me había revelado. Para mi sorpresa, quedaron contrariados cuando les hablé de mis dudas. Les propuse aceptar la herencia y entregársela a ellos, pero se negaron a recibir nada que procediera de Manuela Montero. Sobre todo, tras descubrir lo que había hecho con la propiedad que tanto ansiaban poseer. José Luis se marchó a la posada «para intentar tranquilizarse». Padre me ofreció dar un paseo.

El atardecer se cernía sobre los campos como un manto dorado de pétalos y hierba. Olía a la triste libertad de las gentes que habitaban esas tierras. El mundo entero parecía extenderse por aquellas llanuras, pero la falta de recursos las convertía en un tormentoso paraje al que estaban encadenadas las horas de los hombres. Eran un vertedero de fatiga, de agotamiento, de trabajo mal retribuido. Padre caminaba con un claro destino, con aquella leve cojera que, al parecer, arrastraba desde hacía varios años. Al principio, pensé que entraríamos en alguna iglesia para hallar el consuelo del Señor —de quien yo me había alejado con el tiempo—, en medio de mi falta de determinación, mas pronto me di cuenta de que visitábamos a alguien muy distinto. Era la tumba de madre. La lápida pronunciaba su nombre en aquella eternidad material que no aceptaba la muerte por respuesta. En los tres meses que había permanecido en Fuente de Cantos, no me habían mostrado dónde estaba enterrada. Detestaba no haberla conocido. Hablamos de ella, de sus aficiones y manías, y de qué opinión hubiera tenido sobre mí. Rocé la lápida con la punta de los dedos y medité un segundo.

—¿Y usted, padre? ¿Qué piensa?

—Elisa, después de todo lo que ha *pasao* esta familia, yo solo pienso en que mis hijos sean felices. Si quieres ser cronista o escritora o lo que sea, tienes mi bendición para luchar por ello. No conozco a ninguna mujer con esa aspiración, pero si has de ser de las pioneras, me gustará que el apellido Montero sobresalga por algo así —me confesó—. Pero, hija, aquí, rodeada de miseria, no es buen lugar para convertirse en periodista. No permitas que lo que te hizo huir de Madrid se adueñe del resto de tu vida.

—Ya no sé si deseo serlo, padre. Ese empeño mío ha hecho daño a demasiada gente. Existen mujeres periodistas, pero quizá yo no deba ser una

de ellas. Quizá no es mi destino.

—El destino lo escoge cada uno con decisiones como la que hoy debes tomar tú. Hija, acepta lo que te ha *dejao* tu madrina y utilízalo para reconstruir tu identidad. Úsalo en tu favor.

—Pero, padre, es la herencia de una mujer que me compró por una propiedad que después vendió. Es la mujer que hizo que me casara con Francisco para no perder prestigio si se quedaba en la ruina, para que, quizá, yo fuera su salvavidas económico si todo iba mal. La que nos prohibió comunicarnos en veinte años. Debería haberme dejado su villa, no ese palacete.

—Elisa, perder esa casa ha merecido la pena solo por ver a la mujer en la que te has *convertío*. Por mucho que reniegues de tu madrina, sin su educación, jamás podrías haber escrito en un periódico ni haber ido al teatro ni haber *leío y estudiao*... Hija, es tu decisión. Aquí siempre tendrás tu casa, escojas el camino que escojas —concluyó y me dio un beso en la frente.

Aquella charla me hizo reflexionar. Quizá sí que estaba permitiendo que mi pasado se hiciera con el control de mi presente y mi futuro. ¿Deseaba iniciar una nueva vida huyendo? No, no podía comenzar así. Padre defendía que podíamos escoger nuestro sino. No, no estábamos condenados irremediamente como había escuchado, una vez, en las tertulias de los jueves de casa de mi madrina. Una parte de nuestra fortuna dependía de nosotros, del motor que nosotros controlábamos. No dormí en toda la noche. Recordaba los buenos y malos momentos con mi madrina, nuestra última discusión, mi infancia en la casona. Tampoco ansiaba instalarme en aquel palacete. Había sido como una cárcel para mí durante años. Posiblemente, lo más acertado era venderlo.

Cuando amaneció, agarré mi chaqueta y salí de la casa, a hurtadillas, en busca de algo de aire. Necesitaba pensar, a solas. Caminé, con aquellos débiles rayos de sol espiando mis inciertos pasos. Algunos jornaleros ya marchaban al campo a faenar. Avancé por el pueblo, repasando las calles, las esquinas, las casas que me habían visto crecer dos veces. Las palabras del señor Castrillo se mezclaban con los cálidos consejos de mi padre. Y en medio de todo, mi orgullo, mi miedo, mi machacada dignidad. Sin percatarme de la dirección de mis sabias zancadas, terminé en aquel arroyo en el que tantos días había lavado la ropa con doña Mercedes. En el que tantas veces había sentido el escozor en las manos. Las miré. Estaban

bastante desmejoradas. Y, sin embargo, aquel anillo seguía ahí, en mi anular. No por mucho tiempo. Francisco había usado la ley a su favor. Esta le amparaba para desligarse de mi persona por mis relaciones extramatrimoniales. Mas el código civil no funcionaba igual a la inversa. Me quité la alianza. Deseaba arrancarla del dedo, lanzarla a su suerte en aquellas fangosas aguas, dejar que se oxidara al fondo de aquel riachuelo, permitir que la tierra se la tragara como una reliquia pasada que a nadie importa. Sin embargo, algo me detuvo. La sostuve entre las manos mientras meditaba sobre lo que supondría volver a Madrid, aunque fuera solo por unos días. La determinación de Francisco sería de conocimiento público. Sí, a mi regreso, no hallaría caras amigas, no encontraría mi sólida reputación, no me daría la bienvenida la tolerancia. Ahora, a ojos de mis antiguos allegados, sería una mujer adúltera, divorciada, mentirosa, traidora... Sí, eso sería, pero, aun con todo, no podía permitir que aquello me frenase en mi cometido para hacer lo correcto. Y eso pasaba por subirme al vehículo de don Octavio y cumplimentar lo preciso para vender la casona de mi madrina. Definitivamente, era mejor no lanzar la alianza. Valía demasiado dinero y, en aquella nueva vida, estaba convencida de que me vendría bien conservarla. Si el amor y el respeto que nos juramos frente a Dios no le habían otorgado suficiente valor, quizá sí lo harían sus quilates.

Cuando volví, comuniqué a mi familia mi decisión. Propuse a mis hermanos, a padre, a doña Mercedes y los niños venir conmigo a la capital. Con lo que obtuviera de la venta, podríamos encontrar una vivienda para todos. Se negaron. Juan no deseaba aprovecharse de los recursos de mi tía; sus principios no se lo consentían. Padre no tenía intención alguna de abandonar Fuente de Cantos: «Mi sitio está aquí, Elisa». Por extensión, José Luis calló. Doña Mercedes se afligió con mi marcha. Yo también la extrañaría. La adoraba. Y a los niños. Me fundí en un abrazo con todos ellos. No los merecía. Tenía la mejor familia del mundo y ahora lo sabía. Sin mirar atrás, con los ojos empañados en lágrimas que oscilaban entre la felicidad y la tristeza, me subí al vehículo de don Octavio Castrillo y me alejé, una vez más, del que siempre había sido mi origen y mi hogar.

La calle Villanueva, como casi todas las rúas madrileñas, había ido

experimentando cambios a lo largo de los años. Sin embargo, en lo esencial, permanecía igual que cuando me había marchado de allí tras casarme con Francisco de las Heras y Rosales. Desde el automóvil del señor Castrillo, observé los tres inmuebles que vigilaban la parte más occidental de la vía.

Una de las peculiaridades que seguía diferenciando al palacete Ribadesella era el olor a jazmín que desprendían las abandonadas enredaderas que abrazaban la verja de hierro. No obstante, donde antes se había respirado vida, movimiento, ahora solo quedaba una lóbrega propiedad, anclada en un luto eterno. Las contraventanas estaban cerradas a cal y canto. Las flores del jardín miraban al suelo, pidiendo disculpas por su pasada soberbia, suplicando que alguien les diera de beber para poder volver a mirar al sol a los ojos. La puerta, por otra parte, no tenía más que una función: no tener función. Ya no recibía al cartero, al lechero, al jardinero, a las amistades de mi madrina, a don Santiago de buena mañana... Se había quedado congelada y ya nada tenía que hacer.

—Cuando usted quiera, doña Elisa —me indicó el señor Castrillo.

Me bajé del vehículo. Avancé hacia la cancela y esperé a que don Octavio la abriera. Asomarme solo corroboró el aspecto sombrío que ya se advertía desde el coche. Crucé el pequeño jardín delantero. Aquel que había recorrido en sentido inverso, en numerosas ocasiones, tras saltar por la ventana de la salita de lectura vestida de Pedro Liébana. Aquel que había descubierto a Pascal mi verdadera identidad. Aquel por el que había pasado para lanzarme a los brazos de Francisco. Aquel que siempre había sido frontera entre mi realidad y mis alocados sueños.

Subí las escaleras y, otra vez, aguardé a don Octavio. Un olor concentrado y seco me impregnó la nariz en aquella primera inhalación al abrir la puerta.

—Espere aquí, doña Elisa. Encenderé las luces y abriré las contraventanas —me dijo el gestor de mi madrina.

Asentí. Con la iluminación, fui capaz de reencontrarme con los tapices, con las elegantes macetas y sus palmeras, con las esculturas, con aquellos veinticinco escalones que me retaban desde el otro lado del vestíbulo. Demasiados recuerdos enlatados en aquel montón de ladrillos y cemento.

Haciendo caso omiso a don Octavio, empecé a pasear por la casona. Visité el salón y el comedor, tan poco aprovechados por mi madrina. Después la salita, donde comíamos cada día y cada noche. El gabinete, desde donde se veía aquel triste balancín desocupado y el roble anejo, único baluarte de la

antigua grandeza del jardín. La cocina. Ay, doña Pilar. Ay, don Severiano. ¿Dónde estarían? Aquella estancia, sin ellos, no tenía sentido alguno. Abrí aquella despensa vacía donde ya no había garbanzos ni mojicones, aunque sí trampa. Sonreí, apenada por el vertiginoso paso del tiempo. Me asomé al despacho, donde, curada de la ceguera de la ignorancia, descubrí rincones desnudos y porcelanas ausentes. Supuse que la vergüenza por tener que deshacerse de las ricas posesiones de su difunto marido, debido a una mala conservación y gestión de sus negocios, fue lo que la llevó a dejar de celebrar aquellas tertulias que tanto adoraba escuchar. ¿Tener testigos cada jueves de la desaparición de piezas y que se corriese la voz de un posible aprieto económico? De ningún modo. Antes era capaz de renunciar al único enlace con el mundo de las Letras que se había permitido mantener tras mi llegada a Madrid.

Sin vacilar, enfilé la escalera hacia la primera planta. Paseé por la galería hasta la sala de lectura. Aquella nube de literatura, de libros desgastados, seguía reinando entre aquellas cuatro paredes. No obstante, la ausencia de los cuidados de doña Pilar había permitido al polvo hacerse con el control. Estornudé. Regresé a la galería y giré el picaporte de mi cuarto. Estaba igual que siempre. Mi cama, mi escritorio, el baúl del tocador, la bañera, el espejo. Me acerqué a la mesa. Alguien había dejado allí la vieja máquina de escribir de don Roberto. ¡Cuánto la había extrañado! Toqué, sin fuerza, una de sus teclas blanquecinas. ¿Habría sido doña Pilar?

—Doña Elisa, la espero en el gabinete —exclamó desde la planta baja.

No respondí. Salí de mi alcoba. Ignoré las otras dos habitaciones para invitados con las que aquel piso contaba y me dispuse a entrar en la última de todas, situada en el lado opuesto a la mía. La de doña Manuela Montero. El chirrido de las bisagras no me disuadió. Ella ya no podía prohibirme nada. Abrí las contraventanas y corrí las cortinas. Era una habitación de matrimonio, bastante más amplia que la mía. Contaba con una cómoda, una cama bastante ancha, cubierta por una colcha y numerosos almohadones, un espejo, dos mesillas de estilo barroco y una preciosa lámpara en el techo.

Cansada del viaje y de aquella abrumadora nostalgia, me senté en la cama. Revisé, indiscreta, los objetos que reposaban sobre la mesilla. Un jarrón. Una hermosa figura en mármol de la Piedad. Y... pestañeé. Alcancé, decidida, el marco y contemplé la fotografía. Era la instantánea que había tomado el fotógrafo en mi puesta de largo, justo cuando descendí por la escalera

principal. Mi madrina la había enmarcado, la había escogido para que la escoltara cada noche. Un torbellino de sensaciones salió del estómago hasta aprisionarme la garganta. Y, entonces, empecé a llorar. Eran mis primeras y únicas lágrimas por su muerte. Abracé el marco con fuerza.

Después de todo, ¿se podía querer a alguien que te había hecho creer que te despreciaba durante toda su vida? Sí, quizá sí era posible. Quizá odiarla había sido la decisión más sencilla de todas. Si ella tenía la culpa de mi desgracia, era más fácil continuar, reafirmarme en mi convicción de que no tenía alternativa. Quizá, si hubiera sido justa, me habría dado cuenta de que gran parte de la responsabilidad fue mía. Nadie me había obligado a tomar mis decisiones. Eran mías. Y también sus consecuencias. Pero ¡qué difícil asumir los efectos de nuestras determinaciones! No podía dejar de llorar. Debía alejar la rabia de mí. Ya era suficiente. Me había equivocado tanto, tan fuerte. Había caído hondo, me había levantado despacio y había dejado que las heridas supuraran sin ser capaz de cerrarlas. Pero ya era hora de cicatrizar. Y yo era la única que tenía gasas, la única con capacidad de curarme a mí misma, aceptándome tal y como era. Estaba harta de huir, de repudiar, de despreciar y maldecir. Quería hacer algo bueno, algo que me ayudara a regenerarme, algo que me permitiera perdonarme a mí misma y continuar.

—¿Ya ha revisado toda la casa, doña Elisa? —se interesó don Octavio cuando me reuní con él en el gabinete.

—Sí, sí, está todo en orden, como esperaba —respondí.

—¿Está usted bien?

—Perfectamente. Son demasiados recuerdos, eso es todo —lo tranquilicé.

—Entiendo... Bueno, es preciso que terminemos con el papeleo. Tengo un contacto en el Ayuntamiento, por lo que podemos agilizar todo el proceso. Así podrá usted poner en venta la casa cuando guste.

Lo miré de soslayo y me senté en uno de los sillones. Mis manos aún sostenían el marco de fotos.

—No, no voy a venderla.

—¿No? ¿Y a qué se debe ese cambio de parecer? Si no es indiscreción, doña Elisa.

—No creo que a mi madrina le hubiera gustado que me deshiciera de ella —aseguré.

—Oh, está bien, está bien.

Pasamos el resto de la tarde arreglando papeles y, después, el señor

Castrillo me dejó descansar. No me agradaba estar en aquella casa enorme y sola, pero debía acostumbrarme. Ya había tomado una decisión. Dormir en mi antiguo cuarto trajo a mi mente numerosas imágenes que creía olvidadas. Me desperté unas diez veces. Mi infancia llamaba a mi puerta, también mi adolescencia. Querían decirme algo. Sí, quería escucharlas, pero necesitaba dormir. Solo un poco más.

Eran las doce de la mañana. Me observé en el espejo. Lo cierto es que tenía un aspecto bastante desaliñado. Nada quedaba de doña Elisa, señora de De las Heras y Rosales, con sus elegantes vestidos, sus turbantes, sus flecos, sus cigarros con boquilla, sus guantes hasta los codos, sus delicados *Mary Janes*, su moderno corte de pelo. Ahora, era una muchacha con humildes ropas, confeccionadas por la buena de doña Mercedes, y zapatos desgastados y sucios de polvo del campo. Mi piel se había oscurecido un poco y mi cabello había crecido. Aun así, me pellizqué las mejillas y me dispuse a salir de la casona. Esperaba no encontrarme con nadie conocido. Me aterraba poder tropezarme con la familia Rosales, pero, por otra parte, no podía quedarme recluida para siempre. Tal y como me había dicho padre, no podía dejar que mis temores se adueñasen de mis días. Y tenía un claro cometido que cumplir.

Cerré la puerta principal del palacete. Algunos vecinos ya husmeaban para determinar quién había vuelto a abrir la casona de doña Manuela Montero. «¿Será su sobrina?». «¿La habrá vendido?». «¿Su sobrina no es la mujer que engañó a su marido, le abandonó en medio de la noche y se hizo pasar por un redactor de *El Demócrata de Madrid*?». «¿Cómo se ha atrevido a volver a la Villa? ¡Menuda vergüenza! ¿Y ha de ser nuestra vecina?». «En cuatro años de matrimonio no consiguió dar ningún hijo al señor De las Heras y Rosales. Eso es un mal presagio. Aunque doña Manuela tampoco concibió ningún vástago del pobre don Roberto. De tal palo, tal astilla». «Si doña Manuela levantara la cabeza». «Menuda impresentable. Esa clase de mujeres deberían ser castigadas con dureza para que sepan dónde están los límites». Entre críticas y rumores, me abrí paso hacia el otro lado del paseo de la Castellana. No debía pedir permiso a nadie. No debía salir a la calle acompañada. No tenía ya reputación alguna, así que ¿qué más daba un motivo más para que

me despellejaran en la tolerante Corte?

Aguardé con paciencia en el número 8 de la calle Miguel Ángel. No sabía con exactitud cuándo terminarían las clases, pero, en algún momento, debía salir mi querida amiga de aquel radiante edificio en el que se había instalado el Instituto-Escuela en 1918. Así sucedió. Cuando Catalina me vio, no podía creer que hubiera vuelto.

—¡Elisa! ¿Qué haces aquí? ¡Ay, Elisa! ¿Cómo has decidido volver? —me dijo emocionada.

—Tengo mucho que contarte, amiga. ¿Tienes tiempo para un café?

—Por supuesto, sí, sí. Vayamos.

Nos acomodamos en un café cercano. Casi había perdido la costumbre. Sin dejar de sonreír, me interrogó acerca de mi estancia en Fuente de Cantos. También me pidió perdón por revelar mi ubicación a don Octavio Castrillo.

—Me dijo que era por cuestiones relevantes, relacionadas con la última voluntad de tu madrina. Pensé que debías, al menos, escucharlo —me confesó.

—No te atormentes, amiga. Hiciste bien en enviarle a Fuente de Cantos. Es lo que me ha hecho volver a Madrid. Aunque, como ves, he perdido clase en estos meses —bromeé, tocándome el pelo.

—No digas sandeces, Elisa. Estás preciosa, como siempre —afirmó ella.

—Cómo echaba de menos tus halagos, amiga. Consiguen reanimarme en el peor de los momentos —aseguré—. Pero, en fin, cuéntame tú. ¿Cómo va tu proyecto? ¿Has conseguido avanzar?

Catalina bajó la vista. Sus ojeras daban buena cuenta de que, en los últimos tiempos, había trabajado sin descanso. Y su mirada dejaba entrever que los frutos de ese esfuerzo estaban tardando en aparecer.

—El Ayuntamiento no termina de ver consistencia en mi propuesta. No creen que la planta baja de un edificio en el centro cumpla con las condiciones de seguridad e higiene que debe tener una escuela. Además, no me toman en serio. Dicen que tengo poca experiencia. Y, bueno, ser una mujer tampoco ayuda. Es absurdo, deberías ver el local que he visto, sería idóneo si tuvieran la mente un poco más abierta. No es perfecto, pero podría ser una buena localización con algo de pintura y de luz. Aunque, de todos modos, mi capacidad de ahorro está bastante limitada. No sé, Elisa, por primera vez en mi vida estoy pensando en dejarlo a un lado y centrarme en mi labor en el Instituto-Escuela. Allí estoy bien.

—No, Catalina, no capitules. Tú no —le pedí.

—Es que es demasiado complicado. Me he estado informando y en Madrid no puedo abrir una escuela unitaria, debe ser una escuela graduada, con todo lo que ello implica. Se necesita más espacio, más recursos, más dinero.

—Bueno, he de ser sincera contigo, Catalina. He venido a verte para saludarte y, también, por otro asunto.

—¿De qué se trata?

—Verás, don Octavio Castrillo me leyó el testamento de mi madrina. En él, me dejaba sus ahorros y el palacete Ribadesella. Tras dudar, por mi delicada relación con ella, acepté toda su herencia y vine a Madrid, dispuesta a arreglar todos los papeles y vender la casona. Pero ayer, cuando la recorrí, los recuerdos me asaltaron. Fue la casa donde me crié, donde aprendí todo lo que sé, donde comencé a soñar con ser periodista.

—Y deseas quedártela...

—Sí, pero es una casa demasiado grande para mí.

—Bueno, Elisa, eres joven aún. Quizá puedas formar una familia, algún día —supuso, dejando caer sus párpados.

—No lo creo, amiga. Eso es algo a lo que renuncié cuando me marché de casa de Francisco. No es mi finalidad en esta vida, creo... —Cogí su mano—. Pero hay otra posibilidad, Catalina. Ayer, cuando volví a la casona, me di cuenta de que sería un lugar estupendo para abrir una escuela.

Los ojos de mi amiga se abrieron como platos.

—¿Una escuela? ¿En el palacete de tu madrina? Pero..., pero... —balbuceó.

—Chsss, tranquila. Te ayudaré con los gastos. Tú serás la directora y yo seré adjunta. Como una especie de figura que te asista en todo el proyecto. Es una casa grande. Hay espacio suficiente para varios salones y las niñas podrían jugar en el jardín trasero.

—Elisa, es demasiado. Yo jamás podré devolvértelo.

—Catalina, considéralo como un pago atrasado por todo lo que me has apoyado siempre. Aunque ni con ello alcanzo el valor de tu comprensión y tu fidelidad.

—¿Lo dices de veras? Ay, Elisa, sería mejor que en mis sueños. Aunque tu madrina se estará revolviendo en su tumba.

Cuando le comunicamos a don Octavio Castrillo nuestras intenciones, puso el grito en el cielo.

—¿¡Una escuela!? ¿¡Aquí!? ¿¡En el palacete Ribadesella!? —exclamó sorprendido—. ¿¡Vender todos los muebles y hacer reformas?! Ay, Señor, protégenos de este disparate.

—No se ponga nervioso, don Octavio. Será más sencillo de lo que cree. A propósito, ¿usted no tenía un contacto en el Ayuntamiento? Necesitaremos su ayuda —espeté.

Don Octavio, a pesar de no estar muy convencido, accedió a colaborar. Así, y con el palacete como ubicación de la futura escuela, obtuvimos el consentimiento del Ayuntamiento. El siguiente paso era obtener la necesaria subvención del Ministerio. El consistorio debía presentar la solicitud a la Comisión de Construcciones Escolares. Y así lo hizo. El señor Castrillo nos puso en contacto con un arquitecto amigo suyo que elaboró los nuevos planos de la casona, el señor Víctor Arias. Habiendo valorado el proyecto, un inspector vino al palacete para hacer una primera evaluación de los materiales y las condiciones de seguridad de la casa.

—Todo en orden, aunque les recuerdo que, según la normativa vigente desde el pasado año, en las escuelas graduadas no pueden vivir los maestros. Entiendo que la totalidad del edificio estará destinado a estancias dedicadas al estudio.

—Por supuesto, señor inspector. Así será.

No sería así. Haciendo gala de la común práctica española de aprovechar los resquicios de la ley para saltársela, resolvimos, junto con el señor Arias, el poner una puerta al final de la escalera del sótano. En aquel piso, nos instalaríamos sin que nadie lo supiera. Al inspector le diríamos que era un almacén y que estaba cerrado. No teníamos dinero como para alquilar una residencia al margen de la escuela. Y es que, aunque había vendido todos los muebles, cuadros, tapices, tejidos y adornos que todavía quedaban en el palacete y Catalina también había aportado sus ahorros, la reforma de la escuela conseguía tragarse casi todos nuestros recursos. Solo sabríamos si nos daban la subvención cuando hubiésemos terminado, así que, en principio, debíamos asumir todos los gastos. Nos dimos cuenta de lo que todo esto significaba cuando empezaron las obras. Había que contratar a peones. Mas fue entonces cuando tuve aquella otra gran idea.

Juan y José Luis no habían accedido a venir a Madrid sin empleo. Tampoco deseaban ni una peseta de la herencia de mi madrina. Sin embargo, podía ayudarlos de otro modo. Podía contratarlos para trabajar en la reforma. No fue tarea fácil el convencer a mi hermano Juan. Era terco, como padre y como yo. Pero la contribución de doña Mercedes fue decisiva y a mediados de julio, mis dos hermanos llegaron a la Villa. Y no fueron los únicos en venir. Conseguí localizar a doña Pilar, que se encontraba trabajando para una familia que vivía en la calle de Juan Bravo, y le propuse regresar al palacete para ser la cocinera de la escuela. No dudó ni un minuto. Con mucha pena, debí prescindir de contratar a don Severiano y a don Santiago por falta de dinero, pero me constaba que ambos habían conseguido buenos trabajos.

Aquel verano, el de 1929, transcurrió entre serrín, estruendos, martillazos, polvo, sudor y noches en vela. Pero también entre risas, complicidad e improvisados bailes con mis hermanos cuando sonaba una animada canción en la radio. Todos colaborábamos desde las ocho de la mañana, previo desayuno, hasta las diez de la noche. Después, nos repartíamos en las habitaciones del sótano e intentábamos descansar. Pero no todas las noches eso era posible. Miraba al techo y pensaba en los riesgos de aquella decisión. No sé si la tomé por egoísmo, por no encontrarme allí sola, como mi madrina, o porque creía que, de aquel modo, todas esas niñas tendrían una oportunidad. Solo el tiempo lo diría. Algunas noches, la incertidumbre me impedía conciliar el sueño. Así ocurrió aquel día de principios de agosto. El calor era asfixiante. Me levanté de la cama y subí a la planta principal. Listones de madera, pupitres y escombros eran los actuales habitantes del enorme vestíbulo. La puerta de la salita estaba abierta, entraba el aire cálido de la urbe. Me asomé. Catalina se había sentado en una de las sillas del jardín trasero. Miraba el firmamento.

—Catalina, ¿tú tampoco puedes dormir?

—Ey, hola, Elisa —me saludó.

—¿Puedo hacerte compañía? —dije señalando la otra silla.

—Por supuesto, querida. ¿Quieres un cigarrillo y un poco de *whisky*? —me ofreció.

—Sí, por favor. Necesito relajarme. ¿De dónde has sacado esta botella?

—Me la ha conseguido tu hermano José Luis. Un gran muchacho.

—Madre mía, a saber por dónde se mueve... Creo que prefiero no enterarme.

—No te preocupes. Es un mozo con sesera. Como su hermana —opinó.

Sorprendentemente, mi esófago se había vuelto resistente a la bebida. Una vez más, el pitillo y el alcohol estaban consiguiendo que me tranquilizara. Catalina y yo nos reíamos, desinhibidas por cortesía de aquel líquido escocés, recordando viejos tiempos. Entonces, una conversación apareció en mi memoria.

—¿Sabes qué es gracioso?

—¿El qué?

—Una vez mi madrina me dijo que tú y yo acabaríamos pobres y solas. —Una carcajada salió de lo más profundo de mis entrañas—. Pobres y solas. ¡No pudo acertar más!

Catalina también empezó a reírse. Era una descripción bastante ajustada a nuestra situación. Di otro sorbo a la botella.

—Es que ella no entendía nada. Nosotras no somos mujeres que necesiten el amor. ¿A que no? Nosotras vivimos de otro modo. Y nadie nos entiende. —Mi ebriedad se evidenciaba en mi forma de hablar.

—Bueno, yo no lo creo, Elisa. Podemos vivir con amor. Yo sí lo quiero —me confesó.

—Pero tú..., tú..., tú nunca has querido casarte. No sé de ningún hombre del que te hayas enamorado. Bueno, una vez me hablaste de uno, en una carta, pero nada más. ¿Acaso te has rendido y por ello no buscas marido? —supuse.

Catalina se rio.

—No es eso. Puedo querer amar, pero no casarme. Puedo querer algo distinto... Mi verdadero problema es que lo que yo quiero no lo entiende casi nadie. Pero yo sí creo en el amor. Amar es un sentimiento incondicional. Es desvivirte por otra persona aun cuando todo parece volverse del revés. Es aceptar con los defectos y con las virtudes. Es sentir aun cuando sabes que no es correspondido. —Y pegó un trago.

Miré al suelo.

—Pero amar duele. Y más cuando sabes que has perdido a la persona con la que te sentías así —lamenté.

—Cuando quieres a alguien, nunca lo pierdes por completo. Se queda siempre aquí —me dijo, poniendo la mano en mi corazón.

Delicadamente acarició mi cuello y recorrió mi brazo. Acercó sus labios a mi hombro descubierto y lo besó. Después, se apartó, movida por su

conciencia, frenada por el miedo a dejar su mano en libertad.

—Deberíamos ir a dormir. Mañana tenemos que dejar terminados los salones —me sugirió.

—Ve yendo tú. Necesito estar un momento a solas —le indiqué.

—Está bien.

Catalina se acercó, me dio un suave beso en la mejilla y se marchó. Lancé una última mirada al cielo estrellado. Recordé a Pascal más vívidamente. Regresé, sin querer, a nuestras conversaciones, a nuestras miradas cómplices de secretos, a su sonrisa. Me terminé el cigarrillo. Amar dolía, sí. Y más cuando no obtienes respuesta.

El día 6 de septiembre terminaron las obras de la casona. Todo estaba listo para que se iniciara el curso. Sería el día 9. No teníamos muchas alumnas. Dieciséis en total. No obstante, esperábamos que a medida que nuestra escuela se hiciera conocida, el número de alumnas ascendiera. Teníamos capacidad para muchas más.

Así lo había confirmado el inspector en su segunda visita. Pegado a su cuaderno fue analizando, punto por punto, las distintas estancias. La escuela contaba con un amplio vestíbulo en el que habíamos instalado un guardarropa. El despacho de mi madrina era ahora el despacho general de las directoras y el profesorado. Allí había reubicado la máquina de escribir del señor Ribadesella. El salón había pasado a ser un salón de actos, donde reuniríamos a las alumnas siempre que quisiéramos dar mensajes generales. También para charlas y pequeñas conferencias. La salita y el comedor eran ahora una sola habitación. Allí comerían las niñas gracias a las delicias que seguiría preparando doña Pilar en su cocina. El gabinete ya no aguardaría visitas, se había convertido en una sala de estudio.

En la segunda planta, los dormitorios, los tocadores y los aseos habían desaparecido para dar cabida a cuatro salones —uno para cada grado— con sus respectivos retretes. La sala de lectura, aquella que me vio escabullirme un millar de veces, sería la biblioteca. Los libros que mi madrina y su misterioso amante habían adquirido y almacenado allí estarían a disposición de las alumnas, recuperando así su utilidad.

En el sótano, la bodega se había convertido en otro retrete, mientras que el

resto había permanecido igual. Habíamos limpiado las habitaciones. Doña Pilar volvió a la que siempre había usado. Catalina se instaló en la de al lado, en la de don Severiano. Frente a la suya, estaba la de José Luis, donde habían descansado las dos doncellas que habían trabajado en la casona como internas, las únicas a las que mi madrina no había despachado en su intento por frenar la desintegración de su fortuna. En su lado izquierdo, estaba el cuarto que Juan usaría mientras estuviera en Madrid y en el derecho, al final del pasillo, me alojé yo. Sí, en aquella misma alcoba en la que se había escondido Pascal.

Mas de todo esto nada debía saber el inspector. La puerta y nuestras mentiras aislaban esta realidad de los inquisitivos ojos del funcionario, así que tras corroborar que cumplíamos todos los condicionamientos, se fue. Entretanto, Catalina se había encargado de seleccionar a tres maestras que la ayudarían: la señorita Rosa Perera, la señorita Juncal Lorenzo y la señorita Clara Bartolomé.

Así las cosas, aquel lunes abrimos la gruesa puerta de la entrada para dar la bienvenida a nuestras niñas. Su procedencia era dispar y eso mismo era lo que buscaba Catalina. Una a una, se fueron despidiendo de sus madres o de las muchachas, adentrándose en la casona con mirada curiosa y dejando las chaquetas en el guardarropa. La verja las acompañaba en la despedida, con su dulce aroma y con aquel letrero que habíamos colocado y que rezaba: «Escuela Montero-Folch para niñas».

Catalina y yo las recibíamos en la puerta y les indicábamos que pasaran al salón de actos. Mi amiga no podía estar más pletórica. Cuando las dieciséis se hubieron acomodado, cerramos la puerta y entramos también nosotras en el salón. Habíamos acordado que Catalina les hablaría de las normas, de los horarios y del resto de maestras. Yo me dirigiría a ellas para presentarme. Repasé sus ojos perdidos y hambrientos de aventuras. Me vi allí sentada, junto a ellas, con mis trenzas, con mi muñeca. ¿Qué podía yo enseñar? Si apenas sabía adónde dirigir mis pasos. Las alumnas esperaban en silencio. Proseguí.

—En la vida muchos os harán creer que son más fuertes que vosotras, que son más valiosos, más rápidos, más inteligentes. Yo no dispongo de las herramientas para borrar palabras de las bocas de aquellos que os infravalorarán en el futuro, pero hoy estáis aquí para evitar que, algún día, vosotras mismas caigáis en el error de creerlo. Estáis aquí para descubrirlos,

conoceros y empezar a luchar por vuestros sueños, cualesquiera que sean. Estáis aquí para que, un día, cuando alguien os señale clamando que no sois capaces, podáis repetir vuestro nombre en voz alta y afirmar: yo puedo conseguirlo. Estáis aquí para comenzar la tarea más ardua de todas: valoraros vosotras mismas. Porque la sociedad y aquellos cuya opinión tanto os importará, seguramente, no encuentren momento de hacerlo.

Asentí. ¿Habrían comprendido lo que les había querido transmitir? Miré a Catalina, que me sonrió emocionada por mi discurso.

—Bueno, os presento a la directora de la escuela y quien os guiará en este camino. La señorita Catalina Folch.

Las niñas me aplaudieron. Con aquel reconfortante plas-plas, me senté en una de las sillas y observé cómo mi amiga les proporcionaba el resto de información. Sus habilidades comunicativas eran más que evidentes. Enseguida, captó la atención de su joven público. La escena era esperanzadora. Eran las mujeres del futuro. Mientras el turno de palabra recaía sobre la señorita Juncal Lorenzo, la cabecita de José Luis se asomó, discreta. Rápidamente me percaté y me reuní con él en el vestíbulo.

—Hermanita, ha *llegao* carta del Ministerio —me anunció, entregándomela.

—Ay, José Luis... Esto debe de ser la resolución de la subvención.

—Venga, *pos* ábrela, mujer. No vamos a estar aquí en ascuas *to* el día.

—Pero ¿y si no nos la han dado? Ay, madre santísima, que ya no sé de dónde podemos sacar más pesetas.

—¿Qué ocurre? —se interesó doña Pilar, que salió de la cocina.

—Carta del Ministerio, doña Pilar.

—Venga, pues ábrela, chiquilla —me animó.

—Eso le he dicho yo. Pero *na*. Que le gusta más mirar el sobre.

—Ya voy, ya voy.

Despegué la solapa y saqué el escrito. Leí sus líneas, por encima, hasta dar con la conclusión. Alcé la vista.

—¡La tenemos! ¡La tenemos! ¡Nos la han dado! ¡La tenemos! —empecé a gritar, dando ligeros botes.

—¿La tenemos? ¡La tenemos!

Nos dimos un abrazo conjunto mientras continuábamos dando saltitos en círculo. Estábamos pletóricos. Necesitábamos el dinero. ¡Y qué feliz era de poder tener a doña Pilar y a mi hermano para celebrarlo! Definitivamente, esa

casa no sería nunca más un lugar asfixiante y oscuro. Se había convertido en el sendero hacia la autorrealización de dieciséis niñas.

El primer año de vida de la escuela pasó volando. Al principio, tuvimos que lidiar con nuestra falta de renombre, la ausencia de experiencia y mi criticada fama. No eran pocos los que dudaban de nuestras capacidades, pero el tesón y saber hacer de las maestras hicieron que fuéramos sumando alumnas. En el segundo curso, que se inició en septiembre de 1930, se matricularon más de cuarenta niñas.

En torno a ese objetivo de hacer prosperar a la Escuela Montero-Folch, fuimos conformando una familia bien avenida. Catalina se desvivía por las chiquillas y por que todo marchara a la perfección, desde el punto de vista académico. A finales del primer curso, tuvo que buscar a una nueva maestra puesto que la señorita Clara Bartolomé se casó en primavera. Así, contrató a la señorita Marta Sierra para suplirla. Doña Pilar tenía como cometido cuidarnos a todos. Era una suerte de madre que velaba por nuestra alimentación y también por nuestra salud. Tuve la oportunidad de conversar con ella acerca de mis mentiras del pasado y pude deducir que para la dulce doña Pilar no había sido una sorpresa. Entre líneas, sin querer admitir en voz alta que había traicionado a su difunta señora, me dio a entender que, en más de una ocasión, había protegido mis secretos.

Juan consiguió trabajar en varios de los proyectos del señor Arias. Cuando logró pesetas suficientes, volvió con su familia y con padre a Fuente de Cantos y compró una pequeña parcela para el cultivo de la aceituna. José Luis pasó a tomar las riendas de todas las cuestiones de mantenimiento de la casona y del contacto con proveedores, así que se quedó definitivamente en Madrid.

En el tiempo que me quedaba disponible, acudía a mis entrevistas en los periódicos que, una y otra vez, me cerraban la puerta en las narices.

—Doña Elisa, no dudo de su capacidad para escribir o cubrir acontecimientos. El problema es que su nombre está vinculado a todo el asunto de *El Demócrata de Madrid*.

—Pero no he sido la única en utilizar pseudónimos, ¿no es así? Muchos otros han tenido otra identidad o han ocultado la suya propia. Mire Xenius o

el mismísimo Clarín.

—Doña Elisa, sabe bien que no es lo mismo. Usted se inventó a una persona. Se disfrazó de hombre durante años. Vamos, yo mismo conocí al joven Pedro Liébana en aquella función en el teatro Maravillas en beneficio de la Asociación de Prensa. Y si no recuerdo mal, iba con una muchacha cogida de su brazo.

—Sí, era mi amiga Catalina. Simplemente me ayudó. De veras, creo que debería reflexionar. Puedo esperar varios días hasta que usted lo medite con tranquilidad.

—Doña Elisa, lo siento. Si por algo se sigue juzgando a la prensa, en este país de locos, es por su credibilidad. Y usted no tiene ninguna a ojos de los madrileños. Váyase y dedíquese a otros menesteres. Hágase un favor.

Sí, aquellos que me habían halagado cuando me creían un hombre, ahora me negaban la posibilidad de escribir en sus publicaciones. Comprendía sus reparos, pero ¿acaso no merecía una segunda oportunidad? Había probado todo. El *Heraldo de Madrid*, *El Sol*, *La Voz*, el *ABC*, *El Imparcial*, el *Debate*, *Informaciones*, *Blanco y Negro*, *La Esfera*... Nada. Todos me contestaban lo mismo.

Derrotada, regresaba a la casona con la cabeza gacha. Dejaba el abrigo en el guardarropa y me retiraba al despacho, donde me centraba en la contabilidad y las cuestiones administrativas de la escuela, mientras escuchaba la radio. Añoraba tanto la actualidad... Vivir al filo de la noticia. Recoger, como fruta madura, los acontecimientos más relevantes del día y ofrecérselos a los lectores, exprimiéndolos al máximo, formando versos ocultos en prosa, con ellos. Las voces que escupía el receptor me recordaban aquel apasionante mundo que me prohibía ahora la entrada. ¡Y cuánto había que contar por aquellos tiempos!

España se había vuelto a sumir en la inestabilidad. Ni las exposiciones de 1929 ni las buenas intenciones del Directorio para limar asperezas con los sectores más críticos habían impedido que, el 27 de enero de 1930, don Miguel Primo de Rivera dimitiera. Su partida a París inició una nueva etapa a la que la prensa llamó «la dictablanda». Tan solo un día después de su dimisión, el rey Alfonso XIII nombró presidente del Gobierno al general Berenguer. Sí, a aquel mismo a quien había amnistiado por las responsabilidades de Annual antes de subirse a un tren en el verano de 1924.

El cometido que el general tenía era llevar de nuevo a España a la

«normalidad constitucional», es decir, dejar atrás la dictadura y volver a la Constitución vigente antes del levantamiento de 1923, la Constitución de 1876. Sin embargo, el nuevo dirigente prometió rápido y actuó despacio, por lo que diez meses después de su nombramiento, España seguía siendo un país a medio camino entre dos formas de gobierno dispares, a la espera de que alguien le dijera qué era esa ansiada «normalidad» que vendía ahora el poder.

Y es que a esta confusión se le sumó el creciente rechazo de gran parte de la sociedad a la figura del monarca. El razonamiento era sencillo. Si el propio rey había violado la Constitución que legitimaba sus derechos dinásticos en pro de una dictadura que se descerrajaba por momentos, ¿quién decía que el rey tuviera ya alguna legitimidad? ¿Qué poder le amparaba? La opinión pública estaba cada vez más dividida y los partidarios de la república no tardaron en organizarse.

Aquel mismo verano se habían reunido, en San Sebastián, los principales partidos republicanos para pactar su colaboración para terminar con la monarquía. De ahí había surgido un comité revolucionario que no perdió la oportunidad de trasladar las bondades de la república por toda España. «El pueblo debe hablar, maldita sea. La monarquía es parte de la dictadura», me dijo mi hermano Juan, entregado a la causa republicana. En el fondo, yo también lo creía. Era preciso avanzar, desligarnos de Alfonso XIII, de la etapa anterior. «Esa Constitución la profanaron ellos mismos. ¡Que no quieran volver a ella ahora! Ellos mismos la incumplieron. Necesitamos otra en la que se diga que España es una república», me comentó también Juan en otra ocasión.

En medio de aquel monólogo interno, en compañía de la radio, Catalina entró en el despacho.

—Elisa, querida, ¿qué tal la entrevista en *La Libertad*?

—Como de costumbre. Mal —respondí.

—Bueno, no te apenes. Seguro que encontrarás el lugar perfecto.

—Ojalá, Catalina. Extraño tanto escribir. Es como si me faltara el aire. Escucho los boletines en el receptor, contemplo la máquina de escribir y me invade la frustración por no poder publicar nada al respecto, como hacía antes. Vivo marginada, aislada de mi pasión —me quejé.

—Lo sé... Pero es solo un mal periodo. No debes rendirte. Igual que tú me dijiste a mí.

—Sí, ya... —me conformé—. En fin, ¿cómo han ido las lecciones de hoy?

—Muy bien. ¿Recuerdas que te comenté que Alicia Torres estaba algo distraída últimamente?

—Sí.

—Pues he estado hablando con ella y me ha prometido que comenzará a aplicarse más a partir de ahora. Ay, benditas mentes jóvenes, que andan dispersas la mayor parte del tiempo. —Se rio Catalina—. Oh, por cierto, hay otra cuestión que quería tratar contigo, ahora que estamos las dos aquí.

—Dime —dije, abandonando las cuentas.

—Verás, estamos estudiando los huesos del cuerpo humano y nos sería de gran ayuda tener uno de esos esqueletos, ¿sabes a lo que me refiero?

—Catalina, vamos muy apuradas con los pagos. Debemos hacer frente al recibo de la luz, el agua. Y encima hay que arreglar la ventana de la sala de estudio. No estamos para gastos extraordinarios. No dan los números.

La sonrisa de Catalina se esfumó. Hizo una mueca de desilusión.

—¿No tenemos ni unas míseras monedillas para hacernos con uno? —insistió.

Repasé el libro de contabilidad. Resoplé.

—Veré lo que puedo hacer.

—Gracias, gracias, gracias. Eres la mejor —exclamó, de nuevo, exaltada.

Ser la encargada de las cuentas me aproximaba a los rígidos límites que marcaban los números y las pesetas. Yo debía dar permiso para las compras y detectar los posibles excesos. Y lo odiaba. Era paradójico que yo, que siempre había vivido al margen de los condicionamientos y las estrecheces, derrochando en vestidos y en joyas, ahora tuviera que controlar los gastos de una escuela. Joyas y vestidos. Sí. Levanté la vista del documento. La radio seguía arrullándome con cariño. Recordé que aún tenía, en alguna parte, las joyas que me había llevado de casa de Francisco. Estarían abandonadas en algún recoveco de mi habitación.

Cuidando que ninguna niña me viera bajar por las escaleras, descendí hasta el sótano. Abrí la puerta que lo apartaba del resto de la escuela y me dirigí, convencida, a mi modesta alcoba. Lancé una mirada a la fotografía con mi madrina, que ahora decoraba mi mesilla, y, después, rebusqué debajo del catre. Allí había guardado una caja con las escasas pertenencias que me quedaban. Sí, ahí estaban las joyas. Saqué los collares, las sortijas, las horquillas plateadas, las perlas y los pendientes. También el valioso anillo de compromiso que me había regalado Francisco y mi alianza de casada. Había

hecho bien en no lanzarla a su suerte. El único colgante que no pensaba perder era el que me habían regalado don Ernesto y doña Cristina en mi puesta de largo. No había vuelto a verlos. Sentía demasiada vergüenza como para acercarme a su casa, suplicando su perdón. La esmeralda seguía intacta. Lo volví a colocar en su sitio y continué analizando el resto de abalorios. Hallé un broche que me había regalado mi madrina. Cuántos recuerdos en forma de piedra preciosa, de oro, de plata, de nada. Fui dejándolos sobre un pañuelo extendido. Algunos de ellos estaban enrollados, se habían abrazado temiendo que alguien los despojara de aquella guarida en la que habían permanecido presos durante más de un año.

Traté de separarlos y, de pronto, identifiqué algo más valioso que todos esos adornos. Era áspero, fino, simple. Lo extraje con cautela y lo admiré, como si fuera lo más bello que mis ojos habían contemplado en mucho tiempo. Y, en efecto, lo era. Era el cordel con el que había jugado con aquel niño herido, en aquella misma habitación. Era el cordel que había acompañado a Pascal en su cambio de identidad. El mismo que había resuelto devolverme para que me diera suerte a mí.

Apreté el cordel en mi mano, lo coloqué alrededor de mi cuello a modo de colgante y envolví el resto de joyas en el pañuelo. Nuestras alumnas tendrían un esqueleto.

—¿Más sopa, niña? —me preguntó doña Pilar.

Sí, aunque estuviera a punto de cumplir treinta años, doña Pilar seguía viéndome como una chiquilla. Era la hora de la cena. Catalina, José Luis y yo esperábamos ansiosos la sabrosa comida de doña Pilar, quien se sentó junto a nosotros cuando terminó de servir.

—Está la gente entusiasmada hoy con un artículo del señor Ortega y Gasset —comenzó la cocinera—. En el mercado todo el mundo hablaba de lo mismo.

—¿Qué artículo, doña Pilar? —me extrañé.

—Pues uno en el que dice que hay que derrocar al rey. Así, simple y llanamente. España va a terminar loca. Que Dios nos pille confesados —valoró doña Pilar mientras se santiguaba.

—Razón no le falta, pues —opinó José Luis—. Ese maldito Borbón es un

grano en el trasero de nuestro país. Que se vaya de una vez.

—Estoy de acuerdo contigo. Aunque no creo que nadie vaya a lograr que se marche. Terminaremos volviendo a la dictadura, con otro general y otras mordazas —añadió Catalina.

—Yo tampoco soy partidaria de la monarquía, después de todo, pero responsabilizar solo al rey de lo que ha estado ocurriendo en España en los últimos tiempos es una frivolidad. Ojalá los problemas de nuestro país fueran tan simples —intervine soplando la sopa de mi cuchara—. De todos modos, tengo en muy buena consideración la inteligencia del señor Ortega y Gasset. Una vez, coincidí con él en una recepción cuando iba disfrazada de Pedro Liébana, con don Ernesto y P... Bueno, sí, anécdotas del pasado. —Sonreí—. Debe de ser interesante su razonamiento. ¿Tenemos algún ejemplar de *El Sol*?

Todos me miraron con ternura, respetando aquel fugaz viaje.

—Sí, lo compré esta mañana junto a los otros, como me pediste que hiciera, siguiendo la tradición de doña Manuela —me respondió doña Pilar—. Los dejé en el despacho.

Era cierto. Así se lo había pedido a doña Pilar cuando abrimos la escuela. Sin embargo, no todos los días tenía tiempo para ojear las páginas de los periódicos ni de dejar que las noticias se destiñeran en los dedos. Y aquel 15 de noviembre fue una buena muestra. Sin ganas de esperar a leer el comentado artículo, me levanté de la mesa y fui a buscar aquel ejemplar. Cuando volví, todos aguardaban a que les revelase qué diantres había dicho el señor Ortega y Gasset para que todo el mundo estuviera hablando de ello. Abandonando de momento la rica sopa de doña Pilar, me centré en buscar el escrito. Fue fácil. ¡Ahí estaba! En la primera plana. La tipografía era más clara, más grande, más rotunda que la del resto de titulares con los que compartía protagonismo aquel sábado. Era inevitable no reparar en él.

—Venga, Elisita, léenoslo —me pidió José Luis.

—Está bien, voy —contesté, aclarándome la voz—. «El error Berenguer. No, no es una errata. Es probable que en los libros futuros de historia de España se encuentre un capítulo con el mismo título que este artículo...». — Me contemplaban boquiabiertos mientras yo decía, en voz alta, lo que el señor Ortega y Gasset había publicado. ¡Qué cantidad de verdades! ¡Cómo se estaba aprovechando el poder de la ignorancia supina de la sociedad española! Terminé los últimos dos párrafos que rezaban—: «Este es el error

Berenguer, del que la historia hablará. Y como es irremediabilmente un error, somos nosotros, y no el Régimen mismo; nosotros, gente de la calle, de tres al cuarto y nada revolucionarios, quienes tenemos que decir a nuestros conciudadanos: ¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¡Reconstruidlo! *Delenda est Monarquia*».

—¿Eso qué quiere decir, hermanita? —se interesó José Luis.

—Está parafraseando una cita... Ahora no recuerdo de quién, pero sé que significa que debe destruirse la monarquía —comentó Catalina.

—¡Así se habla, Elisita! —exclamó José Luis dando un golpe en la mesa.

—Bueno, dirás el señor Ortega y Gasset —le corrigió.

—Sí, bueno, ya me entiendes. Es que es cierto. Quieren volver a la normalidad por cauces corrientes, pero ellos mismos son los que nos han *llevao* a la anormalidad. ¿Tiene algún sentido?

—El sentido mismo de quien ansía el poder, a toda costa y con cualquier circunstancia. Nos quieren convencer de que olvidemos estos siete años — señaló Catalina.

—Menuda vergüenza —aportó doña Pilar.

—Algo me dice que este artículo va a tener repercusión... y no solo para *El Sol*. Ha dicho lo que muchas personas piensan en un momento en el que estamos hastiados por la inacción del gobierno de Berenguer. Si pudiera escribir un solo artículo con mis ideas... —lamenté.

—Niña, él puede escribir esas cosas, pero no todo el mundo podría firmar una declaración de intenciones así. Lo colgarían al amanecer —me recordó doña Pilar—. Ahora termínate la sopa. Fría no vale nada.

¿Adónde nos llevaría aquello? Por entonces, nadie lo sabía. España volvía a tener el futuro por escribir, sin nadie que manejara debidamente su dirección. Poco importaba ya quién tuviera el poder; el debate, en esos días, era otro. Se adentraba en las entrañas mismas de nuestro país, ponía en tela de juicio la fórmula más veterana de todas, la de la monarquía. No había sido muy halagüeña la república de 1873. ¿Sería otra nuestra salvación, el empuje definitivo a una España que se lapidaba, una y otra vez, sobre las cenizas de otros tiempos? La mancha en el techo de mi cuarto tenía, definitivamente, forma de árbol. ¿Cómo es que él podía haber visto un pez? Aunque a eso se reducía todo. Pez o árbol. Árbol y pez. Y todas las respuestas, sí, señor, eran correctas.

El lunes, de buena mañana, agarré mi sombrero y me dirigí decidida hacia el Monte de Piedad. Allí había ya empeñado algunas baratijas antes. En su deprimente ventanilla, los parroquianos abandonaban sus pertenencias en busca de monedas que paliasen la escasez. Algunos, no obstante, volvían a recuperarlas si las precisaban para aparentar que nada había cambiado en sus vidas y, después, las volvían a empeñar. Así era la bipolaridad de la creciente clase media madrileña, a la que yo pertenecía desde hacía poco tiempo.

Dejé el pañuelo allí, con todas aquellas valiosas joyas envueltas, y me fui con un préstamo para conseguir el esqueleto. Esa misma tarde, mandaría a José Luis a comprarlo. Seguro que lograba que nos hicieran un buen precio. Así, y habiendo cumplido mi objetivo, opté por volver dando un paseo por las céntricas calles de la Villa. Desde la plaza de las Descalzas subí hasta la plaza del Callao, luchando por ignorar a aquel magnífico hotel en el que se había hospedado Pascal. Me fijé en el edificio de los cines y continué hasta la Gran Vía. En la calle Eduardo Dato, tercer tramo de aquella arteria que recorría desde la plaza del Callao hasta la plaza de España, se habían erigido nuevos y despampanantes edificios, como el teatro Rialto. La vida y ocio de la urbe estaba en plena efervescencia. Cada vez había más lugares donde deleitarse con los largometrajes, con las representaciones, las zarzuelas, los bailes.

Anduve por aquellas avenidas donde no parecían transcurrir las horas, donde los problemas eran un invento barato que no tenía cabida entre los almacenes, las coquetas tiendas, los bares y las joyerías. Lo cierto es que mi atuendo contrastaba con la gracia de aquellas estilosas damas que paseaban por allí. Admiré su porte, el gusto con el que habían seleccionado las telas y los bordados.

De pronto, entre aquel sinfín de gentileza, una mirada conocida se coló en mi mundo. Arqueé las cejas, extrañándome. Eran doña María Elena Gonsálvez y Candelita. Sonreí e hice amago de acercarme, pero, entonces, me di cuenta de que ellas no tenían intención alguna de dirigirse a mí. Con desgana, cambiaron el rumbo de sus ojos, simulando que no nos conocíamos y prosiguieron con su paseo. Qué ingenua podía llegar a ser. Yo ya no era amiga suya. Aunque me conocieran desde que tenía siete años. Aunque hubiéramos compartido mesa y conversación durante media vida. No, ya no formaba parte de ese selecto universo, había firmado mi renuncia con aquel

artículo en *El Demócrata*, con el abandono a mi marido, con mi decisión de marcharme a Fuente de Cantos, con mi adulterio y con mi determinación de regresar para montar una escuela, en vez de aprovecharme del montante final de la fortuna de mi madrina.

Con el rechazo clavado en el pecho, continué caminando. No eran las únicas a las que me había encontrado en el transcurso de aquel año. En una ocasión vi a Francisco. Sí, Madrid no era un lugar tan grande como para no tener que hacer frente a tus demonios. Él ni siquiera me vio. Salía del Palace hotel, acompañado de una dama y de dos caballeros. Reían animados, agotaban las charlas del almuerzo, dispuestos a retirarse a sus cómodas viviendas o a sus apasionantes ocupaciones. Él había cometido los mismos crímenes que yo, pero las normas jurídicas y la ley moral solo a mí me señalaban por ello. Él no debía renunciar a nada: ni a su dignidad ni a sus amistades ni a los saludos de cortesía. Yo, sin embargo, tenía una marca en mi nombre de la que jamás me desharía.

El esqueleto casi se convirtió en la mascota de la escuela en los días que precedieron a las Pascuas de 1930. Durante aquellas semanas, todos los grados pudieron disfrutarlo. Incluso la señorita Sierra lo aprovechó para las clases de dibujo o de costura. Me gustaba la capacidad que teníamos para valorar esos pequeños detalles. Era nuestro salvavidas en medio de la controversia que asoló el país durante aquel mes. El artículo de don José Ortega y Gasset, como bien había presagiado, trajo consecuencias. La opinión pública cada vez estaba más lejos de la figura del rey y los republicanos estaban decididos a proclamar la república más pronto que tarde. La coyuntura se agravó cuando la guarnición de Jaca se sublevó contra el monarca, fracasando en su intento. El levantamiento provocó que se estableciera el estado de guerra en Aragón y que se recuperase la censura previa en la prensa, tras algunos meses disfrutando de la libertad de expresión, reunión y asociación que garantizaba el artículo 13 de la vapuleada Constitución de 1876. Dos días más tarde, el día 14 de diciembre, se sometió a los dos capitanes, don Fermín Galán y don Ángel García Hernández, a un consejo de guerra sumarísimo que resolvió fusilarlos. Tres días después del alzamiento fallido, se proclamó el estado de guerra en toda España ante un nuevo levantamiento, esta vez, en el aeródromo de Cuatro Vientos, liderado por los militares don Gonzalo Queipo de Llano y don Ramón Franco. Sin embargo, tampoco ellos lograron ser secundados por el resto de republicanos

ni por la planeada huelga general. Pero, sin duda, estos corrieron con algo más de suerte, pues pudieron marchar a Portugal cuando la revuelta fue sofocada. El comité revolucionario, por su parte, fue detenido. El rey y el Gobierno vendían estabilidad en los periódicos, mas muchos comenzaron a ver a los dos capitanes fusilados como verdaderos mártires de la República. En el fondo, casi nadie tenía toda la información, nos movíamos a tientas por todos aquellos acontecimientos sin saber cómo concluirían.

Sentada en el despacho, me mordía las uñas escuchando la radio y leyendo el periódico. Quería ir a la redacción, ofrecerme para ayudar. Ansiaba conocer más acerca de todos aquellos eventos que salpicaban nuestras vidas sin permiso. Sin embargo, las negativas seguían acumulándose y mi tesón se debilitaba por momentos. Con el ánimo de despejarme y dejar de angustiarme, salí a comprar algunas flores para alegrar la casa de cara a las fiestas. Tras hacerme con un buen puñado de lirios, inicié el camino de vuelta. Antes de abandonar la calle de Claudio Coello para incorporarme a la calle Villanueva, me paré a mirar el escaparate de una librería. Mi reflejo comenzó a sonreír. Entre los nuevos libros había uno muy especial. *Un horizonte con niebla*, de don Isidro Fernández.

Lo había conseguido. Por fin había terminado su novela. Y, además, se la habían publicado. No vacilé ni un momento en entrar en la tienda y hacerme con una copia. Me intrigaba qué habría escrito Fernández tras años de reflexión y de composición. Nadie apostaba por él. Creíamos que era un cuento, pero estábamos equivocados como en tantas otras cuestiones. Fernández había logrado su propósito con su esfuerzo y se merecía todo lo bueno que le deparase su elegido destino. Sí, como me había dicho padre, el destino se escogía así, luchando contra viento y marea. De vuelta a la casona, recordé cuando, una vez, yo también estuve dudando en escribir un libro. «Señor Liébana, recuerde, el periodismo no le reportará el mismo reconocimiento. Usted bien puede escribir algo de mayor calado, dar un paso hacia adelante. Medítelo», me decía don Ramón. ¿Qué sería de él? ¿Qué sería de todos los *pombianos*? ¿Habrían leído mi lapidario artículo? ¿Me odiarían por haber profanado su cripta con una identidad falsa? Preferí dejar de conjeturar y continuar el paseo, con aquella obra acabada entre mis manos. Al cruzar la verja, me encontré con José Luis, que repasaba la pintura de una de las ventanas del despacho.

—¡Elisita! ¿De dónde vienes?

—He ido a dar un paseo —respondí mientras subía las escaleras.

—Se te ve contenta.

—Lo estoy —dije sonriente—. Por cierto, recuerda que en unos días nos vamos a Fuente de Cantos. Debemos dejar todo listo para entonces. No quiero sobresaltos de última hora.

—Sí, sí, hermanita, relájate. ¡Ah! Ahora que me acuerdo. Catalina te estaba buscando. Ha venido alguien a visitaros.

Asentí y abrí la puerta de la entrada, curiosa. Desde el despacho, sobresalía una amistosa conversación. Me asomé, cautelosa. Sonreí una vez más. Aquella melena rubia era inconfundible. Estaba sentada con Catalina.

—¡Agnes! ¡Agnes Henderson! ¿Qué haces aquí en Madrid?

—Oh, Elisa. ¡Cuánto tiempo, *darling!*

Nos saludamos con la mezcla resultante de un beso en la mejilla y un abrazo. Me senté a su lado. Hacía más de ocho años que no nos veíamos. Estaba más radiante que en mis recuerdos. Su cabello, sus labios carmín, su laca de uñas, su sonrisa perfecta.

—He tenido que venir a Madrid por trabajo y no he querido perder la oportunidad de ver lo que habéis construido entre las dos. *It's wonderful. That is to say*, cuando Catalina me escribió, no pensé que sería una escuela con estas dimensiones. Es increíble que hayáis decidido dedicaros a esto.

—Me alegra que te guste. Tenemos que seguir mejorando y, bueno, queda mucho por hacer, pero estamos muy satisfechas —respondí sonriente—. ¿Por cuánto tiempo estarás en España?

—Bueno, en dos días debo regresar a París. Estoy trabajando en la embajada de los Estados Unidos allí.

—¿De veras? ¡Eso es estupendo, Agnes! Sabía que llegarías lejos —exclamé.

—Sí, bueno, tampoco tengo una gran responsabilidad, *you know*, pero me gusta mi trabajo.

—¿Sabes qué? Deberías quedarte a cenar. Doña Pilar es magnífica en la cocina. No te arrepentirás —la invitó Catalina.

—Estoy de acuerdo —señalé.

Tal y como le habíamos anunciado, doña Pilar no defraudó con su maña en los fogones. Los cuatro escuchamos las historias que Agnes nos relataba. Como ya sabía, Agnes se había licenciado en Derecho en el Smith College y, después, había ejercido como abogada en Nueva York. Desde hacía un año,

formaba parte del cuerpo jurídico de la embajada de los Estados Unidos en París.

—A veces me parece que soy más una telefonista y una secretaria que una jurista, pero, bueno, es gratificante —nos contó.

Aun así habían contado con ella para asistir a una reunión que se había celebrado en la embajada de Madrid aquella misma mañana. Admiraba su forma de moverse, de hablar, de fumar. Guardaba, como un tesoro, la finura de antaño, sus excentricidades, sus ácidas opiniones. Ojalá yo pudiera comportarme así, ser tan libre. Cuando nos quedamos las tres solas, charlamos sobre Benedetta y las pocas noticias que teníamos ya sobre ella. También sobre la delicada situación en España.

—De todos modos, el mundo entero está pendiendo de un hilo. A mi país la supuesta prosperidad de estos años le ha estallado en la cara. Es terrible ver cómo el paro no deja de aumentar. Parece una broma de mal gusto. Como si hubiéramos tenido todo y, de pronto, nada sirviera, todo fuera polvo.

—Sí, nuestra economía también se ha resentido desde la caída de la bolsa allí —le indicó Catalina.

—En fin, supongo que esa forma de vida no era viable a largo plazo. Todo el mundo invertía, incluso la gente humilde. La especulación era abrumadora. Y, en algún momento, debía desaparecer.

—Mi pregunta es ¿algún día las cosas marcharán como es debido? —dije.

—¿Y qué es lo recomendable, lo debido? Creo que buscamos utopías..., el ser humano es error en sí mismo. Y como elemento imperfecto de este sistema, es inviable la estabilidad —sentenció Catalina.

—Quizá tengas razón, *babe*.

Mientras conversábamos, no podía dejar de pensar en un tema en concreto. Había surgido cuando Agnes me había contado que trabajaba en la embajada estadounidense de París. ¿Tendría ella contactos como para confirmarme la muerte de Pascal? Necesitaba una respuesta, al fin. No podía seguir viviendo con aquella duda que me carcomía por dentro. Si estaba muerto, dejaría de imaginarlo en algún lugar, con otra mujer y quizá un crío. Si estaba vivo... En fin, necesitaba saberlo. Nerviosa por lo que estaba a punto de pedirle, me removí en mi asiento y me terminé mi copa de vino.

—Yo he ido a un par de reuniones. Me parece muy interesante lo que esas mujeres han conseguido —le explicaba Catalina.

—¿Y cómo dices que se llama, *darling*?

—Es el Lyceum Club. Hace solo un par de años que comenzó a funcionar. Estoy intentando convencer a Elisa para que me acompañe la próxima semana.

—¿De veras? ¿Todavía no has ido, Elisa?

—No, bueno, he estado bastante ocupada —paré—. Agnes, tengo una pregunta.

—*Of course*, dime.

—Disculpad por cambiar de tema, pero... Bueno, he estado pensando... Tú trabajas en la embajada, en París, y supongo que tendrás acceso a una buena red de contactos —supuse.

—Sí, la tengo. Tampoco es ilimitada, pero me resulta sencillo localizar a fuentes de interés para mi país.

—¿Y podrías averiguar, a través de esas fuentes, si una persona sigue viva?

—Elisa... —murmuró Catalina, adivinando mis intenciones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Agnes desconcertada.

—Dime, ¿podrías hacerlo? —insistí.

—Podría intentarlo, sí. Aunque no puedo garantizarlo. Sería una cuestión extraoficial y ese tipo de asuntos no están avalados por quien me proporciona libertad para consultar ciertos archivos. ¿De qué se trata? ¿A quién quieres que localice?

—A un ciudadano francés. Se llama Olivier Pascal. Es corresponsal de *Le Figaro*. A finales de 1928 le destinaron a los Estados Unidos para cubrir las últimas semanas de la campaña electoral y desde noviembre no volvió a publicar en su periódico. Alguien me dijo que ni siquiera su director conocía su paradero, que se había marchado a la URSS, motivado por un reportaje, y que le habían matado por husmear donde no debía. Pero, Agnes, yo siento que no está muerto. Creo que sigue vivo en alguna parte.

—Entonces, ¿no ha vuelto a publicar? —me preguntó.

—No, no... No desde la victoria del señor Hoover —respondí, bajando la vista.

—Pues es mal asunto, *darling*. Un corresponsal que no publica... —Se detuvo—. *Anyway*, ¿quién te proporcionó esa información?

Miré a Catalina, quien sentía profundamente que estuviera revolviendo el pasado, que estuviera destapando mis heridas.

—Mi marido —contesté—. Fue la noche en la que descubrió que estaba

enamorada de Pascal. La noche en que abandoné a Francisco.

—*Oh my god*. Veo que no has perdido el tiempo en estos años —bromeó Agnes—. Espera... ¿El señor Pascal es el mismo periodista francés que tanto odiabas cuando yo vivía en Madrid? Y tu marido, ¿es ese banquero al que tanto adorabas?

Volví a dejar caer la mirada.

—Sí, así es. Los mismos —le contestó Catalina.

—Sí, pero después todo cambió cuando... —Me detuve. No podía revelar nuestro secreto—... cuando conocí mejor a Pascal. No he querido a nadie igual en toda mi vida y necesito saber si está bien o si, en efecto, los soviéticos le han callado para siempre. Esta incertidumbre lleva demasiado tiempo atormentándome, Agnes.

Mi desesperación terminó de convencer a la magnífica Agnes Henderson, quien asintió y cogió mi mano.

—Haré lo que pueda, Elisa. No te puedo prometer nada, pero indagaré —me dijo.

—Gracias, gracias, amiga mía. No sabes lo que esto significa para mí.

—*You are very welcome, sweetheart*.

Con aquella nueva vía de investigación sobre la mesa, yo también me retiré. Catalina y Agnes tenían mucho que recordar de sus tiempos en la Residencia de Señoritas de doña María de Maeztu. Estaba segura de que gran parte de aquellas vivencias seguían influyendo a mi amiga en las decisiones que tomaba para nuestra escuela. Sus risas y cuchicheos se perdían por la escalera del sótano. Manifestar, en voz alta, lo mucho que extrañaba a Pascal había activado el dolor y la esperanza, haciendo que tardara en dormirme. ¿Viviría? Para saberlo, debía aguardar.

Capítulo 16

José Luis y yo pasamos las Navidades de 1930 en Fuente de Cantos. Allí, pude volver a disfrutar de la compañía de mi querida Mercedes, que estaba embarazada de su cuarto hijo. Seguían viviendo en la misma casita blanca, pero la adquisición de aquella parcela había proporcionado cierta libertad y holgura a Juan y a padre. También ilusión. Aunque viviendo en un pueblo, siempre se terminaba dependiendo del cacique de turno, siendo en este caso don Zacarías Silvano.

Durante aquellos días, cantamos villancicos y nos dimos abrigo mutuo. Padre nos contemplaba a todos, emocionado, dando gracias al cielo por habernos reunido después de tantos años separados. Pude disfrutar de las conversaciones con padre, quien me sugirió ser cauta con aquellas pesquisas sobre el paradero de Pascal; de los debates políticos con Juan; de los ratos enseñando a leer a doña Mercedes; de las ocurrencias de José Luis; y de las risas y juegos de Miguel, Samuel y Antonio, que no paraban de crecer.

Con aquel buen sabor de boca, regresamos a Madrid para continuar con nuestra labor en la escuela. Catalina volvió de Barcelona dos días después. Y también doña Pilar, que había visitado a su hermana en Toledo. Así, retornamos, poco a poco, a los hábitos y las obligaciones. Mas aquel mes no sería indiferente para mí. Un día, a finales de enero de 1931, recibí una visita muy especial. El timbre comenzó a sonar. A sabiendas de que nadie abriría, me dirigí a la puerta. Abrirla me dejó anonadada, hizo que me sonrojara, que me bloqueara.

—Buenos días, Elisa.

El vello de mi nuca se erizó por debajo de aquel moño despeinado. Empecé a respirar con dificultad. Fruncí el ceño, preocupada, me mordí el labio inferior y, con la escasa potencia que aún existía en mis cuerdas vocales, le saludé.

—Buenos días, don Ernesto.

Su mirada contenía toda la decepción que esperaba encontrar. No lo culpaba por ello, estaba en todo su derecho.

—¿Puedo pasar? —me preguntó.

—Oh, sí, sí, por supuesto. Pase, pase.

Cruzó el umbral y observó en lo que se había convertido la casa de mi madrina. No daba crédito a lo que sus ojos le contaban. Sin la espontaneidad y la simpatía que solían acompañarlo, me siguió hasta el despacho.

—¿Está doña Cristina bien? —me aseguré, temiéndome lo peor.

—Sí, sí, tranquila. Ella es la que me ha insistido en que venga a verte —me confesó, molesto.

—Siéntese donde guste, don Ernesto. Perdone el desorden. Ya sabe, entre las maestras, Catalina y yo, esta sala es un cúmulo de papeles.

Asintió y se quedó mirando la máquina de escribir. Después, se sentó en una de las sillas. Yo también me acomodé.

—Había escuchado lo de la escuela, pero no creí que fuera cierto que tú y la señorita Folch estuvierais detrás. El resultado es admirable —opinó.

—Muchas gracias —dije—. Don Ernesto, no tuve la oportunidad de pedirle disculpas en persona por todos los problemas que le causé con el tema de..., bueno, con lo de Pedro Liébana.

Don Ernesto se incomodó con aquello. Percibía en sus ademanes que no había olvidado todo aquel embrollo.

—Hubiéramos agradecido, y hablo también por tus compañeros en la redacción, que nos hubieras concedido el honor de decírnoslo primero y de frente. Así, por lo menos, habríamos sabido qué responder a todos los lectores que escribieron durante meses, exigiendo una explicación.

—Lo sé... Lo siento. Estaba aterrada, no había sabido parar de mentir y necesitaba cortarlo de raíz. Pensé que era la forma más rápida y eficaz.

—Sí, lo fue. Para ti. Aunque mi periódico, como sabrás, se resintió. Desapareciste, Elisa. De pronto. Sin dar explicaciones. ¿Sabes lo mucho que nos preocupamos mi Cristina y yo? Hiciste que la Guardia Civil vigilara la redacción durante años, creyendo que ocultábamos a un criminal. ¿Sabes lo inconveniente que fue tu conducta? Incluso a punto estuve de prescindir de, bueno..., de Pedro Liébana para evitar problemas. Mi debilidad por él y sus textos podría haberse entendido como colaboración o encubrimiento, Elisa. Y habrían venido a por mí.

—Tiene usted toda la razón... Y no merezco su perdón por ello —respondí

afectada—. Fui una egoísta, una vez más. Estoy intentando cambiar, ser mejor persona y olvidar los embustes para siempre. Pero entiendo que, quizá, es tarde para que usted excuse mi comportamiento.

—No soy yo quien ha de juzgarte, Elisa. Creo que ya se ha encargado todo el mundo de hacerlo. Y me consta que no te está resultando sencillo encontrar tu sitio en los periódicos de la capital.

—No, no lo está siendo. Pero está bien, don Ernesto. Me lo merezco, después de todo.

El director de *El Demócrata de Madrid* reflexionó un segundo.

—¿Sabes lo que más me frustró de todo cuando me enteré de que tú eras Pedro Liébana? El no haberme percatado de lo que sucedía delante de mis ojos. No haber sabido reconocer a un buen periodista por su apariencia. Los prejuicios me jugaron una mala pasada y nunca creí que tú fueras capaz de redactar como lo hacía Pedro Liébana. Incluso cuando leí aquel artículo en el que confesaste todo dudé de su veracidad. Pero era cierto. Tú eras aquel muchacho bigotudo, torpe y misterioso. Tú, mi Elisa, a la que siempre he querido como a una hija.

Una lágrima cayó por mi mejilla.

—Yo me encargué de que así fuera, don Ernesto.

—No, Elisa. Lo creí sin ayuda. Puedo decir que estoy más que disgustado contigo por no haber confiado en mí, aunque entiendo tu angustia por no poder escribir con tu identidad. Supongo que no te lo pusimos fácil... Mi Cristina, a la que considero mucho más sabia y bondadosa que yo, me ha empujado a que venga a verte para ofrecerte algo. Excuso decir que es la última de las oportunidades que voy a darte, Elisa. —¿A qué se referiría?—. Como sabes, una de las motivaciones de *El Demócrata de Madrid*, desde su inicio, ha sido no cesar en su empeño por modernizarse. En los últimos años, hemos detectado que entre nuestros lectores hay cada vez más mujeres. Por ello queremos empezar a hacer una columna femenina que trate asuntos de moda, del hogar, de los niños, etcétera. Ya intuirás que no hay nadie idóneo en nuestra plantilla que pueda dedicarse a esos asuntos. No veo a López hablando de las tendencias llegadas de París, la verdad. Mi propuesta es la siguiente: si te comprometes a no volver a mentir y siempre y cuando tu firma no nos reporte ninguna pérdida de lectores, la columna es tuya.

En mi rostro apareció aquella misma chiquilla de diecisiete años a la que habían permitido trabajar como secretaria en el periódico.

—¿Lo dice usted de verdad? Pero, pero ¿no me odian después de lo que hice?

—No te voy a negar que no me gustó nada todo ese enredo tuyo, pero tienes talento para esto, Elisa. Si miro a otro lado y dejo que lo desperdicies entre cuentas y facturas, no me lo perdonaré —admitió señalando mi escritorio—. Pero necesito tu sinceridad y tu compromiso. No recuperarás mi confianza sin más.

Asentí emocionada.

—Lo haré, don Ernesto. Lo haré. No le volveré a mentir jamás. Y seré su mejor redactora. Incluso puedo ayudar en otras secciones. Tengo experiencia con asuntos de política y economía, como usted sabe. Y con todo lo que está ocurriendo en España últimamente... —Me había lanzado a idear, a hablar sin freno.

—Elisa, Elisa —me interrumpió don Ernesto—. Accedo a contratarte para que te encargues, exclusivamente, de la columna para mujeres. Estoy convencido de que es donde te sentirás más a gusto. Y yo también lo estaré.

Volví a asentir. Sí, quizá era lo mejor. Mis credenciales se disipaban en mi falda. Y mi credibilidad no pasaba por su mejor momento. Don Ernesto se fue enseguida, las cuestiones del periódico le reclamaban.

Al caer el sol, Catalina y yo iniciamos nuestro ritual de corte de pelo, tal y como habíamos acordado el día anterior. Sentada en mi alcoba, con el cabello mojado, dejaba que mi amiga pasara la tijera por aquellos mechones oscuros que componían mi corta melena. Mientras tanto, compartía con ella la propuesta de don Ernesto. Estaba contenta, sí, pero me ofendía que no me dejara escribir sobre nada más que moda, hogar, niños y todos esos temas que tanto me aburrían. ¡Había tanto que decir en esos momentos! No me veía capaz de mantenerme al margen, así que me planteé declinar la oferta de don Ernesto. Catalina, sorprendida, me recordó lo mucho que me estaba costando encontrar empleo de periodista.

—Es el único director que está dispuesto a arriesgarse por ti, Elisa. Al menos podrás escribir. No es un mal comienzo para la carrera periodística de Elisa Montero, sin necesidad de recurrir a Pedro Liébana —me indicó.

Finalmente, siguiendo los consejos de mi querida Catalina, acepté el

ofrecimiento de don Ernesto. Regresar a *El Demócrata de Madrid* no fue sencillo. Tampoco combinar mis nuevas obligaciones como redactora con las necesidades de la escuela, pero a ello dediqué mis días y mis horas. La mañana en la que volví a cruzar aquel portal de la calle Velázquez, el que tantas veces había observado, en secreto, desde el café Montmartre, me invadió la emoción, la añoranza. No obstante, también me visitó el hartazgo. Antes de cruzar el umbral, alguien me chistó. Era el sargento Yáñez. No era la primera vez que veía merodear a los tricornios y ya me habían interrogado en una ocasión para averiguar el motivo de mi vuelta a la ciudad. Resoplé.

—¿Y ahora qué quiere? —pregunté.

—¿Va a *El Demócrata de Madrid*, doña Elisa? ¿No se dedicaba usted ahora a la enseñanza?

—No, la señorita Folch es quien dirige la escuela. Yo solo soy una figura adjunta, llevo las cuestiones administrativas. Espere... ¿Por qué le estoy contando todo esto? No he cometido ningún delito y creo que merezco que me dejen en paz de una vez. Apuesto que el Gobierno tiene problemas más graves que una mujer que se disfrazó de hombre y firmó artículos con un pseudónimo.

—El Gobierno tiene ojos donde quiere. La tendremos vigilada muy de cerca. Ya nadie la protege como antes. Recuérdelo antes de hacer alguna otra estupidez.

—Cuando usted tenga pruebas de que soy un sujeto sospechoso de algún crimen, podrá volver a incordiarme. Mientras tanto, déjeme tranquila. Hoy es mi primer día y odiaría llegar tarde —espeté rabiosa y entré en el portal.

Don Casimiro me saludó, ajeno a mis idas y venidas, a mis desencuentros, y llamó al ascensor, que debía llevarme a la segunda planta. Cuando salí al rellano, reviví la sensación que había experimentado aquel verano de 1918. El miedo casi me hizo huir. Pero no lo hice. El interior continuaba igual. Las caras, no obstante, se habían modificado. Ya no me recibían antiguos compañeros que me extrañaban, lo hacían el recelo y el rencor. Morales, Simón y López levantaron su mirada ligeramente, pero continuaron a lo suyo.

—Buenos días —saludé.

—Hombre, la impostora. ¿A quién tenemos el placer de recibir hoy? ¿A doña Elisa o a don Pedro? —se burló López.

—Escuchen, lo siento de veras —intenté disculparme.

Enseguida salió don Ernesto, conecedor de la antipatía que generaba entre

sus empleados.

—Bueno, bueno, ya he hablado con doña Elisa de todo ese asunto y hemos decidido hacer borrón y cuenta nueva. Y lo haremos todos. ¿Entendido? Se va a sentar al lado de usted, Fernández. Ayúdela a instalarse.

—Esto es nepotismo de primer nivel —murmuró López a Morales y Simón.

—López, a mi despacho. Ya —le ordenó don Ernesto.

—No, si ahora me caerá, encima, el rapapolvo a mí —se quejó mientras se levantaba.

De las incorporaciones más recientes solo estaba Mínguez, que me sonrió en un intento por hacerme sentir cómoda. Me senté en aquel lugar que me había sido asignado. Era mi escritorio, mi máquina de escribir, mi lapicero, mi cuaderno. Desde allí, podía ver, a través de la ventana, la calle, a los viandantes paseando bajo el sol. Analicé la redacción. Había detalles que habían permanecido inmutables, más o menos. Los olores, los carraspeos, el crujido de las pisadas, de un lado a otro, las discusiones, el incesante teclear... ¡Cuánto lo había echado de menos! Me extasié, saboreando aquel instante que tanto había deseado. En mi mente, sin embargo, lo había imaginado de forma diferente. No estaba rodeada de desdén. Pero suponía que me lo había buscado. De pronto, alguien se acercó a mi puesto de trabajo. Alcé la vista. Era Fernández. Tendió su mano.

—Bienvenida de nuevo, compañera —me dijo.

—Gracias, Fernández.

—No dude en avisarme si necesita algo.

—Lo haré —asentí sonriente—. Por cierto, una gran novela. Mi enhorabuena.

—¿No me diga que la ha leído? —se extrañó.

—De principio a fin. Y, además, se la regalé a mi cuñada las pasadas Pascuas para que practique su lectura. Está aprendiendo, pero es buena alumna.

—¡Qué alegría, doña Elisa! Ahora tengo que salir por un asunto en el Ministerio de Guerra, pero luego me cuenta usted su opinión si le parece —me propuso.

—Está bien, luego hablamos.

Por suerte, aún existían personas en el mundo capaces de perdonar. Aquel acercamiento me relajó, en parte. Por lo menos hasta que llegó la señora

Idiazábal de hacer recados. Detrás de ella, una chiquilla la seguía, cargando con varios paquetes. Era mi sucesora. Al verme allí sentada, emitió un extraño sonido de sorpresa y, sin vacilar, se aproximó.

—Bueno, bueno, bueno... ¿A quién tenemos aquí?

—Doña Carmen, ¿dónde dejo los paquetes? —le preguntó su ayudante.

—Ay, niña, pues por donde veas. Pero ten cuidado. Si los rompes, los pagas.

—Sí, sí, doña Carmen.

—Veo que has vuelto al hogar, como el hijo pródigo. Aunque con un salto cualitativo —valoró la señora Idiazábal, que seguía contoneándose presumida, como siempre.

—Así es, doña Carmen.

—Ya me enteré de que abandonaste al señor De las Heras y Rosales. Menudo valor, querida. Vaya desperdicio de matrimonio. Tendría que haberme casado yo con él —espetó.

—Es todo suyo si quiere intentar cortejarlo —contesté.

—Lo haré, no lo dudes. Siempre me han sentado bien las joyas caras —me confesó—. En fin, espero que esta vez no la fastidies. Voy a ver qué demonios hace esa niña. No es tan diligente como una ayudante que solía tener —admitió y me guiñó un ojo. Sonreí.

Mi corazón estuvo al borde del sobresalto durante las primeras semanas. Me sentía observada, juzgada y acribillada por la espalda. No obstante, opté por centrarme en aquella columna femenina. Debía ser lo suficientemente buena como para que mi nombre no supusiera ningún trastorno para don Ernesto. No me perdonaría causarle más problemas al periódico. Por suerte, mis años como esposa de Francisco me habían mostrado las preocupaciones de las mujeres casadas, los intereses que se tenían como anfitriona, las dudas que atormentaban a las madres con sus niños. Bien es cierto que el tono de mi columna era algo más moderno que el de otros escritos para mujeres, pero aquellas vivencias, sin duda, me ayudaron en aquella desafiante empresa. Dedicaba horas y horas hasta que el artículo quedaba perfecto. Se lo entregaba a don Ernesto con puntualidad, aunque el director, a duras penas, me respondía con satisfacción. Solo después de algún tiempo, comenzó a

esbozar una débil sonrisa por debajo del bigote grisáceo, mostrando aquel colmillo dorado. Sí, aquello funcionaba. Casi no tenía noción de los días y las noches. No paraba de golpear las teclas de la máquina de escribir, de repasar la contabilidad —que se había vuelto un trabajo de locos debido a la constante devaluación de la peseta—, de recordar tareas a José Luis o de escuchar las valoraciones de Catalina y las demás maestras sobre la evolución de la escuela.

Entretanto, la actualidad más candente seguía pasando por delante de mí sin que yo pudiera inmiscuirme. Los redactores entraban y salían del periódico, recibían las novedades de la situación política, que había dado otro vuelco. El gobierno del general Berenguer había convocado elecciones generales para el primero de marzo, con objeto de restablecer el antiguo parlamento siguiendo el modelo de las Cortes anteriores a 1923, que compartirían así soberanía con el rey. El descontento generalizado, sumado a la falta de apoyos del Gobierno, había provocado el estrepitoso fracaso de tal convocatoria, con lo que, a mediados del mes de febrero y ante la dimisión del general Berenguer, el rey nombró a un nuevo presidente: el almirante Juan Bautista Aznar. Volvíamos a los gobiernos cortos, al poder cambiante e incongruente. El comité revolucionario seguía en prisión, pero cada vez más voces exigían unas elecciones, no generales, pues legitimarían aquel caduco sistema que ya se había profanado años atrás; sino constituyentes, que plantearían una nueva Constitución y apartarían al rey del poder.

El gobierno de Aznar, al que, entre otras cosas, se le criticaba que siguiera gobernando con los decretos-ley de la dictadura, cuando se presentaba como esa vía hacia la quimérica «normalidad constitucional», planteó una nueva alternativa. Se harían elecciones escalonadas, primero municipales, después provinciales y generales. A las Cortes resultantes se les daría el carácter de constituyentes aunque muchos dudaban de que lo fueran *de facto* y no solo como una vacua etiqueta que acallase la creciente demanda de gran parte de la agotada población española. La paciencia se marchitaba por momentos en aquella mezcolanza republicana que agrupaba numerosas tendencias políticas: de izquierdas, de derechas e, incluso, una corriente de monárquicos sin rey.

Así, don Ernesto volvió a maldecir a la censura mientras sus periodistas esperaban ansiosos a poder publicar las fechas definitivas de los comicios.

—El 12 de abril, caballeros. El 12 de abril hay elecciones municipales —

anunció Morales.

—Creo que me pondré hasta nervioso. ¿Hace cuánto que no votamos? — bromeó López.

—¿Siete años? —tanteó Quijano.

—Ocho —les corrigió.

—Ya ni me acuerdo de cómo se hacía —afirmó Morales, ignorándome.

En la escuela, salvo José Luis, vivíamos aquellas próximas elecciones como un proceso del que solo podíamos esperar el resultado, pues las mujeres no teníamos permitido votar. Así, fuimos contemplando cómo los distintos partidos iban perfilándose en una carrera hacia el poder a la que se empezó a dar carácter plebiscitario: «De lo que salga en estas elecciones se decidirá si el pueblo quiere monarquía o república», aseguraban muchos. Doña Pilar no dejaba de rezar, en voz baja, abrumada por aquella crisis política.

—Salga lo que salga, yo solo espero que podamos mantener la subvención —opiné mientras desayunábamos.

—Ese es el menor de sus problemas, querida. Está mucho en juego —me señaló Catalina.

—Con la república habrá más subvenciones y ayudas. Estoy seguro. No habrá censura ni decretos ni limitación de libertades —aseguró José Luis.

—Eso no lo sabes, hermano. La república puede tener muchas caras. Es decir, yo creo en una forma de gobierno sin rey, pero no vale cualquier dirigente ni cualquier legislación —añadí.

—Esperemos que nuestros inteligentísimos y cultísimos hombres sean capaces de tomar la sabia decisión que de ellos se espera. De lo contrario, incluso las indefensas e incapaces mujeres deberemos pagarlo —dijo Catalina con sorna.

—¿Por qué habla como si los hombres fuéramos estúpidos, Elisita? —me preguntó José Luis.

Doña Pilar, Catalina y yo soltamos una malévola carcajada.

—Será impresión tuya, hermano —bromeé.

Llamaron a la puerta. De un salto, me levanté de la silla y me dirigí a la entrada. De fondo, escuchaba el debate entre Catalina y José Luis.

—No digo que seáis unos necios, pero estáis sobrevalorados. Conozco a mujeres mucho más preparadas para votar que algunos de los caballeros que gozan de tal derecho. Derecho que, por otra parte, debería ser inherente a cualquier ciudadano.

El cartero me entregó aquel montón de cartas. Le despedí con una sonrisa. Sí, quizá las mujeres debíamos tener ese derecho. Al fin y a la postre, vivíamos en sociedad como los hombres. Era injusto que se nos relegase a un segundo plano. Siempre a la sombra. Repasé los remitentes. Con cada recibo o factura, mi estómago se encogía, pero, entonces, leí aquel nombre. «Miss Agnes Henderson». Contuve el aliento. Olvidando que no había terminado de desayunar, entré en el despacho y cerré la puerta. Necesitaba estar a solas. Aquella carta podía contener la respuesta a aquella pregunta que tantas veces me había hecho. O, quizá, convertiría mi incertidumbre en algo eterno. Me senté en una de las sillas y, sin esperar, porque mi corazón ya no lo soportaba, comencé a leer.

Querida Elisa:

Tal y como te prometí, he estado investigando el paradero del señor Olivier Pascal. No ha sido tarea sencilla, pues en la embajada es más fácil localizar a ciudadanos norteamericanos que franceses.

La información de que había ido a la Unión Soviética es verídica. Al parecer, según me ha confirmado una de mis fuentes, marchó allí con otros compañeros ingleses a principios de 1929 para hacer un reportaje sobre los planes quinquenales y la organización de la economía soviética. Sin embargo, una vez en Rusia, comenzaron a indagar sobre los campos correctivos de trabajo. Su director estaba en contacto constante con él, pero, en cierto momento, se cortó la comunicación. Tanto es así que le dieron por muerto durante un tiempo. No obstante, no hay constancia alguna de su fallecimiento. Eso es un hecho. El resto de información que he obtenido son meros rumores y afirmaciones extraoficiales, por lo que te pido que los tomes como tal, pues no quisiera ser la responsable de que te llevases una impresión distinta a la realidad. Nadie habla con claridad de este tema.

Según he podido saber, se cree que el señor Pascal y sus compañeros fueron identificados como reporteros extranjeros. Al ver que husmeaban en asuntos sensibles para el interés de la URSS, les prohibieron toda comunicación con Francia e Inglaterra durante su estancia allí. Solo han mandado datos puntuales a sus respectivos periódicos. El director de *Le Figaro* no me ha querido confirmar nada de forma oficial, por seguridad, pero uno de los redactores me habló de un cable, algo críptico, que

recibieron el pasado diciembre desde Leningrado. En sus ojos vi que era cierto, identifiqué preocupación. Esto, amiga mía, confirmaría que, de ser suyo, en diciembre de 1930, el señor Pascal seguía vivo.

En los últimos días, antes de enviarte esta carta, ha empezado a circular la información, entre algunos periodistas, de que un grupo de reporteros franceses, alemanes e ingleses, que estaban retenidos por los soviéticos, podrían estar intentando salir del territorio ruso. Todo es muy confuso con este asunto. Son tiempos complicados en Europa.

Esta información es confidencial, así que es preciso que cuando termines de leer la carta, la quemes. Si conozco algún dato más, no dudes en que te lo haré llegar, pero, por lo pronto, es mejor no conjeturar. De seguir a salvo, en estos momentos, su situación seguiría siendo peligrosa.

Si necesitas algo más, no dudes en contactar conmigo.

Afectuosamente,
Agnes

Volví a leer la carta una vez más y, después, la quemé. En mi cabeza solo prevalecieron dos oraciones: «Pascal seguía vivo» y «su situación es peligrosa». Probablemente, Francisco había convertido el desconocimiento del director de *Le Figaro* en una certeza que me alejara de Pascal de forma definitiva. Cerré los ojos. De nuevo, la duda. Aquella perseverancia en la búsqueda de la noticia era muy típica de él. Era uno de los periodistas más apasionados que conocía. Incluso su vida parecía poco valiosa al lado de la verdad. Si continuaba vivo, debía conseguir salir de allí para poder contar lo que había visto, oído, descubierto. Había estado aislado durante todo ese tiempo. Le había compensado renunciar a todo por obtener los datos que darían forma a un reportaje que ni siquiera sabía si podría publicar. Definitivamente, desconocía que yo ya no era la misma, ignoraba que me había deshecho de mis cadenas, que había abandonado a Francisco, que había destapado a Pedro Liébana frente a sus lectores. Pero ¿eso significaba algo?, ¿acaso nos hacía estar más cerca de poder tenernos? Quería a Pascal, pero sabía que su sitio siempre estaría al borde de la noticia. Al final, había ocurrido lo que más temíamos. Lo que más me gustaba de él era lo que le había apartado de mí. Y yo no podría vivir pensando si estaba muerto o en peligro constantemente. Dolía demasiado. Pero ¿tenía alternativa?

Aquel día estuve más reflexiva que de costumbre. Paseé por los salones, observando cómo las maestras descubrían inéditos conocimientos a sus alumnas. Lo más seguro es que entre aquellas niñas hubiese futuras profesoras, excepcionales farmacéuticas y, quizá, alguna se convirtiese en médico. Quizá, entre aquellas caritas extasiadas hubiese alguna que, como Pascal y como yo, ansiase ser redactora. Qué arriesgados pueden ser nuestros sueños. Nos mueven en una dirección y nos llevan a finales imprevisibles. ¿Éxito? ¿Fracaso? ¿Vida? ¿Muerte? ¿Qué sentido tenían ya esos vocablos? Sí, los padres de aquellas chiquillas habían accedido a que se formaran para luchar por sus aspiraciones aunque estas pudieran alejarlas de ellos. Entonces, aparecieron en mi mente las fotografías que Pascal me había enseñado de su madre y hermanas, en la plaza de la Villa. ¿Qué sentiría su madre ante la noticia de la desaparición de su hijo, ante la incertidumbre de su situación presente? No imaginaba el dolor que debería de estar experimentando aquella mujer, quien había tenido que pelear tan fuerte a lo largo de los años. Su hijo estaba en territorio soviético, pero no podía saber si sobreviviría a aquel reportaje. Oh, por Dios, que consiguiera salir de Rusia. Tenía que volver. Vivir. Respirar. Amar. Aunque no fuera a mí.

Por la noche, después de rematar mi columna para *El Demócrata*, que no conocía de aplazamientos, tumbada en la cama, manoseé aquel libro que me había comprado en la cuesta de Moyano. Acaricié el nombre de Cecilia, razón por la que Pascal había resuelto adquirirlo. Había sido un acto de amor con su madre, con su verdadero nombre, aquel que le había sido negado por enamorarse de un hombre secuestrado por sus ideales. Aquello no me pertenecía a mí. Era de la señora Cecilia Ribelles. Y, quizá, recibirlo sería un tardío regalo de aquel hijo al que esperaba desconsoladamente día tras día.

—Ella te quería mucho. Aún no me creo que nos dejara tan pronto, así de repente. —Se asomó doña Pilar, señalando con la cabeza el marco con la foto de mi mesilla.

—Si usted lo dice... No paró nunca de mentirme ni de despreciarme. Siempre me exigía más y más. Y, después, descubrí su idilio con aquel escritor casado... Pero, en fin, hace tiempo que no la culpo por mis desventuras. Quizá, siempre nos parecimos más de lo que creíamos.

—Quizá, sí. —Se detuvo un segundo—. Ella dejó de ver a ese escritor para

protegerte. No fue sencillo, estaba muy enamorada de él. Pero no quiso nunca que sus pecados pudieran afectarte a ti y, por aquellos años, su relación se estaba convirtiendo en la comidilla de Madrid. Doña Manuela te quiso, pero su gran error fue no saber demostrarlo. Se sacrificó y creo que siempre buscó obtener algo a cambio. Pero ¿quién es perfecto, criatura?

—Yo no. De eso estoy segura —respondí y sonreí.

—De cualquier modo, y al margen de vuestros desencuentros, las dos os escogisteis para velar por vuestros sueños junto a vuestra almohada. No creo que el odio y el rencor sean los responsables de ese tipo de gestos.

—No sé, doña Pilar. A veces me pregunto de qué sirve moverse por el amor...

Devolví mi atención al libro.

—Elisa, ¿estás bien?

—Sí, sí, doña Pilar. Hoy estoy nostálgica. Solo es eso.

—¿El señor Pascal?

—Sí...

—¿Sabes? Ese muchacho siempre me resultó familiar. ¿Por qué sería? Yo nunca he ido a París. Ni siquiera he salido de Castilla.

Miré el nombre de Cecilia, otra vez.

—*Déjà vu* lo llaman, doña Pilar.

—Hum... Estos franceses tienen palabras para todo. Qué fastidio —dijo y se rio—. Aunque, hija, la experiencia me dice que no es bueno quedarse anclado en el pasado. Si no, desperdicias el presente.

—Lo sé, doña Pilar. Me hago cargo.

A la mañana siguiente, tomé una decisión. Cogí aquella edición de *Miau* de Galdós y la empaqueté. Antes, descolgué el cordel de mi cuello y lo coloqué en la página de la dedicatoria, la segunda, a modo de marcapáginas. Alcancé un papel y escribí: «Para que la acompañe, para que la reconforte, para que le traiga fortuna. Su hijo hubiera querido, allá donde esté, que lo tuviera». Lo mandaría a la redacción de *Le Figaro*, como había hecho años antes con aquellas cartas que enviaba a Pascal cuando no sabía dónde se encontraba. Sin embargo, en aquella ocasión, iría a la atención de la señora Marguerite Pascal. Cuando estuvo listo, a punto estuve de firmar con mi nombre. Pero lo pensé mejor. Era preferible mantenerme en el anonimato. Su madre solo sabría que era un obsequio de alguien cercano a su hijo, no necesitaba conocer más, solo complicaría todavía más la situación. Con aquel

gesto pretendía despedirme de las especulaciones, cerrar aquel capítulo. Ya no podía más. Aunque siempre lo querría, debía dejar de esperarlo. Asentí antes de salir de mi cuarto. Sí, el cordel le daría suerte. A ella. A Pascal. ¿A mí?

Durante el mes de marzo, la crisis política fue aumentando de intensidad. El sector estudiantil, que siempre había sido bastante crítico con la dictadura, se lanzó a las calles. Además, la inevitable repercusión para *El Sol* llegó en aquellas semanas con un cambio en su propiedad que le alejaría, para siempre, de las filas defendidas por articulistas de la talla del señor Ortega y Gasset. España era una gran olla repleta de agua a punto de hervir. En la escuela, las niñas no dejaban de preguntar por las conversaciones que escuchaban en casa. A algunas les habían contado que los republicanos eran unos radicales, unos majaderos. A otras que el rey era una sanguijuela y que debía salir del país cuanto antes. La labor de apaciguar era de las maestras, pero el sinfín de opiniones que reproducían era un buen ejemplo de la intensa pluralidad existente en la ciudadanía. También en la redacción había pareceres dispares. Pero me encantaba volver a asistir a aquellos debates. Con el tiempo, López, Morales y Simón fueron enterrando el hacha de guerra, no sin ciertos reparos, claro está. Una no recupera la confianza perdida con tanta facilidad. Pero, sin duda, las aguas se fueron calmando. Uno de los factores que más lo evidenció fue aquella sonrisa de don Ernesto, que se fue transformando en la que solía ser. Y también la de doña Cristina, quien, además, se interesó por conocer nuestra escuela. Catalina y yo le enseñamos todos los rincones de la casona, reconvertidos, reinventados.

Una de las mayores enseñanzas que obtuve, en aquellos convulsos años, fue la importancia de saber con quién podía contar. Desde pequeña, me había rodeado de infinidad de apellidos, nombres, caras, supuestas amistades. Sin embargo, cuando caí, solo unos pocos acudieron a tenderme la mano. Sí, no fueron muchos, pero me sentía más que reconfortada por su presencia, por sentirlos a mi lado. Un perdón es mucho más valioso que una sonrisa, pero es más molesto, más complicado de obtener y de dar.

—Está igual que siempre —advirtió Catalina cuando doña Cristina ya se había marchado.

—Sí, esa mujer es un encanto. Me ha enseñado tanto sin darse cuenta... — le revelé.

Estábamos en el despacho, recogiendo documentos para contribuir al orden, aunque fuera solo en nuestra escuela.

—Le ha gustado mucho —afirmó, mirando alrededor.

—Sí, yo también lo creo.

—Elisa, yo... —dijo, soltando un par de papeles y acercándose a mí—. Yo nunca sabré cómo agradecerte lo que hiciste por mí.

—¿Bromeas? Has sido tú la que me ha apoyado siempre, Catalina. Hacer tu sueño realidad fue lo más sencillo a lo que nunca me he enfrentado.

—Sí, pero nadie, aparte de ti, lo habría hecho. Nadie habría apostado por mí. Ni por este proyecto.

—Por eso somos amigas, ¿no? Porque somos capaces de ver donde otros no ven cuando nos miramos a los ojos.

—Sí, amigas... —musitó, bajando la mirada—. Por supuesto.

En medio de nuestra tarea, identifiqué, de golpe, el sobre de la misiva de la señorita Henderson. Maldita sea, no lo había quemado con la carta. Lo agarré. No obstante, mi amiga era bastante más astuta y despierta de lo que imaginaba.

—¿Te solventó alguna duda? —se interesó, con los ojos más apagados que había visto jamás.

—No, simples conjeturas.

Catalina se aproximó más y cogió mi mano, que aún sostenía el sobre arrugado.

—No te hagas más daño, Elisa.

Asentí rendida. José Luis dio dos golpecitos a la puerta del despacho.

—Señoritas, la cena está servida.

—Ahora mismo vamos.

—Sí.

Los aromas del estofado alcanzaron mi nariz. Serena, avancé hacia la puerta y tras dudar un instante, tiré el sobre a la papelera.

A finales de mes, Juan nos hizo una visita. El entusiasmo que tenía con aquellas tierras que había adquirido era palpable. Los ahorros que había

reunido, en sus diversos trabajos para don Víctor Arias, no llegaban para comprar la propiedad vendida por mi madrina a don Zacarías Silvano. No obstante, aquellos terrenos, situados en las afueras del pueblo vecino, dibujaban una prometedora perspectiva para mi familia. Como siempre que venía a la capital, Juan recuperaba su cuarto, también en el sótano. En ocasiones, nos traía algún humilde presente. Una vez, apareció con una gallina que, después, fue el divertimento de las niñas entre lección y lección. Durante aquellos días, Juan aprovechó, con la inestimable ayuda del enredador de José Luis, para establecer algunos contactos en la Villa, de cara a posibles acuerdos para la distribución de sus aceitunas.

Yo alternaba los momentos en su compañía con mi asistencia a *El Demócrata* y mis recados para la escuela. Muchas veces, mis jornadas se dilataban hasta la noche, en mi exigencia de perfeccionar mis escritos en el periódico. No obstante, aquel martes, una extraña sensación me abordó desde que crucé el umbral del portal, al término de mi labor en la redacción. Era un presentimiento conocido. Ya lo había experimentado con anterioridad. Sí, aquellas ocasiones en las que me disfrazaba de Pedro Liébana. Era la misma manía persecutoria. Miré a los lados antes de iniciar el camino de vuelta a casa. Nada. Sin embargo, aquel mal presagio me acompañó hasta la calle Villanueva. Traté de serenarme, convencida de que eran miedos irracionales los que estaban actuando sobre mi tranquilidad. Abrí la cancela y subí las escaleras con premura. Un ruido a mi espalda me hizo acelerarme y errar en mi búsqueda de las llaves. Se me cayeron al suelo. «Maldita sea», murmuré. Entonces, me agaché y me levanté, decidida a dar por finalizada aquella retorcida ilusión. Mas aquella mano sobre la puerta me hizo pegar un brinco, absolutamente aterrada. Alcé la vista.

—Pero mira a quién tenemos aquí —espetó.

—¿Qué hace aquí? —respondí con desprecio.

—¿No puedo hacer una visita a mi querida excuñada?

—¿De veras quiere que conteste a eso?

—Ay, doña Elisa, doña Elisa... Cómo cambia la vida. ¿No es así?

—Déjeme en paz.

—¿No va a invitarme a entrar? Tendré que manifestar mi descontento en voz alta, entonces —me amenazó.

—Por favor, no monte una escena delante de la escuela. Es lo único que le pido. Pase adentro —accedí, no sin remilgos.

Abrí la puerta de la casona y le guie hasta el despacho. No se oía nada. ¿Habría alguien? Ojalá así fuera aunque sabía, con certeza, que mis hermanos no se encontraban. Don Luis me daba escalofríos y no me veía capacitada para deshacerme de él si se ponía impertinente. Respiré hondo. Debía controlar aquella inesperada situación que tanto había temido desde mi vuelta a Madrid. El hermano de Francisco revisó visualmente la estancia. Después, se rio, infravalorando el suelo que pisaba.

—Lo cierto es que me tiene usted impresionado. Nunca creí que fuera a reinventarse tanto después de todo el asunto de la separación.

—¿Para qué ha venido, don Luis? Este no es lugar para beber —le atacó, en referencia al olor a alcohol que emanaba de sus ropas.

—He venido a verla a usted, doña Elisa. Sé que he tardado en decidirme a visitarla, pero la espera ha merecido la pena. No sé si recordará que puse una oferta sobre la mesa y jamás me contestó.

—Sí, sí le respondí. Me acuerdo perfectamente.

—Vamos, no se haga la estrecha. Todo Madrid sabe que usted es de esas mujeres a las que les gusta retozar con el primero que pasa. Lo que me ofende, sinceramente, es que escogiera a un gacetillero cuando podía habérselo pasado muy bien conmigo —dijo, acercándose a mí—. Aunque, ¿quién sabe? Quizá todavía estemos a tiempo.

Su insolente mano rozó mi mejilla. Me aparté bruscamente, mostrándole toda mi aversión. Entonces, me agarró con fuerza de la barbilla, clavando sus dedos en mi rostro y mi cuello.

—Doña Elisa, no sea terca. Nadie va a aceptarla jamás. ¿No se ha visto en el espejo últimamente? Está usted horrible. Mi hermano se alegrará de saberlo. Aunque, a ese poco le importa ya nada. ¿Sabe? Hoy me ha comunicado que piensa irse a vivir a Londres de forma permanente. Ya le ha encontrado sustituta, ¿sabe? Una estúpida que le sigue como un perrito faldero. A mí me gustaba más usted. Rebelde, salvaje, ambiciosa —se aproximó más.

—Don Luis, me hace daño... Déjeme vivir en paz, por favor. Hasta su hermano ha rehecho su vida —le supliqué.

—Sí, la ha rehecho. Pobre infeliz. Aunque, en el fondo, nunca dejará de atormentarle su recuerdo. Él, a pesar de todo, la quiso. Y por mucho que mi madre y yo le aconsejamos que tomase medidas más radicales con la infiel de su esposa, él nunca quiso oír hablar del tema. Se limitó a pedir el divorcio

civil. ¡Menudo invento para cobardes! Yo la hubiera matado con mis propias manos de haber sido el traicionado. Y después, habría buscado los restos sin vida del francés y los habría quemado.

—Su hermano es mejor hombre que usted.

—Sí, por eso lo torturó... —Lanzó una carcajada—. No puede ser más frívola e hipócrita, doña Elisa. Además de zorra, por supuesto.

Sus ojos estaban dominados por un deseo oscuro hacia mí. Había sido, durante años, el fruto prohibido, la esposa de su hermano, pero aquella noche podía forzarme y terminar con aquel antojo. Sin soltarme, puso su otra mano en mi cintura y me llevó hasta él. Estaba temblando. Una lágrima mojó su dedo.

—No sabe lo mucho que he deseado tenerla para mí. Me encantaba ver cómo se defendía de las fieras, cómo se contoneaba con aquellos vestidos que le compraba mi hermano, cómo menospreciaba la riqueza que le rodeaba... ¿No ve lo parecidos que somos?

Sus labios quisieron conquistar los míos, pero, entonces, grité.

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

—¡¿Qué demonios está haciendo?!

—¡Catalina! ¡Ayuda! ¡Por favor! —había empezado a gimotear.

—Deje de gritar —me ordenó y me zarandéó.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Doña Pilar! ¡Catalina! ¡En el despacho!

Don Luis me tenía inmovilizada. Si no respondían, no sabía, con exactitud, lo que aquel hombre sería capaz de hacer. Pero no estaba dispuesta a admitir que se propasara conmigo. Ya se lo había permitido, muchas noches de pesadilla, a su hermano, en nombre del matrimonio, de la descendencia, de la responsabilidad. De golpe, la puerta se abrió. Era Catalina.

—¿Hay algún problema aquí?

—Vaya, vaya, su amiguita... ¿Quiere unirse?

—Suéltela. Ahora mismo.

—Otra bestia salvaje... Y si no, ¿qué va a hacer?

Justo en ese instante, aparecieron doña Pilar y mis hermanos.

—Largo —repitió Catalina.

De forma inmediata, don Luis me soltó de mala gana, escupió en el suelo y se marchó. Juan tuvo que sujetar a José Luis para que no lo persiguiera.

—¿Estás bien? —se interesó Catalina mientras me abrazaba.

—Sí, sí, tranquila. Ese hombre es detestable...

—Si se vuelve a acercarse a la casona, le denunciaremos —afirmó doña Pilar.

—Y ¿de qué serviría, doña Pilar? ¿Un hombre poderoso contra una mujer con mis antecedentes?

—Bueno, rezaremos entonces para que no vuelva a tener la tentación de visitarnos —concluyó la cocinera.

—Si vuelve por aquí, no harán falta rezos —aseguró Juan.

Me sequé las lágrimas de terror de las mejillas. Con suerte, don Luis no volvería a molestarme después de aquella noche. Eso esperaba..., aunque, en los primeros días, no pude evitar mirar a todas partes cada vez que estaba sola. Maldito don Luis...

La tarde antes de que Juan partiera de regreso a Fuente de Cantos, tuvimos la oportunidad de dar un paseo por el parque del Retiro. Lo cierto es que desde que le había redescubierto, adoraba los ratos con mi hermano mayor, con sus consejos, con su sabiduría madurada bajo el sol. Y, además, su compañía me venía bien para despejarme de las jornadas interminables y enterrar mis miedos.

—¿Ha sido provechoso el viaje? —me interesé mientras contemplábamos el enorme estanque, con aquel monumento a Alfonso XII vigilándonos.

—Sí, hemos *podío* hacer algunos contactos. Tendremos que observar cómo evoluciona el tema. Por cierto, no he *tenío* oportunidad de decírtelo, pero me alegra mucho que hayas vuelto a escribir. Quiero que sepas que tienes a una seguidora en Fuente de Cantos. Mercedes se ha *releío* ochenta veces los recortes que le mandaste de tu columna en tu última carta.

—¿De veras? Ay, esta Mercedes. Dile, por favor, que la echo mucho en falta. Tienes una esposa maravillosa, hermano —aseguré.

—Se lo diré —sonrió—. La verdad es que me siento muy *afortunao*. No sé, ella y los niños y el que está a punto de llegar me hacen luchar más fuerte cada día.

—Es hermosa vuestra familia.

—También es la tuya, Elisa. Estamos contigo, allá donde vayas. Además, Samuel ya está diciendo que cuando sea grande, quiere ser periodista, como su tita Elisa.

Sonreí orgullosa.

—¿En serio? Este Samuel... Estoy convencida de que lo será. Los Montero tenemos un don para esto —afirmé en tono jocoso.

—Y ¿qué harás? ¿Dejarás la escuela si consigues dedicarte a escribir?

—Bueno, aún es pronto para decidirlo, pero no creo. Es decir, me gusta lo que hemos construido entre todos. Siento que mi lugar está ahí, con esas niñas. Intentaré compaginar ambas cosas aunque no me dedique, expresamente, a la enseñanza. Es lo menos egoísta que he hecho en mi vida... No sé, ver a todas esas muchachas me hace tener esperanza en el futuro, en las generaciones venideras. Quizá lo tengan más fácil, quizá logren avanzar, al fin.

—¿Quién puede saberlo? Aunque está claro que con monarcas que utilizan el erario público para construir monumentos a su vanidad, no progresaremos jamás —opinó, señalando la construcción del estanque.

—Sí, probablemente...

—Lo que más me irrita es que van a conseguir salirse con la suya otra vez. Don Zacarías ya está presionando para que votemos a favor de la monarquía. Y creo que padre va a ceder, pero yo no. Por encima de mi cadáver, Elisa.

—Es curiosa esta libertad de voto que ni es libre ni igualitaria.

—Libertad e igualdad son palabras demasiado grandes para nuestra España, hermana. Aquí solo entendemos de golpes de Estado, de tiranías, de corrupción y de pucherazos.

Continuamos caminando, respirando aquella brisa que anunciaba el final del invierno. En todos los años que llevaba residiendo en Madrid, el Retiro siempre me había aportado sosiego. Era un remanso de paz, un refugio entre las vías asfaltadas y los sonidos entretejidos en el aire de la urbe.

—¿Padre está bien?

—Sí, sí, como siempre, ya sabes. Él trabaja, trabaja, come y duerme. Aunque lleva un tiempo bastante *emocionao* con el proyecto de las tierras. Mi plan es que, pronto, podamos dejar de faenar para don Zacarías. Padre ya está viejo y no soportará muchos esfuerzos más. Quiero que, por lo menos, pueda dedicarse a algo que le ilusione.

—Sería precioso. ¿Y la pierna? ¿Le mermó el dolor?

—Bueno, ahí sigue. No creo que se le cure del todo. Alguna noche, pega algún traguito que otro a la botella, pero está *controlao*. Sabe dónde está el límite —asintió convenciéndose—. El que está mejor es el granuja de José Luis. No sabes la tranquilidad que me aporta el saber que no anda por la posada, apostando y cerrando tratos con maleantes.

—Sí —me reí—. Hemos conseguido redirigir su capacidad para embaucar

hacia objetivos honestos y que no tienen relación con lupanares ni cabarés. Al menos, eso creo.

—Madre santa. Vaya dos hermanos que me han *tocao*. Ya lo anunciabais de chicos, siempre reliando. Pero es que os encanta meteros en problemas, ¿eh?

Nos reímos.

—Así somos los pequeños Montero. Ten cuidado porque tus hijos pueden haberlo heredado, hermano. Es un don —bromeé.

—Ay, Elisita... ¡Menuda cruz! —Se detuvo—. Escucha, Elisita, aunque yo me vaya, si alguien vuelve a molestarte, dímelo. Me encargaré personalmente de ese malnacido.

—No te preocupes, hermano. Con Catalina y doña Pilar al frente, estoy a salvo —bromeé—. Además, después de pensarlo mucho, no creo que vuelva a tener problemas con ese hombre. Su orgullo es más valioso que sus impulsos.

Tal y como habían anunciado los periódicos, la radio y el gobierno de Aznar, el domingo 12 de abril España se preparó para aquellos comicios municipales celebrados tras más de ocho años sin elecciones. Acudieron a los colegios aquellos caballeros mayores de veinticinco años que quisieron participar de aquella primera fase electoral hacia la «normalidad constitucional». O, mejor dicho, de aquel plebiscito sobre el futuro de una España cansada y cada vez más polarizada. En las candidaturas confluían un sinfín de tendencias que se postulaban como la más idónea para reconstruir el Estado tras la dictadura. Así, se presentaron la coalición monárquica, los republicano-socialistas, los comunistas, los constitucionalistas, los nacionalistas vascos y catalanes..., etcétera.

Hasta aquel mismo día, todo el mundo trataba de hacer sus cábalas, intentando adivinar el resultado. Pero lo que estaba a punto de suceder nadie fue capaz de preverlo. El gobierno de Aznar, que había creído que unas elecciones municipales le beneficiarían, debió enfrentarse a la aplastante realidad en el recuento de votos. En las grandes ciudades, es decir, en Madrid y Barcelona, y en las principales capitales de provincia, los vecinos apoyaron a las candidaturas republicano-socialistas. No sería así en los núcleos rurales,

detalle que confirió a la coalición monárquica un mayor número de concejales en términos absolutos, pero aquello se sabría más tarde. Sí, y de nada valdría pues, para cuando se terminó el recuento total, ya se había propagado como la pólvora la euforia republicana. Según los antimonárquicos, España había hablado y se había posicionado.

El lunes 13 y el martes 14 de abril, los periódicos abrieron la edición con la noticia. «Ocho años después. En el gran plebiscito de ayer España votó por la República», decía el *Heraldo de Madrid*; «Grave situación política», anunció el *ABC*; «España opina en el pleito político. El resultado de la consulta determina acontecimientos de trascendencia histórica que se desarrollarán en el día de hoy», advirtió *El Sol*; «España se puso ayer en pie. Las izquierdas han logrado una victoria aplastante en Madrid, Barcelona y casi todas las capitales de provincia», informaba *La Voz*; «El magnífico plebiscito del domingo. Cuarenta y cinco capitales y otros muchos núcleos importantes de población se pronuncian por la República», señalaba *La Libertad*; «Después de las elecciones municipales. Ha resultado triunfante la candidatura republicano-socialista», determinaba, más cauto, *El Imparcial*; «En los Ayuntamientos de Madrid y Barcelona, así como en los de casi toda España, se ha proclamado la República», rotulaba *Ahora*, diario gráfico que había nacido el anterior mes de diciembre, cosechando un gran éxito en muy poco tiempo. «Victoria de la candidatura republicano-socialista en una jornada electoral histórica y crítica», titulaba *El Demócrata de Madrid*.

Por mi parte, el mismo domingo y antes de poder leer tales cabeceras, sentada en mi escritorio, contemplaba el título de mi columna: «Las claves de la perfecta anfitriona». Resoplé. ¿De veras era aquello a lo que debía dedicarme? Morales, López, Mínguez, Quijano, Simón, Fernández... Todos entraban y salían, telefoneaban a la redacción con las últimas actualizaciones acerca de los comicios. «Apunta Simón, en Chamberí y la Inclusa también han ganado los republicanos», le pedía López.

Era emocionante, una jornada única después de años de dictadura. Cuando regresé a casa, encontré a una Catalina emocionada, a un José Luis ansioso por conocer el resultado final y a una doña Pilar bastante preocupada.

—¿Habéis sabido algo en el periódico, niña? —se interesó.

—Parece que los republicanos y los socialistas han arrasado en Madrid. Aunque apenas me cuentan nada. Y ni siquiera he terminado mi columna porque estaba todo el rato intentando escuchar lo que decían —me quejé.

—¡Viva la República! ¡Sí, señor! —exclamó José Luis—. Voy a ir a darme una vuelta por el centro a ver qué es lo que se cuece.

—José Luis, prudencia, que aún no está nada claro —le advertí.

—Demasiado hemos esperado ya. Los caciques no nos callarán más. ¡Al infierno el pucherazo! ¡Viva España! —Y se marchó.

—La verdad es que, si es cierto, es increíble que nos hayamos pronunciado en contra de la monarquía por una vez —opinó Catalina.

—Yo no sé. Esto a mí me parece que es sacar las cosas de tiesto, hijas. Se supone que son unas elecciones municipales. ¿Un país se puede convertir en republicano así, sin más? —dudó doña Pilar.

—Se convirtió en una dictadura por mucho menos, doña Pilar. Pero este es el levantamiento del pueblo —respondió Catalina.

—No sé, a mí no me termina de convencer. Todo lo que se hace de golpe y con el higadillo, mal termina.

—Ande, doña Pilar, no sea aguafiestas.

Al regresar a la redacción el lunes, el ánimo dispar de los empleados de *El Demócrata* fue confirmando aquellas primeras noticias. Don Ernesto estaba nervioso. No era muy difícil saber que él prefería la monarquía a la república aunque, como buen empresario, se adaptaría a lo que viniera, como había hecho desde la fundación de su adorado periódico. Todo estaba muy confuso.

—Morales, hay Consejo de Ministros esta tarde. Vaya allí y averigüe qué diantres está pasando —le ordenó don Ernesto, visiblemente cansado.

—Sí, señor. Como usted mande. Aunque baje los humos, que podemos hacer un plebiscito mañana mismo aquí —bromeó.

—Morales, haga el favor. Que ya hace tiempo que usted no es un mozalbeta.

Morales dejó de escribir, apagó el cigarrillo en el cenicero y se dispuso a levantarse. Se acercó al perchero y cogió su bombín y su chaqueta. Doña Carmen Idiazábal se asomó. En la oficina solo quedábamos ella, Morales, la nueva secretaria, el señor Villarroy, don Ernesto y yo.

—Dicen que el rey va a abdicar.

—Doña Carmen, no diga estupideces. Se está sobrevalorando el resultado de las elecciones. Parece que no nos acordemos de cómo funcionan... —le

respondió Morales mientras se terminaba de preparar.

—Solo le digo lo que se está empezando a comentar en la calle.

—Pues deje usted de informarse de lo que escucha por ahí. Que trabaja en un periódico, mujer —le reprochó.

—Bah, lleno de bobalicones. Ande, vaya, que don Ernesto le va a dar un cate como se pierda algo. Está que echa humos desde ayer.

La veterana secretaria regresó a su puesto de trabajo con aquella manera tan suya de moverse. Guiada por la envidia que me daba que a todos los mandaran a cubrir asuntos relacionados con las elecciones menos a mí, me incorporé y me acerqué a Morales.

—Chsss, Morales —le llamé—. Deje que le acompañe.

—Doña Elisa, por favor, no me meta en más líos —me pidió.

—Solo quiero ir con usted. No le causaré problemas, se lo prometo. Nadie tiene por qué enterarse.

—Deje que lo piense... Mmm... No. Usted quédese aquí con la columna femenina esa. Si dejo que venga y don Ernesto se entera, la terminaré escribiendo yo. Y me niego.

—Entonces comprende mi hastío al tener que dedicarme a escribir acerca de esos asuntos superficiales que copan las columnas para mujeres mientras ustedes salen allá fuera en busca de noticias y titulares. Solo quiero acompañarlo hoy y mañana regresaré a mi mesa, con mi soporífera columna. ¿De acuerdo? —Estaba casi convencido—. Vamos, Morales, por los viejos tiempos.

—Está bien, está bien. Pero no me incordie ni me moleste mientras hago mi trabajo. Vendrá de espectadora.

—Sí, sí, por supuesto. Delo por hecho.

Un par de brinquitos me llevaron hasta mi sombrero y mi chaqueta. En realidad, me ofendía que creyera que iba a interferir en su tarea. ¿Acaso pensaba que no había ido a numerosas comparecencias políticas cuando me vestía de Pedro Liébana? Sí, podría habérselo recordado, pero no me beneficiaba sacar aquel tema con los redactores de *El Demócrata*. Aunque más apacibles, seguían bastante dolidos. Durante el trayecto, me repitió, una y otra vez, que era imperativo que me quedase callada. No debía dar mi nombre a los compañeros redactores ni identificarme. Asentí en todo momento, mas, en la práctica, fue algo más complejo seguir sus instrucciones. Un grupo de *reporters* aguardaba en la entrada de la

Presidencia. Morales los conocía, pues todos solían encargarse de las informaciones políticas para las diversas cabeceras de la capital. Los saludó, pero, entonces, uno de ellos, de *El Imparcial*, reparó en mí. Sin pensar, extendí mi mano y me presenté.

—Soy Elisa Montero, de *El Demócrata de Madrid*.

—Oh, es usted la de la columna para mujeres. La de aquel artículo... —comenzó.

—Sí, bueno, ha venido como apoyo técnico. No hay que darle más importancia —intervino Morales—. Pero ¿usted es sorda, doña Elisa? —me recriminó en voz baja.

—Morales, el silencio hubiera sido peor —señalé.

—Quédese quietecita, ande.

El consejo estaba programado para las cinco y media de la tarde. Mientras esperábamos, los periodistas lanzaban sus suposiciones. Que el Gobierno hubiera resuelto reunirse de forma extraordinaria demostraba que los resultados les preocupaban. Los rumores se habían hecho con el control de las conversaciones en la ciudad, pero aquel puñado de cronistas estaba ahí para desmentirlos.

Entonces, a las cinco menos diez, en medio de las preguntas preparadas cuales balas en la campanilla de los redactores, llegó el, hasta el momento, presidente del Gobierno, el almirante Juan Bautista Aznar. Todos se agolparon, querían obtener sus impresiones, su valoración acerca del día de ayer. Escuché cómo le interpelaban acerca de todo aquel revuelo, pero, en silencio, extrañaba una pregunta en concreto. No, no era momento de hablar de la abdicación, de las expectativas que se tenían, del motivo de la celebración del Consejo de Ministros. Todo aquello partía de una interrogación previa, la que España necesitaba tener resuelta en su cabeza. Contemplé cómo hacía amago de marcharse, presa del mutismo al que me había condenado Morales. No, no podía consentirlo. Al día siguiente, regresaría a la moda, los zapatos, la decoración, los mejores postres de la Villa..., pero aquel día podía dar un paso al frente y preguntar. Y así lo hice.

Me colé entre los periodistas y me coloqué cerca del almirante, que arqueó las cejas al verme allí. En ese instante, teniendo su atención, ignoré el resto de cuestiones que flotaban en el aire a la espera de ser respondidas y, con voz alta y clara, dije:

—Señor presidente, la tarde está llena de rumores. Se dice que habrá crisis

y que será inmediata. ¿La hay?

Morales tiró entonces de mi brazo hacia atrás, haciendo que el grupo me tragase. El almirante trató de buscarme para contestarme directamente, pero ante mi desaparición, respondió a los periodistas allí congregados:

—¿Que más crisis quieren ustedes que esta de un país al que creíamos monárquico y se nos presenta republicano en veinticuatro horas?

Otro reportero cogió mi testigo y aprovechó la coyuntura para ahondar en las noticias que saldrían de aquel consejo. Sin embargo, pude observar cómo todos anotaban aquella frase del almirante. Sí, había tocado la tecla adecuada en aquella tarde de incertidumbre.

—O se queda calladita o se va —me advirtió Morales una última vez.

—De acuerdo, de acuerdo, ya me callo.

El resto de la tarde, continuó el goteo de ministros. Tuve que reprimir mis ganas por abordarlos y entrevistarlos. Por allí pasaron el ministro de Fomento, el ministro del Ejército, el ministro de Estado... Tras responder, sin demasiada claridad, desaparecían en el interior y volvían las especulaciones. Al caer la noche, la escena se repitió, pero en sentido inverso. Ya no entraban, salían. El primero en hacerlo fue el ministro de Fomento, que nos contó:

—Nada, señores. Hemos tenido un cambio de impresiones sobre el resultado de las elecciones de ayer, exponiendo cada uno nuestros puntos de vista. Mañana irá a Palacio el presidente para dar cuenta al rey de lo acordado.

—¿A las cuatro? —se oyó.

—No sé a qué hora irá.

Otra vez, mi faceta periodística y mi pasado como Pedro Liébana, al que nadie censuraba en los corrillos, me jugó una mala pasada.

—¿Es cierto el rumor de la abdicación del rey? —clamé.

—Eh... No. De ninguna manera —me contestó el ministro.

Dispuesta a ser algo más incisiva sobre aquella cuestión, que era, en realidad, la que más en el aire estaba, abrí la boca. La mano de Morales me la tapó, dejando que el ministro se alejara.

—Me va a buscar la ruina con don Ernesto, doña Elisa.

—Morales, déjeme. Venga, ¿de veras ve algo negativo en que ejerza de periodista? ¿Qué daño puede hacerles?

—Credibilidad, querida. Y profesionalidad. Usted no es nadie y es una

mujer. ¿Sabe el perjuicio que puede tener sobre la imagen de *El Demócrata de Madrid*?

Resoplé.

—De veras, no sé qué crimen es mayor: haber mentido o haber nacido sin pelo en el pecho —me quejé.

—No me haga contestar a mí.

Casi todos los periódicos del día 14 de abril incluyeron una crónica sobre el Consejo de Ministros de la tarde del lunes. En ella, se podían ver las preguntas que yo había realizado. Sí, quizá no tenía credibilidad ni renombre, pero nadie había vacilado en incluir mis interrogaciones y las correspondientes respuestas de los políticos. Sin embargo, como me había dicho Juan en una ocasión, se recuerda siempre aquello que interesa y a nadie le convenció lo de reseñar que había sido una periodista la que había lanzado aquellas cuestiones.

Al día siguiente, me levanté llena de energía. No había sido muy productiva la espera frente a la Presidencia, pues los ministros se habían quedado sin declaraciones que dar. «Intercambio de pareceres», decían. Algunos madrileños, sedientos de información, se aproximaron a nosotros para que les contásemos, de primera mano, qué nos habían dicho los políticos. Poco había que añadir. Nada sabíamos.

Como cada mañana, después de desayunar y de compartir con Catalina, José Luis y doña Pilar los últimos chismes, organicé algunos documentos de la escuela y me fui al periódico. Desde primera hora, los datos que les dictaban a Simón y a Quijano, por teléfono, los redactores desplazados en distintos puntos de la capital, eran incoherentes y desordenados. Continuaba sin ser capaz de escribir una sola línea, embelesada por el sonido del teléfono y aquel torrente informativo que emanaba del auricular. De pronto, en medio de mi éxtasis periodístico, don Ernesto me llamó a su despacho. Las extremidades se me agarrotaron. «Maldito Morales, seguro que se ha ido de la lengua», supuse. Abrí la puerta.

—Siéntate —me indicó.

Así lo hice.

—Elisa, querida, creo que cuando acordamos tu regreso a la redacción fui

bastante claro con los límites de tus competencias. ¿No es así?

—En efecto, don Ernesto. Lo fue usted.

—Entonces, ¿por qué te colaste ayer en la entrada del Consejo de Ministros con Morales?

—Pues verá, don Ernesto, es que yo quiero formar parte de lo que está ocurriendo. No tengo inspiración para redactar sobre moda cuando el futuro mismo de España se está decidiendo en apenas unas horas. Creí que podría ayudar... —le confesé.

—Elisa, antaño, la ambición ya te hizo actuar erróneamente. No vuelvas a tropezar con la misma piedra —me aconsejó.

—No es ambición, don Ernesto. O bueno, quizá sí lo sea, pero es la misma con la que usted fundó este periódico. ¿No puedo yo usarla para ejercer el oficio?

—Sí, puedes, pero para hacer las tareas para las que te contraté. El tiempo dirá si eres digna de encargarte de otras secciones —me recordó.

—Está bien... —farfullé.

La puerta se abrió de golpe. Era doña Carmen Idiazábal.

—Don Ernesto, el rey ha abdicado. Planea dirigirse a la frontera con su familia. Parece que la República es un hecho, señor —nos comunicó.

—Lo sabía —murmuré para mis adentros, recordando la negativa del ministro de Fomento.

—Está bien, quiero a todo el mundo trabajando. Va a ser un día muy largo. Y tú, Elisa, quiero que mañana, a las diez de la mañana, dejes tu columna terminada sobre mi escritorio. Me da igual si, para entonces, España es una monarquía, una república, una anarquía, una oligarquía o el renacer del Imperio Romano. ¿Está claro?

—Sí, está claro —me rendí.

Me levanté de la silla. El director de *El Demócrata* tenía mucho que coordinar. Antes de que abandonara su oficina, me llamó.

—Elisa, una última cuestión. Que no me guste que mis empleados me desobedezcan no me impide felicitarlos cuando hacen un buen trabajo. Y tú ayer lo hiciste. Me ha contado Morales que fuiste la responsable de la frase del día. Enhorabuena —concluyó.

—Gracias, don Ernesto —respondí sonriente.

Me retiré a mi escritorio. Suspiré. Saboreé aquel reconocimiento que recargó mi energía. Tenía toda la tarde para zanjar aquella columna. Las

siguientes horas estuvieron plagadas de la más rabiosa actualidad. Diferentes ciudades españolas, entre ellas Barcelona, habían empezado a proclamar la República en sus calles. Era una suerte de efecto dominó. El señor Francesc Macià proclamó, por su parte, la república catalana. ¿Qué estaba sucediendo? Con la atención secuestrada por aquellas noticias, decidí volver a la escuela y terminar mi escrito en la tranquilidad de mi despacho.

Cuando salí a la calle, respiré el aroma de la ilusión y el del nerviosismo. Vi a algunos grupos marchando hacia algún lugar. En apenas unas horas se había formado un nuevo Gobierno, ahora presidido por don Niceto Alcalá-Zamora. Sí, la República era un hecho. Crucé la verja negra que rodeaba el palacete y subí, al trote, las escaleras. Cuando entré, me percaté de que no era un día común. No había nadie en la casona. Tan solo doña Pilar, que hacía galletas para relajarse, en la cocina.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté extrañada.

—La señorita Catalina ha decidido dar el día libre a las niñas y se ha marchado con el señorito José Luis, la señorita Perera y la señorita Sierra al centro para celebrar que se ha proclamado la República —me contó.

—Increíble. Me despisto y todos se marchan por vacaciones. —Me reí—. Está bien, yo tengo que acabar una columna para el periódico. Don Ernesto me ha dado un ultimátum. Estaré en el despacho si me necesita, doña Pilar.

—Está bien, hija. No te preocupes. Yo tengo trabajo con las galletas.

—Recuerdo cuando la ayudaba de pequeña... Parece mentira cómo cambia la vida, la política y la historia misma mientras los detalles más insignificantes, pero más valiosos, permanecen con nosotros.

—Y menos mal. Que nunca nos arrebaten las pequeñeces, hija. Es de lo que sobrevive el ser humano.

Asentí con una sonrisa.

—Bueno, lo dicho, voy a trabajar —le indiqué y me dirigí al despacho.

Coloqué la hoja de papel en la antigua máquina de don Roberto Ribadesella. La miré de frente. Algo se me ocurriría. Sí, estaba convencida. Respiré hondo y comencé a escribir:

«Uno de los aspectos más relevantes a la hora de ser la perfecta anfitriona es que nadie advierta que intentas serlo».

Enredada en postres, centros de mesa y formas de recibir a los invitados, escuchaba, de fondo, los gritos provenientes del exterior de la vivienda. De reojo, intentaba alcanzar la calle por aquella ventana por la que se colaba el

olor a jazmín de la enredadera. ¿De veras tenía que quedarme allí aislada? Era un castigo injusto y desmedido.

Me mordí el labio inferior. Había logrado completar dos párrafos. Quizá era hora de encender unos segundos la radio. Solo unos segundos y volvería a apagarla para terminar la columna a tiempo. Sí, unos segundos. Me incorporé y encendí el receptor.

—«Los vecinos de Madrid se agolpan ahora en las calles al grito de ¡Viva la República! La monarquía ha caído, hoy nace una nueva España...».

El locutor comenzó a narrar la enorme afluencia de gente que, en esos mismos instantes, se dirigía al edificio de la Gobernación. Al parecer, la Puerta del Sol era un hervidero. El rey partía a Cartagena desde la estación de Mediodía. En algunas ciudades se habían destruido placas y estatuas en honor a la Corona y habían sido sustituidas por otras que veneraban a la naciente República. Se planeaba liberar a los presos políticos, amnistiar a los exiliados. Sacudí la cabeza, tratando de volver a mi tarea.

«... Es preciso que, al llegar los invitados, tengamos dispuesto todo porque, de lo contrario, les robaremos atención por tratar de...».

¿Cómo podía seguir? Volví a verme atrapada por la radio.

—«Señores, España vive hoy un día histórico. Y no somos los españoles los únicos que lo decimos. Junto a los *reporters* nacionales, que toman nota de todo lo que acontece en los alrededores de Gobernación, medios extranjeros registran el clamor de un país que ya es republicano. *The New York Times*, *Le Matin*, *The Times*, *Le Figaro*... Todos quieren ser testigos de este día histórico».

Levanté la vista. Dejé de teclear. Aquellas palabras no habían pasado inadvertidas para mi subconsciente. Medios extranjeros. *Le Figaro*.

Y si...

No, era imposible.

Ni siquiera sabía si estaba vivo, si había regresado a Francia.

Pero, y si...

En mi mente, aparecieron nuestras conversaciones como Pedro Liébana y Olivier Pascal; nuestra lucha por los aplausos de don Ernesto; la entrevista al sargento Basallo; aquel baile en la verbena de la Paloma, con el mantón de manila que me regaló; el día en el Ateneo leyendo, soñando, robándonos miradas entre libros; el momento en el que descubrí su rostro tras el antifaz, después de dos años sin verlo; cuando me caí al río por testaruda y engreída;

cuando huimos, entre las sombras, del Cebrera y su cuadrilla; cuando lo descubrí en aquel sótano por vez primera en mi vida; cuando me besó en lo más alto del hotel Florida, con el viejo Madrid a nuestros pies. La parte más irracional de mí, que siempre me había guiado en mis mayores aciertos y en mis más llamativos errores, tomó el control de mi cuerpo.

Lo siguiente que sonó en la silenciosa casona fue el estruendo de la puerta principal cerrándose. No había cogido nada. Ni mi sombrero ni mi chaqueta ni nada. Me uní al flujo de vecinos que avanzaban por la calle con una clara dirección. Todos aquellos recuerdos seguían latentes en mi cabeza mientras adelantaba al resto de peatones. Sabía que era una majadería, que, probablemente, Pascal seguiría desaparecido. Y de haber vuelto, no tenía nada por lo que regresar a la Corte. No sabía que yo era libre. Pero ¿y si estaba allí, junto al resto de redactores? En lo más profundo de mí, había decidido dejarlo ir, olvidarme de lo mucho que lo necesitaba, consciente de que su lugar no estaría nunca a mi lado. Sus días pertenecían a su periódico. Los míos, a la escuela y a mi progreso en *El Demócrata*. Mas solo quería verlo una vez más, si es que eso era posible, si es que su olor seguía existiendo en aquel universo terrenal. Ese olor... Si algo podía traerlo de vuelta a Madrid era la actualidad. Como siempre. Escuchaba los deseos y las dudas de un país entero en las conversaciones de las gentes que me cruzaba. Había empezado a correr. Sí, debía darme prisa. Solo quería comprobar si era una demente por pensar que él podría estar allí.

Avancé por la calle Villanueva hasta llegar al paseo de Recoletos, donde una columna humana de manifestantes caminaba hacia el sur, escoltados por sus estandartes, que eran banderas, y su ideología, que era su esperanza. Entre sombreros y arengas, se colaban algunos vehículos con hombres y mujeres subidos, quizá así más cerca de dilucidar qué estaba sucediendo. También vi algunas cámaras que inmortalizaban la escena para siempre en películas que, después, caerían en el olvido. Tomé la calle de Alcalá, aquella en la que solía pasar el sábado noche, en teatros y finos restaurantes. A medida que fui llegando a la Puerta del Sol, tomé conciencia de la magnitud de todo aquello. Algunos cantaban *La Marsellesa* o viejas canciones con una letra inédita que ahora apoyaba aquel giro en el Gobierno; otros vendían broches o alzaban banderas. Por encima de las cabezas, sobresalían las fotografías de don Fermín Galán y don Ángel García Hernández, elevándolos a mártires con sus propios brazos. Y en medio de todos ellos, guardias civiles

y miembros del Ejército, a caballo, que intentaban velar por el orden en medio del desorden. Continué corriendo. Esquivaba a los emocionados, a los rezagados, a los observadores. Me colaba entre los gritos de victoria de aquella guerra librada en las urnas y en los despachos.

Cuando arribé a la Puerta del Sol, la frustración secuestró mis esperanzas. No se veía nada. Estaba repleta de gente. Los cánticos se fundían con el clamor. Todos esperaban al nuevo Gobierno para dar por iniciada la etapa republicana. A la derecha, unas mujeres jugaban al corro, divertidas, felices. «Menuda estupidez. ¿Cómo he podido pensarlo?», me dije a mí misma, bajando la vista, capitulando. Entonces, recordé algo. No era la primera vez que estaba en aquel mismo lugar, observando cómo España aplaudía un cambio brusco. Había estado allí, tiempo atrás, como Pedro Liébana. Me trasladé a ese momento, a nuestra conversación, a su estrategia. «Cuando no veas ni medio centímetro de baldosa, hormigón o arena, debido a la multitud, busca el punto más alto al que puedas acceder. Desde un palmo más arriba de las cabezas de los demás, todo se ve de distinto modo».

Alcé la mirada, una vez más. Sí, si estaba allí, seguro que había escogido el punto más elevado de todos. Repasé la plaza. Había vecinos subidos a las farolas y a los techos de los tranvías. Era una completa locura. Pero aquel lugar seguía siendo el más alto. Sin dudar, comencé a abrirme paso entre la multitud. Estaba impaciente, nerviosa y confundida. Cuando tuve buena perspectiva para identificar a las personas que estaban sobre el templo del metropolitano, me paré. Los empujones dificultaron mi tarea. No conseguía ver nada con claridad. Reconocí a algunos periodistas anotando todo lo que veían, pero ¿estaría allí arriba?

—¡Pascal! —empecé a gritar—. ¡Pascal! ¡Pascal!

Mi voz se perdía entre el rugido generalizado. Vamos, tenía que saber si estaba ahí. No tenía idea de qué buscaba con aquello, pero solo sabía que debía continuar gritando su nombre.

—¡Pascal! —seguí chillando.

—Me va a dejar usted sordo, señorita —se quejó un parroquiano que estaba a mi lado.

—Es que estoy intentando avisar a una persona... que está... Bueno, déjelo.

—Si quiere que alguien de allí arriba la encuentre, será mejor que la suba a mis hombros —se ofreció.

Sin esperar a mi respuesta, preso de la euforia del momento, me subió a hombros. No titubeé, no era circunstancia para andarse con rodeos o miramientos. Volví a gritar y a hacer aspavientos.

—¡Pascal! ¡Pascal!

Una vez más, y justo cuando estaba a punto de ceder ante la aplastante realidad, rescaté de mis recuerdos uno de sus consejos. Silbar. Tenía que silbar tan fuerte como aquel día en la verbena. Podía conseguirlo. Solo tenía que llenar los pulmones. Silbé, silbé con fuerza.

—Pero, señorita, ¿está usted segura de que la persona a la que busca está allí arriba?

Me mordí el labio.

—No del todo... —contesté—. Déjeme intentarlo una última vez.

—Como guste. Sí, sí.

Me volví a meter los dedos en la boca, emitiendo aquel estridente pitido que sobresalía, débil, entre el vocerío.

—¡Pascal! ¡Pascal! —probé, en un último conato por que alguien me oyera.

Entonces, en el grupo que estaba subido en el templete, comenzó a haber movimiento. Había llamado la atención de uno de ellos.

—¡Pascal! —volví a vocear.

Aquel hombre se había percatado de mis intentos y se adentró en el corrillo. Después, salió acompañado. Había avisado a otro que, enfrascado en sus apuntes, no había reparado en mí. Me señaló.

—¡Pascal! —repetí.

El segundo se acercó un poco más, desde allí arriba, tratando de hallar el origen de aquella voz. Aquello me ayudó sin duda. Porque, gracias a ello, adiviné su inconfundible silueta bajo el sol. No podía creerlo. Empecé a reír, seguía haciendo señas. Estaba allí. Había sobrevivido a sus propios sueños y estaba allí. Estaba vivo. Estaba allí.

Se puso la mano sobre la frente para adivinarme a lo lejos. Era él. Abrió los ojos como platos. Era yo. Sí, es posible que jamás hubiese imaginado encontrarme allí, aupada por un desconocido y con aquel aspecto humilde que ahora lucía. Rápidamente, me indicó con el brazo que saliera hacia la calle de Preciados. Asentí y agradecí a mi ayudante sus servicios, que me bajó de los hombros para unirse a sus compañeros en las alabanzas al recién estrenado Gobierno. Volví a adentrarme en el gentío, rompiendo barreras con

los brazos, abriendo el camino de vuelta a casa.

En aquel trayecto, pisé mis miedos, mi ira, mis mentiras. Pisé también mi dolor, el rechazo, la pérdida, la crítica. Pisé mis años oculta tras una identidad falsa, mi matrimonio, mis amistades de cartón. Y, entonces, lo hallé en medio de todo y de nada, con su pose de periodista, con su cabello castaño, con su camisa remangada y su bigote. No podíamos creer que estuviéramos el uno enfrente del otro, a escasos dos metros.

En el instante en que nos reencontramos, nos dijimos mil cosas con los ojos, sin acercarnos. Quisimos contárnoslo todo, sin dejarnos detalles de aquellos tres años en los que habíamos estado separados. Quise gritar que ya no debíamos escondernos, si es que había llegado a perdonarme por mis equivocaciones. Quise clamar que no tenía miedo. Nos hicimos promesas, una vez más, que no sabíamos si podríamos cumplir. Nos amamos en la distancia, en medio de aquel Madrid exaltado que nos rodeaba, escuchando el grito ensordecedor de un mañana incierto cerniéndose sobre nosotros.

Solo dos metros. Sonreí. Él también sonrió. Y luego reímos, reímos con esa paz que te proporciona el no saber adónde vas, pero sí de dónde vienes, con la armonía de su mirada azul desarmándome por completo. Sí, porque más allá de aquel amor complejo y vapuleado, podía mirarlo, por vez primera, con la convicción de saber quién era. Aunque él todavía no lo hubiera descubierto. Sin ataduras, sin adornos, sin antifaces, sin temores. Era Elisa. Elisa Montero, de Fuente de Cantos, periodista, mujer, hija, hermana, amiga, pecadora, imperfecta, inconformista y amante. Sí, esa era yo. Quizá a aquello se había reducido mi incansable lucha durante todos aquellos años. A aquella pugna conmigo misma que había terminado por fin. Era Elisa. Elisa Montero, la mujer que estaba profundamente enamorada de él y de mi reflejo en sus ojos. Y qué felicidad al ver que no se había marchitado ese reflejo a pesar de todo. Pascal metió su mano en el bolsillo y, con cuidado, sacó algo. Extendió su palma y lo vi. Era aquel fino y desgastado cordel.

Sonreí. Sonrió.

Con la paz de quien se sabe suyo, de uno mismo, quizá de nadie más, en este mundo de locos. O quizá sí.

Sonreí. Sonrió.

Y a lo lejos, el sonido del futuro, del presente, que aún estaba por escribir, por contar. Por nosotros, guardianes eternos de la tinta, que fluye incansable por el papel hasta convertirse en historia.

Epílogo

Este libro fue publicado en mayo de 1936, solo dos meses antes de que estallara la guerra en España. Elisa Montero quiso así compartir sus memorias con el mundo, pero su historia era solo un susurro en medio de un mar de gritos. Aunque, a veces, los murmullos logran alcanzar el horizonte. La primera edición apareció con la siguiente dedicatoria:

Para las personas que me enseñaron,
Para las personas que me escucharon,
Para las personas que creyeron en mí antes que yo,
Para las personas que me animaron a escribir mi propio libro una noche de sábado en el Café Pombo,
Para las personas que sueñan sin dejar que el ruido de la realidad las atormente,
Para las mujeres valientes del pasado, del presente y del futuro,
Para ti, que me lees.
Gracias por darme una oportunidad.

Gracias

El sueño de publicar este libro comenzó a hacerse real gracias a un proyecto de crowdfunding en el que participaron 134 personas a través de 132 aportaciones entre febrero y marzo de 2018. En 25 horas logramos alcanzar el objetivo base de 2.000€ y en menos de 40 días conseguimos recaudar 4.530€ para financiar todo el proyecto de promoción de *Papel y Tinta* y de mi propia marca personal como escritora. Fueron 134 personas que creyeron en esta aventura desde el principio y que no dudaron en entrar a formar parte de la nueva redacción de *El Demócrata de Madrid* como aprendices, redactores/as, reporteros/as, corresponsales, redactores/as jefe, firmas estrella y subdirectores/as. A partir de ese instante, no han parado de sumarse personas y grandes profesionales a este viaje. A todos ellos, por creer en este sueño, solo puedo decir: ¡GRACIAS! Ya sois parte de la historia de *Papel y Tinta*.

1. Abel Díaz Castaño
2. Abelardo Rodríguez Martín
3. Adrián Diz González
4. Adrián Pérez Rodríguez
5. Adrián Rodicio Vázquez
6. Agustín Tonda Serrano
7. Aida Carrillo Sabido
8. Aida Menéndez Cuesta
9. Aitor Escudier Martínez
10. Alba García Cecilio
11. Alberto Botello Méndez
12. Alejandro Rodríguez López (Álex Roló)
13. Alessandra Tremolada Castrat
14. Alfonso Seoane Barrial
15. Alicia Mellado Mosquera

16. Álvaro García García
17. Amparo García Revilla
18. Ana Estefanía Hernando Díaz
19. Andrea Vales Regueiro
20. Ángela Benito Menéndez
21. Antonio Borrego Berjano
22. Ascensión Gómez Carrero
23. Beatriz López-Acedo Fernández-Shaw
24. Beatriz Reig López-Acedo
25. Begoña Amores Serrano
26. Belén Ávila Rodríguez de Mier
27. Belén Lozano Munguía
28. Carlos Durán Cerméñez
29. Carlos Joaquín Durán Guinot
30. Carlos Navas Torres
31. Carmen Durán Menéndez
32. Carmen Menéndez Pérez
33. Carmen Peláez Garrido
34. Carmen Pérez Acal
35. Carmen Pérez Castillo
36. Carolina Miranzo Vieco
37. Cecilia Latorre López-Acedo
38. Chusa Menéndez Pérez
39. Clara Arquero Hernán
40. Claudio Vivero Rodríguez
41. Cristina Jaurrieta Recuero
42. Cristina Machín Suárez
43. Daniel García García
44. David Gimeno López-Acedo
45. David González Manuel
46. David Gonzalo Torrejón
47. Débora Morales Albos
48. Eduardo Palacios Guinot
49. Eloy Acebrón Sánchez-Herrera
50. Francisco Javier Fabregat Vera
51. Guillermo Durán Menéndez

52. Hugo del Campo Plasencia
53. Ignacio Asenjo Tejedor
54. Inmaculada Corcho Gómez
55. Iñigo Palacios Moreno
56. Isabel Riscado Semedo
57. Jaime Grimalt Ortiz
58. Javier Oliveros Ariza
59. Jorge González González
60. Jose Antonio Lisbona Martín
61. Jose Luis Menéndez Pérez
62. José Luis Samanes Ara
63. José Prieto Marugan
64. Juan Ramón Reig Purón
65. Juan Sagredo Cañavate
66. Julen Yuguero Garitaonandia
67. Julia Rodríguez Castellano
68. Julio A. Iranzo Velasco
69. Laura Sánchez Pérez
70. Laura Díaz García
71. Laura González Borraz
72. Laura Pellico Martínez
73. Lorena Poza Díaz
74. Lucía San Miguel López
75. Luis Miguel Rodríguez Palomares
76. Luisa Gisbert Tomás
77. María Jesús García-Herraiz Fernández-Shaw
78. Mara Menéndez Pérez
79. Marco Martínez De Aragón
80. María Álvarez Arévalo
81. Maria Benejam Berger
82. María Cecilia Fernández-Shaw Guitián
83. María de los Ángeles Sacedón Doral
84. Maria del Mar González Maraña
85. María Fernández-Shaw Guitián
86. María Isabel Fernández-Shaw del Mónico
87. María José Luque Ruiz

88. María Megino Gómez
89. Mariano Palacios González
90. Mario del Rosal Rodríguez
91. Mario Fagúndez Rodríguez
92. Marisol Álvarez López
93. Marta Barrón Ayuso
94. Marta Fernández Gutiérrez
95. Marta Pellico Martínez
96. Marta Sanz Escobar
97. Mercedes Guinot Martín
98. Mercedes Purón Marqués
99. Michele Soliveri Carranza
100. Miriam Herrero Lumbreras
101. Miriam Sala Boixader
102. Mónica Gómez Prieto
103. Nany Menéndez Pérez
104. Natalia Salmerón Suero
105. Nuria Alonso Padilla
106. Olga de Miguel Oñoro
107. Óscar Fermosel Arroyo
108. Pablo Calvache Mena
109. Pablo Latorre López-Acedo
110. Pablo Mansilla Gil de Bernabé
111. Paloma Cuesta Ribagorda
112. Patricia González Cortés
113. Pedro López Ariza
114. Pilar Cabrera Arasanz
115. Raquel Blázquez Sedano
116. Rebeca Martín Rodríguez
117. Ricardo Gresa Lliso
118. Rocío Latorre López-Acedo
119. Rodrigo Guijarro Montalvo
120. Rubén Carretero Nuevo
121. Rubén López Sacedón
122. Sandra González Fernández-Shaw
123. Sandra Ortega Larrumbide

124. Sandra Rullo Pichel
125. Sergio Cardona Herrero
126. Soledad Guinot Martín
127. Sonia Frutos García
128. Susana de las Heras Gozalo
129. Susana Fumanal Sanz
130. Vicente Latorre López-Acedo
131. Victoria Eugenia Megías Rosa
132. Yanilda Reynaud
133. Yolanda Domínguez Bravo
134. Yolanda Rivas Escañuela

Y además, por su trabajo y ayuda en el proyecto...

1. Alejandro Chávez Castellanos
2. Belén Sánchez Talavera
3. Carmen Priego Olmeda
4. Jessica Rincón Ángel
5. José Vecino Barrera

Notas de la traducción

[1] «Sí, señora. Está aprendiendo a tener conversaciones largas para ser capaz de hablar durante los viajes que hará con don Francisco. ¿No es cierto, señorita Montero?».

[2] «Sí, sí, muy bien, señor Pascal. Muy bien. Estoy de acuerdo».

LA VOZ

NOTICIAS Y COMENTARIOS DE TODAS PARTES

PERIA DE SALAMANCA

ULTIMA HORA

EL GOLPE DE ESTADO

CONCEJALES Y VECINOS

Manifiesto de los concejales de Salamanca...

El golpe de estado...

El primer decreto...



Una vez más el golpe de estado...

El golpe de estado...

SE FORMA UN GOBIERNO

Dichos generales serán designados por el Gobierno...

El general Primo de Rivera...

LA VOZ

EDICION EXTRAORDINARIA

DESPUES DEL GOLPE DE ESTADO

El primer decreto refrendado por el general Primo de Rivera

Se publica el primer decreto...

No se sabe cuándo llega el Rey

Un manifiesto del partido socialista...

AGITACION OBRERA

La situación en Barcelona se agrava por momentos

Hacia la adopción de medidas extraordinarias



La situación en Barcelona se agrava por momentos...

Hacia la adopción de medidas extraordinarias...

EL GENERAL BERENGUER, EN MEDIO DE GRAN EXPECTACION, REVELA ANTECEDENTES DEL DESASTRE, Y DEFIENDE SU MANDO EN AFRICA

Se van normalizando los servicios

Sigue el desacuerdo entre la Compañía y los obreros

De nuestro servicio

Los periódicos... El servicio de tranvías... La distribución de correo...

LA SESION

El general Berenguer...

LA SITUACION EN BARCELONA

La situación en Barcelona...

PRIMO DE RIVERA QUIERE COLOCAR LA CONFIANZA DEL PUEBLO EN SU MANO

Si acaso le faltara, a los cinco...

GOBIERNO DE GENERALES

grandes por cada región militar de España, representadas todas las Armas del Ejército. LOS HONRABLES CIUDADANOS se formaron un GOBIERNO DEFINITIVO noche y ponían a la firma del rey los primeros decretos.



LAS LLAMAS DESTRUYEN EL VIEJO CASERON DE LA CALLE DE TOLEDO

EL SENTIDO SE DESTROYA HONRABLEMENTE AL BUSCAR LAS SALIDAS. Van recogidos entre las ruinas más de sesenta muertos y trescientos heridos. Varías casas destruidas. Horrendas escenas de demencia.

LA ACCION

DIARIO DE LA NOCHE

El Rey acepta la dimisión del Gobierno

El general Primo de Rivera, encargado de formar Gobierno, presentó por el capitán general de Madrid y formada por los generales Cevalcanti, y un militar interino. Se declara el Estado de Guerra por motivo del Directorio con la reza de la Realidad. El general Primo de Rivera viene en aviones desde Barcelona.

HECHOS DE MELONA

EL MUNICIPIO DE MELONA, en la provincia de Salamanca, ha sido destruido por las bombas de los aviones de la aviación militar. Los edificios públicos y particulares han sido reducidos a cenizas.

ERROR BERENGUER

El general Berenguer, jefe del Directorio, ha cometido un error al aceptar la dimisión del Gobierno. Este error puede tener graves consecuencias para el futuro de España.

El Sol

El Sol, el gran periódico de España, publica hoy una edición especial con noticias de última hora sobre el cambio de gobierno.



La clase patronal y el movimiento militar

La clase patronal y el movimiento militar están estrechamente relacionados. El apoyo de la clase patronal es esencial para el éxito de cualquier movimiento militar.

RAHALDO DE MADRID

LA REVOLUCION EN RUSIA

DECLARACION DE NICOLÁS II

LA CONFERENCIA DE PARIS

Francia no transige con la prudente actitud de Inglaterra

NO HAY ARREGLO

La conferencia de París continúa sin resultados. Francia no está dispuesta a transigir con la prudente actitud de Inglaterra. No hay arreglo en vista.



Información general del extranjero

LA CONFERENCIA DE PARIS

Aún no se ve la posibilidad de llegar a un acuerdo

La conferencia de París continúa sin resultados. Aún no se ve la posibilidad de llegar a un acuerdo.

OCHO AÑOS DESPUES

EN EL GRAN PLEBISCITO DE AYER

ESPAÑA VOTÓ POR LA REPUBLICA

En este día, ocho años después, se celebró el gran plebiscito de ayer. España votó por la República. Este resultado es una muestra de la voluntad del pueblo español.

UN ARTICULO DE CARGO

Este artículo de cargo trata sobre los acontecimientos recientes en España. Se critica la actuación de ciertos grupos políticos.

El Sol

El Sol, el gran periódico de España, publica hoy una edición especial con noticias de última hora sobre el plebiscito.



La apasionante historia de una mujer que lucha por rebelarse contra el sistema establecido en el Madrid anterior a la Segunda República.



¿De qué serías capaz por cumplir tus sueños?

¿Qué tenía que hacer una mujer para lograr los suyos

en la España de principios del siglo xx?

Madrid, primeras décadas del siglo pasado. Elisa Montero, aunque de origen humilde, es criada desde niña por su madrina, una adinerada y misteriosa mujer perteneciente a la alta burguesía madrileña. La sensación de no pertenecer a ningún lugar y de cierta rebeldía ante los designios que otros han trazado para ella será algo que marcará su vida.

Elisa no solo buscará liberarse de las limitaciones que le imponen su condición de mujer y su posición social para lograr convertirse en periodista, sino que intentará tomar las riendas de su destino y entregarse al verdadero amor. Como testigo, la rabiosa y convulsa actualidad de una España entre guerras que la acompañará en su lucha por conocerse a sí misma y sobreponerse a sus propios prejuicios.

Sobre la autora

María Reig (Barcelona, 1992) estudió Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid y un Máster en Dirección de Comunicación Corporativa en EAE Business School. A los 24 años decidió centrar todos sus esfuerzos profesionales en que su primera novela, *Papel y Tinta*, viera la luz. En febrero de 2018 desarrolló una campaña de *crowdfunding* con el objetivo de recaudar fondos para la promoción del libro. En poco más de 24 horas consiguió el apoyo requerido y el proyecto se cerró con más del doble de la cantidad inicial. Gracias al éxito de acogida del proyecto, al que se sumaron más de 125 personas, logró su meta, la publicación de esta novela, así como la financiación de sus primeros pasos como escritora.

Más información: www.mariareig.es

© 2019, María Reig

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-353-8

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Fotografías de la cubierta: © Ildiko Neer / Arcangel y © Antonio Passaporte. Calle de Alcalá. Banco De Bilbao. Instituto del Patrimonio Cultural de España, Ministerio de Cultura y Deporte

Imágenes de las guardas: © Biblioteca Nacional De España

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Papel y tinta](#)

[Dedicatoria](#)

[Primera parte. Elisa](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Segunda parte. Pedro Liébana](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Tercera parte. Señora de De las Heras y Rosales](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Cuarta parte. Elisa Montero](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Gracias](#)

[Notas de la traducción](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)